Carlos Janín

Diccionario del suicidio



Diccionario del suicidio

Carlos Janín

DICCIONARIO DEL SUICIDIO

LAETOLI

1ª edición: abril 2009

Diseño de cubierta: Serafín Senosiáin
Maquetación: Carlos Álvarez, www.estudiooberon.com

Monasterio de Yarte, 1, 8º
31011 Pamplona
www.laetoli.net

ISBN: 978-84-92422-10-4
Depósito legal: NA-1269-2009
Impreso por: GraphyCems
Polígono Industrial San Miguel
31132 Villatuerta, Navarra

Printed in the European Union

Toda mi gratitud por su inestimable ayuda a José Manuel Abad, Manuel Gómez Ros, Pedro Provencio, Amanda Puz, Nicole Malaret, Ignacio Janín y a mi querida mujer Patty.

Granada, julio de 2008

Introducción

Lanzarse a escribir un diccionario parece una ambición desmedida y le hace a uno sentirse como un contertulio de la radio, esa condición que permite opinar de todo aunque no se sea especialista en nada. Y para mayor dificultad, sobre un tema como el suicidio, para lo que habría que ser forense, psicólogo, jurista, filósofo o bombero: ninguna de tales profesiones puede aducir el autor en su favor. Valga como primera disculpa que no pretendo que sea exhaustivo; más aún si, como dijo Victor Klemperer, "nadie le pide a un diccionario que sea exhaustivo". Lo mismo decía Littré, que tanto sabía del asunto: "Un diccionario nunca está terminado".

Una ventaja de escribir un libro como éste es que, al contrario de lo que ocurre con las antologías, no habrá quejas de ningún ausente. Sólo me propongo que el lector se instruya y deleite a un tiempo con su lectura y saque de ella al menos una lección: lo relativas que son muchas de nuestras convicciones, tanto si son objeto de anatema como artículos de fe.

— Entonces, para usted, ¿la vida es algo relativo?

— No, pero tampoco hasta el punto de que interfiera en la libertad individual. Tan malo me parece condenar a muerte como condenar a vivir.

Dése un pequeño repaso histórico —a lo que se invita en este libro— y se verá que la humanidad, en este capítulo como en tantos otros, cambia de opinión como de gustos y aficiones. Si la Antigüedad parece tolerar la muerte voluntaria y aun a veces la exalta, el cristianismo la condena con la mayor firmeza; pero basta con que soplen nuevos aires de paganismo con el Renacimiento para que lo que pa-

recía el más grave pecado y un crimen ante la ley se vuelva heroica decisión y modelo de sabiduría. Después vendrá el romanticismo y el suicidio envolverá con un aura de prestigio a sus cultores, abriendo un foso insalvable entre filisteos y artistas. Por fin, en el siglo XX se registra un nuevo cambio: el sexo, que era el máximo tabú, ocupa de pronto pantallas y portadas, mientras la muerte, admitida en casa hasta entonces como un miembro más de la familia, se esconde avergonzada. No todas las muertes, pero sí el suicidio.

Por ello en las páginas de este diccionario resuenan los gritos de las más encontradas controversias. Lo que para unos es la mayor cobardía es para otros el acto más valeroso. Unos lo exaltan y lanzan discursos en su elogio, los de más allá no se atreven a mancharse los labios con su nombre; un bando lo recomienda, el opuesto lo condena sin remisión.

Tampoco es tan fácil reducir el problema a una oposición entre la vida y la muerte. Basta con asomarse a otros continentes y escudriñar en diferentes culturas para ver que muchos de los que se dan la muerte en Asia o en la América precolombina sólo aspiran a una vida mejor, a la inmortalidad o a convertirse en dioses. Lo cual, si seguimos a Zilboorg, tampoco parece que sea excepcional en nuestras latitudes ni en nuestros días. Es más, aunque la muerte voluntaria parezca lo menos natural, para Freud existe una tendencia general de todos los organismos a volver a un estado primitivo inorganizado, en otros términos, a la muerte primera. Freud ve en esta tendencia la expresión del principio del nirvana. Quien crea que el padre del psicoanálisis delira, recuerde cómo las células se suicidan, descubrimiento que valió en 2002 el Premio Nobel de Medicina a tres científicos anglosajones.

Para suicidarse, en todo caso, hacen falta buenas dosis de salud, energía, fuerza, lucidez y voluntad. No se suicida el depresivo cuando está sumido en el fondo del pozo, sino cuando al salir a la superficie no quiere volver a caer en él. La valentía, virtud de los mortales que, como señala Hannah Arendt, los dioses no pueden compartir, es la base del heroísmo, del sacrificio y del suicidio, pero esta virtud —explica la pensadora alemana— queda anulada hoy por la guerra moderna y la amenaza nuclear. El suicidio ecológico de la especie impide el suicidio individual. El suicidio individual, individualista, tiene algo de anarquista, o más de libertario que de anarquista, ya que muestra un total desapego por la colectividad a cuyo contacto re-

nuncia, preocupado sólo por su propia suerte. Pero también hay quien responde a esto que, al quitar de en medio a un inútil o un asocial, el suicida le hace un favor a la sociedad. Y no es ésta una idea cazada al vuelo en una letra rockera o una pintada: es una tesis expuesta por David Hume.

La muerte voluntaria obedece a las más variadas motivaciones, reviste las formas más peregrinas y recurre a los métodos más impensados. Es tan polimorfa e imaginativa que siempre dejará sin argumentos a quien quiera rebatirla o exaltarla, borrando todas las fronteras, sembrando la confusión e impidiendo todo maniqueísmo. ¿Prueba de egoísmo? ¿Qué decir entonces de quienes se inmolan por el bien ajeno, de quienes se sacrifican por la patria y por la sociedad o por lo que ellos consideran una causa justa? La propaganda oficial siempre opta, desde luego, por el máximo aprovechamiento de las energías: ¡Sea usted héroe, no se suicide! ¿Satánico proceder que destruye la creación divina? ¿Qué otra cosa hacen los mártires cristianos que canoniza la Iglesia? No hay decisión más respetable que la tomada a ciencia y conciencia. ¿Cómo se explica entonces el número ingente de suicidios colectivos, casos de sugestión, epidemias, rachas y oleadas, cuando no auténticas modas? Tanto Goethe como Ugo Foscolo supieron algo del asunto, obligados ambos a retractarse tras los efectos mortíferos de sus escritos. El suicidio corresponde a un temperamento, a cierto tipo de carácter. ¿Cómo es que hay suicidas tímidos, discretos, corroídos por la mala conciencia, vengativos, acusadores, agresivos, provocadores o narcisistas, cuyos cadáveres desaparecen sin dejar huella o se exponen en todo su obsceno horror? ¿Cómo los hay que son víctimas y otros que son verdugos; aterrorizados y terroristas? ¿Por qué unos improvisan, víctimas de un arrebato, y otros preparan con antelación y meticulosidad hasta el último detalle de su acto de despedida?

Ojalá la lectura de este diccionario pueda responder a algunas de estas preguntas y arroje luz sobre tema tan complejo y tenebroso. Esta visión panorámica de un fenómeno tan extendido a través del tiempo y del espacio, que siempre ha acompañado a la humanidad y no hace sino aumentar hoy en día en todo el planeta, puede ayudar a conocer mejor el corazón humano, a entender ese instinto de muerte y autodestrucción que opera incesantemente en él, y a desentrañar la excéntrica conducta del imprevisible ser viviente que somos todos nosotros.

Nota:
Los nombres o palabras seguidos de un asterisco (por ejemplo, alcohol*) tienen entrada propia e invitan al lector a salirse del arbitrario orden alfabético para adentrarse por itinerarios temáticamente más coherentes. Al final del libro, el lector encontrará un índice de entradas, otro onomástico y una selección bibliográfica. La lectura del índice onomástico puede equivaler a un resumen del artículo. Si, por ejemplo, leemos: HEMINGWAY, Ernest*: alcohol*, condena*, armas de fuego*, tabú*, esto basta para informarnos de que Hemingway era un borrachín, se pegó un tiro aunque se oponía al suicidio, y su familia hizo todo lo posible por disimularlo.

A

Accidente laboral. El juez Segismundo Crespo, titular del Juzgado de lo Social 11 de Madrid, sienta un precedente al dictaminar, en sentencia de enero de 2006, que la muerte por suicidio del hornero Rafael García, de 50 años, ocurrida en un pueblo de la provincia de Ávila el 27 de agosto de 2003, fue un accidente de trabajo. Rafael García se quitó la vida después de aguantar, desde 1995, unas condiciones laborales con jornadas de hasta 14 horas que lo llevaron, según reza la sentencia, "a una depresión reactiva a estrés laboral, que determinó, en último lugar, el suicidio". En abril de 2007, las autoridades francesas admiten que el suicidio de un ingeniero de la fábrica Renault se debe igualmente a condiciones de trabajo especialmente penosas y, por tanto, lo consideran accidente laboral responsabilidad de la firma. Lo mismo ocurre el 26 de octubre del mismo año con otro suicidio de un trabajador del Technocentre de Renault en Guyancourt.

ACILLONA, José A. (m. en 1990). Este poeta, ingresado en el psiquiátrico de Oña (Burgos), escribe unas últimas líneas desesperadas en forma de testamento: "Hace mucho tiempo que te espero. Tú eres mi salvador. Tú eres el justiciero que me volará la nuca. ¡Dispara ya, cabrón!" Como nadie viene y ya no puede esperar más, en mayo de 1990, el poeta se raja el cuello con el filo de una lata de conservas y muere desangrado.

Acoso. En la actualidad es una de las causas* de suicidio más directas y presenta numerosas variantes: el acoso padecido por la víctima en su entorno laboral o escolar, las novatadas sufridas por los reclutas en el Ejército*, los malos tratos recibidos por compañeros en las cárceles*, etc. Según Iñaki Piñuel, psicólogo especialista en el tema y autor en 2003 del primer libro de autoayuda destinado a las víctimas del mundo laboral, uno de cada cinco suicidios tiene por origen esta situación. El Dr. Miguel Barón Duque afirma que lo que denomina APT (Acoso Psicológico en el Trabajo) es "tan frecuente como el estrés laboral [...] y tan determinante en la salud y el bienestar de los trabajadores como los accidentes laborales". El fenómeno se ha disparado en estos últimos años

y la opinión pública, tras varios casos particularmente dramáticos, parece hoy día algo más sensibilizada. Numerosas son ahora las asociaciones que luchan contra esta nueva plaga social, y frecuentes las conferencias, charlas y actos que giran en torno al tema, así como los estudios realizados y publicados. La página *web Mobbing Opinion* (*mobbingopinion.bp-web.net*) presenta un muy completo boletín de noticias relacionadas con el acoso psicológico. En cuanto al acoso escolar en España, dos son los casos recientes de suicidio que tienen por causa la tortura infligida por los compañeros de clase. El del adolescente guipuzcoano de 14 años Jokin, que se mata el 21 de septiembre de 2004 arrojándose desde lo alto de una muralla en la localidad guipuzcoana de Fuenterrabía, y el de la muchacha alicantina de 16 años que se tira desde lo alto de un puente en Elda el 24 de mayo de 2005. El primero deja escrito en un *chat*: "Libre, oh, libre. Mis ojos seguirán aunque se paren mis pies".

A estas modalidades podría añadirse el acoso mediático, como en el caso de la estrella cinematográfica china de los años veinte Ruan Lingyu*. De político-mediáticos podrían calificarse los casos del ex primer ministro francés Pierre Bérégovoy*, de la actriz cinematográfica Jean Seberg* o los más recientes del periodista norteamericano James H. Hatfield*, el intelectual suizo Nicolas Meienberg*, el microbiólogo inglés David Kelly* o la poeta rusa Tatiana Bek*, casos todos ellos en que la víctima se da la muerte para escapar de las críticas o las calumnias difundidas por los medios de comunicación en combinación con otras formas de presión. Estas campañas no son cosa de hoy, ya que Pier delle Vigne, al que Dante* encuentra en el infierno, también se dio la muerte al ser injustamente acusado de traición. ¿Y qué decir del acoso sexual? ¿No son sus primeras víctimas Lucrecia* o Pantea*, heroínas de la fidelidad conyugal? Desde entonces son numerosas las mártires* cristianas que prefieren la muerte o el suicidido a la violación; las que, por resistir al violador, se envenenan (*El amor constante* de Guillén de Castro), o se queman vivas (*La corona merecida* de Lope de Vega) se quitan la vida por otro medio (*Aline* de Sade*) o se entregan al cuchillo ajeno sabiéndose frágiles e inconstantes: "No confíes en mí" (*Emilia Galotti* de Lessing). Aun antes de éstas figuran las criaturas mitológicas que, por no caer en las garras de sus divinos perseguidores Pan o Apolo, no tienen otro remedio que transformarse, quién en caña quién en laurel.

ADAMOV, Arthur (Kislovodsk, 1908-París, 1970). Su padre, magnate del petróleo exiliado tras la Revolución soviética y jugador empedernido, se suicida arruinado en 1933. El hijo, que se dedicará al teatro como autor y director escénico, carga toda su vida con esa muerte, de la que se siente culpable hasta creerse el asesino. Se acerca a los surrealistas, cultiva el teatro del absurdo, pero sin el éxito de Beckett o Ionesco, y luego se orienta hacia el compromiso político de Brecht afiliándose al Partido Comunista. El alcohol* dificulta su producción literaria y deteriora gravemente su salud. Depresivo, sometido a curas de desintoxicación, siempre tentado por la idea del suicidio ("¿Mi cuerpo aplastado contra el suelo, pingajo sangriento?"), termina siguiendo el ejemplo de su padre, aunque tal vez hubiera preferido seguir el de Kleist*: el suicidio

en pareja* con la mujer amada, como propone el protagonista de *Printemps 71* a su joven compañera.

ADLER, Alfred (Viena, 1870-Aberdeen, 1937). Discípulo de Freud* desde 1902, con quien pronto discrepa y del que se separa definitivamente en 1910 al no compartir la convicción del maestro respecto al papel preponderante desempeñado por la pulsión sexual. Este neurólogo y psicoterapeuta vienés funda lo que él mismo bautiza con el nombre de "psicología individual". Se centra en el sentimiento de inferioridad nacido en los años de dependencia de la infancia, y en la voluntad de poder que produce ese sentimiento como reacción en el individuo. En el capítulo 12 de su célebre libro *El carácter neurótico* (1912), el suicidio aparece como una de "las formas de comportamiento neurótico dirigidas a asegurar la ficción masculina", junto a la "penitencia y el ascetismo", la flagelación, el heroísmo y otros muchos "impulsos agresivos contra la propia persona", que se despiertan desde la infancia en busca de una pasajera superioridad. El suicidio se revela como "un medio de definitivo aseguramiento contra la humillación y un acto de venganza contra la vida". Asimismo, puede responder a la voluntad de "perjudicar a otra persona". Pero en todos estos deseos hay una "interna contradicción implícita", ya que la muerte desbarata todos los planes del suicida y le inflige la suprema humillación. La psicoterapia de Adler consiste precisamente en desenmascarar errores, artimañas y subterfugios que el individuo levanta frente a la realidad para no enfrentarse violentamente con ella, y tiende a ayudar a restablecer los vínculos del individuo con la comunidad a través de la amistad, el trabajo, el amor, etc.

Adolescencia. *Véase* Infancia*.

AFRANIO NEPOTE, Lucio (Piceno, 112-Tapso, 46). Nombrado cónsul por Pompeyo, de quien es ferviente partidario en las guerras contra Julio César, este general romano se traslada a Hispania, de la que es nombrado gobernador. Allí es derrotado y cae prisionero en Ilerda (Lérida) pero es liberado. Tras la muerte de su protector, y siempre fiel a esta familia, vuelve a tomar las armas en África, esta vez en favor de Cneo Pompeyo, y al ser derrotado de nuevo y volver a caer prisionero, se da muerte.

AFRANIO POLITO, Publio. Este cortesano de Calígula muere víctima de su actitud servil. Al enfermar el emperador, se apresura en ofrecer su vida por el pronto restablecimiento de la salud del soberano. Repuesto éste, no olvida la promesa del imprudente, le toma la palabra y le obliga a cumplir su ofrecimiento. Su sacrificio*, en comparación con el de tantos héroes abnegados, parece un poco forzado ya que, para que no cometa perjurio, el emperador le obliga a arrojarse desde lo alto de una de las siete colinas romanas.

AGNELLI, Edoardo (Nueva York, 1954-Turín, 2000). En el centro de lo que la prensa del corazón denomina la década *horribilis* padecida por la dinastía Agnelli, los grandes industriales de Turín, se sitúa el suicidio del primogénito del patriarca Giovanni, con quien el hijo no tenía muy buenas relaciones. Atrabiliario y místico, Edoardo vive algún tiempo en un con-

vento franciscano. De regreso de la India, donde reside largas temporadas, acepta a regañadientes entrar en el consejo de administración de la Fiat, pero su repugnancia por los negocios se impone. Su cuerpo es hallado en el fondo de un valle, al pie de un viaducto de la autopista Turín-Savona, donde queda aparcado su Fiat Croma, uno de los muchos productos de la industria familiar.

AGRIPINA (Ara Ubiorum, 15-Baias, 59). La actividad política, los crímenes y las intrigas de Julia Vipsania, llamada Agripina la menor, hija del general romano Germánico, hermana del emperador Calígula, esposa del emperador Claudio y madre del emperador Nerón*, emperatriz de hecho durante algún tiempo a la muerte de su esposo, van encaminados al triunfo de su adorado hijo, con quien, como cuentan Tácito y Suetonio, mantuvo relaciones incestuosas; pero el hijo, deseoso de liberarse de los lazos de su influencia, inicia toda clase de campañas contra ella. Agripina trata de suicidarse envenándose pero su organismo, blindado por los antídotos, resiste y sólo muere cuando los tres sicarios enviados por su hijo la acribillan a cuchilladas.

Agua. Película india de la directora Deepa Mehta (*Water*, 2006) sobre la situación de las viudas de su país, condenadas al más absoluto ostracismo por una sociedad aferrada, todavía hoy día, a prejuicios religiosos misóginos. La más bella de las viudas enclaustradas debe prostituirse para hacer vivir a la comunidad. Coincidiendo con la promulgación de nuevas leyes por el gobierno de Gandhi recién instaurado, un rico brahmán se enamora de ella y le propone el matrimonio. Al descubrir la joven que el padre de su novio ha sido su cliente, se interna en las aguas del Ganges y desaparece (véase India* y Sati*).

ÁGUILA, Pablo del (Granada, 1946-1968). Silenciosa y mansa es la muerte del poeta social y antifranquista granadino, que desaparece en 1968 adentrándose en el mar y sumergiéndose bajo sus aguas. Perteneció al grupo de la revista Poesía'70 que, dirigida por el poeta Juan de Loxa, se considera símbolo de toda una época en esa ciudad andaluza. Su obra se publica póstumamente en *Poesía reunida (1964-1968)*, Silene, Granada 1989.

Ahogamiento. Arrojarse al agua de ríos, mares, lagos, etc., desde puentes, muelles, orillas y acantilados, desde la rama de un árbol o desde la borda de un navío es un recurso muy socorrido y un método por demás discreto, con el que hasta parece que se quiera evitar molestias a los allegados, ocultando, como en ocasiones ocurre, el cadáver de la víctima. A veces se lastran los bolsillos con piedras, precaución que toma Virginia Woolf* antes de sumergirse en el río, o se ata con una soga al cuello un grueso pedrusco. No sabemos si alguien ha adoptado realmente esta última medida pero, en los chistes gráficos sobre el tema, es un atributo indispensable; ni más ni menos que la carta depositada en la orilla, indefectiblemente encabezada por un "Sr. Juez". Y no data de hoy esta imagen del suicida atado a una piedra, pues ya Honoré Daumier*, a mediados del siglo XIX, ata al cuello del poeta fracasado de su *Último baño* un adoquín con una soga. En materia de lastre todo vale, como lo prueba Quentin, el personaje

faulkneriano de *El sonido y la furia*, quien, desesperadamente enamorado de su hermana, se arroja desde un puente arrastrado por el peso de dos planchas para la ropa metidas en los bolsillos. Los chinos de Matachín* practican una singular variante que consiste en sentarse en la playa y aguardar a que suba la marea.

Egeo* se arroja al mar, y con su salto bautiza las aguas en que se hunde y ahoga. Narciso* se ahoga por besar la imagen de su reflejo y funda así un mito de hondas repercusiones en la psicología del suicida, mito que Freud* y la escuela freudiana estudiarán a fondo. La inocente Ofelia* y su florida inmersión inauguran también una nueva era, la de la interpretación clínica del suicidio, relacionado desde entonces con la alienación mental más que con el pecado, la depravación del sujeto o la influencia satánica. Hay desaparecidos de quienes no se puede asegurar a ciencia cierta que hayan utilizado este método, ni en puridad tampoco que se hayan quitado la vida, como Hart Crane* o Arthur Cravan*. De uno y otro sólo sabemos que partieron hacia alta mar y nunca regresaron.

Como cualquier otro método, tampoco éste es infalible y así lo comprueba el novelista japonés Osamu Dazai*. Con gran sensatez y, sobre todo, a la vista de su propia experiencia, el poeta griego Kariotakis*, que vuelve a encontrarse de nuevo en la playa después de intentarlo una primera vez, desaconseja a los buenos nadadores el empleo de este método. Tampoco da resultado hacerlo a la vista de testigos, dado que a menudo hay alguno dispuesto a salvar al candidato suicida. Esto le ocurre a Robert Schumann*, salvado de las aguas del Rin, y a Ángel Ganivet*, que sólo logra salirse con la suya a la segunda inmersión y después de burlar la vigilancia de sus ángeles guardianes. También es salvado de las aguas el vagabundo Boudu* y, por intentarlo una sola vez, sobrevive para desgracia de su generoso y mal inspirado salvador. Por último, es importante calcular el caudal del río al que uno se arroja si no quiere, como le ocurre al terrorista serbio Nedeljko Cabrinovic, uno de los que intentan cometer el magnicidio de Sarajevo en 1914, caer en manos de sus perseguidores tras un leve remojón.

Hay ríos que parece que acarrean cadáveres de suicidas, y entre ellos destaca el Sena, adonde se lanza el cinematográfico vagabundo citado, y en el que realmente se ahogan, entre tantos y tantos desesperados anónimos, el pintor Gros* o los poetas Paul Celan* y Ghérasim Luca*. De este río de París dice Amado Nervo: "El Sena fue hecho [...] para que los desesperados se ahoguen, no sin escribir antes cartas de un humorismo macabro. Debo advertir a ustedes que el Sena es mujer; [...] si no fuera mujer, ¿habría tantos suicidas que se arrojasen al Sena?" No se compagina muy bien esta fama del Sena con uno de los motivos que Woody Allen da en su película *Manhattan* para no suicidarse, que es París. A esta misma ciudad quiere enviar todos los muertos Eduardo Mendoza en su artículo "Suicidio" (*El País*, 22 de enero de 2007): "De pequeño me dijeron que los niños venían de París. A mi edad ya puedo prescindir de esta fantasía, pero me gustaría creer que todos los muertos vuelven a París".

También el Támesis goza de esta triste fama, relacionada, como bien se ve en ambos casos, con la magnitud de la metrópoli y su capacidad para aislar y con-

denar al individuo. Tan elevado es el número de desgraciados que saltan por encima de la barandilla de un puente londinense, que en el siglo XIX se acaba por apodarlo "el puente de los suspiros". En ríos más modestos se ahogan Carl Einstein * o, según cuenta Antonio Gala *, Aliatar, el suegro de Boabdil. Adentrándose mansamente en las aguas del mar, lo hacen Alfonsina Storni *, John Bowers * y Pablo del Águila *. Como ciudadano de Finlandia, el país de los mil lagos, el escultor Taisto Martiskainen * escoge uno de ellos para poner fin a su vida.

No todos los ahogamientos son tan discretos; si espectacular, aunque fracasado, es el del jinete griego Yannópoulos *, meteórica es la caída en aguas del Tajo del hermano aviador de la poeta Espanca *. Una variante coral y deportiva de internarse en las aguas del mar es la acción de protesta contra la evacuación de la banda de Gaza con la que amenazan jóvenes colonos ultranacionalistas en agosto de 2005: un suicidio colectivo sobre tablas de surf.

Ahorcamiento. Los desesperados se cuelgan con sogas, cuerdas, lazos de seda, sábanas, jirones de ropa o lianas; de vigas, ramas o farolas, adonde trepan o se alzan con sillas, taburetes, escaleras de mano o cualquier otro mueble. Desde la Antigüedad mítica, lo hacen así Yocasta *, Antígona *, Fedra * y Altea *, madre de Meleagro, además de Amata *, reina de los ítalos, que lo hace con un pedazo de su manto purpúreo, y de Judas Iscariote *, que revienta y esparce sus entrañas. En la historia más reciente, encontramos ahorcados famosos, como el estudioso de la melancolía del siglo XVII Robert Burton *, el dirigente nazi Rudolf Hess *, los poetas franceses Gérard de Nerval * y Jean-Pierre Duprey *, el cineasta soviético Serguéi Esenin *, el escritor alemán Ernst Toller *, el noruego Jens Bjørneboe *, los poetas españoles Nicolás Arnero * y José Ignacio Fuentes *, y los cantantes de rock Michael Hutchence * e Ian Curtis *. Más original aún que el uso de bejucos o lianas es el método usado por los chinos de Matachín *, que se ahorcan con sus propias coletas.

La horca está mal vista desde la Antigüedad, peor aún en Roma que en Grecia; considerada como método cobarde, vil y femenino frente a la heroica pira de fuego, que ennoblece a las viudas, o el uso del acero marcial, que enaltece a los varones y a las mujeres de temple varonil (véase Filóstrato *). En esta época, en la que el suicidio no representa todavía un tabú *, lo es en cambio el ahorcamiento, que Virgilio califica de "muerte infame" en el caso de su propio personaje, Amata. "La espada tenía una connotación de muerte honorable —observa R. M. Brown—, de un digno regreso a la tierra, pero la soga dejaba el cuerpo suspendido entre el cielo y la tierra y por eso se consideraba una muerte indecorosa". Se comprende entonces que sea un romano, Séneca *, quien rescate la figura de Fedra y la libre del baldón del ahorcamiento con que la cubrían los griegos Eurípides o Sófocles * y la haga morir por el acero. La soga, al ser escogida por el traidor Judas, se cargará aún de mayor oprobio en la era cristiana.

Lejos del Mediterráneo y del área de influencia cristiana, la horca puede, en cambio, llegar a ser atributo divino. Lo es en la Mesoamérica * de la diosa maya Ixtab, patrona de los suicidas; como lo es en el norte de Europa de Odín. Los devotos

de estas divinidades siguen sus ejemplos para acceder por la vía más rápida a sus respectivos paraísos o Walhallas.

Con el tiempo, lo que era signo de femenil cobardía cambia por completo de orientación y se convierte en el más viril de los medios para darse la muerte. En Francia, en el siglo XIX, una gran mayoría de hombres escogen esta solución, frente a las mujeres, que sólo se atreven a arrojarse al agua o envenenarse. Los hombres que se disparan un tiro, procedimiento más prestigioso, son una ínfima minoría. En las cárceles*, donde se priva a los reclusos de prendas que faciliten esta solución, cualquier otro recurso es válido; así, por ejemplo, Victor Klemperer* imagina en su diario: "probablemente bastaba con la toalla o con los calzoncillos, y con la sábana retorcida la cosa quedaba perfecta."

AKUTAGAWA, Riunosuke (Tokio, 1892-1927). Entre otras obras, es autor de la novela *Rashomon* (1915), en la que se inspira Akira Kurosawa* para su película homónima de 1951. Se le considera miembro del grupo de intelectuales y artistas japoneses ajenos al naturalismo, al humanismo socializante y a la literatura proletaria, lo que le ha valido la etiqueta de "intelectual esteta". Durante los últimos años de su vida, víctima de alucinaciones, vive sin salir de su habitación, completamente a oscuras. Tras padecer varios ataques de nervios, obsesionado por la locura de su madre, y después de varios intentos fallidos, se suicida a los 35 años ingiriendo una sobredosis de veronal*. En la nota que deja para explicar su muerte, Akutagawa adelanta como una de sus razones la conciencia de estar perdiendo su energía vital, "como lo demuestra el hecho de que he perdido el apetito por la comida y las mujeres". En ese mensaje* póstumo atribuye suma importancia a la fuerza que le permitía ser el dueño de su vida y de su muerte, por lo que considera el suicidio como un último acto de orgullo, una vindicación a la vez del arte y de la nobleza de la vida humana.

ALBERTO, Eliseo (Arroyo Naranjo, 1951). Con su novela *Caracol Beach*, el poeta, periodista, novelista y guionista cubano gana el Premio Internacional Alfaguara de Novela 1998. En la "Advertencia y dedicatoria" con la que se abre el relato, el autor nos describe la génesis de la obra, gestada en compañía de García Márquez en el marco de un taller de guión cinematográfico. Del futuro protagonista, dice Alberto, "consideré que debía encarnar a un suicida". Pero un suicida vacilante, cobarde, siempre interrumpido en sus intentonas mediante soga o bayoneta, y al que le va a costar muchísimas páginas salir adelante con su propósito. Un suicida, también, de la orden caballeresca del señor de Givry*, de los que se alistan para combatir con la esperanza de que los maten; de quienes en todo ser humano ven esperanzados a un posible asesino que acabe con su vida. El comportamiento del personaje se inspira en un caso real que el autor cuenta en su prefacio: "supe de un *marine* de La Florida que había secuestrado en Port-au-Prince a una prostituta dominicana y, a cambio de la liberación de la rehén, sólo exigía que lo mataran en el intento de rescate. Le cumplieron con seis impactos de bala". Antes de que el protagonista se salga con la suya, su madre, la puta llamada Catalina la Grande, aparece "colgada de

una cuerda, como un trapo en una tendedera".

Alcohol, alcoholismo. Raros son los casos de los que se envenenan intencionalmente con una sobredosis de alcohol, como lo hace Héctor Álvarez Murena*, encerrado en el cuarto de baño con gran cantidad de botellas; o quizá también, en una habitación de hotel de Chihuahua, México, en 1931, el *cowboy* del cine mudo Art Acord. Mucho más frecuentes son los casos de quienes practican, involuntariamente o arrastrados por la adicción, lo que Karl Menninger* denomina suicidio crónico*, una forma de autodestrucción lenta que acaba llevando a una muerte prematura.

Merecen figurar en este apartado escritores como E. T. A. Hoffmann, que bebe todo lo que encuentra, y en especial el famoso ponche al que dedican tan hermosas páginas él y, más adelante, Gaston Bachelard. El consumo de tan poético brebaje para "consolarse del inconveniente de haber nacido" lo deja completamente paralítico. Edgar Allan Poe* muere probablemente de *delirium tremens.* Alfred de Musset* se hunde bajo los efectos combinados del alcohol y la sífilis. Paul Verlaine*, embebido en ajenjo de 70° en el café Procope de París, declara: "Bebo para emborracharme, no por beber". Rubén Darío, su más ferviente admirador, que peregrina hasta París y sólo obtiene del "padre y maestro mágico" poco más que un eructo, le sigue por su misma senda y muere de una cirrosis atrófica. Dylan Thomas, el poeta galés que se retrata como un joven perro, muere en Nueva York de crisis etílica. A Peter Altenberg*, en cambio, el alcohol le ayuda a no suicidarse. Joseph Roth, otro escritor judío austriaco, nostálgico para siempre de su Viena violada por los nazis, muere alcohólico y miserable en París. Esenin*, poeta soviético, se ahorca en pleno delirio etílico.

La relación del alcohol con la literatura, tal vez desde Anacreonte y el *Banquete* de Platón, es muy estrecha. Tanto que, en ocasiones, el dejar uno conlleva el fin de la otra, del mismo modo que Cioran* deja de escribir el día en que apaga su último cigarrillo. También puede ocurrir lo contrario, que la bebida sea una rival exigente para la escritura, a la que acaba desbancando. Esto le ocurre a Antoine Blondin, quien, desde que pasa todo su tiempo bebiendo con sus amigos del Bar-Bac, ya no escribe un renglón más. Entre los anglosajones, brillan por su consumo desmedido William Faulkner*, Ernest Hemingway*, Scott Fitzgerald (quien en uno de sus cuadernos íntimos escribe: "Y luego estuve borracho durante varios años, y después me morí"), Malcolm Lowry*, Jack London*, Raymond Chandler*, Truman Capote*, Jack Kerouac (muerto en 1969 de hemorragia abdominal producida por una cirrosis), Eugene O'Neill, James Ellroy, William Styron y quizá el campeón de todos ellos, o el más exhibicionista, Charles Bukovsky.

En Francia, aparte de los citados, destacan Baudelaire, Alphonse Allais, Francis Carco o Bernard Franck. Los hay que lo utilizan como mal menor, como Lucien Bodard y André Malraux*, para dejar el opio*. Marguerite Duras, que guarda "cierta nostalgia de algunos momentos" de su intoxicación etílica, es alcohólica a los 43 años, lo que le vale una rápida cirrosis hepática. La novela corta *La maladie de la mort* le sale, según propia confe-

sión, a seis litros de vino por día: "Resultaba gozoso semejante descenso", comenta la novelista. Guy Debord * se suicida, según se cuenta, en un día sin alcohol. Junto a todos estos escritores, también podrían figurar aquí muchos pintores como Toulouse-Lautrec, Utrillo o Modigliani; o el norteamericano Jackson Pollock, que murió borracho al volante de su Oldsmobile V-S, estrellándolo contra un árbol; e igualmente músicos como Musorgski, muerto precozmente a los 42 años sin tiempo de terminar algunas de sus obras.

El alcohol puede potenciar la conducta suicida *, ya que agrava los sentimientos depresivos y disminuye el autocontrol. Así, cerca de la mitad de quienes intentan el suicidio están etílicamente intoxicados en el momento de hacerlo. Por otra parte, dado que el alcoholismo suele causar de por sí sentimientos profundos de remordimiento en los períodos entre una ingestión y otra, los alcohólicos son particularmente propensos al suicidio, incluso cuando están sobrios.

Tan compleja es la influencia del alcohol que, para Danilo Kis *, "¡El mejor remedio contra la resaca (*mein Herr*) es el suicidio!" Por el contrario, en el caso de la asociación de suicidas ideada por Arto Paasilinna *, el alcohol, ingerido en grandes dosis, se revela como uno de los más eficaces remedios contra la depresión y el mejor antídoto contra el suicidio.

ALDANA, Francisco de (Nápoles, 1537-Alcazarquivir, 1578). Los manuales de literatura califican de "poeta petrarquista" a este gran caballero renacentista. Tuvo tiempo de servir como militar y diplomático a su rey Felipe II y de morir heroicamente, muy lejos de su patria, en aquella expedición desastrada que terminó con la derrota de Alcazarquivir, por un rey que no era el suyo, don Sebastián de Portugal. Aunque fue general en Flandes y maestre de campo general de los portugueses, firma sus versos como "el capitán Francisco de Aldana". En la trágica jornada contra los moros de Marruecos, cuando ya todo estaba perdido, hasta su caballo, se lanza a pie y espada en mano contra el enemigo, diciendo al infortunado rey portugués, que le invita a tomar otra montura: "Señor, ya no es tiempo sino de morir, aunque sea a pie".

ALEJANDRO I de Rusia (San Petersburgo, 1777-Taganrog, 1825). Sube al trono cuando su padre, el zar Pablo I, es asesinado y reina sobre su vasto país durante el período en que Napoleón se lanza a su aventura contra Rusia y sale de ella trasquilado. De él dice Isabel Vicente, traductora y estudiosa de Lérmontov *: "En noviembre de 1825 murió repentinamente Alejandro I en Taganrog, a miles de kilómetros de la capital y en extrañas circunstancias (ciertos contemporáneos suyos opinaron que se envenenó)".

ALEJO, Justo (Formariz, 1935-Madrid, 1979). Como militar, aunque poeta y antifranquista, el autor de libros como *El aroma del viento* se echa a volar vestido de uniforme desde el madrileño edificio del Ministerio del Aire en la Moncloa el 11 de enero de 1979. Antes de suicidarse, se ha suscrito a la revista *Clarín*, y por eso el poeta, que a veces firma sus poemas como "Justo A. Lejos", escribe : "Sólo una cosa quiero / antes de ver el fin: / y es recibir *Clarín* / en mi tumba espartana..."

Alemania. Ya el sociólogo francés Émile Durkheim * había observado, en el capítulo II de su clásico estudio de 1897 sobre el suicidio, que los alemanes presentaban una fuerte propensión hacia este brusco desenlace, que, según él, se diluía cuando se alejaban de su patria. "El deseo de muerte es, como quien dice, algo innato en los teutones", corrobora el actor y gran amigo de Fassbinder *, Harry Bauer. Es cierto que este país ha sufrido oleadas sucesivas de suicidios desde que Goethe * lanzara la moda con su *Werther* * a fines del siglo XVIII, moda que pronto se extendió desde allí a otros países europeos. En los períodos de las guerras mundiales, esta práctica se recrudece alcanzando cotas altísimas.

Oleadas de suicidios se producen entre la población judía alemana víctima de la persecución nazi. Numerosos intelectuales judíos * alemanes se refugian en Francia huyendo de su país, sin imaginar que ésta, con el régimen colaboracionista de Pétain, va a convertirse para ellos en una ratonera. Así, son muchos los que, internados en campos o intentando huir, ponen fin a su vida a comienzos de la década de 1940. Walter Benjamin *, Carl Einstein *, Walter Hasenclever * y Ernst Weiss * son algunos de los más conocidos intelectuales que optan por el suicidio en tierras francesas. Los hay que, aun habiéndose alejado del peligro, no soportan la situación y se dan asimismo muerte, como Ernst Toller * en Estados Unidos o Stefan Zweig * en Brasil.

Por su parte, los combatientes alemanes del frente del Este, a medida que el ejército soviético progresa, se suicidan en masa. En 1944, en una sola noche, en Stolp, Pomerania, son un millar los que se descerrajan un tiro para no caer en manos del Ejército Rojo, según cifras de la Cruz Roja de la época. Por lo que respecta a los alemanes del interior, el historiador Richard Lakowski, en un estudio de 2004, cifra en más de 100.000 el número de personas que en la primavera de 1945 ponen fin a su vida voluntariamente, "suceso este —añade— del que quizá no exista precedente histórico".

Esta terrible epidemia * culmina, por así decir, con los suicidios de Hitler *, sus allegados y sus más próximos colaboradores en el búnker berlinés donde viven enterrados hasta el final de la guerra. El libro de Joachim Fest *El hundimiento* (*Der Untergang*, 2002) y la película homónima (2004) del realizador Oliver Hirschbiegel relatan muy fielmente el delirio de sangre y autodestrucción que se apoderó de buena parte de aquel país, empezando por sus dirigentes.

Sobre las oleadas de suicidios entre los refugiados, o entre los judíos alemanes o austriacos que no abandonan su país, escribe páginas llenas de amarga ironía Hannah Arendt *, en su libro *Tiempos presentes*: "Hay algo que no encaja en nuestro optimismo. Entre nosotros hay algunos optimistas peculiares que difunden elocuentemente su confianza y al llegar a casa abren la espita del gas o de forma inesperada hacen uso de un rascacielos". Ya en 1934, Mircea Eliade se preguntaba asombrado cómo un movimiento político pretendidamente revolucionario como el nazismo podía reivindicar e inspirarse en una mitología tan pesimista y autodestructiva como la nórdica de los *Nibelungos* y el *Crepúsculo de los dioses.* Respecto al carácter suicida de la aventura nazi, el polígrafo alemán Hans Magnus Enzensberger, en

su reciente ensayo acerca de la figura del terrorista actual *El perdedor radical* (2006), estudia el caso de su propio país como ejemplo de "perdedor colectivo". En declaraciones al diario parisino *Libération* (26 de octubre de 2006), resume: "Todo empezó con la enfermedad colectiva del Tratado de Versalles, a la que se añadió una crisis económica. Vino luego un perdedor radical que supo movilizar esta energía. Traía una ideología, y 'nos' pidió que le siguiéramos hasta el sacrificio, lo que desembocó en una enorme agresión. Desde 1944 se veía de sobra que aquella guerra no podía llevar a la victoria, y a pesar de ello, los alemanes continuaron hasta la caída".

El derecho penal alemán actual, que aún no despenaliza oficialmente la eutanasia* o el suicidio asistido*, ofrece una particularidad que casi vuelve innecesaria esa reforma legal, ya que, partiendo del principio de que "no hay complicidad en un delito inexistente" (C. Roxin), proclama la impunidad de la complicidad en el suicidio, aunque se proporcione al candidato veneno o una pistola.

Alemania, año cero. Película italiana de Roberto Rossellini (*Germania anno zero*, 1947). En la Alemania en ruinas de la inmediata posguerra, una familia vaga a la deriva entre la enfermedad, el miedo y la prostitución. Sólo un niño, Edmund (el nombre también del joven actor), parece acomodarse a las nuevas circunstancias; pero, influido por su antiguo profesor nazi, envenena a su padre. Tras el parricidio, y aunque no parece experimentar un sentimiento de culpa, se arroja al vacío desde lo alto de un edificio en ruinas, por lo que aparece a la vez como criminal y como víctima inocente.

Alemania, pálida madre. La película más lírica y autobiográfica de la realizadora alemana occidental Helma Sanders-Brahms (*Deutschland, bleiche Mutter*, 1980), cuyo título está tomado de un poema de Brecht*, relata la vida de una familia en las décadas de 1930 y 1940. Mientras el marido se halla en el frente de Polonia, la mujer tiene que huir con su hija de su casa destruida, es violada por dos soldados norteamericanos y sufre toda clase de penalidades. Al regreso de su marido, aquejada de una enfermedad facial, intenta suicidarse con gas, y sólo los gritos de su hija detrás de la puerta la hacen desistir en el último momento. El personaje de esta mujer, Lene, tanto como la Maria Braun de Fassbinder* u otros personajes femeninos del cine alemán de la época, simboliza a Alemania.

Alma en la sombra. Película norteamericana (*Rage in Heaven*, 1941) de W. S. Van Dyke, servida por un trío de ases: Robert Montgomery, Ingrid Bergman y George Sanders. El papel que interpreta el primero es el de un ingeniero inglés tan celoso que decide suicidarse para que acusen de asesinato a su pretendido rival. Así ocurre, y éste es detenido, juzgado y condenado a muerte; pero la esposa descubre a tiempo el diario íntimo del suicida en el que todo está consignado, y su venganza póstuma se ve frustrada. Variación sobre el tema del cornudo apaleado, aquí cornudo y suicidado en vano.

ALONSO, José Luis (Madrid, 1924-1990). Debuta en su carrera de director teatral en el Teatro de Cámara de Madrid y dirige a continuación el Teatro Nacional María Guerrero y el Teatro Español.

En 1983 se hace cargo de la dirección artística del Teatro de la Zarzuela de Madrid, donde monta con gran éxito óperas y zarzuelas. Entre otros muchos premios, obtiene en tres ocasiones el Nacional de Teatro. Víctima de la enfermedad de Alzheimer, extremamente deprimido, se arroja por la ventana de su domicilio madrileño.

Al Qaeda. La organización liderada por Osama Bin Laden, un multimillonario árabe ascético y escurridizo que aparece de vez en cuando en la televisión para informarnos de que aún sigue vivo, parece ser responsable de muchos atentados suicidas*, pero es muy difícil saber de cuántos o cuáles. Resulta interesante subrayar un aspecto: como en el caso de otras muchas organizaciones, movimientos, doctrinas, etc., este nombre se ha convertido casi en una marca de fábrica o una firma (se habla incluso de franquicias), ni más ni menos que ciertas referencias nacionalistas, la A rodeada de un círculo u otros iconos. A la pregunta de un periodista de *Le Monde* al director de L'École des Hautes Études de París, Farhad Khosrokhavar, sobre a qué responde que los autores de atentados se refieran a Al Qaeda, responde: "A una voluntad de globalización, de trabajo sobre el imaginario mundial en torno a Al Qaeda, convertida en una especie de sigla utilizada hasta en el último rincón del mundo". Como en el caso del islam*, lo primero es la radicalización, y luego viene la conversión o la afiliación o la mera referencia, que sirve de discurso y papel de embalaje para la acción. El fenómeno de mimetismo o imitación* desempeña un papel importante en el reclutamiento de nuevos voluntarios para este tipo de intervenciones. Según cuenta al periodista Jon Lee Anderson un marroquí hecho prisionero en Afganistán en 2001, Bin Laden decía a los combatientes internacionales: "Creed en nosotros, creed en Alá, creed en mí, en esta *yihad*; al final venceremos".

Altea. Un hado funesto de las Parcas predice a este personaje de la mitología griega que su hijo Meleagro vivirá mientras no se consuma un tizón ardiente. Ante tal vaticinio, la madre corre a apagarlo y a sepultarlo para siempre en un arca; pero un día, arrastrada por la ira después de que el joven haya asesinado a sus tíos por una disputa durante una cacería, arroja el fatídico tizón al fuego y Meleagro se extingue de inmediato. Desesperada por su crimen, Altea se ahorca.

ALTENBERG, Peter (Viena, 1859-1919), seudónimo de Richard Engländer. Como ciertas figuras de la bohemia parisina o valleinclanesca, o ciertos precursores dadaístas, este judío vienés parásito y alcohólico vale casi más como personaje que como autor, y resulta en todo caso inseparable de la atmósfera de jubiloso apocalipsis con que la capital del imperio austro-húngaro celebró sus propios funerales. Su pose de sablista de café responde a una auténtica actitud de rebeldía contra el utilitarismo burgués: una especie de Diógenes que fascina a Hofmannstahl, a Karl Kraus, a Adolf Loos, a Alban Berg... y a no pocas mujeres. Como hijo de su época, cultiva las formas breves en acerados aforismos y poemas en prosa. Víctima de sus excesos con el alcohol* y las drogas, padece de depresión y paranoia, por lo que tiene que ser ingresado en repetidas oca-

siones hasta su muerte por pulmonía. Su traductor, Adan Kovacsics, cuenta que empujó al suicidio a un joven amigo suyo, Erwin Lang, fatalmente enamorado, diciéndole: "Muérete, que ella es una diosa". Entre sus greguerías, *haikus* o diálogos codornicescos, he aquí algún botón de muestra: "Tomar un somnífero y no darle tiempo a que haga su efecto es una suerte de suicidio [...]. El suicidio idiota" o "El alcohol nos da tiempo [...] ¡para decidir el suicidio!" (véase, para su afición por las adolescentes, Irma Karczewska*).

ALVAREZ, Al (Londres, 1929). Gran amigo de Sylvia Plath* y excelente jugador de póquer, al que dedica uno de sus libros, en 1961 lleva a cabo una tentativa de suicidio de la que se salva por casualidad. Cuando en 1963 se suicida la escritora norteamericana, dejándole en herencia su poemario póstumo, *Ariel*, que le está dedicado, comienza la redacción de su libro *El dios salvaje: un estudio del suicidio* (*The Savage God*, Emecé, 2003). Entre las fechas muy próximas de los dos actos suicidas se sitúa la materia de su ensayo, que es a la vez un análisis autobiográfico, una reflexión sobre la muerte voluntaria y un estudio del fenómeno a través de la historia, la sociología, la filosofía y la literatura, sin olvidar el testimonio de primerísima mano sobre la personalidad de su amiga recién fallecida. En su introducción, escribe: "Sólo después de que Sylvia se quitara la vida me di cuenta de que, por más que estuviera convencido de comprender el suicidio, no sabía aún nada de ese acto. Este libro es un intento por descubrir por qué suceden este tipo de cosas".

ÁLVAREZ MURENA, Héctor (Buenos Aires, 1923-1975). Uno de los raros casos de muerte voluntaria por ingestión de alcohol*. Comienza estudiando ingeniería y filosofía para convertirse luego en poeta, dramaturgo y novelista, traductor, gerente de la editorial argentina Sur y colaborador del diario *La Nación* de Buenos Aires. Crítico acerbo y pesimista de la realidad de su país, es encarcelado varias veces bajo el régimen del general Perón. El 5 de mayo de 1975, se halla su cuerpo sin vida en el cuarto de baño de su casa rodeado de un gran número de botellas vacías. Como indica su propio hijo en un artículo escrito a los 25 años de su muerte, el escritor podía formar parte, con Poe*, Dylan Thomas y otros, de la cofradía de grandes bebedores que se dan muerte por coma etílico.

ALLENDE, Salvador (Valparaíso, 1908-Santiago de Chile, 1973). Médico de formación y político por vocación, fue uno de los fundadores del partido socialista chileno. Con él llegó a Hispanoamérica la esperanza de una vía electoral al socialismo. Elegido presidente de la república de Chile en 1970 como representante de la coalición de izquierdas Unidad Popular, es derrocado, el 11 de septiembre de 1973, por un golpe de Estado fomentado por la CIA y encabezado por el general Augusto Pinochet. Acorralado en el palacio presidencial de La Moneda por el ataque de las fuerzas sublevadas, lanza por radio un vibrante mensaje al pueblo chileno y a continuación, al verse perdido, aprieta el gatillo de la metralleta que sostiene entre las piernas y se vuela la cabeza. Lo hace con esa misma metralleta que empuña en la última foto que le fue tomada y en la que

aparece, cubierto por un casco militar y trajeado de civil, rodeado por sus más fieles guardaespaldas. Su hermana Laura, diputada socialista, detenida primero en Chile y exiliada en Cuba* desde 1976, aquejada del "mal de La Habana", se lanza al vacío en 1981 desde el piso 16 donde reside. También la hija del presidente, Beatriz, que "nunca se perdonó el haber salido de La Moneda", igualmente refugiada en la capital cubana, se dispara un tiro en la sien en 1977.

Amanece que no es poco. La más personal de las películas de José Luis Cuerda (1988) y, sin duda, una de las más libres y originales de todo el cine español. Entre los muchos personajes que componen el animadísimo elenco que se reparte los papeles de la vida de un pueblo, se halla el del suicida, encarnado en la pantalla por el actor Guillermo Montesinos. A pesar de los muchos esfuerzos que hace por cumplir con su cometido, saliendo al paso de los camiones con la camisa abierta y el pecho descubierto, gritando "¡Mátame, mátame!", todos los vehículos lo evitan y permanece indemne. No así el alcalde y el inmigrante negro del pueblo, que se ahorcan a un mismo tiempo del techo de la iglesia, desde donde conversan sobre los motivos de su decisión o hablan con quienes vienen a visitarles.

Amata. Segunda reina que se da muerte en la *Eneida* de Virgilio, después de que Dido*, abandonada por Eneas en Cartago, se atraviese el pecho con un hierro y se arroje a las llamas. Amata es reina de los ítalos o latinos, en cuya ciudad van a establecerse los troyanos para fundar Roma. Su muerte ocurre en el último de los cantos, el XII, y anuncia el fin de la autonomía de su pueblo y la victoria de los advenedizos. De nada es culpable esta joven soberana, ni tampoco lo es por esta vez Eneas. El belicoso Turno es quien reaviva las llamas del combate y conduce a su reina y a su gente a la perdición. "La reina, cuando vio al enemigo llegando a las casas / [...] grita que ella es la causa, la culpa y el origen de estos males / [...] resuelta a morir, con su mano rasga el manto purpúreo / y ata en una alta viga el nudo de una muerte infame".

AMÉRY, Jean (Viena, 1912-Salzburgo, 1978), seudónimo literario de Hans Maier. La experiencia concentracionaria que vive este escritor y filósofo judío austriaco determina su atracción por el suicidio. Detenido por los nazis en 1943 como resistente belga y deportado a Alemania, sobrevive al campo de exterminio de Auschwitz, que comparte con Primo Levi*, Viktor Frankl* y el Premio Nobel Imre Kerstész. De él dice el primero: "Hablo ahora de Hans Maier, alias Jean Améry, filósofo suicida y teórico del suicidio [...]: entre estos dos nombres se encierra su vida, una vida que no conoció la paz y que no la buscaba". Levi dice que su obra "está marcada por la intransigencia" y que ésta genera la incapacidad de su autor para ser feliz y vivir. Al contrario del italiano, cuya subjetividad se esconde, Améry reivindica el derecho a manifestar su dolor y su resentimiento. Éste le parece un deber político, aunque sepa que está condenado al fracaso ("a la derrota", para Levi, a la "absurda victoria privada", para su autor). Es lo que explica, curiosamente, en forma novelesca en *Le feu o la demolición* (*Le feu oder Der Abbruch*, 1974) y también en el

ensayo *Levantar la mano sobre uno mismo. Tratado del suicidio* (*Hand an sich legen. Diskurs über den Freitod*, 1976), apología* filosófica de la autodestrucción escrita dos años antes de aplicarse la lección envenenándose. En la lápida de su tumba, por expresa voluntad, sólo figura su número de prisionero.

AMIS, Martin (Oxford, 1949). En su novela *Niños muertos* (*Dead Babies*, 1975, Anagrama, 2002), el enano feo y gordinflón Keith, uno de los personajes encerrados en una casa londinense con enormes reservas de droga y alcohol, se plantea su inmediato porvenir en términos muy claros: "Le parecía extremadamente posible que, si este fin de semana no conseguía adquirir alguna experiencia sexual definida, intentaría suicidarse de alguna manera". Keith realiza los mayores esfuerzos por adquirir esa experiencia pero, como todos sus intentos resultan estrepitosos fracasos, opta por abandonar la partida. "Ni siquiera me habéis preguntado todavía qué es lo que me he tomado", reprocha a sus compañeros, y cuando por fin se lo preguntan, contesta a uno de ellos: "Los ochenta barbitúricos que me diste ayer por la mañana". La elección del método* suicida será el único éxito de su vida. Por ello —observa el narrador— "se estaba felicitando una vez más por haber elegido una forma de morir tan agradable y civilizada". Sin embargo, pese a la ingestión de tan rotunda dosis, el personaje sobrevive y son otros los que mueren. Giles es el primero en seguir su ejemplo: "Yo también lo he hecho [...], lo de matarme, la verdad. Lo he hecho, acabo de beberme dos litros de coñac". Por último, los tres amigos que vuelven de ingresar al moribundo en el hospital lanzan su Chevrolet "a doscientos veinte kilómetros por hora" hasta aplastarlo contra "los pilotes de un paso elevado".

Amor de María Bonde, El. Película muda expresionista alemana (*Die Liebe der Maria Bonde*, 1918) del realizador Emmerich Hanus. La historia relata un caso que recuerda en parte al de *La casa de Bernarda Alba** de Lorca*, ya que la protagonista, al descubrirse sus amores con el prometido de su hermana, se suicida, aunque, en este caso, empujada por el miedo y la culpabilidad.

AMSTUTZ, Roland (La Chaux de Fonds, 1942-Recklinhausen, 1997). Al terminar de rodar la película *Alors voilà*, dirigida por Michel Piccoli, se arroja al paso de un tren a los 55 años. Con anterioridad, había trabajado para el teatro en la prestigiosa Comédie Française de París; y en cine, aunque nunca en papeles estelares, en numerosas películas, con directores como Ariane Mnouchkine, Bertrand Tavernier o Jean-Luc Godard.

Anarquistas. En 1893, Santiago Salvador*, al ser detenido tras provocar una hecatombe después de lanzar una bomba en el Teatro del Liceo de Barcelona, intenta darse muerte por todos los medios, pero las fuerzas del orden se lo impiden. En 1900, Luigi Lucheni*, obrero de la construcción italiano, se ahorca en la celda de castigo de la cárcel suiza donde purga cadena perpetua por haber asesinado a la emperatriz Sisí. En 1906, el catalán Mateo Morral*, que ha intentado sin éxito asesinar a los reyes de España, se mata de un disparo en el pecho. En 1912, el pintor revocador ara-

gonés Manuel Pardinas* se dispara un tiro en la sien con el mismo revólver con el que acaba de asesinar de dos balazos al presidente del Gobierno, Canalejas. En 1920, el obrero tipógrafo peruano Julio Rebosio* se da muerte al salir de la cárcel chilena donde ha pasado la mitad de su vida y ha sido torturado por delitos de opinión. En 1968, el anarquista español Liberto Mira, obligado a ganarse el pan como policía antidisturbios francés durante los acontecimientos revolucionarios del mes de mayo parisino, no soporta tan flagrante contradicción y se dispara un tiro en la sien con el arma reglamentaria. Lo cuentan Ignacio Ramonet y Ramón Chao en su libro *París rebelde* (Debate, 2008).

ANDREA DEL SARTO (Florencia, 1486-1530). Último pintor clásico florentino del Renacimiento, antes de que el Manierismo empiece a alargar cuellos y hacer escalas coloristas. Abandonado por su esposa y entristecido por la pérdida de buen número de sus obras durante el sitio de Florencia (1529-1530), cae en una profunda melancolía y se deja morir de inanición*. Su vida y muerte inspiran al dramaturgo francés Alfred de Musset* la obra teatral homónima, en la que el artista se envenena. En el poema que le dedica el poeta inglés Robert Browning en 1855, el pintor, que se dasahoga en un largo monólogo, asume su desgracia y se resigna con su suerte.

ANDRÉIEV, Leónid (Orel, 1871-Kuokkala, 1919). A los 20 años, el futuro novelista y cuentista ruso, apóstol de la autodestrucción y nihilista ferviente, escribe en su diario: "Me gustaría que, al leer mi libro, la gente me maldijera y me odiara, pero que me leyeran y [...] se mataran". Él lo intenta dos veces, y la segunda lo consigue con efecto retardado. Tras el primer intento, después de arrojarse al paso de un tren de mercancías, queda por algún tiempo en coma; y tras el segundo, después de dispararse una bala en el corazón cuando sólo tiene 20 años, queda con la mano tullida. Este disparo acaba por matarlo al cabo de 28 años. Exiliado en Finlandia desde 1918, se dispone a viajar a Estados Unidos para pronunciar una serie de conferencias sobre "el verdadero carácter del bolchevismo" cuando muere súbitamente por efectos de aquel remoto disparo. Conversando con Máximo Gorki en 1898, y al observar éste su mano atravesada por una bala y sus dedos entumecidos, Andréiev le declara muy orgulloso que "el hombre que nunca ha intentado matarse no vale gran cosa".

Andrómaca. Viuda del héroe troyano Héctor, en el poema homérico es entregada como botín de guerra al hijo de Aquiles. En la tragedia de Eurípides que lleva su nombre, entre las muchas armas que esgrimen en su duelo las terribles rivales Hermione y Andrómaca, se profieren frecuentes amenazas de suicidio. Ésta, por salvar a su hijo y apaciguar la ira de su enemiga, se ofrece en sacrificio* sin que llegue la sangre al río. No así en la versión que, más de 20 siglos después, da a la escena el dramaturgo francés Jean Racine* (1639-1699) con el título de *Andromaque*. En esta tragedia, ceñida a cuatro personajes, la protagonista, siempre con la meta de salvar a su hijo, acepta casarse con Pirro, prometiendo en secreto darse muerte apenas el niño esté a salvo. Pero es Her-

mione la que, al enterarse de que Orestes ha matado a Pirro, corre a matarse sobre su cadáver y a formar así una clásica pareja* fúnebre.

ANGELI, Pier (Cagliari, 1932-Los Ángeles, 1971). Tras su debut cinematográfico en Italia en 1949, alcanza un gran éxito que le hace cruzar pronto el Atlántico, iniciar una carrera internacional e instalarse en Hollywood a partir de 1951. Su primer papel estelar en Estados Unidos es *Teresa*, de Fred Zinneman (1951), tras el cual será dirigida por Richard Brooks, Robert Wise y otros grandes directores. Tiene un romance con James Dean, y poco más tarde, a partir de la década de 1960, su carrera comienza a declinar. En 1971 se da muerte en su domicilio californiano.

ANÍBAL (Cartago, 247-Libisa, 183 a. C.). Cuenta Tito Livio que Amílcar Barca, padre de este general y político cartaginés, le hizo jurar odio eterno a los romanos a la edad de nueve años. A la muerte de su cuñado Asdrúbal, es proclamado jefe del ejército de Hispania. Con él se inicia la Segunda Guerra Púnica, durante la cual se muestra victorioso en todos los frentes contra los romanos, ante cuya capital imperial detiene inexplicablemente su avance. El general romano Escipión, apodado después "el Africano", aprovechando esta vacilación, lleva la guerra a África tras atacar por sorpresa los territorios púnicos de la Península Ibérica, lo que obliga a Aníbal a abandonar Italia y acudir precipitadamente en auxilio de Cartago. Las legiones romanas, apoyadas por la caballería númida, lo derrotan en la batalla de Zama (202 a. C.). Aníbal huye tras este desastre y durante años sirve como general a otras naciones enemigas de Roma, refugiándose en la corte de Prusias II, rey de Bitinia. Antes de ser apresado por los romanos, que lo acorralan deseosos de acabar con el mito, se suicida tomándose el veneno que guarda escondido en su anillo.

Antígona. Como hija y hermana de Edipo, e hija y nieta de Yocasta*, pertenece a un linaje maldito: lazarillo del rey ciego en su desgracia, cobra protagonismo en tragedias en las que se alza contra la injusticia del tirano. En la *Antígona* de Sófocles*, el rey Creonte, tío de la protagonista, niega sepultura a su hermano Polinices por razones políticas, al haber sido enemigo de la ciudad de Tebas. Antígona, posponiendo la razón de Estado y atendiendo sólo a su piedad fraternal, desobedece al tirano y lo entierra simbólicamente. La sentencia a la que le condena su tío —morir en una gruta— provoca una cascada de suicidios. Antígona se ahorca, según cuenta el mensajero, "suspendida con un lazo hecho del hilo de su velo". Al enterarse de esta muerte, Hemón, su prometido e hijo de Creonte, se hunde la espada en el costado; al saberlo, su madre, Eurídice, se clava un cuchillo. Mientras Creonte fracasa y pierde a esposa e hijo, Antígona triunfa tras su muerte y se engrandece con su acto.

Es un personaje que ha interesado a muchos y variados pensadores como precursora del feminismo, defensora del derecho de la familia, suicida ejemplar, etc. Hegel ve en ella la encarnación de lo trágico por el enfrentamiento de dos causas que, sostenidas por los mismos derechos, se destruyen mutuamente. Kierkegaard* ve en ella ante todo a "la novia de la muer-

te que, con acezante impulso, por incompatibilidad con la vida que le rodea, busca abandonarla". Castelar la llama "hermana de la caridad" y elogia su "femineidad". Unamuno, en el prólogo a *La tía Tula* (1921), la novela, según él, de la "sororidad", cita a la heroína trágica como modelo de esta virtud y precedente ilustre de su personaje: "Sororidad fue la de la admirable Antígona", a la que califica de "santa" y, tres veces en pocas líneas, de "anarquista". Frente a la cruel fraternidad masculina, la "sororidad" femenina de Antígona introduce la piedad: "¡Pobre civilidad, fraternal, cainita, si no hubiera la domesticidad sororial!" María Zambrano dedica al personaje uno de sus últimos escritos, *La tumba de Antígona*.

Ha inspirado también a muchos autores que han vuelto a escribir su drama durante los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII, Alfieri subraya la ansiosa voluntad de muerte que mueve a la heroína en su deseo de purificación. Pero es en el siglo XX cuando Antígona cobra nueva actualidad. Cocteau* estrena su obra homónima en 1922, con Antonin Artaud* en el papel de Tiresias y él mismo en el de Corifeo, con decorados de Picasso. Su versión, depurada hasta lo esencial, es de una rigurosa fidelidad al modelo sofocleo. Basada en esta obra y con libreto de Cocteau, Arthur Honegger estrena en 1927 una ópera con el mismo título. Jean Anouilh estrena la suya en 1944, en un París ocupado por los alemanes; por ello, su protagonista se carga de "las resonancias de la tragedia" que vive Francia y se convierte en heroína de la Resistencia. Junto a este aspecto circunstancial, esta Antígona es una de las más radicalmente suicidas. Nada motiva su muerte como su ansia de morir. "¡Pero trata de comprender un segundo, pedazo de idiota!" —le grita Creonte—, y ella le contesta impávida: "No quiero comprender. Yo estoy aquí para decir no y para morir". Bertolt Brecht* ofrece en 1947 una versión materialista dialéctica, en la que domina la violencia del Estado ejercida sobre el ciudadano, cuando el poder se desintegra. Milan Kundera, en su último libro de ensayos escrito en francés, *El telón* (*Le rideau*, 2005), critica las visiones maniqueas de Antígona que oponen al tirano y a la heroína de la libertad, y las considera un efecto de nuestra pérdida de sentido de lo trágico.

Antigüedad grecorromana. La mitología grecorromana nos ofrece una auténtica orgía de suicidios. Los motivos más variados —celos, amores contrariados, muerte de hijos o parientes, incesto, remordimiento o venganza mediante la propia muerte— impulsan a los héroes legendarios a darse muerte violenta. Ramón Andrés, en su documentado estudio (véase Bibliografía), dedica al tema todo un capítulo en que pasa revista a los innumerables protagonistas de esta hecatombe.

Hipócrates (460-377), el más ilustre médico de la Antigüedad, fue el primero en aplicar al suicidio un diagnóstico médico, relacionándolo ya con lo que hoy llamaríamos síntomas depresivos. En cuanto a las ideas filosóficas de la antigua Grecia sobre el tema, véanse las voces Sócrates* y Estoicismo*. El suicidio en la Antigüedad clásica, siempre que esté limitado a las clases superiores (véase Justicia*), puede estar bien considerado y ser practicado ritualmente en sociedad. Este clasismo*, inherente a la valoración de la muerte voluntaria que aquí se observa, será una

constante histórica, como muy bien observa R. M. Brown. Entre los antiguos, es una prueba de valor, de independencia para los estoicos, de prudencia para los epicúreos. Pero el propio Epicuro* apunta ya una salvedad cuando afirma que "a veces es el miedo a la muerte lo que empuja a los hombres a la muerte". Estoicos y epicúreos, según Paul Veyne, "preveían que si un hombre, enfermo o perseguido ya no podía sostener [...] una existencia humana, tenía a su disposición el suicidio como medio autorizado, e incluso recomendado". Acerca de lo social y pública que es la conducta de los individuos en la antigua Roma, nos informa este mismo historiador en la *Historia de la vida privada*, tomo I: "El medio de no ser criticado consistía en dejarse aconsejar por sus iguales y amigos [en] cualquier decisión privada importante [...], incluso en el suicidio: de ese modo el suicidio no se atribuía a cobardía".

El campeón en cuanto a tomárselo con calma y darse en espectáculo a los amigos fue, sin duda, Petronio*, que ya lo era de la elegancia. Lo practicó Séneca* abriéndose las venas con arte igualmente consumado de la escenificación, lo que le valió ser desde entonces motivo pictórico muy socorrido para artistas académicos, compitiendo en ello con Sócrates* y Catón*, pero sin llegar a destronar a Lucrecia*, que jugaba con la ventaja de tener que desnudar al menos un pecho para atravesarlo con la espada (no siempre, pues en Rembrandt lo hace a través del camisón). Junto a ésta, y por idénticas razones, Cleopatra* despierta también el fervor de los pintores.

Antes de aplicarse la receta, Séneca elogia el suicidio en toda su obra, desde sus diálogos *De la cólera* (*De ira*) y *De la providencia* (*De providentia*), hasta, y muy en especial, sus *Epístolas morales a Lucilio*. Pero si lo alaba por lo que tiene de ejercicio más consumado de libertad, adelantándose a Sartre y a los existencialistas, y lo considera como un triunfo sobre la muerte, aún más digno de elogio que la mayor victoria militar (*Multum fuit Carthaginem vincere, sed amplius mortem*: "mucho fue vencer a Cartago pero aún más a la muerte"), también pone en guardia a sus discípulos muy sutilmente acerca del peligro de caer en la *libido moriendi* ("deseo de morir"), en lo que se adelanta de modo espectacular a Freud* y su "pulsión de muerte".

Cicerón trata también el tema en términos moderados en su diálogo juvenil *Sobre los fines de los bienes y los males* (*De finibus bonorum et malorum*), rebatiendo, como buen discípulo de Aristóteles, los argumentos esgrimidos por estoicos y epicúreos. Y es que Aristóteles, en su *Ética*, se opone francamente al suicidio, al que tacha de "último de los males", aquél en el que caen los hombres, queriendo—y creyendo—huir de ellos. Pero el mismo Cicerón, en sus *Disputaciones tusculanas*, admite los "suicidios por una razón justa" de Sócrates o de Catón; y en *Sobre los deberes* (*De officiis*) parece cambiar por completo de opinión y afirmar sin vacilación el derecho al suicidio. No olvidemos que muchos de estos maestros, como Sócrates, Séneca, Lucano* o Petronio, hacían de la necesidad virtud —y seguramente de tripas corazón—, ya que sus heroicos fines propuestos como modelos no eran sino ejecución de una sentencia* que, por arbitraria que fuera, aparecía como un rasgo de humanidad por parte de la autori-

dad competente. En la transmisión de la orden de suicidio por parte de Nerón*, como en la opción de la cicuta*, hay la misma deferencia para con el reo y el mismo respeto de cierto código de honor que en la entrega de un revólver cargado que evita el paredón al condenado.

Aunque las leyes (véase Justicia*), tanto en Grecia como en Roma, eran sumamente estrictas en condenar el suicidio, la práctica se extendió muchísimo, sobre todo en la segunda. Los suicidios, frecuentes en Grecia, donde afectan principalmente a grandes figuras de la política, la ciencia, las artes y, sobre todo, la filosofía, llegan a alcanzar cotas de moda o epidemia* en Roma, y en términos parecidos se expresa, por ejemplo, Horacio hablando de su época imperial, cuando una "multitud" de ciudadanos, por huir de la crueldad y la rapiña de los emperadores, se arrojaba, según él, al Tíber desde el puente Fabricio. Claro que los mismos emperadores daban ejemplo, ya que muchos de ellos se cuentan entre los suicidas: Gordiano* padre, Maximiano*, Nerón*, Diocleciano*, Otón*, etc. Aun antes del Imperio, el suicidio es casi norma de honor entre militares derrotados, como lo demuestran Bruto*, Casio*, Antonio* y tantos otros que participan de lo que podríamos denominar suicidios colectivos* por honor, algo parecido a lo que luego practicarán los samuráis japoneses con sus *haraquiris** en serie.

Ser romano, si se refiere sobre todo al período de la República, pasa por modelo de virtud ante los ojos de las generaciones venideras, lo que lleva aparejada la disposición al suicidio. De ahí las frecuentes menciones a modelos como Catón o Lucrecia. Al primero se refiere Étienne de la Boétie, íntimo amigo de Montaigne*, precocísimo autor de aquel opúsculo protoanarquista titulado *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* (*Discours de la servitude volontaire ou le contr'un*). Tras elogiar su valor juvenil como digno de su valerosa muerte (*c'estoit un commencement de ce personnage, digne de sa mort*: "era un comienzo de aquel personaje digno de su muerte"), añade que basta con decir que Catón era romano y nacido en Roma cuando era libre (*qu'il estoit Romain et né dedans Rome, et lors qu'elle estoit libre*), para considerarlo modelo de virtud republicana y capaz, por tanto, de darse muerte con dignidad. Igualmente, cuando el Horacio de Hamlet toma la copa con la que acaba de envenenarse su amigo el príncipe de Dinamarca, sólo tiene que decir: "Yo tengo alma romana", para que todos sepamos que va a intentar suicidarse bebiéndola. El suicidio llega casi a conceder la nacionalidad romana a súbditos extranjeros, como en el caso de la admirada cartaginesa Sofonisba*, de la que Corneille*, autor de una tragedia con su nombre, dice que "merecería haber nacido romana". También Cleopatra, por suicida mucho más que por sus alianzas o matrimonios, se considera a sí misma "romana" en la tragedia de Shakespeare* que lleva su nombre; y al anunciar su pronto fin, lo adoba de romanidad: "Lo ejecutaremos a la soberana manera romana y nos entregaremos a la muerte".

ANTÍNOO (112-130). Su mórbida belleza de efebo adorna el mármol de numerosas estatuas. Favorito y amante del emperador romano Adriano (76-138), muere ahogado en el Nilo a los 18 años. Muchas leyendas circulan en torno a las

circunstancias y causas de su muerte, que nadie explica en la época, ni siquiera el mismo emperador; pero todos los indicios parecen apuntar a que, como Sara Mesa Villalba pone buen cuidado en explicar, se trata de un suicidio en el que confluyen dos razones: la muy natural de verse envejecer y perder atractivo, y la mágica y mística de realizar el sacrificio* de su vida para alargar la del emperador y prolongar el amor de éste más allá de la muerte. No cabe duda de que logra una parte de su propósito, ya que Adriano, desesperado y culpable, dedica los años que le quedan de vida a alzar obeliscos al joven bitinio, acuñar monedas con su efigie, fundar ciudades con su nombre, etc., hasta lograr propagar su culto por toda la cuenca del Mediterráneo y hacer que se le identifique con otro dios ahogado en el Nilo, Osiris; después, con Dionisos y Hermes; y, por último, con Jesucristo*, joven dios autosacrificado como él. Entre las muchísimas obras que ha inspirado su memoria, el poema en inglés del joven Fernando Pessoa (1915), que él mismo califica de "muy indecente", aparece como una exaltación de la homosexualidad. También Marguerite Yourcenar, en sus *Memorias de Adriano* (1952), se refiere, claro está, a la muerte de Antínoo, favoreciendo la tesis del suicidio.

ANTONIO, Marco (Roma, 83-Alejandría, 30 a. C.). A la muerte de Julio César, por haber sido cónsul, general y lugarteniente es investido emperador, pero tiene que aceptar compartirlo con Octavio. Junto a éste vence en Filipos a los asesinos de César, Bruto* y Casio*. Su supremacía se ve mermada por su pasión por Cleopatra*, con la que se casa, y por las ambiciones de esta reina egipcia, ansiosa por recobrar el pasado esplendor de los Tolomeos. Temerosa Roma de que Alejandría, donde Marco Antonio ha establecido su corte, la suplante como capital del imperio, le declara la guerra. Octavio, a la cabeza de la flota romana, vence a la egipcia en la batalla naval de Accio. Ante la derrota, Antonio se clava la propia espada, y más tarde se suicida su esposa mediante una mordedura de serpiente. En la adaptación cinematográfica del *Julio César* de Shakespeare* realizada por Joseph L. Mankiewicz (*Julius Caesar*, 1953), su papel es interpretado por Marlon Brando.

Apartamento, El. En este clásico de la época *rosa* de Billy Wilder (*The Appartment*, 1960), el sumiso empleado C. C. Baxter (Jack Lemmon) encuentra dormida en su cama a la joven ascensorista de la que está enamorado (Shirley MacLaine). Cuando trata de despertar a la bella durmiente, descubre que, por amor a su jefe, ha intentado suicidarse con un frasco de barbitúricos. La rápida intervención del vecino, un doctor judío, la salva de la muerte. La amenaza de suicidio se cierne a partir de ese momento sobre el pisito de soltero, por lo que su propietario esconde las cuchillas de afeitar, corre a cerrar las ventanas y se precipita cuando huele a gas en la cocina. Hasta en la última escena, cuando la joven vuelve al apartamento a reunirse con su verdadero amor, el estampido de un corcho de champán detrás de la puerta hace creer que es Baxter quien pone fin a su vida.

Apología. Entre los adeptos al suicidio predomina una actitud de rebeldía ante el destino, el rechazo de toda fatalidad, el

empeño por mantener el control sobre la propia existencia hasta el último instante. De ese modo creen apropiarse su propia muerte. Como dice el poeta José-Miguel Ullán*: "La muerte, si elegida, es nuestra".

Tal vez no sea muy apropiado hablar de apología en el siguiente caso, pero no hay que perder de vista que en la Mesoamérica* precolombina, el suicidio está considerado como la vía más directa para acceder al conocimiento, que los suicidas van directamente al paraíso, y que una diosa maya, Ixtab, se encarga de conducirlos con bien a su meta. Frente a la condena* generalizada en Occidente, y a lo más su tolerancia en ciertos casos excepcionales, los filósofos estoicos* de la Antigüedad clásica*, Zenón*, Epicteto, Séneca*, etc., y también los discípulos de Epicuro*, como Lucrecio* y otros, propugnan una muerte libremente elegida. Filóstrato*, ya en el siglo III, elogia también la conducta de quienes se dan libremente muerte. Con ellos se acuña la noción del hombre *sui compos*, es decir, dueño de sí en todo momento, que triunfa en cierto modo sobre la muerte. Estos pensadores clásicos inspirarán toda una corriente que desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII ensalza el "suicidio filosófico", dominado por las ideas de libertad y dignidad.

En el siglo XV, en España, el suicidio del amante desgraciado es ensalzado por los autores humanistas e italianizantes como Rodríguez del Padrón (véase *El Siervo libre de amor**), Diego de San Pedro (*Cárcel de amor**), Juan del Encina* o Fernando de Rojas (véase Melibea*). El primero de ellos, en una ceremonia poco menos que sacrílega, eleva al cielo al suyo y lo sienta apoteósicamente "a la diestra de... ¡Venus!" También es de este siglo el tratadista Alfonso de la Torre*, quien, en su *Visión deleitable*, justifica el suicidio para evitar mayores pesares. En el siglo XVI, en Inglaterra*, Tomás Moro* lo justifica en su *Utopía*; e igualmente John Donne*, autor de una de las primeras apologías razonadas en Occidente, se revuelve en su libro *Biathanatos* contra la noción de pecado. Por los mismos años, Philip Sidney* llega a similares conclusiones en su novela pastoril *La Arcadia*. En Francia, Michel de Montaigne* se manifiesta en sus *Ensayos* en parecidos términos; y algo más tarde, lo hace su discípulo, el teólogo Pierre Charron*, en sus *Tres libros de sabiduría*. En el siglo XVIII, destaca entre los apologetas el filósofo británico David Hume*, quien dedica al tema todo un opúsculo. En el siglo XIX, en sus *Principios de la filosofía y del derecho* (1821), Hegel, que no era un defensor de la muerte voluntaria, proclama que "el suicidio es la marca última de la soberanía del yo". Algo más tarde, Nietzsche combina el más exaltado elogio del suicidio con la absoluta condena del cristianismo: "No se condenará nunca lo bastante al cristianismo [...] por haber desvalorizado [...] el valor de un gran movimiento nihilista purificatorio que estaba en marcha: siempre ha impedido la hazaña del nihilismo, el suicidio".

Ésta es la línea que siguen adoptando los filósofos y escritores existencialistas del siglo XX. Karl Jaspers ve el suicidio como una protesta, la única vía de salida de una situación que envilece a la propia personalidad. Representa para él la "afirmación de la última libertad de la vida". Entre algunos autores modernos —herencia romántica— se adopta a menudo una actitud orgullosa y de menosprecio hacia la

masa, como si el suicidio fuera el último toque de distinción en la panoplia del *dandy*, el supremo rasgo de excentricidad que lo aparta de la mediocridad burguesa. Es un buen modelo de esta postura el poeta dadaísta francés Jacques Rigaut*. Asimismo, el novelista ruso Leónid Andréiev* envuelve sus tentativas en una fraseología entre romántica y machista. La exaltación de la libertad y el autodominio alimentan los comentarios y máximas del escritor francés Henry de Montherlant*, o las provocativas palabras del filósofo Michel Foucault*. En el mismo sentido se expresan el poeta español Luis Felipe Comendador* o el novelista japonés Akutagawa*. Muy otra es la actitud del filósofo judío austriaco Jean Améry*, sobreviviente de Auschwitz, quien sin ninguna pose ni adorno literario escribe una apología filosófica de la muerte voluntaria dos años antes de envenenarse.

Entre sus más recientes defensores se halla José Saramago, quien con motivo de la aparición de su última novela, *Las intermitencias de la muerte*, declara (*Diario de Noticias*, 9 de noviembre de 2005): "Una persona que se suicida usa un derecho sobre su propia vida. Nadie le puede negar eso, sea cual sea la autoridad que se oponga, civil o religiosa". "¿En nombre de quién niega eso la sociedad?", se pregunta el Premio Nobel, quien afirma asimismo: "Nadie puede decir no a la eutanasia*". En declaraciones al diario bonaerense *La Nación*, insiste: "El Estado, en caso de guerra, puede disponer de mi vida enviándome al frente, ¿y por qué no voy a tener yo el derecho a interrumpirla?"

Apoptosis. El suicidio empieza ya en las células, y el término médico de apoptosis se aplica a ese "suicidio celular programado", cuyo descubrimiento les valió el Premio Nobel de Medicina a los científicos Sydney Brenner, Robert Horvitz y John Sulston en 2002. Si el óvulo fecundado del gusano con el que trabajaba el viejo sabio surafricano Brenner alcanza, mediante sucesivas divisiones, la elevada cifra de 1.090 células y, en cambio, el gusano adulto sólo dispone de 959, es debido a que 131 se han suicidado siguiendo un programa tan riguroso como exacto. Horvitz descubre a continuación los genes responsables de la hecatombe, que son los mismos que controlan idénticos procesos en todos los animales, incluido el hombre. Si este suicidio programado funciona para bien, impide, por ejemplo, que tengamos las manos palmeadas como los patos; pero también puede desquiciarse y provocar desajustes que toman la forma de sida, cáncer o alzheimer.

APULEYO, Lucio (Madaura, ¿120-180?). Este escritor romano nacido en la actual Argelia "cultiva las nueve musas con el mismo empeño", como él mismo dice, y lo hace tanto en griego como en latín, pero la posteridad lo recuerda ante todo como autor del amenísimo libro de aventuras *El asno de oro* (*Asinus aureus*), también llamado *Las metamorfosis*. Apenas comienzan las peripecias del desventurado Aristómenes cuando, al verse envuelto en un primer enredo, quiere poner fin a su vida. Encerrado en la habitación de una posada con el cadáver de un amigo al que cree asesinado, y temeroso de que se le acuse del crimen, implora a su camastro: "Tú que conoces y has presenciado lo que esta noche ha pasado aquí, único testigo que puedo citar en defensa de mi inocen-

cia, proporcióname un arma saludable para volar a los infiernos". Encuentra una soga y trata de colgarse con ella, pero se rompe. El verdadero héroe del libro es Lucio, a quien sobreviene la desgracia de verse transformado en asno. Al descubrirse así, desea poner fin a su vida animal: "En tan fatal coyuntura, hasta había perdido las ganas de vivir; con verdadero gusto y a sabiendas iba a tomar aquel veneno de las rosas". Poco más tarde asistimos al suicidio de Lámaco, heroico capitán de bandoleros. Tras clamar a guisa de testamento: "¿Para qué querría un salteador valiente sobrevivir a su brazo, si ya no ha de seguir saqueando y degollando?", con la mano que le quedaba, "cogió su espada, la cubrió de besos y de un terrible golpe se la clavó en medio del corazón".

El meollo del libro lo constituye la enigmática y delicada fábula de Psique y Cupido. Al descubrir aquélla la belleza del dios dormido y sabiendo que al verlo lo pierde para siempre, "trata de esconder el arma, pero hundiéndola en el propio seno". Tras este fallido intento, y cuando ya el esposo se aleja volando, "se tiró al agua de cabeza". La naturaleza entera conspira para que tal beldad se mantenga con vida, pero lo intenta una y otra vez por todos los medios. Después de ella, otros muchos personajes lo intentan y consiguen por los medios más variados.

AQUILES TACIO (Alejandría, s. II-III). Junto a Caritón, Jenofonte de Éfeso, Heliodoro, Jámblico y otros novelistas griegos de la Segunda Sofística, contribuye a redondear el modelo de novela de aventuras que tanto va a inspirar y apasionar a Occidente durante siglos. La pareja protagonista de su *Leucipa y Clitofonte*, aunque rompe con muchos de los esquemas del género, vive las más descabelladas aventuras por mar y tierra. Para que se la lleven de casa de su madre, Leucipa amenaza con ahorcarse: "Si os marcháis abandonándome aquí, anudaré una cuerda y así dejaré de vivir". Cuando Clitofonte, en poder de feroces piratas egipcios, cree que éstos han abierto en canal a su amada y se han comido sus entrañas, corre a unirse en la muerte con ella, y ya tiene desenvainada la espada para degollarse cuando llegan sus amigos a disuadirle explicándole el truco de prestidigitación que le ha embaucado. Por segunda vez aparentan matar a Leucipa decapitándola a la vista de su amante, y éste intenta de nuevo darse muerte tirándose por la borda. "Ya son dos las muertes por las que he pasado", dice más adelante la heroica defensora de su virginidad. Cuantas veces muera esta mártir* pagana, que son muchas, Clitofonte intentará matarse.

ARAGON, Louis (Neuilly, 1897-París, 1982). En enero de 1926, el poeta surrealista conoce en París a la heredera de la inmensa fortuna de las navieras Cunard, Nancy Cunard, cuya altiva belleza inmortaliza Man Ray. Los amores entre la multimillonaria y el intelectual comunista van a verse enturbiados inmediatamente por los celos devoradores del segundo. En Madrid, en julio del mismo año, un ataque le lleva a quemar "centenares de páginas" de un manuscrito en la habitación del hotel que comparten en la Puerta del Sol. En julio de 1928, en Venecia, Nancy se enamora de un pianista negro de jazz y el poeta se arroja a las aguas del Gran Canal, que lo devuelven con vida.

En su obra novelesca, son muchos los casos de muerte voluntaria que se producen, no por romanticismo sino como efecto de la violencia del capitalismo en un mundo cruel. Si en la primera parte de *Les cloches de Bâle* (*Las campanas de Basilea*, 1934), el suicidio del oficial del ejército Pierre de Sabran salpica con su escándalo a uno de los protagonistas, el usurero Brunel, en la segunda es la joven Catherine, feminista y revolucionaria, quien está a punto de arrojarse al Sena y es salvada en el último instante por su amigo taxista. Brunel, lúcido y cínico, elude toda responsabilidad afirmando que los capitalistas son los responsables de un centenar de suicidios cada tres meses. En *Les beaux quartiers* (*Los barrios elegantes*, 1936), la desgraciada Angélique, criada y víctima de todas las explotaciones, es quien se da la muerte. En *Les voyageurs de l'Impériale* (*Los pasajeros de la Imperial*, 1947), la rumana Elvire Manescù se envenena con éter*, y la bella aventurera Reine, francesa casada con un oficial alemán y probablemente espía alemana, amante primero del protagonista y luego de su hijo, se quita la vida en Londres. Su marido se encarga de anunciárselo por carta al joven amante. "Se ha matado —piensa éste—. ¿Cómo? La carta no lo dice. Una serie de imágenes atroces se ofrecen y Pascal no sabe cuál escoger. Se ha matado. ¿Por qué?" Estamos en vísperas de la guerra de 1914.

ARBUS, Diane (Nueva York, 1923-1971). Desde sus primeras fotografías de 1957 hasta su muerte, esta artista norteamericana revoluciona el arte del retrato al apoderarse del dolor ajeno o la anormalidad de sus modelos en unos planos que producen un efecto inquietante. La propia fotógrafa califica muchos de sus retratos —enanos, gigantes, idiotas y marginales de toda laya— de "galería de monstruos" (*freaks*). El novelista Norman Mailer, a quien también retrata sin ninguna complacencia, resume: "Darle una máquina fotográfica a Diane Arbus es como poner una granada a punto de estallar en manos de un niño". El 26 de julio de 1971, su cuerpo sin vida aparece en la bañera de su casa de Nueva York. Con 48 años, ha ingerido una sobredosis de barbitúricos y después se ha abierto las venas dejando a su marido y a sus dos hijas. Poco tiempo antes, y a pocas calles de distancia, otro judío del Este de Europa, Mark Rothko*, emplea los mismos métodos para matarse.

Ardilla roja, La. Película española de Julio Medem (1993) que arranca con un intento de suicidio. Jota (Nancho Novo) quiere poner fin a su vida ahogándose en aguas del Cantábrico cuando la conductora de una moto (Emma Suárez) choca y salta por encima de una barandilla para caer en la playa. Por efecto del accidente, ha perdido por completo la memoria. La ocasión que se le ofrece al protagonista de inventarse una vida con ella le salva del suicidio.

ARENAS, Reinaldo (Aguas Claras, 1943-Nueva York, 1990). Como tantos otros homosexuales cubanos, este joven poeta y novelista es víctima de la represión del régimen castrista, por lo que pasa dos años en la cárcel (1974-1976). Huye de Cuba en 1980 por el puerto de Mariel y se instala en Estados Unidos. Enfermo de sida en fase terminal, se vuela la tapa de los sesos en 1990, tras haber fracasado anteriormente

en dos intentos. En una de las primeras frases de su autobiografía, *Antes que anochezca*, escrita al final de su vida, se anuncia ya el suicidio, del que, según sus íntimos, hablaba como de algo seguro antes de salir de Cuba y enfermar. El suicidio está también presente como tema en varias de sus obras: por ejemplo en el cuento escrito en La Habana en 1963 "Algo sucede en el último balcón", o en el relato "Final de un cuento", escrito en Nueva York en 1982. Para Vargas Llosa, "su verdadero y espléndido suicidio es *Antes que anochezca*".

ARENDT, Hannah (Hanóver, 1906-Nueva York, 1975). Durante sus estudios de filosofía, teología y filología clásica en las universidades de Marburgo, Heidelberg y Friburgo, conoce y trata a sus maestros y amigos Heidegger y Jaspers. Tiene que huir de Alemania en 1933, marchando primero a París y luego, tras evadirse del campo francés donde es internada como judía, a Estados Unidos, cuya nacionalidad adopta en 1951. Analista de la política del siglo XX, dedica su principal estudio, *Los orígenes del totalitarismo* (1951) a la peor de sus plagas. Enviada a Jerusalén para asisitir al juicio del nazi Eichmann, publica en 1965 su polémico *Eichmann en Jerusalén*, modelo de objetividad y ausencia de dogmatismo. En *Tiempos presentes*, colección de ensayos políticos reunidos en 1986, pasa revista a las oleadas de suicidios que afectan a los judíos* del exilio y a los del interior de Alemania*, a los que trata con la más amarga de las ironías: "Los judíos austriacos, liderados por Schuschnigg, eran una gentecita encantadora a la que todos los observadores imparciales admiraron. Realmente era admirable lo convencidos que estaban de que no les podría pasar nada. Pero cuando los alemanes entraron en el país y los vecinos no judíos comenzaron a asaltar las casas judías, los judíos austriacos empezaron a suicidarse". Esta ironía de fachada no impide que su ensayo "Nosotros, los refugiados" (1943) sea una de las más lúcidas reflexiones sobre la persecución, la injusticia, la desesperación y la ausencia de humanidad. En otro de estos ensayos, "Europa y América" (1954), relaciona el suicidio con la valentía, el heroísmo y el sacrificio*, virtudes exclusivamente humanas ("Sólo la valentía les está denegada a los inmortales, ya que, a causa de su perpetuidad, las apuestas que hacen nunca son lo suficientemente arriesgadas"). Estas virtudes quedan hoy día en entredicho, según ella, por la amenaza nuclear que pone en peligro a la especie: "Con la aparición de las armas atómicas, tanto el límite judeo-cristiano de la violencia como la exhortación a la valentía de los antiguos han perdido todo su significado". En cierto modo, es como si el suicidio planetario anulara la posibilidad del suicidio individual: "En el momento en que una guerra ya en su mero concepto amenaza la pervivencia del hombre sobre la Tierra, la alternativa entre libertad y muerte pierde su antiguo sentido".

ARGUEDAS, José María (Apurímac, 1911-Lima, 1969). Huérfano temprano de madre y maltratado por su madrastra, el futuro novelista se refugia entre los indígenas de su país, con los que llega a identificarse. Divorciado de su primera mujer, se vuelve a casar en 1967, tras un primer intento de suicidio. Víctima de una grave neurosis cuyos orígenes se remontan a su infancia y probablemente a su

condición de mestizo cultural, afectado también por la situación social de su país, en 1969, a los 58 años, logra darse muerte. Su compatriota Mario Vargas Llosa lo cuenta así en su libro *La utopía arcaica* (1996): "El novelista peruano José María Arguedas se disparó un balazo en la sien —frente a un espejo para no errar el tiro— el 28 de noviembre de 1969 en un baño de la Universidad Nacional Agrícola La Molina, en Lima. Era un hombre considerado y, a fin de no perturbar el funcionamiento del claustro, eligió para matarse un viernes por la tarde [...]. Falleció cuatro días después, en la mañana del 2 de diciembre".

ARISTODEMO (Esparta, s. V a. C.). Según cuenta Tucídides en su *Historia*, durante las guerras del Peloponeso, este hoplita, tildado de cobarde por sus compatriotas por no haber participado en la batalla de las Termópilas, decide resarcirse en la de Platea, donde, para salvar su honor mancillado, se lanza al combate ebrio de furor y sin tomar precaución alguna. Logra así morir en la pelea a manos del enemigo y establece de ese modo el primer precedente de la conducta que hemos llamado complejo de Givry* (véase campo de batalla*). Herodoto admira su bravura pero censura su indisciplina.

Arlesiana, La. El novelista francés Alphonse Daudet (1840-1897) escribe un cuento con este título ("L'Arlésienne"), que publica junto con otros dentro de su libro *Cartas de mi molino* (*Lettres de mon moulin*, 1866). En 1872, lo adapta para libreto de una ópera con música de Georges Bizet. La acción ocurre en la región de Arles, en Provenza, patria chica del autor. El joven Frédéri está locamente enamorado de la arlesiana, personaje por completo ausente de la escena. Como ésta se halla comprometida con un caballista, se retira al campo para dar libre curso a su desesperación y llorar su infortunio. No obstante, acepta casarse con una joven honrada, Vivette, pero la noche misma de sus esponsales, al enterarse de que su antiguo rival ha raptado a la que él aún sigue amando en secreto, se precipita desde lo alto de una torre.

ARLT, Roberto (Buenos Aires, 1900-1942). Su acusado individualismo y sus experiencias personales determinan la visión negativa de la familia y de la mujer que ofrecen la mayor parte de los personajes de este novelista y autor teatral argentino. Todo su universo está poblado por personajes atormentados por la culpa y tentados por el suicidio. En su drama *300 millones* (1932) aborda las razones que llevan a una joven a darse muerte, aunque su imaginación le ayuda a sobrevivir. No así en *El fabricante de fantasmas* (1936), donde las frustraciones de una vida mediocre empujan sin remisión a un dramaturgo a quitarse la vida. En cuanto al propio autor, si no se suicida efectivamente hace todo lo posible por acortarse la vida. Cuando su médico le recomienda no hacer ningún esfuerzo, en vista del estado de su corazón, sube corriendo las escaleras hasta su consulta y, al poco tiempo, muere de un ataque al corazón. Deja escrito en su testamento que sus cenizas se esparzan sobre las aguas del río Paraná, desde el mismo punto donde el poeta argentino Leopoldo Lugones* se había bebido una copa de cianuro cuatro años antes, en el paraje llamado El Tigre.

Armas blancas. Son instrumentos punzantes —como espadas, sables, dagas y puñales— que se clavan en el pecho, garganta o vientre, bien asestándose un golpe, bien arrojándose sobre ellos. Son también instrumentos cortantes con los que se degüellan, seccionan venas o arterias, como cuchillos, navajas barberas o herramientas agrícolas como la hoz. Los practicantes del haraquiri* japonés usan ambas manos para hundir su mandoble en el vientre, mientras que otros suicidas fijan la espada por su empuñadura para abalanzarse sobre su punta. Así lo hace el rey Saúl en la Biblia*; así también Áyax* en la *Ilíada* y en todas las tragedias que llevan su nombre, al igual que en las representaciones iconográficas de la Grecia antigua. También lo hace de este modo Píramo* en no pocas versiones, e incluso su amante Tisbe a continuación, clavándose en el mismo hierro en el que ya está ensartado su amante; y Marco Antonio* en la tragedia homónima de Shakespeare*. En el siglo XVI, el escritor francés Bonaventure Des Périers* se abalanza sobre su espada; y en la cárcel de Florencia, por la misma época, lo hace Filippo Strozzi*. En el siglo XVII, usan este mismo medio el pundonoroso cocinero Vatel*, que se arroja tres veces seguidas sobre su acero, y el atrabiliario arquitecto barroco Borromini*. Tan frecuente ha debido de ser arrojarse sobre el arma que, cuando un personaje novelesco de Sándor Márai* evoca su infancia vienesa en su novela *El último encuentro*, generaliza sin dar lugar a excepción alguna: "Por la noches iban al teatro, donde los actores exageraban sus papeles heroicos, gesticulaban, chillaban y se mataban, echándose sobre sus espadas".

En cambio, la reina Dido* y Lucrecia* se hunden el arma en el pecho, siendo el uso de este procedimiento prueba de su temple y hombría frente a la horca vil. Como prueba de ello, dice Apuleyo* en su *Asno de oro* hablando de otra heroína: "Luego se hundió el hierro bajo el pecho derecho y se desplomó bañada en la propia sangre; finalmente balbuceó unas palabras ininteligibles y rindió su alma varonil". Catón de Útica* se lo clava en el vientre, y muchos otros personajes de la Antigüedad histórica o legendaria utilizan de uno u otro modo estas armas.

En épocas más modernas, entre quienes se asestan una puñalada se encuentran la poeta alemana Caroline von Günderode* o el mísero Emilio Salgari*, otrora novelista de gran éxito, quien, sin duda por falta de medios, se hace el haraquiri con un cuchillo de cocina. Aún más indigente, el poeta Acillona* se raja el cuello con el filo de una lata de conservas. También se degüella, aunque no sepamos con qué herramienta, Frances Fonda*. Para quien quiera ver el surtidor de sangre que brota de la garganta seccionada de un suicida, la película *Caché*, de Michael Haneke*, ofrece un escalofriante ejemplo.

De este método se puede decir lo que de la mayor parte de ellos, pues casi ninguno es totalmente fiable. Así lo muestran los muchos candidatos que tienen que intentarlo una y otra vez, como Vatel, Villeneuve* o Witkiewicz*; los que tienen que recurrir a otro medio, como Catón; o los que simplemente no consiguen darse muerte, como la mujer de Witkiewicz.

Mucho más eficaces parecen los complicados aparatos cortantes que meticulosos artesanos se fabrican a domicilio para darse una muerte irremisible. Grabados

del siglo XIX nos muestran las guillotinas domésticas instaladas por estos verdugos de sí mismos. Ron M. Brown publica en su libro (véase Bibliografía) dos de ellos, ambos de 1876 y publicados en el mismo periódico londinense. W. G. Sebald* añade otro ejemplo mucho más reciente en su *Austerlitz*, donde otro artesano británico, de Halifax, recurre con idéntica meticulosidad al mismo método. Los comentarios que lo acompañan muestran la preocupación de estos suicidas por encontrar el medio más seguro, porque, como afirma un personaje, "¿qué puede haber peor que errar el final de una vida ya de por sí desgraciada?"

Armas de fuego. Si hay pistolas y revólveres aplicados contra la sien, la frente, el paladar, la mandíbula o el pecho, también hay armas largas, rifles, escopetas o fusiles, como en los casos de Hemingway*, José María Arguedas*, Patrick Dewaere*, Bernard Lamarche-Vedel*, Nino Ferrer* o Bernard Loiseau*. Algunos se disparan hasta metralletas, como el presidente Allende*. Aunque es método esencialmente masculino, también hay mujeres que recurren a él, como la enamorada de Juan Ramón Jiménez, Marga Gil Roëset*, o la cantante Violeta Parra*.

Es interesante observar la fascinación que estas armas ejercen entre los suicidas, o entre los biógrafos o narradores que cuentan sucedidos o inventan ficciones, ya que hay marcas como Colt o Smith & Wesson que desempeñan un papel importante en estos desenlaces. Así sabemos que el arma con que Allende se destroza la cabeza es una AK 47. Ignoramos si se conservan navajas barberas o sables de suicidas célebres, pero sí que, en el Museo Romántico de Madrid, se expone el arma con la que Larra* se voló la tapa de los sesos. Tanto este último como el novelista peruano José María Arguedas se disparan frente al espejo para no errar el tiro, y así lo hacen también el archiduque austriaco Rodolfo* de Habsburgo o el actor francés Dewaere. Cuando se trata de armas largas, no es extraño, como precisan varios testimonios, que el suicida apriete el gatillo con un dedo del pie en vez de hacerlo con el índice de la mano.

Pero no se crea que este método es más infalible que otros, y si Chamfort* tiene que recurrir a varios remedios para rematar la labor iniciada con la pistola, Robert E. Howard* tarda ocho horas en morir (de ocho de la mañana a cuatro de la tarde); Werther*, doce (de doce de la noche a doce del mediodía); Van Gogh*, cerca de dos días; y Arguedas, a pesar de sus precauciones, cuatro días. Leónid Andréiev*, récord absoluto, 28 años. Joseph Conrad* ni siquiera muere. Tampoco Chateaubriand*, al que la escopeta se le encasquilla cuando ya tiene el cañón en la boca. Puede parecer inverosímil, pero en los cadáveres de los suicidas se han podido contar varias heridas, sea en el pecho o en la sien, lo que es fácil de entender por el uso de armas automáticas que siguen disparando prácticamente solas. Según estadísticas facilitadas por especialistas, resulta mucho más efectivo dispararse a la hipófisis, es decir, pistola en boca, que apuntar a la sien. De ahí que ésta sea la posición preferida por el 62% de los suicidas, frente al 15% de los que apoyan el arma contra la región temporal, o el 10% que lo hacen contra la zona frontal.

Otras armas de fuego son las granadas de mano y los explosivos, usados en tiem-

po de guerra para darse la muerte en familia y no caer en manos del enemigo. De este modo numantino se vuelan familias enteras republicanas españolas, asediadas por los franquistas en el muelle del puerto de Alicante al final de la Guerra Civil. De igual modo lo hacen algunos jerarcas nazis acorralados en su búnker berlinés al final de la Segunda Guerra Mundial. Con explosivos se matan en Leganés los autores de los atentados suicidas* de Madrid, en otro ejemplo de suicidio obsidional*.

En cuanto al uso de armas cortas, no es ajena al aumento del número de suicidios su fácil venta y adquisición. Según una encuesta de *Small Arms Survey* de 2004, titulada *Rights at Risk*, el comercio internacional de estas armas, que genera ganancias de 4.000 millones de dólares al año, contribuye en gran medida a las más de 500.000 personas que mueren anualmente por esta causa, 200.000 de ellas sin relación alguna con un conflicto bélico. Estados Unidos es al mismo tiempo el primer exportador y el primer importador mundial de este tipo de armas.

ARMENDÁRIZ, Pedro (Churubusco, 1912-Los Ángeles, 1963). Los padres del futuro actor cinematográfico se refugian en Estados Unidos huyendo de la Revolución mexicana cuando no es más que un chamaco. Allí se cría y no regresa a su país hasta la proclamación de la amnistía en 1933. Desde entonces alterna sus trabajos con directores mexicanos y norteamericanos. Su altivo bigote lo mismo campea junto a Dolores del Río que junto a Martine Carol. En 1963 se le diagnostica un cáncer, lo que no le impide seguir trabajando valerosamente en su último papel en *Desde Rusia con amor* (*From Russia with Love*) película del agente 007 dirigida por Terence Young. Apenas dos semanas después de terminar el rodaje, se suicida con somníferos en su cama de un hospital de Los Ángeles.

ARNERO, Nicolás (Segovia, 1950-1991). Tras dejar subrayada en el *Diario* de Cesare Pavese* la frase siguiente: "Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más", y de escribir contradictoriamente dos versos más: "Intuyo la cobarde humillación / de sustraerme al suicidio", este poeta segoviano comete una segunda contradicción y se ahorca el 20 de enero de 1991.

Arsénico. Elemento químico muy presente en la naturaleza como mineral de cobalto, que los antiguos denominaban con el término *oropimente*. Es una de las sustancias más tóxicas entre las fáciles de encontrar, de ahí que se utilice tanto en envenenamientos, voluntarios o no. Emplean este medio para darse muerte el famoso poeta adolescente Thomas Chatterton*, el compositor ruso Piotr Chaikovski* y, entre los seres de ficción, la protagonista de *Madame Bovary**. El uso de este veneno se ha asociado tradicionalmente con la mujer. Ambrose Bierce*, en su *Diccionario del diablo* (*The Devil's Dictionary*, 1906), lo califica de "especie de cosmético al que son muy afectas las mujeres". Una versión risueña del uso femenino de este tóxico es la comedia de Frank Capra *Arsénico por compasión* (*Arsenic and Old Lace*, 1944), película que tiene a Cary Grant como protagonista.

ARTAUD, Antonin (Marsella, 1896-Ivry-sur-Seine, 1948). Artista en carne viva cuyo sufrimiento se refleja en sus autorre-

tratos arañados por la pluma, en la insondable desolación de sus ojos y en el rictus amargo de su boca consumida, siempre en los márgenes y al borde del abismo. Fue poeta surrealista, teórico del teatro, actor teatral y cinematográfico, y dibujante. Víctima de trastornos neurológicos desde muy joven, sufre numerosas hospitalizaciones psiquiátricas a lo largo de toda su vida. Desde los 24 años es adicto al láudano *, ese viejo somnífero extraído del opio al que Baudelaire apostrofa: "El frasco de láudano, mi viejo y terrible amigo". Viaja a México en busca de nuevas experiencias —*Los tarahumara* (*D'un voyage au pays des Tarahumaras*, 1945)— y experimenta el peyote, sobre el que escribe muchas páginas y algunos poemas. Se siente cada vez más atraído por experiencias extremas y marginales en la línea de Hölderlin, Nietzsche y Van Gogh *, sobre quien escribe *Van Gogh, el suicidado por la sociedad* (*Van Gogh, le suicidé de la société*, 1947). Fallece en marzo de 1948, en una clínica de los alrededores de París, tras ingerir una sobredosis de láudano.

Artemisa. No es ésta la diosa que los romanos llaman Diana, que por inmortal no podría figurar en este diccionario, sino, como nos cuenta el Brocense citando a Estrabón y Aulo Gelio, una antigua reina de Caria que estuvo casada con su hermano Mausolo, al cual, tras su muerte, y de tanto como le quería, elevó el grandioso monumento fúnebre que se conoce por Mausoleo, una de las siete maravillas del mundo. "No contenta con esto —añade el humanista cacereño—, tomó las cenizas del cuerpo y beviólas en un vaso de agua, y poco a poco se fue consumiendo". Suicidio por demás romántico, ya que conlleva la más estrecha unión con el amado en la muerte, al que Juan de Mena somete en sus versos al más violento hipérbaton: "las maritales tragando çenizas" (*El laberinto de Fortuna*, 64c). A ella, junto a otras muchas heroicas suicidas, dedica su último aliento de suicida Leriano, el protagonista de la *Cárcel de amor**, con quien le une el ser bebedor de materia amada disuelta: la una, las cenizas; el otro, las cartas de amor hechas pedazos.

ARTIGAS, León (m. en Badajoz, 1984). El 14 de febrero de 1984, se introduce el cañón de una pistola entre los dientes y dispara. El poeta deja escrito estos versos: "Imploraré tan sólo un destello / cegador de lucidez / para devolverle a Dios / un cadáver de lujo".

ARTSYBASHEV, Mijaíl (Járkov, 1878-Varsovia, 1927). Próximo al nihilismo de Andréiev * e influenciado por los dramaturgos escandinavos de la época, como Ibsen o Strindberg *, refleja en su obra la crisis moral y la desesperación que atraviesa la sociedad rusa entre las dos revoluciones de comienzos del siglo XX, época en la que se produce una auténtica epidemia * de suicidios. En 1907 publica su novela más conocida, *Sanin*, que obtiene un gran éxito en toda Europa, en gran medida gracias a su encendida defensa del amor libre. En ella, la joven maestra Karsavina ama al intelectual Yuri y es correspondida; pero, en un momento de debilidad, cede al mejor amigo de su amado, Sanin. Al enterarse de ello, Yuri, que sólo tiene 26 años, se suicida. La pareja Sanin-Karsavina se deshace y el protagonista huye de la ciudad. La novela de 1911 *En el límite extre-*

mo teje toda clase de variaciones sobre el tema del amor y la muerte con el triunfo irremediable de ésta. Para el personaje del ingeniero Naumov, "apóstol del suicidio", "la voz de la muerte incesante y monótona constituye la música fundamental de la vida".

Asfixia. Contener la respiración hasta ahogarse es un método que parece imposible y que, sin embargo, fue utilizado por Diógenes el cínico*, según transmite cierta tradición. El pintor francés Bernard Buffet* lo perfecciona metiendo la cabeza dentro de una bolsa de plástico; así lo hacen también el poeta catalán Gabriel Ferrater* o el padre de André Malraux*. Ahogarse con los aromas de las flores parece un refinamiento soñado por el más decadente de los estetas y, sin embargo, es el método imaginado por Zola* para uno de sus personajes, la amante rechazada por el padre Mouret en la novela del mismo nombre (*La faute de l'abbé Mouret*), que así se da muerte.

***Astrea, La*.** Novela pastoril (*L'Astrée*, 1607-1627) del escritor francés Honoré d' Urfé (1557-1625), inspirada en *La Diana* del español Jorge de Montemayor, que refleja los gustos refinados de la corte del rey Enrique IV. El protagonista, Celadón, rechazado por Astrea, la dama de sus pensamientos, quien lo cree injustamente infiel, decide poner fin a su vida arrojándose a las aguas del río Lignon. Las ninfas de aquellos parajes, con Galatea a la cabeza, corren a salvarlo, por lo que el protagonista puede emprender ya las innumerables aventuras que le quedan por vivir en las cinco largas partes de la monumental obra.

Atentado suicida. Acción terrorista en la que el autor se da la muerte para matar a sus víctimas. El protomártir de esta modalidad, ensalzado por unos como héroe aunque otros podrían muy bien tildarlo de terrorista precursor, es el juez de la Biblia*, Sansón, quien aun sin disponer de explosivos, con la sola ayuda de su Dios, condescendiente para el caso, provoca una auténtica carnicería entre sus enemigos.

Walter Laqueur sitúa los primeros antecedentes del terrorismo en la secta judía de los zelotes. Kepa Aulestia, en su *Historia general del terrorismo* (2005), incluye en este capítulo desde los zelotes (o zelotas) judíos* del siglo I de la fortaleza de Masada* hasta los actuales *kamikazes** de Al Qaeda*, pasando por los muchos revolucionarios anarquistas o nihilistas del siglo XIX que mueren al hacer estallar sus bombas. A este respecto, introduce una distinción entre el *matar muriendo* de los suicidas islamistas actuales y el *morir matando* de sus predecesores rusos decimonónicos.

David C. Rapaport, en su contribución a la obra colectiva *El nuevo terrorismo islamista* (Reinares, 2004) establece una secuencia histórica de cuatro oleadas que se suceden desde finales del siglo XIX, la última de las cuales la constituye la islámica, iniciada en torno a 1998. Parece que los primeros en utilizar este método en el siglo XX fueron los tigres tamiles en su lucha por la independencia contra las autoridades de Sri Lanka, y desde entonces no cesa de ganar nuevos adeptos como, por ejemplo, los talibanes afganos, que inician su serie sangrienta de atentados a fines de 2005. "Prácticamente desconocidas en el pasado en Afganistán —se lee en *Le Monde*—, las operaciones suici-

das pasan de 27 en 2005 a 139 en 2006". Entre los más espectaculares atentados de la época actual, se cuentan los perpetrados por los pilotos suicidas que derriban las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001.

Los siete autores del atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid, que se suicidan con explosivos el 3 de abril siguiente en Leganés, no forman parte de esta especie sino de los llamados obsidionales* o numantinos, ya que lo hacen para no caer en manos de sus perseguidores.

Estos atentados suicidas, que ocupan cada vez más a menudo las primeras páginas de la actualidad, inspiran los más variados comentarios y las interpretaciones más opuestas. ¿Forma moderna de la *yihad** o guerra santa? Como botón de muestra, el mismo 10 de julio de 2005 el columnista del *New York Times* Thomas Friedman los atribuye al "culto a la muerte" que reina en el mundo musulmán, mientras que el escritor paquistaní Tariq Alí recuerda que "los atentados contra gente inocente son tan bárbaros en Bagdad, Jenín o Kabul como en Nueva York, Madrid o Londres". A este respecto, la británica Rosemary Hollis, directora del Real Instituto de Asuntos Internacionales (Chatman House), introduce una interesante distinción a raíz de los atentados de Londres de julio de 2005: "Es muy distinto un iraquí que lleva a cabo una misión suicida que un voluntario que viaja a Irak desde Gran Bretaña para hacer eso. Si eres un palestino que amenaza a ocupantes israelíes, tus motivos están claramente relacionados con tu situacion en Palestina, y no con el odio a la libertad".

Parecida distinción establece Fernando Savater cuando escribe: "Tienen razón Arzalluz, Llamazares y otros pensadores del mismo calibre cuando nos recuerdan que no todos los terrorismos son iguales. Algunos, como el de los indudablemente maltratados palestinos, surgen de una frustración desesperada que se convierte de manera explicable pero nefasta en coartada de atrocidades agresivas y represivas que aumentan cada vez más los males ya enquistados; en cambio, otros, como el de los criminales vascos de andorga llena y chalet en la costa para veranear poniendo bombas, proceden de la pura mugre xenófoba que calumnia y sabotea las libertades democráticas dentro de las cuales viven tan ricamente" (*El País*, 7 de octubre de 2001).

Umberto Eco, en un artículo publicado en septiembre de 2005, en el que se pregunta "¿Por qué usaban casco los *kamikazes*?", cita a Robert A. Pape y su libro *Dying to Win. The Strategic Logic of Suicide Terrorism*. Basándose en una sólida documentación estadística, su autor adelanta dos conclusiones fundamentales: una, el terrorismo suicida se origina únicamente en territorios ocupados y como reacción a esta ocupación; dos, el terrorismo suicida no es un fenómeno exclusivamente musulmán. Pape, profesor de la Universidad de Chicago que ha estudiado con su equipo 462 atentados ocurridos entre 1980 y 2004, revela otras curiosidades dignas de meditar. Los *kamikazes* nunca son delincuentes ni tienen un pasado terrorista: su primera experiencia con la violencia es precisamente su acto suicida. Sus motivaciones no son religiosas, sino que tienen claros objetivos estratégicos. Tampoco es un fenómeno exclusivamente masculino, ya que, según Rohan Gunaratna, experto cingalés en terrorismo

mundial, un 30% de los terroristas del planeta son mujeres y, según Mia Bloom, profesora de la Universidad de Cincinatti, un 15% de los atentados suicidas han sido obra de terroristas femeninas (*Bulletin of the Atomic Scientist*, noviembre-diciembre de 2005). El caso de la belga Muriel Degauque, de 38 años, muerta al accionar su carga explosiva en una localidad de Irak el 9 de noviembre de 2005, inaugura el capítulo de mujeres terroristas suicidas occidentales. En un artículo de 2006, Timothy Garton Ash resume: "Las misiones suicidas las suele llevar a cabo el bando más débil. Son el arma de David contra Goliat". Así, lo que empieza por la Biblia termina por la Biblia, pero cambiando de bando.

A estas motivaciones político-estratégicas, Salman Rushdie, en una entrevista concedida a *El País* en septiembre de 2006, añade otra más psicológica cuando afirma: "Estoy firmemente convencido de que entre los terroristas suicidas existe algo así como una fascinación por la muerte". Lo que, si se añade a lo dicho por Anthony Beevor de que "el efecto afrodisíaco del peligro de muerte no es desconocido en cuanto fenómeno histórico", nos lleva a la universal pulsión de muerte definida por Freud. Pero Beevor insiste también en la dimensión política cuando, en septiembre de 2006, declara que los suicidas "se enfrentan de una manera radical a la dominación extranjera". En su ensayo *El perdedor radical*, Hans Magnus Enzensberger destaca los motivos psicológicos de los autores de atentados, vinculándolos con la personalidad psíquica de los perdedores individuales, todos los desgraciados que pueblan la crónica de sucesos de los diarios con los asesinatos de sus mujeres e hijos y con sus propios suicidios: "Los perdedores colectivos salen de su aislamiento cuando descubren que existen otros 'perdedores' como ellos". Una causa más elevada que su propio yo refuerza su voluntad y legitima su acción. Refiriéndose al islamismo, habla de "pulsión destructiva".

Próximos a estos terroristas están aquellos otros que se suicidan o intentan hacerlo inmediatamente después de cometer su crimen. Algunos de éstos se hallan entre los anarquistas suicidas*, a los que se pueden añadir dos de los activistas paneslavistas serbios conjurados para asesinar al archiduque de Austria en Sarajevo en 1914. Ninguno de los dos lo consigue, pese a recurrir a un doble método: el cianuro* y el ahogamiento*, el primero de ellos; la pistola y el cianuro, el segundo.

Atis. En la mitología griega, es un pastor frigio consagrado al culto de Cibeles, y por consiguiente virgen, que traiciona sus votos y tiene amores con la ninfa Sangaris. La vengativa diosa le trastorna la razón y lanza tras él a las furias desencadenadas, de las que huye y se refugia en un bosque; allí, para huir de un peor castigo, se emascula con una piedra afilada. Protomártir de la autocastracion*, su ejemplo cunde entre los sacerdotes dedicados al culto de aquella diosa de Asia Menor, mal llamados *galli* pues todos son capones.

Átridas. En la saga de esta familia legendaria y maldita, a la que pertenecen Agamenón, Orestes, Egisto, Clitemnestra e Ifigenia, al igual que en la de Edipo, se acumulan los horrores, crímenes, incestos, venganzas y suicidios. Todo empieza con la enemistad de los hermanos Atreo y

Tiestes, hijos de Pélope y nietos de Tántalo, cuya maldad inspira a casi todos los autores de la Antigüedad clásica en todos los géneros literarios. Eurípides, Sófocles* y Séneca* les dedican varias tragedias. Con decir que Atreo, para vengarse de su hermano, le ofrece en un banquete la carne de sus hijos, vemos que el listón de la crueldad está ya de entrada muy alto. Pelopia, hija de Tiestes, se suicida el día en que descubre que ha sido violada por su padre. En versiones renacentistas y posteriores, se introduce un nuevo personaje, el de la adúltera Mérope o Aérope, según los casos, a la que casi siempre le toca darse muerte envenenándose, a menudo después de haber matado a Tiestes. Otras veces, como en las versiones de Voltaire* o Ugo Foscolo*, es el propio Tiestes el que se mata a la vista de lo que ha comido.

Atropello. Es método evidentemente moderno, ya que se practica arrojándose al paso de vehículos rodados, como trenes, metros, tranvías, autobuses, camiones o coches; y no hay testimonios, por ejemplo, de mártires cristianos que, en su fervor, se arrojaran en el circo al paso de las cuadrigas. No obstante, en la India*, fervorosos devotos del dios Krishna se dejaban aplastar por las ruedas de los carruajes durante las festividades en honor de su divinidad. Por otra parte, la heroica sufragista Emily Davison* se arroja bajo los cascos de los caballos y muere coceada.

Observan algunos autores que en este tipo de suicidio, al contrario de tantos otros mucho más discretos, predomina un sentimiento de agresión hacia el entorno, como una venganza *post mortem* contra la comunidad, ya que implica paralización del servicio, graves molestias para los usuarios, etc. Debe de corresponder a temperamentos megalómanos, sedientos de poder, que sueñan con desencadenar ellos solos toda una huelga de transportes.

La figura literaria arquetípica de este método de suicidio es la de la heroína tolstoiana Ana Karénina*, purificada de sus muchas faltas bajo las ruedas de un convoy que le pasa por encima. El poeta español Pedro Casariego* muere, como él mismo prevé, "mordido por un tren hambriento". Otros trenes inocentes matan al poeta húngaro Attila József*, al actor francés Roland Amstutz* o al pintor español Víctor Mira*. Como tantos otros que a primera vista lo parecen, tampoco éste es un método infalible; y así lo prueba el caso del joven Andréiev*, quien más adelante se dispone a intentarlo de nuevo probando otro método más eficaz.

Aura. Hija de Peribea y del titán Lelanto, forma parte, con otras castas ninfas, de la comitiva cazadora de la diosa Diana. Aunque rápida como el viento, es alcanzada en su huida por Baco, de quien concibe dos gemelos; se vuelve loca y se precipita en el río Sangario. No hay que confundirla con su homónima, hija del viento norte Bóreas y de Oritía, que no es ninfa sino leve brisa.

AURIGNAC, Patrick (1965-Cannes, 1997). Su carrera de actor empieza en la cárcel, donde su futuro agente artístico lo descubre cuando, estando preso, participa en una representación teatral. Después de ayudarle a salir, le presenta a diferentes directores, y es con la realizadora francesa Diane Kurys con quien obtiene su primer papel protagonista, junto a Anne Parillaud y Béatrice Dalle, en la película *À la folie*.

En la primera película que dirige, *Memorias de un joven gilipollas* (*Mémoires d'un jeune con,* 1996), cuenta los siete años que pasa en la cárcel por atracar un banco. En la noche del 15 al 16 de mayo de 1997, a los 32 años, se dispara un tiro de revólver en el pecho.

Autocastración. Modalidad de automutilación* muy próxima al suicidio, y a veces causa de éste por desangramiento. Como otras agresiones, es efecto de trastornos en el control de impulsos desatados para la liberación de una tensión. Sus causas son muy variadas, no siempre médicas. Simbólica o real, es recomendación que, en aras de la más estricta castidad, siguen y se aplican algunos miembros de las sectas religiosas más extremistas. Reservada a una casta sacerdotal, la castración es de uso corriente desde épocas arcaicas en Egipto, Mesopotamia y zonas del Mediterráneo. En Asia Menor la practican los adeptos al culto de Artemisa Efesia, al igual que los de la diosa Milita en Babilonia y Fenicia, o de Cibeles en Frigia. Todas ellas, y más aún esta última en conmemoración del sacrificio de Atis*, tienen a su servicio corporaciones de sacerdotes eunucos. De varias de estas costumbres nos habla Plinio en su *Historia natural.*

"Eunuco" es la palabra que emplea Jesucristo* para hablar de la continencia, según la versión del evangelio de san Mateo (19,2-12): "Y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos". A lo que, para concluir, añade el maestro: "El que pueda entender, que entienda".

En el cristianismo primitivo, muchos son los que lo entienden al pie de la letra, basándose además en los evangelios "apócrifos" de san Pedro y santo Tomás. La herejía o secta encratista (del griego *enkratéia*, "continencia"), que florece en Asia Menor en el siglo II, ofrece un buen ejemplo de este sacrificio* llevado a la práctica. Su fundador, Taciano el sirio, discípulo de san Justino mártir, pero influido por las doctrinas gnósticas, predica la más absoluta castidad y rechaza el matrimonio. Sus seguidores, que son también *acuarienses*, es decir, que sustituyen el vino por el agua en el sacrificio de la misa, adoptan la vida eremítica, remedio en principio eficaz contra la tentación. No debe de ser suficiente ya que, como medida de seguridad extrema, los hay que recurren a la ablación de los genitales.

Orígenes de Alejandría (185-254), padre de la Iglesia, opta como Taciano por una interpretación literal del evangelio de san Mateo y no sólo recomienda a sus fieles la autocastración sino que él mismo la practica. Edward Gibbon, el venerable historiador británico del siglo XVIII, comenta con humor propio de su isla: "Ya que en general interpretaba las Escrituras de forma alegórica, parece muy poco acertado que justamente en este caso optara por el sentido literal". Por la misma época, otra secta, la de los valesianos, establecidos en Arabia hacia el 240 y herederos de los montanistas, practicantes también de la más absoluta continencia, ejecutan sistemáticamente la autocastración y sólo admiten en sus filas a eunucos. Una leyenda piadosa atribuye a san Pafnucio (pero no sabemos a cuál de ellos, si al mártir de Jerusalén o al mártir fallido de Egipto) la rebuscada idea de dejarse picar los genitales por una víbora en busca del mismo resultado.

Durante la Edad Media, los pobres genitales de muchos ascetas sufren toda clase de torturas, lo que remite al capítulo del suicidio crónico*. Otros, en esta época milagrera, según cuentan Berceo* o el *Liber sancti Jacobi**, se los rebanan por diabólico engaño. También practica idéntico remedio contra la concupiscencia Klingsor, el caballero felón del *Parsifal* de Wagner, expulsado de la Orden del Grial por Titurel y convertido en mago. En la tradición que se remonta por lo menos hasta el siglo XIII, hasta el poema de Wolfram von Eschenbach, la castración del tentador procedía de una venganza. Es Wagner quien la transforma en mutilación voluntaria.

En época más moderna, la secta de los *skopzi* (castrados), fundada por Kondratij Selívanov en Rusia en torno a 1770, y a los que Dostoyevski* alude con el nombre de "ortodoxos", considera que el pecado original es el acto sexual. Por ello proceden a la ablación del miembro viril mediante un hierro rusiente, que al mismo tiempo restaña la herida y evita el desangramiento, e igualmente practican la ablación del clítoris entre las mujeres de la secta. A éstos se refiere Curzio Malaparte en el capítulo sexto de su novela *Kaputt* (1944), donde un eunuco rumano de esta secta es el cochero de una princesa, lo cual hace suponer que, aún a mediados del siglo XX, subsistían en Europa Central rescoldos de tales creencias y conductas. El poeta mexicano Jorge Cuesta* practica la autocastración por loco, que no por cristiano, y se desangra en el manicomio en el que está ingresado. Lo hace también en la cárcel el poeta español Víctor Ramos*. Una de las más recientes imágenes de autocastración es la protagonizada por Gérard Depardieu y filmada por Marco Ferreri* en la película *La última mujer* (*L'ultima donna*, 1976).

Autoincineración. Véase Fuego*.

Autolesión. En términos de suicidiología*, se emplea en inglés la sigla DSH (*Deliberate Self Harm*) para designar este fenómeno, también llamado autoagresión y que puede alcanzar el grado máximo de automutilación. Un primerísimo caso de autocastigo lo tenemos en Edipo, quien, en la tragedia de Sófocles* *Edipo rey*, al descubrir la magnitud de su crimen y el cadáver de Yocasta* colgado del techo, se arranca los ojos. Cuenta el mensajero: "Arrancó los dorados broches de su vestido con los que se adornaba y, alzándolos, se golpeó con ellos las cuencas de los ojos". La automutilación es forma limitada de suicidio o a veces secuela de un intento fallido. Como todo lo relacionado con el suicidio, está marcada por el signo de la ambivalencia, ya que responde a un deseo de autodestrucción pero es también una llamada de auxilio.

La autolesión, al igual que la misma tentativa de suicidio, parecen ser para algunos una prueba de hombría, la respuesta afirmativa a un reto, como en el juego de la ruleta rusa. Así, por ejemplo, para el ruso Leónid Andréiev*, quien, comentando sus repetidos intentos, declara muy orgulloso que "el hombre que nunca ha intentado matarse no vale gran cosa". Al calificarlos él mismo de "error de romanticismo juvenil", parece confirmar su carácter de prueba o rito de paso a la edad adulta, al estilo de las cicatrices que se infligían los estudiantes duelistas alemanes de antaño y ostentaban luego en la

cara, o la práctica menos dolorosa de los tatuajes que certificaban en tiempos (hoy se ha generalizado mucho su práctica) el paso por la legión, la marina o la cárcel, reputados crisoles de virilidad. En esta reciente declaración a la prensa española de un adolescente ecuatoriano se observa la misma actitud de afirmación viril: "Nos drogábamos con pegamento y cuando estábamos puestos nos hacíamos cortes en el brazo con un cuchillo para que vieran que éramos valientes". Van Gogh* la practica en un primer momento cortándose la oreja, lo que no le impide más adelante atentar definitivamente contra su vida. Si los hay que se matan porque se detestan, algo de conducta suicida debe de subyacer entre quienes se mutilan con la ayuda de la cirugía estética porque detestan partes de su ser (véase Morselli, Enrico*).

En las cárceles*, donde tantos casos de suicidio se producen, es conducta frecuentísima. Puede obedecer a razones prácticas, como en el caso del filósofo griego Anaxágoras, que se cercena heroicamente la lengua de una dentellada para no delatar, bajo los efectos de la tortura, a sus compañeros de conjura contra el tirano. Para comprobar cómo su uso no ha decaído, desde la Antigüedad saltamos hasta las páginas de una novela argentina actual, donde "la loca Margarita, un travesti, se llenó la boca de gilletes y se cortó que era un desastre y le mostró la lengua a la yuta y le dijo: 'Si querés te la chupo, querido, pero a mí, vos, no me vas a hacer hablar" (Ricardo Piglia*, *Plata quemada*, 1997).

Úsase también en tiempos de guerra para evitar la movilización o para ser repatriado del frente. Porque, como declara en diciembre de 2004 el soldado estadounidense Aaron Ray al corresponsal de *El País* en el hospital alemán de Landstuhl, donde son atendidos los heridos de Irak, "la única forma de irse a casa es que te destrocen el cuerpo con una bomba". La novela corta *Senka* (1956), del escritor soviético Víktor Nekrásov (Kiev, 1911-París, 1987), relata un caso así, lo que, como era de suponer y por más que hubiera obtenido el premio Stalin por su novela *En las trincheras de Stalingrado*, le vale al autor las críticas más acerbas de las autoridades culturales estalinistas y le obliga a exiliarse. Beckmann, el protagonista de la obra teatral *Fuera, delante de la puerta* (1946), del dramaturgo alemán Wolfgang Borchert*, también regresa del frente ruso tras herirse voluntariamente.

Es arma de probada eficacia para luchar contra la tentación de la carne y, sin llegar al extremo de la autocastración*, su uso con fines ascéticos puede efectuarse sobre otras partes del cuerpo. Así, en el cuento de Tolstói* *El padre Sergio* (1911), un dedo cercenado reemplaza, simbólica pero cruenta y cruelmente, al miembro pecador del asceta. Como señala Elisabeth Frenzel, cortarse la mano es motivo legendario primitivo entre las hijas que quieren escapar al asedio de un padre incestuoso. Otras luchan contra la lujuria mediante el fuego*, sea para calmar los propios ardores, sea los de sus perseguidores, si son víctimas de acoso* sexual. Un caso muy curioso es el de la automutilación filantrópica, como se puede ver en Paulin Gagne*.

Otras formas más incruentas de automutilación son las de quienes se privan de partes menos palpables, pero tal vez igual de importantes, como Fausto, que vende su alma al diablo, o Peter Schlemihl, que vende su sombra, o el protagonista de *La*

piel de zapa de Balzac*, que compra un objeto que acorta su vida. Arsenio Lupin* afirma sentirse como el que vendió su sombra tras cambiar de personalidad para evadirse de la prisión de La Santé. Cuantos escritores, desde Virgilio hasta Kafka*, hacen sacrificio de sus manuscritos por el fuego*, entran también, a nuestro parecer, en esta categoría; y junto a ellos, los pintores furiosos o insatisfechos que rasgan sus lienzos a cuchilladas, como, por ejemplo, Chaim Soutine o Patrick H. Bruce*, o la joven dibujante y escultora Marga Gil Roëset*.

No termina la automutilación en el propio cuerpo sino que puede extenderse al entorno inmediato, como ocurre con cuantos, desesperados, destruyen su casa, sus bienes o el barrio en que viven, autoinfligiéndose un castigo que parece se debería orientar hacia los causantes de su situación desesperada. Los motines raciales y las revueltas en barrios marginales, de Los Ángeles a París o Londres, terminan siempre en incendios de vehículos o edificios de la propia comunidad.

Automutilación. Véase Autolesión*.

Automutilación simbólica. Véase *Performance**.

Áyax. En la *Ilíada*, epopeya homérica del siglo VIII a. C., este héroe de la guerra de Troya es, en ausencia del encolerizado Aquiles y junto con Diomedes, el principal campeón del bando heleno. Cuando Aquiles muere de un flechazo en su vulnerable talón, es él quien transporta su cuerpo hasta la retaguardia. Al no obtener en herencia las armas de Aquiles, que van a parar a manos de Ulises, decide dar muerte por despecho a todos sus enemigos. Pero trastornado el juicio por la intervención de la diosa Atenea, ataca quijotescamente a un rebaño de ovejas y, al volver en sí, deshonrado y cubierto de ridículo, saca la espada y se mata con ella. Ovidio, en las *Metamorfosis*, pone en su boca la sentencia *ne quisquam Aiacem possit superare nisi Aiax*, que Sebastián de Covarrubias traduce en su *Tesoro de la lengua castellana* por: "para que nadie pueda vencer a Áyax sino Áyax mismo". Su cuerpo es enterrado, pero al ser el de un suicida, no merece los honores de la pira funeraria ni de la urna.

En la tragedia de Sófocles* del mismo nombre, se lamenta de su suerte y, tras pasar revista a varias posibilidades, concluye: "El noble debe vivir con honor o con honor morir". Esposa y coro tratan de disuadirle, pero ni la presencia del tierno hijo lo logra. Su forma de matarse es la empleada por el rey Saúl en la Biblia*, arrojándose sobre la punta de la espada, que el héroe griego ha fijado cuidadosamente en tierra. Antes de hacerlo, exclama: "¡Oh Muerte, Muerte!, ven ahora a visitarme". Si el despojo del héroe consigue con todo aquí digna sepultura, es debido a la magnánima intervención de Ulises, eficaz abogado ante Agamenón. Lo que destaca Sófocles en su obra es la libertad del suicida al ejecutar su acto. De "sacrilegio sublime" califica su muerte otro suicida, Larra*.

Como muestra Ron M. Brown en su estudio *El arte del suicidio*, son abundantes las representaciones muy crudas de este suplicio que nos legan la estatuaria y la cerámica griegas, y en las que los artistas destacan a menudo lo meticuloso de su preparación. Aunque Ugo Foscolo* no

se suicidara, después de representarse bajo los rasgos del suicida Jacopo Ortis* parece que de nuevo lo hace tras la máscara de este otro héroe suicida en su tragedia *Ajace* (1811), en la que Agamenón encarna, según parece, al tirano Napoleón.

AZÚA, Félix de (Barcelona, 1944). En su *Diccionario de las artes* (1999), y en la entrada dedicada a Freud*, considera el suicidio como un medio curativo entre otros: "En el sentido que suele utilizarse la palabra 'curación' en los medios freudianos, también 'cura' el cine, un empleo, una monja que nos atienda en el hospital, un viaje o un cambio de pareja. Y no digamos un suicidio..."

B

BABEUF, Gracchus (Saint-Quentin, 1760-Vendôme, 1797). Considerando que la República hija de la Revolución francesa ha traicionado sus ideales socialistas y auténticamente revolucionarios por los que siempre ha luchado, fomenta la "conjura de los iguales" en favor de una colectivización de la riqueza que favorezca a los más humildes. Detenido y condenado a muerte por el tribunal superior de Vendôme, junto a su compañero Darthé, ambos condenados se suicidan de modo artesanal y chapucero clavándose en el pecho un clavo que han estado afilando en las losas de la celda durante los diez meses que dura el proceso. Su compañero muere desangrado, pero él, con menos suerte, sobrevive hasta el amanecer y es guillotinado prácticamente en la agonía. Antes declara: "Sólo cuando me hayan cortado la mano, cuando los verdugos me hayan arrancado la lengua, sólo entonces dejaré de trazar, de pronunciar y de abrazar la defensa de los ciudadanos oprimidos".

BACHMANN, Ingeborg (Klagenfurt, 1926-Roma, 1973). Hija de un padre nazi e incestuoso, la poeta y narradora austriaca, amante desafortunada de Paul Celan* y Max Frisch, aún no tiene 12 años en el momento del *Anschluß*. La utopía de un mundo sin armas con la que sueña es inseparable de la definición de una nueva relación con el otro —ser, sexo, raza, país, palabra, lengua— que le llevan a situaciones límite en la vida y la escritura, tratando de explorar vías "que liberen a los hombres de las palabras corrompidas por los verdugos". Durante toda su vida no cesa de denunciar la influencia nefasta de la sociedad capitalista, imperialista y patriarcal, a las que califica de "fascistas". En su poema "Hablar con un tercero", de su libro *No sé de ningún mundo mejor*, declara: "Y he elegido a la / muerte [...]. La muerte [...] tiene la amargura de treinta / píldoras, mide una / caída por la ventana". Sin embargo, no serán ni las píldoras ni el salto al vacío lo que la mate, sino el fuego*. En el verano de 1973, en la habitación del hotel de Roma donde está afincada, se quema viva prendiendo fuego a su cama. Antes, en su novela *Malina* (1971), la primera de la trilogía inacabada *Muertes*, la narradora reflexiona en un

monólogo interior: "Ninguna esperanza: mañana no existe. El loco hoy es una palabra a la que sólo los suicidas deberían tener derecho".

BAIER, Lothar (Karlsruhe, 1942-Montreal, 2004). Figura intelectual de la ultraizquierda radical y antidogmática y gran admirador de la Francia sesentayochista y sartriana, este escritor, traductor y periodista está presente en todos los debates de Alemania desde 1960 a 1980. La atracción que ejerce sobre él el vecino país —"Francia fue su norte", dice de él Ciro Krauthausen— le lleva a dedicarle varios libros, no siempre elogiosos, a instalarse por un tiempo en su campiña meridional y a terminar su vida en el Quebec francófono. La pregunta que se hace en su libro *¿Qué va a ser de la literatura?* (Debate, 1996) aún resuena después de su muerte. Amargado ante la desaparición de la izquierda en la que tanto militó, pone fin a su vida en Montreal un domingo 11 de julio de 2004. Antes de hacerlo, redacta un mensaje* de despedida dirigido a todos sus amigos en el que explica los motivos de su decisión. Ésta parece haber cobrado fuerza ante el ejemplo del escritor suizo Niklaus Meienberg*, al que cita y cuya biografía acaba de leer. El texto de la carta póstuma de Baier figura íntegramente, bajo el título de "Escolio tercero", en la novela del Colectivo Todoazen *El año que tampoco hicimos la Revolución* (Caballo de Troya, 2005).

BAKER, Chet (Yale, 1929-Amsterdam, 1988). Se inicia muy joven como trompetista y cantante de jazz y vive su mejor época cuando participa en la aventura del cuarteto de Gerry Mulligan y encuentra a Charlie Parker. Su voz melancólica y apagada resuena en alternancia con la de su mesurada trompeta. A partir de 1963, alcohólico y toxicómano, principia un descenso que le lleva a errar en los años 60 y 70 entre París y Londres, y pasar varias temporadas en la cárcel y otras tantas en hospitales en curas de desintoxicación. Durante una gira europea, y en vísperas de Navidad, se arroja por la ventana de su hotel en la ciudad holandesa, "como si tuviera alas". Éste es el título de la autobiografía que deja escrita: *Como si tuviera alas* (Mondadori, 1999).

BALSAN, Humbert (Arcachon, 1954-París, 2005). El 55° Festival de Cine de Berlín se inaugura, el 10 de febrero de 2005, con la noticia de la muerte del productor cinematográfico de muchos grandes directores y presidente de la Academia Europea de Cine, a la edad de 50 años. La prensa, haciéndose eco del indefectible tabú* que rodea siempre a estas muertes voluntarias, informa: "Se daba a conocer oficialmente la muerte, aunque ocultando que se ha tratado de un suicidio".

BALZAC, Honoré de (Tours, 1799-París, 1850). Gran cronista de la Francia de su tiempo a través de las numerosas novelas que componen el vasto fresco de *La comedia humana* (*La Comédie humaine*, 1830-1848), el padre del realismo decimonónico francés trata a menudo el tema del suicidio. Ya hace su aparición en *Eugénie Grandet* (1833), su primera gran novela, y es la causa de que Charles Grandet, el joven parisino cuyo padre arruinado se acaba de matar, vaya a vivir a casa de la protagonista y se enamore de ella. Lucien de Rubempré, poeta fracasado y protago-

nista de *Las ilusiones perdidas* (*Illusions perdues*, 1837), está a punto de suicidarse cuando un antiguo forzado, Vautrin, lo salva y firma un pacto con él. Como resultado del pacto, en la siguiente novela del ciclo *Esplendores y miserias de las cortesanas* (*Splendeurs et misères des courtisanes*, 1839), Rubempré triunfa en París obteniendo fortuna y gloria. Para consolidar la primera, ambos compinches explotan a una joven prostituta judía, Esther, que quieren endilgar a un riquísimo barón. Pero, para desdicha de los asociados, la noche misma en que debe entrar al servicio del millonario, la joven se suicida. Detenido y encarcelado, Rubempré acaba confesando su delito y delatando a su cómplice, tras lo que, de vuelta a su celda, se ahorca.

Con anterioridad a este gran ciclo realista y testimonial, en su período inicial, más romántico y fantástico, el suicidio se cierne como amenaza en la novelita *La piel de zapa* (*La Peau de chagrin*, 1831). Su protagonista, el joven marqués Raphaël de Valentin, escapa a la muerte voluntaria cuando un extraño personaje, de evidente estirpe literaria alemana (Goethe, Hoffmann o Chamisso), le vende la mágica piel, especie de lámpara de Aladino que realiza los deseos pero acorta la vida. Al año siguiente publica otra novelita, *La mujer abandonada* (*La femme abandonnée*, 1832), donde no es la abandonada la que se desespera sino su joven amante arrepentido, quien al recibir calabazas de su antigua amante se mata románticamente.

BANVILLE, John (Wexford, 1945). Tanto su novela *Eclipse* (*Eclipse*, 2000) como la siguiente, *Imposturas* (*Shroud*, 2003), ambas en Anagrama, giran en torno al personaje de una joven, Cassandra, que al final del primer libro, sin apenas explicar su decisión, se suicida lanzándose al mar. Los demás personajes se interrogan sobre ella y su destino, como lo hace su padre, el escritor retirado Alex Cleave, en el primero de ellos; o Axel Vander, célebre teórico de la literatura, en el segundo. En *El mar* (*The Sea*, 2005), los extraños gemelos Myles y Chloe, un día de excepcional marea se internan mansamente en las aguas y desaparecen para siempre.

***Banzai*.** Grito que puede traducirse por "¡larga vida!" que acompaña a los ataques suicidas de los *kamikazes** japoneses o de cualquier otro combatiente de Japón durante la Segunda Guerra Mundial. El término es utilizado a menudo por historiadores de ese período como adjetivo con el significado de suicida. Así vemos figurar en las páginas de esas crónicas las expresiones "cargas banzai", "ataques banzai", etc. Se ha convertido incluso en un topónimo, al bautizarse con el nombre de Banzai Cliff el acantilado desde el que se arrojaron al mar miles de japoneses en la isla de Saipán*.

BARBEY D'AUREVILLY, Jules (Saint-Sauveur-le-Vicomte, 1808-París, 1889). Escritor posrromántico francés truculento y ultraconservador, cuyas espeluznantes historias transcurren a menudo en su Normandía natal. Su catolicismo intransigente, en el que Satán juega un papel considerable, abre la vía a Georges Bernanos* y a otros obsesionados por el Maligno. El protagonista de *Un cura casado* (*Un prêtre marié*, 1864) hace que su mujer muera al enterarse de su apostasía. Para calmar a la hija de este matrimonio, bea-

ta histérica que sólo piensa en convertir de nuevo a su padre y que ha hecho voto de castidad, el ex cura finge arrepentirse. Al enterarse de la impostura, la joven Calixte no lo soporta y muere. Desesperado, su padre se arroja a un lago abrazado al cadáver de la hija. Un novio sin esperanzas de la joven se enrola en el ejército, y a la primera ocasión que se presenta se deja matar en el campo de batalla*.

BAROJA, Pío (San Sebastián, 1872-Madrid, 1956). En su novela *El árbol de la ciencia* (1911), el protagonista, Andrés Hurtado, médico como el autor y pesimista y amargado como él desde sus años de estudiante en Madrid, es víctima de una serie de desgracias que acentúan su desesperanza. Su hermano muere de tuberculosis sin que él pueda hacer nada por curarlo, lo que le revela su propia ignorancia y la inutilidad de la ciencia. Su esposa Lulú fallece de parto tras dar a luz a un hijo muerto. A la profunda depresión nacida de estos hechos se une la sensación de que toda su vida activa no ha sido más que un rotundo fracaso. Todo ello le lleva a envenenarse, lo cual, colmo de la ironía, será el único provecho que saque de sus conocimientos médicos. "Para el paso de Mateo Morral* [anarquista y suicida] por la vida madrileña y el eco del atentado [contra Alfonso XIII] entre los escritores —aconseja Zamora Vicente— véase Pío Baroja, *Memorias*, III".

BARRIE, J. M. (Kirriemuir, 1860-Londres, 1937). El autor de *Peter Pan o el niño que no quería crecer* (*Peter Pan, or The boy who wouldn't grow up*, 1904), no es que no quisiera: es que se quedó así, desmedrado y escomendrijo. A los 25 años abandona su Escocia natal y se traslada a Londres, donde triunfa en el teatro. Detrás del éxito de sus obras, entre las que destacan las tres dedicadas al héroe infantil, se oculta una vida dolorosa, marcada por la muerte temprana de su hermano mayor, por el despotismo de una madre neurótica y por su impotencia sexual, todo lo cual le acarrea estados depresivos. Como su personaje principal, el autor, casi un enano por su estatura, se niega también a crecer y hacerse adulto, rodeándose de niños con los que juega y a los que manipula. Para la psicoanalista Kathleen Kelley-Lainé, más que de un pedófilo reprimido se trata de un ser asexuado, pero no era eso lo que pensaban la mayor parte de sus contemporáneos. Su amiguito preferido, Michael Llewelyn-Davies, se suicida, arrojándose a las aguas del río que pasa junto a su colegio, en compañía de su enamorado. Al día siguiente de su muerte, *The Times* titula: "Peter Pan se suicidó ayer". Muchos años después, en 1960, el hermano mayor de este muchachito, Peter, escritor y editor, se arroja al metro de Londres. La reciente película británica *Descubriendo Nunca Jamás*, del realizador suizo Mike Forster (*Finding Neverland*, 2004), con Johnny Depp en el papel protagonista, traza la vida de Barrie pero ofrece una versión edulcorada que soslaya cualquier aspecto escabroso.

BASQUIAT, Jean-Michel (Nueva York, 1960-1988). Empieza pintando *graffitis* por las paredes y calles de su barrio de Brooklyn y, en poquísimo tiempo, el hijo de emigrantes haitiano y portorriqueña pasa a convertirse, gracias a críticos, coleccionistas y marchantes, en la gran estrella pictórica de la década de 1980. Es-

to le hace codearse con todo el mundillo de moda, desde Madonna hasta Andy Warhol*, ganar mucho dinero y perder no poco la cabeza. Marc Mayer, el comisario de la gran retrospectiva que le dedica un museo de Nueva York en 2005, declara: "Supo sintetizar mejor que nadie las principales tendencias del arte del siglo XX". Muere a los 27 años de una sobredosis de heroína*.

BAUDELAIRE, Charles (París, 1821-1867). Para este profeta de la modernidad, el héroe es el verdadero sujeto moderno, pero hay que entender que "el heroísmo moderno es un heroísmo de la angustia y el sufrimiento". El poeta va a encontrarlo entre los obreros, víctimas de la explotación y "gladiadores" de la era industrial. Dadas "las resistencias que lo moderno opone al natural impulso productivo del hombre —resume Walter Benjamin en su estudio sobre el poeta (*Iluminaciones*, II)—, es comprensible que el hombre se vaya paralizando y huyendo hacia la muerte". De ahí que el suicidio aparezca como el supremo signo de la modernidad, como "el sello de una voluntad heroica" que no es renuncia sino pasión. Adelantándose a Nietzsche, Baudelaire aparece así como uno de los más fervientes apologetas de la muerte voluntaria, que inserta dentro de todo un edificio teórico sobre el concepto de modernidad.

BEDDOES, Thomas Lovell (Clifton, 1803-Basilea, 1849). Abandona su Inglaterra natal por el continente y, después de estudiar medicina en Gotinga, lleva una vida errante por Suiza y Alemania. Alterna ésta con períodos de intensa actividad creativa, en los que escribe poemas y obras dramáticas que nadie publica ni estrena. Predomina en su poesía el elemento terrorífico y macabro, con una fascinación por la muerte que le lleva a sentir una especie de voluptuosidad de ultratumba. Pierde una pierna en un primer intento de suicidio. El 26 de enero de 1849 se envenena con éxito. Sus obras sólo serán publicadas póstumamente.

BECK, Aaron Temkin (Providence, 1921). El fundador de la psicología cognitiva, inicialmente orientada hacia el tratamiento de la depresión, autor de *best-sellers* mundiales como *Love is Never Enough* (*Con el amor no basta*, Paidós, 1998), registra tres factores cognitivos asociados con un elevado nivel de intencionalidad suicida. En primer lugar, lo que denomina un alto grado de desesperanza; a continuación, un bajo nivel de autoestima; y por último, la alteración de la capacidad para resolver problemas. Para el estudio de la intencionalidad suicida, el psicólogo norteamericano ha elaborado una escala (*BHS* en inglés), que se compone de 20 ítems agrupados en tres bloques. El primero reúne la información sobre las circunstancias objetivas del intento suicida; el segundo, las intenciones y expectativas del sujeto hacia su conducta suicida*; el tercero, datos adicionales como la reacción frente al intento, número de intentos previos y consumo de tóxicos relacionados. Cada uno de los ítems ofrece tres posibles respuestas puntuadas de 0 a 2, según estén menos o más relacionadas con la intencionalidad suicida.

BEK, Tatiana (Moscú, 1949-2005). Hija del novelista soviético Alexandr Bek, además de poeta ejerce de profesora y crí-

tica literaria. Su último libro de poemas, *Adiós, alfabeto*, parece de título premonitorio tras su muerte. Se suicida a los 55 años y en su decisión interviene, sin duda alguna, el acoso* mediático a que es sometida en su país tras publicar una carta abierta de crítica a los poetas que incensan al dictador turkmeno. Tras las calumnias publicadas por una prestigiosa revista literaria, parece, por las palabras que dirige a una amiga, periodista y crítica, que está resuelta a darse muerte: "Si muero, ¿sentirán al menos vergüenza?"

Belle époque. Película española de Fernando Trueba (1992) protagonizada por Jorge Sanz y Fernando Fernán Gómez, cuya acción se desenvuelve en los primeros años de la II República. La historia, amable y desenvuelta, viene enmarcada por dos escenas de gran brillantez: dos suicidios que implican a dos de las más sagradas instituciones de la España tradicional, la Iglesia católica y el benemérito Instituto. Al comienzo, un número de la Guardia Civil, tras descerrajar un tiro a bocajarro contra su suegro y superior jerárquico por haber incurrido en la gravísima falta de dejar escapar a un desertor, vuelve el arma contra sí y se mata. Al final, el cura párroco del lugar se cuelga de una viga y aparece, para espeluzno de sus feligreses, convertido en negro espantajo en el centro de la iglesia. Parece como si las fuerzas oscuras, frente al impulso vitalista y libertario de la democracia, no tuvieran más opción que la muerte.

BELMONTE, Juan (Sevilla, 1892-Utrera, 1962). Una de las máximas figuras de la lidia de todos los tiempos y, sin duda, el más revolucionario de todos los toreros. Desde su alternativa en 1913 llena, con Joselito, su rival y amigo, la Edad de Oro de la tauromaquia. Además de feo, es desgarbado y temerario, un autodidacta, un gran lector y, como Sánchez Mejías, amigo de intelectuales y artistas, entre los que se cuentan Valle-Inclán*, Pérez de Ayala, Vázquez Díaz, Solana o Romero de Torres. De su valor testimonian mil anécdotas y comentarios. Novillero en la Maestranza, y desesperado porque le retiran el animal, tira la espada, se arrodilla ante el bicho y le grita: "¡Mátame, mátame!" Por esa razón El Guerra recomienda: "El que quiera verlo torear, que se dé prisa". Y a Valle, quien le dice que "ya sólo falta que le mate un toro", contesta: "Se hará lo que se pueda, don Ramón". "Para los entendidos —dice Federico Jiménez Losantos— no era tremendista, era suicida". A los 70 años, en su finca de Utrera, se encierra en su habitación y se pega un tiro. Dos versiones corren sobre su muerte: una acerca de su promesa de matarse el día que no pudiera subir a caballo; la otra habla de un enamoramiento tardío por una joven flamenca.

BELUSHI, John (Chicago, 1949-1982). Hijo de emigrantes albaneses, comienza siendo una seria promesa del rugby norteamericano hasta que se orienta hacia el mundo del espectáculo, donde destaca pronto como cómico e imitador. Se hace muy popular gracias a un programa satírico de televisión, *Saturday Night*, que dura de 1975 a 1980. Tras rodar varias películas, como *1941* de Steven Spielberg (1979), forma un dúo semiparódico musical con el también actor y cantante Dan Aykroyd, los Blues Brothers, que será inmortalizado en la película de John Landis

del mismo título (1980). En 1982, a los 33 años, se da muerte mediante una sobredosis de cocaína*.

BENEDETTI, Mario (Paso de los Toros, 1920). Escuchemos contar a este maestro de la narración una anécdota optimista relacionada con el suicidio en una entrevista realizada en 2000: "También en Guadalajara me sucedió otra cosa, que no tiene que ver con cosas de amor pero sí de amor a la vida. Después de un recital estábamos firmando autógrafos y libros y se acercó un muchacho joven y pensé que era para firmar, pero no, me dijo: 'Yo no quiero que me firme el libro, yo le quiero contar una historia. Hace unos meses estaba muy mal, me iba todo mal en lo económico y sentimental y decidí suicidarme y puse incluso la fecha*: un martes. Pero el viernes andaba por la calle y me encontré con un amigo que me dijo que por qué tenía esa cara; yo no le dije que me iba a suicidar, pero él me regaló *Inventario* y pensé qué iba a hacer yo con esas poesías. Finalmente, me puse a leer el libro y como resultado no me suicidé".

BENET, Juan (Madrid, 1927-1993). Aunque parece que fue un excelente ingeniero constructor de pantanos, es más conocido, sin duda, como una de las grandes figuras de la narrativa española de posguerra. Es un novelista experimental e innovador, no siempre de fácil lectura, inventor de un territorio y obstinado explorador de su ruina. Según el testimonio de su gran amigo el poeta Eduardo Chamorro, recogido por Rafael Borrás en su libro *La guerra de los planetas* (Ediciones B, 2005), estando enfermo de cáncer y hospitalizado, se traga unas cuantas pastillas, se cubre la cabeza con una sábana y, en una posición más judía que cristiana, se vuelve de cara a la pared para morir.

BENJAMIN, Walter (Berlín, 1892-Port Bou, 1940). Este ensayista judío alemán —ni muy académico ni muy fácil de clasificar— es una de las grandes figuras del pensamiento moderno. En 1932, durante una estancia en Ibiza, y en el transcurso de una etapa de profunda depresión, redacta un testamento y varias cartas de despedida a sus amigos. Un testigo relata que "se alimentaba con ideas de suicidio". De hecho, la tentación del suicidio aparece en sus diarios a todo lo largo de los años 1931-1933.

En 1940, huyendo de la persecución nazi, cruza Francia entera y llega a los Pirineos, por donde espera cruzar la frontera clandestinamente y refugiarse en España. Lleva consigo, según el testimonio de Jean Selz, corroborado por Arthur Koestler* y Theodor W. Adorno, treinta píldoras de morfina* para usarlas en la primera eventualidad. Detenidos él y las personas que lo acompañan en la localidad fronteriza gerundense de Port Bou, la Guardia Civil amenaza con devolverlos al vecino país, donde pueden caer en las manos de la Gestapo y ser deportados a un campo de concentración. Ante esta posibilidad, Benjamin, refugiado en la habitación de su modesto hotel, ingiere su dosis de morfina el 26 de septiembre. Werner Kraft, relata en su diario íntimo sus últimos momentos: "Durante la noche despierta a alguien y le cuenta lo que ha hecho. El médico que acude es un incapaz. Tal vez se habría podido salvar". Gracias a su suicidio, las otras personas

logran salvarse. El escritor colombiano Ricardo Cano Gaviria*, evoca las circunstancias de su muerte en su novela *El pasajero Walter Benjamin* (Igitur, 2000).

BERCEO, Gonzalo de (¿1197-1264?). La vida de este monje, considerado el primer poeta castellano de nombre conocido, transcurre en la Rioja durante el siglo XIII, vinculada a los monasterios de San Millán de la Cogolla y Silos. Su obra *Milagros de Nuestra Señora,* escrita a mediados del siglo, incluye, en el milagro octavo titulado "El romero de Santiago", la historia de un peregrino al que el Maligno convence para que se castre y se quite la vida. Es poco más o menos la misma historia que nos cuenta en latín el *Liber sancti Jacobi**, lo que no quiere decir que Berceo la tomara de aquél sino que ambos, como otros muchos cuentamilagros medievales, bebieron de las mismas fuentes. En versión castellana modernizada de Daniel Devoto, Giraldo, que así se llama el inocente peregrino,

> sacó su cuchillejo que tenía amolado,
> cortó sus genitales el malaventurado,
> así se degolló, murió descomulgado.

No tarda el santo apóstol en acudir en su ayuda y, tras una violenta discusión con los diablos, que le recuerdan, como buenos picapleitos, la ley que debe aplicarse a los suicidas, se le devuelve la vida gracias a la intervención de la Virgen, pero no su virilidad:

> mas lo de la natura cuanto que fue [cortado,
> no le volvió a crecer, y quedó en ese [estado.

Usando un grave anacronismo, nos atreveríamos a decir que, a la vista de la compasión que muestra ante una mujer que sufre sin remedio, el monje poeta parecería dispuesto a admitir la eutanasia*: "Todos sus bien querientes querriénla ver muerta" (*Vida de Santo Domingo de Silos,* 294) Lo que confirma otro doliente: "El enfermo él misme querrié ser más muerto" (404). Claro que, en aquellos buenos tiempos, el milagro era mucho mejor remedio que la eutanasia.

BÉRÉGOVOY, Pierre (Déville-lès-Rouen, 1925-Nevers, 1993). Durante la presidencia del socialista François Mitterrand, fue primer ministro del Gobierno de Francia. Dos meses después de la derrota de su partido en las elecciones, paseándose por las orillas del río en Nevers, ciudad de la que es alcalde y diputado, arrebata el arma a su guardaespaldas y se dispara un tiro en la sien. Único dirigente de su partido procedente de la clase obrera, escoge para hacerlo la simbólica fecha de un 1º de mayo. Junto a la derrota electoral, influye sin duda en su decisión un escándalo financiero del que la prensa le acusa injustamente.

BERGMAN, Ingmar (Uppsala, 1918-Fárö, 2007). En una entrevista concedida en abril de 2000 a la periodista Malou von Sivers, del canal 4 de la televisión de su país, el cineasta sueco defiende a sus 81 años el suicidio como una muerte natural: "Para mí no es hablar por hablar: el suicidio sería un fin completamente natural [...]. Yo decidiré cuándo ha llegado la hora de morir [...]. Espero tener el sentido, la capacidad y la oportunidad para planear y organizar mi muerte".

En el universo de desolación, incomunicación y silencio de Dios de sus películas, no faltan los casos de muerte voluntaria. En *Noche de circo* (*Gycklarnas afton*, 1953), historia de fracaso y humillación, Alberti, engañado por su compañera y rechazado por su ex-esposa, no es capaz siquiera de darse la muerte a la que aspira. La única víctima expiatoria de tanto fracaso será el oso de una domadora. En *Los comulgantes* (*Nattvardsgästerna*, 1962), un pescador angustiado, que acude en busca de ayuda a un pastor protestante sin fe, se suicida. Nadie acude a los funerales: en un templo vacío, en presencia de una maestra atea, el pastor invoca a un Dios que no existe. *Cara a cara* (*Ansikte mot ansikte*, 1975), película autobiográfica y probablemente terapéutica, inspirada en momentos de depresión e ideas de suicidio, relata la vida de una psiquiatra solitaria e insatisfecha que, tras sufrir un intento de violación, trata de quitarse la vida con barbitúricos. En el Berlín expresionista de 1923, los experimentos de un doctor Mabuse, precursor del doctor Mengele, empujan a los cobayas humanos a la locura y el suicidio: es *El huevo de la serpiente* (*Ormens ägg*, 1977) a través de cuyo cascarón se transparenta ya la bestia nazi.

BERNANOS, Georges (París, 1888-Neuilly-sur-Seine, 1948). Profundamente católico, se siente preocupado por los temas del pecado y la salvación del alma, así como por la presencia del Maligno en el mundo, cuestión que, a su parecer, no inquieta lo suficiente al clero de su época. No hay más que leer *Bajo el sol de Satán* (*Sous le soleil de Satan*, 1926), uno de los grandes éxitos del novelista francés, para darse cuenta de lo presente que está el Enemigo, que ha tomado posesión de la histérica Mouchette. Ésta, bajo su influencia, se entrega a un aristócrata y concibe de él, por lo que lo asesina a tiros, vive luego con el rival del difunto, aborta y, cuando por fin el párroco del pueblo la libera de su peso, que es a la vez la confesión de su culpa y la expulsión del intruso, se suicida. Según el autor, a esta alma "despojada de todo, incluso de su crimen", no le quedaba otra salida. Algo de cristiano debe de tener este suicidio cuando el párroco, en nombre de la comunión de los santos, la acoge en la iglesia y le da sepultura en sagrado.

BERNHARD, Thomas (Harlem, 1931-Gmunden, 1989). Aunque la muerte natural del niño malo de la literatura austriaca decepciona a muchos, y no sólo a sus numerosísimos enemigos y detractores sino también a sus más ardientes partidarios, que hubieran visto más natural en tan amargo crítico la muerte por propia mano, no faltan suicidios en sus obras. Así, por ejemplo, en *Plaza de los héroes* (*Heldenplatz*), estrenada en Viena en 1988 en medio de un descomunal escándalo, el personaje del profesor judío Josef Schuster se ha quitado la vida cuando sube el telón. Desde la ventana de su casa, en esa misma plaza que da título a la obra, asistió en su día, el 15 de marzo de 1938, a la concentración de más de 100.000 personas para aclamar al *Führer* tras el *Anschluß*, la anexión de Austria por parte de la Alemania nazi. A pesar de ello, como recordará en la obra su viuda enloquecida, no quiso mudarse de domicilio "porque eso sería como aceptar que Hitler me expulsa de mi casa por segunda vez".

El pensamiento del suicidio está presente en toda la obra de Bernhard pero, como dice el crítico Jorge Hardmeier, "afirmar que hace una apología de la muerte y del suicidio es una mala lectura de su obra". Se declara demasiado curioso para ceder a esa tentación, pero afirma también que admira a los suicidas porque hacen buen uso del bien más preciado, la autonomía (que se podría traducir por la libertad de los estoicos*). "El suicida no es culpable de nada —afirma—, la culpa es de su entorno" (que, tratándose de Austria, el escritor califica de "nazi católico"); y emplea para él la misma expresión que Artaud* al referirse a Van Gogh*: *El suicidado por la sociedad.*

BERRYMAN, John (Oklahoma, 1914-Minneápolis, 1972). A los 12 años, su padre se suicida. Más adelante será profesor en varias universidades de Estados Unidos y llega a ser un celebrado poeta, que con el libro de poemas *Dream Songs* obtiene el premio Pulitzer en 1964. Después de pasar por varias crisis alcohólicas y una conversión religiosa, se arroja al Misisipí desde lo alto del puente Washington de Minneápolis.

BERTHIER, Louis-Alexandre (Versalles, 1753-Bamberg, 1815). A los 17 años entra en el Ejército francés y desde 1796, durante la campaña de Italia, está unido a Napoleón. Por los servicios prestados a su emperador recibe los títulos de príncipe de Neuchâtel y de Wagram. Es nombrado ministro de la Guerra entre 1800 y 1807 y ascendido a mariscal de Francia en 1804, convirtiéndose en el más estrecho colaborador del emperador al frente de la *Grande Armée.* Tras la derrota de Waterloo y la prisión de Bonaparte en la isla de Elba, traiciona a su ídolo y se pasa al bando de Luis XVIII. Al regreso de aquél durante el período llamado de los "Cien días", se refugia en la corte de Baviera, de donde es oriunda su esposa. Su situación en ella no puede ser menos confortable: de corazón sigue sintiéndose bonapartista pero debe fidelidad a sus anfitriones. Prácticamente prisionero de la policía austriaca en su palacio de Bamberg, se arroja por la ventana al paso de las tropas aliadas que van a combatir contra los franceses.

BETTELHEIM, Bruno (Viena, 1903-Silver Spring, 1990). La obra de este psicoanalista austriaco, más tarde norteamericano, sobre las psicosis infantiles es una de las más importantes de la psiquiatría del siglo XX. Por su condición de judío es deportado a Dachau y luego a Buchenwald, de donde regresa con vida y con la más profunda experiencia de la angustia, que desde entonces se propone combatir. Emigra a Estados Unidos y allí, entre 1947 y 1973, dirige la Escuela Ortogénica de Chicago, en la que trabaja con niños autistas. Es autor del clásico estudio sobre la cuestión *La fortaleza vacía* (*The Empty Fortress*, 1967) y también de una revolucionaria interpretación de los cuentos de hadas. Se suicida a los 86 años, desoyendo en parte su propio consejo, ya que a la pregunta que se le formula durante una entrevista: "¿Qué piensa usted de la vejez?", había contestado sin dudarlo un segundo: "¡No se les ocurra llegar!"

BETTELONI, Cesare (Verona, 1808-Badolino, 1858). Como la de otros muchos románticos, la muerte de este poeta italiano, admirador de Byron y de Victor

Hugo, padre del también poeta Vittorio, reviste todas las características de la puesta en escena trágica. Es autor de melancólicas baladas, entre las que destaca su *Lago de Garda* (1834) y de una colección de fábulas y epigramas. El suicidio es un tema recurrente en sus versos, casi una obsesión, que termina realizando a las orillas del lago que tanto cantó, disparándose con una pistola en el pecho en presencia de su propio hijo, aún muy joven.

Biblia. Si las otras religiones monoteístas, cristianismo e islam*, se muestran tan acérrimamente hostiles a esta práctica, sus antecesores judíos no parecen compartir el mismo tabú*. La Biblia ofrece numerosos casos de suicidio con el empleo de los métodos* más variados y sin que su ejecución sea objeto de la menor repulsa ni condena.

Se da el caso del suicidio asistido*, no por envenenamiento sino por la espada, en el caso de Abimelec (Jueces, 9,54). Sitiando éste la ciudad de Tebes, a cuya puerta intenta pegar fuego, desde lo alto de la muralla "una mujer le lanzó contra la cabeza un pedazo de rueda de molino y le rompió el cráneo. Llamó él en seguida a su escudero y le dijo: 'Saca tu espada y mátame, para que no pueda decirse que me mató una mujer". Ahí se ve dónde reside el tabú para este pueblo: no es deshonroso suicidarse sino morir a manos de mujer. Prosigue el relato: "El joven le traspasó y murió Abimelec".

Lo mismo pretende hacer Saúl, primer rey de Israel (1 Samuel, 31,4), cuando, "lleno de temor", se ve cercado por los arqueros filisteos durante la batalla. También en este caso, el tabú se sitúa en la impureza del matador, no en la muerte voluntaria: "Saca tu espada y traspásame, para que no me hieran esos incircuncisos y me afrenten". Pero este escudero se muestra más pusilánime que el otro e incapaz de obedecer las órdenes, por lo que es el rey quien tiene que hacerlo: "Entonces, tomando Saúl su propia espada, se dejó caer sobre ella". La escena concluye con el suicidio del escudero, que "viéndole muerto, se arrojó igualmente sobre la suya, y murió con él". Los cadáveres sufrirán afrentas por parte de los vencedores, pero los israelitas se esforzarán al máximo por recuperarlos y darles honrosa sepultura.

En 1 Macabeos, 6,43-46, durante la expedición de Antíoco Eupátor contra los judíos, "Eleazar, hijo de Savarán [...], se propuso salvar a su pueblo y hacerse un nombre eterno", y para ello inaugura el ataque *kamikaze** colocándose bajo un elefante blindado y matándolo de una lanzada, sin importarle que el animal lo aplaste al morir: "Cayó el elefante encima de él y allí mismo murió". Obsérvese que el heroísmo suicida del héroe israelita está motivado en parte por el afán profano de alcanzar fama, un tanto a la manera del griego Eróstrato.

En 2 Macabeos, 14,41 ss., el caso de Racías, uno de los más espectaculares y sanguinolentos, es narrado en tono hagiográfico como modelo de conducta heroica impulsada por el afán de no caer en manos del enemigo, y resulta así un precedente lejano de la gesta de Masada*. Cuando Nicanor, general de Judea, ordena detener a este santo varón en su domicilio, "Racías, estando para ser apresado, se echó sobre su espada". Ahí comienza una de las secuencias más *gore* de la Antigüedad, que no despierta la menor crítica en

su narrador sino la plena adhesión: el anciano, medio destripado, se arroja sobre sus perseguidores, cae en medio del patio, se incorpora y, "mientras a torrentes le corría la sangre", echa a correr, trepa a una roca y "allí, totalmente exangüe, se arrancó las entrañas con ambas manos y las arrojó contra las tropas, invocando al Señor".

No es la espada el único método empleado, pues Ajitofel, consejero del príncipe Absalón (2 Samuel, 17,23), "viendo que no se había seguido su consejo [...], se ahorcó; y muerto, fue sepultado en el sepulcro de su padre". ¡Cómo contrasta esta conducta no sólo con la cristiana o la musulmana sino también con la de la antigua Grecia! (véase Justicia*). El rey Zimri, al que otros llaman Zimrí o Zambri (1 Reyes, 16,18), perece entre las llamas tras prender fuego a su casa: "Cuando Zimri vio que era tomada la ciudad, se metió en el palacio real y puso fuego a la casa con él dentro, y así murió".

También está el caso de Sansón (Jueces, 16,28), venerado juez que, como es conocido por la abundante iconografía a él dedicada e incluso por cierto uso paremiológico, cumple su última venganza contra los filisteos practicando el morir matando y sepultándose bajo las ruinas. Para llevar a cabo esta hazaña suicida invoca a Yahvé, quien, cómplice de su crimen, hace el milagro de devolverle momentáneamente la fuerza perdida por las tijeras de Dalila: "Sansón se agarró a las dos columnas centrales que sostenían la casa; y haciendo fuerza sobre ellas [...], dijo: '¡Muera yo con los filisteos!" También es enterrado con todos los honores en la tumba de su padre. De todos los suicidios bíblicos, éste es, sin duda alguna, el que más se parece al de los autores de los actuales atentados suicidas*, sean palestinos o de otra nacionalidad, ya que lo motiva la venganza: se propone matar el máximo de enemigos y cuenta con la bendición de Dios, y por tanto, con su eterna recompensa.

Job, el protagonista del Libro que lleva su nombre, sometido por Dios a los más arbitrarios castigos, cae en la desesperación y clama repetidamente su deseo de muerte, incluyéndose entre "los que esperan la muerte y no les llega y la buscan más que exploradores de tesoros" (3,21). "Por eso preferiría ser estrangulado" (7,15), según dice a los amigos que vienen a visitarlo. Pero, como dice José Ignacio Eguizábal, ni Satán ni Dios parecen "consentirle ni la dignidad última del suicidio".

En el Antiguo Testamento se dan también casos de aceptación gustosa del martirio*, y buen ejemplo de ello es Daniel (Daniel, 6,1-28; 14,22-42), quien por dos veces desciende al foso de los leones y las dos veces vuelve a salir indemne. Lo mismo se puede decir de Azarías, Ananías y Misael cuando no ponen reparo alguno en entrar en el horno al que se les condena. Pero la intervención divina hace que estos mártires judíos no pierdan la vida, aunque no les falte intención. Aún podríamos añadir, para concluir, la aventura marítima del profeta Jonás, quien al tomar conciencia de que la tempestad que sufre el barco en que navega es culpa suya, no duda en ofrecerse a los miembros de la tripulación: "Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará, pues bien sé yo que esta gran tormenta os ha sobrevenido por mí" (Jonás, 1,12). Claro que, como al griego Arión su delfín, a éste también lo salvará otro gran pez.

BIERCE, Ambrose (Meigs County, Ohio, 1842-¿Chihuahua, 1914?). Tras luchar como voluntario en la Guerra de Secesión norteamericana y escribir crónicas periodísticas y cuentos fantásticos, habiendo arreglado todos sus asuntos, en 1913 cruza la frontera y se adentra en México, que por entonces está en plena Revolución. Allí muere en circunstancias todavía no aclaradas. Las cartas que escribe a sus amigos y familiares dejan patente su voluntad de ir al campo de batalla* en busca de la muerte, y así lo explica con mucho humor en una que dirige a su sobrina Lora: "¡Ah! Ser un gringo en México. ¡Esto es eutanasia!" En otras cartas también hace mención a lo "horrible que debe de ser morir entre sábanas". En una última carta fechada el 26 de diciembre de 1913, concluye: "En lo que a mí respecta, mañana parto a un destino desconocido". Su figura ha inspirado a varios escritores. Su misteriosa desaparición sirve a Gerald Kersh y a August Derleth para convertirlo en personaje de leyenda fantástica; el novelista mexicano Carlos Fuentes recrea su destino en *Gringo Viejo* (1985).

BJØRNEBOE, Jens (Kristiansand, 1920-Veierland, 1976). En los tiempos modernos, los mensajes póstumos* en los que se anuncia la voluntad de darse muerte no se escriben ya con pluma de oca. El escritor noruego, poeta, dramaturgo y ensayista, autor de una trilogía titulada *Historia de la barbarie*, anuncia su suicidio en un programa de televisión de su país y poco más tarde, el 9 de mayo de 1976, se ahorca en la localidad de Veierland. Desde muy joven se interesó particularmente por el problema del mal, la violencia y la barbarie, y por ello intentó comprender el nacimiento del nazismo y su emergencia en una sociedad civilizada.

BLOCH, Marc J. (1946-2005). Su tío abuelo fue el gran historiador Marc Bloch, fundador de la escuela historiográfica de los *Annales*, que murió fusilado por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Es profesor en varias universidades estadounidenses y del sudeste asiático y publica varios libros de viajes y tres novelas de una gran modernidad. Al suicidarse el 22 de agosto de 2005 en su casa de campo del sur de Francia, deja un manuscrito inédito, *Journal ultime*.

BOCCACCIO, Giovanni (Certaldo, 1313-1375). Puede figurar entre los autores que, como Gógol mucho más tarde, azuzados por un clérigo fanático, tratan de salvar su alma mediante el incendio de sus libros y manuscritos. A Petrarca debemos en esta ocasión el haberlos salvado del fuego*. Toda la cuarta jornada del *Decamerón*, en la que "se habla de aquellos cuyos amores tuvieron un final desdichado", está poblada por fúnebres parejas* de amantes desgraciados. Siete de las diez *novelle* que se cuentan en ella terminan con la muerte de ambos amantes y varias con el suicidio de uno de ellos.

Una de las más trágicas es la que relata Fiammetta en el cuento con que se abre la jornada. Se trata del "doloroso fin" que tuvieron los amores de Guiscardo y Ghismunda, víctimas del muy cruel Tancredi, viejo príncipe de Salerno y padre de la enamorada. Antes de darse muerte, la princesa, modelo de entereza y de libertad de pensamiento, reivindica su ser "de carne", su deseo y su derecho al placer, acu-

sando a su padre de no buscarle marido y de someterse a los prejuicios sociales. Insensible el príncipe a sus argumentos, manda estrangular al paje y, habiéndole arrancado el corazón, lo sirve en copa de oro a la enamorada. Adelantándose a las más macabras representaciones del romanticismo * o a la *Salomé* de Oscar Wilde, besa una y otra vez este corazón, vierte un veneno en la copa y se la bebe. No es de extrañar que tan truculento desenlace inspirase, entre otros muchos autores, al romántico Foscolo * para su tragedia *Ricciarda*. La Simona del séptimo cuento, sencilla hilandera desesperada por la muerte accidental de su amado Pasquino, acusada además de su muerte, se frota la boca con la misma hoja de salvia emponzoñada con la que se ha dado muerte su amante y muere a su vez. Alfred de Musset escribe con este tema su poema "Simone", que subtitula "Cuento a imitación de Boccaccio".

Por demás romántico y digno precedente del de *Los amantes de Teruel* es también el desenlace de la *novella* octava, en la que los enamorados Girolamo y Salvestra mueren, como los aragoneses, sencillamente de amor y el uno junto al otro. En la voluntad de morir del primero ("decidiré no seguir viviendo") hay una actitud suicida aún más franca que en la de ella, que no resiste al dolor de verlo muerto. Hay otro corazón arrancado en la novena de estas *novelle*, en la que el marido engañado, después de sacárselo del pecho al amante adúltero, lo sirve guisado a su esposa infiel. Cuando ésta se entera de lo que ha comido, se arroja por la ventana y se mata. Es curioso que, tras pecados tan graves y consecutivos, se le conceda a la suicida adúltera no sólo cristiana sepultura sino hasta sepulcro compartido con el amante.

BOLAÑO, Roberto (Santiago de Chile, 1953-Barcelona, 2003). Entre los muchos y misteriosos personajes y personajillos que, inspirándose en *Las vidas imaginarias* de Marcel Schwob, pueblan las páginas de la novelita del narrador chileno, *Monsieur Pain* (1999), uno de los gemelos Leduc, Alphonse, "se suicidó de un balazo en la sien en la vía pública". Con su hermano Charles, son los autores de unas composiciones artísticas sumergidas y de poco éxito comercial, "los desastres en pecera". Aunque llevaba amenazando con el suicidio "varias decenas de veces", "la decisión de descerrajarse un tiro" es la consecuencia de la marcha de las divisiones Panzer sobre París en 1940. Otro personaje, el científico e involuntario actor cinematográfico Guillaume Terzeff, se cuelga de un puente sobre el Sena en 1925, sin que sus mejores amigos lleguen a encontrar una explicación para su acto.

En su gran novela póstuma, *2666*, la estrecha relación existente entre el alcohol * y el suicido queda patente ante la marca de una bebida mexicana. "Le recomiendo que pida mezcal Los Suicidas", aconseja el joven Marco Antonio al profesor Amalfitano. Las señoras de la buena sociedad académica encuentran el nombre "muy bonito", "muy original". No es de extrañar que quien lo recomienda sea apasionado lector de un poeta tan desesperado como Georg Trakl *. No sólo el alcohol lleva al suicidio sino también el rap: en la misma novela, el activista negro Seaman "dijo que no le gustaba el rap porque la única salida que ofrecía era el suicidio". Entre tantos asesinatos de mujeres como se come-

ten en la ciudad mexicana de Santa Teresa, sólo se suicidan algunas intelectuales. Los hombres se dedican a otra cosa. La psiquiatra y directora del manicomio, Elvira Campos, se lo piensa: "Pensaba que lo mejor sería irse de México. O suicidarse antes de los cincuentaicinco. ¿Tal vez los cincuentaiséis?" La que sí se ahorca del techo de su casa es la sensible y cumplidora profesora Perla Beatriz Ochoterena al no poder soportar tanta muerte impune. En "la parte de Archimboldi", quinta y última parte de la novela, varios soldados alemanes se suicidan o intentan hacerlo durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la máxima proclamada por uno de ellos, Wilke: "Los cristianos nos masturbamos, pero no nos suicidamos". El protagonista de este apartado, Hans Reiter, futuro Benno von Archimboldi, practica repetidas veces y sin resultado definitivo el síndrome de Givry*: expone temerariamente su vida ante las balas enemigas, pero no logra sino quedar herido y ganar alguna medalla.

BOLTZMANN, Ludwig (Viena, 1844-Duino, 1906). Tras realizar estudios de física en su país y Oxford, consagra toda su vida a la investigación y la enseñanza en las principales universidades alemanas y austriacas. Precursor de Planck y Einstein, establece las bases de la mecánica estadística, pero sus teorías atomísticas ("fue uno de los primeros científicos modernos que se tomó en serio la realidad de los átomos individuales", según Lawrence Krauss) chocan con las doctrinas energéticas en boga y desencadenan la hostilidad de sus colegas. Decepcionado por la cerrazón del mundo científico, se da la muerte cerca de Trieste. Sobre su tumba, en Viena, se hace grabar lo que tal vez sea uno de los más enigmáticos mensajes póstumos*, sólo comprensible para iniciados: la fórmula $S = k. \log W$.

BOMBAL, María Luisa (Viña del Mar, 1910-Santiago, 1976). "La muerte fue en ella una obsesión", afirma el crítico Guillermo Blanco, lo que ella misma corrobora diciendo que "tenía más amigos entre los muertos que entre los vivos". Ana María, la protagonista rebelde y anticonvencional de su novela *La amortajada* (1938), se suicida en la cama con veronal*, y allí la encuentra muerta su esposo Fernando, como un nuevo Charles Bovary*. Siempre había dicho que no le importaba "en absoluto no ir al cielo porque le parecía un lugar bastante aburrido". Más allá de la muerte, como explica E. Anderson Imbert, "ve, siente y evoca sus amores, sus experiencias familiares, con una certeza definitiva, con una sabiduría final y ya inútil". Por esta visión ultraterrena, se ha considerado a esta novelista chilena introductora en su país del surrealismo*, movimiento que conoció durante sus años de estudiante en París.

BONNOT, Jules (Pont-de-Roide, 1876-Nogent-sur-Marne, 1912). Durante los primeros años del siglo XX, la Francia de la *belle époque* vivió aterrorizada por los asaltos a mano armada y la violencia gratuita de la denominada "banda de Bonnot". Este anarquista francés se halla a la cabeza de un grupo de activistas que inauguran un nuevo género de bandolerismo automovilístico. Durante su infancia, su hermano mayor se suicida arrojándose al río por una decepción amorosa. Acorralado en una casa de Nogent-sur-Mar-

ne por más de un millar de gendarmes y de soldados que utilizan la artillería y dinamita, ofrece un buen ejemplo de defensa numantina o suicidio obsidional*, ya que, tras resistir más de cinco horas, muere sin rendirse al grito de "¡Viva la anarquía!" Sus dos últimos compañeros optan igualmente por morir matando y, pocos días después, resisten otro asedio de más de nueve horas en el que pierden también la vida numerosos asaltantes. El niño Raymond Radiguet* consignará en su primer diario las impresiones de este espectacular asalto. En 1968 Philippe Fourastié rueda en Francia una película de una gran fidelidad histórica a los hechos, *La bande à Bonnot*, en la que Bruno Cremer desempeña el papel protagonista, y Jacques Brel el de su fiel compañero, Raymond Callemin, apodado Raymond la Science.

BORCHERT, Wolfgang (Hamburgo, 1921-Basilea, 1947). Pocos días antes de morir de tuberculosis a los 26 años, este actor de cabaret escribe el drama *Fuera, delante de la puerta* (*Draußen vor der Tür*), su única obra teatral, que es todo lo que le da tiempo a escribir junto a unos pocos relatos y algunos poemas. Se trata de una denuncia de la guerra que su autor cree destinada al más rotundo fracaso y que, desde su estreno en Hamburgo en noviembre de 1947, se convierte en el mayor de los éxitos y en un clásico que todos los colegiales alemanes estudian desde entonces en clase. Su protagonista, Beckmann, es un alemán de 25 años con una experiencia parecida a la de su autor. En 1941 es enviado al frente ruso, del que regresa totalmente desmoralizado para encontrar un país en ruinas poblado de fantasmas. Entre las muchas sorpresas que le aguardan, sus padres se han suicidado abriendo la llave del gas: "Se han desnazificado ellos mismos", le explica con humor negro una vecina. Él también pretende hacerlo una primera vez, pero sin éxito, arrojándose a las aguas del Elba, cuando descubre a su mujer con otro hombre. Después de muchos fracasos, y víctima entre otras dolencias del síndrome del superviviente*, ya que, como cabo que fue en el frente de Stalingrado, mandó a otros jóvenes compatriotas a la muerte, lo intenta una segunda vez en el mismo río, y esta vez lo consigue. Las *Obras completas* de este autor han sido editadas en español por Laetoli (2007).

BOROWSKI, Tadeusz (Zhtomyr, 1922-Varsovia, 1951). A los 11 años, los padres de este escritor polaco nacido en Ucrania deciden dejar la Unión Soviética e instalarse en Varsovia. En 1943, el joven Tadeusz viaja en pos de su amada judía y es detenido por la Gestapo y deportado a Auschwitz en su compañía y luego solo a Dachau. Allí lo hallan las tropas aliadas, vivo porque al final de la guerra ya no se exterminaba a los *arios*. No tarda en publicar sus primeros relatos, que le valen la fama, a los 26 años, hasta ser considerado como uno de los mejores escritores de su generación. En 1951, por razones a un tiempo de orden político y sentimental, se asfixia con gas*. Como en el caso de Primo Levi*, el peso de la culpabilidad del superviviente* parece haber influido en su decisión. Sus relatos han sido publicados en español bajo el título de *Nuestro hogar es Auschwitz* (Alba, 2004).

BOSC, Jean-Maurice (Nîmes, 1924-Antibes, 1973). Empeñado —como su ami-

go Chaval*, también suicida— en trasladar con el lápiz al papel la imbecilidad humana en todo su mediocre esplendor, el dibujante francés vuelve traumatizado para siempre de la guerra de Indochina y considera al general De Gaulle como "su único enemigo". Durante 17 años, las páginas de *Paris-Match* publicarán sus deprimentes personajes narigones. El 2 de mayo, víspera de darse muerte, escribe a su hermana: "Te encargo que graben sobre mi tumba el dibujo aquel del cortejo fúnebre que desfila ante un anuncio de La vaca que ríe".

BORROMINI, Francesco (Bissone, 1599-Roma, 1667). Entre él y Bernini, a cuyas órdenes trabajó durante 15 años y con quien siempre estuvo en conflicto, transformaron Roma en la capital barroca que hoy conocemos. De carácter huraño y solitario, descontento e insatisfecho, de salud frágil y vida atormentada, una mañana se levanta de la cama, se precipita sobre una espada que encuentra sobre la mesa y, a la manera de Áyax*, se deja caer sobre su punta atravesándose de parte a parte.

***Boudu salvado de las aguas*.** Película francesa de Jean Renoir (*Boudu sauvé des eaux*, 1932), de irónico título bíblico, producida y protagonizada por el truculento Michel Simon. Desesperado porque su perro le ha abandonado, el vagabundo Boudu se arroja al Sena, pero un librero generoso lo rescata y lo acoge en su hogar. Su intento de regenerarlo socialmente resulta un fracaso estrepitoso. En 2006, Gérard Jugnot realiza un *remake* de esta película con el título de *Boudu*, en la que el papel del vagabundo suicida recae en Gérard Depardieu; y el de su salvador, ahora un anticuario, en el propio director y actor.

BOULANGER, Georges (Rennes, 1837-Ixelles, 1891). Si algún general francés intervino en la vida política de su país con una mezcla de populismo y demagogia dignos de un caudillo hispanoamericano, fue éste, que llegó a dar nombre a un movimiento de lo más heteróclito, el *boulangismo*. Popular en extremo, tanto por su apoyo a los mineros huelguistas como por su apostura como jinete, alcanza la gloria de andar en coplas. Exiliado en Bélgica, no soporta la muerte de su amada y, tras dejar minuciosas instrucciones sobre su entierro, se dispara un tiro de pistola en la sien, en el cementerio donde aquélla está enterrada, apoyado con la mano izquierda sobre su tumba. En la lápida que cubre a ambos amantes hace grabar: "¿Cómo he podido vivir dos meses y medio sin ti?"

BOURGET, Paul (Amiens, 1852-París, 1935). Entre el positivismo decimonónico y el psicologismo primisecular, se extiende la producción de este novelista francés, hoy bastante olvidado, que gozó de gran prestigio y no poco éxito en su época. La novela de tesis *El discípulo* (*Le disciple*, 1889) constituye un ilustrativo ejemplo de su evolución. Robert, el discípulo de un maestro intransigente y sectario, quiere llevar a la práctica las lecciones de psicología recibidas y para ello se propone seducir a su alumna, una joven aristócrata, utilizando incluso el arma del chantaje con amenazas de suicidio. La cortejada cede a éstas, y cuando se entera de las razones "experimentales" por las que se ha entregado a su preceptor, es ella la que se suicida envenenándose.

Bovary, Emma. Su mala conducta, no como suicida sino como adúltera aficionada a los coches de punto, llevó a su autor ante los tribunales. La protagonista femenina de *Madame Bovary*, la novela de Gustave Flaubert* publicada en 1857, que de soltera se llamaba Emma Rouault, es la hija de unos campesinos ricos educada en un convento. Casada con Charles Bovary, quien no llega a satisfacer las aspiraciones de sus ensueños novelescos, se evade del hogar conyugal. Al verse cubierta de deudas, condenada por un tribunal a pagarlas, abandonada por su amante y sus amigos y embargada por la justicia, se suicida ingiriendo una dosis de arsénico*. Postrada en la cama y en presencia de su marido, desesperado e impotente a pesar de ser médico, exige de éste que no le haga ninguna pregunta ni lea hasta el día siguiente la carta que le ha escrito. Emma muere víctima de la falta de adecuación entre los sueños y la realidad.

Jules de Gaultier se inspira en la heroína de Flaubert para exponer en 1892 una filosofía universal a la que da el nombre de *bovarysmo*. El bovarysmo, visto como un sentimiento de insatisfacción en los dominios tanto afectivo como social, frecuente en la evolución de ciertas neurosis femeninas, representaría una forma de histeria donde coexisten un fondo de vanidad, una imaginación exuberante y aspiraciones ambiciosas que llevan al sujeto a representarse por encima de su condición real.

La cantante, compositora y poeta argentina actual Liliana Felipe la evoca en su canción "Como Madame Bovary", pero relaciona el suicidio con otra Madame, la Butterfly*: "Como Madame Bovary, todos tenemos un amante por ahí, / Como Madame Butterfly, todos tenemos un suicidio en *stand by*".

BOWERS, John (Garrett, Indiana, 1885-Santa Mónica, 1935). La decadencia y el suicidio de esta estrella del cine mudo, cuya carrera comienza en 1914, será una rica fuente de inspiración para Hollywood, que rodará su drama en cuatro versiones distintas. Víctima del alcoholismo*, abandona progresivamente los estudios y termina ingresando desnudo en las aguas de Santa Mónica (California), en cuya playa se halla su cadáver. La más célebre de las películas sobre su vida, *Ha nacido una estrella** (*A Star is Born*, 1937), elude discretamente la escena de su ahogamiento* con la imagen de su albornoz flotando sobre las aguas.

BOYER Adolphe. Un proselitista del suicidio que predica con el ejemplo. Este impresor parisino publica en 1841 un opúsculo en favor de la organización del trabajo y sus beneficios sobre la clase obrera, *Sobre la situación de los obreros y su mejora por medio de la organización del trabajo* (*De l'état des ouvriers et de son amélioration par l'organisation du travail*). En vista del poco éxito obtenido y de la mala situación en que viven sus hermanos de clase, el autor se quita la vida y en una carta abierta exhorta a sus compañeros de sufrimiento a seguir su ejemplo, que cita en tercera persona: "Todo obrero que ama a la sociedad y a sus semejantes tiene que terminar como él".

BRANDO, Cheyenne (Tahití, 1970-1995). La hija de Marlon Brando y de la que fue su mujer y gran amor tahitiano, Tarita Teriipaia, empieza muy joven a ne-

cesitar de cuidados psiquiátricos. A los 25 años, después de que su hermanastro Cristian Brando, hijo de Marlon y de la actriz Anna Kashfi, asesine a su novio Dag Drollet, se suicida.

BRANT, Mike (Nicosia, 1947-París, 1975). Antes de llegar a ser una estrella meteórica de la canción popular francesa durante la época *ye-yé*, este hijo de padres judíos supervivientes de Auschwitz, cuyo nombre real es Moshe Brand, vive una difícil infancia casi autista en un *kibbutz* israelí. En 1969 se traslada a Francia, donde cosecha inmediatamente grandes éxitos, convirtiéndose en un ídolo de la juventud. Su mala racha comienza con un accidente automovilístico en 1971, lo cual le inicia en los tranquilizantes y las drogas. Inestable y frágil, lleva a cabo una primera tentativa de suicidio en 1974, arrojándose al vacío desde un quinto piso de un hotel de Ginebra. Aunque no muere, queda muy maltrecho. El 25 de abril de 1975, sube un piso más arriba y desde el sexto de un edificio parisino se precipita y logra matarse. Tras los multitudinarios funerales celebrados en la capital francesa, su cuerpo es enterrado en Israel.

BRECHT, Bertolt (Ausburgo, 1898- Berlín, 1956). Escritor revolucionario y virulento crítico de la sociedad, tiene que huir de Alemania tras el triunfo nazi y vivir en el exilio entre 1933 y 1948. A partir de esta fecha, el poeta y dramaturgo se instala en Berlín oriental, donde funda la prestigiosa compañía teatral Berliner Ensemble. Sus escritos teóricos sobre el teatro revolucionan la puesta en escena y la dirección de actores, con sus conceptos de teatro didáctico y de distanciación del público. En la línea de parodia de los ídolos prerrafaelitas que emprenden los poetas expresionistas, trata a la virginal ahogada, en el poema que dedica a Ofelia* en 1926, de "carroña entre las carroñas de los ríos". Su poema sobre Empédocles*, con el uso irónico de la sandalia del maestro, destaca la lección materalista dada por el filósofo antes de su suicidio. En su versión de Antígona* (1947) subraya, como buen discípulo de Hegel, la dialéctica entre dos fuerzas que, enfrentándose con los mismos derechos, se aniquilan. Brecht trabaja a partir de la traducción de Sófocles* hecha por Hölderlin, y en un principio insiste en el rechazo de la tiranía en nombre de una incipiente democracia; pero, en definitiva, más que la resistencia individual, lo que le interesa es mostrar el recurso a la violencia de todo poder decadente.

BROSSOLETTE, Pierre (París, 1903-Rennes, 1944). Periodista e intelectual francés, capitán del ejército, militante del partido socialista SFIO y miembro de la Resistencia contra la ocupación alemana, en la que llega a ser uno de sus más activos dirigentes, es detenido por la Gestapo. Torturado durante los interrogatorios a los que se le somete, prefiere, para no correr el riesgo de denunciar a sus camaradas, arrojarse por la ventana de un quinto piso. Es de los que, habiendo caído prisioneros, recurren al suicidio obsidional* en una segunda fase para no ceder a la tortura.

BRUCE, Patrick Henry (Campbell County, 1880-Nueva York, 1937). Se le ha calificado de pintor *fauve* y de cubista órfico, y también, junto a otros pintores estadounidenses, de "sincronista". Formado en EE UU, desde que se instala en Pa-

rís en 1907 entra en contacto con el círculo de los Stein y, a través de ellos, con los movimientos pictóricos franceses de la época. En 1932 destruye la totalidad de su obra, con excepción de 15 cuadros abstractos; regresa poco más tarde a EE UU y allí se da la muerte. Sólo se conservan en el mundo 25 pinturas suyas, casi todas bodegones geométricos y depurados.

Brunilda. Walkiria famosa entre las divinidades femeninas germánicas, llamada también Brunequilda y en alemán Brunehilde, que, como guerreras y mensajeras del dios Wotan (Odín), acogen en el paraíso del Walhalla a los héroes muertos en combate para escanciarles la copa. Personaje del ciclo de leyendas que forman la epopeya medieval llamada *Saga de los Nibelungos* (*Nibelungenlied*) y de la tetralogía operística de Richard Wagner (1813-1883) *El anillo del Nibelungo* (*Der Ring des Nibelungen*), estrenada en su versión integral en Bayreuth en agosto de 1876. En el tercer acto de la tercera parte, *Sigfrido* (*Siegfried*), la acorazada amazona, que ha perdido su carácter divino, yace cual bella durmiente del bosque junto a su montura dormida hasta que un beso del héroe la despierta al amor. En la cuarta parte, *El crepúsculo de los dioses* (*Die Götterdämmerung*), Sigfrido, ya casado con Brunilda, muere a manos del vengativo Hagen, que ha descubierto su talón de Aquiles. Por orden de su viuda se alza una pira inmensa sobre la que se deposita el cadáver del héroe, y la walkiria, auténtico centauro que no se apea del caballo ni para suicidarse, se lanza al fuego* para morir en él. Participa así del complejo de Empédocles* y de la romántica tradición de las parejas* unidas en la muerte.

BRUTO, Marco (Roma, 85-42 a. C.). A pesar de haber sido adoptado por Julio César y ser nombrado por éste gobernador de la Galia Cisalpina y pretor en Roma, participa en varias conspiraciones contra su protector. De la primera de ellas, liderada por Pompeyo, sale bien librado al obtener el perdón; pero su intervención en el asesinato de César a las puertas del Senado durante los idus de marzo del año 44 a. C. es castigada por Augusto. Bruto y Casio*, los cabecillas de la conspiración, se trasladan a tierras asiáticas, donde Octavio, futuro emperador con el nombre de Augusto, asociado con Marco Antonio*, libra contra ellos la batalla de Filipos, donde los derrota. Viéndolo todo perdido y muerto ya su cómplice, Bruto se da muerte clavándose su propia espada (antes que él se da muerte su esposa Porcia*). La figura de Bruto eclipsa casi la del emperador en la tragedia de Shakespeare* *Julio César* (1599), en la que la oración fúnebre que le dedica su vencedor, Marco Antonio, lo ensalza como a un héroe y un modelo de virtudes: "Entre todos los romanos, él era el más noble". En la adaptación cinematográfica que Joseph Mankiewicz realiza en 1953, su papel recae en James Mason.

BÜCHNER, Georg (Goddelau, 1813-Zúrich, 1837). Tres son las principales obras dramáticas que deja tras su muerte muy precoz el renovador de la escena alemana, *La muerte de Danton, Leoncio y Lena* y *Woyzeck*. Con ellas se convierte en el precursor del teatro contemporáneo, en quien se inspiran desde Hauptmann* has-

ta Wedekind* o Brecht*. Defensor de los humildes, antepone a todo como bien supremo la libertad, que exalta con acentos jacobinos en su panfleto de 1834 *El mensajero de Hesse*. En 1829 escribe un ensayo, *Sobre el suicidio*, que concluye con la siguiente declaración: "Sólo él [el suicidio] puede conservarle al hombre, en medio del cenagal de la vida, la verdadera dignidad". Vuelve a este tema el mismo año con la evocación histórica de una gesta digna de Numancia*, *La muerte heroica de los cuatrocientos ciudadanos de Pforzheim*, quienes, sitiados por un ejército inglés, optan por darse muerte antes que caer en manos del enemigo. Büchner ensalza su patriotismo y el triunfo de la libertad. En su *Discurso en defensa de Catón de Útica** insiste en sus ideas sobre el tema, justificando y ensalzando la conducta del estoico, que prefiere la muerte a la tiranía. El inocente y humilde protagonista del drama *Woyzeck* (1836), víctima social y objeto de todas las humillaciones, asesina en un arrebato de celos a su amante infiel, María. Tras arrojar a una balsa el cuchillo con el que ha cometido su crimen, se interna tras él en las aguas y se ahoga. En 1925, el compositor vienés Alban Berg estrena en Berlín su ópera *Wozzeck*, que adapta las 15 principales escenas del drama romántico, incluido su trágico final.

BUFFET, Bernard (París, 1928-Tourtour, 1999). Desde que en 1947 descubre su línea de personajes angulosos y temas miserabilistas para sus cuadros, dibujos y grabados, se convierte en uno de los artistas más populares y ricos de su tiempo. La moda existencialista contribuye, sin duda, al éxito de su obra, que desde entonces apenas evoluciona, comercializándose cada vez más a partir sobre todo de 1955. Víctima de la enfermedad de Parkinson y sin poder trabajar, el 4 de octubre de 1999 pone fin a su vida, en su residencia de la Costa Azul francesa, metiendo la cabeza dentro de una bolsa de plástico. Un año antes, en una entrevista concedida a *Paris Match*, declaraba: "La muerte, pensándolo bien, es algo simpático. Cuando uno ve a gente de noventa años que está totalmente chocha, piensa: 'Espero no llegar nunca a estar así'".

BURTON, Robert (Lindley, 1578-1640). El muy meláncolico autor del más indigesto tratado sobre la melancolía*, víctima de la enfermedad a la que dedica todos sus desvelos, se ahorca en su domicilio de Oxford el 25 de enero de 1640. En 1621 había aparecido en Londres el que será un clásico del género, *Anatomía de la melancolía* (*The Anatomy of Melancholy*), obra descomunal y desordenada, abarrotada de citas y salpicada de confesiones personales. En ella se trata del suicidio como efecto de la bilis negra. Sin gran convencimiento por su parte, más por erudición que como verdaderos remedios, el autor propone toda clase de recetas contra tan nefasta dolencia; pero a la vista de los numerosos ejemplos que también aduce, además de su propia conducta, bien se ve lo poco que aprovecha toda esa farmacopea.

***Buque fantasma, El*.** Con este nombre, tomado probablemente del francés, se conoce en español la ópera juvenil de Wagner *Der fliegende Holländer*, es decir, *El holandés volador*, que tampoco estaría mal que se llamara *errante*, estrenada en Dresde en 1843. Santa, la hija que el noruego

Daland promete al maldito navegante holandés, a pesar de estar ya prometida a Erik, olvidando sus súplicas, se consagra a su misión redentora y jura eterna fidelidad al espectral marino. Cuando éste, para librarla de su juramento, se hace de nuevo a la mar y asume su horrendo destino, ella, clamando su inquebrantable fidelidad, se arroja a las olas desde lo alto de un acantilado.

BUZOT, François (Évreux, 1760-Saint-Émilion, 1794). Uno de los muchos revolucionarios franceses víctima de aquellos tiempos revueltos. Tras formar parte de los Estados Generales, figura entre los miembros de la Convención de 1792. Girondino convencido y virulento oponente a la política de Danton, cae en desgracia y tiene que huir de la persecución que se desata contra su partido. Instalado en el sur de Francia, alza un ejército de 4.000 descontentos con los que espera partir al asalto de París, pero es derrotado en Vernon en 1793. Corre a refugiarse primero en Bretaña y luego en los alrededores de Burdeos; perseguido por los jacobinos, para no caer en sus manos se da muerte en compañía de su correligionario y amigo Pétion*.

BYRON, George Gordon, Lord (Londres, 1788-Missolonghi, 1824). Es el modelo más acabado, tanto en su vida como en su obra, de la figura que impone el Romanticismo* en toda Europa del solitario, incomprendido y rebelde, héroe indomable a la vez que víctima de un tedio invencible. Ejemplos de este *mal du siècle* estetizante y seudorrevolucionario, sus personajes Childe Harold o Manfred corren en pos de una satisfacción para sus vagos deseos.

El primero de ellos, protagonista del largo poema *Las peregrinaciones de Childe Harold* (*Childe Harold's Pilgrimage*, 1812-1818) y personificación del poeta, recorre así errante el viejo continente. El segundo, una especie de Fausto que ha deshojado a su Margarita, es el protagonista del drama homónimo publicado en 1817. Presa de remordimientos, se retira a un rincón escondido de los Alpes donde intenta sin éxito arrojarse desde una cima; sólo morirá cuando se le aparezca la muerta acompañada por una legión de demonios. El *byronismo*, reducido a una mera pose entre sus imitadores, producirá una epidemia de clichés en todas las literaturas occidentales.

C

Caballo. Para los hombres de la Edad Media, el caballo es el único animal capaz de sufrir con su amo, derramar amargas lágrimas por él y hasta de suicidarse tras su muerte. Así lo afirma san Isidoro de Sevilla en el libro XII de sus *Etimologías*. Todavía en el siglo XVII, el escritor costumbrista Juan de Zabaleta afirma en *El día de fiesta por la tarde*: "El caballo de Palante, llevándole en el entierro de su dueño, lloró". Como señala Enric Dolz i Ferrer en su tesis doctoral sobre *El siervo libre de amor** de Rodríguez del Padrón, "el caballo no es en el horizonte medieval una bestia más. Es de todos los animales probablemente el que muestra un grado más alto de humanidad, de simpatía con las emociones de su amo, hasta el punto de que a la muerte de éste escoge en ciertas ocasiones el suicidio, incapaz de sobrevivir a la desgracia del caballero". Por nuestra parte, no hemos registrado suicidios en los establos después de las carreras, pero sí suicidios ecuestres, plásticamente muy vistosos, como los de los centauros Marco Curcio*, Brunilda* o Kariotakis*. Con uno más completaríamos los cuatro elementos, ya que el primero se entierra en el fondo de una sima, la segunda se arroja al fuego de una pira y el tercero se interna en las aguas del mar. Un personaje de Platónov* se hunde en las aguas de un lago a lomos de un caballo llamado Fuerza Proletaria. En otra novela de este mismo autor, vencidos por el clima general de desánimo, los caballos se dejan morir. La feminista británica Emily Davison* utiliza el caballo como arma para ser destrozada por sus cascos. Un verso del poeta palestino Mahmud Darwich*, triste como todos los suyos, desmiente lo dicho más arriba: "Y los caballos se suicidan en el fondo de los campos de carreras..."

CAICEDO, Andrés (Cali, 1951-1977). Este artista polifacético y precoz decide muy pronto que "vivir más allá de los veinticinco años es una vergüenza". Para evitar tal sonrojo, pone fin a su vida con 25 recién cumplidos; pero antes, conociendo el breve plazo que tiene, se apresura a desarrollar una actividad febril. Escribe poemas, cuentos, obras teatrales, una novela, guiones cinematográficos, críticas de cine, realiza películas y dirige teatro, funda y anima un cineclub, gana premios

literarios y deja una masa considerable de manuscritos. Un diálogo de su cuento "Angelitos empantanados" traduce su jovial pesimismo: "—¿Y cómo vamos de abismo? —Todavía no toco fondo. —Puede que no haya fondo, hermano". Su cuento "Infección" termina con estas palabras, más de letrista punk que de Rimbaud: "Odio a todo el mundo, no dejo de odiar a nadie, a nada... a nada, a nadie, sin excepción". Un crítico de su país lo califica de "mito de la cultura juvenil y de la cultura de la violencia".

CALÍSTENES (365-328 a. C.). Aunque sobrino de Aristóteles, tan enemigo de la muerte voluntaria, este otro filósofo griego acaba envenenándose, pero con el atenuante de no hacerlo por propia voluntad sino en cumplimiento de una sentencia*. Acompaña a Alejandro Magno en sus conquistas y es condenado a muerte por burlarse del boato oriental y de la megalomanía del conquistador macedonio. Lisímaco, general de Alejandro y antiguo discípulo del filósofo, le proporciona el veneno necesario para poner fin a su vida.

Campo de batalla. ¿Qué de extraño puede tener que la intención de darse muerte trate de diluirse en una matanza general, cuando, ya en la Biblia*, se recurre a este medio para disimular un crimen como el del rey David contra Razías (II Samuel, 11)? Dejarse matar por el enemigo en el combate es un método, entre discreto y heroico, del que es perfecto ejemplo el señor francés de Givry*. Parodiando a Bachelard, y debido a lo explícito de la motivación de este suicida, podríamos bautizar esta conducta como *complejo de Givry*: "La muerte que busco y que me aguarda...", escribe en su carta de despedida a la dama de su infortunio. El primero de quien se tienen noticias en lanzarse contra el enemigo como al fondo de un abismo es Aristodemo*, héroe espartano cuya gesta nos cuenta Tucídides en su *Historia de las guerras del Peloponeso*. El rey ateniense Codro*, deseando sacrificarse por su patria, recurre a la artimaña de ocultar su condición para que los invasores dorios le den muerte.

Antes que Givry, aunque no dejara carta explicativa de su acto, el también francés Guillaume Gouffier, almirante de Francia, amigo de infancia de Francisco I y jefe del ejército de Italia, al ver el desastre en que termina la batalla de Pavía (1525) y a su soberano prisionero de los españoles, lanza su caballo contra el enemigo para lavar con la muerte su deshonra. También parecen haber recurrido a este procedimiento los poetas guerreros Francisco de Aldana* y Garcilaso de la Vega*, muerto uno en Alcazarquivir y el otro en Niza, ambos desguarnecidos y descabalgados; y mucho más tarde Rodríguez Rapún*, el amigo de Lorca, o Ernesto Che Guevara* frente a sus perseguidores en Bolivia. Otro que participa de este empeño es el escritor estadounidense Ambrose Bierce* al adentrarse por el México insurgente en busca de la muerte.

No otra cosa pide para sí un personaje calderoniano, Ifis*, víctima de la esquivez de su dama, cuando en la tercera jornada de la comedia mitológica *La fiera, el rayo y la piedra* (1690), declama:

Que a mí en la primera hilera
premio me será bastante,
que alcance que en tu servicio
primera flecha me alcance.

Idéntica conducta ofrece el personaje del coronel, presente en varias de las novelas del Premio Nobel francés Claude Simon*. El protagonista de la novela de Lérmontov* *El héroe de nuestro tiempo*, Pechorin, aunque no tiene tiempo de ponerlo en práctica, amenaza con utilizar también este método: "He cometido una falta contra ti —dice a la muchacha a la que ha raptado— y debo castigarme. ¡Adiós! Me marcho. ¿A dónde? ¿Qué sé yo? No creo que tarde mucho en tropezar con una bala o un sablazo".

El duelo representa tal vez otra forma de este suicidio mediatizado, asistido o disimulado; y también se pueden relacionar con este ofrecimiento a las armas del enemigo los torneos medievales, a los que se someten los caballeros más o menos andantes pero siempre desafiantes, y el martirio* cristiano o la misma crucifixión de Jesucristo*. Simone Weil, mística revolucionaria cristiana, pide en sus cartas, a imitación de su modelo divino, lograr un puesto peligroso en el frente que le permita hacer de su muerte un sacrificio. También los candidatos a esta muerte, como muchos militares practicantes del suicidio altruista por honor, gustan de rodear sus últimos momentos de cierto ceremonial* y se revisten, por ejemplo, de un atuendo solemne. Un ejemplo entre mil: cuando, el 3 de julio de 1898, el almirante español Pascual Cervera recibe la orden de zarpar del puerto de Santiago de Cuba con sus viejos y escasos buques, mal armados y escasos de carbón, contra la potente escuadra norteamericana al mando del vicealmirante Sampson, se viste y viste a todos sus hombres de gala, sabiendo que su acción equivale a un suicidio.

Junto a este dejarse matar, resignado o melancólico en unos casos y heroico en otros, la postura de quienes adoptan la solución de morir matando es muy otra. Los miembros de la célebre banda anarquista de Bonnot*, tras aterrorizar a la Francia de la *belle époque*, son acorralados y aplastados por todo un ejército de fuerzas del orden en su último refugio, donde mueren al grito de "¡Viva la anarquía!" También en estos casos se muere a manos del enemigo, pero la muerte no obedece a una explícita voluntad suicida sino que responde, más bien, al lúcido cálculo de probabilidades de salir con vida de una situación particularmente apurada. Cuando ya no queda ninguna, y sí, en cambio, agresividad suficiente y suficiente odio al enemigo, la última energía se empleará no contra uno mismo, como en los casos numantinos de suicidio obsidional*, sino contra el adversario. Claro está que las fronteras entre uno y otro tipo de muertes no están tan claramente delimitadas, ya que en el clímax de la acción violenta se infiltra la melancolía de la derrota previamente asumida. En este sentido, es un comportamiento frecuente y conclusivo en películas bélicas o del Oeste, como, por ejemplo, en la clásica *Grupo salvaje* (*The Wild Bunch*, 1969), de Sam Peckinpah, en cuyo apoteósico final de pirotecnia, cuatro forajidos norteamericanos, con William Holden a la cabeza, se lanzan solos contra todo un ejército mexicano, al que antes de morir infligen numerosísimas bajas. Esta matanza suicida ilustra la ambivalencia de este tipo de conducta, ya que si por una parte están movidos por el odio, al querer vengar la tortura y muerte de un quinto compinche, por otra parte, toda la película es un canto de despedida a un ti-

po de vida salvaje que con la modernidad está condenado a desaparecer. Lo mismo ocurre en *Dos hombres y un destino* (*Butch Cassidy and the Sundance Kid*, 1968), de George Roy Hill, cuyo final (¿homenaje al Che Guevara, muerto el año anterior?) tiene lugar en Bolivia, donde los héroes se transfiguran al ser acribillados por las balas de la policía que los tiene acorralados.

Una película más reciente, *Querida Wendy* (2005), del danés Thomas Vinterberg, el autor de *Celebración* (*Festen*)*, vuelve a tratar de forma paródica y posmoderna este mismo motivo. Sus jóvenes protagonistas, pacifistas armados, desencadenan una batalla campal en el marco estricto de una plaza que se convierte en tablero de ajedrez. *Plata quemada*, la novela-reportaje de Ricardo Piglia*, que relata hechos acaecidos en 1965 en Uruguay, ofrece otro buen ejemplo de delincuentes acorralados decididos a vender caras sus vidas.

Esta misma batalla en que se diluye u oculta la voluntad del suicida laico es también ocasión propicia para alcanzar el anhelado martirio* religioso, ya sea éste cristiano o musulmán. *Quam beati moriuntur martyres in prœlio!* (¡Cuán felices morirán los mártires en la batalla!), clama entusiasta san Bernardo de Claraval en el siglo XII. A lo que parece contestarle a finales del mismo siglo un santón andalusí, según cuenta Ibn Arabí en sus *Vidas de santones*: "Lo que voy a hacer —dice uno de ellos— es irme a las fronteras del Islam, al frente del enemigo, y en una cualquiera de sus rápitas me consagraré a la guerra santa hasta morir". Y Luis de Mármol, en su *Rebelión y castigo de los moriscos*, nos muestra cómo, muchos siglos después, a finales del siglo XVI, el deseo de martirio sigue igual de vivo y asociado a la ocasión que proporciona el combate: "Acudieron también ocho religiosos, cuatro frailes de san Francisco y cuatro jesuitas, diciendo que querían morir por Jesucristo, pues los soldados no lo osaban hacer". Las guerras santas de uno u otro lado atraen a los candidatos a la palma o la corona.

CAMUS, Albert (Mondovi, 1913-Villeblin, 1960). Nacido en la Argelia por entonces francesa, nunca se consoló de la independencia y pérdida de su patria soleada. Con su novela *El extranjero* (*L'étranger*, 1942), que ofrece la más acabada expresión estética del mal del siglo XX, de la conciencia del absurdo y de la angustia existencial de la posguerra, logra inmediatamente un éxito mundial coronado por el Premio Nobel. Al mismo tiempo publica lo que viene a ser la explicación filosófica de la conducta inexplicable del protagonista, el ensayo *El mito de Sísifo* (*Le mythe de Sisyphe*, 1942). El libro se abre con la afirmación de que el suicidio es "el único problema filosófico" serio que se plantea al hombre, desde el momento en que el individuo toma conciencia de lo absurdo de su existencia. Camus pasa revista a todas las posibles razones para no poner fin a la propia vida, lo que le permite definir de modo más claro la noción de absurdo, y la única que le parece válida es que con el suicidio se mata al hombre y se destruye su conciencia, pero no se resuelve el problema. La verdadera solución que propone es la rebelión permanente, lo que impulsa a la razón humana a luchar contra la inhumanidad. El absurdo no desaparece pero retrocede sin cesar ante la vida que se crece en la lucha. Un nuevo ensayo, *El hombre sublevado* (*L'homme révolté*, 1951) completa y rede-

fine este trágico y lúcido humanismo, honesto aunque un tanto superficial.

Canace. Una de las cinco hijas (llamada también Cánace o Canacea) que tiene Eolo de su esposa Enáreta. Enamorada del dios marino Poseidón, concibe de las olas del mar dos hijos gemelos, los gigantes Oto y Efialtes, que causan no pocos quebraderos de cabeza a los dioses. De los amores que tiene Canace con su hermano Macareo da a luz a una hijita, y al descubrirlo el dios del viento, envía encolerizado una daga a la incestuosa madre para que se mate. Canace, tendida en su lecho, y en presencia de su hermano y padre de la criatura, se da muerte con la daga, y así la muestra la decoración de una vasija del siglo V a. C. La undécima carta que escribe el joven Ovidio* en las *Heroidas* (*Epistulæ heroidum*) es la que envía Canace a Macareo. Sperone Speroni, escritor italiano del siglo XVI, autor de varios *Diálogos*, estrena con gran éxito y publica en 1546 una tragedia espeluznante con este mismo título.

Cántico de amor del suicida. Obra musical para mezzosoprano y conjunto instrumental del compositor español Carlos Galán (Madrid, 1963), que se estrena en 1993 en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Los textos cantados son de Cioran*, Antonin Artaud*, Leopoldo María Panero*, Ar-Rusafi de Valencia, Gerardo Diego, Peiu Yavórov*, Mayakovski*, Jacques Rigaut*, Alfonsina Storni*, Leopoldo Lugones* y Antonia Pozzi*.

CANO GAVIRIA, Ricardo (Medellín, 1946). El suicidio ocupa un lugar importante en la obra de este ensayista y narrador colombiano, residente en Barcelona desde 1970. Es autor de una biografía de su compatriota el poeta suicida José Asunción Silva*. En su relato "Historia del hombre que se sentía viejo" narra el declive y muerte voluntaria de un personaje digno de Onetti*, y es de destacar que el arma con la que se suicida es explícitamente la misma utilizada por el poeta colombiano, una Smith & Wesson, también arma predilecta del novelista uruguayo. Estas armas, y en especial estos revólveres legendarios, de marcas prestigiadas por la literatura policíaca o el cine del Oeste, parecen ejercer una fascinación especial. En la vida de este personaje, las distintas edades vienen puntuadas por la adquisición de nuevas armas de fuego: primero, "su 32 chata y adolescente"; luego, "el hombre consiguió una Colt, más pesada, agorera y meditativa y por último aquel adulto Smith & Wesson". Es con esta última arma con la que se dispara. "Unido al paladar el cañón del Wesson (ese método fue el que el hombre eligió), el disparo apenas me sorpredió por su estruendo [...]. El hombre se dobló [...] y comenzó a salirle bocanadas de sangre, de arriba de los dientes, desde la raíz del cerebro". En su novela *El pasajero Walter Benjamin** (Igitur, 2000) evoca las circunstancias del suicidio de este pensador judío alemán.

CAPOTE, Truman (Nueva Orleáns, 1924-Los Ángeles, 1984). Este escritor sudista, homosexual, alcohólico y drogadicto, narrador de talento y ambicioso egocéntrico, personaje sumamente autodestructor, logra convertirse en la atracción de todos los salones de la *jet set* neoyorquina; y sin ser su histrión, sino ex-

plotando ese filón para escribir sus más despiadadas crónicas y sus retratos más fidedignos. La publicación en 1975, en la revista *Esquire*, de la novela corta *La Côte Basque* provoca, junto a un escándalo mayúsculo, el suicidio de una rica heredera que se ve allí retratada.

Este frío y vanidoso manipulador queda fascinado desde su primer encuentro por una especie de gemelo fracasado, el criminal Perry Smith, autor en 1959 de la matanza de la familia Clutter, de la que surge el libro más famoso de Capote, *A sangre fría* (*In Cold Blood*, 1966). "Ambos se miraron y vieron al hombre que pudieron haber sido", resume el biógrafo del escritor Gerald Clarke. Infancias desgraciadas, alcoholismo y suicidios en la familia (dos hermanos en el caso de Perry, otros parientes en el de Truman) junto a talento artístico y afán autodestructor. El éxito de este libro lo paraliza. El alcohol y la droga palian su incapacidad para terminar su tantas veces anunciada *Plegarias atendidas* (*Answered Prayers*). Cuando su abogado y amigo, Alan U. Schwartz, le ruega que reanude la rehabilitación y deje de tomar drogas y alcohol si quiere sobrevivir, el escritor contesta: "Por favor, Alan, deja que me vaya. Quiero irme".

En 2004, Random House encuentra y publica las 120 páginas de una novelita de juventud, *Summer crossing*, que su autor había escrito en 1949 y desechado (*Crucero de verano*, Anagrama, 2006). Su protagonista, Grady McNeil, se entrega al vértigo del amor sin pensar en sus consecuencias sociales y termina arrojándose al volante de su descapotable, con los principales personajes del relato dentro, desde lo alto del Queensboro Bridge de Nueva York.

Cárcel. Dada la extrema violencia que reina en muchos centros penitenciarios, no es nada fácil distinguir suicidio y homicidio. Las estadísticas al respecto no suelen ser muy fiables debido en gran parte a que a las autoridades penitenciarias les resulta mucho más cómodo achacar cualquier muerte sospechosa a la desesperación del interno, sin tener que iniciar ingratas pesquisas. Por no hablar de los países en los que las muertes son obra de los propios guardianes. Aún está por aclarar hoy día quién o cómo se dio muerte a la plana mayor de la banda alemana Baader-Meinhoff (la Rote Armee Fraction o RAF): Baader, Ensslin, Meinhoff y Raspe, todos ellos "suicidados" en sus celdas en 1976, según la versión oficial. Muchos de los suicidios que ocurren en las cárceles se producen particularmente entre los varones jóvenes que no han cometido crímenes violentos. Estas personas se ahorcan generalmente, a menudo durante la primera semana de encarcelamiento. El uso de armas blancas*, ocultas o fabricadas artesanalmente, es también responsable de muchas muertes o de intentos fallidos.

En España, como en el resto del mundo, los casos de muerte voluntaria entre presos prosiguen un espectacular aumento. Según datos suministrados en agosto de 2005 por la directora general de Instituciones Penitenciarias, Mercedes Gallizo, en 2000 y 2001 se producen en las cárceles españolas 21 suicidios; en 2002, 22 (0,49/1.000 sobre un total de 44.924 reclusos); en 2003, 28 (0,58/1.000 sobre un total de 48.645 reclusos); en 2004, 40 (0,78/1.000 sobre un total de 51.272 reclusos); en el primer trimestre de 2005, 18 casos. Se puede resumir diciendo que en sólo dos años, entre 2002 y 2004, el

número de casos casi se ha duplicado. El ministro de Interior José Antonio Alonso, en vista de que en los doce meses que van de abril del 2004 a abril del 2005 se han dado 50 casos, anuncia el lanzamiento de un plan excepcional de prevención*.

Este "plan de choque" —como lo califican las autoridades—, que entra en vigor en septiembre de 2005, responde a la alarmante situación que hace, por ejemplo, que el director de la cárcel de Nanclares de Oca (Álava), en cuyo centro se han producido cuatro suicidios en siete meses, presente su dimisión. Con ocasión de la presentación de este plan de prevención, las autoridades penitenciarias publican una serie de datos muy interesantes. Por motivo de encarcelamiento, los autores de robos son quienes más se suicidan. Les siguen a distancia los homicidas. Según el régimen penitenciario, el mayor número de casos se da en el ordinario de segundo grado, al que le sigue de cerca el ordinario preventivo. El suicida tipo encarcelado es un varón de entre 21 y 40 años. El 40% de ellos tienen carencias en la red de apoyo socioemocional y un 20% presenta trastornos psíquicos. Estas mismas autoridades apuntan como causa al reciente endurecimiento de las penas. En España luchan por la prevención, denunciando las precarias condiciones y el hacinamiento de las cárceles, muchas asociaciones, como el Observatorio sobre el Sistema Penal, la Asociación pro Derechos Humanos o la Asociación contra la Tortura.

Lo que está claro, tanto en España como en otros países, es que la tasa de suicidios es más elevada entre la población carcelaria que entre la población libre. Se calcula que el índice, con 68 casos anuales de promedio por 100.000 habitantes, es 11 veces superior al de la media nacional. A España sólo superan en Europa por número de presos suicidas Gran Bretaña y Francia, países ambos en los que la superpoblación carcelaria constituye también un grave problema. En las cárceles francesas, en 2002 se contabilizaron 111 suicidios. En 2006, según un informe oficial publicado en octubre de ese año, se produce un suicidio cada tres días. Sólo en el primer trimestre de 2009 se cuentan 38 casos. En Inglaterra*, según un informe de 2004 de Amnistía Internacional, que denuncia asimismo los homicidios y suicidios en los cuarteles, su número no deja de aumentar y a fines de 2004 se habían registrado 94 casos. Como respuesta a condiciones de detención particularmente degradantes, según informa el *Miami Herald* en agosto de 2003, "unos 30 presos de Guantánamo han intentado suicidarse colgándose o cortándose las muñecas con alambre". Otros 23 presos intentan ese mismo año un suicidio colectivo*. El Pentágono reconoce la existencia de estos hechos en enero de 2005, así como 350 casos de conducta de autolesión*. Los primeros suicidios en esta cárcel se producen el 10 de junio de 2006: los cuerpos de dos saudíes y un yemení aparecen colgados en sus celdas.

La autolesión es muy frecuente en los centros de detención como medio de protesta contra condiciones particularmente difíciles o totalmente insoportables. Junto a este medio de protesta se utiliza también la huelga de hambre (véase inanición*), a veces mantenida hasta la muerte. Un caso espectacular de denuncia de malos tratos mediante una acción colectiva de automutilación es el llevado a cabo, en junio de 2005, por presos rusos de la cárcel

de Lgov, en la provincia de Kurak, donde, según las autoridades del distrito, participan hasta 240 reos, y unos 500 según la ONG Por los Derechos Humanos. "La mayoría se hizo cortes en las venas y el cuello", asegura el informe de la ONG.

El suicidio en cautividad no es un fenómeno nuevo. En cualquier época se encuentran ejemplos para huir de la tortura, de la ejecución o como único recurso para evadirse del encierro. Numerosos son los casos de quienes obrando así evitan la guillotina durante la Revolución francesa (véase Epidemias*). 17 son los liberales que, encarcelados en Barcelona en tiempos de Fernando VII durante los cinco años en que sembró allí el terror Carlos d'Espagnac, se quitan la vida en las celdas.

Cárcel de amor. Inmediatamente posterior al *Siervo libre de amor**, estricta contemporánea de *La Celestina* de Rojas (véase Melibea*) y de las *Églogas* de Juan del Encina*, esta novela sentimental epistolar del bachiller Diego de San Pedro, publicada en 1492, concluye muy poco cristianamente con el suicidio admitido del amante. Se trata de Leriano, a quien su dama Laureola rechaza a pesar de amarle, posponiendo el amor al honor, lo que el amador comprende y acepta. Antes de dejarse morir de inanición*, ingiere las dos últimas misivas de su amante disueltas en agua: "Hizo traer una copa de agua, y hechas las cartas pedaços echólos en ella. Y acabado esto, mandó que le sentaran en la cama, y sentado, bebióselas en el agua y assí quedó contenta su voluntad. Y llegada la hora de su fin [...] dixo: 'Acabados son mis males'. Y assí quedó su muerte en testimonio de su fe". Este testimonio de su fe, como el "sentado a la diestra de Venus" de su colega del Padrón, no habrían pasado la censura pocas décadas más tarde. Tan poco rencor guarda el agonizante a su matadora que, antes de expirar, aún encuentra fuerzas para entonar un elogio al sexo opuesto, en el que reúne hasta "veinte razones por que los hombres son obligados a las mujeres". Para reforzar su argumentación aduce múltiples ejemplos de damas virtuosas, y entre ellas varios de virtuosas y heroicas suicidas: Lucrecia*, Porcia*, Artemisa*, esposa del rey Manzol de Icaria, Hipo, Alcestis, esposa de Admeto y doña María Cornel (a la que otros llaman Coronel*), que se mató mediante el fuego.

CARRANZA, María Mercedes (Bogotá, 1945-2003). El camino que lleva a la muerte a esta gran dama colombiana, figura importante de la política y la cultura de su país, es la desesperación ante la situación de violencia permanente y absurda en la que se hunde su país. De esta conciencia testimonia su último libro de poemas, *El canto de las moscas* (1998), alarido de dolor ante los crímenes que ensangrientan su patria, donde el único canto que cabe es el de las moscas que zumban junto a los cadáveres. Pocos meses antes de su muerte, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) secuestran a su hermano Ramiro, quien, como ella misma dice, no juega un papel político importante ni tiene gran fortuna. "¡Ay, esté país nos está matando!", clama ante un amigo. Daniel Samper Pizarro, en la despedida que le dedica, comenta: "Antes de que lo hiciera el país, ella prefirió asumirlo por su propia mano. Ejerció así una de las pocas libertades que nos van quedando a los colombianos, que es la de

escoger morir antes de que tomen la decisión por uno". Lo hace el 10 de julio de 2003 vaciando varios frascos de píldoras, y dándose la curiosa circunstancia de que, 107 años antes, el poeta José Asunción Silva* se disparaba un tiro de pistola en el corazón en el despacho contiguo al suyo.

Carrasco. Localidad cubana de la que toma su denominación "el héroe de Carrasco" y, por extensión, la plaza madrileña donde se yergue el monumento a la memoria de este soldado de la guerra de Cuba, Eloy González (Madrid, 1876-Matanzas, 1897), quien logra fama y gloria por su gesta suicida pero muere de enfermedad en un hospital. Este huérfano de la inclusa enrolado en el ejército llega a Cuba en 1895 y se distingue cuando, durante 1896, las tropas de Máximo Gómez y Calixto García cercan a las españolas en la mentada población. Para deshacer el cerco, Eloy se propone voluntario para ir a incendiar la principal posición enemiga, y para ello, armado sólo con su rifle y una lata de gasolina, pero atado con una cuerda para que se recupere su cadáver, parte a cumplir su misión, de la que sale victorioso e indemne. En el barrio del Rastro, los madrileños rinden culto a este suicida, que ni se suicidó ni se llamaba Carrasco, en una plaza que, en realidad, se llama de Salmerón.

Cartago. No sólo se suicida su más ilustre general, Aníbal*, sino que su historia cuenta con un espectacular caso de sacrificio colectivo. Amenazados por Agatocles, tirano de Mesina, durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.), 300 cartagineses se inmolan en el altar de Saturno para aplacar su cólera e impetrar su ayuda. Es noticia sin comprobar de las que adornan las páginas de algunas enciclopedias. Entre las valerosas damas cartaginesas que se dan muerte voluntaria, destacan la mítica reina Dido* y la histórica Sofonisba*, sobrina de Aníbal.

CARTER, Kevin (Johanesburgo, 1961-1994). Tras sobrevivir a un primer intento de suicidio por envenenamiento y a la explosión de una bomba que lo deja herido y mata a 19 compañeros durante su servicio militar, este fotógrafo comprometido con la causa de los negros de su país, asqueado ante el cúmulo de horrores e injusticias que capta con su cámara, enchufa una manguera al tubo de escape de su vehículo y muere escuchando música por sus auriculares. En abril de 1994, tres meses antes de su muerte, había ganado el premio Pulitzer por un documento gráfico sobre la hambruna en Sudán: en especial, la imagen de una chiquilla desnuda, acuclillada y con la frente en el suelo, tras la que aguarda un buitre.

Casa de Bernarda Alba, La. Pocos días antes de su fusilamiento, el 19 de junio de 1936, termina de escribir Federico García Lorca* este drama rural, que no se estrenará y será publicado hasta 1945 en Buenos Aires. Adela, la hija menor de Bernarda, enamorada de Pepe el Romano, novio oficial de su hermana mayor, se subleva contra la autoridad materna y, a pesar del luto oficial de la familia, de la rigurosa vigilancia ejercida por su madre y de los celos de sus hermanas, logra romper el cerco en que todas ellas se ahogan y entregarse a su amante. Al oír los disparos de Bernarda contra Pepe, y creyéndole muerto, se cuelga de una viga. Su muerte

es su triunfo, y así lo entienden sus hermanas y trata, impotente, de disimular su madre. Mientras Martirio la envidia ("Dichosa ella mil veces que lo pudo tener"), Bernarda se esfuerza por acallar la realidad: "¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen!" La génesis de la obra tuvo su punto de partida en figuras reales: una tal Frasquita Alba y sus hijas, cuya casa era colindante con la que tenían los Lorca en Valderrubio (Granada).

CASAGEMAS, Carles (1881-París, 1901). Gran amigo de Pablo Picasso y pintor como éste, comparte con el malagueño en 1900, en Barcelona, el estudio de la calle Riera de Sant Joan, 17, así como sus tertulias bohemias en el café Els Quatre Gats. Ese mismo año, parten los dos juntos a París, donde se instalan en el taller ocupado anteriormente en Montmartre por Isidre Nonell. El 17 de febrero de 1901, se dispara un tiro en la sien en la terraza de un café parisino. "Tras un rechazo por una modelo", insinúa un biógrafo. "Por un amor no correspondido", propone otro. "Al parecer por causa de una mujer, Germaine Pichot, que también sería amante de Picasso", supone Valeriano Bozal. Ian Gibson, en su biografía de Salvador Dalí, es mucho más categórico y preciso al hablar de la mujer de Ramón Pichot, "Laure Gargallo, conocida por sus amigos como Germaine la bella, por la que en 1901 se suicidara Casagemas, el amigo impotente de Picasso". El pintor cambia de paleta e inicia su dolorista época "azul" bajo los efectos de este drama y pinta dos cuadros en homenaje a su amigo: "La muerte de Casagemas", que se conserva en el Museo Picasso de París, primer plano del perfil del difunto con la huella del tiro en la sien; y "El entierro de Casagemas", en el Museo de Arte Moderno de París, alegoría en la que el alma asciende al cielo en caballo blanco, composición que recuerda al Greco y anuncia a Chagall. Según la crítica, las apesadumbradas parejas de este período de su pintura parecen representar al amigo muerto en compañía de Germaine, ambos reconciliados.

CASAL, Julián del (La Habana, 1863-1893). No le da tiempo a suicidarse a este tristísimo poeta modernista cubano porque se le adelanta la tuberculosis. No obstante, figura aquí por versos que escribe, como aquellos que dicen: "Y sólo me sonríe en lontananza / brindándole consuelo a mi amargura / la boca del cañón de una pistola", o: "Ansias de aniquilarme sólo siento". Igual de aparatosa y sanguinolenta resulta su muerte cuando, sin necesidad de dispararse un tiro y víctima de un definitivo vómito de sangre, se derrumba enrojeciendo el mantel de la mesa a la que está invitado. El novelista cubano Abilio Estévez lo evoca así en su novela *Los palacios distantes* (2002): "El mantel también ensangrentado de los Lamadrid en cuya mesa murió Julián del Casal". Más adelante añade: "En una mesa dispuesta para una cena, un joven ríe; el joven ríe y, al reír, escupe sangre; el mantel se cubre de sangre, de sangre se cubre la ropa del joven, que se desploma sobre la mesa".

Casandra. Desde Homero hasta Schiller, pasando por las tragedias de Esquilo, Eurípides y Séneca, la *Eneida* de Virgilio o Boccaccio, la bella hija de Príamo y Hé-

cuba, dotada por el vengativo Apolo del nefasto privilegio de profetizar desgracias que nadie se toma en serio, ni siquiera la caída de Troya, es violada por Áyax el menor y muere las más de las veces asesinada por Clitemnestra en compañía de Agamenón. Sólo en la versión operística de Héctor Berlioz (1808-1869) *Los troyanos* (*Les Troyens*), y en su primera parte, *La toma de Troya* (*La prise de Troie*, 1863), la profetisa, que adquiere aquí una dimensión casi protagonista, se apuñala para no caer en manos de los griegos en compañía de otras mujeres troyanas. Este suicidio colectivo* de tipo obsidional* se lleva a cabo al grito coral, y tambien profetico, de "¡Italia!", futura patria de los vencidos troyanos.

CASARIEGO CÓRDOBA, Pedro (Madrid, 1955-1993). "Pe Cas Cor" es la sigla de apariencia comercial con la que firma sus poemas y cuadros. Un día, con 31 años, deja de escribir para dedicarse sólo a la pintura. Otro, deja de vivir. El día 6 de enero de 1993 termina "Pernambuco, el elefante blanco", cuento ilustrado con el que da por finalizada su obra gráfica y escrita, concebido como regalo de Reyes para su hija Julieta. Dos días después se abalanza al paso de un tren en los alrededores de Madrid. Como había anunciado, termina su vida "mordido por un tren hambriento". Casi toda su obra está reunida en *Poemas encadenados (1977-1987)* (Seix Barral, 2003).

CASEY, Calvert (Baltimore, 1924-Roma, 1969). Como tantos otros homosexuales cubanos, y más si son intelectuales, a pesar de su apoyo inicial a la revolución pronto tiene muy graves problemas con las autoridades y debe exiliarse, primero en Madrid y luego en Roma. Lejos de su patria continúa escribiendo, tanto en inglés como en español, novelas, ensayos, artículos periodísticos y crítica teatral, sin olvidar sus cuentos. Aunque arropado por excelentes amigos, entre los que se cuentan María Zambrano y Cabrera Infante, el 16 de mayo de 1969 se quita la vida en su piso romano ingiriendo una sobredosis de somníferos. José Ángel Valente, también muy amigo suyo, dice de él: "Era un hombre muy delicado, muy fino, además, cosa poco frecuente en la gente que escribe, que todos se creen genios, este hombre decía que lo que le importaba era provocar el cariño de alguien, que por eso escribía".

CASIO, Cayo (?-42 a. C.). Este jurisconsulto romano es una auténtica veleta. En un principio es aliado de Pompeyo contra César, pero más adelante pasa a engrosar el partido de éste, lo que no le impide, años más tarde, encabezar la conjura fomentada por Marco Bruto* que acabará con la vida del dictador. Casio y Bruto se refugian en Asia, el primero en Creta y el segundo en Cirene, pero Octavio les presenta batalla en Filipos, y al sufrir la derrota ambos conspiradores se quitan la vida clavándose la espada. Filipos supone un golpe definitivo contra la República y la aristocracia, cuyos más insignes miembros mueren en el combate o en los numerosos suicidios que siguen a la derrota. En el *Julio César* de Shakespeare*, Casio, al ver caer prisionero a su fiel amigo Titinio, ordena a Píndaro que lo mate con la espada que mató a César. Titinio, más adelante, al enterarse de su muerte, se mata a su vez con la misma espada. En la adaptación ci-

nematográfica de esta tragedia que Joseph Mankiewicz realiza en 1953, el papel de Casio lo encarna John Gielgud.

CASONA, Alejandro (Besullo, 1903-Madrid, 1965). Su comedia *Prohibido suicidarse en primavera* se estrena en el teatro Abreu de México en 1937, antes de que su autor, exiliado tras la Guerra Civil española, fije su residencia en Argentina. Para José-Carlos Mainer, es "quizá la comedia más perfecta de Casona". La acción transcurre en un alegre sanatorio llamado El Hogar del Suicida, fundado por el filantrópico doctor Ariel para prevenir este tipo de desgracias que ya se habían ensañado con su propia familia. Las acotaciones escénicas que describen el decorado inicial precisan: "En las paredes, bien visibles, óleos de suicidas famosos reproduciendo las escenas de su muerte: Sócrates, Cleopatra, Séneca, Larra". Tras muchas peripecias, todo termina bien, ya que cuando Juan coge una pistola para matarse, basta con que Alicia aparezca con un cartel en el que pone "Prohibido suicidarse en primavera" para que desista de su funesto intento.

En 1944 se estrena en Argentina su comedia *La dama del alba*, cuya acción mágica se desarrolla en la Asturias natal del autor. Angélica, la que murió, no ha muerto, y Adela, la que va a matarse, no se mata. La Peregrina, que es la muerte y muy buena, lo arregla todo y hace que la que huyó con el amante muera de nuevo en el río y deje su lugar a la frustrada suicida, que la reemplaza con creces. Con semejante optimismo, se comprende que, al regresar a España, el antiguo republicano vuelva a conectar con su público y reanude el gran éxito anterior.

CASTELO BRANCO, Camilo (Lisboa, 1825-São Miguel de Ceide, 1890). Tan fecundo escritor como desgraciado ciudadano, el Galdós portugués, pintor de la burguesía provinciana a la que describe con humor, ironía y ternura en sus numerosísimas novelas, comienza su trágica existencia desde la infancia. Queda huérfano de madre a los dos años, a su abuelo lo asesinan, su padre se vuelve loco, huye de casa de sus tíos con 15 años... Se suceden a continuación los escándalos, los duelos, la cárcel y, a pesar del éxito y del reconocimiento público alcanzados, la miseria, hasta el punto de que tienen que embargarle toda su biblioteca para venderla en subasta. Enfermo y ciego, un disparo de revólver acaba con lo que él mismo llama "el cadáver representante de un nombre que tuvo alguna reputación gloriosa en este país".

CATÓN de Útica (95-46 a. C.). No hay que confundirlo con otro Catón, el Viejo o el Censor, también llamado Marco Porcio Catón, de quien es nieto. Constituye un modelo de sabio estoico * y como tal de impertérrito suicida. Tribuno de la plebe y, más adelante, senador, se opone primero a Pompeyo y luego a César. Sitiado en la plaza norteafricana de Útica, no queriendo rendirse al enemigo y aún menos asistir al triunfo de la tiranía y al fin del Estado republicano, se prepara para morir releyendo una vez más el *Fedón* de Platón. Acabada su lectura, se clava la espada en un torpe haraquiri y tiene que abrirse la herida con las manos haciéndose una carnicería. Dejemos más bien la palabra a Plutarco, que lo cuenta en estos términos: "Viéndole bañado en sangre y que tenía fuera las entrañas, todos se conmovieron

terriblemente, y el médico, que también había entrado, como las entrañas estuviesen ilesas, procuró reducirlas y cerrar la herida, pero luego que Catón volvió del desmayo y recobró el sentido, apartó de sí al médico, se rasgó otra vez la herida con las manos y, despedazándose las entrañas, falleció" (*Vidas paralelas*, Catón, 67-70). Representa uno de los modelos más citados por los apologetas del suicidio estoico, el parangón del romano en toda su entereza, y así lo hacen por ejemplo Dante* en su *Purgatorio*, el francés Étienne de la Boétie y su fraternal amigo Montaigne* en el siglo XVI, o el inglés Joseph Addison en su obra *Catón en Útica* (1713), en la que el personaje de Lucio proclama: "¡Así se fue el alma más grande que jamás dio calor a un pecho romano, oh Catón amigo mío!" En Alemania, en el siglo XIX, Georg Büchner* escribe un *Discurso* en su defensa. El hecho de haberse convertido, junto a Lucrecia*, en modelo de virtud romana hace que estalle en torno a su muerte toda una polémica entre los defensores del suicidio y sus adversarios. En los siglos XVII y XVIII, en Inglaterra* principalmente pero también en Francia, son muchos los autores cristianos que se alzan contra una interpretación encomiástica de su conducta. Zachary Pearce (véase Condena*) la califica de "falso heroísmo", lo que también hace, entre otros muchos, Thomas Browne. Frente a ellos, el epicúreo francés Sarasin elogia su conducta: "Se mató porque le causaba menos dolor dejar esta vida que doblegarse ante César".

Causas. La tipología* establecida por distintos estudiosos responde a esta pregunta proponiendo explicaciones no sólo médicas sino también culturales, religiosas, sociales, etc. Durkheim* en el siglo XIX y su discípulo Maurice Halbwachs* en 1930 tratan de ampliar el horizonte etiológico y sacar al suicidio de la mera explicación psicológica a la que lo limitaban los estudios clínicos. Éstos, a su vez, constituyen un gran progreso científico que se produce entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando la muerte voluntaria deja de interpretarse, como se hacía por influencia del cristianismo, en términos exclusivos de pecado, depravación moral y efectos del influjo satánico sobre el individuo.

Gregory Zilboorg, en trabajos escritos en 1936 y 1937, estudia la muerte voluntaria como una forma de frustrar las fuerzas externas y conseguir la inmortalidad. El filósofo español Gustavo Bueno, que, al igual que los estudiosos clásicos del tema, relaciona el suicidio con la desvinculación social en un estudio de 1991, apunta a una finalidad exterior al sujeto cuando define la muerte voluntaria como "un acto, seguramente, de vana e inútil protesta, porque, a fin de cuentas, es probable que uno siempre se suicide contra algo o contra alguien".

Una forma muy sutil de este suicidio con miras puestas en persona ajena es la de quienes lo cometen para acusar a un tercero de asesinato. Ejemplo de tan refinada maldad y tan reconcentrado odio se encuentra en algunos personajes de Arsenio Lupin*, que llegan a decir: "La muerte que me doy es el comienzo de su suplicio". Otra causa peregrina puede ser el miedo al morir, no a la muerte, pues, como ya decía Cicerón, *Emori nolo, sed me esse mortuum nihil æstimo*, es decir, "Nada me importa estar muerto, pero no quiero

morir". También puede resultar la única forma de clamar la inocencia frente a falsas acusaciones, como lo hacen, para salvar su honor, las mujeres en China* o igualmente un personaje del cineasta Michael Haneke*.

Según estudios estadísticos actuales, la primera causa de suicidio en todo el mundo es la depresión clínica, la cual tiene, a su vez, en términos médicos, una etiología multifactorial, lo que quiere decir que *obedece a causas muy variadas*. No sólo son diversas las causas, sino que a menudo la conducta suicida obedece a una interacción de factores. Intervienen así los trastornos mentales, los factores sociales y los trastornos de personalidad, pero también enfermedades orgánicas incurables, minusvalías físicas crónicas y afecciones dolorosas prolongadas. Entre los trastornos mentales, influyen, junto a la depresión, la epilepsia y la esquizofrenia, ésta última asociada a menudo a estados depresivos.

Entre los numerosos factores sociales se pueden incluir últimamente los casos de acoso* u hostigamiento escolar, como el que concluye en el suicidio del joven guipuzcoano Jokin, que con 14 años se arroja al vacío en septiembre de 2004; o de Cristina, de 16 años, que se lanza desde un puente el 24 de mayo de 2005 en Elda, Alicante. Sin ser causas directas, hay factores que coadyuvan al fenómeno, como, por ejemplo, la soledad (estudiada ya por Halbwachs), el paro laboral, etc. En la actualidad, está probado estadísticamente que las personas casadas tienen menos probabilidades de intentar o llevar a cabo un suicidio que las personas separadas, divorciadas o viudas que viven solas. También puede contribuir al suicidio una especie de contagio o de herencia, ya que, también estadísticamente, la frecuencia es mayor entre los familiares de quienes han realizado un intento de suicidio o se han quitado la vida. Los individuos con trastornos de personalidad corren también riesgo de suicidarse, especialmente los inmaduros, con poca tolerancia a la frustración o que reaccionan al estrés con violencia y agresisividad. Estas personas pueden beber alcohol* en exceso, abusar de drogas o cometer actos criminales. Algunos individuos inestables encuentran emocionantes las actividades peligrosas que conllevan un riesgo más o menos elevado de muerte, como conducir un vehículo de modo temerario o practicar deportes peligrosos. La ruleta rusa sería el caso extremo de este tipo de conducta.

CELA, Camilo José (Padrón, 1916-Madrid, 2000). Imposible explorar, en la nebulosa de personajes que gravitan por las muy pobladas novelas del Premio Nobel gallego, todos los casos de suicidio, pero he aquí uno particularmente rotundo y espectacular. Se trata del contado por el narrador de la novela "del Oeste" *Cristo versus Arizona* (1988). Entre los cientos de historias que, como en otras *Colmenas* y *Toboganes de hambrientos*, protagonizan aquí sus más de 600 personajes, Wendell L. Espana llega en su letanía sin fin a ésta: "Amanda Potter y Tom Macho se suicidaron juntos cada uno con su revólver y mirando el uno para el otro, se habían pasado la noche jodiendo y cuando empezó a amanecer se vistieron, desayunaron de tenedor, se sentaron en sus butacas y se pegaron el tiro sin tener un momento de duda. Ana y Tom no se mataron por nada sino porque no querían dejar de ser felices, hay personas que prefieren la muerte du-

rante el amor a la vida en desamor y aburrimiento". Así, como quien no quiere la cosa, estos desgarrados fantoches entran en el panteón que parecía reservado a las parejas* más románticas y enriquecen con su conducta los capítulos del ceremonial* y de las causas* del suicidio. El novelista coruñés rompe con todos los esquemas e inaugura la era del suicidio feliz.

CELAN, Paul (Czernowitz, 1920-París, 1970). La cruel historia del siglo XX se ensaña con este poeta judío de lengua alemana que nace en Bucovina, antigua provincia del Imperio Austrohúngaro, convertida en provincia rumana tras la Primera Guerra Mundial. Víctima de la persecución nazi, pierde a sus padres en un campo de concentración y pasa algún tiempo en un campo de trabajo en Rumanía. Allí estrena el seudónimo por el que se le conoce (su nombre real es Paul Antschel o Ancel) cuando publica sus primeros poemas en Bucarest en 1947. A continuación marcha a Viena y luego a París, donde se instala definitivamente a partir de 1948 y reside hasta su muerte.

A pesar del reconocimiento que su obra obtiene en Alemania y de los premios allí recibidos, se niega a abandonar su exilio voluntario en Francia, donde por otra parte tiene tan buenos amigos poetas como Char, Bonnefoy o Michaux. Habiendo perdido tantas cosas, se aferra a su lengua, en la que escribe y a la que traduce a poetas rusos, ingleses, italianos y franceses: "Accesible, próxima y preservada, sólo esto permanecía en medio de todo lo que se había perdido: la lengua... En esta lengua he intentado escribir poemas: para hablar, para orientarme, para reconocer dónde me encontraba y adónde debía ir para esbozarme una realidad". Según Georges Steiner, Celan hizo posible que la poesía sobreviviera a Auschwitz. El 30 de abril de 1970 se arroja al Sena desde el muy poético puente Mirabeau y su cuerpo no aparece hasta el 1 de mayo, aguas abajo de la capital francesa.

Celebración. Película danesa (*Festen*, 1998) del realizador Thomas Vinterberg, primero en aplicar las recetas del código jansenista Dogma 95, al que contribuye, entre otros realizadores, el más famoso de ellos, Lars Von Trier. Después del suicidio de la hermana mayor Linda, la familia se reúne por primera vez con motivo del 60 cumpleaños del patriarca. Todo termina como el rosario de la aurora cuando Christian revela las verdaderas razones por las que se ha dado muerte su hermana gemela. Hipocresía, perversión, autoritarismo e incesto componen la realidad oculta tras una respetable fachada burguesa.

Ceremonial. Buena muestra del carácter ritual del suicidio son muchas de las muertes voluntarias que se dan los sabios de la Antigüedad* al tragar la cicuta, abrirse las venas, etc., rodeados de allegados y discípulos. Así nos lo transmite, al menos, la tradición literaria o iconográfica que, con intención de ejemplaridad moral, se esfuerza por subrayar la solemnidad del acto. El haraquiri* de los samuráis japoneses es tal vez la manifestación pública más ritualizada, sin el menor margen de improvisación en la elección de arma, herida, postura, etc. También se rodean de un ceremonial más o menos rígido y teatral la mayor parte de los suicidios colectivos* organizados por sectas*. Más curioso puede resultar que practicantes individuales

de la muerte voluntaria gusten tanto de rodearse de un ceremonial, aunque éste sea totalmente íntimo y secreto.

En los suicidios por honor (suicidio de tipo altruista), frecuentes entre militares de todas las épocas desde la *Ilíada* hasta la Segunda Guerra Mundial, la liturgia castrense proporciona abundantes elementos al individuo que quiere quitarse la vida con solemnidad. Así, por ejemplo, el uso de uniformes de gala, condecoraciones y guantes es frecuente en estos casos. Al ir al campo de batalla*, sabiéndose que se va a morir, los candidatos a la muerte revisten también este atuendo solemne. Jenofonte* lo explica en la *Anábasis*: "Si debía morir, lo oportuno era hacerlo con aquellas galas que uno considera el más digno vestido". Un ejemplo más moderno, ya mencionado: cuando, el 3 de julio de 1898, el almirante español Pascual Cervera recibe la orden de zarpar de Santiago de Cuba con sus viejos y escasos buques contra la potente escuadra norteamericana, sabiendo que se trata de un suicidio, se viste y viste a todas las tripulaciones con uniforme de gala.

Tanto entre civiles como entre militares, el recurso a un ceremonial tiene a menudo visos de puesta en escena de efecto retardado sobre los espectadores, a los que, según los casos, se quiere impresionar, tranquilizar o sorprender. Este carácter teatral se ve subrayado en el personaje de una novela de Jean-Paul*, el Roquairol de *Titán*, quien escribe incluso una obra de teatro para matarse de verdad al mismo tiempo que su personaje. Como en los mensajes* o notas que deja el suicida, aquí se da igualmente esa contradictoria voluntad de comunicación póstuma con los vivos, un paradójico intento de explicación de la propia conducta, de acusación al entorno o de recordatorio para la posteridad. Es quizá una de las más llamativas manifestaciones del narcisismo* del suicida y de su deseo de perpetuar el yo más allá de su destrucción.

José Asunción Silva*, Anne Sexton*, Sà-Carneiro* y Dorothy Hale*, entre otros, cuidan los detalles de esta *performance** definitiva y más o menos truculenta. También entre las parejas suicidas* se cuidan estos detalles, como en la compuesta por Kleist* y su amada Henriette Vogel, que rodean su muerte compartida de todo un conjunto de preparativos; al igual que Rodolfo de Austria* y María Vetsera, cuyos cuerpos aparecen cuidadosamente cruzados uno sobre otro encima de la cama. Los personajes de Cela*, aunque no tan distinguidos, no son menos a la hora de la puesta en escena. No llega a ceremonial el comportamiento de algunos meticulosos verdugos de sí mismos, pero lo previsor de su actitud y lo cuidadoso de su ejecución, con las miras puestas en no molestar a los demás, tienen la misma visión anticipada cara al público futuro. Es lo que destaca Vargas Llosa en la muerte de su compatriota Arguedas* y lo que admira Al Alvarez* en la muerte anunciada de un profesor suyo de Cambridge, quien, tras recomendar vivamente el método a sus alumnos, lo pone en práctica cortándose el cuello con la cabeza metida en una bolsa de plástico para no ponerlo todo hecho un asco.

CERVANTES, Miguel de (Alcalá de Henares, 1547-Madrid, 1616). El capítulo XII de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* se abre con la inesperada noticia de una muerte: "Pues sabed [...] que

murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela". Así es, puesto que el pastor, que no lo es tal sino "hijodalgo rico" y "estudiante muchos años en Salamanca", perdidamente enamorado de la citada pastora, recorre el campo en pos de esta verdadera mujer fatal tras la que todos andan desesperados. De "pastora homicida" la tratan en el capítulo siguiente, y de "enemiga mortal del linaje humano" la califica el amigo y albacea del difunto, Ambrosio. A éste le toca cumplir con la voluntad del difunto de dar al fuego* todos sus escritos, contra lo que se rebela un testigo. El poema que rescata éste, y que lee en voz alta a los presentes en su entierro, es el equivalente de los mensajes póstumos*, o aún más bien de los monólogos con los que los suicidas teatrales se despiden en escena del "mundo cruel". Antes de dar sepultura al cuerpo del desesperado, aparece la acusada para, en un discurso lleno de cordura, defender la causa de la mujer y responsabilizar plenamente de sus actos al porfiado amador.

En la segunda parte, el propio don Quijote está a punto de ingresar entre los practicantes del suicidio asistido en el campo de batalla*, cuando, dirigiéndose a su vencedor, el Caballero de la Blanca Luna, reclama: "Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra" (II, 64).

CÉSAR, Ana Cristina (Río de Janeiro, 1952-1983). Para los muchos admiradores que, tras su muerte precoz, se hace la poeta brasileña, es más conocida como Ana C. Viaja muy joven por Europa, estudia en Inglaterra, se convierte en traductora al inglés y publica un libro de poemas, el único en su corta vida, *A tus pies* (*A teus pès*). Por su lenguaje coloquial y su temática cotidiana y femenina, de inspiración autobiográfica, se la considera perfecta representante de la llamada "generación-mimeógrafo". Pone fin a su vida, joven y bella, a los 32 años, e inmediatamente se convierte en un icono en su país.

CHAIKOVSKI, Piotr Ilich (Vótkinsk, 1840-San Petersburgo, 1893). El más popular en Occidente de todos los compositores rusos es víctima, como Oscar Wilde y otros, de la más virulenta homofobia. Muy afectado por la muerte temprana de su madre, depresivo y de sexualidad vacilante, su vida transcurre entre amores platónicos femeninos, más o menos desgraciados, y una homosexualidad* mal asumida. Ante las amenazas de darse muerte con que le chantajea una alumna suya, Antonina Miliukova, pero también para acallar los rumores sobre sus tendencias sexuales e incluso, como él cree, para superarlas, contrae matrimonio en 1877 con esta jovencita histérica y desequilibrada. El matrimonio dura sólo dos meses, al cabo de los cuales la una ingresa en un psiquiátrico y el otro intenta suicidarse. A pesar de las crisis depresivas, viaja, compone y recibe toda clase de recompensas. El 6 de noviembre de 1893, pocos días después del estreno de su sexta sinfonía, la *Patética*, muere víctima del cólera, según la versión oficial. Otras versiones y estudios más recientes apuntan a otras causas. Acusado por un duque de acosar sexualmente a su hijo, es convocado en la corte ante un tribunal de honor que, para acallar el escándalo, lo condena al suicidio. El

compositor acata la sentencia* y se envenena con arsénico*.

CHAMFORT, Nicolás de (Clermont-Ferrand, 1740-París, 1794). Partidario entusiasta de la Revolución Francesa pero víctima del Terror, se suicida antes de ser guillotinado y lo hace del modo más sanguinario y atroz. Comienza disparándose un balazo en la cabeza con el que consigue sólo quedar tuerto del ojo derecho y hacerse astillas la nariz, en vista de lo cual vuelve a la carga e intenta degollarse con una navaja. No contento con el resultado, se abre el pecho, se corta las venas en muñecas y corvas y, finalmente, muere desangrado en medio de una horrible carnicería que encharca su celda de sangre. Durante la Revolución Francesa, varios fueron quienes optaron por este extremo para escapar a la guillotina, como Étienne Clavière* y algunos otros girondinos condenados con él.

CHANDLER, Raymond (Chicago, 1888-La Jolla, 1959). El creador del melancólico y escéptico detective privado Philip Marlowe, uno de los padres de la novela negra norteamericana, gran consumidor de alcohol*, vive al menos tres décadas de feliz matrimonio con Pearl Cecily Bowen (Cissy), casi 18 años mayor que él. Tras la muerte de ésta, se hunde en la depresión y el alcoholismo, ingresa en varias ocasiones en clínicas especializadas e intenta dos veces seguidas acabar con su vida. Una neumonía se adelantará a un posible tercer intento.

CHARRON, Pierre (París, 1541-1603). Como discípulo y heredero de Montaigne*, *Los tres libros de la Sabiduría* (*Les trois livres de la Sagesse*, 1601), obra de este escritor y teólogo francés, prolongan en cierto modo los *Ensayos* del señor d'Eyquem. En este vasto tratado de filosofía moral, de una gran tolerancia y apertura de espíritu, las enseñanzas estoicas* del maestro le llevan a aceptar la muerte voluntaria, a condición de que se vea precedida por una madura reflexión y esté justificada por circunstancias excepcionales.

CHATEAUBRIAND, René de (Saint-Malo, 1768-París, 1848). A él debemos los españoles la entrada de los 100.000 hijos de San Luis, y la literatura francesa algunos de sus libros más lacrimosos. En aras de su teoría de que el cristianismo ofrece al artista de su tiempo emociones más puras y mayor margen para el uso de lo maravilloso y de la épica que la mitología pagana, escribe *El genio del cristianismo* (*Le génie du christianisme*, 1802). En él incluye, como ilustración de su tesis, el episodio de *René*, que volverá a publicar en 1805 como novelita autónoma con el mismo título. El protagonista del lacrimógeno relato quiere ser la prueba del vacío creado en los corazones por la Revolución francesa, y de la consiguiente melancolía que aqueja a la juventud de su tiempo. Al permanente *spleen* del joven, que clama grandilocuente: "¡Alzaos ya, deseadas tempestades que debéis arrastrar a René hasta los espacios de otra vida!", se añade la desesperación por ver a su muy amada hermana tomar el hábito. La novela, que es autobiográfica hasta en el título, traspone los amores incestuosos entre Chateaubriand y su hermana Pauline, quien en la realidad no entra en ningún convento sino que se suicida en 1804. También el joven vizconde lo intenta: in-

troduce el cañón de su escopeta en la boca y aprieta el gatillo, pero el arma se encasquilla. El protagonista de la novela no piensa desde entonces más que en suicidarse, y sólo la doble intervención del misionero Souël y del indio piel roja Chactas consiguen disuadirle de su intento. No les librará eso de la muerte, pues todos acaban asesinados por los indios de otra tribu.

Si el autor pretendía producir un efecto disuasorio entre sus lectores, erró por completo el tiro, ya que su librito se convirtió en el Werther* de la juventud francesa. En 1809 vuelve a la carga con sus *Mártires**, sustituyendo esta vez el suicidio profano por el martirio cristiano*.

CHATTERTON, Thomas (Bristol, 1752-Londres, 1770). Es autor de un solo libro, que recoge toda su producción y que el poeta inglés atribuye a otro poeta imaginario del siglo XV, el apócrifo Thomas Rowley. Los poemas incluidos en *Rowley Poems*, escritos en una muy hábil recreación de la lengua de la época, se publican póstumamente en 1777, pero antes no pocos contemporáneos, entre ellos Horace Walpole, se dejan engañar y creen que se trata de un verdadero descubrimiento filológico. El poeta, al considerar que su vida es un fracaso, se suicida a los 17 años ingiriendo una fuerte dosis de arsénico*. Su muerte contribuye, por la compasión que despierta, a buscar causas de orden económico y social a un fenómeno que hasta entonces se atribuía a la particular predisposición de los hijos de Inglaterra*. La ola de simpatía se manifiesta en las numerosas obras literarias que inspira en su país, entre las que se cuentan la *Ode on Suicide* (1771), de Thomas Warton*, o *Suicide: A Poem* (1798), de Mary Dawes Blackett, o también *Love and Madness*, de Herbert Croft. John Keats le dedica póstumamente su largo poema narrativo en cuatro cantos *Endymion* (1818), cuyo protagonista, figura mitológica del bello durmiente del bosque, bien se puede confundir con la de la joven víctima real. Varios son los artistas que ilustran su muerte: el más célebre de los cuadros que inspira es el de Henry Wallis *La muerte de Chatterton*, óleo sobre lienzo de 1856, y el más truculento e involuntariamente caricaturesco, el dibujo a tinta de Flaxman *Chatterton tomando la copa de veneno de manos del espíritu de la desesperación* (1775). La efigie de Chatterton, según testimonio de Jaime Concha, presidía el escritorio de Pablo Neruda en Santiago de Chile durante su período más juvenil y romántico.

Chatterton, Thomas. Protagonista del drama en tres actos y en prosa *Chatterton* (1835), del escritor francés Alfred de Vigny (1797-1863). La obra se inspira libremente en la vida del poeta romántico inglés del mismo nombre (1752-1770), quien efectivamente se dio muerte a los 17 años. Joven poeta, víctima a un tiempo de la miseria, la incomprensión de la crítica y los fatales equívocos con su amada Kitty, el héroe de la obra teatral se suicida a los 17 años envenenándose después de haber quemado sus manuscritos. Para su autor y el público de su época representa el arquetipo del poeta romántico, víctima de la incomprensión y el rechazo de la sociedad burguesa. Toda la obra de Vigny se caracteriza por un profundo pesimismo, y la figura del artista paria de la sociedad representa uno de sus temas cen-

trales. La "enfermedad de Chatterton", como la de Werther* en la vecina Alemania, se apodera como una epidemia de los adolescentes contemporáneos. Con anterioridad a este drama, Vigny había tratado ya la figura del poeta inglés al incluirlo, junto a André Chénier y Nicolas Gilbert*, en el trío de jóvenes poetas víctimas de muerte trágica y precoz de su libro, *Stello* (1832). Ese conflicto entre poeta y sociedad es lo que, bajo el nombre de "efecto Chatterton", destaca Sartre* en el espíritu del Flaubert* adolescente.

CHAUFOUR VERHEYEN, Christine (1950-1999). Acusada por un funámbulo, Philippe Petit, de plagiar sus escritos autobiográficos en su novela *Los equilibristas*, y condenada por la justicia francesa a retirar su libro de la venta, la escritora se suicida. Antes, envía al artista circense una carta que termina con estas palabras: "Usted ha engrasado la cuerda floja por la que yo caminaba torpemente, provocando así mi caída. ¿Se siente usted feliz, engrandecido?" La protagonista de la novela, que se llama como su autora, Christine, también se suicida, y durante el mes de junio, como ella. Fuera del asunto del plagio, la escritora había intentado suicidarse dos veces ya en su juventud. En el resto de su obra, *William Styron, le septième jour* o *Rive dangereuse*, la muerte voluntaria, estudiada en todos sus detalles a partir de informes de hospitales psiquiátricos o de comisarías, ocupa un lugar importante.

CHAVAL, seudónimo de Yvan Le Louarn (Burdeos, 1915-París, 1968). "Si mis dibujos son mejores que otros —explica con toda modestia este dibujante y humorista francés— es porque van hasta el fondo y yo con ellos, y con ellos me destruyo". Como no hizo otra cosa en la vida que dibujar, así acabó. Sus dibujos, de un pesimismo y de un humor negro crónicos, se publican en *Paris Match, Le Figaro* y *Le Nouvel Observateur*, y fuera de su país, en *Punch* o *Lilliput*. Sus personajes, anodinos, narigones y miopes, a menudo totalmente inexpresivos y jamás sonrientes, nunca dicen nada. El autor les pone un pie, a menudo en gerundio, que describe sus acciones u omisiones: "Eva siguiendo al primero que pasa", "Papas asombrados ante un rascacielos", "Caracol adelantando en una curva", etc. Su pesimismo se acentúa en su álbum *Los pájaros son unos imbéciles* (*Les oiseaux sont des cons*) y en su texto *Viva la muerte*. Después de pasar mucho tiempo encerrado en su buhardilla poniendo a todo volumen *La internacional*, o disparando al techo con una pistola, vuelve el arma contra sí. En su infancia le toca asistir al suicidio de su tío favorito, un pintor bohemio que se arroja al metro después de decirle: "Mira para otro lado". Muchos dibujos suyos representan suicidios.

CHÉJOV, Antón (Taganrog, 1860-Badenweiler, 1904). En 1887 estrena en Moscú su primera obra tetral, *Ivánov*. Un disparo de revólver con el que pone fin a su vida el protagonista desbarata la boda que va a celebrarse y precipita la caída del telón. Aunque Ivánov inaugure una larga galería de intelectuales depresivos en el teatro de su autor, también es el característico personaje finisecular, pesimista e inadaptado, que puebla los dramas de Ibsen o las novelas de Baroja*, y al que nada, ni el amor abnegado de una jovencita, pue-

de curar de su neurastenia. Otro tanto ocurre con la obra siguiente, *La gaviota*, estrenada en 1896, en la que el joven escritor Tréplev, celoso de los amantes de su madre y autor insatisfecho, también pone fin a la representación disparándose un tiro entre bastidores. No se suicida el tío Vania, protagonista de la comedia homónima (1897), pero no es por falta de ganas. Desde el comienzo del primer acto, apenas alguien se atreve a afirmar que hace buen tiempo, le replica cortante: "Un tiempo excelente para ahorcarse"; y cuando en el cuarto acto ha intentado sin éxito asesinar a su detestado cuñado, todos temen que quiera suicidarse y no saben qué hacer para impedírselo: unos le esconden la pistola, otros le quitan la morfina que ha logrado sustraer. Cuenta Ricardo Piglia* en *Formas breves* (Anagrama, 2000) que Chéjov registra la siguiente y paradójica anécdota en uno de sus cuadernos de notas: "Un hombre, en Montecarlo, va al Casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida".

CHESTERTON, Gilbert Keith (Londres, 1874-Beaconsfield, 1936). La mejor descripción de este polifacético autor la hace él mismo cuando, en su *Introducción a la literatura inglesa*, escribe: "Tras sus palabras chistosas se ocultaban profundos conocimientos. Era famosa su corpulencia, acerca de la cual se cuenta que un día cedió su asiento en el autobús a tres damas. Chesterton, el escritor más popular de su tiempo, es una de las figuras más simpáticas de la literatura".

Una de las facetas menos conocidas de la obra de este jovial gigantón, creador del inmortal detective católico padre Brown, es su poesía. Poco a poco van saliendo en sucesivas ediciones los muchos versos que ha dejado escritos y que, ¿cómo no?, contienen páginas de excelente humor. En España, una reciente selección de José Antonio Hernández García reúne las traducciones hechas por seis poetas actuales (2003). En ella se encuentra la "Balada del suicidio" ("A ballade of suicide"), en la que el poeta se dispone a tirar del nudo corredizo. Pero hay tantas ocupaciones, quedan tantas cosas por hacer, platos por probar, asuntos por resolver y, además, aún no ha leído a Juvenal... que al final de cada estrofa pospone la decisión con el estribillo: "...After all / I think I will not hang myself today" ("...Después de todo / creo que hoy no me voy a ahorcar").

CHEUNG, Leslie (Hong Kong, 1957-2003). William Holden tuvo un hijo chino que, aunque empezó estudiando en Inglaterra para ser peluquero y estilista, llegó a ser un gran actor cinematográfico como su padre. De regreso de Londres a su país, inicia una carrera fulgurante en la canción, que lo convierte en una estrella popularísima del *cantopop*, versión local de la música pop. Paralelamente, debuta en el cine a los 21 años y enseguida despega gracias a la dirección de John Woo. Trabaja con los mejores cineastas de su país, como Wong Kar-wai, siendo su mejor papel el de *Adiós, mi concubina*, dirigida por Chen Kaige (1992). El 1 de abril de 2003, a los 46 años, se arroja desde una ventana del piso 24 del hotel Mandarín de Hong Kong, sin duda por problemas con su compañero sentimental.

CHIBÁS, Eduardo (Santiago de Cuba, 1907-La Habana, 1951). Pionero en el

uso de la radio para fines políticos, y mucho más en el de difundir a través de las ondas y en directo su propia muerte. Líder estudiantil cubano en lucha contra el dictador Machado, denuncia incansablemente, a la caída de éste, la corrupción de los sucesivos gobiernos. Su emisión dominical le granjea tal popularidad que su candidatura a las elecciones presidenciales de junio de 1952 por el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo) le hace aparecer como favorito. Sin embargo, el 5 de agosto de 1951, al término de su programa, víctima de una grave depresión y una campaña de difamación, se dispara un balazo en el vientre, del que muere varios días después. Fidel Castro, entrevistado por Ignacio Ramonet (*Fidel Castro, Biografía a dos voces*), atribuye su muerte al hecho de no haber podido aportar pruebas de la acusación de corrupción formulada contra el ministro de Educación de la época.

China. El suicidio en China está estrechamente relacionado con las doctrinas de Confucio y tiene, desde tiempos muy antiguos hasta ahora, una particular incidencia entre las mujeres. De hecho, China es actualmente el único país del mundo en que las mujeres se suicidan más que los hombres. La virtud de la fidelidad y el honor de la familia exigían a las mujeres su muerte, en casos de viudedad o violación. El suicidio ha sido también, como en la India*, un arma arcaica de protesta contra el poder abusivo de las suegras o una respuesta al desprecio ancestral hacia su sexo. Parece, incluso, que la práctica del haraquiri* japonés fue importada de China, donde las mujeres se abrían el vientre para demostrar su inocencia y virtud. Asimismo, se supone que, al igual que en Japón*, se practicó también en China un tipo de suicidio ritualizado entre amantes, en particular en la etnia naxi. El rechazo a la exteriorización de las emociones, la discreción, el autocontrol y cierto estoicismo, junto a la ausencia de cualquier tabú* social o religioso, contribuyen a valorar esta forma de "protesta silenciosa".

A lo largo de su historia, se han producido casos de suicidio colectivo* tanto de tipo obsidional como sectario. Cuentan las crónicas que, en tiempos del emperador Chi Koang-Ti, 500 filósofos se arrojaron en tropel a las aguas del mar por no sobrevivir a la quema de sus libros. En la actualidad*, por razones de tipo económico-social, debido a las profundas y rápidas transformaciones por las que atraviesa el país desde 1978, y un acelerado desarrollo, los índices de suicidio aumentan de forma llamativa. En 2005, el suicidio representa la primera causa de mortalidad entre los jóvenes de 20 a 35 años y la quinta del total de la población. Cada año se dan muerte más de un cuarto de millón de personas —cerca de 300.000, según algunas estadísticas—, es decir, unas 685 al día: una cada dos minutos. De este total, más de 150.000 son mujeres, lo que significa que el 56% de las que se suicidan en el mundo son chinas. En este sentido, China constituye una auténtica rareza, ya que en todos los demás países del mundo son los hombres quienes encabezan las estadísticas. Las cifras son sobrecogedoras, pero no hay que olvidar que se trata de un país con 1.260 millones de habitantes. Aun así, la situación es tan grave que las autoridades, con la rapidez que les caracteriza, han preparado un Plan Nacional de Prevención* del Suicidio, que cuenta con la colaboración de la OMS y

que entró en funcionamiento en 2007. Las causas de que tantas mujeres se den muerte parecen obedecer en parte a las reglas estrictas aún vigentes sobre control de natalidad, con la práctica del infanticidio y el aborto selectivos.

Chittaurgarh. Fortaleza situada en el estado hindú de Rajput, construida en el siglo VII sobre una colina escarpada. En la Edad Media fue objeto de sucesivos asedios por parte de los sultanes musulmanes de Delhi. En varios ocasiones, y a partir de comienzos del siglo XIV, sus defensores, antes de caer prisioneros del enemigo, optan por el suicidio colectivo*. Las mujeres y los niños se arrojan a las llamas de una gran pira, mientras que los combatientes, dispuestos a morir, revisten sus túnicas de color azafrán en signo de aceptación del sacrificio.

CHUBBUCK, Christine. (Hudson, 1944-Sarasota, 1970). Protagonista de uno de los suicidios más espectaculares, no por su originalidad sino por la difusión de su imagen. Durante el programa matinal de noticias *Suncoast Digest* de la televisión local de Sarasota, Florida, el 15 de julio de 1970, a las 9,38, tras leer dos o tres páginas de actualidad y anunciar a los espectadores que van a asistir a un suicidio en directo, la presentadora saca del bolso un revólver del calibre 38 y, aplicándoselo a la sien, se vuela los sesos ante las cámaras. Muere 14 horas más tarde en el hospital, y pasa por ser la primera persona en la historia en haberse dado muerte ante los telespectadores.

Cianuro. Sustancia química letal en forma de gas o cristales, resultante de la combinación del cianógeno con un radical simple o compuesto. Como gas y con el nobre de Zyklon B, lo usaron los nazis contra los judíos* en sus cámaras de exterminio. En forma de cápsulas es el medio más utilizado para darse muerte por toda la cúspide nazi y sus allegados, aunque varios de los dirigentes del Reich, empezando por el propio Hitler*, no contentos con servirse de tan fulminante remedio, lo combinan con el disparo de pistola en la sien o el paladar. El uso de este medio se rodea de todo un fúnebre ceremonial en la función que Albert Speer organiza en Berlín el 12 de abril de 1945. Los espectadores que asisten al concierto de la Filarmónica, en el que se interpreta el último acto del *Crepúsculo de los dioses* de Wagner, se ven obsequiados a la salida con cápsulas de este veneno ofrecidas en cestillos por niños de las Juventudes Hitlerianas.

Horacio Quiroga* y, después de él, sus dos hijos, se sirven de este veneno. También lo usa Leopoldo Lugones*. La fórmula más poética, teñida —es de imaginar— de cierto humor melancólico, es la empleada por Alan Turing*, quien, inspirándose en Blancanieves, muerde una manzana previamente envenenada con esta sustancia. Con cianuro de potasio disuelto en agua, y aspirado por una pajita, se da muerte el 12 de enero de 1998 Ramón Sampedro*, tras un largo combate en favor de la legalización en España de la eutanasia o el suicidio asistido*.

Dentro del escaso grado de fiablidad que presentan todos los métodos* suicidas, el uso de venenos fulminantes podría ser la excepción. Pero tampoco el cianuro está libre de sorpresas. "Nos rodeó la policía —cuenta a *El País* un combatiente

del pueblo iraní en agosto de 2005—. Como mi arma se encasquilló, mordí la cápsula de cianuro, pero el veneno debía de estar caducado porque no pasó nada".

No es la primera vez que esto ocurre. La mañana del 28 de junio de 1914, dos de los conjurados serbios dispuestos en las calles de Sarajevo para acabar con la vida del archiduque de Austria pasan por esta misma amarga experiencia. El primero de ellos es Nedeljko Cabrinovic, quien falla en su intento, apostado en el puente Cumburja de aquella ciudad, al lanzar una granada que rebota contra el vehículo y hiere a una docena de espectadores y a varios oficiales del séquito. Al verse rodeado, recurre a su cápsula, pero el veneno, adulterado, sólo le hace vomitar, lo que permite su inmediata detención. El segundo es Gavrilo Princip, quien asesina con su pistola al archiduque y su esposa, y que igualmente intenta suicidarse con cianuro sin lograr mejores resultados que su compañero y siendo también detenido.

Cibersuicidio. Término que designa no sólo los actos suicidas cada vez más frecuentes cometidos mediante información obtenida en Internet (como los pactos suicidas* de Japón* u otros países), sino también la misma influencia que los sitios y webs especializados ejercen sobre los eventuales candidatos. De hecho, son muy numerosos los datos que los navegantes de la Red pueden encontrar al respecto. Abundan los anuncios, recetas, consejos, descripciones de métodos con evaluación de su eficacia, ventajas e inconvenientes, además de chistes y chats para aficionados al tema.

El blog, modalidad informática y nada íntima del diario personal y moda que se extiende con extrema rapidez, puede ser también el soporte sobre el que hallan su expresión y su desahogo las ideas de suicidio. Este fenómeno cobra gran importancia, por ejemplo, entre los adolescentes franceses, con preferencia entre las muchachas. Las jóvenes recurren más a lo que de narcisismo* tiene el pacto suicida*, mientras que los muchachos prefieren hacerlo en solitario, con menos publicidad. Por lo que respecta a España, en marzo de 2005 salta a la prensa la noticia de dos reporteras del canal Telecinco que, ocultas en un foro de Internet, impiden que tres firmantes de un pacto, dos madrileños y un asturiano, se den muerte con monóxido de carbono* en una casa rural de un pueblo de Zamora. Lo más instructivo del caso es tal vez el perfil de los candidatos a este tipo de suicidio concertado: gente equilibrada, profesionalmente bien situada y sin ninguna influencia religiosa, sectaria o satanista.

En julio de 2005 toda la prensa italiana se hace eco del cibersuicidio más anunciado y popular, el del joven Ciro Eugenio Milani, que se da muerte mediante el salto al vacío* en la localidad de Paderno D'Adda. Con gran antelación, este muchacho italiano abre una página web, "Antes de irme" (*Prima di partire*), en la que comenta a través de un blog todos los detalles de su plan, pide consejos a sus interlocutores, les cuenta sus razones y preparativos hasta que, en la fecha anunciada, cumple su palabra y se quita la vida. Su chat se convierte en uno de los más concurridos de Italia, y a través de él puede enviar no sólo su mensaje* de despedida a todos sus amigos anónimos sino que, aun después de su muerte, sigue enviándoles textos programados de antemano.

Cicuta. "Planta herbácea, umbelífera, cuyo zumo cocido hasta la consistencia de miel es venenoso" (Julio Casares). Su veneno es utilizado en la Antigüedad*, en particular en Grecia, como medio de suicidio autorizado o prescrito por los jueces, del que usaron, entre otros, Demóstenes* y Sócrates*. También lo usa en Roma, por ejemplo, Séneca*.

Cimbria. Región de la Antigüedad correspondiente más o menos al actual *land* alemán de Schleswig-Holstein. Los cimbros o cimbrios, tribus guerreras de esta región, asociados a los teutones, invaden el Imperio romano por el occidente, ocupando territorios de Hispania y Galia. Mario sale a su encuentro en el valle del Po y los derrota cerca de Vercellæ en 101. Las mujeres de esta nación, temiendo caer prisioneras estrangulan a sus hijos y luego se ahorcan en gesta digna de Numancia*. Es un suicidio colectivo* que, con aspecto de matanza de los inocentes, es representado por una iconografía tardía. Los grabados renacentistas, que las visten con sayas, corpiños y cofias de la época, resaltan lo femenino y vil de su conducta y destacan el infamante instrumento de su suplicio, la soga, el mismo usado por la parricida Medea*.

Cine. Prueba del interés que el tema del suicidio despierta entre guionistas y realizadores del mundo entero son las 939 películas con muerte voluntaria en el argumento que ha logrado reunir el autor de una web (*www.imdb.com*). Junto a esta lista, no sabemos si exhaustiva, figuran otras con la palabra "suicidio" en el título, etc. En nuestras páginas, el lector encontrará las siguientes entradas con títulos de películas: *Agua, Alemania, pálida madre, Alma en la sombra, Amanece que no es poco, El amor de María Bonde, El apartamento, La ardilla roja, Belle époque, Boudu salvado de las aguas, Celebración, Con amor, Liza, Deseo, De miedo también se muere, El escondite, Éxtasis, Fedora, Fresa y chocolate, Giulietta de los espíritus, Gotas de agua sobre piedras ardientes, El gran azul, Ha nacido una estrella, Haraquiri, Harold y Maude, La hora final, El hundimiento, El inocente, Jo, qué noche, Llamada para el muerto, Los límites del silencio, Madame Butterfly, El matrimonio de María Braun, La mejor juventud, Memorias de Antonia, Million dollar baby, Muerte al amor, Pierrot el loco, El político, Punto límite: cero, Reuben, Reuben, Siete mujeres, Solaris, Soñadores, Suicide Club, Su propia víctima, Tempestad sobre Washington, Thelma y Louise, El tren de los suicidas, Las vírgenes suicidas, Viridiana, ¡Viva la muerte!*, además de todas aquellas que se esconden tras los nombres de actores o cineastas...

CIORAN, Émil (Rasinari, 1911-París, 1995). Como el proverbial capitán Araya, que embarca a la tropa y se queda en la playa, este pensador francés, hijo de pope, fascista en su juventud rumana y pesimista sistemático en su madurez, profesa el nihilismo y la desesperación sin mayores consecuencias. J. J. Armas Marcelo dice de él: "Destructor de tópicos y fabricante de sueños inéditos y llenos de insólita verbalidad, dio toda su vida clases intensivas de suicidio, en todas sus variantes, hasta convertirlo en una verdadera obra de arte. Muchos de sus alumnos más aplicados siguieron al pie de la letra las instrucciones". Él, por su parte, habiendo exorcizado, sin duda, cualquier tentación

con tanta palabrería, muere de viejo. Aunque no se refiere a Cioran sino a Baudelaire, se le podría aplicar también el cuento de lo que dice Sartre sobre la obsesión del suicidio, que, cultivada a menudo por poetas y escritores, protege de la muerte. Entre los aforismos paradójicos de Cioran en torno al suicidio citemos: "Suicidarse es lo propio de un optimista"; "sin la idea de suicidio, hace mucho que me habría suicidado"; "siempre se suicida uno demasiado tarde"; "¿hay mayor riqueza que el suicidio que uno lleva dentro?" Entre sus títulos más representativos: *Manual de descomposición, Silogismos de la amargura* o *Del inconveniente de haber nacido*. Incurre en silencio* total desde 1988, a raíz, según cuentan algunos, de su decisión de dejar de fumar.

Clasismo. El clasismo inherente a la valoración de la muerte voluntaria se observa ya en la Antigüedad clásica*, admitiendo para los ricos lo que se reprueba entre los pobres, y constituye de hecho una constante histórica. Como muy bien resume R. M. Brown en su estudio (2002), "lo que evidentemente persiste a lo largo de la historia del suicidio es que las muertes por suicidio de los pobres siempre se consideraban deplorables y se censuraba el suicidio común". Durkheim* es víctima de un prejuicio opuesto, impensable en un sociólogo y a la postre igual de erróneo. Progresista como es, cree que la moral también se ha vuelto democrática y que cuando él condena* el suicidio refleja la opinión de la mayoría, sin distinción de clases sociales. Albert Bayet disipa este espejismo en la rigurosa encuesta sociológica que realiza en 1922, *El suicidio y la moral* (*Le suicide et la morale*). De ella se deduce que lo que horroriza en los pobres se admite sin mayor dificultad en las clases acomodadas. Ampliando el campo, se observa siempre la misma constante y lo dicho aquí se podría aplicar a la valoración moral, estética, etc. en otros dominios, como el sexo, el erotismo y la pornografía, según el filósofo francés Ruwen Ogien en *Pensar la pornografía* (Paidós, 2005).

CLAVIÈRE, Étienne (Ginebra, 1735-París, 1793). De Suiza parte este banquero en 1782 para establecerse en París, donde realiza una brillante y, a la postre, funesta carrera política. Es elegido diputado en la Asamblea Legislativa, nombrado ministro de Finanzas en el Gobierno girondino de 1792 y acusado, junto con los otros girondinos, por sus enemigos jacobinos en 1793. Juzgado y condenado a la guillotina, se suicida en su celda de la cárcel para escapar a la ejecución.

CLEÓMENES III. En el año 235 a. C., sube al trono de Esparta para restablecer las antiguas leyes de Licurgo* y la austeridad que dio grandeza a su pueblo. Rey batallador y conquistador de no pocos territorios vecinos, logra restablecer la hegemonía espartana sobre el Peloponeso. Derrotado por una liga encabezada por los macedonios, se refugia en Egipto en la corte de los Tolomeos. Encarcelado por haber intentado sublevar al pueblo de Alejandría, se da muerte en su celda.

CLEOPATRA (Alejandría, 69-30 a. C.). Desde el año 51 hasta su muerte reina sobre Egipto, primero en nombre de sus hermanos-esposos y luego de sus hijos, la última representante de la dinastía grecoegipcia de los Tolomeos, con la que Egip-

to perderá su independencia (Cleopatra VII). Tras tener el último de sus hijos con César, Tolomeo XVI, también llamado Cesarión, se instala en Roma y de allí regresa a Egipto, frustrada en sus sueños ambiciosos tras el asesinato de su amante. De nuevo en Alejandría, en la pugna por el poder entre Octavio y Marco Antonio* apuesta por éste, lo seduce y se casa con él. Así espera reanudar su proyecto de dinastía romano-egipcia, pero la derrota naval de Accio frente a Octavio (31 a. C.) pone fin a sus sueños de supremacía egipcia en el Mediterráneo. Marco Antonio se suicida y, al no lograr apiadar a Octavio, también ella se da muerte mediante la mordedura de un áspid.

Con dos áspides, uno aplicada al seno y otro al brazo, lo hace en la tragedia de Shakespeare* *Antonio y Cleopatra*. Al igual que Lucrecia*, su suicidio inspira a mucho pintores como Veronés, Guido Reni o Guercino en la época barroca; pero gracias a la moda orientalista del siglo XIX, la reina y su áspid, figura en la que confluyen Eva, Gorgona y Salambó, se vuelve un tema recurrente de morbosa voluptuosidad. Los prerrafaelitas ingleses, Gustave Moreau, Jean-André Rixens y otros muchos se entregan a la más impune necrofilia*. Del áspid dirá Gustave Flaubert* en su *Diccionario de lugares comunes*: "Animal conocido por el cesto de higos de Cleopatra". Junto a la picadura de serpiente, otra versión más tardía y más sofisticada propone como causa de su muerte la absorción de una o varias perlas desleídas en su copa, lo que resulta tan refinado como un desayuno con diamantes.

Entre las muchas actrices que la han encarnado en el cine, además de la inolvidable Elizabeth Taylor (1963), citemos a la precursora Theda Bara (1917) y a la más reciente Monica Bellucci (2001). Si contemporáneos y sucesores vituperan su ambición y su lujuria, nadie critica, en cambio, su suicidio.

Clicie. Suicida a fuego* lento, la hija de Océano y Tetis, llamada también Clite o Clitia, se propone morir de inanición* y abrasada por los rayos del sol en inmóvil adoración a su infiel enamorado. El divino Apolo ha amado a esta ninfa, pero pronto se encapricha con su hermana Leucótoe. Desesperada, se tiende en el suelo con la vista fija en el Sol hasta que, compadecido Apolo, interviene a tiempo y la convierte en la flor del heliotropo o girasol. Así lo cuenta Ovidio* en sus *Metamorfosis* (IV, 206-270).

Es una imagen muy socorrida para los poetas del Siglo de Oro español cuando quieren expresar la más rendida adoración, y así, por ejemplo, en el segundo terceto del soneto 16 de Lope de Vega titulado "De Endimión y Clicie", ésta se lamenta en estos términos: "¿Por qué lloras, / pues amas a la Luna, que te enfría? / ¡Ay de quien ama al Sol, que sólo abrasa!" El teatro de la época hace un gran uso de ella. En la comedia de Francisco de Rojas *Entre bobos anda el juego*, don Pedro se queja ante su amada Isabel de la asiduidad de otro pretendiente, aludiendo también a esta abrasada adoradora: "¿No es la flor Clicie don Luis / que, constante a los peligros, está acechando los rayos / de vuestro Oriente vecino?" Calderón de la Barca la saca a escena en su *Apolo y Climene* (1662). También la poeta mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, en *Los empeños de una casa*, alude a esta ninfa desgraciada,

cuando hace que su personaje Juan diga: "Si obediente a tus preceptos, / de tus rayos salamandra, / girasol de tu semblante, / Clicie de tus luces claras..."

Club de los suicidas, El. El novelista británico Robert Louis Stevenson (1850-1894) compuso este relato, que luego incluyó en su libro de 1882 *The New Arabian Nights*, cuya primera traducción en español se llamó *Las nuevas mil y una noches* y hoy se titula *Las nuevas noches árabes*. Los miembros de este club londinense, al que pagan una cuota de 40 libras, se comprometen por su honor a poner fin a sus vidas cuando la suerte los designe en los sorteos regulares que allí se celebran. Un detective aficionado, el príncipe Florizel de Bohemia, de shakespeariano nombre, acompañado —como Sherlock Holmes de su Watson— de su fiel escudero, el coronel Geraldine, se lanza a investigar el asunto. El suicidio parece ser la última salida, el único lujo que les queda a los desesperados de toda laña, y el club se encarga de facilitar este servicio, "una especie de escalera de incendios [...], una puerta secreta hacia la muerte" para quienes carecen del valor o la resolución necesarias. Con lo que este club muestra ser un adelantado en la práctica del suicidio asistido *, o más bien, como afirma el príncipe, un "comercio del asesinato al por mayor, con lucro e impunidad". Por esto, el caballeroso Florizel terminará matando en duelo a su presidente y desbaratando su próspero negocio criminal. Un antecedente de este club lo constituye, en la prensa londinense de 1839, la sátira contra el suicidio publicada por la *Bentley's Miscellany* del anuncio de una nueva compañía de seguros, The London Suicide Company, que propone a sus clientes toda clase de facilidades para llevar a cabo su propósito.

COBAIN, Kurt (Aberdeen, 1967-Seattle, 1994). Asociado para siempre al nombre del grupo que funda en 1986, Nirvana, del que es solista, se convierte en ídolo de toda una generación a partir de su segundo disco, *Nevermind* (1991). Forma pareja con la también cantante punk y hoy actriz de cine Courtney Love, con la que se casa en Hawai. El 8 de abril de 1994, en Seattle, se dispara un balazo en la cabeza, convirtiéndose definitivamente entre sus fans adolescentes en modelo de la autodestrucción. En 2004, su viuda vende, por la suma de cuatro millones de dólares, los derechos de publicación del diario íntimo del cantante difunto, que se revela como un auténtico tratado de desesperación *grunge*. Los dolores de úlcera de estómago se codean en cada página con el consumo elevadísimo de heroína* y otras drogas, así como con declaraciones contradictorias, incluso sobre el uso que debe darse a las páginas que escribe, y con visiones delirantes de bebés mutilados y otras pesadillas.

Cocaína. Alcaloide derivado de las hojas de la coca (*Erythroxylum coca*), arbusto que se cultiva en países de América del Sur como Bolivia, Perú y Colombia, y que consumen los indígenas desde tiempo inmemorial por sus propiedades estimulantes, anestésicas y anorexígenas (que calman el hambre). El alcaloide es aislado en 1860 por el alemán Albert Niemann y desde entonces se ha usado en farmacia, convirtiéndose en las décadas de 1980 y 1990 en la droga de moda por la euforia y exci-

tación que produce. Su consumo se hace habitualmente por aspiración nasal, pero también hay quien la mastica o se la inyecta por vía endovenosa. Su derivado el *crack*, mucho menos costoso, se fuma. No es muy frecuente el suicidio por sobredosis, pero las psicopatologías observadas en los adictos —paranoia, depresión, etc.— predisponen al suicidio. De hecho, entre los adictos a esta droga, como entre los consumidores de heroína*, se da un índice más elevado de suicidios que en el resto de la población. Curiosamente, estudios estadísticos recientes revelan que el porcentaje de suicidios es el doble entre las mujeres adictas a estas drogas que entre los hombres. Usan esta sustancia para darse muerte los actores norteamericanos John Belushi* y Chris Farley* y el campeón ciclista italiano Pantani*.

COCTEAU, Jean (Maisons-Laffitte, 1889-Milly-la-Forêt, 1963). El 5 de abril de 1898, cuando sólo tiene nueve años, su padre, Georges, se dispara un tiro en la sien en su domicilio de París. Como dice un biógrafo del hombre-orquesta de la vanguardia francesa: "La sangre va a salpicar bruscamente aquel paraíso infantil". Escribe una *Antígona** que se estrena en 1922, con Antonin Artaud* en el papel de Tiresias y el propio autor en el de Corifeo, con decorados de Picasso. Su versión es de una rigurosa fidelidad al modelo sofocleo y contiene los tres suicidios: de la protagonista, de Hemón y de Eurídice. De esta obra extrae el libreto sobre el que Arthur Honegger compone su ópera homónima en 1927. En 1930, su dios tutelar, el vizconde Charles de Noailles, se le aparece con un millón de francos en la mano para que realice la película que quiera. De ahí sale el experimento *Le sang d'un poète*, su primera película, ya sonora, que resulta un concentrado de todas las obsesiones de su autor, un desfile de su mitología íntima. "Sin darme cuenta, me he hecho mi propio autorretrato", dirá Cocteau al terminar su obra. Las estatuas cobran vida, los espejos dejan paso y se convierten en caminos de ida y vuelta, el opio* envuelve la atmósfera e impone su "velocidad lenta" que "imita la de la poesía", las manos hablan y el poeta órfico y narcisista se suicida dos veces, dejando que la obra triunfe sobre su autor.

CODRO (¿1160-1095 a. C.?). Con él se extingue la más o menos legendaria monarquía ateniense, sustituida por la oligarquía o gobierno de los arcontes. Cuando los dorios invadieron el Ática, el oráculo de Delfos predijo que el bando cuyo rey muriese primero sería victorioso. Sabedor de ello, el ateniense se disfraza de mendigo o leñador y así vestido se adentra en las líneas enemigas. Cuando los dorios a los que ataca le dan muerte y descubren su identidad, se retiran y hacen que se cumpla la predicción. De su ejemplar conducta se hacen eco, proponiéndolo como modelo de príncipe antimaquiavélico, Erasmo en su *Enquiridion* y, entre los discípulos de éste, Alfonso de Valdés en su *Diálogo de Mercurio y Carón*.

COHEN, Albert (Corfú, 1895-Ginebra, 1985). En medio de la agitación estudiantil de 1968, la editorial Gallimard publica una inmensa novela de 106 capítulos y más de 800 páginas, *Bella del Señor* (*Belle du Seigneur*), que, a contrapelo de todas las modas y tendencias del momento, obtiene con su historia de pasión ro-

mántica las más preciadas recompensas, deja a la crítica sin voz y encuentra un éxito entre los lectores que se mantiene sin interrupción hasta hoy. La pareja protagonista, prisionera de su idilio devorador, se consume en un fuego que sólo puede desembocar en la muerte. Estos "pobres condenados al paraíso", aislados en su nido de amor como "fareros", llevan a cabo una de las ceremonias suicidas en pareja* más parsimoniosa y dilatada. Páginas y páginas de despedida amorosa vienen puntuadas por el insistente estribillo de "aspiró del frasco de éter y sonrió", aplicado a ambos amantes. Cuando el éter ya no produce más efecto, es ella quien disuelve toda una caja de barbitúricos en dos vasos con idéntica dosis y, tras tender uno a su amante, bebe el suyo de un trago. Los cadáveres quedan, como es debido, trenzados en el lecho nupcial.

COMENDADOR, Luis Felipe (Béjar, 1957). El activista cultural bejarano dedica buena parte de su producción al tema del suicidio. Ha escrito dos libros de poesía con tema y título suicidas: *Un suicidio menor* (1996) y *Paraísos del suicida* (2001). En este último, dedica composiciones a poetas suicidas no muy conocidos, como Caroline von Günderode*, Tor Jonsson* o Jens Bjørneboe*. También ha escrito artículos como "Esenin* y Mayakovski* diseñan sus suicidios" u otros que tratan de Cesare Pavese*, de "poetas suicidas" o de "suicidios". Su artículo "Del suicida" contiene una apología* en toda regla de esta decisión: "El suicidio es, al cabo, un acto de libertad individual que siempre he respetado. También creo que la muerte decidida y ejecutada es un acto vital que afirma la obra y que engalana y corona un buen curriculum, y discuto con quien quiera que jamás el suicidio es un acto de cobardía".

COMPTON-BURNETT, Ivy (Pinner, 1884-Londres, 1969). Como en otras muchas de sus novelas, dedicadas al análisis de los conflictos de la sociedad inglesa eduardiana, *Hombres y mujeres* (*Men and Wives*, 1937) presenta a un jefe de familia tiránico que impone su autoridad sobre su entorno. En este caso, la déspota es la madre, Lady Haslam, quien, más por chantaje que por desesperación, intenta suicidarse sin éxito. Para alivio de sus allegados, se retira a una casa de salud, lo que hace que la alegría reine por fin en su antiguo hogar, de modo que cuando se le ocurre regresar a su casa, su hijo Matthew la asesina, y con este final feliz se acaba la novela.

Con amor, Liza. Película norteamericana (*Love, Liza*, 2002), ópera prima del hasta entonces actor secundario Todd Louis. La esposa del protagonista, interpretado por Philip Seymour Hoffman, acaba de suicidarse dejando una carta; durante toda la película, éste vacila entre abrirla o no. La acción se centra en el proceso de aceptación de los hechos por parte del viudo y en su adaptación a una nueva vida.

Condena. Muchas son las religiones que, como el cristianismo o el islam*, condenan el suicidio; muchos también los filósofos, moralistas o juristas que lo hacen, y numerosas las sociedades que se protegen mediante leyes de lo que consideran un peligro para la colectividad, aún más que para el individuo (véase Justicia*). Sin que llegue a ser objeto de una legislación re-

presiva, la sociedad, incluso actualmente, ve con tan malos ojos esta conducta que a menudo se niega a reconocer los hechos y llega a convertirla en un auténtico tabú*. Cuando no se niegan palmariamente, se recurre a describirlos o relatarlos envueltos en una nube de eufemismos. De todos modos, el clasismo* más flagrante preside a lo largo de la historia la valoración de la muerte voluntaria, y los juicios varían, en este campo como en otros (véase todo lo referente al sexo), según los orígenes sociales del transgresor.

Toda una línea de inapelable condena nace en la Antigüedad clásica* con Platón y Aristóteles, y más adelante con Plotino, en quienes se inspira el cristianismo, cargando aún más las tintas san Pablo*, san Agustín y, ya en la Edad Media, santo Tomás de Aquino. Platón aún admitía tres excepciones —en caso de sentencia*, de enfermedad y de miserable condición—, pero la repulsa es absoluta en Aristóteles. San Agustín, tras relatar en *La ciudad de Dios* (*Civitas Dei*) numerosos casos de suicidio en la Antigüedad, los despacha todos de un plumazo: "Ejemplos no de elogiable fortaleza, sino de vituperable cobardía" (*Non fortitudinis laudandæ, sed pusillanimitatis vituperandæ testimonia*). El mismo ahorcamiento* de Judas* recibe aquí una segunda condena, ya que con su suicidio comete un nuevo pecado que se añade al de la traición deicida. Puede sorprender que sabios pensadores como este santo obispo de Hipona admitan sin vacilar la guerra o la pena capital y se escandalicen, en cambio, de tal modo ante la muerte decidida voluntariamente por sí y para sí. Pero es, sin duda, el ejercicio omnímodo de la libertad —algo que a sus defensores seduce por encima de todo— lo que tanto encrespa los ánimos de estos moralistas cristianos y les lleva, como a los musulmanes, a considerarlo el pecado más grave. La apología del cristianismo que hace san Agustín (354-430) en su citado libro responde a un determinado contexto de crisis, el de la caída de Roma frente a las invasiones bárbaras, catástrofe de la que los demás romanos acusan a los cristianos por haberla facilitado con su "moral de esclavos" (que dirá Nietzsche más tarde).

Por lo que respecta al suicidio, no sólo los estoicos*, diametralmente opuestos a la línea aristotélica, lo ensalzan por preservar la libertad y la dignidad del individuo, sino que también los donatistas, secta o herejía cristiana contra la que se debate también este padre de la Iglesia, son del mismo parecer y lo admiten. El Concilio de Toledo de 693, confirmando las decisiones tomadas en los anteriores concilios de Orleáns (533), Braga (563) y Auxerre (578), condena a la excomunión a toda persona que intente quitarse la vida. En el siglo XIII, Tomás de Aquino basa su condena en tres argumentos: por ser contrario a la naturaleza humana, por ser perjudicial para la sociedad y por arrebatar a Dios lo que es de su exclusiva propiedad. Ésta será la doctrina oficial de la Iglesia católica hasta nuestros días, que, por otra parte, siempre ha distinguido el suicidio del sacrificio* y el martirio*. Haciéndose eco de tan inapelable anatema, Dante*, en su *Divina Comedia*, tras convertir a los suicidas en troncos que picotean las harpías, los priva de la promesa de recobrar su cuerpo el día de la resurrección de la carne. Sólo Catón* se granjea un indulto del poeta florentino y pasa su muerte en el Purgatorio.

Los padres de la Reforma protestante, tanto Lutero como Calvino, se muestran igual de intolerantes con estas prácticas, lo que no les impide enviar a otros "herejes" a la hoguera. Es significativo que la misma invención del vocablo jurídico de "suicidio" en la Inglaterra* del siglo XVII se produzca en un contexto doblemente represivo de su práctica, tanto por parte de la Corona como de la Iglesia protestante; y eso cuando ambas instituciones sacan partido de la muerte voluntaria, ganando adeptos una y confiscando bienes la otra. El suicidio acentúa su doble dimensión sobrenatural y social en sus orígenes legales modernos. En Inglaterra y también en Francia, muchos autores cristianos se rebelan durante este siglo contra la noción de "suicidio heroico" que representan Catón y Lucrecia* desde el Renacimiento. Un predicador inglés, Zachary Pearce, acusa a los romanos de ser "abogados del suicidio", "moda [...] que se ha definido como virtud romana", efecto "de la degeneración y corrupción de nuestra época". En Holanda, un filósofo judío heterodoxo, Spinoza, se opone claramente al suicidio sin recurrir a argumentos morales: "Todo ser vivo trata de perpetuarse en su ser, por lo que no puede querer dejar de ser". Dentro del campo de la más acendrada ortodoxia católica y contrarreformista, Francisco de Quevedo*, que se declara estoico, no duda en condenarlo, aunque para ello deba efectuar las más complicadas contorsiones. En Francia, en el siglo XVII, el austero jansenista Blaise Pascal arremete contra todos los suicidas de la Antigüedad y despotrica contra Montaigne* por su comprensión del fenómeno, pero —¿cómo no?— se emociona ante el sacrificio de los mártires cristianos. Como resume Ramón Andrés: "En lo que sí se pusieron de acuerdo protestantes y católicos es en satanizar el suicidio".

En el siglo XVIII, en que la *Enciclopedia** francesa manifiesta su franca repulsa, un autor inglés, John Herries, es quizá su más virulento enemigo. En un libro de 1774 describe al suicida como "el más depravado de los seres humanos", al que tilda también de "hijo de Satanás", y achaca la práctica de este crimen a la lujuria. En 1790, el estudioso del fenómeno Charles Moore lo considera también efecto de la lujuria. Por esta época, sus principales detractores británicos comienzan a acusar al suicida de afeminamiento, hasta el punto de que lo que para los romanos era virtud heroica se vuelve ahora vicio despreciable y mujeril. Por la misma época, en Alemania, el suicidio sufre la más absoluta repulsa por parte de Emmanuel Kant.

Durkheim*, que erróneamente parte de la idea de que las definiciones normativas son constantes y negativas, es decir, que todo el mundo piensa igual que él, opina que el suicidio ofende la moral y debería ser castigado, lamentando que la actitud de la sociedad ante el suicidio sea demasiado laxista. Los castigos tendrían únicamente un carácter moral, y como las sociedades han renunciado prácticamente a hacerlo, admite que el único medio de prevención es la educación, pero reconoce, como buen sociólogo, que la educación no crea la moral de una sociedad sino que es el reflejo de la misma.

Theodor Herzl*, fundador del sionismo, se subleva contra este despilfarro de energías y, sin duda de acuerdo con muchos políticos y militares, propone el paliativo ideal a tan insanos impulsos: "la

disposición al sacrificio". Pese a tal ofensiva generalizada, el siglo XIX se inclina cada vez más a atribuir la muerte voluntaria a causas médicas, razón por la que las leyes represivas empiezan a dejar de aplicarse. En la época moderna, la Iglesia católica ha dado algunas muestras de mayor tolerancia o no ha resistido a las presiones del poder. Así, en el caso de Larra*, suicida enterrado "en sagrado" por voluntad del Gobierno liberal de entonces; o en época más reciente, en el caso del primer ministro socialista francés Pierre Bérégovoy*, también suicida, cuyo cadáver recibe exequias religiosas en 1993. Para los mal pensados como los enterradores de Hamlet (véase Ofelia*), sépase que esta tolerancia ya se practicaba en Francia, según lo afirman sus representantes, desde 30 años atrás.

Ejemplos de moralistas los hay por todas partes y en todas las edades, e incluso se los encuentra uno donde menos se los espera. Véase así a Sade*, el "divino marqués", quien en su *Filosofía en el tocador* (1795) fustiga el suicidio como el único delito que el Estado debería tener derecho a penalizar; o el caso curiosísimo de un suicida que considera el suicidio como la peor cobardía que puede cometer el hombre. Eso es lo que hace Ernest Hemingway* antes de dispararse un tiro de escopeta en la frente. Véanse también los dicterios de cierta teología marxista de la liberación, que a la par que exalta el heroismo de "testimonio", vitupera la "inmolación inútil, anarquista, contrarrevolucionaria" de un suicidio que no es sino "satisfacción personal y pequeño burguesa". Para completar esta antología de la retórica desmelenada, léase lo que la prolífica escritora Rosa Montero escribe en una de sus columnas de *El País*, titulada "El suicida egoísta", donde vuelve, después de tantos siglos, a condenar a los suicidas por su falta de consideración con el prójimo y a insultarlos despiadadamente, tratándolos de "mezquinos, egoístas, egocéntricos, perversos y brutales".

CONDORCET, Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de (Ribemont, 1743-Bourg-la-Reine, 1794). Junto a su fecunda carrera de matemático y filósofo, desarrolla otra política y de defensa de los derechos humanos, de la mujer y de los esclavos negros. Esta actividad se hace más intensa y radical a raíz de la Revolución de 1789, en la que participa como miembro de la Asamblea y la Convención y publica toda suerte de escritos. Víctima de acusaciones, se ve obligado a ocultarse durante meses en el domicilio de una dama amiga. Al abandonar este refugio, cae preso. Encerrado en su celda, recurre a una preparación a base de opio* que lleva siempre consigo por precaución y muere.

Conducta suicida. Término utilizado en suicidiología* para definir tanto los gestos suicidas como los intentos de suicidio o los suicidios consumados. Se denominan *gestos suicidas* los proyectos de suicidio, planes, anuncios o toda acción poco susceptible de provocar la muerte. *Intentos de suicidio* se llaman las acciones que con intención de darse la muerte no logran su propósito, sea por motivos de impericia, indecisión o fallo técnico por parte del suicidando o por intervención oportuna de otras personas que logran salvar a aquél de la muerte. En este apartado entran las llamadas de auxilio que el paciente lanza a su entorno. El psicólogo britá-

nico Erwin Stengel (véase Bibliografía) es uno de los que más trabaja actualmente sobre este tema con su equipo de investigadores de Londres, tratando en especial de diferenciar la conducta de quienes lo intentan de la de quienes lo llevan a cabo. Por último, los *suicidios consumados* son los que tienen como resultado la muerte. Junto al comportamiento suicida directo hay otro indirecto que coincide con lo que también se denomina suicidio crónico*, el de quienes se dan con exceso al consumo de alcohol*, drogas o alimentos, o conducen vehículos de modo temerario, o practican deportes excesivamente peligrosos, etc.

CONRAD, Joseph (Berdychiv, 1857-Bishopsbourne, 1924). Sólo tiene 20 años, aún es polaco y está lejos de convertirse en el gran novelista inglés, cuando este marino frecuenta, durante su estancia en Marsella, los círculos de conspiradores carlistas en el exilio y allí se enamora de una misteriosa viuda de su misma edad, llamada doña Rita, de quien se rumorea que ha sido la amante del pretendiente a la corona de España don Carlos de Borbón (Carlos VII para los carlistas). Esta doña Rita, influyente dama en los medios legitimistas, parece ser la misma bailarina húngara, Paula Horváth, a la que el príncipe español conoce en Viena en 1877 y que luego presenta por las cortes europeas bajo el falso nombre de baronesa Paula de Somogy. Cuando don Carlos decide romper con ella y casarla con el tenor Ángel de Trabadelo, con quien vivirá feliz en Londres hasta su muerte en 1917, Conrad, según afirma su fiel tío Tadeusz en contra de otras muchas versiones, se dispara un tiro en el pecho pero no logra matarse.

CORNEILLE, Pierre (Ruán, 1609-París, 1684). En una de sus obras dramáticas de juventud, la tragedia *Medea* * (*Médée*, 1635), Jasón se clava su propia espada y se mata. Su dolor no es por haber perdido a sus hijos, como le ocurre a Creonte, sino por la muerte de su amada Creúsa. Este dolido amante forma pareja* escénica mortal con su ya difunta amada: "Creúsa lo ordena: / No le niegues la sangre que reclama [...]. / Vuelve mejor contra ti mismo el brazo / y castígate, Jasón, si no castigas". En su "tragedia cristiana" *Teodora, virgen y mártir* (*Théodore, vierge et martyre*, 1645), Marcela, madre de Flavia, al ver que ésta muere por su culpa, arrepentida y presa de remordimientos, se da la muerte. En su *Edipo* (*Œdipe*, 1659), inspirado directamente en el de Sófocles, Yocasta* se apuñala. Por mandato del cardenal Richelieu, escribe en colaboración una *Comedia de las Tullerías* (*Comédie des Tuileries*, 1638) en la que se cometen dos intentos de suicidio. Uno tras otro, los atolondrados amantes deciden poner fin a su vida para escapar al matrimonio impuesto por sus padres respectivos. Una se arroja a una alberca y es salvada en el último momento; otro desciende, nuevo Daniel, al foso de los leones y, como el héroe bíblico, sale indemne de la prueba. Pero todo se arregla, pues el matrimonio concertado por sus padres era entre ellos mismos.

CORONEL, María (1267-1330). Al ser condenado a muerte su marido, el infante Juan de la Cerda, María acude a pedir clemencia al rey de Castilla, Pedro I el Cruel, pero llega tarde. Se retira entonces al convento sevillano de Santa Clara, según unos, o de Santa Inés, fundado por ella, según otros, y en tan riguroso encie-

rro le asalta la tentación, a la que no pocos autores actuales ponen la figura del rey don Pedro. Nada de esto corresponde a lo que cuentan los autores antiguos. Según el Brocense, que propone dos versiones con dos maridos distintos y los dos vivos pero ausentes, "vínole tan grande tentación de la carne que determinó de morir [...], y metióse un tizón ardiendo por su natura, de que vino a morir". No es de extrañar que tan heroica conducta despierte el entusiasmo entre los admiradores de la época. Leriano, el protagonista suicida de *Cárcel de amor** le dedica sus últimas palabras. Juan de Mena, estos versos:

> Poco más baxo vi otras enteras,
> la muy casta dueña, de manos crueles,
> digna corona de los Coroneles,
> que quiso con fuego vencer sus fogueras.

Los actuales, mucho más pacatos que sus mayores, han borrado la escena de la autocastración* femenina en la rara modalidad de autoincineración*, para sustituirla por un desfigurarse el rostro con aceite hirviendo para alejar horrorizado al tentador. Suele asociársela con Lucrecia y otras castas heroínas y su muerte, ocurrida en el primer decenio del siglo XV, es calificada de "defensa numantina".

CORTÁZAR, Julio (Bruselas, 1914-París, 1984). La proliferación de conejitos blancos acaba con la vida del protagonista del cuento "Carta a una señorita en París" (*Bestiario*, 1951). Él, que vino al "departamento de la calle Suipacha" para descansar, se ve acometido por raros vómitos fecundos. "No es culpa mía si de cuando en cuando vomito un conejito", se lamenta en una carta, mensaje póstumo* dirigido a Andrée. Incapaz de soportar la llegada del undécimo animal, concluye, anunciando su defenestración: "No creo que les sea difícil juntar once conejitos salpicados sobre los adoquines, tal vez ni se fijen en ellos, atareados con el otro cuerpo que conviene llevarse pronto, antes de que pasen los primeros colegiales". En cuanto al ambiguo final de *Rayuela* (1963), con Horacio Oliveira balanceándose en el alféizar de la ventana del manicomio en el que está encerrado, el propio autor ha declarado que, aunque "hay críticos que han dicho al hacer el resumen del libro 'finalmente termina con el suicidio del protagonista', Oliveira no se suicida". A renglón seguido, muy coherentemente con sus teorías del lector cómplice, le deja absoluta libertad para que piense lo que quiera y termine la novela con el desenlace que más le guste.

COSTA, Uriel da (Oporto, 1575-Amsterdam, 1640). De cómo un sacerdote católico de familia de judíos conversos de Portugal puede llegar a ser, emigrando a los Países Bajos en 1612, un hereje judío holandés. En Amsterdam se convierte al judaísmo, cuyo conservadurismo choca con su formación humanista cristiana. Basándose en la Biblia, pone en duda la inmortalidad del alma, lo que le convierte en un heterodoxo en conflicto al mismo tiempo con las autoridades rabínicas de la Sinagoga y con las protestantes de la ciudad. Por su crítica de todas las religiones organizadas, a las que atribuye un carácter de mera superstición, es expulsado de la comunidad hebrea, encarcelado y desterrado, sometido repetidas veces a ceremonias de abjuración y rechazado por to-

dos. En abril de 1640, tras poner fin a su autobiografía, que califica de "un ejemplo de vida humana", pone también fin a su vida. Tanto por sus ideas sobre la redacción de la Torá como sobre las religiones en general, influye en el pensamiento de un triple compatriota suyo, portugués, judío y holandés, Spinoza, quien, sin embargo, se opone claramente a toda idea de suicidio.

COSTA I PUJOL, Carles (Figueras, 1865-1926). Amigo de Salvador Dalí y de Federico García Lorca*, es autor de una teoría de la "putrefacción" moral, anterior a la utilización tan extendida de este término que hacen sus amigos de la Residencia de Estudiantes de Madrid. El retrato que de este escritor y periodista catalán, introductor de Ibsen en España, nos ha dejado al carboncillo, pastel y acuarela Ramón Casas, y que se conserva en el Museo de Arte Moderno de Barcelona, representa a un joven elegante, sonriente y despreocupado, que, sin embargo, el día 6 de agosto de 1926, se ahorca en su ciudad natal.

COSTAFREDA, Alfonso (Tárrega, 1926-Ginebra, 1974). El menos dado a ironías y frivolidades de todos los miembros del grupo de poetas barceloneses al que pertenecen Carlos Barral, José Agustín Goytisolo* o Jaime Gil de Biedma*. Trabaja para la OMS desde 1955, por lo que desde esta fecha reside en Ginebra. Su poesía, único amor y razón de vida, recogida en *Obra completa* (1990), se inicia con el poemario *Nuestra elegía* (1950) y se termina con el libro publicado poco antes de suicidarse, *Suicidios y otras muertes* (1974). J. J. Armas Marcelo habla de "su muerte anunciada a gritos". El 4 de abril de 1974, su cuerpo es hallado sin vida en el pasillo de su casa suiza. Juan Luis Panero*, en uno de sus poemas de *Antes que llegue la noche,* lo define como "espía implacable en la cerradura de la nada".

COUSSE, Raymond (Saint-Germain-en-Laye, 1942-París, 1991). Nacido en el seno de una familia bretona muy pobre, emigra a París para buscar fortuna y en la capital francesa se hace novelista, dramaturgo, actor y director teatral. Su encuentro con la obra de Beckett determina su vocación literaria, para lo que va a contar con el apoyo de su nuevo maestro y el de Ionesco. Es autor de novelas de gran éxito, como *Estrategia para dos jamones* (*Stratégie pour deux jambons,* 1978) o *El bastón de la mariscala* (*Le bâton de la maréchale,* 1982). Panfletario iconoclasta en guerra contra las instituciones culturales y la crítica literaria oficial de su país, es autor de una biografía de Emmanuel Bove, a cuyo redescubrimiento contribuye en gran manera. Se suicida a los 49 años.

CRANE, Hart (Garretsville, 1899-Mar Caribe, 1932). Sabiéndose, como se sabe, que este poeta norteamericano nacido en Ohio, alcohólico y bohemio en Greenwich Village, embarca en el puerto mexicano de Veracruz a bordo del buque *Orizaba* con rumbo a Nueva Orleáns, y que nunca desembarca en su puerto de destino, parece muy probable que se arrojara a las aguas del golfo de México, ya que desde esa fecha nunca más se ha vuelto a saber nada de él. Pretenden algunos que, presa de un grave conflicto sentimental entre sus tendencias homosexuales* y el amor de una joven, se arroja por la borda y, aunque se le lanza un cable, él no lo

quiere tomar. En su desaparición se parece a Arthur Cravan*, quien después de viajar de París a México, también se embarca un día en una canoa y desaparece para siempre en las aguas del mismo golfo, sin dejar tampoco la menor huella.

CRAVAN, Arthur, seudónimo de Fabian Avenarius Lloyd (Lausana, 1887-México, 1918). Gigante de dos metros, sobrino de Oscar Wilde, boxeador mediocre, escasísimo poeta, provocador nato, este ciudadano británico cosmopolita es el más perfecto representante del espíritu dadaísta, del que es silvestre precursor y entusiasta participante. Entre abril de 1912 y abril de 1913, escribe, imprime, pregona por las calles de París y vende en una carretilla los cinco números de su revista *Maintenant*. Aunque no se puede afirmar con entera certeza que se suicidara, ya que todo lo que se sabe de su desaparición es que, tras embarcarse en una canoa en México y decir que volvería al cabo de unas horas, nunca regresó ni se halló su cuerpo, muchos son los que lo han considerado como suicida. Así, Marcel Duchamp, quien lo certifica ante notario neoyorquino en 1946, o José Pierre, notorio especialista del surrealismo*, quien lo entroniza en el tríptico de precursores suicidas *Trois suicidés de la société* (1974), junto a Jaques Rigaut* y Jaques Vaché* . El título de ese libro alude a otro, escrito por un suicida sobre un suicida, el titulado *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*, de Antonin Artaud*.

CREVEL, René (París, 1900-1935). El autor de *La mort difficile* (1927) y de *Êtes-vous fous?* (1929) es uno de los primeros poetas del surrealismo*, con el que participa en todas sus empresas y aventuras desde 1922. Su padre se suicida siendo él niño. Durante la celebración del Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura, en plena campaña antifascista, no soporta las disensiones crecientes entre surrealistas y comunistas. A este desgarro profundo entre sus convicciones políticas y su fe artística, se añaden la enfermedad que lo mina, una tuberculosis incurable, la droga que consume para soportarla y una homosexualidad* mal asumida. Por todas estas razones, el 18 de junio de 1935, a punto de cumplir los 35 años, se encierra en su piso de la calle Nicolo de París, mete la cabeza dentro del horno de la cocina y abre la llave del gas. Junto a su cadáver, una breve nota: "Ruego se me incinere. Asqueado".

Dalí, su gran amigo, haciendo juegos malabares con su nombre y apellido, *rené* y *crevé*, exalta su capacidad para *morir* y *renacer* entre curas y recaídas, pero también menciona su "frenesí de autodestrucción" mediante el opio* y la teoría política. Después de Jacques Rigaut*, es el segundo en responder con un "sí" a la encuesta del número 2 de la revista *La révolution surréaliste* sobre el tema "¿Es una solución el suicidio?" A los motivos antes apuntados, hay que añadir lo que considera una terrible decepción por parte de su ídolo, el fundador del movimiento, André Breton. Poco antes había declarado: "Breton es mi Dios [...]. Cuando ya no crea en nada, ni en mí, ni en nadie, creeré en Breton [...]. Si Breton me decepciona, me mato". Y aunque desesperado por saberse desahuciado por los médicos, elige para matarse el día en que, en el citado Congreso de Escritores, Breton, su sustituto de padre, lo abandona.

Su tendencia suicida debía de ser contagiosa, ya que en 1923, en una de las sesiones de espiritismo organizadas por el grupo durante las cuales Crevel entraba en trance con una facilidad asombrosa, todos los participantes, bajo los efectos de la sugestión, intentan colgarse con cuerdas de un perchero, y Breton tiene que intervenir y poner un poco de orden para evitar la masacre.

CROSBY Harry (Boston, 1898-Nueva York, 1929). De él dice Ian Gibson en su *Vida de Dalí* que él y su esposa Caresse "eran una joven y rica pareja norteamericana con veleidades literarias [...]. Eran atractivos, muy liberados sexualmente, creativos y extraordinariamente generosos con su dinero". Es el perfecto representante de la bohemia parisina de Montparnasse, poeta menor y miembro de la *Lost Generation* (la generación perdida), gran amigo de Hemingway* y de los surrealistas*. Sobrino y ahijado del multimillonario J. P. Morgan, se casa en 1921, y ese mismo año, gracias a la generosidad de su tío, se instala con su joven esposa en París. Entre sus muchas acciones de mecenazgo y promoción cultural, fundan la mítica editorial parisina Black Sun Press, tan famosa como la otra editorial anglosajona de París, Shakespeare and Company. En ella se edita a muchos de los mejores autores de lengua inglesa del momento, como James Joyce, Ezra Pound, D. H. Lawrence, T. S. Eliot, Hart Crane* o Kay Boyle, quien también publica su traducción al inglés de René Crevel*. En diciembre de 1929, estando en Nueva York y sin dar ninguna explicación, se suicida en compañía de una amiga, la recién casada Josephine Bigelow, a la que casi ha raptado.

Una vida tan agitada e inmersa en el París legendario no podía menos que inspirar a autores y cineastas. Geoffrey Wolff escribe una biografía de título impactante: *Black Sun: The Brief Transit and Violent Eclipse of Harry Crosby* (*Sol negro: el breve tránsito y el violento eclipse de Harry Crosby*). En Francia, Grasset publica en 2005 una novela de Dominique de Saint-Pern, *Les amants du soleil noir* (*Los amantes del sol negro*); también en 2005, el director norteamericano de origen sueco Lasse Hallström estrena su película *Harry and Caresse*.

CROWHURST, Donald (1932-1969). Todo el mundillo deportivo, incluida la prensa especializada, lo cree campeón de la vuelta al mundo a vela en solitario cuando él se mantiene escondido en un puerto, desde el que envía falsas noticias con las que engaña a los periodistas. Embarcado en la primera edición del Golden Globe, en 1969, este navegante británico acaba volviéndose completamente loco. No sólo falsifica su recorrido y engaña al público con proezas deportivas que no ha realizado, sino que, antes de suicidarse a bordo de su embarcación, llena varios cuadernos de bitácora con las declaraciones más delirantes. En esa misma competición, otro participante, Nigel Tetley, descontento por no obtener más que un premio de consolación, se suicida a su vez unos meses después de terminar su vuelta al mundo.

Cuba. En 2003 se quitaron la vida en Cuba 1.123 hombres y 369 mujeres, y el 73% del total de estos suicidios concierne a menores de 30 años. En 2004 son cerca de 1.300 los cubanos y 412 las cu-

banas que se suicidan. Según datos de la OMS, Cuba es actualmente el país con más alto índice de suicidios de toda América Latina, al que siguen, por orden descendente y a considerable distancia, Brasil y Colombia. Este índice sitúa desgraciadamente a Cuba entre los países en cabeza de Occidente. Unos 70.000 cubanos se han quitado voluntariamente la vida a lo largo de medio siglo.

En 1963 la tasa se elevaba a 10,2 por cada 100.000 habitantes. En 1969 desciende a 8 por cada 100.000. El índice se dispara hasta alcanzar 20 a partir de la década de 1980. A pesar de este aumento alarmante, no fueron éstos los peores años, ya que en 1992 se registraron 21,3 suicidios por 100.000; y en 1995, 20,3. En 1996 se quitaron la vida 2.015 cubanos, 1.354 hombres y 661 mujeres, más jóvenes que viejos, correspondiendo la cifra más alta a personas entre 25 y 34 años. Estas cifras corresponden a un índice de 18,3. Según otras fuentes procedentes de Miami, que insisten en que los suicidios afectan tanto a los cubanos de la isla como a los residentes en Florida, a mediados de la década de 1990 la tasa se había aproximado al récord absoluto de 30 por 100.000.

La interpretación de estas cifras se presta a una utilización política, de lo que no se priva el diario del exilio *Miami Herald* cuando, en un artículo de Pablo Alfonso titulado "Las cifras del paraíso", carga con todas las culpas al régimen castrista: "Algo anda muy mal en el paraíso comunista". Idéntica posición adopta el ensayista cubano Rafael Rojas, director de la revista *Encuentro*, publicada en Madrid, quien en un artículo aparecido en octubre de 2005 en *El País* y en *La Nación* de Buenos Aires, explica que así es como los cubanos expresan su oposición al gobierno de Fidel Castro.

Como nos muestra Guillermo Cabrera Infante, poco sospechoso de simpatías procastristas, tal vez no se pueda imputar toda la gravedad del fenómeno a la opresión del régimen actual. En un ensayo titulado "Entre la historia y la nada", recogido en su libro *Mea Cuba* (1993), el novelista cubano pasa revista a una extensa galería de personalidades políticas, artísticas y culturales cubanas del siglo XX que optaron por quitarse la vida. Entre ellas figuran Manuel Fernández Supervielle, alcalde de La Habana; el líder populista Eduardo Chibás*, cuya muerte en 1951 califica Cabrera de "versión radial del haraquiri"; el ex presidente de la República Carlos Prío Socarras*, que se dio muerte en Miami; o el director de la revista *Bohemia* Miguel Ángel Quevedo, que lo hizo exiliado en Caracas tras declarar: "Me mato porque Fidel me engañó".

Junto a éstos podemos mencionar a varios dirigentes revolucionarios entre los más conspicuos, como la heroína Haydée Santamaría* o el vicepresidente Oswaldo Dorticós*, de un balazo en la sien; o los ministros Augusto Martínez Sánchez, Alberto Mora y Rodrigo García. El escritor Eliseo Alberto agrega por su cuenta los nombres de los poetas Raúl Hernández Novás* y Ángel Escobar, los narradores Guillermo Rosales* y Miguel Collazo, la historiadora Raquel Mendieta y la pintora Belkis Ayón. También Reinaldo Arenas*, suicida en Nueva York, se refiere en *Antes que anochezca* a esta plaga que aqueja a su isla.

Y eso no es todo, pues Rafael Coutín, periodista exiliado, añade más casos a la

ya amplia nómina: Javier de Varona, responsable del fracaso de la zafra de los diez millones, que se dispara un tiro, o Nilsa Espín, hermana de Vilma Espín y cuñada de Raúl Castro, que también se mata con su arma de reglamento en los baños del despacho de su cuñado al enterarse del suicidio de su esposo. Asimismo, las muertes de la hermana y la hija de Salvador Allende*, Laura y Beatriz, ambas refugiadas en La Habana; la de Onelio Pino, "el mítico capitán del buque *Gramma*", que muere inhalando monóxido de carbono* en su garaje; y otras figuras destacadas de la vida cultural cubana, como la cineasta Olga Andreu, que se arroja desde el sexto piso de su domicilio, o la poeta Martha Vignier, que lo hace desde el tejado.

CUESTA, Jorge (Córdoba, 1903-Tlalpan, 1942). De este poeta y ensayista mexicano, químico de profesión, miembro del grupo de Los Contemporáneos, del que se ha dicho que fue su "conciencia crítica", se habla siempre en términos de "el caso Cuesta", "el único poeta maldito mexicano", se cuentan sus rarezas y se olvidan muchas veces sus versos. Según rumores y maledicencias, mantuvo relaciones incestuosas con su hermana Natalia, y homosexuales* con el poeta Xavier Villaurrutia. Estuvo casado durante cuatro años —y esto no es un rumor sino una desgracia— con la que fue primera mujer de Diego Rivera, Lupe Marín. A la vez que escribe ensayos sobre política, economía y educación, Cuesta se muestra obsesionado por investigaciones con enzimas y por hallar la clave de la eterna juventud. Mantiene correspondencia con Aldous Huxley y Antonin Artaud* y relaciones amistosas con André Breton durante la estancia de éste en México. Encerrado en el manicomio del doctor Lavista, en Tlalpan, el 13 de agosto de 1942, a los 38 años, lleva a cabo un intento de autocastración* por el que acaba desangrándose.

CURCIO, Marco. Cuando en el siglo VIII a. C. se abre una sima ardiente en mitad del Foro romano y los oráculos exigen un valioso sacrificio*, este héroe legendario se propone inmolarse por amor a la patria. Armado y a caballo, se precipita al fondo del abismo, gracias a lo cual la sima se cierra y en su lugar aparece un pequeño lago, el llamado desde entonces Lacus Curtius, junto al que crece la trilogía mediterránea de un olivo, una higuera y una vid.

CURTIS, Ian (Manchester, 1956-Macclesfield, 1980). El nombre —provocativo, irónico y amargo— de su grupo de rock punk, Joy Division, es el de la agrupación de cautivas de los nazis empleadas como prostitutas de los soldados. Otros grupos ingleses, como Sex Pistols, se inspiran en la música y el comportamiento de esta banda, cuyo vocalista, letrista y líder se suicida con sólo 23 años y dos discos grabados. El 18 de mayo de 1980, este fúnebre poeta, depresivo y epiléptico, se ahorca en la cocina de su domicilio después de ver en la pequeña pantalla una película de Werner Herzog, *Stroszek*, de escuchar el disco de Iggy Pop *The Idiot* y de garabatear un breve mensaje* de despedida a su mujer Deborah y a su hijita.

D

DALIDA (El Cairo, 1933-París, 1987). Cuando nace en Egipto, de padres italianos, recibe el nombre de Yolanda Christina Gigliotti, y con ese nombre es elegida en 1954 Miss Egipto. Ese mismo año, tras rodar su primera película en su país, parte para la capital francesa, donde cambia inmediatamente de nombre, graba su primer disco y comienza a cosechar éxitos. Su carrera triunfal en la música popular y en el cine de su nuevo país de adopción dura 30 años sin interrupción. Adulada por el público, obtiene toda clase de recompensas, bate todos los récords de ventas, recorre el mundo entero en giras que le llevan hasta Japón y rueda numerosas películas de éxito. Para contento de la prensa sensacionalista, su vida sentimental es bastante trágica. Su primer marido, Lucien Morisse, con quien se casa en 1961 y de quien se separa poco más tarde, se suicida en 1970. En 1966 se enamora del cantautor italiano Luigi Tenco*, quien, tras anunciar en enero su boda para el mes de abril de ese año, se suicida de un pistoletazo durante el festival de San Remo. Pocos meses después, ella misma realiza un primer intento de suicidio con barbitúricos. En 1983, otro de sus amores, Richard Chanfray, se suicida en Saint-Tropez. Para coronar tan funesta serie, el 3 de mayo de 1987 ella misma pone fin a su vida en su lujosa residencia de Montmartre mediante la ingestión de barbitúricos.

D'ANNUNZIO, Gabriele (Pescara, 1863-Gardone Riviera, 1938). Como deja suponer el título de su novela *El triunfo de la muerte* (*Il trionfo della morte*, 1894), tercera de la trilogía *Las novelas de la rosa*, no se trata de una novela rosa ni termina en *happy end*. Desde la primera página del libro surge en el protagonista, Giorgio Aurispa, desesperadamente enamorado de Ippolita, la idea del suicidio como única solución a su pasión. Ni la música ni el misticismo logran aplacar su fiebre, por lo que, en compañía de su amante, termina arrojándose al fondo de una sima.

DANTE ALIGHIERI (Florencia, 1265-Rávena, 1321). En el canto XIII de la primera parte de *La Divina Comedia*, el poeta toscano, que recorre los círculos del Infierno acompañado por su guía Virgilio, llega a un oscuro bosque del que se des-

prenden lamentos. Son los suicidas convertidos en árboles, cosa que el visitante descubre al tronchar una ramita de endrino y oír un quejido lastimero de uno de aquellos condenados: "De la astilla quebrada salían juntas palabras y sangre", precisa Dante en espeluznante visión sinestésica. El alma del réprobo, embutida para siempre en aquel tronco, desvela su identidad y cuenta en breve su vida terrenal: se trata de Pier delle Vigne, canciller o ministro que fue del emperador Federico II, quien "creyendo huir de la vergüenza con la muerte" se quitó la vida. Dante se compadece de él ya que lo hizo al ser injustamente acusado de traición, pero ni en este caso de acoso*, más tomista que estoico*, reconoce ninguna legitimidad al suicidio. Esta "alma encarcelada" explica a continuación las distintas etapas que los suicidas sufren en su condena.

Tal es la repulsa que inspiran con su conducta al poeta que ni con la resurrección de la carne les concede que recuperen sus cuerpos, "que no es justo guardar lo que se quita" (*che non è giusto aver ciò ch'om si toglie*, 104). No todos los suicidas se alojan en este círculo infernal, pues hay otras —no otros: obsérvese— a los que Dante condena más por su lujuria que por su crimen. Dido* y Cleopatra* purgan su crimen "de amor" en el segundo círculo (canto V). El único suicida que halla gracia ante los ojos de tan severo juez es el romano Catón*, modelo de virtudes y por ello habitante y guardián del Purgatorio, ante quien los viajeros se arrodillan llenos de unción (I, 49-51). Con este mártir de la libertad, la benevolencia dantesca es tanta que hasta le promete la resurrección de la carne que a todos los demás ha negado:

libertad va buscando, que es tan cara,
como sabe quien por ella da la vida.
Tú lo sabes, que por ella no te fue amarga
en Útica la muerte, donde dejaste
el envoltorio que en el gran día resplandecerá.

libertà va cercando, ch'è si cara,
come sa chi per lei vita rifiuta.
Tu 'l sai, che non ti fu per lei amara
in Utica la morte, ove lasciasti
la vesta ch'al gran dì sarà sì chiara.
(I, 71-75)

Danza. No hay arte, ni siquiera la música, al que no haya inspirado el suicidio. En Mérida (Yucatán, México), en agosto de 2005, la compañía titular del teatro municipal, dirigida por Víctor Salas, estrena un espectáculo de danza contemporánea titulado "Una vereda en el viento" dedicado todo él al suicidio. La danza aborda este tema en cuatro historias de cuatro personajes que se dan la muerte, y ello —dice su director— "refleja el problema que se vive en Yucatán".

DARD, Frédéric (Bourgoin-Jallieu, 1921-Bonnefontaine, 2000). San-Antonio, su truculento y mal hablado comisario, protagonista de un número incalculable de novelas policiacas, es tan famoso en los países francófonos como el Maigret de Simenon, pero sus aventuras están escritas en tan hermético argot que resultan casi imposibles de traducir y lo confinan al territorio de su idioma. Célebre y rico, cubierto de honores, el autor muere de un ataque al corazón en su casa de Bonnefontaine, cerca de Friburgo, Suiza, donde vive desde 1978. El 30 de septiembre de

1965, el diario *France Soir* publica en primera página: "El comisario San-Antonio ha rozado la muerte". La víspera, su autor, totalmente borracho, intenta sin éxito colgarse de una viga en su chalet de Mureaux. Como dice el escritor Bertrand Poirot-Delpech hablando de su facundia y su truculencia, "su corbata chillona de flores le hacía olvidar la soga para ahorcarse".

DARWISH, Mahmud (Birwa, 1941-Nueva York, 2008). Militante de la causa de su pueblo, el mayor poeta palestino contemporáneo sufre en varias ocasiones la cárcel y el exilio. De entre los muchos poemas repartidos en sus numerosos libros, el propio poeta ha confeccionado una antología personal con el título de *Angosta nos es la tierra, 1966-1999.* A lo largo de toda su producción, la presencia de la palabra "mártir"*, endosada a menudo en primera persona, se codea con la idea del suicidio, que planea constantemente por encima de un laberinto de desolación sin salida.

Este tema se vuelve más explícito en el largo poema de 1975 "Tal es su imagen y he aquí el suicidio del amante", que viene a culminar una serie de dolorosos diálogos entre el amante exiliado y la patria amada. Varios estribillos puntúan con sangre y deflagraciones la cantata épica, en cuyo final resuena la palabara "victoria": "Ahora tú te suicidas... te llevas la victoria...", pero el tono de excusa del suicida, su modestia, invalidan todo triunfalismo. Más adelante, en "Fue lo que habría sido", la elegía dedicada a Rashid Hussain, resuena el estribillo "Mi suicidio permanente". El suicidio de los vencidos vuelve a aparecer en su obra cuando, en el poema en prosa de 1992 "El último discurso del hombre rojo", trata el tema del genocidio indio en Norteamérica: "El himno del suicidio de las comunidades cuando acompañan su Historia a la lejanía", "aquí de desamparo se suicidó el halcón".

DAUDET, Léon (París, 1867-Saint-Rémy-de-Provence, 1942). Para este publicista de extrema derecha, fundador con Charle Maurras del diario ultramonárquico *L'Action Française*, hijo del autor de *Tartarín*, el suicidio es una necesidad. En su libro *Paris vécu* (1930), proclama: "El hombre necesita del trabajo, cierto, pero también tiene otras necesidades [...]. Entre otras necesidades tiene la del suicidio, que se afinca en él y en la sociedad que le forma, y es más fuerte que su instinto de conservación". Walter Benjamin*, que lo cita, lo pone en relación con la "pasión moderna" de Baudelaire*.

DAUMIER, Honoré (Marsella, 1808-Valmondois, 1879). El sagaz crítico de arte Charles Baudelaire* es uno de los primeros en descubrir el talento de este caricaturista político y social, pintor, grabador y escultor, al que dedica páginas entusiastas en sus *Curiosidades estéticas* de 1868. En ellas nos describe uno de sus grabados, el que lleva el título mordaz de *El último baño* (*Le dernier bain*): "En el pretil de un muelle, de pie y ya inclinado, formando ángulo agudo con la base, de la que se desprende como una estatua que pierde el equilibrio, un hombre se deja caer tieso al río. Ha de estar muy decidido; tiene los brazos tranquilamente cruzados; lleva un gran adoquín atado al cuello con una soga. Ha jurado no salvarse. No va a ser el suicidio de un poeta que haga que lo rescaten y hablen de él [...]. No,

la verdad, no tenemos valor para juzgar a este pobre diablo por ir a librarse bajo el agua del espectáculo de la civilización. Al fondo, en la orilla opuesta, un burgués contemplativo, de oronda barriguita, se entrega al inocente placer de la pesca". Otros dos suicidios aparecen en la serie de grabados *Pasiones sentimentales*, el de una *Ahogada* y el de un *Ahorcado*. Otro desesperado, en un grabado titulado *El suicidio*, conservado en el Museo Carnavalet de París, se dispone con expresión patética, a horcajadas sobre la rama de un árbol, a pasarse al cuello el dogal que pende de una rama más alta.

DÁVILA ANDRADE, César (Cuenca, 1919-Caracas, 1967). Si bien ecuatoriano de nacimiento, es en Venezuela donde se afirma como escritor desde que en 1951 empieza a trabajar en este país como periodista. Cultiva la poesía, la narración y el ensayo y forma parte del grupo Madrugada, nombre que le va al pelo a quien cultiva con ahínco la vida de bohemia. Sus numerosos poemarios de la década de 1940, entre los que destaca *Oda al Arquitecto* (1946) revelan a un romántico nutrido de vanguardias y surrealismo. Acuciado por problemas de todo tipo, pone fin a su vida en Caracas.

DAVISON, Emily (Londres, 1872-Epsom, 1913). Entre las muchas y heroicas sufragistas que luchaban por la igualdad de derechos políticos en Inglaterra, y que fueron objeto de escarnio por parte de la prensa y de persecución incesante por las autoridades, destaca la más heroica de todas ellas. El 4 de junio de 1913, durante una prueba hípica en el hipódromo de Epsom, se lanza al paso de los caballos y muere destrozada entre las patas del caballo propiedad del rey Jorge V. Su sacrificio* precede en no pocos años al de otros suicidios protesta* como los protagonizados por los bonzos budistas. Su entierro desencadena un auténtico motín callejero pero, a pesar de todo, aún habrá que esperar a 1918, después de 90 años de lucha, para que el Reino Unido reconozca el derecho al voto de las mujeres.

DAZAI, Osamu (Tsugaru, 1909-Tokio, 1948). La penúltima novela de este escritor japonés, *La decadencia del hombre*, fielmente autobiográfica, se presenta como una profesión de fe nihilista y comienza con esta declaración de su protagonista: "He vivido una vida de degradación. Para mí, la vida humana no tiene sentido alguno". Presa de la más profunda desesperación desde su primera juventud, se entrega al alcohol y a toda clase de excesos. En compañía de una de sus amantes, camarera en un restaurante, cuyo marido está en la cárcel, intenta practicar el *shinju*, tradicional suicidio doble entre amantes, arrojándose al mar, pero sólo la joven se ahoga. Tuberculoso, alcohólico y morfinómano, intenta suicidarse una segunda vez, de nuevo sin éxito, y sigue a continuación varias curas de desintoxicación. El relato termina cuando su personaje-autor tiene 27 años y parece, según propia confesión, un viejo. Pocos años después, ya fuera de la novela, en un nuevo y definitivo intento, el autor logra poner fin a su vida.

DEBORD, Guy (París, 1931-Champot, 1994). Puente entre las últimas vanguardias y el ultraizquierdismo de 1968, enlaza con los últimos dadaístas a través de sus

contactos iniciales con los letristas de Isidore Isou y anuncia las ideas del mayo francés con el movimiento de la Internacional Situacionista, de la que es uno de los fundadores en 1957. Este teórico radical de la revolución, autor entre otras obras del célebre ensayo *La sociedad del espectáculo* (1967), es asimismo un curioso cineasta. En 1952 realiza una película sin imágenes, *Aullidos en favor de Sade* (*Hurlements en faveur de Sade*), con la que pretende acabar con el cine alienante sometido a la economía mercantil. Cuando se le pregunta por qué razón, contesta que porque "es más fácil matar el cine que matar a los transeúntes". En la película resuenan máximas nihilistas como: "La perfección del suicidio está en su equívoco" o "Simplificaos la vida, mataos". Debord pone fin a su vida disparándose un tiro de pistola en el corazón. En cumplimiento de sus últimas voluntades, sus cenizas se esparcen sobre el Sena desde la punta del Vert Galant, uno de sus lugares favoritos de París, marco preferente para el papa de los vagabundos dadaístas.

DECÉBALO (87-106). El suicidio tras una derrota militar no es un privilegio romano. Vencido por el emperador Trajano, este rey de Dacia se hunde la espada en el pecho y así figura, inmortalizado en bronce, en la Columna Trajana que Roma dedica a su emperador en el año 113. Un legionario romano, que en el bajorrelieve aparece desenvainando su espada, se apresura a decapitarlo para que la cabeza del vencido sea paseada por Roma como trofeo victorioso.

DECKERS, Jeanine (Wavre, 1933-1985). Es el nombre secular de la monja dominica belga Sor Luc-Gabriel, que se hace célebre en el mundo entero con el de Sor Sonrisa (*Sœur Sourire*). Por los años de la música ye-yé, cuando no pocos eclesiásticos —como el jesuita francés padre Duval— se lanzan a cantar, hacer giras y grabar discos con temas religiosos, triunfa en su país, en Francia, en toda Europa y en Estados Unidos y gana sumas astronómicas para su convento y su orden. Su canción titulada "Dominique, nique, nique!" alcanza tal éxito que llega a ser número uno de ventas en Estados Unidos, país donde se llega a rodar una película sobre ella, *The Singing Nun* (*Dominique*, 1966), con Debbie Reynolds como protagonista. En 1967 cuelga los hábitos y poco a poco el público la olvida. En mayo de 1985, acosada por el fisco, que le reclama enormes cantidades, tras perder un proceso contra el Estado belga y completamente arruinada, en Wavre, localidad de los alrededores de Bruselas donde vive con su compañera sentimental Annie Pescher, y en compañía de ésta se da muerte mediante la ingestión de tranquilizantes disueltos en coñac. La fidelidad de la amiga en la muerte compone una pareja suicida* homosexual.

DE LA BROSSE, Simon (París, 1965-Suresnes, 1998). Éric Rohmer descubre en 1982 a este actor cuando sólo era camarero en un restaurante italiano de Montmartre, y le hace debutar en su película *Pauline à la plage*. Después de trabajar a las órdenes de cineastas como Beineix, Doillon, Téchiné, Assayas, etc., y de actuar en 17 películas, se suicida un 17 de abril a los 32 años y medio. Hablando de uno de sus personajes, comenta: "Me gustaría parecerme a él [...], divertirme, fra-

casar en la vida, convertirme en gigoló y ¡triunfar sobre la muerte!"

DELEUZE, Gilles (París, 1925-1995). En la encrucijada del arte y la ciencia se sitúa este filósofo francés muy poco académico, cuyos trabajos revelan su interés por la música, las matemáticas, el psicoanálisis o la pintura. Sus estudios más es*trictamente filosóficos* versan sobre Hume*, Bergson, Nietzsche y Spinoza y también sobre su amigo Foucault* (1986), pero sus libros más conocidos son los que escribe al alimón con el psicoanalista Félix Guattari: *El antiedipo* (*L'Anti-Œdipe*, 1973) y *Kafka* (1975). Pocas son sus tomas de posición explícitamente políticas, excepto su apoyo a la causa palestina. Tras anunciar su "retirada" del mundo físico y escribir un estudio sobre Beckett que, con el título de *El agotado* (*L'épuisé*), muy bien puede aplicarse a su propio caso, gravemente enfermo desde que sufre la ablación de un pulmón, se arroja por la ventana de su domicilio de París el 4 de noviembre de 1995. Deja inacabado un libro titulado *Grandeza de Marx*.

DELON, Alain (Sceaux, 1935). Tras una larga y fecunda carrera iniciada en la década de 1960, la estrella del cine francés, un tanto olvidada hoy día por el público de su país, declara a la revista *Paris Match* en octubre de 2005: "No dejaré que Dios elija el día de mi muerte. Pienso con frecuencia en el suicidio e imagino la escena".

Del rey abajo ninguno. Comedia en tres jornadas y en verso del dramaturgo español del Siglo de Oro Francisco Rojas Zorrilla (1607-1648), escrita en 1638. Si el suicidio no llega a cometerse, la idea está extremadamente presente en la mente de sus dos protagonistas, el rico labrador García de Castañar y su esposa, la bella Blanca, víctimas uno y otra del exigentísimo código de honor imperante en la época, o al menos en su teatro. El puñal que, en la tercera jornada, empuña el "labrador más honrado", y que terminará por clavarse en el pecho del malvado Mendo, vacila durante varias escenas entre los pechos de ambos esposos, como vacila su dueño entre el suicidio o el asesinato de su inocente esposa. Impedido de lavar su honor en la sangre del culpable por creer que se trata del rey, García de Castañar se debate en el dilema más dramático. Blanca, que reclama la muerte para sí, invoca explícitamente la memoria de Lucrecia*, bajo cuya advocación se sitúa llamándola "quien dio / fama a Roma en las edades".

De miedo también se muere. Película norteamericana dirigida y protagonizada por Burt Reynolds (*The End*, 1978). El corredor de propiedades Sonny Lawson, dasahuciado por los médicos y abandonado por sus amigos, decide poner fin a su vida ingiriendo una sobredosis de somníferos pero se despierta en un psiquiátrico. Tras numerosas tentativas abortadas, el reincidente se sobrepone y termina luchando contra su enfermedad.

DEMÓSTENES (Atenas, 384-Calauria, 322 a. C.). Abandona la oratoria por la acción política ante la invasión de Atenas por Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno, toma las riendas del gobierno y obtiene una alianza con Tebas. Pero tras sufrir los aliados la derrota de Queronea (338), su impulsor se destierra. Vuelve a intentar una nueva insu-

rrección griega contra la sumisión a Alejandro y, ante el nuevo fracaso, obtiene de los jueces la autorización para beber la cicuta*.

Desangramiento. Cortarse las venas es el método preferido por los romanos de la Antigüedad*, que rivaliza, no obstante, entre los miembros de la milicia con el de clavarse la espada. Hay historiadores que hablan de una verdadera "moda", aunque también se sabe, por lo que cuenta Horacio, que eran numerosos los que se ahogaban en el Tíber. Este método, a la vista de los testimonios que nos han llegado de aquella época, no parece ser muy eficaz, pues son varios los que, como Séneca*, han de recurrir al veneno o a otro u otros medios para rematar la faena inconclusa. En esto se echa de ver la voluntad mortífera de quienes lo practican, que no se contentan con una tentativa ni pretenden tan sólo alertar a su entorno. Algunos modernos usan también este método, como el pintor surrealista canario Óscar Domínguez* o la fotógrafa norteamericana Diane Arbus*.

Deseo. Interrumpido el rodaje por la guerra, la película, inicialmente dirigida por Roberto Rossellini, es terminada por Marcello Pagliero y no se estrena hasta 1946 (*Desiderio*). La protagonista de este melodrama, Paola, interpretada por la actriz Elli Parvo, es una mujer mantenida que quiere rehacer su vida y volver al buen camino. Lo intenta regresando a su tierra y casándose allí con un honrado labrador pero, víctima de su pasado, vuelve a caer en la tentación y aún más, en el chantaje que le tiende su cuñado. Arrepentida y desesperada, se quita la vida.

DES PÉRIERS, Bonaventure (Arnay-le-Duc, ¿1500?-1544). La vida de este escritor erasmista y poeta francés del siglo XVI, autor polifacético de obras festivas y procaces junto a libros místicos y traducciones de la Biblia, se desarrolla en el ambiente humanista de Lyón y en la muy literaria corte de la reina Margarita de Navarra. Gran parte de su obra está reunida en *Carillón del mundo* (*Cymbalum mundi*), obra que le va a costar la vida. Convencido de la inminencia de una condena, prefiere adelantarse al verdugo. A la manera del rey Saúl de la Biblia* o de Áyax*, se abalanza sobre la punta de su propia espada. Su contemporáneo, el también escritor Henri Estienne, lo cuenta así: "Hallósele de tal modo espetado en la hoja de su espada, sobre la que él mismo se había abalanzado tras haber fijado el pomo de su empuñadura en tierra, que la punta le salía por el espinazo".

Destino. Sabedores del destino que les está reservado, son muchos los héroes que, en vez de rehuirlo, lo afrontan conscientes de la muerte que les aguarda. No les motiva el sacrificio* por el bien ajeno ni el martirio* por alcanzar el propio; tampoco acuden al campo de batalla* desesperados por causas ajenas al conflicto bélico. Son personajes trágicos que no se plantean ninguna duda, que avanzan, hipnotizados o sonámbulos, imantados por una fuerza superior a cuya autoridad se pliegan con más orgullo que resignación. Del Faetón* del poema de Villamediana *Fábula de Faetón* dice su estudioso Juan Manuel Rozas: "Nunca piensa en el éxito. Ni él mismo cree que pueda llevar a cabo la empresa. Se trata pues de un heroico suicidio".

DEWAERE, Patrick, seudónimo de Patrick Bourdeau (Saint-Brieuc, 1947-París, 1982). Nacido en una familia de actores, con sólo cuatro años debuta en las pantallas francesas en 1951. Comienza actuando en el célebre Café de la Gare, de donde salen muchos de los mejores actores cómicos franceses de la década de 1970, como Coluche, Romain Bouteille, Miou-Miou, etc., y salta a la fama con su inolvidable papel en *Los rompepelotas* (*Les valseuses*, 1974), junto a Gérard Depardieu y Miou-Miou. Sin que se sepa muy bien por qué razón ni dejar ningún mensaje*, el 16 de julio de 1982, tras acabar los ensayos de la película de Lelouch *Édith et Marcel*, vuelve a su domicilio parisiense del callejón del Vieux Moulin y, frente al espejo, se dispara en la boca con un rifle del calibre 22.

Deyanira. Es hija de Eneo y reina de Tesalia, fiel esposa de Hércules* pero desgraciada en amores. *Las traquinias*, una de las siete tragedias que se han conservado de Sófocles*, relata la torpeza de esta mujer, celosa de una joven cautiva que, queriendo recuperar a su marido, lo mata. Mientras su esposo, como héroe que es, arrostra peligros y acomete hazañas por doquier, ella se lamenta en su corte de Traquis de la soledad que la consume y de las infidelidades del ausente. Al saber que aquél prepara su regreso, tratando de ganarse sus favores y de vencer a su joven rival, Yole, le envía lo que ella cree ser un filtro de amor y resulta ser instrumento de suplicio. Tiñe una túnica con la sangre del centauro Neso, al que el héroe atravesó en tiempos de un flechazo, y se la envía en ofrenda. Al cubrirse Hércules con ella, víctima de la venganza póstuma del centauro, sufre tales tormentos que pone fin a su vida sobre el monte Eta. Cuando le llega la noticia a Deyanira, también se mata "con el filo de un funesto hierro", como cuenta su nodriza al corifeo.

Lo mismo hace Séneca* en su *Hércules en el Eta*, pero aquí aparece loca de celos y de pasión. Su suicidio, que precede al del héroe, glorificado como un dios en la apoteosis final, lo cuenta Hilo a su padre: "Mi madre yace víctima de su propia mano". La novena carta de las que componen las *Heroidas* de Ovidio* (*Epistulæ heroidum*) es la que envía Deyanira a Hércules. En *Los tres mayores prodigios de África, de Europa y Asia*, drama calderoniano, Deyanira, desesperada y arrepentida, se arroja al fuego en el que ya arde su esposo. En el cine, donde tantas películas "de romanos" se han interesado por las hazañas de Hércules, Sylva Koscina primero (1958) y más adelante Jane Mansfield (1960) encarnan al personaje.

D'HORY, Elmyr (1906-1976). Célebre falsificador de cuadros y, por consiguiente muy hábil pintor. Ciudadano norteamericano de origen centroeuropeo con residencia en Ibiza, salta a la fama en varias ocasiones a raíz de repetidos escándalos. Alcanza la inmortalidad gracias a la película del prestidigitador Orson Welles, *Fraude* (*F for Fake*, 1973), donde el maestro riza el rizo y envuelve al espectador en un laberinto de trampantojos y falsas apariencias. El pintor, especializado en imitar a Picasso, Matisse, Modigliani y otros artistas del siglo XX, pretende que sus falsificaciones, expuestas en las mejores colecciones y museos, terminan por convertirse en auténticas obras de arte. Al sentirse amenazado de extradición a Francia para

ser juzgado, pone fin a su vida en su residencia balear.

DIAGO, Roberto (La Habana, 1920-Madrid, 1957). Próximo al surrealismo* primitivista del también pintor cubano Wilfredo Lam, convertidos uno y otro al telurismo desde sus respectivas y transcendentales estancias en la vecina república de Haití, Diago es el primero en su país en incorporar elementos de la cultura africana a la pintura. Abandona Cuba, se instala en Madrid y allí se suicida.

DÍAZ, José (Sevilla, 1896-Tiflis, 1942). Tras haber sido sindicalista activo desde los 18 años, desde 1932 es secretario general del Partido Comunista de España (PCE). Detenido en Madrid en 1925, contrae un cáncer de estómago que arrastra toda la vida. Su papel a la cabeza de su partido es determinante para entender la espectacular progresión de los comunistas durante la Guerra Civil española y su orientación exclusiva hacia la victoria militar. Estando ya muy enfermo y poco antes de la caída de Madrid, se traslada con su familia a Leningrado, de donde tendrá de nuevo que mudarse para huir del avance nazi. El 21 de marzo de 1942, no pudiendo soportar el dolor que le causa su enfermedad, se arroja al vacío del quinto piso del hotel donde reside con su familia en la capital georgiana.

DI BENEDETTO, Antonio (Mendoza, 1922-Buenos Aires, 1986). Entre las novelas de este periodista, escritor y guionista cinematográfico argentino destaca por propia elección *Zama* (1956). Es autor, entre otros muchos libros, de la novela *Los suicidas* (1969), que forma una trilogía con la anterior y con *El silenciero* (1964). Secuestrado por los militares horas después de estallar el golpe de Estado de 1976, pasa más de un año preso y es torturado sin llegar nunca a saber de qué se le acusa. Excarcelado, se refugia en Estados Unidos, Francia y España, país este último donde permanece hasta su regreso a Argentina en 1985.

En una entrevista concedida a la revista *Crisis*, publicada en diciembre de 1972, declara que, dentro de su familia, toda la rama paterna "estaba minada de suicidios repartidos en todas las etapas". A lo que añade: "Lo he dicho con toda claridad en *Los suicidas*, donde la historia de mi abuelo Antonio está contada, en parte, como personaje que allí se trata de un modo real. Uno de los hermanos de mi padre se suicidó luego de un largo período de pérdida de la razón". De esta novela dice su gran amigo Juan José Saer que es el "inventario metódico de las circunstancias y de las razones que pueden legitimar el suicidio." El protagonista, un periodista, indaga en el caso de tres muertes que él cree ser suicidios, guiado por el recuerdo del de su propio padre.

En 2005 el director argentino Juan Villegas lleva esta novela al cine con el mismo título, y su película, en la que actúan Daniel Hendler, Camila Toker y Leonora Balcarce, ofrece una versión menos negra, más optimista, en la que el amor entre los protagonistas tiene mayor importancia que la pesquisa policiaca.

DIDEROT, Denis (Langres, 1713-París, 1784). Dedica gran parte de su actividad a la magna empresa de la *Enciclopedia**, lo que no le impide cultivar todos los géneros literarios, la filosofía y la crítica ar-

tística, de la que es, como de tantas otras cosas, uno de los pioneros. En 1757 escribe, imitando a Goldoni, la comedia lacrimógena *El hijo natural* (*Le fils naturel ou les épreuves de la vertu*) para ilustrar sus teorías sobre el teatro. En esta obra, melodramática y moralizadora, Clairville, amigo de Dorval y enamorado de la amada de éste, Rosalie, intenta suicidarse para resolver el dilema en el que se debate entre la amistad y el amor.

Dido. La reina de Cartago es una de las figuras femeninas más patéticas legadas por la Antigüedad. La leyenda de Dido ofrece a la literatura dos versiones de carácter opuesto, aunque ambas se resuelven por el suicidio mediante el uso de la espada. La primera, que la convierte en prototipo de mujer casta y esposa fiel, celosa guardiana de la memoria de su difunto esposo Siqueo, asesinado por Pigmalión, hace que prefiera matarse a casarse en segundas nupcias con Yarbas, rey de los gétulos. Fiel más allá de la muerte, aún más heroica que Lucrecia*, esta versión, la oficial de historiadores de la Antigüedad como Trogo, Timeo y Justino, contrasta con la de Virgilio en la *Eneida*, libro IV, versos 522-705, en la que, celosa y desesperada por no poder retener a su amante Eneas, arrebata su espada al troyano y con ella se da muerte. *Infelix Dido!*, clama, y a continuación maldice a los troyanos cuyas naves se alejan, prediciéndoles la venganza de Aníbal* contra Roma.

Esta infausta cartaginesa alcanza, junto a algunos otros suicidas, el grado de doble suicidio, ya que no sólo se atraviesa el pecho con su acero sino que lo hace arrojándose a las llamas de una hoguera. En la carta séptima de las *Heroidas*, Ovidio* hace que, antes de cometer su atentado, la reina dirija amorosos reproches al culpable. Dante* la condena al segundo círculo del Infierno por su infidelidad al rey muerto, allí donde son aventadas las almas de los lujuriosos. Su crimen no es matarse, sino matarse por amor (*s'ancise amorosa*).

El teatro español del Siglo de Oro explota ambas vertientes del tema, ya muy popular en el Romancero; y si Cristóbal de Virués en *Elisa Dido* y Gabriel Lobo Lasso de la Vega en *La honra de Dido restaurada*, exaltan a la casta, Guillén de Castro en su *Dido y Eneas* se inclina por la despechada. Álvaro Cubillo de Aragón combina una y otra en una comedia de enredo, *La honestidad defendida o Elisa Dido*. Los franceses, a su vez, se apoderaron del tema en la misma época, empezando por Jacques de la Taille y Étienne Jodelle, prosiguiendo con Alexandre Hardy y, ya en el siguiente siglo, con Georges de Scudéry y François Boisrobert. En Inglaterra fue Christopher Marlowe quien dramatizó su vida en la tragedia de *Dido* (*Dido, Queen of Carthage*), escrita en colaboración con Thomas Nash. Innumerables son las versiones líricas de esta tragedia, entre las que destacan las óperas de Cavalli y de Domenico Scarlatti, y muy en especial *Dido and Aeneas* (1689) de Henry Purcell. También son muchos los pintores, como Rafael, Rubens o Claude Lorrain (Claudio de Lorena) que plasman este drama en sus lienzos.

La escritora y poeta mexicana Rosario Castellanos (1925-1974) le dedica un largo poema, "Lamentación de Dido", en la que le hace decir: "Ah, sería preferible morir. Pero yo sé que para mí no hay muer-

te / porque el dolor —y ¿qué otra cosa soy más que dolor?— me ha hecho eterna".

DIETRICH, Marlene (Berlín, 1901- París, 1992). La fatal vampiresa de *El ángel azul*, la musa idolatrada por Joseph von Sternberg, tiene que abandonar Alemania huyendo de los nazis e instalarse en Estados Unidos a partir de 1930. Allí prosigue su carrera triunfal dirigida por los mejores directores. Una de sus amigas, la secretaria y confidente Norma Bosquet, revela a la prensa, con ocasión del centenario de su nacimiento, que su muerte, ocurrida a la edad de 90 años, se debió a la absorción de una sobredosis de somníferos, que la estrella parece haber ingerido tras sufrir pocos días antes una hemorragia cerebral. Según las declaraciones de esta amiga, no quería someterse a tratamientos médicos ni ser hospitalizada.

DIOCLECIANO, Cayo Aurelio Valerio (Dioclea, ¿245?-Split, 311). Este emperador romano de origen modesto es un gran reformador y pacificador. Instaura el sistema de la tetrarquía o reparto del gobierno del Imperio entre cuatro cabezas, y lanza, a partir de 301, una de las más rigurosas persecuciones contra los cristianos. Asciende al poder en 285 y se retira voluntariamente en 305 a la actual Split, en la costa adriática, donde se ha hecho construir un suntuoso palacio. Tras varios años de plácida vida cultivando su jardín, decepcionado por la orientación que toma el Imperio bajo Constantino, se envenena en 313. Jorge Luis Borges, con el seudónimo de José Tuntar, escribe en el suplemento de los sábados del diario *Crítica* un texto titulado "El lento suicidio de Diocleciano".

DIODORO. Séneca* cita a este filósofo epicúreo, contemporáneo suyo, en su *De vita beata* (XIX, 1) y narra su suicidio en estos términos: "se rebanó la garganta" (*sibi gulam præsecuit*). Como el filósofo cordobés afirma que "hace pocos días puso fin a su vida por su propia mano" (*intra paucos dies finem vitæ suæ manu sua imposuit*), podemos deducir que el suicidio se perpetró en el año 58, ya que ésta es la fecha que se considera más probable para la redacción de ese diálogo.

DIÓGENES el Cínico (Sínope, ¿413?-Corinto, 327 a. C.). Hombre excéntrico y provocador, cuyas anécdotas, auténticas o atribuidas —la lámpara, la escudilla, el tonel, el perro, su encuentro con Alejandro Magno, etc.— le han sobrevivido hasta nuestros días inpirando a muchos pintores y literatos. No debía de ser tan disparatado este filósofo griego como lo pinta esta tradición, de la que se hace eco su homónimo Diógenes Laercio, cuando goza de muy buena opinión entre gente tan sensata como Plutarco o Luciano. Es Laercio quien nos cuenta que, ya con 90 años y cansado de la vejez, el discípulo de Antístenes y fundador de la escuela cínica se da muerte conteniendo la respiración. Así lo recoge Pedro Mexía en su *Silva de varia lección* (1550-1551): "Viéndose viejo, sin fuerças, cansado ya de bivir, con aquella constancia que avía bivido se causó la muerte, porque tuvo ('contuvo') el resuello voluntariamente hasta que se ahogó" (I, 27).

DISCH, Thomas (Des Moines, 1940-Nueva York, 2008). Enfermo de diabetes y ciática, viudo de su compañero sentimental el poeta Charles Naylor, y angus-

tiado por tener que abandonar el piso en que vivía desde hacía varias décadas en Manhattan, el poeta, crítico, ensayista y novelista de ciencia ficción se dispara un tiro en su domicilio.

DÖBLIN, Wolfgang (Berlín, 1915-Housseras, 1940). Antes de darse muerte en un pueblecito de los Vosgos franceses el primer día de primavera de 1940, este soldado telefonista, hijo de Alfred Döblin, el famoso autor de *Berlin Alexanderplatz* y neurosiquiatra judío, nacionalizado francés con el nombre de Vincent Doblin, envía un sobre cerrado a la Academia de Ciencias de París en febrero de ese mismo año. Al descubrirse su contenido, 60 años más tarde, no aparece un mensaje que explique su decisión sino un cuaderno escolar cubierto de fórmulas matemáticas que lo muestran como un genio adelantado a su época.

DOMÍNGUEZ, Óscar (La Laguna, 1906-París, 1957). Instalado en París desde 1927, este pintor español nacido en Canarias lleva allí una vida turbulenta y en 1934 se afilia al surrealismo*. Contribuye a los descubrimientos del grupo con sus "calcomanías sin objeto preconcebido" o "calcomanías del deseo" —que Breton califica de "vieja pared paranoica de Vinci, pero llevada a la perfección"— así como con el uso de numerosos objetos, sus visiones "cósmicas" y sus "superficies litocrónicas", mecanismos de solidificación y petrificación del tiempo. Se aleja del movimiento en 1945 y en diciembre de 1957, muy romanamente, se abre las venas.

DOMINGUÍN, apodo de Domingo González Lucas (1920-1975). Es hijo de torero y miembro de una ilustre dinastía taurina a la que pertenecen sus hermanos Pepe y Luis Miguel, el más renombrado de todos, también apodado Dominguín. Tras tomar la alternativa en 1942, torea poco y sin gran fortuna y se retira pronto del toreo pero no de la tauromaquia, donde sigue activo como empresario y apoderado de grandes figuras. Retirado en Ecuador, se suicida en la ciudad de Guayaquil.

DOMNA, Julia (Emesa, 170-Antioquía, 217). Esposa del emperador romano Septimio Severo y madre de Caracalla y Geta. Mujer de gran inteligencia y valor, estudiosa de la filosofía e introductora en Roma de la cultura oriental, puesto que había nacido en Siria. Al igual que otras mujeres de la dinastía severa, ejerce una especie de matriarcado, llegando a ser emperatriz *de facto* al quedar viuda. A la muerte del emperador, asiste a los enfrentamientos entre sus dos hijos e incluso al asesinato en su propia presencia de Geta. Apoya siempre a Caracalla en toda circunstancia y hasta sus últimas consecuencias. Cuando se produce un levantamiento de tropas contra su hijo, encabezado por Macrino, la ya anciana matrona, temerosa de las funestas consecuencias, decide poner fin a su vida y se deja morir de inanición*. Tras su muerte, es deificada en Roma.

DOMNINA de Alepo, santa (siglo IV). Mártir cristiana, cuya fiesta celebra el santoral el 4 de octubre por ser este día del año 301 cuando, en compañía de sus dos hijas, Berenice y Prosdocia, se da muerte arrojándose al agua. Denunciadas como cristianas ante las autoridades por su esposo y padre, son detenidas durante la

persecución de Domiciano. Como Pelagia* y otras santas mártires* cristianas, éstas prefieren también la muerte al deshonor, que siempre acecha como amenaza de violencia en forma de desenfrenada soldadesca. Durante su traslado entre el lugar de la detención y la prisión, las tres mujeres logran burlar la vigilancia de sus guardianes, saltan al agua desde un puente y se ahogan santamente.

Don Álvaro o la fuerza del sino. Drama en cinco actos del dramaturgo español Duque de Rivas (1791-1865) que, estrenado en 1835, consagra el triunfo del romanticismo* más desbocado en la escena española. El protagonista, personaje misterioso y de origen desconocido, aunque más adelante se sabe que es hijo de un virrey y de una noble peruana, es un Don Juan más ocupado en matar que en seducir. A la vista de la hecatombe que ha provocado en escena y del reguero de malentendidos y muertos que va dejando tras de sí, intenta sin éxito morir en el campo de batalla*. Como nuevos crímenes se añaden a su ya rico historial, se precipita al abismo exclamando: "¡Infierno, abre tu boca y trágame!"

DONNE, John (Londres, 1572-1631). Considerado precursor de los poetas metafísicos y como uno de los mayores escritores británicos del siglo XVII, este poeta, prosista, teólogo y célebre predicador anglicano escribe en 1608 uno de los libros más inconformistas sobre el tema del suicidio, *Biathanatos*. Se publica póstumamente en 1647, sin duda por lo audaz de las posiciones defendidas por su autor, ya que él mismo, asustado por su contenido, según confiesa en carta a un amigo, está a punto de quemarlo. Se trata, en efecto, de la primera apología de la muerte voluntaria.

Basándose en la Biblia*, no sólo llega a la conclusión de que darse la muerte no es pecado, sino que intrepreta como un acto de muerte voluntaria el sacrificio de Jesucristo*, la muerte de los mártires* cristianos e incluso las maceraciones extremas de penitentes y anacoretas. En este punto se adelanta en muchos siglos a la definición de suicidio crónico*. Por último, y de modo muy estoico*, estima que es necesario "fomentar en los hombres un justo desprecio de la vida". Con palabras en las que resuena el eco de Séneca*, resume: "Las llaves de mi cárcel están en mis manos".

DORÉ, Gustave (Estrasburgo, 1832- París, 1883). Célebre por sus series de ilustraciones para ediciones de *Gargantúa y Pantagruel*, el *Quijote*, *La Divina Comedia*, o la *Biblia*, este pintor, grabador y dibujante francés ha contribuido a difundir por el mundo la imagen de una España romántica de bandoleros y manolas.

Una acuarela suya, conservada en el Victoria and Albert Museum de Londres, representa el muy popular tema del suicidio femenino londinense, que tantos artistas ingleses habían ilustrado. Siguiendo la moda, coloca a la protagonista de la escena en lo alto del llamado Puente de los suspiros sobre el Támesis, a punto de arrojarse a sus aguas. En 1855 ilustra con una litografía la muerte de su admirado poeta Gérard de Nerval*, para la que se documenta detalladamente sobre el escenario del drama. El grabado se titula, como si de un simple paisaje urbano se tratase, "La rue de la Vieille Lanterne", pero la vista

del sórdido callejón se ve de pronto concurridísima por legiones angélicas que se disponen a acoger en las alturas al alma o al ectoplasma del desafortunado escritor, que un esqueleto benevolente conduce al Empíreo.

DORTICÓS, Oswaldo (Cienfuegos, 1919-La Habana, 1983). Revolucionario desde 1952, es uno de los fundadores del Movimiento del 26 de julio, que dirige y organiza en su ciudad natal de Cienfuegos. Detenido en 1958 durante la dictadura de Batista, a pesar de ser presidente del Colegio Nacional de abogados, tiene que refugiarse en México. Tras el triunfo de Fidel, regresa a Cuba*, donde ocupa distintas carteras de ministro. Es nombrado presidente de la República, cargo que desempeña entre 1959 y 1975, hasta que pasa a vicepresidente a las órdenes de Castro. En 1983 se dispara un tiro de pistola en la sien.

DOSTOYEVSKI, Fiódor (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881). En su novela, *Crimen y castigo* (1866), el protagonista, Raskólnikov, tras asesinar a una vieja usurera y obtener un flaco botín, presa de remordimientos, piensa un momento en suicidarse. Su hermana Dunia, institutriz en casa de Svidrígailov, que ha envenenado a su propia esposa para poder casarse con ella, trata de defenderse de su acoso con un revólver, y con esta misma arma se da muerte el frustrado seductor, humillado y arrepentido.

En su novela corta "La mansa", que el autor publicó en *Diario de un escritor* en noviembre de 1876, asistimos al largo monólogo de un hombre ante el cadáver de su joven esposa que acaba de matarse. Exasperada por lo que consideraba frialdad de su esposo, una noche intenta asesinarlo durante su sueño armada de un revólver, y al ver que él la mira fijamente desde la cama se siente incapaz de apretar el gatillo y se tira por la ventana. El cineasta francés Robert Bresson lleva esta historia a la pantalla en 1968 con el título de *Une femme douce*, con Dominique Sanda en el papel de la protagonista. La crítica ha elogiado en particular "la escena magistral del suicidio, una maravillosa elipsis con la que empieza y acaba el filme: el blanco chal que la protagonista llevaba al arrojarse al vacío, que flota en el aire" (Rafael Llano).

Una de las secuencias suicidas más largas de la literatura universal, que además resulta un fracaso, es la que se prolonga a través de varios capítulos y decenas y decenas de páginas en la tercera parte de *El idiota* (1868). Hipólito, el tísico quejumbroso y autocomplaciente al que sólo le quedan unas semanas de vida, aprieta el gatillo de la pistola con que se apunta a la sien pero —¡fatal olvido!— no ha pensado en cargarla con una bala. Lo que no admite dudas es que el interminable discurso que lee a los presentes constituye el mensaje suicida* más torrencial que se haya redactado jamás.

En *Los endemoniados* (1870), otra de sus grandes novelas, el autor, que ha sucumbido en su juventud a la tentación revolucionaria, lanza ahora el más demoledor ataque contra los nihilistas ateos y contaminados de europeísmo. Stavroguin, escéptico y seductor, en quien los conspiradores ven un ídolo, viola a una chiquilla a la que deja que se ahorque sin intentar nada por impedírselo. Aún más satánico que él, el siniestro Verjovenski em-

puja al suicidio a uno de los miembros de la célula, Kirilov, para que recaigan sobre él todas las sospechas del atentado que acaban de cometer. Nadie más dispuesto que él al sacrificio*, ya que, en su caso, el suicidio viene a ser la conclusión lógica de toda una vida de reflexión filosófica y de ateísmo radical. El suicidio puede ser la prueba de que el hombre es capaz de superar todos sus límites y convertirse en un verdadero Dios. Como subraya un crítico, este personaje es el más cristiano de la novela, y con su suicidio no hace sino imitar a Jesucristo* en la cruz. En la última página del libro, cuando parece que todo ha terminado, después de que Stavroguin haya escrito en su carta a Daria Pavlovna "sé que debería matarme [...] pero tengo miedo del suicidio", cuando ésta decide abandonarlo todo y reunirse con él, aparece su cadáver colgado de una viga. Junto a él, el más clásico y sucinto de los mensajes* de despedida: "No se acuse a nadie. He sido yo".

En *El adolescente* (1875), Versilov, el padre del protagonista, al igual que otros personajes románticos aquejados del mismo mal, se dispara un tiro para liberarse de su doble maligno.

DRAKE, Nick (Rangún, 1948-Tanworth-in-Arden, 1974). El más triste, solitario y tímido de los cantantes y compositores del pop inglés, "más próximo a P. B. Shelley que a Buddy Holly" —en palabras de su mejor amigo y productor, Joe Boyd— deja a su muerte tres álbumes, *Five Leaves Left* (1968), *Bryter Layter* (1970) y *Pink Moon* (1972), más otro póstumo, *Time of no Reply* (1974). En ellos, las canciones más melancolicas y desoladas, acompañadas sólo por su guitarra, un piano y un chelo. De ellas dice el novelista británico Nick Hornby*: "A esa edad descubres la música de Nick Drake, que es la muy hermosa materialización de la tristeza y la desesperación. Esas canciones ¿son medicinales o te empujan a seguir su camino?" Nacido en Birmania, criado en el seno de una familia burguesa y educado en Cambridge, se da muerte en la casa de sus padres, cerca de Birmingham, donde, la noche del 25 de noviembre, escuchando los *Conciertos de Brandeburgo* de Bach en la misma habitación en la que ha vivido durante toda su infancia, se mete entre pecho y espalda una sobredosis de antidepresivos. Encima de la mesilla, *El mito de Sísifo* de Albert Camus*.

DRIEU LA ROCHELLE, Pierre (París, 1893-1945). Fascinado por la violencia, es herido tres veces durante la guerra de 1914. A su vuelta del frente, escribe ensayos y novelas y trabaja para la prestigiosa revista *NRF*, a la vez que participa en la aventura surrealista*. Antidemócrata aún más que antisemita, milita en el partido fascista de Doriot desde 1934 y colabora con las autoridades nazis durante la ocupación de su país. Tras la liberación, antes de ser detenido y terminar probablemente ejecutado, como su amigo el también escritor fascista Robert Brasillach, se suicida. Su albacea testamentario es André Malraux*, quien, aunque ministro de De Gaulle, trata de ayudarle.

Drieu deja un diario íntimo de los años de la guerra, *Relato secreto* (*Récit secret*), en el que trata de explicar su muerte. De él dice Malraux que "da demasiadas razones para un acto que no se puede explicar". Del mimetismo e inspiración transmitidos entre suicidas es buen ejem-

plo Jacques Rigaut*, el dandy del suicidio en el ojal, por quien Drieu se siente fascinado. En él se basa para su relato "La maleta vacía" ("La valise vide") así como para su novela *El fuego fatuo* (*Le feu follet*). En ésta escribe: "El suicidio es un acto, el acto de quienes no pudieron realizar otros". La película de Louis Malle del mismo título (1963) es el relato de las últimas horas de alguien que ha decidido poner fin a su vida. El protagonista, encarnado por Maurice Ronet, lo hace en el momento anunciado tras declarar: "Me mato porque no me habéis querido, porque no os he querido".

DUARTE, Juan (Los Toldos, 1914-Buenos Aires, 1953). Hermano de Eva Duarte, esposa del general argentino y presidente de la República Juan Domingo Perón, es secretario particular de éste desde su primera presidencia. Tras haber renunciado a su cargo, se suicida durante el segundo mandato del general, pocos meses después de la muerte de la popular Evita y cuando el régimen se debate en plena crisis. Tal es, al menos, la versión oficial. Su muerte desencadena la violencia entre partidarios y opositores al régimen y acelera su crisis.

DUMAS, Jean. Aunque alemán y residente en Leipzig, este pastor protestante de origen francés escribe en su lengua materna sus obras de polemista. En el *Tratado del suicidio o del asesinato voluntario de sí mismo* (*Traité du suicide ou du meurtre volontaire de soi-même*), publicado en Amsterdam por D. J. Changuion en 1773, refuta con fuerza los argumentos esgrimidos sobre el tema por Rousseau y Montesquieu, y aún con mayor insistencia por el jurista italiano Cesare Beccaria en su revolucionario *De los delitos y penas* (*Dei delitti e delle pene*, 1764).

DUPREY, Jean-Pierre (Ruán, 1930-París, 1959). Otro de los muchos surrealistas* que ponen fin a su vida, cultiva la poesía, la pintura y la escultura, es anoréxico en su infancia y, según su propio diagnóstico, "alérgico a este planeta". Le ayudan por algún tiempo a reconciliarse con la vida los poemas de Rimbaud, Lautréamont y Artaud*. Es un surrealista tardío, investido como tal por André Breton, quien en 1950, a raíz de la publicación de su primer poemario, acoge al novel poeta en su cenáculo. El título de este primer libro, *Detrás de su doble* (*Derrière son double*), muestra uno de sus rasgos: una timidez o discreción extrema que le hacen ocultarse detrás de sí y de su obra. El 2 de octubre de 1959, tras enviar al jefe del movimiento el manuscrito de sus últimos poemas, *La fin et la manière*, se ahorca en su casa.

DURKHEIM, Émile (Épinal, 1858- París, 1917). Este sociólogo francés, heredero del positivismo, es el primero en dotar a la sociología de bases científicas. Según su biógrafo Steven Lukes, su temprano interés por el tema del suicidio procede del que lleva a cabo un buen compañero de estudios. Antes que él, pero desde una perspectiva psiquiátrica, se interesan por el tema el francés J. Étienne Esquirol (1838) y el italiano Enrico Morselli* (1879).

En su libro *El suicidio* (*Le suicide*, 1897) define el objeto de su estudio como toda muerte que resulta mediata o inmediatamente de un acto positivo o negativo realizado por la misma víctima. Tras

dar esta definición observa en su argumentación que pueden quedar incluidos los hechos accidentales, por lo que añade: "Hay suicidio cuando la víctima, en el momento en que realiza la acción, sabe con toda certeza lo que va a resultar de él". Durkheim estudia el fenómeno a la luz de las estadísticas oficiales, analizándolo como el resultado de causas colectivas, sociales o institucionales, y no sólo psicológicas e individuales. Para este estudio cuenta con la colaboración de su sobrino, el etnólogo Marcel Mauss*.

La sociedad aparece a través de su análisis como responsable en parte de estas muertes, ya que, según él, el suicidio varía en razón inversa al grado de desintegración de los grupos sociales de que forman parte los individuos. Si el vínculo que liga al hombre con la vida se diluye es porque el lazo que le une a la sociedad se ha relajado. Los remedios que propugna son también de orden social, abogando por una descentralización del Estado, que proporcione mayor autonomía a los grupos y colectividades locales. En las sociedades contemporáneas, donde tanto la política como la religión han perdido la fuerza de antaño, se hace difícil encontrar una estructura que evite que el individuo se encuentre con ese vacío incomprensible que le empuja al suicidio. Así pues, la única manera de poner remedio al suicidio es, a su modo de ver, dar mayor consistencia a los grupos sociales. De este estudio de Durkheim nace el concepto de *capital social*, que para la sociología actual heredera suya (p. ej. Robert D. Putnam) constituye el mejor índice para medir la felicidad y el bienestar individuales y, por consiguiente, el mejor antídoto contra la depresión, la desesperación y el suicidio.

Es ya clásica la distinción que hace en este estudio de las cuatro categorías de suicidas: egoístas, altruistas, anómicos y fatalistas. Una individualización excesiva conduce al suicidio egoísta, pero una individualización insuficiente produce efectos parecidos que también pueden conducir al suicidio. Así, los suicidios altruistas o sociales no dependen de la propia voluntad, sino de lo que el individuo considera una obligación que le viene impuesta por el entorno. El deshonor, la marginación u otras penas vienen a sancionar al rebelde que no cumple con su deber suicida. Este tipo de suicidio se observa, dentro de las sociedades avanzadas, sobre todo en el ejército*, que representa, dentro de éstas, como un vestigio de "las sociedades inferiores".

Los suicidios anómicos (*anomia* significa ausencia de normas) son los que se dan en estados de crisis, sobre todo económicas, y son fruto en gran parte del materialismo ambiental y de la pérdida de influencia de las religiones. No significa que en períodos de guerra o de hambruna se den más suicidios, sino precisamente todo lo contrario. La prosperidad es la que provoca frustación entre los individuos. Comparando este tipo de suicidio con el suicidio egoísta, con el que guarda no poca relación, Durkheim señala que ocupan parcelas sociales diferentes: el primero interviene en el mundo empresarial mientras que el segundo se centra en las profesiones intelectuales o artísticas. Entran también dentro del suicidio anómico los suicidios marcados por un carácter pasional, de los que son buen ejemplo las personas que se dan muerte tras cometer un asesinato. En el apartado de los suicidios fatalistas incluye a los esposos demasiado

jóvenes (los del "casarse pronto y mal" de Larra*) o a las mujeres casadas sin hijos, unos y otras víctimas de una pasión violentamente comprimida por la disciplina. La obra de Durkheim se prolonga en la de su discípulo Maurice Halbwachs*, quien revisa algunos de sus conceptos.

DUSTAN, Guillaume (París, 1965-2005). "Autopornógrafo" declarado y narcisista fetichista, este escritor homosexual y provocador nace en el seno de una familia burguesa parisina. Dustan, seudónimo de William Baranès, es hijo de un psicoanalista, ex-alumno de la más prestigiosa escuela superior francesa, la ENA, y juez administrativo. Su militancia iconoclasta toma por blanco tanto a su clase social como a la *intelligentsia* homosexual. Tan importante como su obra escrita, que él juzga severamente ("Carezco de humor. Tengo un vocabulario limitado. No soy capaz de imaginar"), son sus actuaciones públicas con peluca verde y atuendo estrafalario o sus declaraciones terroristas capaces de provocar una explosión de críticas. Por ejemplo, las encaminadas a defender la práctica sexual sin preservativo, propias de un candidato al suicidio, y cuyas consecuencias él mismo padece al revelarse seropositivo. A los 40 años se da muerte mediante una sobredosis de fármacos.

E

EATHERLY, Claude (1918-1978). Pilota el bombardero norteamericano *Enola Gay*, que en 1945 lanza la primera bomba atómica de la historia sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. De vuelta del frente, mientras sus compañeros de aventura son festejados como héroes, él, traumatizado por las consecuencias de su acto, rehúye la compañía, se divorcia, lleva a cabo un primer intento de suicidio con somníferos, trata de instalarse en Canadá y, a su regreso, es internado en varias ocasiones en hospitales psiquiátricos de alta seguridad del Pentágono.

Nuevas tentativas de suicidio alternan con las más peregrinas iniciativas encaminadas a denunciar el crimen y lavar su culpa, desde cartas y obsequios enviados a Japón hasta falsos atracos sin intención de lucro. Desde 1958 establece una relación epistolar con el filósofo vienés Günter Anders, eminente teórico del pacifismo y la lucha antinuclear, quien en 1961 escribe al presidente Kennedy sobre su caso. La correspondencia entre ambos está recogida en el libro del austriaco *Más allá de los límites de la conciencia* (Paidós, 2005). En 1961 huye de la prisión de alta seguridad de Waco y no deja huella. Algunos autores, como el ensayista Santiago Alba, apuntan a una "desaparición" a la argentina.

Edad. Es frecuente el caso de quienes se dan muerte para no llegar a viejos, o también porque ya han llegado y no les gusta nada, como a Bruno Bettelheim *, que desoyó sus propios consejos de no llegar y se mató ya anciano. A Michel Houellebecq * le parece la conclusión lógica y general a la que se llega si se es lúcido y honrado. Más curioso es el caso de quienes se ponen un tope, una fecha de caducidad, y se suicidan antes de alcanzar la fatídica edad. Cada uno pone el límite donde le parece. Los más precoces, como Andrés Caicedo *, deciden que "vivir más allá de los 25 años es una vergüenza". Para otros, el límite puede ser la edad de Jesucristo *, los 33, y eso es lo que hace un tío abuelo paterno del mortífero anarquista Santiago Salvador *, "sacerdote virtuoso" que se pega un tiro por no ser más que su maestro. Gabriel Ferrater* fija su límite en los 50. Los 50 parecen ser también el límite insuperable ideal para Hunter S. Thompson *. Sin embargo, se pasó un poco: "67 años.

Han pasado 17 de los 50. Son 17 años más de los que yo quería o necesitaba", deja escrito en el mensaje de depedida a su esposa. Juan Belmonte* lo fijó, al parecer, en los 70. Y ésta es, según refiere Diógenes Laercio, la edad que señaló como límite a los atenienses el sabio Solón de Salamina. Otra cosa es que lo cumplieran. También Paul Lafargue* pone este límite en el pacto que firma con su esposa. Es conducta peregrina la elección de la fecha de cumpleaños para darse muerte, como lo hacen, por ejemplo, los poetas Rodrigo Lira* y Tomás González*.

EDWARDS BELLO, Joaquín (Valparaíso, 1887-Santiago de Chile, 1968). Bisnieto del filólogo y pensador Andrés Bello y tío del novelista chileno Jorge Edwards (Santiago, 1931), quien en su novela *El inútil de la familia* (Alfaguara, 2004) vuelve a dar vida a este personaje pintoresco, aristócrata rebelde, jugador, escritor maldito aunque cronista de éxito, que termina disparándose un pistoletazo cuando ya tenía 81 años. De él dice su sobrino: "Mi tío Joaquín, el escritor maldito de la familia, fue una contradicción viviente: jugador, supersticioso, socialista, fascista, ateo y devoto de la Virgen".

EGEA, Javier (Granada, 1952-1999). De "último romántico" o "último bohemio" califican quienes lo conocieron a este poeta granadino que, junto con Luis García Montero y Álvaro Salvador, fue uno de los padres del movimiento "la otra sentimentalidad". Es poeta popular y poco académico, gran admirador de Alberti, en cuyo honor publica un *Manifiesto albertista* (1982). Entre sus poemarios destacan *Paseo de los tristes* (1982) y *Raro de luna* (1990). Víctima de una grave depresión, se da la muerte. De él dice su gran amigo García Montero: "Nadie era capaz de convencerlo de nada cuando decidía autodestruirse [...]. Sabía corregirlo todo, excepto su propia vida y su propia muerte". En la presentación que de su libro póstumo, *Sonetos del diente de oro*, hace el profesor José Antonio Fortes en 2006, declara que estos poemas "fueron escritos a comienzos de los noventa en una época en la que sus compañeros de lucha y de ideología, o bien se habían suicidado, o bien se habían vendido directamente al poder".

Egeo. Rey mítico de Atenas, padre del héroe Teseo, el vencedor del Minotauro en el laberinto de Creta. De vuelta a casa, sea por descuido o por el pesar de haber perdido a Ariadna en el camino, el hijo se olvida de cambiar la vela negra de la nave por una blanca, según la señal de victoria convenida con el padre. Cuando éste, desde lo alto del acantilado en el que monta guardia, avizora en lontananza la funesta señal, sin esperar la llegada del navío se arroja al mar, que desde entonces lleva su nombre.

Egerio. En la obra de Calderón de la Barca *El purgatorio de san Patricio* es el nombre de un rey de Irlanda, personaje antagonista del santo. Nada más levantarse el telón y debido a un sueño que acaba de tener estando aún entre bastidores, el personaje está ya a punto de arrojarse al mar. En el sueño veía a sus dos hijas morir abrasadas mientras él resultaba indemne. Esta primera vez las hijas consiguen sosegarlo, pero en el último acto vuelve a las andadas y, tras penetrar en una cueva de la que salen llamaradas y voces, y a la que,

no muy cristianamente, san Patricio le invita a entrar, muere desesperado, y así nos lo cuenta el gracioso Paulín, haciendo de mensajero de catástrofes.

Egipto. Uno de los primeros documentos escritos sobre el suicidio de que se tiene noticia, el monólogo egipcio titulado *Disputa entre un desesperado y su ánima*, se suele fechar en torno al 2200 a. C., aunque a nosotros nos haya llegado en una copia más reciente. Un relato de tiempos de Ramsés II titulado *Los dos hermanos: Anpu y Bata*, fechado hacia 1400 a. C., trata también del suicidio y constituye igualmente una de las referencias escritas más venerables sobre el tema. Se tiene igualmente noticia de un papiro egipcio de 991 a. C. en el que su autor se propone quitarse la vida, donde expresa de forma poética su estado melancólico o depresivo que le empuja a tomar tal decisión. El suicidio, tanto individual como colectivo, parece haber sido practicado con particular frecuencia entre los egipcios de todos los períodos de la Antigüedad y de todas las clases sociales. Cuando la emperatriz Cleopatra * se da muerte, en época romana, mediante la mordedura de un áspid tras la derrota y muerte de Marco Antonio *, método que parece un rebuscado refinamiento y que tantas imaginaciones ha inflamado entre artistas de épocas posteriores, no hace sino aplicar una receta que, junto a otras muchas, era ya usual en su pueblo.

EGOLF, Tristan (San Lorenzo del Escorial, 1971-Lancaster, 2005). Hijo de un periodista y una pintora nortemericanos, nace en España y viaja mucho con su familia hasta que se establece en Estados Unidos. Allí escribe su primera novela, *El amo del corral* (*Lord of the Barnyard*, 1988), que se publicará, al igual que su segunda, antes en traducción francesa por Gallimard que en su lengua original en Estados Unidos. Al no alcanzar un gran éxito con la literatura, se orienta hacia la música, liderando el grupo punk Kitschchao, que tampoco lo hace famoso. A continuación viaja a Europa, donde actúa como músico callejero. Su segunda novela, *La chica y el violín* (*Skirt and the Fiddle*) aparece en 2002. En la localidad norteamericana donde reside, despliega una gran actividad antibelicista que por fin le hace célebre gracias a su oposición al presidente Bush y la guerra de Irak. A los 33 años, aquejado de profundas depresiones, se mata de un disparo. Una tercera novela, *Kornwolf*, será publicada póstumamente.

EINSTEIN, Carl (Neuwind, 1885-Betharram, 1940). *Espartakista* en la Alemania de la primera posguerra y combatiente en la columna Durruti durante la Guerra Civil española, este anarquista judío alemán, poeta, escritor y crítico es un pionero y una figura central de las vanguardias artísticas y literarias alemana y francesa del período de entre guerras. Huyendo de la persecución nazi se exilia en Francia, adonde acude, como tantos otros, en busca de libertad para verse de nuevo perseguido. El 5 de julio de 1940 se arroja desde un puente a las aguas del Gave de Pau. Su muerte, cerca de la frontera española, cuando se siente acorralado entre la Francia de Pétain y la España de Franco, recuerda la de otro intelectual judío alemán, Walter Benjamin *, enterrado también en suelo francés. Algún tiempo antes de tomar su decisión, declara a su amigo,

el galerista y marchante Daniel-Henry Kahnweiler: "Ya sé lo que va a pasar. Me internarán y serán gendarmes franceses los que nos guarden; hasta que el día menos pensado, sean los SS. Y eso, ni pensarlo. Yo me tiro al agua".

Ejército. Durkheim* observaba en su estudio que existe, aun en las sociedades más cultas y avanzadas, un medio especial donde el suicidio altruista se da en estado crónico como vestigio de épocas más primitivas: el ejército. En todos los países europeos se ha observado —dice el fundador de la sociología— que la predisposición de los militares para el suicidio es muy superior a la de la población civil de la misma edad. Ningún país, ninguna institución castrense están al abrigo de esta plaga; ni por más civilizados, democráticos y plácidos que parezcan ser, se libran de ella. Baste decir que el número de casos en el ejército de Suiza es tan elevado que proporciona tema de estudio para toda una tesis de medicina (Claude Charpillod, *Les suicides dans l'Armée Suisse de 1946 à 1955*, Universidad de Lausana). Un caso significativo es, en la actualidad, el de Israel, país de tasa excepcionalmente baja entre la población civil y donde, paradójicamente, el suicidio representa la primera causa de mortalidad en el ejército. Con 43 casos en 2003, este resultado supone un aumento del 30% respecto a 2002. Que países con circunstancias tan distintas, uno en paz y neutralidad desde tiempos de Guillermo Tell y otro en permanente conflicto desde su fundación en 1948, presenten los mismos síntomas, incita a buscar las causas fuera de la guerra.

Ésta, no obstante, es causante de no pocas epidemias, aunque, curiosamente, más bien entre ex combatientes que entre combatientes. La suicidiología* ha adoptado el término de "síndrome de estrés post-traumático" (en inglés, PTSD, Posttraumatic Stress Disorder), o el equivalente de TEPT ("trastorno por estrés posttraumático"), patentados por la psiquiatría desde 1980, que se aplica perfectamente, aunque no en exclusividad, al caso de los soldados repatriados del frente. Según los psiquiatras, todos los veteranos de guerra presentan los mismos síntomas de ansiedad, tensión, depresión y culpabilidad del sobreviviente*, que en muchos casos conducen al suicidio o a tentativas de suicidio. La altísima tasa de muertes voluntarias registrada entre veteranos llega a extenderse a su entorno, donde allegados y familiares presentan a menudo idéntica patología.

Así, por ejemplo, entre los veteranos de la guerra de Vietnam, un 30% han experimentado los síntomas antes expuestos, alcanzando la proporción, según otras fuentes, de uno de cada tres repatriados. Si 700.000 de estos ex combatientes han requerido tratamiento o ayuda psicológica, también se detectó entre ellos un significativo aumento de suicidios o tentativas. Lo mismo ocurrió tras la breve guerra de las Malvinas (1982), tanto en un bando como en otro. Por parte británica, según la cuenta que llevan asociaciones como Denzil Connick o la Asociación de Medallas del Atlántico Sur, el número de suicidios ya ha superado el de los 255 muertos en combate. Otro tanto ocurre por parte argentina con 269 muertes voluntarias, si bien el número de muertos en acción de guerra fue superior, 326, a los que hay que añadir las víctimas del hundimiento del *Belgrano*.

¿Se producen hoy día muchos suicidios entre las tropas aliadas en Irak? Imposible contestar con exactitud, ya que las cifras facilitadas por las autoridades militares son siempre globales, contentándose con indicar el número de muertos. En una ocasión, un informe de diciembre de 2004 mencionaba la palabra "suicidios" junto a otras causas a la hora de hacer el habitual balance de bajas. Un sondeo de opinión efectuado entre los soldados norteamericanos en septiembre de 2004 y publicado por *The New York Times* revelaba que el 52% de los encuestados tenían "la moral muy baja". El informe elaborado a partir de esta misma encuesta recordaba que en 2003 se producían dos suicidios cada mes, y que en julio del mismo año la cifra había subido a cinco. El mismo artículo del diario neoyorquino menciona los 885 evacuados por problemas psíquicos hasta septiembre de 2004, entre los que se cuentan numerosos casos de amenazas o intentos de suicidio. Uno de cada seis repatriados —la mitad de los de Vietnam— presenta los clásicos síntomas post-traumáticos, de donde deducen los periodistas que 100.000 ex combatientes requerirán tratamiento psiquiátrico. Un estudio elaborado por el Pentágono, y hecho público el 1 de marzo de 2006 por el diario *The Washington Post*, revela que más de un tercio de los soldados que regresan de Irak necesita terapia psicológica.

En tiempo de paz, los suicidios son siempre más numerosos en los cuarteles que entre el resto de la población, y eso sucede en todos los países del mundo. Claro está que en los cuarteles, como en las cárceles*, muchos homicidios se disfrazan de suicidios. Las causas suelen ser, sobre todo entre reclutas, las novatadas y malos tratos por parte de sus compañeros y superiores, prácticas que pueden llegar al acoso* *sexual* y la *violación*.

En Perú, el defensor del Pueblo informa de que, en cuatro años, entre 1998 y 2002, 15 soldados se quitaron la vida, pero las familias de los muertos denuncian torturas y violaciones. En Gran Bretaña*, ante el recrudecimiento de *suicidios* y denuncias de malos tratos por parte de los familiares, el Parlamento exige a las autoridades militares en marzo de 2005 que se pongan los medios para hacer desaparecer la "cultura" (*sic*) de acoso enraizada en el Ejército. Este voto de los Comunes se produce después de denuncias por muertes sospechosas en los cuarteles de Deepcut (Surrey) y Catterick (Yorkshire). Podríamos seguir pasando revista a todos los ejércitos uno por uno, pero terminaremos con el de la Rusia actual, al que Viktor A. Cheretski denomina "el ejército de los suicidas". En 2001, 126 oficiales se quitan la vida, en la mayor parte de los casos por no poder mantener a sus familias. En 2002 se dan muerte 315 soldados, de los que 189 son reclutas recién incorporados a filas.

No escapan a esta tendencia los cuarteles de las fuerzas del orden, como lo muestra el caso de la Guardia Civil española. Con 3.580 bajas por problemas psicológicos sobre un total de 70.000 efectivos, con una media actual de 1,5 suicidios y de 2 intentos al mes, con 43 agentes muertos por esta causa entre 2002 y 2005, con una tasa desde 1985 de 24 suicidios por 100.000, muy superior a la media nacional, la situación del Benemérito Instituto, de cuyas fuentes tomamos estos datos, es tan grave que la Comisión de Interior del Senado hace comparecer ante ella

en 2002 al director general y para 2005 se pone en marcha un Plan de prevención de suicidios. La Guardia Civil es el cuerpo policial con mayor índice de suicidios (el 95% por armas de fuego), pero también el Cuerpo Nacional de Policía presenta índices muy elevados, muy por encima del promedio de la población general. El coeficiente de suicidios (consumados y tentativas) por 100.000 habitantes entre 1990 y 2004 es de 49,8 en la Guardia Civil, de 31,3 en el Cuerpo Nacional de Policía y de 6,1 en la población general. Lo mismo ocurre en otros países. *Le Monde* del 18 de julio de 2008 informa que en esa fecha son ya 23 los agentes de la policía francesa que han puesto fin a su vida, casi todos ellos mediante su arma reglamentaria.

ELLISON, Jim (1964-1996). Cantante y letrista muy apreciado del grupo norteamericano Material Issue, con el que graba dos discos: *International Pop Overthrow* (1991) y *Destination Universe* (1992). En 1994, antes de terminar el tercer disco del grupo, y tal vez por falta de un franco éxito comercial hasta ese momento, se da muerte mediante inhalación de gas*.

Emaús. Un buen remedio contra el suicidio. Del encuentro entre un sacerdote francés, el *abbé* Pierre, nacido en Lyón en 1912, y un ex presidiario suicida fracasado, Georges, nace en noviembre de 1949, en los suburbios de París, el movimiento de ayuda a los indigentes denominado Los traperos de Emaús (*Les chiffonniers d'Emmaüs*) o, simplemente, Emaús. Pierre, que no puede dar nada a quien nada tiene porque ya lo ha dado todo, le pide que "le ayude a ayudar", y así es como consigue su primer colaborador y como salva de la desesperación al suicida. Se trata —según cuentan los archivos del propio movimiento— de un encuentro entre "hombres que han tomado conciencia de su situación privilegiada y de su responsabilidad social ante la injusticia, y de hombres a quienes ya no les quedaba ninguna razón para vivir".

Emma Zunz. Título y nombre de la protagonista de un relato de Jorge-Luis Borges (1899-1986) recogido en su libro *El Aleph* (1949). En él se cuenta la historia de una venganza, la que se toma una hija contra quien arruinó a su padre. Se inicia con la noticia del suicidio del padre de la protagonista: "Emma leyó que el señor Maier había ingerido por error una fuerte dosis de veronal* y había fallecido". A pesar del eufemismo de rigor, la hija comprende muy bien el sentido del mensaje: "En la creciente oscuridad, Emma lloró hasta el fin de aquel día el suicidio de Manuel Maier, que en los antiguos días felices fue Emanuel Zunz". Desde ese momento trama su complicado pero eficaz plan de venganza y lo lleva perfectamente a cabo. Se hace violar para que acusen al verdugo de su padre de violación. El también escritor argentino Ricardo Piglia* comenta al respecto: "Emma Zunz o el relato como crimen perfecto. Emma usa su cuerpo como materia de la ficción". El cineasta francés Benoît Jacquot ha realizado una versión cinematográfica con el mismo título (1992), en la que la actriz Judith Godrèche desempeña el papel de Emma.

EMPÉDOCLES (Agrigento, ¿489-433?). Tan buen poeta lírico como geómetra y fi-

lósofo presocrático, al llegar a la ancianidad, según la tradición, se arroja al cráter del Etna. Una de las numerosas leyendas que rodean su muerte pretende que lo hace para probar su inmortalidad y esencia divina; pero el volcán, al devolver una de sus sandalias de bronce, confirma su condición mortal.

Hölderlin (1770-1843), quien durante toda su vida se interesa por esta figura, en la que ve su misión ideal de poeta-sacerdote, escribe una tragedia, *La muerte de Empédocles* (*Der Tod des Empedokles*), de la que sólo quedan fragmentos y bosquejos. En la última de estas versiones, el filósofo asciende acompañado por su discípulo Pausanias y se inmola en el cráter, como un nuevo Mesías redentor que carga con las culpas de sus conciudadanos. Al idealizar la figura del filósofo griego, Hölderlin apunta explícitamente a la idea del sacrificio* de Jesucristo*.

En el largo poema semidramático que le dedica el poeta inglés Matthew Arnold (1822-1888), *Empédocles en el Etna* (*Empedocles on Etna*), el filosófo se arroja a las llamas en el segundo acto, al quedarse solo y después de haber expuesto su concepción de la vida a su amigo Pausanias. Bertolt Brecht*, durante sus años de exilio, escribe un poema, "La sandalia de Empédocles", alegato materialista contra "aquellos que, cuando no ven, en seguida empiezan a creer". En él, el maestro "decidió morir" y "avanzó hacia el cráter" pero, antes de hacerlo, "se quitó con cuidado una sandalia" para que sus discípulos la descubrieran y no le creyeran inmortal. Así, "el fin de su vida / volvió a ser natural". Muerte "natural" no se opone aquí a muerte violenta, sino a desaparición mágica o intervención sobrenatural.

La figura de Empédocles fascina al filósofo francés Gaston Bachelard, quien en su estudio *El psicoanálisis del fuego** (*La psychanalyse du feu*, 1938), hace de él un paradigma de la búsqueda de la fusión con las llamas destructivas. Al acuñar con la leyenda de su suicidio el concepto de "complejo de Empédocles", el filósofo de la imaginación creadora subraya la esperanza de renovación que conlleva la atracción ejercida por la hoguera.

También el cine se ha interesado por la muerte de esta figura de la Antigüedad. En 1986, los cineastas franceses Jean-Marie Straub y Danièle Huillet, inspirándose en la primera versión de Hölderlin, realizan una película titulada *La muerte de Empédocles o Cuándo brillará de nuevo para vosotros el verde de la tierra* (*La mort d'Empédocle ou Quand le vert de la terre brillera à nouveau pour vous*), versión en la que el Etna arroja la sandalia del filósofo. Los mismos realizadores vuelven a tratar el tema en una segunda película, *Noir péché* (*Negro pecado*, 1989), inspirada en la tercera versión de Hölderlin, en la que el maestro departe amigablemente con sus amigos Manes y Pausanias, a quienes anuncia su intención de quitarse la vida.

Enciclopedia. La enciclopedia por antonomasia es la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné*..., obra monumental dirigida entre 1751 y 1772 por Diderot* y d'Alambert y en la que colaboran los mejores ingenios franceses de la época, Montesquieu, Voltaire*, Rousseau*, etc.

En el artículo "suicidio" del tomo XIII (1765) se encuentra la siguiente definición: "Un acto por el que un hombre es la propia causa de su muerte", que com-

pleta la distinción entre suicidio directo e indirecto. Este texto expresa la más sistemática condena*. Aunque sus autores citan a abundantes filósofos de la Antigüedad*, parecen, mal que les pese, mucho más próximos a santo Tomás de Aquino y la Escolástica que a los maestros del estoicismo*. Así, basándose en el instinto, condenan esta práctica por "absolutamente contraria a la ley natural". También la condenan por ir en contra de los designios del Creador y por ser perjudicial a la sociedad, concluyendo que, en todos los casos, se trata de un "crimen". Pasan revista a la obra de John Donne*, al que citan con pormenor, pero tampoco esto les conmueve, no más que el caso ejemplar de los esposos Smith, tan previsores y amigos de los animales, que citan en conclusión.

Esta posición, paradójicamente tan cercana a la de la Iglesia católica, de la que parecen tomar el empleo de una casuística jesuítica, resulta más bien reaccionaria con respecto a las defendidas por autores del Renacimiento y del Barroco, y constituye un paréntesis antes de la llegada del Romanticismo*. Sin ir tan lejos, dentro del mismo siglo XVIII, casi por los mismos años, Beccaria y Filangieri suprimen el delito del suicidio de la legislación toscana.

ENCINA, Juan del (Encina de San Silvestre, 1468-León, 1529). Es considerado como el patriarca y fundador del teatro clásico español. En sus églogas profanas, impregnadas de espíritu renacentista, se aleja por completo de la ortodoxia católica y propone, como por la misma época hace Fernando de Rojas en su *Celestina* (véase Melibea*), soluciones absolutamente paganas.

En la *Égloga de tres pastores*, que figura con el número IX entre las "representaciones" que dedica a los duques de Alba, el autor resume su argumento en estos términos: "Donde se recuenta como esté Fileno preso de amor de una mujer llamada Cefira; de cuyos amores viéndose muy desfavorecido cuenta sus penas a Zambardo e Cardonio. El cual, no fallando en ellos remedio, por sus propias manos se mató." Después de un largo monólogo de despedida, el desesperado pastor, tras exclamar: "¿Qué haces, mano? No tengas temor", se clava un puñal "en el lado siniestro".

En la égloga número XII de esta misma colección, *Égloga de Plácida y Vitoriano*, la infeliz pastora se va "a hallar a par de una fuente, muerta de una cruel herida por su misma mano dada con un puñal que Vitoriano por olvido dejó en su poder al tiempo que de ella se partió". Como nuevo Píramo*, al descubrir el cadáver, toma el pastor Vitoriano el arma suicida y por dos veces intenta emular a su amada, impidiéndoselo la primera un compañero y la segunda la misma Venus, que no contenta con salvarle la vida se la devuelve también a la suicida para que triunfe el amor sobre la muerte. Frente al destino de tantas parejas suicidas*, el de éstas resulta más halagüeño.

Enone. El bello Paris vive con esta ninfa en amor y compañía en el monte Ida hasta que un día se le aparecen las tres diosas más hermosas en busca de árbitro y trofeo sobre su beldad. Ahí se descubren los reales orígenes del hasta entonces simple pastor, que en vista de ello se va a la corte, rapta a Helena y, durante la guerra de Troya provocada por el rapto, resulta mal-

herido. Sólo entonces se acuerda este ingrato de su primer amor, y sólo porque la ninfa era muy buena curandera. Cuando ésta lo ve llegar, no le perdona su infidelidad e, insensible a su desgracia, lo deja morir; pero después, sin duda arrepentida, se da muerte.

Envenenamiento. Para empezar, debemos citar a Paracelso, para quien "no hay nada que no sea tóxico. La dosis diferencia un medicamento de un veneno". Junto a la dosis, la interacción tiene también efectos tóxicos: lo que no lo es puede llegar a serlo al asociarse con otras sustancias. De ahí que, en la actualidad, los practicantes de este método de suicidio recurran con inigualable preferencia al uso de medicamentos, y dentro de éstos, a los tranquilizantes, barbitúricos, hipnóticos, somníferos, relajantes, sedativos y/o neurolépticos; y también que asocien fármacos, drogas y alcohol. A la inversa, en las unidades de urgencias hospitalarias se observa que los intentos de suicidio son responsables de la mayor parte de las intoxicaciones graves o mortales.

Como observa la psiquiatra brasileña Carmen Sylvia Ribeiro, "llama la atención la variedad de términos" que se encuentra en la bibliografía especializada para referirse al uso de este método: "autoenvenenamiento, autointoxicación, autolisis, envenenamiento agudo voluntario, overdosis aguda, envenenamiento humano deliberado, intoxicaciones agudas voluntarias o autodestrucción humana mediante uso de sustancias químicas", entre otros muchos. De su estudio se deduce que, en la mayoría de los casos y a través del mundo entero, los benzodiazepínicos constituyen el fármaco más utilizado en tentativas de suicidio, bien como droga única, bien asociada al alcohol y otras sustancias. En los datos obtenidos en encuestas llevadas a cabo en países como Australia, Suiza, Noruega, Suecia, Polonia, China*, Rusia y varios países de África, resaltan las cifras de Hong Kong en 1994, donde los suicidios llegan al índice sobrecogedor de 113,5 / 100.000 habitantes, con un predominio del consumo de hipnóticos y sedativos entre los envenenamientos por medicamentos.

No cabe duda de que éste es el método* más indoloro: por esto, el personaje de una novela de Martin Amis* puede felicitarse "por haber elegido una forma de morir tan agradable y civilizada". Con anterioridad a que se diera esta preferencia, y aún hoy día en una minoría de casos, este tipo de suicidio se lleva a cabo por ingestión de cualquier materia tóxica, desde las más rudas hasta las más plácidas, desde la botella de lejía o el pesticida agrícola hasta el arsénico*, el cianuro* o la estricnina (véase Mário de Sà-Carneiro*), sin hablar de las sobredosis de drogas como la heroína*, el opio*, la morfina*, por ingestión o por inyección de la sustancia mediante jeringuilla. También existe otro método, y es el empleado por Cleopatra*, que se envenena mediante una mordedura de serpiente. En la Antigüedad*, y como cuenta Plinio, es frecuente entre los poderosos guardar el veneno muy a mano, escondido dentro de un anillo. Es lo que hace, por ejemplo, Aníbal*.

La ingestión de alcohol* con la explícita intención de matarse no es el método más frecuente, pero cuando se produce entra también dentro de este apartado, aunque lo más corriente es que los alcohólicos como Poe*, Verlaine*, Dylan

Thomas o tantos otros, famosos o no, atenten contra su vida a *cámara lenta* y, como alguien ha dicho, "a plazos", lo que nos aleja un poco del tema. Sin embargo, K. Menninger* incluye el alcoholismo en lo que él llama suicidio crónico*, el suicidio que practican, junto a los alcohólicos, los drogadictos y otras categorías de mártires*, viciosos o ascetas.

Ningún método es infalible y tampoco éste, como lo demuestran los casos, en la Antigüedad, de Mitrídates* o Agripina*, la madre de Nerón*, quienes por mucho que lo intentan, debido al grado de inmunidad alcanzado por su organismo tratado con abundantes antídotos preventivos, no lo logran. Ana María Cires, la mujer de Horacio Quiroga* lo consigue, pero tras agonizar durante ocho días. José Antonio Ramos Sucre*, diplomático y poeta, tiene que esperar cuatro días a que el veneno haga su efecto.

EPICURO (Samos, 341-Atenas, 270). Sin la labor de recopilador del fiel Diógenes Laercio, poco quedaría del pensamiento, vida y obra del fundador de la escuela filosófica que propugna la ataraxia, la serenidad absoluta, como fuente de la felicidad. Por su defensa de los placeres naturales se le ha opuesto al estocismo*, del que sin embargo resulta tan cercano, y se le ha convertido poco menos que en apóstol de sibaritas y voluptuosos, cuando es modelo de sobriedad y de vida retirada. Aquejado de fuertes cólicos nefríticos, se bebe un brebaje venenoso y, sumergiéndose en un baño caliente, expira.

Epidemia. Se distingue de los suicidios colectivos*, en los que la muerte voluntaria agrupa a sus fieles, porque tanto la decisión como el acto de darse muerte son en la epidemia casos individuales, aunque inmersos en un contexto general de crisis. Las razones que impulsan a quitarse la vida pueden ser tan variadas como las del suicidio individual: militares, políticas, económicas, religiosas y hasta sentimentales. En la Edad Media europea son frecuentes las muertes colectivas frente a epidemias de peste, o bien, entre los judíos* para evitar, en las mismas ocasiones, las represalias injustificadas de una población cristiana que les acusa de envenenar los pozos y fuentes. Casos así se dan en Francia e Inglaterra en el siglo XIV. Igualmente se producen entre presuntos brujos perseguidos por la Inquisición, como cuenta Julio Caro Baroja en *Las brujas y su mundo*: "Lo que más le chocaba a Rémy [inquisidor francés del siglo XVI] era la tendencia a buscar la muerte de que hicieron gala muchos brujos, tendencia que acaso haya que estudiar a la luz de ciertas teorías sobre el suicidio como hecho contagioso y que en todo caso indica la miseria de los tiempos. [...] El suicidio se produce muchas veces por imitación o por presión social, influyendo en él incluso las lecturas de moda".

Montaigne* se refiere a otra epidemia en sus *Ensayos* (I, XIV), que se produjo, según el testimonio de su padre, en el Milanesado como efecto de las muchas guerras que allí se hacían franceses y españoles y en las que participó. Hasta 25 suicidios de padres de familia en una sola semana llegó a contar este testigo ocular. En América, a la llegada de los españoles, se dan numerosos casos entre los indígenas, como la oleada que tiene lugar en Perú en 1582, o los muchos casos ocurridos en el Caribe entre los taínos de la actual Repú-

blica Dominicana y entre los pobladores de la actual Cuba, que se oponen así a la dominación de los conquistadores. De los de Cuba cuentan las crónicas que se ahorcan, tragan su propia lengua o se arrojan desde lo alto de las montañas a lo profundo del valle de Yumurí. También allí, más tarde, los esclavos* negros traídos de África recurren a los mismos extremos para huir de la servidumbre, lo que en 1885 estudia por primera vez el Dr. Tomás Plasencia. En la Edad Moderna no desaparece la peste ni tampoco la costumbre de adelantarse a sus efectos. Durante la que hace estragos en Londres en 1665, son también muchos los que se arrojan a las fosas comunes adelantándose a los sepultureros. Así nos lo cuenta con todo detalle el falso testigo Daniel Defoe en su *Diario del año de la peste* (1722), tan falso diario como magnífico relato.

Una oleada de suicidios sacude Francia en la época revolucionaria de finales del siglo XVIII, durante la cual numerosos políticos, comprometidos en conspiraciones de uno u otro bando, temerosos de ser detenidos, juzgados y condenados, prefieren, para no acabar bajo la guillotina, anticiparse a ésta con los medios que encuentran más a mano. Augustin y Maximilien Robespierre*, Barbaroux, Buzot*, Petiot*, Chamfort*, Lebas*, Jacques Roux*, Babeuf*, Darthé, Clavière*, Goujon, Duquesne y otros muchos figuran entre sus víctimas, menos numerosas, con todo, que las que acaban decapitadas en la plaza pública. Según se desprende de datos que nos han llegado de la época, el período más mortífero corresponde a los años 1797-1799, con un repunte que alcanza la máxima en 1812, ya bajo el reinado de Napoleón. Por esos años napoleónicos, la tasa anual se eleva a 150 casos, la mayor parte se producen en París y el método preferido es arrojarse al Sena. Las motivaciones ya no son entonces políticas sino económicas.

Un caso de epidemia suicida por motivos sentimentales es el acaecido a la muerte precoz de Rodolfo Valentino, víctima a los 31 años de una peritonitis aguda, que deja viudas y desconsoladas a muchísimas de sus admiradoras. Cuando el 15 de agosto de 1926, pocos días después del estreno de su última película de título premonitorio, *La muerte del jeque*, se extiende la noticia de su fallecimiento, centenares de suicidios se producen en todo el planeta, según resume una enciclopedia. Una cifra que da una idea del impacto entre las mujeres son las 30.000 que acuden a sus funerales. Por efecto de parecido contagio, otra oleada de suicidios se desata en 1963 tras la muerte voluntaria de Sylvia Plath*. Según datos de la OMS (Organización Mundial de la Salud), durante la semana siguiente a su suicidio 89 personas la imitan en el Reino Unido.

En la primera mitad del siglo XX se producen varias oleadas de suicidios en relación con crisis financieras, siendo la más espectacular la del llamado jueves negro* de 1929. Las persecuciones nazis contra los judíos* desencadenan de nuevo entre éstos epidemias de suicidios, sea para escapar de sus perseguidores, sea para poner fin a sus sufrimientos una vez prisioneros. A su vez, los alemanes, ante el avance del ejército soviético en el frente del Este, se quitan la vida en gran número. Esta práctica se recrudece en Alemania* durantes los últimos meses de la guerra. "Los suicidios de ciudadanos alemanes, en particular mujeres, se están convirtiendo en una

práctica cada vez más extendida", informan a sus superiores los inspectores del NKVD en febrero de 1945. Cuenta a este respecto el historiador británico Anthony Beevor: "Tampoco era extraño que las autoridades sellasen los aseos [de los refugios antiaéreos] debido al elevado número de personas deprimidas que, tras cerrar la puerta con pestillo, se suicidaban en su interior".

Si muchos fueron los que huyeron de la persecución nazi poniendo fin a su vida, innumerables fueron también los casos de quienes así escaparon de la saña estalinista. Las memorias de una de sus víctimas, Evgenia Ginzburg, publicadas bajo el título de *El vértigo* (Círculo de Lectores, 2004), ofrecen muchos ejemplos, entre los que se cuentan también las varias ocasiones en que ella misma estuvo a punto de hacerlo, a pesar de su declaración inicial: "No, yo no haré eso; lucharé por conservar mi vida; que me maten, si pueden, pero sin mi ayuda". No sólo por parte de las víctimas se produjeron tales desenlaces sino también, aunque en muy menor proporción, del lado de los verdugos. De éstos dice la autora: "Todos eran sádicos. Y sólo muy pocos tuvieron luego el coraje de suicidarse".

No todos las suicidios de masa se producen en tiempo de guerra o se deben a razones de sugestión colectiva, obra de un gurú necrófilo. Los hay también debidos a razones económicas, y en esos casos el ángel exterminador se llama FMI o neoliberalismo. Según informa la ONG británica Christian Aid, en el Estado indio de Andhra Pradesh se han producido 2.115 casos de suicidio en 2004 (frente a 588 en 2003), como efecto de los "ajustes estructurales" impuestos por el gobierno neoliberal dentro de un programa auspiciado y financiado por el gobierno del Reino Unido, el Banco Mundial y el FMI, que tuvo por efecto inmediato la supresión de 45.000 empleos en los servicios públicos. También en India, en el norte del Estado de Maharashtra, paradójicamente el más rico del país, se produce en 2006 una verdadera hecatombe entre los campesinos cultivadores de algodón. Llegan a registrarse hasta cinco suicidios por día, lo que eleva la cifra de muertos a más de un millar desde el comienzo del año. La crisis se debe en gran parte a la decisión adoptada por el gobierno de no comprar la producción algodonera a precio fijo y a la competencia desatada por la importación de algodón norteamericano. Los cuatro Estados más afectados por la crisis agrícola que padece India —Maharashtra, Andhra Pradesh, Karnataka y Kerala— reúnen, según las estadísticas oficiales, un total de 9.000 agricultores muertos voluntariamente en los cinco últimos años. El método más utilizado por estas víctimas del neoliberalismo mundial es el envenenamiento* mediante pesticidas agrícolas. También por razones económicas, en 2007 se produce una serie de suicidios en Francia entre los trabajadores de la fábrica Renault de Guyancourt.

Las catástrofes, naturales o provocadas, ya de por sí suficientemente mortíferas, acarrean también suicidios numerosos entre los supervivientes. En Nueva York, tras los atentados suicidas contra el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001, son muchos los ocupantes de las Torres Gemelas que, acorralados por las llamas y para huir de ellas, se lanzan al vacío por las ventanas. También en Nueva

Orleáns se registran suicidios tras el paso devastador del ciclón Katrina en septiembre de 2005, incluso entre miembros de las fuerzas del orden.

Epidemiología. Los datos que se encuentran están a menudo falseados por causa del tabú* social que trata de disimular la extensión y gravedad del fenómeno. Muchas de las partidas de defunción que certifican como causa el "paro cardiaco-respiratorio" (es decir, la muerte) ocultan una parte de la realidad. El suicidio se produce en todas las edades, incluso antes de los diez años, es muy frecuente entre adolescentes y jóvenes y vuelve a recrudecerse con la vejez. La tasa de mortalidad por suicidio es muy variable según los países, y va desde los menos de 10 por 100.000 habitantes, como en Israel, Grecia, Italia, Irlanda, España y Gran Bretaña, hasta el caso extremo de Hong Kong*, con más de 100 por 100.000 habitantes. Por debajo, se encuentran, con más de 50 por 100.000, Austria y Hungría. Con más de 40, Estonia y Lituania; con más de 30, Sri Lanka, Rusia, Albania y Finlandia; entre 20 y 30, Alemania, Dinamarca y Suecia; entre 15 y 20, Francia, Bélgica y Japón; entre 10 y 15, Estados Unidos, Canadá y Noruega (véase Estadísticas*).

EPSTEIN, Brian (Liverpool, 1934-Londres, 1967). Sin él los Beatles no habrían sido lo que fueron: fue su empresario musical, su agente y su cerebro, los alzó a la fama y les hizo ganar muchísimos millones. Él también gana unos cuantos mientras se dedica a pilotarlos, pero el día en que abandona la empresa y se lanza a una aventura taurina en España, se arruina. Poco más tarde, se da muerte en Londres mediante una sobredosis de drogas.

ERATÓSTENES (Cirene, 276-Alejandría, 195). En su novela *Auto de fe* (*Die Blendung*, 1935), Elias Canetti refiere: "Eratóstenes, el gran bibliotecario de Alejandría, aquel sabio universal que vivió allá por el siglo III a. de C., y que reinaba sobre medio millón de pergaminos, se llevó a sus ochenta años una muy amarga sorpresa. Sus ojos empezaban a negarle todo servicio. Aún podía ver, pero ya no era capaz de leer. Cualquier otro hubiera aguardado a volverse completamente ciego; pero él consideró que quedar separado de sus libros ya era bastante ceguera. Sus amigos, sus discípulos, le rogaron que se quedara con ellos. Él sonrió sabiamente, les agradeció y, en unos cuantos días, se dejó morir de inanición*". "Sabio universal" lo llama Canetti, ya que fue matemático, astrónomo y geógrafo.

ERDMAN, Nikolái (Moscú, 1900-1970). Su primera obra teatral, *El giro*, sátira de la NEP leninista, obtiene tal éxito que los grandes directores de la época, Meyerhold y Stanislavski, se lo disputan; pero con su segunda obra, *El suicida*, "tragicomedia política rusa" (1928), firma su sentencia de muerte literaria. Las autoridades estalinistas la prohíben por "reaccionaria" antes de su estreno, y su autor, que nunca volverá a escribir para el teatro, tiene que abandonar Moscú e irse a vivir a Siberia. A pesar de su título, la obra, que no se estrenará en Rusia hasta 1987, es tan cómica como la primera, de un humor absurdo y vanguardista. El protagonista, víctima de un súbito antojo nocturno de salchichón, y de un trágico malentendido,

abandona el lecho conyugal al grito de "¡así no se puede vivir!", por lo que su esposa y todos los vecinos creen que quiere suicidarse. La muerte de este pobre parado les conviene a todos, por lo que el pobre Simon acaba resignándose a su suerte... hasta el último momento, cuando ya todos celebran su muerte y él reaparece, borracho, en medio de la celebración, rogando a sus enterradores que le perdonen la vida.

Esclavitud. En la sociedad grecorromana, el esclavo, al no ser dueño de sí, no puede disponer de su vida ni tiene derecho a darse muerte (salvo "si lo hizo por no soportar algún dolor corporal", *Digesto*, 21,1; 43,4). La legislación romana es muy precisa al respecto, y son varios los artículos del código citado que prevén cualquier eventualidad. Por ejemplo, es curioso observar que la ley ordena (en 21,1) que "los vendedores de esclavos hagan saber a los compradores la enfermedad o vicio de cada esclavo, cuál de ellos tiene hábito de fuga [...] o si hubiese intentado suicidio..." Obedeciendo a estas leyes, se comprende que muchos de quienes condenan el suicidio en la Antigüedad recurran a esta comparación de los deberes del esclavo para con su señor con los de los hombres libres para con los dioses; así aparece, por ejemplo, en el *Fedón* de Platón. De esta doctrina se hace heredero el cristianismo, extendiendo los deberes de los esclavos a toda la servidumbre. El Concilio de Arles (452) condena explícita y taxativamente el suicidio de los criados.

En otras épocas y latitudes, en colonias de distintos imperios europeos, en las Antillas o los mares del Sur, la esclavitud es fuente de tal desesperación que genera auténticas epidemias* u oleadas de suicidios colectivos*. Un ejemplo entre mil: los esclavos cimarrones huidos de las plantaciones de la isla Mauricio se refugian en las escarpadas paredes del peñón llamado *Le mome brabant*. Cuando los rifles y las jaurías de perros amaestrados los acorralan, se arrojan desde el acantilado a las aguas del Océano Índico.

Escondite, El. Película norteamericana de John Polson (*Hide and seek*, 2005), *thriller* psicológico con Robert de Niro en el papel protagonista. Éste representa a un psicólogo no muy avispado que no ha sido capaz de prever que su mujer se iba a suicidar, ni tampoco de evitar que su hijita de diez años asista al suicidio y quede traumatizada de por vida, y aún menos de suponer que el tratamiento que prescribe a la enfermita, una temporada en el campo, va a serle fatal.

ESENIN, Serguéi (Konstantínovo, 1895-Leningrado, 1925). Junto a Vladímir Mayakovski * y Alexandr Blok, y tan entusiasta revolucionario como ellos aunque de conducta bastante anarquista, fue uno de los mayores poetas de la Rusia soviética. *Se define a sí mismo como golfo*, pícaro y gamberro, como se deduce de poemas y libros que se titulan "Poema de un golfo", *Confesiones de un gamberro*, etc. Gran aficionado a la bebida, escandaloso, camorrista y seductor, en 1921 conoce a la bailarina norteamericana Isadora Duncan, con quien vive y viaja por todo el mundo durante dos o tres años. De regreso a su patria, a la que vuelve más enamorado que nunca, trata de poner orden en su vida y se casa en 1925 con una nieta de Tolstói, Sofía, pero sucumbe al al-

cohol*. El 28 de diciembre de ese mismo año se ahorca al término de tres días de borrachera en el Hotel Angleterre de Leningrado, presa de un ataque de locura y con sólo 30 años, después de escribir unos últimos versos con su propia sangre. Su amigo Mayakovski lo despide con este epitafio: "El pueblo ha perdido a su vibrante guitarrero borrachín".

Esfinge. Terrible monstruo con cabeza y pecho de mujer, cuerpo de león alado y garras de águila que asola la región de Tebas en época del rey Layo, esposo de Yocasta* y padre de Edipo, prosiguiendo sus estragos durante la de su sucesor Creonte. Devora a cuantos viajeros se acercan a la ciudad y no atinan a resolver el enigma que les plantea. Cuando Edipo logra responder al fatal acertijo que tantas víctimas ha causado, la Esfinge, muy mala perdedora, se mata, presa de furor, abriéndose la cabeza contra una roca.

ESPANCA, Florbela (Vila Viçosa, 1894-Matosinhos, 1930). Flor Bela D'Alma da Conceição Lobo Espanca nació en el Alentejo, Portugal, hija ilegítima alejada de su padre. A los ocho años escribe su primer poema, "A Vida e a Morte", y su obra le lleva a convertirse en una gran poeta. Desde muy joven sufre de muy mala salud y, a lo largo de toda su vida, de tres matrimonios sucesivos a cuál de ellos más infeliz, marcados por sucesivos abortos. A todos estos sufrimientos se añade en 1927 la muerte de su querido hermano, piloto de avión que, desesperado sin duda por la muerte de su amada, se precipita con su aparato en las aguas del Tajo. Intenta quitarse la vida una primera vez en agosto de 1928, una segunda en noviembre de 1930 y la definitiva, el 8 de diciembre de ese mismo año, en su casa de Matosinhos, recurriendo a una sobredosis de veronal*.

Esquizofrenia. La incidencia de esta dolencia psíquica sobre el suicidio es muy elevada y multiplica considerablemente los riesgos. Según Kaplan y Sadock en su *Síntesis médica*, en torno al 50% de los pacientes que padecen esta enfermedad llevan a cabo al menos un intento, y entre el 10% y el 15% consiguen poner fin a su vida. Durante los primeros años de la enfermedad es cuando existen más riesgos. El suicidio es la primera causa de muerte entre los jóvenes esquizofrénicos.

Estadísticas. Desde 1945, las tasas de suicidio no han dejado de aumentar en el mundo. Han pasado de 16 a 25 por cada 100.000 habitantes, lo que representa un aumento del 60%. Según la OMS, que ya en 2002 presentó un informe alarmante, cada año se suicidan en el mundo cerca de 1.000.000 de personas, lo que representa la primera causa de muerte violenta y la cuarta de muerte en general, y eso a pesar del número de conflictos armados y agresiones de todo tipo que ensangrientan el planeta. Según ese informe, una persona acaba con su vida cada 40 segundos. En 2000, una de cada dos muertes violentas se debió a lesiones autoinfligidas. A esas cifras se añade que por cada suicidio se producen unos 20 intentos fallidos, con todas las secuelas que esto acarrea.

Las tasas de suicidio más elevadas se dan en Europa del Este, sin duda a causa de la inestabilidad económica y social; por ejemplo, en Rusia el índice es de 37,6 suicidios por 100.000 habitantes. Países en

estado de guerra casi permanente, como Sri Lanka, presentan también unas cifras muy elevadas: 31 por 100.000. Por encima de Rusia figuran Lituania, con el sobrecogedor récord de 41,9 por 100.000, y Estonia con 40,1. Algo debe de ocurrir en esa zona del Báltico, ya que el país con más alto índice de suicidios de la Unión Europea es la muy próspera y estable Finlandia, que presenta un porcentaje del 32,4. Albania, que no se repone de los recientes conflictos y padece una situación económica deplorable, alcanza también cifras alarmantes. Según datos del Instat (Instituto de Estadística albanés), en 2003 se suicidaron 200 albaneses, casi el doble que en 2002, cuando el total fue de 121, a lo que hay que añadir que entre ellos se encuentra un número muy elevado y creciente de niños. Aun así, el récord europeo lo ostentan Austria y Hungría, con más de 50 por 100.000 habitantes. Hong Kong * se lleva la palma mundial: en 1994, los suicidios llegaban al índice de 113,5 por 100.000, con un claro predominio de mujeres jóvenes.

Las tasas más bajas se dan en América Latina y en algunos países asiáticos. En Hispanoamérica, Ecuador es el país con menos suicidios, y Cuba* el qué más, seguida por Brasil y Colombia, según datos de la OMS. Israel tiene un índice muy bajo: 5,4. Ciertas comunidades aborígenes presentan porcentajes elevadísimos, como los inuits de Canadá o los habitantes del estrecho de Torres en Australia. Es muy interesante recordar que, tanto en las lenguas indígenas de Australia como en Nueva Zelanda, no había palabra para el suicidio porque simplemente no existía. Como explica Eduardo Galeano, "al cabo de algunos siglos de racismo y marginación", hoy día son muchos los que se ahorcan. Y añade: "En estos últimos años, sus niños y jóvenes han registrado los índices más altos del mundo".

En España se quitaron la vida 2.210 personas en 2003, lo que significa un índice de 5,26 por 100.000; según otras fuentes, en 2004 lo hicieron 4.500 personas, lo que está aún por debajo de la media comunitaria. Aunque en 2006 la cifra aumenta hasta un 6,6 por 100.000, sigue estando lejos de las medias europea o norteamericana, que rondan el 11 por 100.000. Las cifras varían, sin embargo, de forma sorprendente entre una región y otra. En Madrid se producen 25 suicidios por millón de habitantes al año; en Barcelona la cifra se eleva a 63; en Lugo se dispara a 89 y en Soria capital alcanza la suma asombrosa de 204.

El 10% de las personas que intentan quitarse la vida en el mundo acaba consiguiéndolo. Se producen tres suicidios masculinos por cada uno femenino, pero las mujeres, en cambio, lo intentan en mayor número. En términos generales, el número de suicidios tiende a aumentar con la edad, aunque las tasas absolutas más altas se encuentran en personas menores de 45 años. También se aprecia un aumento en edades cada vez más bajas, hasta el punto de que hoy es una de las tres causas principales de mortalidad en los jóvenes entre 15 y 35 años en todo el mundo. En algunos países, como por ejemplo en Francia, el fenómeno afecta principalmente a ciertas edades, y se da cada vez más a menudo entre los adolescentes y jóvenes, cuando en términos absolutos el fenómeno tiende a disminuir. Aun así, 12.000 personas por año se suicidan en Francia y 160.000 lo intentan una vez. Para los jó-

venes franceses de entre 25 y 34 años, el suicidio representa la primera causa de mortalidad.

Un estudio realizado por la universidad británica de Bristol, del que da cuenta la BBC el 22 de enero de 2005, relaciona la tasa de suicidios con el coeficiente mental. Según un estudio realizado por el profesor David Gunnell, que efectuó un seguimiento de casi un millón de jóvenes de 18 años enrolados en el ejército y durante 26 años registró 2.811 suicidios, un hombre inteligente tiene menos tendencia a suicidarse, mientras que los individuos con bajos resultados en los tests de inteligencia son dos o tres veces más propensos al suicidio. Los actuales estudios médicos descubren conductas suicidas disimuladas bajo apariencias neutras. Así, estudios recientes llevados a cabo en Finlandia califican de "suicidio disfrazado" o "suicidio indirecto" muchos accidentes de carretera ocurridos a jóvenes. Un 5,9% de éstos se puede relacionar con una intención autolesiva. El 88% de tales casos concierne a un hombre de entre 25 y 34 años, con antecedentes de inestabilidad psicológica, de los que un 13% había efectuado ya alguna tentativa de suicidio. Sorprendentemente, en un país donde el alcoholismo hace no pocos estragos, el alcohol no interviene para nada en este tipo de accidentes (véase Epidemiología*).

Como demuestran los muchos casos de suicidio asistido* y los numerosos movimientos y asociaciones que militan por la legalización de la eutanasia*, etc., en la actualidad, según John Shwartz en *The New York Times*, "la voluntad de asumir el control del último acto" está produciendo "una revolución silenciosa que desdibuja la definición de suicidio."

Estepa. En tiempos de los romanos, este municipio de la provincia de Sevilla, hoy famoso por sus polvorones y otras golosinas, ofreció a sus sitiadores tan heroica resistencia como Sagunto* o Numancia*, aunque su gesta sea menos recordada. La localidad de Astapa fue sitiada por Lucio Marcio durante las guerras púnicas entre romanos y cartagineses. Al verse en situación desesperada, sus habitantes arrojan a las llamas sus bienes y se lanzan ellos mismos al fuego*. De lo injusto de su poca fama se hace eco Saavedra Fajardo en sus *Empresas* (XXIX) cuando dice: "Lo que sucedió a Sagunto sucedió también a Estepa, y de ésta apenas ha quedado la memoria, si ya por ciudad pobre no fue favorecida desta gloria".

Estoicismo. Hacia el año 311 a. C., Zenón de Citio* funda esta escuela filosófica basada en una armonía consigo mismo y con el mundo que propugna una ética de austeridad y entereza de ánimo. Su fundador restaura el punto de vista socrático y otorga la mayor importancia a la ética. Todo, incluida la religión, se subordina a la moral, que es ahora práctica, individual e independiente de la comunidad. Por consiguiente, la ética se separa de la política, lo que no ocurría ni en Platón ni en Aristóteles, y se convierte en la base de la virtud del sabio. Llevando a la práctica los principios de imperturbabilidad y autocontrol defendidos por él, el primer maestro pone fin a su vida y da ejemplo de muerte serena y voluntaria a sus muchos seguidores. Esta escuela representa, junto al aristotelismo prolongado en el tomismo y al platonismo y sus múltiples avatares, una de las doctrinas de la Antigüedad que mayor influencia ha ejercido en

época moderna. A través de figuras como Séneca*, Epicteto, Crisipo o el emperador Marco Aurelio, Descartes o Kant pueden contarse entre sus seguidores, si bien el segundo no admite en absoluto el suicidio. No se suele considerar a Cicerón como estoico, pero al leer lo que escribe sobre el suicidio en sus *Disputaciones tusculanas*, y más aún en *Sobre los deberes* (*De officiis*), se le puede contar entre los apologetas de la muerte libremente escogida.

En España, esta doctrina filosófica, reivindicada a veces como planta indígena por los orígenes cordobeses de Séneca, ha dado numerosos frutos en autores como Quevedo* u otros, hablándose incluso de un estoicismo senequista cristiano. Quevedo entronca el pensamiento estoico con el Libro de Job, con cuya doctrina halla profundo parentesco pero, como cristiano que es, no puede evitar la condena* del suicidio.

El suicidio es tal vez la expresión más acabada de la libertad, considerada como el bien supremo por los estoicos; pero la muerte voluntaria no significa para esta doctrina rebeldía o insumisión sino, muy al contrario y de modo casi paradójico, sometimiento a las leyes superiores y al destino, en un difícil equilibrio que no deja de recordar la doctrina cristiana del libre albedrío y la divina Providencia. Este mundo, morada común de los dioses y los hombres, encuentra una bella transcripción en la alegoría del teatro expresada por Epicteto, para quien, como para Calderón de la Barca siglos después, la libertad del hombre reside en su capacidad para representar lo mejor posible el papel que el autor le ha asignado. Quien no se diera muerte en el momento apropiado traicionaría en cierto modo el texto de la obra. El ejemplo de Catón de Útica*, dándose muerte por rechazo de la tiranía, aún más que el de Séneca, condenado al suicidio por el tirano, muestra a qué leyes obedece el sabio. Como Antígona*, el estoico se rije por unos principios que están muy por encima de las contingencias políticas.

Durkheim* trata del suicidio estoico, relacionándolo al mismo tiempo con el suicidio egoísta y con el altruista: por la absoluta independencia que profesa en el primer caso y por su estrecha dependencia para con la razón universal en el segundo, lo que reduce al individuo a no ser más que el instrumento por el que ella se realiza. Es apático, como el del egoísta, pero se cumple como un deber, como el del altruista.

Éter. "Líquido transparente, inflamable y volátil, de olor penetrante y sabor dulzón, que se obtiene al calentar a elevada temperatura una mezcla de alcohol etílico y ácido sulfúrico. Se empleaba en medicina como antiespasmódico y anestésico". Lo que omite esta definición de la Real Academia es que también se ha empleado como droga, que alcanzó un notable éxito en los medios aristocráticos y artísticos de la segunda mitad del siglo XIX, gracias a los escritos de William James y Maupassant*, y que sirvió de veneno eficaz contra el prójimo o contra uno mismo. Jean-Louis Brau en su *Historia de las drogas* cuenta cómo "la buena sociedad de Nueva York, Boston y Filadelfia organizaba *aeter parties*... igual que la francesa en Saint-Germain-des-Prés".

EUSTACHE, Jean (Pessac, 1938-París, 1981). Autor de una obra minoritaria y

exigente, este cineasta francés de origen obrero tiene que vérselas en varias ocasiones con la censura oficial de su país. Su película más conocida, *La mamá y la puta* (*La maman et la putain*, 1973), desata ruidosas polémicas y es prohibida durante largo tiempo. La cinta, en gran medida autobiográfica, viene a significar su propia "educación sentimental" lúcida y nostálgica. Sus largas secuencias y monólogos pretenden causar un efecto de "distanciación" brechtiana que producen mayormente, entre los espectadores conmovidos, el resultado opuesto. En una de las escenas, el personaje de Veronika descifra una pintada en la pared de un baño: "Mi ansia de amar da a la muerte, como una ventana da a un patio". Por debajo, otra mano anónima ha añadido: "¡Salta, Narciso!" Es el consejo que sigue el realizador. El 5 de noviembre de 1981, a los 43 años, se dispara un tiro en la sien.

Eutanasia. El penalista italiano Ferrando Mantovani (véase Roxin en la Bibliografía) distingue la eutanasia colectivista —que a su vez comprende la eugenésica, la económica, la penal, la experimental, la profiláctica y la solidaria— de la eutanasia individual, también denominada compasiva o piadosa, que a su vez incluye la pasiva y la activa. En Derecho penal, como define el penalista alemán Claus Roxin, se entiende por eutanasia "la ayuda prestada a una persona gravemente enferma, por su deseo o por lo menos en atención a su voluntad presunta, para posibilitarle una muerte humanamente digna en correspondencia con sus propias convicciones". Más precisa parece la definición que, desde el ámbito médico, proponen Pablo Simón Lorda e Inés M. Barrio, autores del libro *¿Quién decidirá por mí?* (Tricastela, 2004), para quienes la palabra que etimológicamente significa *buena muerte* e históricamente ha sido utilizada "para describir actuaciones muy variadas", tiene un significado muy preciso para la bioética moderna.

La tendencia actual es restringir su uso "a las acciones realizadas por un profesional sanitario a petición expresa y reiterada de un paciente que padece un sufrimiento derivado de una enfermedad incurable, que él vive como inaceptable, en las que existe un vínculo causal directo e inmediato entre la acción realizada y la muerte del paciente". Difiere por lo tanto del "homicidio por compasión" o del suicidio asisitido*: en el primer caso por no ser obra de personal médico; y en el segundo, por ser éste efecto de la acción del propio paciente, al que un allegado proporciona o facilita los medios de su propia destrucción. La suspensión progresiva de tratamientos a enfermos terminales tampoco debe considerase como eutanasia. Los citados autores denominan esta última conducta, práctica generalizada en el mundo entero, "limitación del esfuerzo terapéutico". Otro caso aún distinto es el de la "sedación paliativa", de uso comúnmente admitido, que consiste en suministrar al paciente terminal en agonía medicación que lo duerma profundamente en sus últimos momentos. Desde el 18 de abril de 2005, está a la venta en las farmacias belgas un "*kit* de eutanasia", destinado únicamente a los profesionales de la medicina. La caja contiene una decena de elementos, entre los que destacan dos medicamentos, el pentotal como anestésico y el norcuron, relajante muscular.

La posición de la Iglesia católica respecto a la eutanasia, como lo recuerda el Vaticano con ocasión de la polémica suscitada por las declaraciones del presidente de la República italiana Giorgio Napolitano en septiembre de 2006, no ha variado un ápice en los últimos tiempos. Para la Iglesia, la eutanasia es "una forma de asesinato".

Contra quienes creen o afirman que la legalización disparará el número de casos, la realidad demuestra lo contrario. En Holanda, desde que en abril de 2002 entró en vigor la ley que regula esta práctica, el número de casos ha aumentado muy moderadamente. En 2003 se registraron 1.815; en 2004, 1.886; y en 2005, 1.933. Si el término "suicidio" se presta fácilmente a un uso metafórico, como en expresiones del tipo "suicidio planetario", "ecológico", "Europa camina hacia un lento suicidio", etc., el de "eutanasia" no parece prestarse tanto. Sin embargo, Eric Hobsbawm, en sus estudios sobre el siglo XIX, nos proporciona un curioso ejemplo en el que un ciudadano galés lo utiliza resignado para la extinción de su propia lengua: "Había apasionados nacionalistas galeses que aceptaban [...] la eutanasia natural de su lengua. El término lo utilizó un testigo galés ante el comité parlamentario de 1847 sobre la educación en Gales" (*La era del Imperio, 1875-1914*).

Evadne. Como náyade e hija de un río, el tracio Estrimón, escoge el fuego * y no el agua para darse muerte. Por fidelidad a su esposo Capaneo, se arroja a una pira. La representación de su suicidio figura en la serie de pinturas, hoy perdidas, que con el mismo tema figuraban no lejos de Nápoles y que el sofista Filóstrato * de Lemnos elogia, junto a las de las muertes heroicas de Meneceo *, Laodamía * y otras, en su libro *Las imágenes* o *Los retratos* (*Eikones*). Este autor del siglo III resalta el heroísmo de su muerte al preferir la hoguera al ahorcamiento *, que es, según él, un método más cobarde y el habitual entre la débiles mujeres.

Éxtasis. Como esta película checo-alemana de Gustav Machaty (*Ekstase*, 1933) ha pasado a la historia por mostrar el primer desnudo femenino en la pantalla o, como dice Terenci Moix, "los primeros pechos con nombre y apellido" —los de Hedy Lamarr—, el público olvida lo trágico de la historia de esta película, en la que el marido de la insatisfecha nudista, al enterarse de que lo ha engañado, se da muerte.

F

Faetón. Como otros muchos héroes mitológicos, este hijo de Apolo y de la oceánida Clímene pone todo su empeño en correr hacia su muerte y encontrarse con su destino*, y eso en contra de la voluntad y los consejos de su padre. Desafiado por Epafo a que demuestre su filiación divina, no se le ocurre otra locura que conducir el carro solar paterno con el que, tras provocar un desbarajuste en las esferas, se precipita fulminado por el rayo de Zeus. No es por falta de advertencias: "No anticipes los términos del hado", "opónte a la invasión de tu destino", le dirá una y otra vez Apolo en la gongorina *Fábula de Faetón* del conde de Villamediana. Como dice el crítico Juan Manuel Rozas, "Faetón nunca piensa en el éxito. Ni él mismo cree que pueda llevar a cabo la empresa. Se trata pues de un heroico suicidio". Desde Hesíodo y Ovidio hasta Calderón de la Barca o Aldana*, su trágico fin ha inspirado a muchos poetas y dramaturgos, así como a no pocos músicos y pintores de la época barroca.

Falerina. Personaje legendario del ciclo artúrico que, en la Italia de la Baja Edad Media y el Renacimiento, confluye con los personajes del ciclo carolingio apareciendo en los *Orlandos* de Boyardo y Ariosto. Es hija del sabio Merlín, de quien hereda no pocas de sus mágicas habilidades. En la comedia caballeresca calderoniana *El jardín de Falerina* (1648), al no conseguir realizar sus deseos a pesar de sus malas artes, ni seducir al joven de quien está enamorada, pone fin a su vida arrojándose desde el borde de un precipicio.

FARLEY, Chris (Madison, 1964-Chicago, 1997). Gracias a su figura oronda y al contratse que produce con la esbeltez de sus parejas, este cómico norteamericano logra triunfar en las pantallas. Se hace célebre protagonizando *Beverly Hills Ninja, la salchicha peleona* (*Beverly Hills Ninja*, 1997) y desempeña un papel relevante en *Héroes por casualidad* (*Almost Heroes*, 1998). Gran admirador del también regordete John Belushi*, se suicida como él con una sobredosis de cocaína*.

FASSBINDER, Rainer Werner (Bad Wörishofen, 1945-Múnich, 1982). Este prolífico y polifacético cineasta alemán,

nacido y muerto en Baviera, radiografía su país desde todos los ángulos y renueva completamente su cine con sus películas inconformistas. Tras fundar en 1968, con la actriz Hanna Schygulla, la compañía teatral Antiteatro, deudora de la práctica brechtiana, se convierte rápidamente en el mayor exponente del nuevo cine alemán durante las décadas de 1970 y 1980.

Personaje escandaloso y tiránico, a la vez homosexual y seductor de mujeres, se casa con la gran actriz y cantante Ingrid Caven. Cultiva todos los excesos, droga, sexo y alcohol, al mismo ritmo frenético con el que se entrega a su actividad creadora. El suicidio de su gran amor, el joven actor Armin Meier, del que todo su entorno le hace responsable, acentúa su tendencia autodestructora. "Se estaba suicidando desde hacía diez años", confía su fiel amigo y colaborador Harry Baer. Termina de hacerlo en 1982 con una sobredosis de barbitúricos. En su película *Viaje a la felicidad de mamá Küsters* (*Mutter Küsters' Fahrt zum Himmel*, 1975), el marido de ésta, un obrero de una fábrica, al verse amenazado de despido, mata a uno de sus jefes y se suicida. La viuda muere al final de la película en un enfrentamiento con las fuerzas del orden.

FAULKNER, William (New Albany, 1897-Byhalia, 1962). Su novela de título shakespeariano *El sonido y la furia* (*The Sound and the Fury*, 1929), aunque no lo hace rico, es la primera en crearle un público adicto. Como el autor nunca pecó de modesto, la define en estos términos: "Los accidentes banales que forman la trama del mundo —amor y vida, dolor y sexo—, reunidos por casualidad en perfectas proporciones, se adornan con una especie de belleza espléndida e intemporal". Entre los "accidentes" que configuran la trágica historia de la familia Compson se sitúa el suicidio de Quentin el 2 de junio de 1910, cuando, roído por los celos ante la vida disoluta de su hermana, de la que está locamente enamorado, se arroja desde un puente lastrado por el peso de dos planchas para la ropa.

Fedora. Penúltima película (1978) de Billy Wilder, *auto-remake* en parte de su grandioso *El crepúsculo de los dioses* (*Sunset Boulevard*, 1950) y, también en parte, su testamento fílmico. Un decrépito productor interpretado por William Holden se dirige a Corfú para proponer a la antigua estrella de cine Fedora (Hildegard Knef) un nuevo guión que la haga salir de su reclusión. No lo consigue, pues al cabo de una semana se entera de que, siguiendo los pasos de Ana Karénina*, la actriz se ha arrojado al paso de un tren en una estación de París. La locutora que anuncia su muerte recuerda su inolvidable interpretación en otro papel suicida, el de Madame Bovary*. De hecho, quien se ha suicidado, vampirizada por la vieja gloria, es su hija (Marthe Keller), joven cadáver que los admiradores contemplan engañados.

Fedra. Esposa de Teseo e hija de Minos y Pasífae, hermanastra por tanto de Minotauro y sobrina de un toro blanco con el que la reina de Creta le pone los cuernos a su marido. Según Eurípides, Sófocles* y Séneca*, intenta seducir a su hijastro Hipólito aprovechando la ausencia de su esposo (unas veces de viaje, otras en los infiernos, según las versiones). Como este guapo mozo es de pocas inclinaciones

amorosas, pues es hijo de amazona y adorador de la casta Diana, rechaza horrorizado las súplicas apasionadas de su madrastra. Ésta calumnia al esquivo al regreso de su padre, quien, en su cólera, provoca la muerte de su hijo. Desesperada, unas veces por despecho y otras por sentirse culpable de la muerte del bello y huraño Hipólito, Fedra se quita la vida tras entonar una elegía ante el cuerpo destrozado. Eurípides, en su tragedia *Hipólito*, hace que se cuelgue antes de la muerte del titular de la obra y que en la tablilla pendiente de su cuello lo acuse de deshonrarla. Pregunta Teseo: "¿Ha muerto mi esposa? ¿De qué modo?" A lo que se le contesta: "Anudó a su cuello un lazo para ahorcarse". Lascivia y desesperación dejan paso poco a poco a culpabilidad y purificación. Si la horca es el instrumento en la versión griega, en la latina "un pecho impío se abre al puñal justiciero", con lo que Séneca libra a la heroína del desdoro del ahorcamiento*. En la cuarta epístola en verso de las *Heroidas* de Ovidio*, Fedra escribe a Hipólito.

La trágica protagonista de la *Phèdre* (1677) de Racine* está a punto de clavarse la espada de Hippolyte una primera vez en el segundo acto, pero al final de la obra se suicida envenenándose, "haciendo correr por su ardientes venas un veneno que Medea* introdujo en Atenas". En 1950, el compositor francés Georges Auric estrena un ballet con el mismo tema, titulado igualmente *Phèdre*.

FELLINI, Federico (Rímini, 1920-Roma, 1993). No todo es dulzura en *La dolce vita*, ese gran clásico de 1960, algunas de cuyas imágenes —como el baño de Anita Ekberg en la Fontana de Trevi— han entrado en el panteón del séptimo arte junto con las faldas soliviantadas de Marilyn o las largas escaleras del *Potemkin*. En la vida de crápula romana en la que se suceden fiestas y orgías, el vacío y la frustración de toda una clase ociosa envuelven mortalmente a casi todos los personajes. La amiga del protagonista, Emma, interpretada por Yvonne Furneaux, intenta poner fin a su vida y así se la encuentra el periodista del corazón Marcello (Marcello Mastroianni), inerte junto a un frasco vacío de somníferos, quien corre con ella al hospital y logra salvarla. En los momentos de duda, Marcello acude al sabio amigo Steiner (Alain Cuny), cuya casa es un islote de arte y poesía en medio de tanta decadente frivolidad, pero la única respuesta que sabe darle el filósofo es el suicidio, al que se entrega tras matar a sus dos hijos.

Inspirándose libremente en la obra de Petronio* rueda su *Satiricón* (*Fellini Satyricon,* 1969) y en ella los dos pícaros Encolpio y Ascilto, apenas liberados de su cautiverio en la bodega de un navío, penetran en una lujosa villa en la que una pareja* de patricios acaba de darse muerte. Es un claro homenaje de Fellini al estoico* fin de Petronio pero, a pesar de la serenidad que rodea esta escena, en ningún momento hace una apología del suicidio. Como lo muestra la siguiente escena y el resto de su obra, el arte permite escapar a la muerte.

FERNÁNDEZ APARICIO, Manuel (Sevilla, 1942-1967). Teclista de Los Bravos, el quinteto pop más internacional que tuvo España en los años 60, cuando con su canción *Black is black* (1966) llegaron a situarse en el número 2 de las listas de ven-

tas de Inglaterra y Estados Unidos y a ganar discos de oro y platino en muchos países. El teclista sevillano se suicida en 1967, acuciado por problemas personales y tras la muerte de su esposa.

FERRATER, Gabriel (Reus, 1922-San Cugat del Vallés, 1972). El padre de la gran figura intelectual de la *gauche divine* catalana se suicida en1951 por razones económicas. Como algunos otros suicidas, escritores o no, también este poeta y lingüista, matemático, crítico artístico, traductor, amigo de Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma*, ave nocturna de aquellos años locos y gran seductor, pone fecha de caducidad a su vida y a los 30 años decide, y así lo anuncia a Jaime Salinas, que no cumplirá los 50. Cumple su palabra y el 27 de abril de 1972, 20 días antes del fatídico aniversario, pone fin a su vida aplicándose una doble receta: ingiere primero barbitúricos y se asfixia a continuación metiendo la cabeza dentro de una bolsa de plástico atada al cuello. El escritor granadino Justo Navarro le dedica una novela biográfica, o una biografía novelada, titulada *F* (Anagrama, 2003).

FERRER, Nino, seudónimo de Agostino Nino Ferrari (Génova, 1934-Montcuq, 1998). Hijo de padre italiano y madre francesa, se instala en Francia a partir de 1947 y allí cosecha grandes éxitos como músico, letrista y cantante popular durante las décadas de 1960 y 1970. Pese a la gloria alcanzada, siempre se considera un marginal, lo que le hace alejarse de París y abandonar poco a poco la música por la pintura. El 13 de agosto de 1998, a la una de la tarde, en un bosque cercano al pueblecito meridional donde ha instalado su domicilio, se da muerte disparándose con una escopeta de caza.

FERRERI, Marco (Milán, 1928-París, 1997). Comienza su carrera cinematográfica de moralista provocador y humorista escandaloso en España, donde, en colaboración con Rafael Azcona, alcanza un gran éxito con *El pisito* (1959) y *El cochecito* (1960), cumbres del humor negro. A continuación, sin abandonar la colaboración con el guionista español, realiza buena parte de su producción en Francia, de la que destaca *La gran comilona* (*La grande bouffe*, 1973). Es la historia de un suicidio colectivo* por indigestión, método que pocas veces figura entre los muchos registrados por los suicidólogos. Uno tras otro, los cuatro amigos reunidos en una casa de campo para un seminario gastronómico sucumben a sus excesos ante la mirada irónica de una maestra que ha venido a acompañarlos. "Uno de los filmes más *kamikazes* de la historia del cine", dice de él Jesús Angulo. En 1976 realiza *La última mujer* (*L'ultima donna*), misógina y desesperada como casi todas sus películas, en cuya escena final el personaje encarnado por Gérard Depardieu, obligado a hacer de ama de casa, se inflige una moderna autocastración* mediante un cuchillo eléctrico.

FILÓSTRATO de Lemnos (¿190-250?). Este neosofista del siglo III —llamado de Lemnos para distinguirlo del ateniense— es autor, entre otras obras, de un libro de descripciones de 64 pinturas de su tiempo conservadas en una galería de Nápoles y hoy desaparecidas, libro que se titula *Las imágenes* o *Los retratos* (*Eikones*) y que constituye un documento de gran valor

arqueológico. En él se detiene en la representación de una serie de suicidios, y no contento con alabar la calidad de la pintura, elogia también la catadura moral y el heroísmo de sus modelos. Así lo hace con Meneceo *, Evadne *, Laodamía *, Pantea * y una pareja * de enamorados que, ligados por un pacto mortal, se arrojan al mar desde lo alto de un acantilado. En todos ellos encuentra algo que elogiar: el heroísmo de Meneceo por amor a la patria, la fidelidad de las mujeres y su mérito por haber escogido el fuego * o el acero como método más noble que el ahorcamiento * vil; y en los desdichados jóvenes, su romántica decisión de unirse en la muerte.

FLAUBERT, Gustave (Ruán, 1821-Croisset, 1880). En su póstumo *Diccionario de lugares comunes*, el autor de *Madame Bovary* *, heroína suicida, se despacha sobre el suicidio de un plumazo: "Prueba de cobardía", lo que quiere decir, para quienes conocemos el propósito de su libro, todo lo contrario.

En una obra de juventud, *Pasión y virtud* (*Passion et vertu*, 1837), la adúltera Mazza, precedente lejano de la ilustre Emma, tras haber asesinado a su marido y sus hijos, escribe un postrer mensaje *, se desnuda, se contempla en el espejo, ingiere una copa de veneno y se tiende en un sofá. El comisario que la encuentra agonizante lee en su improvisado testamento: "Quería a un hombre; por él he matado a mi marido, por él he matado a mis hijos; muero sin remordimientos, sin esperanza, pero sin arrepentirme".

En *La tentación de san Antonio* (*La tentation de saint Antoine*, 1874), el autor, después de las muchas y alambicadas tentaciones que le hace sufrir a su protagonista ermitaño, le somete en el capítulo VII a la del suicidio. Mirando al fondo de un precipicio, el santo varón se admira de lo fácil que resultaría darse muerte: "Nada más fácil [...]. ¡No hay que hacer más que un movimiento! Uno solo". Entonces se le aparece una vieja que le invita a hacerlo. A la objeción de Antonio, que teme cometer un pecado, la tentadora, llena de buen juicio, le opone una lista de mártires* cristianos que se suicidaron y fueron canonizados por la Iglesia, empezando por los ejemplos de la Biblia *: "—¡Pero el rey Saúl se mató! ¡Y se mató Racías, un justo! ¡Santa Pelagia * de Antioquía se mató! ¡Domnina * de Alepo y sus dos hijas, otras tres santas, se mataron!" —y recuerda a todos los confesores que corrían hacia sus verdugos, impacientes por morir—. Por gozar cuanto antes de la muerte, las vírgenes de Mileto * se estrangulaban con sus cíngulos. El filósofo Hegesias *, en Siracusa, predicaba tan bien esta doctrina que la gente abandonaba los lupanares y corría al campo a ahorcarse". La aparición de una joven interrumpe esta tentación, a la cual no sucumbe, como tampoco a las demás.

Flaubert, maniático de la documentación erudita, consulta para este capítulo de los suicidios religiosos, además de la Biblia, las obras de Plotino, las del historiador del siglo XVII Le Nain de Tillemont y la *Histoire des théories et des idées morales dans l'antiquité* de Jacques Denis. En la correspondencia que dirige a su amante Louise Colet hay no pocas menciones a suicidios e incluso una confesión, más o menos fidedigna, de haber estado tentado a hacerlo: "No, no lamento nada de mi juventud. ¡Me aburría atrozmente! ¡Soñaba

con el suicidio!" (*Cartas a Louise Colet*, Siruela, 2003). Como a continuación pasa a describir los síntomas de su experiencia de la epilepsia, de la que espera vengarse "utilizándola en un libro", Pedro Provencio se pregunta si ésta no lo habrá salvado del suicidio. Más adelante, el novelista pasa a contar el peregrino caso de un criado que, por matar la solitaria que llevaba dentro, "se tragó recientemente una botella de vitriolo y [...] está en las últimas". Por último, cuenta un caso de suicidio familiar: "En Ruán, en el depósito, han expuesto a un hombre que se ahogó con sus dos hijos atados al cinturón".

FLORES, Antonio (Madrid, 1961-1995). Segundo hijo de la popular cantante Lola Flores y del guitarrista El Pescaílla, hermano de las también cantantes Rosario y Lolita, se suicida 14 días después de la muerte de su madre. Era compositor y cantante de pop-rock más que de las tradicionales rumbas aflamencadas de la familia, y también actor de cine.

FONDA, Frances Ford (Nueva York, 1908-Beacon, 1950). Segunda esposa de las cinco que tuvo el actor cinematográfico norteamericano Henry Fonda, con quien se casa en 1936 tras divorciarse de su primer marido, el millonario George Brokaw, y madre de los también actores Jane y Peter. Su hija, que sólo tiene 12 años cuando su madre se suicida, la evoca en su reciente libro de memorias *Mi vida hasta ahora* (*My Life so Far*, 2005). Casada con un hombre de una extrema frialdad que, según su hija, "sólo era amable con la gente que no conocía", vive un matrimonio inmerso en una "gélida rabia protestante". Maniaco-depresiva, es ingresada en una clínica en 1950, donde al poco tiempo consigue darse muerte degollándose en octubre de ese mismo año. Cuando Jane Fonda, al documentarse para la redacción de sus memorias, consulta en 2004 el expediente psiquiátrico de su madre, descubre que la niña mimada de la buena sociedad neoyorquina había sido violada en su infancia por un amigo de la familia.

FONTANE, Theodor (Neuruppin, 1819- Berlín, 1898). Este periodista y corresponsal de guerra berlinés tiene una tardía vocación de novelista, pues se estrena en el oficio con casi 60 años. A partir de entonces se convierte en un maestro del realismo y del análisis psicológico, y ausculta a la alta burguesía prusiana a través del alma y de la condición femeninas, desmontando prejuicios y convenciones. Maestro indiscutido para Thomas Mann, "el Flaubert* alemán" para Günter Grass, ídolo e inspirador de Fassbinder*, tiene el supremo don de envolver a la humanidad entera en la comprensión que le dicta su radical bondad.

En su novela de 1887 *Cécile*, el marido de la protagonista, único en no saber nada de su turbio pasado, se bate en duelo con un amigo de ambos, culpable de ciertas libertades con la esposa. El amigo muere en la pelea y Cécile se suicida. El lúcido y comprensivo protagonista de la novela *Graf Petöfy* (1884) no culpa a su esposa de su engaño ni quiere lavar su honor en ella, sino que, consciente de su propia parte de culpa, vuelve el arma contra sí. El oficial prusiano Von Wuthenow de *La elección del capitán von Schach* (*Schach von Wuthenow*, 1882), que ama a la madre hermosa pero seduce a la hija fea, se

pega un tiro para no tener que casarse con la segunda. También se suicida el joven conde al que su familia impide casarse con la pobre protagonista de *Stine* (1990). La esposa abandonada en *Irreversible* (*Unwiederbringlich*, 1891), aunque el esposo regresa al hogar conyugal, ya no volverá a encontrar la felicidad y se arroja al mar. Su mejor novela, *Effi Briest* (1895), es una vez más la triste historia del triunfo de los prejuicios sociales. También aquí un marido, víctima del honor calderoniano, se bate en duelo con más obstinación que entusiasmo por su joven esposa. Como bien explica Elisabeth Frenzel, "una relación amorosa, contraída a desgana por su mujer y hace tiempo extinguida, pretende ser 'depurada' en el duelo". Por cumplir con su deber estaría incluso dispuesto a matarse: "No es posible hacer nada en contra; la sociedad nos desprecia, y a fin de cuentas lo hacemos nosostros mismos y, no pudiendo soportarlo, nos pegamos un tiro en la sien".

En la última de sus novelas, *El Stechlin* (*Der Stechlin*, 1898), un grupo de personajes se pasean en barco por los alrededores de Berlín y cruzan ante la "isla del amor", o más bien del suicidio de los enamorados, adonde van las parejas desesperadas a matarse. "A la mayoría de ellos, por lo visto, los encuentran con un papel en la mano que lo explica todo", comenta una de las viajeras; a lo que su pretendiente replica: "Islas de ese tipo, por cierto, hay muchas en nuestra comarca".

FORMEY, Johann Heinrich Samuel (Berlín, 1711-1797). Escritor y pastor protestante alemán del siglo XVIII, nacido en una familia francesa emigrada a Berlín y gran admirador de Rousseau. Es autor de una *Miscelánea filosófica* publicada en Leiden (*Mélanges philosophiques*, 1754), que contiene una "Disertación sobre la muerte voluntaria de sí mismo", en la que, mencionando al filósofo sueco Jonas Robeck*, se critica la conducta suicida.

FORRESTAL, James (Matteawan, 1882-Montgomery County, 1949). Una de las pocas víctimas mortales de la Guerra Fría. El secretario de Estado para la Marina durante la Segunda Guerra Mundial y secretario de Defensa del presidente Truman "estaba lo bastante loco, médicamente hablando, como para suicidarse porque veía venir a los rusos desde la ventana del hospital" (Eric Hobsbawm).

Fortunata y Jacinta. De las dos casadas que componen el título de la novela galdosiana *Fortunata y Jacinta* (1887-1888), la primera, la mujer del pueblo, podría haber sido la Nana de la literatura nacional, de no haber vivido su autor en una sociedad tan pacata como la española de su tiempo. Víctima de los caprichos de un señorito, y, más que de sus remordimientos, del acoso* de eclesiásticos y beatas, sufre los más vertiginosos altibajos y se encuentra a menudo al borde del abismo. En el último capítulo de la tercera parte, llega a plantearse la idea del suicidio: "Porque si le encuentro [a Juanito, su amante casado] y no quiere venir, me mato, juro que me mato. No vivo más así, Señor; te digo que no me da la gana de vivir más así. Yo veré el modo de buscar en la botica un veneno cualquiera que acabe pronto... Me lo trago y me voy con Mauricia" (Mauricia, su amiga, ha muerto pocos días antes). Lo que en ella es arrebato pasajero fruto del despecho amoroso, en su

marido, Maximiliano Rubín, es efecto de madura reflexión... o más bien de absoluta chaladura.

Inventor de su propia secta* y precursor de un imaginario Mesías, el cornudo esposo sólo piensa en el suicidio como liberación del alma prisionera. En su delirio, clama ante la aterrorizada esposa: "Las religiones dominantes prohíben el suicidio. ¡Qué tontas son! La mía lo ordena. Es el sacramento, es la suprema alianza con la divinidad" (IV, I, 8). También el hermano de éste y cuñado de Fortunata, Juan Pablo, sueña con suicidarse para salir de sus deudas, "revolviendo en su mente propósitos de venganza con proyectos de suicidio, pues estaba el infeliz como el náufrago que patalea en medio de las olas" (IV, V, 3). Ninguno de ellos llega a poner en práctica sus designios.

FOSCOLO, Ugo (Zakynthos, 1827-Turnham, 1837). Véase Jacopo Ortis*.

FOUCAULT, Michel (Poitiers, 1926-París, 1984). Pensador crítico y subversivo contra el orden represivo, muy en la línea de Nietzsche, es a la vez un buen representante de la escuela estructuralista (lo que él niega) y del "espíritu del 68". Su biógrafo James Miller revela en su libro *La pasión de Michel Foucault* (Andrés Bello, 1997) aspectos de su personalidad menos conocidos. Cuenta su intento de suicidio en 1948, siendo estudiante de la prestigiosa École Normale Supérieure de París. Solitario y hazmerreír de sus condiscípulos, se declara seguidor de Sade y admirador de las pinturas negras de Goya. Un día persigue a un estudiante con un puñal en la mano y otro aparece tendido en el suelo de un aula con el pecho desnudo cubierto de cuchilladas. A raíz de su fallido intento de quitarse la vida, ingresa en un psiquiátrico y vive a su regreso en una habitación de la enfermería. En esos locales se halla otro desequilibrado, su maestro Althusser, que acabará estrangulando a su esposa.

Tras su formación marxista-nietzscheana, el descubrimiento de Bataille, Artaud*, Blanchot y los surrealistas* le lleva a distanciarse aún más de las conductas burguesas y a explorar el erotismo, la droga, el sadomasoquismo, la locura o el suicidio, lo que él llama "experiencias límite". Respecto al suicidio, se pronuncia con cierto elitismo. Lo que para muchos de sus defensores (véase Apología*) revela un triunfo de la voluntad, se convierte en Foucault en una exigencia de rigor y perfección: "No hay que abandonar el suicidio a los desdichados, ya que pueden echarlo a perder y convertirlo en una desgracia". Paradójica expresión que parece querer reservar su uso a una minoría de privilegiados, conscientes y dichosos, practicantes libres y deportivos de un suicidio ejemplar.

Unas cuantas notas de la *Historia de la sexualidad* interpretan el suicidio como usurpación del poder, considerando que durante el siglo XIX se produce un giro en que la libertad individual se ve cada vez más coartada por la ingerencia del poder político. Éste tiende a invadir el terreno de la autonomía personal sometiéndola a las necesidades de la sociedad. Es la era del *biopoder*, que se apropia de la vida como pieza esencial de las estrategias políticas. Sabemos que esta ingerencia pública en la esfera de lo privado no data del siglo XIX sino que es una constante desde la Antigüedad clásica, desde Platón y Aristóteles,

pero el propio filósofo matiza lo dicho al afirmar que el derecho político sufre su mayor transformación en el siglo XIX e incluso a partir de mediados del XVIII, no sustituyendo sino "completando ese viejo derecho de soberanía —hacer morir o dejar vivir— por una nueva concepción en que el poder se convierte en un poder de hacer vivir y de dejar morir".

En 1963 dedica uno de sus libros sobre literatura a la figura de Raymond Roussel*, cuyas obsesiones sobre el sadomasoquismo homosexual y el suicidio comparte plenamente. Foucault muere de sida, no sin antes haberse burlado siempre, en actitud perfectamente suicida, de cualquier medida de precaución contra su contaminación: "¿Hay algo más hermoso que morir por el amor de los muchachos?"

FRANKL, Viktor (Viena, 1905-1997). La experiencia de tres años en el campo de concentración de Auschwitz hasta el final de la Segunda Guerra Mundial constituye la base de la reflexión y el método terapéutico de este psicólogo y psicoterapeuta judío austríaco. Su primer destino como médico en un hospital había sido, en 1930, una sala para el tratamiento de mujeres con intentos de suicidio. Todos sus esfuerzos durante sus años de internamiento, donde por un error burocrático elude los experimentos del Dr. Mengele, van encaminados a identificar la fuerza que mantiene vivo en el hombre el deseo de vivir. En su libro *El hombre en busca de sentido* (1949) recoge sus experiencias concentracionarias y trata de responder a la pregunta inicial: "¿Por qué en tales circunstancias uno no se suicida?" La gran palanca que mueve al hombre al borde del abismo es, según sus observaciones, la solidaridad con los más débiles. De modo más general, quienes tienen una razón para vivir resisten mejor que los otros. Su *logoterapia* tiende desde entonces a encontrar el sentido que se halla en la base de la voluntad de vivir.

FREIRE, Enrico (Buenos Aires, 1936-Granada, 1980). En su último poema, titulado "Explosión", deja escrito como un mensaje póstumo: "Antes del grito, tardo 44 años, 3 meses y un día en encontrar la salida". Muere el 14 de octubre de 1980 tras dejar abierta la espita del gas y encender la vela que usaba siempre para "inspirarse".

Fresa y chocolate. La prostituta de la película cubana (1994) de Tomás Gutiérrez Alea, interpretada por la actriz Mirtha Ibarra, está siempre al borde del suicidio. Pese a la protección de los santos y la buena amistad con su vecino Diego (Jorge Perugorría), un día se corta las venas de las muñecas y hay que correr a Urgencias para salvarla; otro, mete el cuello en el lazo que cuelga del techo, aunque se arrepiente a tiempo; otro, corre al balcón para arrojarse a la calle, pero se lo impide su amigo homosexual. Lo que definitivamente la cura de sus tendencias autodestructoras es el amor de David (Vladimir Cruz).

FREUD, Sigmund (Freiberg, 1856- Londres, 1939). En varios de sus trabajos, principalmente en *Más allá del principio del placer* (1920), donde introduce por primera vez la noción de *pulsión de muerte,* se interesa por el fenómeno del suicidio. Esta pulsión, responsable de toda clase de actos criminales, es el resultado de la tensión existente dentro del psiquismo

entre el *yo* y el super *yo*. Freud interpreta el suicidio como una agresión sádica contra el propio yo, "un crimen al que se ha dado un giro de 180 grados". En "El problema económico del masoquismo", artículo de 1924, corrobora lo dicho en el estudio precedente, insistiendo en la tendencia general de todos los organismos a volver a un estado primitivo inorganizado, es decir, en otros términos, a la muerte primera. Freud ve en esta tendencia la expresión del principio del nirvana.

Si el suicidio es el resultante de esa pulsión mortal, está también estrechamente relacionado con el narcisismo*. Para ciertos individuos, la muerte voluntaria se presenta, en efecto, como la única forma de evitar la humillación de compartir una misma suerte con el común de los mortales. Junto al narcisismo intervienen compensaciones de impulsos homicidas orientados contra miembros de la familia o allegados. El suicidio está ligado a la sexualidad, responde a un impulso libidinoso, a una búsqueda de placer que entra en conflicto con el instinto vital, el impulso de preservación de la propia vida. Freud destaca también la contradicción inherente a la muerte voluntaria, que parece oponerse al deseo de mejorar de condición, sea por esperar una vida futura superior sea por escapar de una situación desesperada, lo que implica un amor a la vida incompatible con la muerte. Por último, considera el suicidio como una regresión a los orígenes, como un deseo de retorno al estado inórganico.

FRITH, William Powell (Aldfield, 1819-Londres, 1909). Buen testigo de la época victoriana, este pintor de género y dibujante inglés es un enemigo acérrimo de los prerrafaelitas. Siguiendo la tradición británica de las series satíricas o morales de grabados iniciada por Hogarth* y proseguida, entre otros, por Thomas Rowlandson*, aunque mucho menos caricaturesco que ellos, dibuja una serie que graba Leopold Flameng y que lleva por título *El camino hacia la ruina* (*The Road to Ruin*, 1878-1879). Un joven distinguido desciende paso a paso los peldaños que le llevan a su perdición —juego, apuestas, deudas, embargos—, hasta que, con la bolsa exangüe, se dispone en la última escena a dispararse un tiro con la pistola que le aguarda sobre la mesa de su mísera buhardilla. Ron M. Brown dedica su tesis doctoral a la obra de este artista.

Fuego. La autoincineración como sacrificio* en honor de la divinidad o por el bien de la colectividad se remonta en el tiempo a los más antiguos mitos y leyendas. Tenemos ejemplos de tal ofrenda de sí tanto en la antigua China* como en India, entre los mayas al igual que entre los aztecas. En el texto canónico budista *Bhaisajyaraja* se incluye el *Sutra del loto blanco*, en el que el protagonista que da nombre al libro, discípulo de un antiguo Buda, rey o gurú de la curación, no sabiendo qué ofrendar a su dios para expresar su gratitud al resplandor del Sol y de la Luna, "decide sacrificar su propio cuerpo" y se incinera por combustión espontánea. El sinólogo francés Jacques Gernet, que ha estudiado estas prácticas, afirma que "la autocremación está destinada a conmemorar y actualizar un mito, el de la muerte y el nacimiento de Buda", ya que en el budismo nacimiento y muerte son una misma cosa. El fenómeno ha sido es-

tudiado en la India por Jean Filliozat, quien destaca las metas caritativas y de total desprendimiento que comportan estas ofrendas de la propia vida. Discrepa con Gernet en cuanto a la redención de los pecados, ya que es noción, según él, ajena por completo al budismo. De toda esta práctica sacrificial asiática hay noticias en Occidente desde Plinio hasta los misioneros del siglo XIX, pasando por Marco Polo y otros viajeros.

En la tradición occidental, se hallan entre los autoincinerados seres míticos como Hércules*, personajes legendarios como Dido*, y otros con desenlaces más o menos fabulosos, como los de Empédocles*, Peregrino* o las mujeres que describe y elogia Filóstrato* en sus comentarios. Podría parecer forzado incluir a la mortal Sémele, que se ofrece al fuego de su olímpico esposo y es carbonizada de placer, pero autores antiguos, como Aquiles Tacio*, la asocian a Hércules en su ascensión al cielo por el fuego: "A Sémele no la hizo subir a los cielos un ave carnicera [en alusión a Ganimedes], *sino* el fuego. Y no te maravilles de que alguien suba al cielo por obra del fuego: así fue como subió Heracles" (*Leucipa y Clitofonte*, II, 37, 4). En la mitología germánica, la walkiria Brunilda* se lanza con caballo y todo a la pira funeraria en la que se consume el cadáver de su esposo Sigfrido.

Si lo usual entre los suicidas pirófilos es arrojarse a las llamas de una pira o de un cráter, el rey Zimri de la Biblia* se da muerte prendiendo fuego a su estancia; y Porcia*, la valerosa dama romana esposa de Bruto*, lo hace tragando carbones ardientes. Como en el caso de las suicidas de Filóstrato y el de Brunilda, la hoguera parece ser el destino de no pocas viudas, si bien no está claro que vayan siempre a ella por su propio pie. En la India lo hacen muchas de ellas, practicantes del rito del *sati**, a las que hay que considerar suicidas altruistas obligadas, si no por la ley, al menos por la tradición, a perecer en las llamas donde arden los restos de sus esposos. Los defensores de Sagunto*, Estepa* y Numancia* y, como ellos, otros muchos ejemplos de suicidio obsidional*, arrojan primero sus bienes a la hoguera y, luego, a sus conciudadanos más débiles o ineptos para guerrear.

El fuego, al igual que otras formas de autolesión*, es también medio usado para luchar contra la lujuria, para empezar contra la propia, como aquella doña María Coronel* "que quiso con fuego vencer sus fogueras", según Juan de Mena en su *Laberinto de Fortuna*. El modo que tuvo esta María Coronel de apagar sus hogueras fue metiéndose "un tizón ardiendo por su natura, de que vino a morir". Así es como lo cuenta el Brocense. Puede servir igualmente contra el acoso sexual a que otros le someten, como en el caso de Doña Sol, quien en la comedia *La corona merecida* de Lope de Vega muestra su cuerpo socarrado para calmar los ardores del rey Alfonso. En tiempos más modernos, Ingeborg Bachmann* —ni viuda ni asediada ni acosada sexualmente— se prende fuego y muere incinerada en la cama. La película de Alfred Hitchcock* *Rebeca* termina con el incendio provocado por la celosa y despechada Mrs. Danvers, a cuyas llamas se arroja.

El suicidio protesta* por autoincineración adopta, también en época moderna, el método patentado por los bonzos budistas, que consiste en rociarse el cuerpo con gasolina y prenderse fuego. Esta

modalidad se inicia en una plaza de Saigón el 11 de junio de 1963, cuando un monje de 66 años, Thich Quang Duc, para protestar contra la política del dictador Diem, se baja de un coche, se sienta en el suelo, hace que dos de sus compañeros le rocíen con gasolina y, en presencia de numeroso público, se prende fuego permaneciendo inmóvil hasta su muerte. Desde entonces la prensa acuña la expresión "a lo bonzo" para atribuirla a los adeptos de este método. En 1968 se producen nuevas incineraciones de monjes budistas contra la agresión estadounidense durante la guerra de Vietnam. Exactamente por las mismas fechas, cuando Checoslovaquia es invadida por las tropas del pacto de Varsovia para poner fin a la "primavera de Praga", el estudiante de 19 años Ian Pallach se quema vivo en el centro de la capital en agosto de 1968 en protesta contra esta invasión.

En China*, en varias ocasiones este método es utilizado por los miembros del movimiento espiritual Falungong, súbitamente célebres en el mundo entero a raíz de su multitudinaria manifestación de protesta silenciosa en Pekín en 1999, y queda prohibido desde entonces. Se dan suicidios, o tentativas de suicidio abortadas por la rápida intervención de las autoridades, en varios puntos de la capital, con cierta preferencia por la plaza de Tiananmen, y ocurren en varias ocasiones en 2001. No todos los pretendidos suicidios lo son en realidad, ya que, como denuncian los portavoces del movimiento y también organizaciones como Reporteros sin Fronteras, muchas de las muertes son imputables a los malos tratos y torturas de las autoridades. Mediante el mismo método "a lo bonzo" pone fin a su vida en 2001 un desempleado chileno de 51 años, padre de tres hijos y miembro del Partido Comunista, que protesta así por su situación laboral ante el palacio de La Moneda de Santiago. Un activista coreano de la causa antiglobalización, el campesino Lee Kyung Hae, se incinera durante la reunión que celebra la OMC en Cancún, México, en septiembre de 2003, como protesta contra la política ultraliberal de esa organización.

Sin llegar al extremo de quitarse la vida arrojándose a las llamas, muchos escritores, empezando por Virgilio con su *Eneida*, destruyeron o estuvieron a punto de destruir sus manuscritos, lo que podemos considerar como una forma de automutilación * o incluso de suicidio literario. La humanidad doliente llora la pérdida de los creadores suicidas, por lo que se supone privación de su posterior producción, pero esta destrucción por el fuego es más dolorosa, si cabe, dado que la obra ya estaba realizada. Cuánto es de agradecer, frente a estos pirómanos depresivos, la acción de los abnegados bomberos, amigos o albaceas que se negaron a cumplir las últimas voluntades o rescataron del fuego las páginas chamuscadas. El propio emperador Augusto integra este heroico cuerpo al haber salvado, contra la voluntad del autor, el manuscrito de la *Eneida*. A su benéfica intervención se refiere Cervantes* en el capítulo XIII de la primera parte de *Don Quijote*, cuando Vivaldo afea la conducta del albacea Ambrosio, que se dispone a quemar los escritos de su difunto amigo Grisóstomo: "No es justo —le dice— ni acertado que se cumpla la voluntad de quien en lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuviera bueno Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Man-

tuano dejó en su testamento mandado". Según otra leyenda medieval, puesto que de leyenda se trata, no es el emperador sino Vario, amigo de Virgilio, a quien éste encomienda quemar sus escritos; y así lo cuenta Hermann Broch en un apéndice a *La muerte de Virgilio*, después de haber explotado el tema a lo largo de toda su novela y haber hecho discutir a Virgilio y Augusto durante largas páginas sobre la cuestión.

Boccaccio* también podría figurar entre los autores que, víctimas de una crisis religiosa y azuzados por un clérigo, como Gógol más tarde, tratan de salvar su alma arrojando a las llamas todos sus libros y manuscritos. A la autoridad de Petrarca debemos en 1362 haberlos salvado para la posteridad. A punto estuvo John Donne* de hacer lo mismo con el manuscrito de su apología del suicidio, *Biathanatos*, según confiesa en carta a un amigo en 1619. Max Brod, el biógrafo y amigo infiel de Kafka*, a quien traiciona no quemando sus obras, es uno de los más conocidos y venerados salvadores de la literatura. Kleist* quema en París el manuscrito de su *Robert Guiscard*. Gógol arroja a las llamas, bajo los efectos de un ataque de melancolía combinado con una crisis religiosa, el manuscrito de la segunda parte de su novela *Almas muertas*. Años más tarde, de regreso de una peregrinación a Tierra Santa, bajo la influencia esta vez de un clérigo fanático que le convence de que todas sus obras son pecaminosas, quema de nuevo gran cantidad de manuscritos inéditos. Cierto es que, para esas fechas, está ya al borde de la locura. Trotski, en un artículo que le dedica en 1902, atribuye todo su moralismo tardío a "depresiones mentales".

El padre de Joseph Conrad*, Apollo Korzeniowski, patriota polaco, presa asimismo de la depresión, enfermo y casi paralítico, sentado todo el día en su sillón llorando la muerte de su esposa, el fracaso de su propia vida y la suerte que, según cree, le espera a su propio hijo, quema en 1867, poco antes de su muerte, en la chimenea de su modesto domicilio de Cracovia, todos sus manuscritos. Entre ellos se encuentra una traducción inacabada al polaco de la novela de Víctor Hugo *Los trabajadores del mar*. El hecho de traducir este libro debió de contribuir en gran manera a su depresión, ya que, en opinión del traductor, es un libro aburridísimo y un reflejo del fracaso de su propia vida. También Nabokov incurre en este delito y a punto estuvo de privarnos de su *Lolita* cuando aún se titulaba *El hechicero*, que, de no ser por la oportuna intervención de su esposa Vera, hubiera perecido en las llamas. No siempre los albaceas son los bomberos y los autores los pirómanos, pues en el caso de Karl Seelig, amigo y editor de Robert Walser, fue aquél quien sentenció a muerte sus "microgramas", y otros más tarde los que los salvaron de la pira. También Louis Aragon*, en pleno ataque de celos contra la bella millonaria Nancy Cunard, pega fuego a sus manuscritos en un hotel de Madrid. Pascal Quignard* practica este ejercicio ante las cámaras de televisión.

Por mucho que se empeñen Mijaíl Bulgákov, diciendo que "los manuscritos no arden", o Manuel Rivas en su última novela titulada *Los libros arden mal* (Alfaguara, 2006), las mismas bibliotecas parecen tener cierta tendencia suicida, lo que atestiguan tantas que han sido pasto del fuego, desde la de Alejandría en la Anti-

güedad hasta, en tiempos más recientes, las de las de Lyón y Weimar, pasando, entre otras muchas, por la Holland House Library de Londres en 1940 o la de Sarajevo. Sobre esta facilidad que tienen los libros para arder, Octavio Paz, cuya biblioteca también padeció un grave incendio, decía: "Los libros se van como se marchan los amigos". Enrique Vila-Matas* llega a afirmar que "el fuego parece el destino final de las bibliotecas". El viaje al centro de la tierra de Julio Verne se inicia a raíz del doble incendio que destruyó los preciosos manuscritos en los que se hallaba la clave del criptograma islandés.

En alguna ocasión, el incendio de la biblioteca, voluntario y no accidental, conlleva la autoincineración del bibliotecario pirómano; es el caso del sinólogo Peter Kien, el protagonista de la novela de Elias Canetti *Auto de fe* (*Die Blendung*) publicada en 1935 y cuyo título inicial era *Kant se prende fuego*. El suicida crónico Malcolm Lowry* se pasa la vida en lucha contra el fuego que ataca una y otra vez sus manuscritos pero, por lo que se sabe y a pesar de sus tendencias autodestructivas, parece haber sido más bombero que pirómano. La escritora serbia Dubravka Ugresic recuerda en su libro *Esto no es un libro* el caso, visto en una vieja película soviética, de una carcelera roja que, enamorada de un preso blanco, le regala un poema que ha escrito para él y que éste utiliza para liarse un cigarrillo y fumárselo. Esta actitud suicida ante la propia creación literaria y de total abnegación para con el hombre le parece a la autora la actitud que la mujer ha mostrado casi siempre ante la literatura (léase Fernando Báez Hernández, *Historia universal de la destrucción de los libros*, Destino, 2004).

Fuentes. Como en cualquier otro dominio, también en éste hay que tener mucha precaución en el manejo de las fuentes que se consultan. Los hay propensos a suicidar a todo el mundo, por lo que se debe desconfiar de ciertas epidemias espectaculares que se producen en las páginas de ciertos libros. Hay autores que citan cifras redondas al buen tuntún sin precisar ni lugar ni fecha de la hecatombe, y los hay también que incluyen entre los suicidas al mayor número de personalidades, sobre todo si son de la Antigüedad, época en la que, como se sabe, se practicaba mucho la muerte voluntaria.

Para la venerable y castiza enciclopedia Espasa-Calpe, por ejemplo, casi siempre excelente por otra parte, no hay político o filósofo griego, ni general romano o cartaginés, que no se haya suicidado, aunque luego uno se entere de que Amílcar Barca y otros han muerto de ancianidad, accidente o heridas de guerra. En un artículo reciente de *Babelia*, suplemento cultural del diario *El País*, su colaborador Edgardo Dobry escribe con todo desparpajo: "En *El idiota* de Dostoievski, junto al cadáver de la suicida Nastasha Filipovna hay un ejemplar de *Madame Bovary*". Ahora bien, no hay rastro del libro en la novela y a esta señora la acaba de asesinar Rogojin, como lo confiesa a su mejor amigo, el príncipe Mischkin.

El documentadísimo y riguroso estudio sobre el suicidio en Occidente de Ramón Andrés incluye en su capítulo VIII un curioso cuadro sinóptico según el cual hasta 46 personajes de Shakespeare se suicidan en sus tragedias. Basta molestarse en comprobar algunas de sus muertes para darse cuenta de que la mayoría de ellos mueren, sí, pero apuñalados, envenena-

dos, etc. por manos ajenas. Infinitos libros y artículos tratan sin cesar del tema, algunos de los cuales podrá ver el lector en nuestra Bibliografía. Sólo una revista médica y suicidiológica en el mundo consagra todas sus páginas a la cuestión, la norteamericana *Suicide and life-threatening behavior*, de la Universidad de California en Los Angeles. La reconfortante conclusión a la que llegan sus editores es que "el suicidio sigue siendo un misterio", y la mejor prueba de ello es el gran número de teorías, casi siempre contradictorias, que se exponen en sus números.

FUENTES, José Ignacio. Condenado a prisión por degollar a su esposa, ingresa en la cárcel* de Basauri (Vizcaya), donde el 14 de octubre de 1991, dos años después de cometer su crimen, se ahorca en la celda con su cinturón. Aún no había decidido qué método* emplear cuando escribe: "No tengo más que hacer que fumar hasta la muerte. / Yo fumo y sueño. / Quién sabe si algún día veré un río / o la garra piadosa de una soga".

Fútbol. Esta entrada debería titularse más bien *Fútbol, pasión y muerte*, tomando prestado el título a un artículo del periodista argentino Ricardo Vasconcelos. Los casos más recientes de suicidio que refiere este cronista son los del portero de 25 años Sergio Schulmeister, del equipo bonaerense Huracán, que se ahorca con su cinturón en 2003 tanto por razones profesionales como por motivos sentimentales tras una primera tentativa en 2001. Dos años antes, otra joven promesa, Mirko Saric, del San Lorenzo, pone también fin a su vida a los 21 años. No cita Vasconcelos los casos igualmente recientes de los jugadores Gilson Madruga y Léster Morgan, ambos en equipos uruguayos y suicidados por motivos económicos. Otro portero, Pedro Vivalda, lo hace con anterioridad el día que le retiran su titularidad en el equipo. Y por idénticas causas de retirada, jubilación y alejamiento de los campos de fútbol lo hacen el boliviano Ramiro Castillo y uno de los grandes jugadores húngaros del Barcelona, Sandor Kocsis*.

En 1918 se suicida el delantero uruguayo Abdón Porte, con cuya muerte se inicia en el Cono Sur todo un subgénero literario floreciente, el de la narrativa futbolística. Este jugador del Nacional de Montevideo, cuya camiseta viste desde 1911, no soporta que a sus 27 años lo rebajen, por lo que la noche misma de su último partido como titular, a las dos de la mañana, penetra en el estadio, se tiende sobre el césped en el anillo central y se dispara un tiro en el corazón. A la mañana siguiente se encuentra su cadáver ensangrentado con el revólver en una mano y un sombrero de paja en la otra. Bajo el sombrero, dos mensajes*, uno para su familia y otro para el presidente del club, en que explica su gesto y termina con varios versos del himno del equipo y el grito: "¡Viva el club Nacional!"

A las pocas semanas, Horacio Quiroga* escribe su relato "Suicidio en la cancha", que se publica en la revista *Atlántida*. En él dice: "Cuando un muchacho llega [...] a gustar de ese fuerte alcohol de varones que es la gloria, pierde la cabeza irremisiblemente". Varias décadas después, otro escritor uruguayo, Eduardo Galeano, inspirándose en el mismo trágico desenlace, escribe su cuento "Muerte en la cancha", que se publicará en el libro *Fútbol*

al sol y a la sombra (1985). Entre los muchos narradores de esa zona geográfica que tratan el tema futbolístico, el también uruguayo Mario Benedetti se apodera del balón en "Puntero izquierdo", publicado en la revista *Número* en 1955. Una novela corta del mismo autor, "El césped" (1990), incluida en el libro *Despistes y franquezas*, lleva el drama hasta el suicidio. El delantero Benja marca un gol a su mejor amigo, el portero Martín, y éste, que se siente humillado y traicionado por su amigo, se quita la vida. Benja ya no podrá disparar a gol jamás y se retira del fútbol.

En enero de 1939, el campeón austriaco Matthias Sindelar, figura estelar de la selección nacional de su país, el mítico *Wunderteam*, tras humillar a la selección alemana en 1938, bailar una danza guerrera ante la tribuna de los jerarcas nazis, y después de negarse a formar parte de la selección del Gran Reich como consecuencia de la anexión de Austria, se suicida en compañía de su amante, la italiana medio judía Camilla Castagnola. Los cadáveres de la pareja* aparecen desnudos encima de la cama. La causa de su muerte, aunque también se haya barajado el asesinato, parece ser la inhalación* de monóxido de carbono*. También está relacionado con este deporte el suicidio por disparo en la cabeza, en su casa de Berlín, del máximo responsable del Mundial de Alemania, Jürgen Kiessling, horas después de que termine el torneo en julio de 2006.

Sin embargo, a pesar de tantas muertes, y según explica Eduardo Galeano en un artículo de *La Jornada* (diciembre de 2004), el fútbol tiene los efectos más benéficos. Cita al psiquiatra argentino Enrique Pichon-Rivière, quien "había comprobado la eficacia del fútbol como terapia de las patologías derivadas del desprecio y la soledad", es decir, un perfecto antídoto contra la depresión y el suicidio; y aduce como prueba de su aserto las victorias en el campo de fútbol de palestinos contra israelíes, de chechenos contra rusos, de iraquíes en medio de la guerra de invasión norteamericana, así como la superación de traumas entre los aborígenes australianos y neozelandeses.

G

GAGNE, Paulin (Montoison, 1808-París, 1876). Obsesionado por el éxito y la fama, que siempre se olvidaron de este abogado y fecundísimo escritor francés, muere en el anonimato tras alcanzar cierta celebridad al convertirse en blanco de las burlas de todos sus contemporáneos y en el hazmerreír de la crítica y la prensa. Hoy se acuerdan de él los estudiosos de los "locos literarios", como André Blavier (*Les fous littéraires*), o de la literatura marginal, como Pierre Popovic. Aquí nos interesa por ser el autor del libro *El suicidio* (*Le Suicide*, 1841), e igualmente por el remedio que propugna respecto al problema del hambre en el mundo en su obra titulada *La filoantropofagia*, que es la más acendrada prueba de caridad y sacrificio* que haya podido imaginar el hombre. Se trata de la ofrenda del propio cuerpo para alimentar con él a los hambrientos. Para quienes no quieran hacer don de su vida, propone que se desprendan de un brazo o una pierna.

GALA, Antonio (Córdoba, 1936). A pesar del tabú* que el suicidio representa en tierras del islam*, la novela de gran éxito de este escritor *El manuscrito carmesí*, premio Planeta 1990, relata varios casos, sin que sepamos si tienen alguna base histórica o son libre creación del autor. El joven Jalib, hijo de un herrero y cantante arrebatador, de quien se enamora frenéticamente el príncipe heredero de Granada Boabdil, desesperado por el acoso* al que éste lo somete, se apuñala y arroja desde lo alto de un precipicio. Transcurrido el tiempo, y cuando Boabdil es ya rey de Granada, su suegro Aliatar, padre de la bella Moraima, sintiéndose responsable de la derrota de Lucena frente a las huestes cristianas, con actitud muy romana "entró a caballo en el río Genil y, al llegar a una poza, saltó de la silla y se hundió por el peso de su armadura".

Si el propio Boabdil ha abrigado idénticas ideas en los peores momentos de su crisis amorosa con el joven cantante, confiesa de nuevo ser víctima de la misma tentación al estar prisionero de los castellanos: "Abrir con mano fría las puertas de la muerte, antes de que ella las abra, es justo en ocasiones. ¿No es esa misma idea la que, como un pertinaz tábano, me ronda y me perturba?"

GANIVET, Ángel (Granada, 1865-Riga, 1898). Es llamativo que los jóvenes intelectuales de la generación del 98 busquen como modelos y precursores a dos escritores suicidas, Larra* y Ganivet. Para Melchor Fernández Almagro, "fue quizá, leyendo a Ganivet, cuando se dieron alguna cuenta, por primera vez, de su conciencia de grupo".

En su breviario titulado *Idearium español*, libro que se convierte desde su publicación "en el texto clásico y fundante del nacionalismo español" (J. L. Abellán), analiza las causas de la crisis por la que atraviesa España y propone como solución el retorno a sus esencias más puras. Tanto el Pío Cid de sus novelas, como el Pedro Mártir de su tragedia, auto sacramental o "testamento poético" *El escultor de su alma*, no son sino trasuntos de su personalidad y sus inquietudes, por lo que toda su obra es en gran medida autobiográfica. En *El escultor*, el joven Aurelio se suicida, incapaz de socorrer a su desposada, víctima del acoso* de su incestuoso padre. Por casi todas sus obras planea la misma angustia ante el vacío de su época, que pronto impregna a todos los noventayochistas. Es uno de los primeros autores en subrayar la importancia del estoicismo* de Séneca* como filosofía natural de los españoles.

Vicecónsul de España en Amberes desde los 26 años, y luego en Riga desde 1898, el 28 de noviembre de ese año del desastre, mientras cruza el río Duina a bordo de un pequeño vapor que le conduce a su oficina consular, salta por la borda y se sumerge en las frías aguas. Pero varios viajeros le han visto y algunos de ellos se lanzan tras él y logran salvarlo. Rescatado y de nuevo a bordo, tiene que burlar la vigilancia de sus bondadosos compañeros de viaje para intentarlo por segunda vez y lograr matarse.

La idea de suicidio surge en Ganivet muy temprano, y a menudo se refiere a esa conclusión en cartas o escritos. Su pesimismo congénito y filosófico debe haberse visto agravado por razones a la vez médicas y sentimentales. De no haberse lanzado al agua, dado su creciente ascetismo lindante con la anorexia, hubiera constituido un buen ejemplo de suicidio crónico*. Su paisano, un joven Lorca* de 19 años, le hace decir con voz "de rosa marchita" en su primera prosa, *Impresiones* (1917): "Yo soy el que ama a la ciudad romántica con amor de fuego. No la pude cantar, porque el agua de hielo me fascinó y me escondí en sus senos..."

GARCÍA BAENA, Pablo (Córdoba, 1923). Para romper con la "monotonía" de la poesía de posguerra, prisionera entre los extremos garcilasistas y tremendistas, en 1947 este poeta funda, con sus amigos cordobeses Molina y Bernier, la revista *Cántico*, heredera de la generación del 27. Pese al vitalismo hedonista que desborda en la mayor parte de sus versos, la muerte insinúa a veces su sombra. En el poema "Elegía" fantasea con la imagen de la pareja suicida*: "Pero no sabrás nunca nada de mi deseo. / Nada de cuando pienso desgarrar con mis dientes / los azules canales de tus venas / y juntos / morirnos desangrados, confundidas las sangres". El tema suicida de Narciso* le inspira un prolongado grito de deseo que, con el mismo título, halla sólo distensión en los últimos versos: "Nacido de mí mismo, tu amor, como puñal en el estuche, / acecha para libertar mi soledad. [...] Por-

que el amor tan sólo puede ser poseído por la muerte". Entroncando con el romanticismo más macabro de un Beddoes *, Baudelaire o Heym *, clama sin hacer ascos: "¡Nupcial materia pútrida!" Aún más explícita es su referencia al suicidio en su último libro, *Va talando el olvido mieses altas* (2004), uno de cuyos poemas comienza así: "He dejado las puertas entornadas / tras el suicidio", del que se culpa a la "blanca sobredosis".

GARCÍA LORCA, Federico (Fuente Vaqueros, 1898-Víznar, 1936). Un poema de su libro *Canciones* (1921-1924) lleva por título el muy explícito de "Suicidio", que una apostilla entre paréntesis viene a rebajar de su crudo dramatismo: "(Quizá fue por no saberte la Geometría)". El jovencito que protagoniza la escena, tentado por el balcón, ve ya premonitoriamente "su sombra tendida y quieta".

En carta a sus padres desde Nueva York, escrita en la primera semana de noviembre de 1929, cuenta su experiencia del jueves negro*: "Estos días he tenido el gusto de ver... (o el disgusto)... la catástrofe de la bolsa de Nueva York [...]. El espectáculo de Wall Street [...] era inenarrable [...], del 16 piso del Hotel Astor se había arrojado un banquero a las losas de la calle. Yo llegué en el preciso momento en que levantaban al muerto". En su conferencia-recital "Un poeta en Nueva York", dada por primera vez en Madrid en marzo de 1932, en la que dice que tuvo la suerte de ver por sus propios ojos el último *crack*, vuelve sobre el tema cuando evoca "aquel desfiladero de sombra por donde las ambulancias se llevaban a los suicidas con las manos llenas de anillos". En octubre de 1933 declara a Pablo Suero, crítico teatral de un periódico uruguayo: "Tuve la suerte de asistir al formidable espectáculo del último *crack* [...]. Vi ese día seis suicidios".

Suicidio literario es el de su Don Perlimplín, la figura epónima de *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, "aleluya erótica" de 1931. Este trasunto de todos los viejos maridos de farsa es el tercero que pone en escena, tras Cristobita (*Títeres de cachiporra*) y el Zapatero (*La zapatera prodigiosa*), y en vez de terminar tan sólo "cornudo y apaleado", como requiere la tradición, se desdobla y disfraza (como el Zapatero) e, inmolándose en aras de su amor imposible, muere para ser amado en la muerte (como Mariana Pineda). Su muerte es un suicidio-asesinato, una venganza, la única salida al amor imposible: "Perlimplín me mató...", murmura agonizante Perlimplín, con un puñal de esmeraldas que se ha clavado en el pecho. (Véase *Casa de Bernarda Alba, La** y Rodríguez Rapún*).

GARCILASO DE LA VEGA (Toledo, 1501-Le Muy, 1536). Militar, poeta y humanista. A pesar de ser "el más hermoso y gallardo de cuantos componían la corte del emperador", como lo describe uno de sus biógrafos, y a pesar de sus muchos éxitos galantes, no siempre los amores de este perfecto caballero renacentista son correspondidos. Isabel Freyre, dama portuguesa, es la roca contra la que se estrella y la espina que siempre lleva clavada hasta su muerte; también, por suerte para sus lectores, es la inspiradora de sus más bellos versos y sus más doloridos lamentos. Entre éstos, el poeta se compara en su infortunio al clásico suicida estoico en los versos 142-144 de su *Elegía II*:

y acabo como aquel qu'en un templado
baño metido, sin sentillo muere,
las venas dulcemente desatado.

Su muerte heroica en el campo de batalla* durante la campaña imperial en Provenza tiene todos los visos de un suicidio, al lanzarse sin casco ni coraza al asalto de la inexpugnable fortaleza de Le Muy a la cabeza de sus 3.000 soldados. Herido en la cabeza por una piedra lanzada desde lo alto de la muralla, es trasladado a Niza, donde muere al poco tiempo.

GARLAND, Judy (Grand Rapids, 1922-Londres, 1969). Aunque la primera película en la que se luce como cantante data de 1937, había debutado en su carrera cinematográfica a los tres años. Protagonista de numerosas comedias musicales, a menudo en compañía de otro joven prodigio, Mickey Rooney, alcanza la gloria en 1939 con *El mago de Oz*, de Victor Fleming. A continuación rueda varias de las mejores películas de la edad de oro del cine musical, compartiendo protagonismo con Gene Kelly. Casada cinco veces, su primer matrimonio se salda con una primera tentativa de suicidio, abriéndose las venas, al descubrir en la cama con otro hombre a su esposo Vincente Minnelli. Alejada de los estudios desde 1954, arruinada y cada vez más dependiente de toda clase de drogas, intenta sobreponerse y luchar contra la adicción mediante el psicoanálisis, que le aconseja iniciar el Dr. Menninger*. Después de varios intentos de suicidio, muere tras ingerir una fuerte dosis de tranquilizantes.

GARSHIN, Vsévolod (Dnipropetrovsk, 1855-San Petersburgo, 1888). Este escritor ruso de un pesimismo morboso, próximo a la vez a Tolstói y a Dostoyevski, vive toda su vida torturado por problemas filosóficos y sociales a los que no logra dar solución. Es autor de novelas y relatos con trágicos desenlaces, como la popular *Nadezhda Nikoláievna* (1885), en la que mueren asesinados los tres protagonistas. Un año después de publicar su último libro, *La señal* (1887), en que los dilemas morales parecían hallar una solución satisfactoria, se da muerte.

GARY, Romain (Vilna, 1914-París, 1980). Hijo de una madre posesiva, que decide por él cuál será su vocación, su estilo literario y hasta su personalidad de seductor, este escritor francés de origen judío ruso, nacido en la actual Lituania, pasa su tiempo en busca de su identidad. Se oculta bajo varios seudónimos, gracias a lo cual es el único caso en la historia en ganar dos veces el premio Goncourt, una con su nombre y otra con el de Émile Ajar, mixtificación literaria que costará mucho tiempo desvelar. Nómada mundano, judío errante y "cansado de ser él mismo", a pesar de sus muchos éxitos tanto literarios como mundanos, se dispara un tiro en la sien con la pistola que siempre le acompaña a todas partes. En el mensaje* que deja, escribe: "Me he divertido mucho. Adiós y gracias".

Gas. Se utiliza normalmente para asfixiarse con él por inhalación*, como lo hacen Mathilde de Morny*, René Crevel*, Sylvia Plath*, Yasunari Kawabata* o Tadeusz Borowski*, entre otros. Pero también los hay que se sirven de su poder explosivo para morir en la deflagración: por ejemplo, Enrico Freire*, que ya lo anun-

cia en el título de su último poema, "Explosión".

GAUGUIN, Paul (París, 1848-Atuana, 1903). Después de un fracaso comercial en Francia, amargado y arruinado, al pintor no le queda otro recurso que regresar de nuevo en 1895 a su Tahití. Allí la situación se agrava. Enfermo de sífilis, cubierto de deudas, depresivo y profundamente afectado por la muerte de su hija Aline, en 1897 trata de poner fin a su vida pero, como en tantos otros asuntos prácticos, en éste fracasa también.

GIDE, André (París, 1869-1951). *Dilettante* y egotista, inmoralista por ansia de libertad y no por vicio, descubre tras muchas vacilaciones su verdadera identidad homosexual, que asume con fervor. Clasicista a la par que nietzscheano, sensualista al tiempo que asceta, cultiva el extremismo tanto en su deseo de pureza como en su combate contra el tabú*, lo que le lleva a la apología en sus obras del "acto gratuito".

Escribe *Saúl* (*Saül*, 1898), tragedia en la que el viejo rey de la Biblia* se quita la vida, agobiado por toda clase de deseos de los que no logra escapar. La protagonista de *La puerta estrecha* (*La porte étroite*, 1909), Alissa, renuncia por amor al amor, por un exceso de rigor y pureza, pero muere por efecto de su drama interior. En *La sinfonía pastoral* (*La Symphonie pastorale*, 1919), la cieguecita Gertrude, de la que su protector y pastor protestante está enamorado sin confesárselo, se arroja a la corriente de un río al recobrar la vista y descubrir un mundo a la vez más bello y perverso de lo que le habían descrito. A los lectores españoles, esta historia de suicidio tras recobrar la vista puede recordarles la *Marianela** de Benito Pérez Galdós.

GIL DE BIEDMA, Jaime (Barcelona, 1929-1990). Pese a su escasa producción poética, ha ejercido una enorme influencia entre los poetas más jóvenes, para quienes aparece como el impulsor de la actual *poesía de la experiencia*. Abogado y ejecutivo de día en la empresa familiar, la Compañía de Tabacos de Filipinas, y explorador de los bajos fondos por la noche, vivió, como él decía, "una esquizofrenia controlada" que a menudo se descontroló en una carrera hacia la destrucción mediante el alcohol y el sexo. Su biógrafo Miguel Dalmau (*Retrato de un poeta*, 2004) subraya el carácter autobiográfico de su poesía: "Tenía un conflicto brutal consigo mismo. Se odiaba tanto que el odio le desbordaba". Asimismo desvela el secreto que marcó su vida: los abusos sexuales que sufrió en la infancia y en la adolescencia por parte de una persona allegada a la familia. En su agitada vida, que recuerda a menudo a la de Pasolini y que terminó bajo los efectos del sida, intentó suicidarse en dos ocasiones. También cultivó la particular forma de suicidio de los escritores que consiste en dejar de escribir (véase Vila-Matas* y silencio*), lo que hizo a partir de la década de 1980, no sin antes haber tratado de destruirse a través de la escritura ("Contra Jaime Gil de Biedma") o verse ya muerto ("Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma").

GIL ROËSET, Marga (Madrid, 1908-Las Rozas, 1932). Artista precoz, dibujante y escultora, y precoz suicida ya que, desesperadamente enamorada del poeta Juan Ramón Jiménez, se dispara un tiro a los

24 años. Presentada por una amiga común en 1932, emprende la realización de un busto de la esposa del poeta, Zenobia Camprubí, que queda inacabado. El día de su muerte deja su diario en casa de Juan Ramón y, de vuelta a la suya, destruye casi toda su obra. En la última página del diario deja escritas con su peculiar caligrafía estas palabras exaltadas: "Miércoles 27 de julio... Noche última... querría estar tanto a tu lado... y estoy sola... no... ¡estoy contigo sola! Yo así en la vida... estoy... tan inmensamente lejos de ti... ¡ay! aunque esté cerca... Pero en la muerte, ya nada me separa de ti... sólo la muerte... sólo la muerte, sola... y es ya... vida ¡tanto más cerca así! ¡muerte... cómo te quiero!" Su sobrina Marga Clark escribe una novela, *Amarga luz* (Circe, 2002), que evoca la figura de la artista e incluye fragmentos de su diario.

GILBERT, Nicolas (Fontenoy-le-Château, 1750-París, 1780). Alfred de Vigny lo incluye en el trío de perdedores trágicos, junto al suicida Chatterton* y el guillotinado Chénier en su libro *Stello* (1832), convirtiéndolo así en una especie de Chatterton francés. No merecía quizá tanta gloria este poeta reaccionario, satírico y elegíaco, pero sobre todo fracasado, autor de obras de títulos tan tristes como *Adiós a la vida* (*Adieu à la vie*) o *El poeta desdichado* (*Le poète malheureux*). Muere en la miseria en el hospital, después de tragarse, en una ataque de locura, la llave de un cofre que se le queda atravesada en el esófago.

GIRAUDOUX, Jean (Bellac, 1882-París, 1944). Tanto en sus novelas como en muchas de sus obras de teatro, los temas clásicos revisten ropas actuales y se envuelven en humor y fantasía. El mito de Lucrecia* revive así en el drama *Pour Lucrèce*, que se estrena póstumamente en 1953. También aquí la protagonista, Lucile, se da muerte envenenándose, víctima no de una violación sino de un engaño. Para castigarla por su mojigatería y sus campañas contra la inmoralidad de costumbres en la ciudad en la que su marido es fiscal, se le hace creer que, durante el sueño, la ha violado el Don Juan del pueblo.

Giulietta de los espíritus. Película de Federico Fellini (*Giulietta degli spiriti*, 1965) protagonizada por su esposa Giulietta Masina. Laura, la mejor amiga de infancia del personaje que encarna, se suicidó por amor siendo aún casi una niña, y desde el río al que se arrojó, como una nueva Ofelia*, invita a Giulietta con seductores susurros a seguir sus pasos. Ésta tendrá que luchar contra la tentación, como contra tantas otras, para conseguir su propia liberación.

GIVRY, barón de, René-Anne d'Anglure (Givry, c. 1510-Laon, 1594). Enamorado de la princesa de Conti, Louise Marguerite de Guisa, y abandonado por ella, le escribe una carta de despedida en la que le anuncia su próxima intención de morir, lo que no tarda en hacer en el campo de batalla* al recibir un arcabuzazo durante la contienda de Laon en 1594. En su carta escribe: "La muerte que busco y que me aguarda me obliga a concluir. Ved pues, bella princesa, por mi respetuosa desesperación, cuánto pueden vuestros desdenes y si era digno de ellos". Inspirándonos en Bachelard, y debido a lo explícito de la motivación de este suicida,

nos hemos permitido bautizar como *complejo de Givry* a esta conducta militar.

GÖDEL, Kurt (Brno, 1906-Princeton, 1978). El mayor lógico del siglo XX fue absolutamente lógico en su locura. Ingresado en el servicio de urología del hospital de Princeton, se niega a ingerir todo tipo de alimentos por creer que los médicos que lo atienden intentan envenenarlo, por lo que al final, llevando la paranoia a sus últimos extremos, se deja morir de inanición*. Había nacido en Moravia, bajo el imperio austro-húngaro, estudió en Viena y emigró a Estados Unidos en 1940, donde alcanzó gran fama como lógico y matemático.

GOEBBELS, Joseph (Rheydt, 1897-Berlín, 1945). El jefe de la propaganda nazi y ministro del Reich, tan fiel a Hitler* que merece ser nombrado su sucesor, protagoniza una de las escenas más horripilantes de la orgía de sangre en que se convierte la caída del régimen. Encerrado en el búnker de la cancillería con toda su familia, tras el suicidio del *Führer* pone fin a su vida de un disparo. Antes de hacerlo, dispara contra su esposa Magda, quien poco antes ha asesinado, envenenándolos uno a uno, a sus seis hijos menores de edad.

GOERING, Hermann (Rosenheim, 1893-Núremberg, 1946). Detenido en Austria en mayo de 1945, el mariscal del Reich, jefe supremo de la aviación alemana y brazo derecho de Hitler*, es trasladado a Núremberg, donde es juzgado y condenado a la horca por crímenes de guerra y contra la Humanidad. La víspera de su ejecución, se traga una cápsula de cianuro* en su celda.

GOETHE, Johann Wolfgang von (Fráncfort, 1749-Weimar, 1832). Si en su obra de juventud *Werther** (1774), permite que su protagonista se quite la vida, con las consecuencias que ello acarrea entre los jóvenes lectores de la época, en su obra de madurez *Fausto* (1806-1832) salva del suicidio en el último momento al protagonista cuando está a punto de apurar la copa de veneno. En la primera escena de la primera parte, Fausto, que se ha quedado solo en su gabinete de trabajo, tras despedir a Wagner, se sumerge en profundas meditaciones. Poco a poco, a través de un largo monólogo, llega a la conclusión de que su ambición de parecerse a Dios por el estudio es totalmente vana, y su mirada se ve irresistiblemente atraída por el frasco de veneno que se halla en un rincón. Su vista lo reconforta y, ya sereno, le dirige una ferviente plegaria: "Yo te saludo, pomo solitario que tomo con piadoso respeto [...]. Concede tus favores a quien te posee [...]. Será mi última bebida y yo la ofrendo con toda mi alma, como solemne libación, al alba de un día más radiante". La acotación indica que acerca la copa a los labios, pero en ese preciso momento repican las campanas de Pascua y el coro angélico entona en las alturas: "¡Cristo ha resucitado!" "¿Qué sones poderosos arrancan la copa de mis labios?", exclama ahora el arrepentido, arrastrado por la fuerza regeneradora de la aurora primaveral. Esta resurrección del solitario lo devuelve al redil humano y a la aceptación de su condición mortal.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (Madrid, 1888-Buenos Aires, 1963). Entre las infinitas greguerías que el inclasificable humorista prodiga desde 1917, las hay tam-

bién sobre el suicidio: "Entre los carriles de la vía del tren crecen las flores suicidas" o "Los que matan a una mujer y después se suicidan debían variar el sistema: suicidarse antes y matar después". Hay también una greguería dedicada a las plumas estilográficas, que se suicidan pues siempre caen de punta y se desmochan.

La escritora francesa Florence Delay cuenta a este respecto una anécdota que produce cierto escalofrío. En 1983, estando en su piso de París preparando, con otros artistas y escritores, el homenaje que el Centro Pompidou debía rendir aquella tarde al escritor vanguardista madrileño, deciden terminar la lectura pública por esta última greguería. Al salir a la calle para dirigirse al lugar del homenaje, tropiezan en el patio con el cadáver de una joven que acaba de lanzarse por una ventana y que ha caído de cabeza como una pluma estilográfica.

GÓMEZ JATTIN, Raúl (Cartagena de Indias, 1945-1997). Toda la poesía de este colombiano homosexual, pobre y marginal, escrita sin un solo signo de puntuación, es de corte autobiográfico y erótico y de una gran libertad de tono. La locura le lleva varias veces a abandonar la calle donde vive por el manicomio, de modo que su último libro publicado en vida está escrito íntegramente en lo que él llama una "cárcel de salud". Sus poemas póstumos llevan por título *El libro de la locura*. Tras escribir "Vuelo hacia la muerte", se arroja al paso de los vehículos en una autopista y muere arrollado.

GONZÁLEZ, Tomás (1940-1966). El día de su vigésimosexto cumpleaños, tras regalarle a su madre un ramo de flores y dedicarle un poema, este poeta español abre la ventana y se arroja al vacío. El poema se convierte en su mensaje póstumo * de despedida: "Madre, también yo quisiera ser mujer / [...] para sentir en mi interior / la necedad terrible de haber traído al mundo a esta bestia maldita, / y perdonarte, madre".

GONZÁLEZ CASTILLO, José (Buenos Aires, 1885-1937). Autor teatral argentino de ideas anarquistas, padre del poeta y autor de célebres letras de tango Cátulo Castillo. Debido a sus ideas, tuvo que exiliarse a Chile, llevando consigo al niño Cátulo. En 1910 estrena en Buenos Aires la obra de teatro *Los invertidos*, que trata de la homosexualidad * masculina. Su anarquismo no le impide tener los más groseros prejuicios, y así, considera que ese supuesto problema no tiene otra solución que el suicidio de quienes padecen de este mal. El día de su estreno, por si el mensaje de la obra no resultara bastante explícito, el autor sube al escenario y desde allí expone al público de la sala su teoría, convencido de que el autoexterminio de esta especie es la única solución para todos. La obra no dura ni una semana en cartel.

GORDIANO I (158-238). Emperador romano descendiente de los Gracos, hombre riquísimo y poeta a ratos perdidos. Sube al trono imperial cuando ya tiene 80 años y permanece en él durante sólo un mes. Asocia a su hijo Gordiano II en el poder, y cuando éste muere en el campo de batalla frente a Cartago, se suicida.

GORKY, Arshile (Khorkom, 1904-Nueva York, 1948). En 1920 abandona su tierra armenia y emigra a Estados Unidos,

donde pronto se relaciona con otros pintores. En la década de 1940 descubre el surrealismo *, que ejerce una gran influencia en su pintura y le ayuda a encontrar su propio estilo. Se relaciona con André Breton y es admitido como miembro tardío del grupo(de hecho, es el último). Es a la vez el último surrealista y el primer expresionista abstracto. En 1946 un incendio en su taller destruye 27 lienzos, tras lo que enferma gravemente. Después de pintar un cuadro que titula *Last Painting*, decide poner fin a su vida.

Gotas de agua sobre piedras ardientes. Tanto la película del actor y realizador francés François Ozon (*Gouttes d'eau sur pierres brûlantes*, 1999), como la obra teatral de R. W. Fassbinder* en la que se inspira, presentan indudables rasgos de un autorretrato de éste: seductor, manipulador, bisexual y destructor. En la adaptación cinematográfica, el agente de seguros Leopold (Bernard Giraudeau) conquista al joven Franz (Malik Zidi), que abandona todos sus proyectos y se instala a vivir con él. Cuando el maduro Don Juan seduce también a su novia (Ludivine Sagnier), el joven se envenena tras hacer una llamada de despedida a su madre. Un transexual, antiguo amante del seductor y hoy mujer desdeñada (Anna Thomson*), asiste impotente a la escena, tras lo que intenta suicidarse arrojándose por la ventana pero no logra abrirla. Merece la pena recordar que, en la vida real, la actriz lo había intentado también sin conseguirlo.

GOYTISOLO, José Agustín (Barcelona,1928-1999). Miembro de una conocida familia de escritores, a la que pertenecen sus hermanos los novelistas Juan y Luis, el poeta José Agustín forma parte, junto a Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma*, de la llamada Escuela de Barcelona. Cuenta Miguel Dalmau en su biografía *Los Goytisolo* (1999) que a los tres hermanos los educó en el miedo y un abrumador sentido de culpa colectivo, por la temprana muerte de la madre, un padre totalmente paranoico. Víctima de frecuentes depresiones, cae durante años en un silencio* poético, que logra sin embargo romper en sus últimos años (*La noche le es propicia*). El 19 de marzo de 1999 muere al precipitarse desde una ventana. Aunque algunos de sus allegados reconocen que en el momento de su fallecimiento se encontraba muy deprimido, la versión oficial de la familia atribuye su muerte a un desgraciado accidente mientras reparaba una persiana (véase tabú*). En la familia había antecedentes, como el del tío Néstor, ahorcado, según cuenta Juan en su libro *Señas de identidad* (1968), en el sanatorio de Bel-Air, cerca de Ginebra.

GRACQ, Julien, seudónimo de Louis Poirier (Saint-Florent-le-Vieil, 1910-Angers, 2007). Personaje secreto y retirado del mundanal ruido, el novelista francés vive ajeno a cualquier moda y se muestra hostil a toda recompensa, tan enemigo de posar para fotógrafos como de conceder entrevistas. Con su novela *La orilla de las Sirtes* (*Le rivage des Syrtes*) gana el premio Goncourt de 1951, que se apresura a rechazar. Este libro relata la historia de un suicidio colectivo*, el de toda la república de Orsenna, en cuyas remotas fronteras meridionales sirve el protagonista Aldo, y que, sumergida en el marasmo de la rutina y la inacción, prefiere, para salir de

su estado de postración, abrir las puertas al invasor del siempre amenazante Estado de Farghestán. Al protagonista le cabe el honor de despertar una guerra dormida desde hace 300 años y conducir así su patria al apocalipsis. La muerte segura parece en tales circunstancias preferible a la esclerosis de todo un pueblo.

Gran azul, El. Película francesa (*Le grand bleu*, 1988) del entonces joven realizador Luc Besson (es su tercer film), protagonizada por el también actor debutante Jean-Marc Barr. El personaje encarnado por éste, campeón de submarinismo y enamorado del fondo del mar, sucumbe al fin a la tentación de las profundidades y se sumerge para siempre en compañía de sus amigos los delfines. En palabras del director, se trata de "presentar la muerte no como algo horrible, sino como una liberación, una paz defintiva, un canto..." La película obtuvo un grandioso éxito, particularmente entre jóvenes y adolescentes.

Gran Bretaña. Entre los países con mayor reputación de suicidas, Gran Bretaña, y en especial Inglaterra, se lleva la palma, aun por encima de Alemania*. No en vano es allí donde nace la palabra* y de donde la importan los demás países de Europa, sin que a ninguno de los importadores, el abate Prévost en Francia o Leandro Fernández de Moratín* en España, se les olvide mencionar que el origen del vocablo obedece a la plaga que hace estragos en aquel país. Ron M. Brown, en su estudio citado a menudo, le dedica todo un capítulo que titula "¿Una danza de la muerte a la inglesa?" En él cita como epígrafe los versos de Edward Young* que comienzan: *O Britain, infamous for Suicide!* ("¡Oh Gran Bretaña, tristemente famosa por el suicidio!"). Sea cierta o infundada la fama, toda Europa lo cree a pies juntillas desde comienzos del siglo XVIII y con frecuencia se atribuye tal propensión a la humedad del clima y a la niebla que allí se padecen. Lo cierto es que, con gran adelanto sobre el continente y como curioso precursor del también británico Club de los suicidas* de Stevenson, William Withers publica un opúsculo con "instrucciones para despachar con más comodidad el asunto". Tal es el convencimiento durante el siglo XVIII, tanto en el país como fuera de él, de la gravedad del "mal inglés", que florecen los estudios, artículos, discursos y controversias sobre sus causas y posibles remedios. En el continente, entre los convencidos de esta fatal propensión se encuentran Montesquieu y Voltaire*. En la actualidad, gracias al título de la obra teatral póstuma de la escritora suicida Sarah Kane*, *4.48 Psychosis*, disponemos de una indicación horaria de una gran precisión sobre el momento preferido por los británicos para darse muerte: las 4:48 minutos de la madrugada.

Grand Jeu, Le. Más radicales aún que los surrealistas*, los cuatro mosqueteros de Reims, cuatro colegiales de 14 a 15 años intoxicados por Rimbaud, fundadores en 1928 de la revista *Le Grand Jeu*, encuentran a los rebeldes parisinos demasiado tímidos, burgueses, literarios e incoherentes con sus propios principios. Roger Gilbert-Lecomte, René Daumal, Roger Vailland y Robert Meyrat, a los que más adelante se une Pierre Minet, tratan de destruirse por todos los medios experimentando con toda clase de drogas y venenos, sin olvidar el juego de la ruleta rusa. Casi

todos ellos mueren muy jóvenes dejando una obra desesperada y a menudo confidencial.

GRANDES, Almudena (Madrid, 1960). En su novela *Castillos de cartón* (Tusquets, 2004), la protagonista revive los recuerdos de sus años juveniles tras la llamada telefónica de un amigo, Jaime, que le anuncia el suicidio de un tercero, Marcos. Los tres vivieron un trío amoroso en su época estudiantil madrileña de los años 80. "A partir de aquella mañana, siempre habrá algo más —dice— porque los suicidas se matan, pero nunca mueren del todo. Sobreviven en la conciencia de quienes sobreviven [...] como una venganza".

GRANGÉ, Jean-Christophe (París, 1961). En sus novelas policíacas, este periodista, viajero infatigable, guionista de cine y de cómics, autor traducido a 18 lenguas, imagina intrigas que discurren, en contra de las reglas del género, por una estrechísima senda entre lo racional y lo fantástico. En su última entrega, *El juramento del limbo* (*Le serment des limbes*, 2007), dos amigos con nombres de evangelistas, Luc y Mathieu, son a la vez detectives y teólogos en lucha contra el Mal. Por inconcebible que resulte en un cristiano tan ferviente, Luc se suicida, lo que lleva a su amigo a investigar en las causas de su acto y a internarse por los espacios más misteriosos.

GRECO, Alberto (Buenos Aires, 1931-Barcelona, 1965). Neodadaísta, provocador y juguetón, gran cultivador del *happening* callejero y del escándalo público, este artista argentino escribe versos, una novela, pinta, dibuja y monta espectáculos con los que recorre todo el mundo siempre en conflicto con las instituciones, cuando no con las autoridades, sean peronistas, italianas o de cualquier otro país. Tras un último escándalo bonaerense en 1964, en el que participa Antonio Gades, vuelve a viajar una vez más a España. En Madrid cuelga una campanilla al cuello de todos los visitantes de una galería, transformándolos, como cuenta Antonio Saura, en un rebaño de mansos borreguitos. A continuación confía el manuscrito garabateado de su novela *Besos brujos* a un amigo, Carlos Mazar, viaja a Barcelona y en esta ciudad, tras anunciar que se va a poner a trabajar seriamente y comprar pinturas y pinceles, se encierra en un trastero y se traga tres tubos de barbitúricos. Su mensaje póstumo no puede ser más breve ni más explícito: "Fin", escrito con tinta china en la muñeca izquierda.

GREENE, Graham (Berkhamstead, 1904-Vevey, 1991). Víctima de una precoz esquizofrenia, según cuenta Manuel Vicent, el novelista británico "fue sorprendido a los 16 años acariciando la culata de un revólver Smith & Wesson, calibre 32. Graham Greene jugó a la ruleta rusa cuatro veces con aquel arma, cuyo tambor era de seis balas." Vicent concluye: "Después de todo, el azar de su vida fue un largo suicidio, unas veces feliz y otras atormentado, que duró 86 años".

GROS, Antoine-Jean (París, 1771- Meudon, 1835). Uno de los principales pintores de batallas que acompañan a Napoleón en sus expediciones militares como reportero gráfico. De entre su obra destaca el cuadro *Napoleón visitando a los apestados de Jaffa en 1799*, que combina de-

voción por el emperador y exotismo oriental. Dotado de una gran lucidez, no se deja engañar por la gloria y el reconocimiento oficial y, consciente del anacronismo de su arte e incapaz de renovarse, admite las críticas con que se reciben sus últimas obras y pone fin a su vida arrojándose a las aguas del Sena en los alrededores de París.

GROSSMAN, Vasili (Kiev, 1905-Moscú, 1964). Su novela *Vida y destino*, nueva epopeya tolstoiana, se acabó de escribir en 1960, pero no sale a luz hasta 20 años más tarde y en Occidente, sin que su autor la vea nunca publicada. Como novela de guerra, la desesperación cunde a menudo tanto en el frente como en los campos de prisioneros y empuja a los hombres al suicidio. La primera noticia que se tiene de un prisionero es la que un enfermero espeta sin miramientos: "Tu amiguito ya no beberá más leche. Se ha ahorcado esta noche". Luego es un alférez el que se dispara un tiro por haber herido involuntariamente a un camarada. En el alegato que otro personaje hace en favor de la libertad de prensa, sueña con enterarse de "cuántas personas se suicidaron ayer en Moscú". Del campo de concentración estalinista de Kolymá —sobre el que escribirá sus relatos Varlam Shalámov—, llegan noticias sobre "el modo que allí tienen de suicidarse" los prisioneros', "dejando de comer y bebiendo varias veces al día el agua de los pantanos". También se producen suicidios entre los excombatientes, mutilados y cubiertos de medallas, que ni por esas encuentran alojamiento a la vuelta a Moscú. Uno de ellos se ahorca, de forma muy espectacular, de una viga con todas sus condecoraciones clavadas en el pecho desnudo. No faltan tampoco muertes voluntarias entre los judíos* de las zonas ocupadas por los nazis.

GUERRIERO, Leila (Junín, 1967). Esta periodista argentina del diario bonaerense *La Nación* ha investigado la epidemia* de suicidios que se abate sobre la población patagónica de Las Heras, donde, en poco más de dos años, se han ahorcado 12 jóvenes. En este pueblo petrolero de unos pocos miles de habitantes, situado a 2.000 kilómetros al sur de Buenos Aires y víctima de la crisis económica tras un período de súbita prosperidad, 12 hombres y mujeres con una media de 25 años ponen fin a su vida entre noviembre de 1997 y el último día de 1999. Fruto de esa investigación, la periodista escribe un libro de desolación y abandono, *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico* (Tusquets, 2006). Sobre la mezcla de ficción y reportaje por la que discurre el libro, Edgardo Dobry escribe en *El País* que "es difícil no pensar en el antecedente de Truman Capote*".

GUEVARA, Ernesto *Che* (Rosario, 1928-Bolivia, 1967). Tras participar, junto a Fidel Castro y Camilo Cienfuegos, en la toma del poder contra el dictador Batista en 1959, y desempeñar altos cargos en la dirección revolucionaria de Cuba, se aleja de Castro por discrepancias políticas e intenta promover guerrillas antiimperialistas por el mundo, primero en el Congo y luego en Bolivia, donde, falto de apoyo y cada vez más aislado, cae prisionero y es ejecutado por los militares que le dan caza.

En su carácter heroico y su conducta ascética, que le impone desde muy joven y a pesar de sus problemas de salud toda

clase de sacrificios*, se hallan no pocos rasgos del mártir* cristiano que aspira a la suprema recompensa de la muerte. Al leer las páginas de su *Diario de Bolivia*, sorprende su obcecación en proseguir una empresa que nadie mejor que él sabe condenada al fracaso y que lo lleva directamente a la destrucción. El escritor cubano Rafael Rojas escribe: "Estos rasgos del temperamento guevarista son los que determinan la seducción casi heideggeriana de ese 'ser destinado a morir', disciplinado como Séneca* en el alma de los estoicos*, pero también por su naturaleza destructiva y letal" (*Encuentro*, 8/9, 1998). Régis Debray, su antiguo compañero de guerrilla, califica explícitamente de "suicidio" su muerte, que imputa a su carácter "sadomasoquista". Sus principales biógrafos destacan el extremo parecido que sus últimas imágenes ofrecen con las del *Ecce Homo* de Cristo*; como dice Paco Ignacio Taibo II, los campesinos bolivianos no se equivocan respecto al sentido de su gesta heroica ya que después de su muerte le rinden culto como a un santo.

Con la captura y ejecución del Che se entrevera otra historia de suicidio, el llevado a cabo en 1959 por el padre del futuro agente de la CIA cubano Gustavo Villoldo, quien persigue al comandante por África y América Latina hasta dar con él , por vengar a su padre.

GUILLON, Claude (1952). Autor, junto con Yves le Bonniec, del ensayo *Suicidio. Manual de uso* (*Suicide, mode d'emploi*, 1982), libro que obtiene, primero en Francia y luego en otros muchos países, un éxito fulgurante. Traducido rápidamente a seis idiomas, y con más de 100.000 lectores en su propio país, suscita mas de 500 artículos de prensa y provoca una polémica sin precedentes, debido en parte a la lista de medicamentos tóxicos accesibles en farmacias que figura en su décimo y último capítulo. En febrero de 1995, 13 años después, la justicia francesa, que ya había prohibido terminantemente la venta del libro, condena a su editor. Paradójicamente, la lucha de este militante contra el tabú* de la muerte voluntaria, que se inscribe dentro de las luchas de los años 70 en favor del aborto, la contracepción y el derecho a disponer de su propio cuerpo, ha servido para reforzar las leyes represivas (véase Justicia*), lo que ha permitido la condena y prohibición en Francia del libro del norteamericano Derek Humphry *Exit Final* (1992), con un prólogo de Hubert Reeves, así como la condena a una multa del diario *Le Monde* a comienzos de 2000. A pesar de la persecución inquisitorial de que son objeto los autores y el editor, Guillon ha vuelto a publicar otros libros como *À la vie à la mort. Maîtrise de la douleur et droit à la mort* (1997) y *El derecho a morir* (*Le droit à la mort*, 2004). En España existe una edición actualizada en castellano (*Suicidio. Manual de uso*), adaptada a la normativa jurídica y a la oferta farmacéutica nacionales, y otra en catalán (*Suïcidi. Manual d' us*, Llibres de l'Index).

GUILLOUX, Louis (Saint-Brieuc, 1899-1980). Es el autor de la obra que muchos —Gide, Camus, Steiner, Jorge Semprún (y el autor de este *Diccionario*, con perdón)— consideramos como una de las mejores novelas francesas del siglo XX y también como la más rusa, la más dostoievskiana de la literatura de su país. Esta novela se llama *Le sang noir* (1935), tra-

ducida al castellano por Ramón Buenaventura con el título de *La sangre negra* (El Aleph, 2002). Para André Malraux, su personaje principal es la muerte. La acción transcurre en una pequeña ciudad bretona durante un día de 1917. Su protagonista, Merlin, al que todos llaman Cripura, un viejo profesor de filosofía en un instituto de provincias, enfermo, malhumorado y excéntrico, es víctima de las burlas de sus alumnos, la incomprensión de sus conciudadanos y la mezquindad general, agravada por el estado de guerra durante el primer conflicto mundial. Sacando fuerzas de flaqueza, lucha contra el engreimiento y la vacuidad, el conformismo y la miopía, y su lucha heroica le lleva hasta la propia destrucción. Derrotado por todos y aspirando como aspira a la muerte, aprieta el gatillo de un revólver que apoya contra el corazón. El personaje se inspira en la figura real de Georges Palante*, también suicida y pensador solitario; pero los suicidios encajan en esta novela como muñecas rusas, ya que su protagonista ha escrito una tesis doctoral sobre otro suicida, Turnier, que ha puesto fin a su vida ahogándose en el mar.

GÜNDERODE, Karoline von (Karlsruhe, 1780-Winkel in Rheingau, 1806). Cuando el filólogo Friedrich Creuzer, su amante, se reconcilia con su esposa legítima, la poeta romántica se asesta una puñalada en el pecho y muere a los 26 años. Su cadáver aparece, con el pecho ensangrentado y el cabello suelto, tendido a la orilla del Rin. Los poetas contemporáneos dedican versos conmovidos a esta "Ofelia* sangrienta" que, no contenta con apuñalarse, se arroja a continuación a las aguas del río. "Pienso en la muerte —declara poco antes de morir— con la más absoluta tranquilidad". Y en el mensaje* que deja escrito, se despide de esta manera: "A todos os doy con el máximo respeto mis más sentidas gracias, a vosotros con quienes he vivido en la Tierra".

La también escritora alemana Bettina Brentano (1785-1859), gran amiga de la suicida, hermana de Clemens Brentano y viuda de Achim von Arnim, publica en 1840 su novela epistolar y en gran parte autobiográfica *La Günderode* (*Die Günderode*). Según Christa Wolf, que evoca su personaje en el libro *En ningún lugar. En parte alguna*, el cuchillo que Karoline se clava en el corazón la acompañaba a todas partes, siempre dispuesto para ser usado contra ella. Tras su muerte, otras amantes del Romanticismo* alemán siguen su ejemplo, como Henriette Vogel, la amiga de Kleist*, o Charlotte Stieglitz*, esposa del poeta Heinrich Stieglitz.

H

Hachís. El poeta francés Charles Baudelaire*, autor de *Los paraísos artificiales* (*Les paradis artificiels*, 1860), se muestra acérrimo adversario de este producto y lo condena irremisiblemente en su libro, oponiéndolo al vino, al opio y al láudano*, todos ellos preferibles, según él: "El hachís es un arma para el suicidio", resume perentorio.

HALBWACHS, Maurice (Reims, 1877-Buchenwald, 1945). Este discípulo de Émile Durkheim* fue deportado por los nazis al campo de concentración de Buchenwald, donde murió. Interesado por las condiciones sociales de la memorización, tiende puentes con sus trabajos entre la psicología y la sociología, lo que le lleva a definir lo que llama "representaciones colectivas" y a sentar las bases de una psicología colectiva. Atento a la estratificación en clases de la sociedad, comparte ciertos criterios con el marxismo. En cuanto a la muerte voluntaria, prosigue la reflexión de su maestro, la completa y la corrige en su estudio *Las causas del suicidio* (*Les causes du suicide*, 1930, prologado por Marcel Mauss*). Lo que se proponía ser un complemento de la obra pionera, acaba por introducir una teoría radicalmente nueva. Rechaza el excesivo, casi exclusivo sociologismo del fundador, para combinar las motivaciones personales con los factores sociales que intervienen en cada caso particular. Profundiza en las causas determinantes del suicidio según la constancia estadística que presenta en los diversos grupos sociales, basándose en su situación religiosa, cultural, familiar, política y económica.

HALE, Dorothy (Pittsburgh, 1905-Nueva York, 1938). Según testigos de la época, su belleza podía competir con la de Elizabeth Taylor, pero no su talento como actriz. Amiga de la pintora mexicana Frida Kahlo*, fue probablemente amante ocasional de su marido Diego Rivera. A los 33 años, tras perder sucesivamente a tres maridos, el último en accidente de automóvil, reúne a todos sus amigos en una fiesta; al quedarse sola, a las seis en punto de la mañana, enfundada en su vestido favorito de terciopelo negro, con un ramillete de rosas amarillas prendido en el pecho, se arroja al vacío desde lo alto del ras-

cacielos Hampshire House. Su amiga, la directora de la revista *Vanity Fair* Clare B. Luce, encarga a la pintora mexicana un retrato para regalárselo a la madre de la víctima. Frida Kahlo pinta su cuadro entre 1938 y 1939 (óleo sobre placa de fibra con el marco pintado, en el Phoenix Art Museum), en el que representa, al modo de los exvotos populares de su país, las distintas etapas de la muerte de su amiga. La visión es a la vez ingenua y poética pero también extremadamente dramática, ya que la sangre del cuerpo caído corre hasta desbordar la tela y chorrear por el marco. El cuadro provoca gran escándalo entre los puritanos estadounidenses y horroriza a la clienta, que si no llega a destruirlo, en clara ilustración del tabú* que rodea al suicidio, borra al menos su propio nombre del marco.

Ha nacido una estrella. Película del director norteamericano George Cukor (*A Star is Born*, 1954), tercera versión, y la más famosa, de las cuatro que se han rodado sobre el tema del Pigmalión, que se hunde hasta suicidarse mientras su criatura escala los peldaños de la gloria. Todas ellas se inspiran en la historia real de la estrella del cine mudo John Bowers*. Como en la realidad, el personaje, aquí llamado Norman Maine y encarnado por James Mason, tras lanzar a la fama a su joven conquista, Esther (Judy Garland*), víctima del alcoholismo*, decide no ser un obstáculo para la carrera de la nueva estrella. Una mañana se despide de ella, baja a la playa y se quita el albornoz. La próxima imagen muestra sólo esta misma prenda flotando en el agua. El método* escogido para poner fin a su vida es fiel a los hechos reales. No deja de ser conmovedor que quien representó en la película el papel de mujer fuerte fuese en la realidad alguien que también sucumbirá a la depresión y se suicidó.

HANEKE, Michael (Múnich, 1942). Como director cinematográfico, debuta tardíamente en 1989 con *El séptimo continente* (*Der Siebente Kontinent*). Esta película forma la primera parte de la "trilogía de la glaciación emocional" y se inspira en un caso real de suicidio colectivo*, el de una familia vienesa de tres miembros ocurrido poco tiempo antes. Las últimas imágenes muestran al padre de familia que acaba de ingerir su dosis de veneno y aguarda su efecto mientras a su lado yacen su esposa e hijo. Completan la trilogía *El vídeo de Benny* (*Benny's Video*, 1992), historia de un asesinato a sangre fría cometido por un adolescente, y *71 fragmentos de una cronología del azar* (*71 Fragmente einer Chronologie des Zufalls*, 1994). Prosigue su carrera en Francia, donde crítica y público le dispensan una muy buena acogida. *La pianista* (*La pianiste*, 2001), adaptación de la novela homónima de la escritora austriaca Elfriede Jelinek, Premio Nobel de Literatura de 2004, pone en escena las patologías sexuales de una honorable profesora de piano interpretada por Isabelle Huppert, secundada por una serie de personajes igual de perversos. En la última escena, la protagonista se clava un cuchillo en el estómago sin conseguir poner término a su vida. Su suicidio resulta tan abortado como el resto de su existencia.

El tiempo del lobo (*Le temps du loup*, 2003), como casi todas sus películas, pero también como toda una corriente de la cultura austriaca contemporánea, viene a

ser, por su argumento calamitoso y deprimente, y por su efecto catártico sobre el espectador, el equivalente actual de las tragedias griegas. Para el europeo medio actual, inmerso en su cotidianidad, obra como un revulsivo que le sacude la conciencia recordándole, con Hobbes, que lobos somos y en lobos nos hemos de convertir y que ayer mismo vivíamos así en Europa; que hoy se sigue viviendo así en tres cuartas partes del planeta; y que mañana, si seguimos exprimiéndole el jugo, se puede volver a vivir así en todas partes. Tan trágico es el argumento de este apocalipsis ecológico, libre por otra parte de toda grandilocuencia, que hay crímenes, robos, peleas, muertes de inocentes y también el suicidio de una mujer. Hallamos también la figura de un pequeño redentor, puro como una Antígona*, dispuesto a la inmolación por el fuego* para la salvación del género humano. Esta víctima expiatoria, que aspira a la purificación de la comunidad, se despoja ritualmente de sus vestiduras y, acorde con el bachelardiano *complejo de Empédocles**, se dispone a arrojarse a las llamas. ¿Qué importancia tiene que, en el último instante, sea salvado del sacrificio si, como su mismo salvador se lo explica, lo importante es haber querido hacerlo?

En su última película rodada en Francia, *Caché* (2005), el personaje interpretado por Maurice Bénichou, un argelino que de niño fue adoptado por los padres del protagonista francés (Daniel Auteuil), y al que éste acusó injustamente hasta lograr que lo expulsaran del hogar, se ve de nuevo injustamente acusado por su compañero de infancia. Para demostrarle su inocencia, saca en su presencia una navaja del bolsillo y, con la mayor tranquilidad, se secciona la yugular muriendo en el acto.

Haraquiri. Método de suicidio ritual practicado en Japón por los samuráis, llamado en japonés *seppuku*, consistente en abrirse el vientre con un sable. Su práctica se remonta al siglo XII y parece ser importada de China*, donde las mujeres lo utilizaban para demostrar de forma fehaciente que no estaban embarazadas. Durante el período Kamakura, el haraquiri se considera como una prueba de valor tras haber perdido una batalla. Con la paz instaurada en el período Edo (siglo XVI), es objeto de una reglamentación codificada, convirtiéndose en forma de castigo para el samurái culpable de alguna falta. En tal caso, el verdugo corta la cabeza del reo apenas inicia éste su tajo abdominal. Tampoco parece ser un método fácil ni totalmente eficaz, en particular entre sus émulos occidentales, como lo demuestran Mathilde de Morny* o Emilio Salgari*.

Haraquiri. Película japonesa de Masaki Kobayashi (*Seppuku*, 1962), cuya acción se sitúa en el siglo XVII y que relata el suplicio atroz de un samurái condenado a abrirse el vientre con un sable de bambú, así como la venganza que se toma su suegro sobre el clan enemigo, tras la cual el vengador también se suicida ritualmente.

Harold y Maude. No se trata de una pareja suicida como la de Hero y Leandro* pero sí de una pareja enamorada y nada convencional, en la que uno de los miembros, el jovencito Harold, sana de sus tendencias suicidas gracias a la alegría de vivir de su anciana enamorada. De su novela de este mismo título, su autor, Colin

Higgins, extrae el originalísimo guión de una película que, dirigida por el norteamericano Hal Ashby (*Harold and Maude*, 1972), tendrá un enorme éxito. La primera escena nos muestra al protagonista dirigiéndose al lujoso salón de la casa de sus padres para ahorcarse. Cuando su madre lo ve allí preparando la soga, da unos cuantos telefonazos y a continuación recomienda a su hijo que no llegue tarde a la cena. Maude puede morir tranquila al final de la película, consciente de que ha conseguido enderezar al fúnebre jovenzuelo.

HASENCLEVER, Walter (Aquisgrán, 1890-Les Milles, 1940). Huyendo de la persecución nazi, este escritor expresionista alemán se refugia en 1939 en el sur de Francia, engrosando la colonia de intelectuales exiliados allí formada. Como muchos de sus compatriotas, es internado una primera vez en el campo de concentración de Fort Carré, en Antibes, y de allí trasladado al tristemente célebre de Les Milles, cerca de Marsella. Cuando se entera del avance de los alemanes, pone fin a su vida. Es el momento en que otros muchos refugiados optan por el suicidio, como Walter Benjamin*, Carl Einstein* o Ernst Weiss*. "Para ellos —escribe Ingrid Scheurmann— se produjo entonces la victoria definitiva de la desesperación: el suicidio se presentó como el único acto digno de un ser humano que podían realizar". Está enterrado en Aix-en-Provence. En su novela autobiográfica *Die Rechtlosen* (*Los olvidados*, Barataria, 2002), narra sin patetismo alguno y con la máxima objetividad las condiciones de aquel mundo cerrado, cargado de malos presagios.

HATFIELD, James (1958-Springdale, 2001). Víctima del poder de la familia Bush, el periodista norteamericano y autor de una biografía de George W. Bush, *Hijo afortunado: cómo se fabrica un presidente americano* (*Fortunate Son: George W. Bush and the Making of an American President*, 1999) termina suicidándose. Aunque la revelación de la detención en 1972 del futuro presidente por posesión de cocaína* queda rápidamente enterrada por la intervención del padre, las cosas comienzan a irle mal desde entonces al autor del libro. Un diario texano próximo a los intereses de la familia presidencial, el *Dallas Morning News*, inicia una campaña de calumnias y acusaciones que irá extendiéndose y en aumento. El libro es retirado de las librerías, el periodista pierde todos sus contratos y, arruinado y víctima del acoso* mediático, se suicida envenenándose en una habitación de hotel de Springdale, Arkansas.

HAUPTMANN, Gerhart (Obersalzbrunn, 1862-Agnetendorf, 1942). El primer drama realista del Premio Nobel de Literatura de 1912, muy influido por Zola por su ambiente de minería y alcoholismo, *Antes del amanecer* (*Vor Sonnenaufgang*, 1889), aplica la lección del determinismo hereditario y condena al suicidio al único ser puro de la historia, Helena, a quien el novio abandona por miedo a que termine pareciéndose a su familia. *Almas solitarias* (*Einsame Meschen*, 1891), drama juvenil, pone en escena, inspirándose en Ibsen, un triángulo amoroso que la abnegada esposa de un pastor protestante está dispuesta a aceptar. La que no acepta la situación es la joven amante, Anna Mahr, que abandona el hogar trian-

gular sumiendo al marido en el desconsuelo dual: éste toma los remos y se adentra con una barca en el lago, de donde ya nunca volverá. Suicidio acuático es también el de otro marido, el del drama *Gabriel Schillings Flucht* (1912), enredado asimismo entre dos mujeres, ninguna de las cuales quiere renunciar a él. El viejo Henschel, del drama *Fuhrmann Henschel* (1898), incapaz de liberarse de la tiranía sexual a la que le tiene sometido su criada, impotente para poner freno a sus infidelidades y presa de los remordimientos que le inspira la memoria de su difunta esposa, se quita la vida. En 1932 estrena *Antes del anochecer* (*Vor Sonnenuntergang*), eco de su éxito de juventud de 30 años antes, donde vuelve al tema del amor senil, salvo que ahora el viejo debe afrontar la oposición de todos sus hijos, inquietos por su herencia. Como tantos otros personajes de Hauptmann, este último anciano (el autor tiene ya los 70) rehúye el combate y se envenena.

HÉBUTERNE, Jeanne (Meaux, 1898-París, 1920). Alumna aventajada de una academia de pintura parisina, abandona enseñaza y familia a los 19 años para vivir con el pintor italiano residente en París Amedeo Modigliani (1884-1920). El 25 de enero de 1920, al día siguiente de la muerte del pintor, con 21 años y embarazada de ocho meses del segundo hijo de su amante, se arroja de espaldas por la ventana del quinto piso del número 8 de la rue Amyot de París, domicilio de sus padres. Siempre había afirmado que no sobreviviría al artista. Enrique Vila-Matas* le dedica el capítulo 7 de su libro *París no se acaba nunca* (Anagrama, 2003). En cuanto a Modigliani, muerto muy precozmente en el hospital, también se le puede considerar como suicida crónico por su afición al alcohol*.

HEDAYAT, Sadegh (Teherán, 1903-París, 1951). Impregnado de la cultura tradicional de su país, estudioso de la religión y la magia de la antigua Persia y abierto al pensamiento occidental, a cuyos representantes traduce, es uno de los mayores escritores iraníes del siglo XX. Miembro del Tudeh, el partido comunista iraní, huye de la represión desatada por el sha y se refugia en Francia. En su obra, esotérica y dominada por un pesimismo compacto que no deja ningún resquicio, la muerte, por la que parece sentir una auténtica fascinación, está presente en todos sus escritos y da título a uno de sus ensayos, "La Muerte", o a relatos como "Enterrado vivo" y "La lechuza ciega", tal vez su obra maestra. El libro *El abismo y otros cuentos* incluye el relato "El espejo roto", que gira en torno al presagio mortal que se esconde en el título. Odette, la joven parisina vecina del protagonista iraní, lanza repetidas advertencias ante la amenaza contenida en el accidente sufrido por el espejo y termina por suicidarse. También lo hace el autor, a los 48 años, en su domicilio parisino de la rue Championnet.

HEGESIAS de Cirene (III a. C.). La doctrina de este filósofo griego de la escuela cirenaica se resume en que como el placer, único bien deseable, está fuera de nuestro alcance, la muerte es preferible a la vida. Puesto que en ésta predominan los males sobre los bienes, el filósofo recomienda a sus discípulos que se suiciden, lo que muchos de ellos hacen. Por ello se le bautiza como *Peisithánatos*, el persuasor de la

muerte. Tan peligrosa doctrina hace que Ptolomeo cierre la escuela y destierre a su fundador. Flaubert * lo cita, en su *Tentación de San Antonio*, entre los ejemplos que aduce la tentadora para que el ermitaño se arroje al precipicio.

HEILBRUN, Carolyn (East Orange, 1926-Nueva York, 2003). Nada extraño resulta que esta escritora feminista norteamericana, autora en sus ratos libres de novelas policíacas, se dé muerte. En su libro *El último regalo del tiempo: la vida después de los 60* (*The Last Gift of Time: Life beyond Sixty,* 1997), aborda serenamente el tema del suicidio. Lo lleva a cabo en su domicilio de Manhattan a los 77 años.

HEINLE, Fritz (m. en Berlín, 1915) Gran amigo de Walter Benjamin *, "un lírico enteramente puro", según Ludwig Strauss. Como tantos otros intelectuales alemanes, no soporta los horrores de la Primera Guerra Mundial y en la noche del 8 al 9 de agosto de 1915 se da muerte abriendo la llave del gas * en compañía de su novia, Rika Seligson, con quien forma la clásica pareja suicida *. Entre 1915 y 1925 Benjamin escribe cerca de 50 sonetos que giran en torno al recuerdo de su amigo muerto.

HELIOGÁBALO (203-222). Emperador romano de 217 a 222, hijo natural de Caracalla, es famoso por sus excesos y crueldades. Se cuenta que tenía dispuestos toda clase de instrumentos para darse muerte, desde sogas de seda y algodón para ahorcarse hasta los más variados venenos guardados en preciosas redomas, y que su extrema previsión le llevó incluso a construir una alta torre con el único objeto de poder precipitarse desde su cúspide. De nada le sirvieron tantas precauciones, ya que los conjurados de la guardia pretoriana se le adelantaron y le dieron una ignominiosa muerte, mucho menos refinada de lo que había podido imaginar. Léase *Heliogábalo*, de Antonin Artaud.

HEMINGWAY, Ernest (Oak Park, 1899-Ketchum, 1961). No le sirvió de vacuna ser un gran cazador. En cierta ocasión, el escritor confiesa a la actriz Ava Gardner que si se pasa la vida matando animales es para no matarse a sí mismo; y eso es lo que, a pesar de todo, acaba haciendo. Cuenta con varios casos de suicidio en su familia o su entorno. El primero es el de la jovencísima muchacha india Prudence Boulton, que fue amante de un también muy joven Hemingway. Abandonada por éste, y tal vez encinta de él, se envenena con estricnina cuando sólo tiene 16 años y unos meses. En ella se inspira el personaje de Trudy, la joven india de "Padres e hijos".

Según cuenta su biógrafo Jeffrey Meyers, su padre, gravemente enfermo de diabetes, es el segundo al dispararse un tiro en 1928. La viuda tiene la delicada atención de enviar a su hijo el revólver Smith and Wesson con el que su esposo se ha volado los sesos, acompañado de un pastel de chocolate. Hemingway reprueba la conducta paterna tratando al suicida de "cobarde". En su novela *Por quién doblan las campanas* (*For Whom the Bell Tolls,* 1940) el personaje de Robert Jordan también se muestra particularmente severo con su padre, y también le trata de "cobarde" por suicidarse. De él recuerda el personaje: "No era un canalla. Era un cobarde, y eso es la peor desgracia que puede ocurrirle a un hombre". Éste es uno de

los escasísimos casos en que un futuro suicida condena* el suicidio con tanto ahínco. La amante del escritor, Adriana Ivancich, también lo hace, ahorcándose después de haber luchado por librarse de sus recuerdos más obsesivos. Su propio hijo Leicester se mata en 1982. La última vez que ingresan al escritor en la clínica Mayo de Rochester, lo instalan en el servicio *Suicide Watch* de vigilancia intensiva.

En la mañana del domingo 2 de julio de 1961, encerrado en su casa de Ketchum, Idaho, lugar solitario e ideal para la caza, desesperado tal vez, como se ha dicho, por cierta incapacidad para seguir escribiendo y, en todo caso, víctima de depresiones sucesivas, aprieta los dos gatillos de su escopeta de doble cañón Boss y se destroza el cráneo. No se puede saber si ha apoyado el arma en la frente o ha introducido el cañón en la boca, pero ésta es la forma que siempre ha defendido como método ideal ante sus admiradores. La noticia de su muerte da lugar, por parte de su viuda y otros miembros de la familia, a una de las más tenaces y ridículas campañas de desinformación con vistas a exonerar al difunto del baldón del suicidio, que resulta una buena ilustración de los efectos del tabú* social.

El siempre insatisfecho Hemingway se siente deprimido incluso después de la muerte y así lo manifiesta a su contertulio Goethe* en el más allá. Éste, modelo de serenidad, le recuerda para animarle que todo ello no es más que un puro invento de Milan Kundera, autor de este diálogo en su libro *La inmortalidad* (1990).

HEMINGWAY, Margaux (Portland, 1955-Santa Mónica, 1996). El nombre le viene de un gran vino de Burdeos pero, cuando la nieta del escritor y hermana de la también actriz Mariel empezó a tener graves problemas con el alcohol*, se lo cambió por el menos etílico de Margot. Juntas se criaron en la casa donde el abuelo Hemingway se disparó la escopeta, en Ketchum. Tras una carrera sin pena ni gloria en el cine, varias curas de desintoxicación y contra la bulimia y otros fracasos como cantante, la víspera del aniversario del suicidio de Ernest se da un empacho de fenobarbital. Cuando la policía descubre su cadáver, descompuesto e irreconocible, declara, siguiendo la tradición familiar del tabú*, que no hay ningún indicio de suicidio.

HENDRIX, Jimi (Seattle, 1945-Londres, 1970). En sólo tres años, desde 1967 hasta su muerte, logra imponerse como una de las principales figuras del rock y como uno de los intérpretes más innovadores de guitarra eléctrica. Después de muchos éxitos, pero también en medio de muchas dificultades con la policía y los grupos antipacifistas, con muchos problemas financieros y un uso cada vez más inmoderado de las drogas, en 1970 inicia una gira por Europa que se salda con varios fracasos. Él mismo tiene que anular algún concierto debido a su estado psíquico. El 18 de septiembre de 1970, en la habitación del hotel Samarkand de Londres, que comparte con una bella alemana, aprovechando la momentánea ausencia de ésta, se traga el contenido de un tubo de somníferos. No muere, como pretende la leyenda, de una sobredosis de heroína. Su compañera de habitación de aquella noche, Monika Danneman, se suicida inhalando gas* en 1996.

HENRY, Hubert-Joseph (Pogny, 1846-Mont Valérien, 1898). Teniente coronel miembro de los servicios de información del Ejército francés, uno de los personajes clave del *affaire* Dreyfus. Convencido de la culpabilidad del oficial judío, falsifica un documento que lo acusa de traición. Al descubrirse la impostura durante el juicio que se celebra contra Émile Zola, es detenido, y al día siguiente, en la celda que ocupa, se corta el cuello con una navaja de afeitar que se ha dejado a su alcance.

Hércules. Tras haber salido airoso de todos sus trabajos, el héroe (cuyo nombre griego es Heracles) se dispone a regresar al hogar junto a su esposa Deyanira*. Como nos lo cuenta Sófocles* en *Las traquinias*, su esposa, celosa y algo atolondrada, confunde un bebedizo amoroso con el instrumento de la venganza póstuma del centauro Neso y, sin pretenderlo, somete a su esposo a los más insufribles tormentos. Le envía con su hijo Hilo una túnica teñida con la sangre del vengativo centauro y, al ponérsela, el héroe se vuelve loco de dolor y, desesperado, se arroja a las llamas de una pira. Ésta es la versión que más tarde recoge Ovidio* en sus *Metamorfosis*, donde se repite el mismo desgraciado fin, con túnica envenenada y suicidio por fuego*. También lo es la de Séneca* en su *Hércules en el Eta*, donde el suicidio se convierte en apoteosis y el héroe es glorificado como un dios y, al mismo tiempo, como modelo de virtud estoica*.

Eurípides en varias de sus tragedias, y en especial en la llamada *Hércules furioso*, y Séneca en su tragedia homónima, hacen que en el último instante el héroe se arrepienta, aunque su vida vaya a ser peor que la muerte. La versión que predomina en la posteridad es la de su locura y suicidio arrojándose al Eta. Boccaccio nos lo resume (vertido al romance en Zaragoza, en 1494): "No murió el fazañoso Hércules no tan en su seso ni tan como vencedor como scriven algunos, mas tan desesperado y raviosamente que [...] mató a sí mismo". Como experto suicida que es, Hércules puede aconsejar a otros el mejor método para llegar a los infiernos. En su comedia *Las ranas* (406 a. C.), Aristófanes pone en boca del héroe las siguientes irónicas respuestas a la petición de Dionisos de que le indique la vía más rápida para llegar al Hades: "Hay una, que sería tomar una soga y un taburete, y colgarte". También le aconseja la cicuta, o subir a una alta torre y arrojarse desde ella.

Si Propercio, poeta latino del siglo I a. C., alude a su muerte en la "Elegía XIII", Teócrito de Siracusa, griego anterior, lo hace de refilón en su "Idilio XXIV", al relatar la ya heroica infancia del héroe. En este poema se inspira Leconte de Lisle* para evocar la primera hazaña ("L'enfance d'Héraklès", en *Poèmes antiques*, 1874), dejándolo dormir satisfecho sin pensar en su horrible muerte futura: "Duerme, futuro justiciero [...], tú, cuya carne viva y cuyo espíritu purificado por lo angustia verán los pinos del Eta como pira sagrada". Otro poeta francés, el desgraciado André Chénier, dedica a la autoincineración* el poema "Hercule sur l'Oeta". Vean de paso la variedad de grafías que los distintos vates franceses proponen para el monte que fue ara del sacrificio del héroe fornido.

HERNÁNDEZ, Felisberto (Montevideo, 1902-1964). Muchos de los mejores cuen-

tos del pianista uruguayo, maestro de la narrativa hispanoamericana del siglo XX, se hallan reunidos en el libro de 1947 *Nadie encendía las lámparas*. En el primero de ellos, que lleva ese mismo título, el protagonista, trasunto del autor, asiste a una desvaída tertulia a la par que relee un cuento "en él [que] había una mujer que todos los días iba a un puente con la esperanza de poder suicidarse. Pero todos los días surgían obstáculos..." Apenas termina su relato, cuando "un señor empezó a contarme un cuento de otra mujer que se había suicidado". Algo más extraño es lo que ocurre en el segundo de estos relatos, el titulado "El balcón", donde un balcón celoso se arroja al vacío desesperado, mientras la causante de tal ruina, jovencita romántica que escribe versos, abre su cuaderno y empieza a recitar el último poema que acaba de componer: "La viuda del balcón..." En el séptimo cuento, "El comedor oscuro", el personaje llamado Arañita tuvo una novia que, cuando él rompió las relaciones, "se envenenó".

HERNÁNDEZ CAMARERO, Luis (Lima, 1941-Buenos Aires, 1977). En 1965, para mostrar su desacuerdo con el mundo editorial y la cultura oficial, el poeta, médico y bohemio cesa de publicar y sólo escribe cuadernos manuscritos que regala a sus amistades. Aunque en el poema de 1971 "A un suicida en una piscina" se esfuerza por disuadir al ahogado y trata de que vuelva a la vida ("No mueras más / Oye... / Volverás a amarte..."), el 3 de octubre de 1977 se dirige a la estación de metro de Santos Lugares en Buenos Aires y allí se arroja sobre la vía al paso de un convoy. Un biógrafo suyo le dedica este epitafio: "El suicidio se podía convertir en la última expresión estética de un melancólico". Él deja escrito: "Matar a Dios / quizás sea el mejor de los suicidios".

HERNÁNDEZ NOVÁS, Raúl (La Habana, 1948-1993). Este poeta e investigador cubano, estudioso de la obra de César Vallejo, pone fin a su vida en su casa de La Habana con un viejo pistolón del siglo XIX heredado de sus antepasados. Poco antes de morir publica sus *Sonetos a Gelsomina*, homenaje al cine.

Hero y Leandro. Aunque sólo en parte suicida, forman una de las parejas* amorosas y mortales de la Antigüedad con mayor resonancia en la posteridad. Leandro, que vive a orillas del Helesponto, cruza el estrecho a nado cada noche para ir a ver a su amada. Hero, encaramada en lo alto de una torre, le indica el rumbo con una luminaria. Una noche, la tormenta apaga la llama y el nadador, desorientado, se ahoga. Las olas devuelven el cadáver a la playa, y cuando lo descubre, la desconsolada sacerdotisa de Afrodita se da muerte precipitándose desde lo alto del acantilado. Como la de Píramo y Tisbe*, esta trágica y romántica historia, obra de un poeta helenístico, conoce un éxito perdurable que se inicia en el Renacimiento con las traducciones de Boscán en España y Clément Marot en Francia y la versión de Marlowe en Inglaterra.

Heroína. Derivado del opio* que adopta la forma de un polvo cristalino blanco e inodoro y tiene efectos relajantes. Se consume por vía endovenosa. En sobredosis resulta mortal, y así es como se dan muerte varias estrellas del rock o el pintor

Basquiat*. Entre los adictos a esta droga, como entre los consumidores de cocaína*, se da un índice más elevado de suicidios que en el resto de la población. Curiosamente, estudios estadísticos recientes revelan que el porcentaje de suicidios es el doble entre las mujeres adictas que entre los hombres.

HERZL, Theodor (Budapest, 1860- Edlach, 1904). Entre los muchos escritos debidos a la pluma del fundador del sionismo político, el artículo titulado "La posada de la fábrica de anilina" (1896) se alza contra el suicidio y lo condena* sin apelación. Como otros muchos líderes políticos, este escritor y periodista austrohúngaro, luchador incansable en favor de la causa judía y la creación de un Estado de Israel, sueña con encauzar la energía de la desesperación para darle una orientación positiva. Expone su doctrina con una terminología capitalista al servicio de una moral de servicio: "La desesperación es un material precioso con el que pueden elaborarse los mejores productos, tales como el autorrenunciamiento, la purificación de carácter y la disposición al sacrificio*".

HESS, Rudolf (Alejandría, 1894-Berlín, 1987). Lugarteniente e íntimo amigo de Hitler*, designado por éste segundo sucesor después de Goering*. Partidario de la lucha de Alemania e Inglaterra contra la Unión Soviética, causa sorpresa en 1942 cuando, sin duda con la intención de negociar directamente, se lanza en paracaídas sobre Escocia. "Se ha marchado en un avión Messerschmitt, que vuela tan alto que la artillería antiaérea no pudo alcanzarlo", registra en su diario Victor Klemperer*. Es encarcelado por los ingleses y posteriormente condenado a cadena perpetua en el juicio de Núremberg. Único prisionero superviviente de aquella época, se ahorca en su celda de la cárcel de Spandau en 1987.

HESSE, Hermann (Calw, 1877-Montagnola, 1962). José María Valverde despacha al Premio Nobel de Literatura de 1946 en estos términos: "Ofrece mucho a quienes buscan drogas evasivas en la literatura —y en la vida—, y tal es el sentido de su éxito entre la juventud". En su primera novela, *Bajo las ruedas* (*Unterm Rad*, 1906), el escritor suizo-alemán vuelve a plantear el problema que su paisano, el suabo Emil Strauss, había expuesto ya en *El amigo Hein* (1902): la responsabilidad de los padres y los maestros en el suicidio de un muchacho. En la novela de Strauss, el joven, contrariado en su vocación musical, se dispara un tiro de pistola recitando a Hölderlin. Aunque su autor no justifique esta muerte, tanto Hesse como su predecesor acusan al sistema educativo de todos los males que sufre la juventud. En el seminario donde consume su adolescencia Hans, el protagonista de *Bajo las ruedas*, "sucede también que algún muchacho desesperado encuentra una rápida y sombría salida de sus angustias juveniles pegándose un tiro o saltando al agua". A él mismo, cuando, expulsado y enfermo, vaga por los campos, la idea de la muerte no lo abandona un instante: escoge la rama de donde habrá de colgarse y escribe sus cartas de despedida, pero a la postre triunfa sobre la tentación.

En la confesión que constituye *El lobo estepario* (*Der Steppenwolf*, 1927), la obra más conocida de Hesse, el protagonista, Harry Haller, que tiene las mismas

iniciales de su autor y se desespera por hallar la unidad del mundo más allá del caos, coquetea con la idea de darse muerte a lo largo de toda la novela. La lección que al final recibe de sus maestros inmortales, Goethe o Mozart, es que debe aprender a ver la vida con algo más de humor.

HEYM, Georg (Hirschberg, 1887-Berlín, 1912). No se suicidó sino que murió patinando sobre la superficie de un lago helado. Por tanto, no llegó a sufrir en carne propia los horrores de la guerra. Sin embargo, toda la obra poética de este pionero del expresionismo alemán está a la vez bajo el imán de la muerte fascinante y recorrida por el escalofrío de la premonición del inminente cataclismo. Como tantos otros escritores expresionistas, Trakl* o Franz Werfel, se siente desesperado ante la miseria y la soledad que nacen de la metrópolis industrial, la moderna Babilonia. Heredero como ellos, como Brecht* y, sobre todo, Gottfried Benn, de un linaje que se remonta a lo que Mario Praz llama "romanticismo* negro" y pasa por Baudelaire*, Théophile Gautier y Rimbaud, pero también por Rilke, se recrea en la necrofilia*. Entre sus visiones mortales de ejecutados y suicidas, destaca su poema a Ofelia* de 1910, en el que la ve flotar con un nido de ratas en el pelo, una anguila que se desliza por el pecho y una luciérnaga en la frente.

HIGHSMITH, Patricia (Fort Worth, 1921-Locarno, 1995). Desde Hitchcock hasta Wim Wenders, son numerosos los cineastas que se han inspirado en sus muy negras novelas. La escritora fue una precocísima lectora, que en sus tiernos años devoró *La mente humana* (*The Human Mind*, 1930), del psiquiatra Karl Menninger*. Una lectura tan poco apropiada para una jovencita, con sus estudios de conductas anormales, sirvió para proporcionarle una mina inagotable de casos que luego explotaría en sus intrigas. ¿Se suicida la gente en sus novelas o sólo se cometen asesinatos? En *Found in the street* (1986), el amigo homosexual de la protagonista, Louis, enfermo de cáncer, lo hace mediante el muy socorrido método del frasco de barbitúricos acompañado de alcohol. Su compañero sentimental, Bob, lo descubre, ya cadáver, envuelto en una bata china y tendido encima de la cama.

HIMMLER, Heinrich (Munich, 1900-Luneburgo, 1945). Detenido por las tropas británicas, el jefe de la Gestapo se suicida ingiriendo una cápsula de cianuro*. Victor Klemperer* comenta en sus *Diarios* algunas reacciones ante su muerte: "Me sorprendió que aquel hombre piadoso explicara, refiriéndose al suicidio de Himmler, que el cianuro hacía efecto en pocos segundos y que eso era 'demasiado poco' para aquel perro sanguinario". El "perro sanguinario" estuvo desde 1944 a la cabeza de todas las fuerzas armadas de Alemania y fue el principal responsable de la persecución y exterminio de judíos*, comunistas, homosexuales* y gitanos en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial.

HITCHCOCK, Alfred (Leytonstone, 1899-Los Ángeles, 1980). Entre tanto crimen como puebla la pantalla del maestro del suspense y del sutil humor negro, aún queda lugar para algún suicidio que otro. Una de sus primerísimas películas, tanto que es muda, *Easy Virtue* (1927), nos

cuenta cómo un joven artista se ha matado por el amor de la "escandalosa" Laurita, que al final grita a los fotógrafos de prensa: "Disparad, ya no queda nada que matar".

Hay un doble suicidio en *Rebeca* (1940): el de la primera Lady de Winter, a cuyo culto póstumo está consagrada toda la servidumbre del castillo con la pérfida ama de llaves a la cabeza, que se ahogó al ser diagnosticada de un cáncer; y un segundo al final, con el incendio que provoca la vestal del culto, quien perece en el fuego* al ser incapaz de soportar la realidad. El criado que encarna Louis Jourdan en *El proceso Paradine* (*The Paradine Case,* 1947), arrepentido de haber sido infiel a su señor convirtiéndose en amante de su viuda, confiesa ante el juez su imperdonable conducta y a continuación, víctima de los remordimientos, y en parte también del acoso* del abogado, se envenena. En *Ventana indiscreta* (*Rear Window*, 1954) uno de los *sketches* que el escayolado James Stewart contempla en su pantalla es el titulado "Miss Lonely Hearts" ("Srta. Corazón Solitario"): la historia de una solterona romántica que lleva a cabo una tentativa de suicidio.

Toda la película *Vértigo* (1958) gira en torno al suicidio, aunque todo resulte al final una trampa en la que ha caído el ingenuo detective James Stewart. Tres generaciones de Kims Novaks se suicidan sin suicidarse, empezando por la antepasada Carlota Valdés. La segunda, Madeleine, se tira una primera vez al agua de la bahía de San Francisco, y una segunda vez desde lo alto del rústico campanario construido por fray Junípero Serra, o eso es al menos lo que nos parece a los espectadores. La tercera, Judy, que es la misma pero depués de haberlo confesado todo, vuelve a caer desde lo alto de la misma torre. La ladrona y frígida Marnie de la película de 1964 intenta suicidarse en la piscina del transatlántico tras haber sido violada por su marido. En la muy poco hitchcockiana y muy anticastrista *Topaz* (1969), todo concluye con el tiro que se dispara Michel Piccoli al ser descubierto como principal agente prosoviético.

Acerca de la película *Sabotaje* (1936), François Truffaut dice al maestro en sus *Conversaciones con Hitchcock*: "Cuando ella apuñala a su marido, no es tanto un asesinato cuanto un suicidio. Oscar Homolka se deja matar por Sylvia Sidney y ésta, al mismo tiempo que lo apuñala, da pequeños gritos suaves y lastimeros; es admirable... Es la misma idea de la muerte de *Carmen* de Mérimée". A lo que el maestro, como a casi todo lo que dice su admirador, asiente. Este suicidio asistido* se comprende si se recuerda que, jugando a los terroristas, ha matado a su propio hijo.

HITLER, Adolf (Braunau am Inn, 1889-Berlín, 1945). Acorralado en su búnker de la Cancillería y sin escapatoria posible frente al avance del Ejército Rojo, en la primavera de 1945 pone fin a su vida en compañía de sus amigos y colaboradores en un suicidio colectivo* obsidional* para el que recurre al doble método del veneno y el balazo. La actitud y el comportamiento suicidas del jefe de la Alemania nazi se ponen de manifiesto desde el momento en que, a comienzos de 1945, toma conciencia de que la guerra está perdida. "Jamás nos rendiremos. Tal vez sucumbamos, pero con nosotros caerá todo un mundo", afirma en esa época al coronel von Below. "Algunos oficiales supe-

riores —añade Antony Beevor— comenzaron a preguntarse si el *Führer* no quería, de un modo subconsciente, perder la guerra". Este mismo historiador británico da cuenta de los muy precoces preparativos que la cúpula nazi lleva a cabo en previsión de un suicidio colectivo, a partir ya de finales de enero o comienzos de febrero. Para la mente perturbada del dirigente nazi, el suicidio colectivo debía abarcar a toda la población de Berlín y, en definitiva, a todo el pueblo alemán. El comandante de Berlín, general Helmuth Weidling, tras rendirse ante el general soviético Chuikov, anuncia la noticia de su muerte: "¡Soldados! Hitler, a quien ofrecisteis vuestro juramento, se ha suicidado".

Entre los muchos estudios que se le han dedicado, destaca hoy día la obra de Joachim Fest por la popularidad y difusión que ha alcanzado, gracias sobre todo a la adaptación al cine de su libro *El hundimiento** (2002). Con anterioridad, este mismo autor había publicado una biografía del *Führer*, titulada simplemente *Hitler* (1973). Su figura ha sido llevada varias veces al cine desde la paródica *El gran dictador*, de Charlie Chaplin (1940) hasta la citada *El hundimiento*, con Bruno Ganz; además de éstos, lo han encarnado también en la pantalla el actor alemán Albin Skoda y los británicos Alec Guinness y Anthony Hopkins

HOGARTH, William (Londres, 1697-1764). Entre las series de episodios burlescos que dibuja y graba el gran caricaturista inglés, la titulada en francés *Le mariage à la mode* (1745), compuesta de seis episodios que se conservan en la National Gallery de Londres, describe y relata el fatal desenlace de una aristócrata venida a menos por culpa de sus vicios. La última escena representa a la dama agonizante en un sillón tras haber ingerido el contenido de un frasco de láudano*, mientras el galeno reprende a un criado por no haber sabido vigilarla. En esta sátira antiaristocrática, la condesa libertina ha puesto fin a su vida porque su amante, que ha matado en duelo a su marido, ha sido ahorcado. Hogarth vuelve a representar el suicidio en un grabado de 1751 titulado *Gin Lane*. Entre los efectos apocalípticos de ruina y degradación que provoca el excesivo consumo de ginebra, un barbero aparece ahorcado del techo de su tugurio londinense en ruinas.

HOLBACH, Paul Henry Thiry, barón de (Edesheim, 1723 - París, 1789). El más radical de los ilustrados en su materialismo ateo salva el honor de su corporación, mancillado por el artículo "Suicidio" de la *Enciclopedia**, en la que colabora tan asidua como brillantemente. El capítulo 14 de su magna obra *El sistema de la naturaleza* (1770; Laetoli, 2008), que trata en parte "del suicidio", parece haberse propuesto rebatir punto por punto los disparates vertidos en aquella venerable suma. En él procede a demostrar que, tanto respecto a la naturaleza como a la sociedad, el individuo desesperado tiene el más absoluto derecho a "cortar el hilo de la vida". El principio en el que se basa para reconocerlo es que "el hombre sólo puede amar su ser a condición de ser feliz". La sociedad es la que, por no cumplir con sus deberes, pierde su legitimidad y se vuelve culpable: "Una sociedad que no puede o no quiere proporcionarnos ningún bien pierde todos sus derechos sobre nosotros". Todo lo demás son supersticiones, por lo

demás totalmente "inconsecuentes" con las conductas de los personajes de la Biblia*, la de Jesucristo* y la de "numerosos mártires* que se han presentado voluntariamente al sacrificio". Del Mesías, "el hijo de Dios de los cristianos", afirma sin ambages: "Si es verdad que fue muerto con su consentimiento, fue evidentemente un suicida".

Homosexualidad. Según estudios epidemiológicos independientes realizados en Estados Unidos y Canadá, un homosexual presenta en la actualidad* un riesgo trece veces mayor de suicidio que un heterosexual. Como promedio, realiza la primera de las dos o tres tentativas de suicidio a la edad de 17 años, y en dos de cada tres casos lo hace por envenenamiento*. Estos estudios epidemológicos específicos son recientes, y suelen llevarse a cabo por la presión ejercida por los grupos concernidos, como ocurrió, por ejemplo, en Francia, con la encuesta lanzada entre 1998 y 2003. Los resultados de ésta muestran que un hombre de cada tres que intenta suicidarse es homosexual o bisexual. Entre las mujeres, el porcentaje es similar, ya que, según una encuesta efectuada en la región belga de Flandes en 1998, una joven lesbiana o bisexual de cada cuatro ha intentado darse muerte por lo menos una vez en su vida. Todos estos estudios confirman un dato que ya aparecía en las primeras investigaciones: los homosexuales o bisexuales con antecedentes suicidas no se protegen con preservativos en sus relaciones sexuales. La causa a la que apuntan las respuestas de los encuestados tiene sobre todo su origen en la homofobia. Por esa razón, las campañas preventivas del suicidio comienzan en algunos países a integrar este factor y a orientar los eslóganes y consignas en dirección a los jóvenes que sufren de presión social o acoso* por su identidad sexual.

La homofobia actual no es comparable con la de épocas pasadas, cuando la homosexualidad era sencillamente un grave delito castigado severísimamente por la ley, como el que tiene que purgar en prisión Oscar Wilde. El miedo a tales represalias y al escándalo público inherente es lo que empuja en el pasado al suicidio; así ponen fin a sus vidas Lord Londonderry* o Chaikovski*, si bien éste no hace sino obedecer a la sentencia* de un tribunal, ni más ni menos que Sócrates* u otros reos de la Antigüedad. En 1910, un autor teatral argentino, José González Castillo*, convencido de lo ventajoso de su solución, incita a todos los homosexuales al suicidio colectivo.

En época aún más reciente, pero también en la muy puritana Inglaterra, el matemático Alan Turing* se suicida en 1954 para escapar a una condena de castración química. Cuba es actualmente uno de los pocos países occidentales donde la homofobia constituye poco menos que la doctrina oficial del régimen. Víctimas de la persecución en su isla son los escritores Virgilio Piñera*, Reinaldo Arenas* y Calvert Casey*. Muchos son también los homosexuales que, como Piotr Chaikovski, y debido a la presión social, sufren por definir su identidad sexual, se debaten, disimulan o tergiversan, como son los casos de Hart Crane* o René Crevel*. Sin relación tan directa con el suicidio como lo hasta ahora dicho, los homosexuales, según muestran las encuestas, adoptan comportamientos cada vez más temerarios y menos preventivos frente al sida. Los

resultados de una encuesta realizada en 2004 en Francia por Press gay, organismo que estudia la evolución de la conducta homosexual desde hace veinte años, muestran que un 36% de los encuestados reconoce por lo menos una relación sin preservativo con un amante ocasional durante el año, lo que constituye un aumento del 70% de estos casos en siete años.

Hong Kong. Antigua colonia británica situada en territorio chino hoy devuelta al redil patrio, dentro del cual disfruta de algunos fueros y de una situación económica privilegiada. A pesar de la prosperidad de su población, que posee un nivel de vida muy superior a la media nacional, este territorio ostenta el triste récord mundial de la más elevada tasa de suicidios, con índices de hasta 113,5 por 100.000 habitantes o más, según los años, y un predominio de mujeres jóvenes entre las víctimas. Debido a la ola de suicidios que azota el archipiélago desde más o menos 1996, y muy en particular la isla de Cheung, donde se han registrado 20 muertes y cinco tentativas en el período de vacaciones, las autoridades han pensado no en lanzar un plan urgente de prevención *, sino en abrir un parque de atracciones dedicado al suicidio. Según el *South China Morning Post* del 10 de agosto de 2005, se trataría de levantar una atracción turística, una especie de Disneyland fúnebre con evidentes beneficios económicos.

Hora final, La. En pocas películas ocupa el suicidio tanto espacio, adquiere tales dimensiones y da pie a escenas tan explícitas y dramáticas como en este alegato antibelicista de Stanley Kramer (*On the Beach*, 1957). El suicido del que se trata en esta película es el del planeta Tierra mediante el arma nuclear. Y a este suicidio que, ha arrasado casi toda la superficie terrestre cuando empieza la acción, preservando de momento tan sólo Australia, adonde aún no han llegado los efectos de la radiación, siguen los de los supervivientes que saben que tienen los días contados. Asistimos así a numerosas modalidades de muerte voluntaria, como inhalación de monóxido de carbono * al volante de su Ferrari por parte del científico encarnado por Fred Astaire, o envenenamiento * en familia por parte del teniente interpretado por Anthony Perkins, su mujer y su hija. Los pilotos de carreras se lanzan con sus bólidos a una carrera mortal que deja la pista como un campo de batalla; los marinos, con su capitán (Gregory Peck) a la cabeza, regresan a su base norteamericana a bordo de su submarino para morir en territorio nacional; larguísimas colas de ciudadanos aguardan en las calles de Melbourne la distribución de la cajita de píldoras que las autoridades ponen a su disposición para garantizarles una muerte indolora. La película termina cuando ya no queda ni un solo superviviente.

HORNBY, Nick (Maidenhead, 1957). En una de las últimas obras de este novelista, autor de gran éxito internacional, titulada *A long way down* (*En picado*, Anagrama, 2006), cuatro desesperados coinciden una Nochevieja en la azotea de un bloque de apartamentos, dispuestos a arrojarse al vacío y no llegar al nuevo año. El primero es un presentador de televisión caído en desgracia desde que se ha descubierto su relación con una menor; le sigue una señora, católica y devota, harta de cui-

dar a un hijo minusválido; a continuación sale a escena la hija de un ministro que acaba de sufrir un desengaño amoroso; y cierra la marcha un rockero norteamericano fracasado. El resultado, en tono de farsa, es que retrasan el fatal desenlace y se constituyen en grupo de autoayuda. Si ninguno de los cuatro llega a poner en práctica sus propósitos, sí lo hace ante sus ojos, y desde el mismo lugar, un quinto desesperado que se arroja al vacío el día de San Valentín. La impresión que les causa asistir a un auténtico suicidio contribuye sin duda a perder las ganas de volver a intentarlo. A la pregunta de un periodista de *El País*, Diego A. Manrique, sobre si el suicidio es "una de sus preocupaciones más íntimas", el novelista contesta: "Puedo frivolizar y decir que son obsesiones de veinteañeros", pero añade que cree que es una de las soluciones a los problemas de cada uno, "una puerta de salida".

HOUELLEBECQ, Michel (Reunión, 1958). "Este examen racional de los placeres y los dolores que todos, tarde o temprano, nos vemos obligados a hacer, desemboca ineluctablemente a partir de cierta edad en el suicidio. Resulta gracioso observar a este respecto que Deleuze* y Debord*, dos intelectuales respetados de fines de siglo, se suicidan uno y otro sin motivo particular, únicamente porque no soportan la perspectiva de la propia decadencia física". Ésta es la conclusión a la que llega este novelista francés en su libro *Les particules élémentaires* (*Las partículas elementales*, Anagrama, 1998).

HOWARD, Robert E. (Peaster, 1906-Cross Plains, 1936). El creador de *Conan el bárbaro* y otros muchos mitos de la cultura popular del siglo XX llevó una vida tranquila, sin salir de los límites de su Estado ni casi tampoco de la casa de sus padres. En sus 30 años de vida no vio su nombre en la portada de ninguno de sus libros, ni mucho menos realizado su sueño de llevar a alguno de sus héroes a la pantalla. Cuando se enteró de que su madre estaba desahuciada por los médicos, fue a su cuarto a buscar el Colt 38 que había alquilado, se instaló al volante de su coche, un Chevrolet del 35, y allí se disparó un tiro en la cabeza. Aún tardó ocho horas en morir. Su madre falleció al día siguiente, de modo que los funerales se celebraron a la vez.

HRABAL, Bohumil (Brno, 1914-Praga, 1997). Gran bebedor de cerveza y contertulio ideal en las tabernas, el novelista pasa su vida en conflicto con todas las autoridades que padece Checoslovaquia en el siglo XX. Una idea de su actitud ante la vida nos la da su biógrafa Monika Zgustová (*Los frutos amargos del jardín de las delicias*) cuando cuenta, refiriéndose a los últimos días de la ocupación nazi: "Temía el momento en que los ejércitos norteamericanos o rusos liberaran el país y abrieran las puertas de las universidades, con lo que él tendría que proseguir la carrera que detestaba". En *Una soledad demasiado ruidosa* (1977), la obra más estimada por él, sueña con morir aplastado por un alud de libros; en *Bodas en casa* confiesa que "lo de escribir es mi defensa contra el suicidio". El 4 de febrero de 1997, a los 82 años, enfermo de artritis y deprimido desde la muerte de su esposa, se deja caer desde lo alto de la ventana del quinto piso del hospital Bulovka de Praga, donde se halla ingresado desde el año anterior. El

tabú* social atribuye inmediatamente su muerte a un accidente… ¡al querer dar de comer a las palomas!

HUGO, Víctor (Besanzón, 1802-París, 1885). Abanderado del Romanticismo* en Francia, al que hace triunfar tras el éxito de la "batalla de *Hernani*". Durante el estreno del drama así titulado, *Hernani* (1830), la reyerta que estalla en el patio de butacas entre clásicos y románticos consagra el nuevo movimiento. Si el drama se abre con el pacto suicida* que firma el protagonista, su muerte compone al final un perfecto modelo de pareja suicida*. El primero carece de simetría ya que el otro firmante, Ruy Gómez, a la vez su asociado y su rival, se limita a tocar la trompa. Como el pobre Hernani se ha comprometido a quitarse la vida en cuanto suene aquélla, es lo que hace, fiel a su palabra, en la noche de bodas con doña Sol. Al ver la desposada que su esposo se dispone a tomar el veneno, le arrebata el pomo y bebe de él. A continuación bebe Hernani y por último también se mata Ruy Gómez, con lo que la pareja se hace trío sin llegar a *ménage à trois*.

En el drama en cinco actos *Ruy Blas* (1838), el sol de la casa de Austria, que en *Hernani* estaba en su cénit, alcanza ahora su ocaso, en palabras del autor. La acción, en efecto, transcurre en tiempos del rey Carlos II. Ruy Blas es el criado de un grande de España, don Salustio, que quiere a toda costa vengarse de la reina. Para ello introduce a su criado en la corte, donde le va tan bien que la reina se enamora de él, el rey lo hace su valido y lo nombra ministro. La venganza de don Salustio consiste en revelar la verdad a la reina, pero Ruy, para vengar a ésta y salvarla de su enemigo, mata a su antiguo señor y luego se da muerte.

HUME, David (Edimburgo, 1711-1776). "La filosofía es el supremo antídoto contra toda superstición y falsa religión", afirma este filósofo escocés. Para la doctrina del empirismo, de la que es fundador, la moral, como las creencias o las instituciones, pierden todo carácter general, absoluto y dogmático. Dentro de esta concepción racionalista, en el breve ensayo que redacta al final de su vida sobre el suicidio, *Ensayo sobre el suicidio* (*Essay on Suicide*, 1777), se propone "liberar al suicidio de toda la carga de culpabilidad y de vergüenza que pesa sobre él". Para ello rebate los argumentos utilizados por santo Tomás de Aquino para su condena* y critica la interpretación blasfema que muchos creyentes hacen de la Divina Providencia. Se burla incluso del argumento social esgrimido desde la Grecia antigua, y de nuevo por sus adversarios, afirmando que el suicida no hace ningún mal a la sociedad sino un bien, ya que en muchos casos la libra de un peso inútil. Su apología* de la muerte voluntaria se basa tanto en la libertad individual como en el beneficio de la colectividad, y en esta síntesis reside tanto su originalidad como la fuerza de su argumentación.

Humor. Para quien crea que el tema del suicidio está reñido con el humor, lea en estas mismas páginas las definiciones que dan de él Enrique Jardiel Poncela* o Ramón Gómez de la Serna*, vea su tratamiento teatral en *La venganza de Don Mendo** o el lírico que le aplica G. K. Chesterton*, y medite, por último, la explicación que sobre el origen de su voca-

ción periodística propone Carlos Monsiváis*, y se convencerá de lo contrario. Recuérdese que, para Amado Nervo, "el Sena fue hecho [...] para que los desesperados se ahoguen, no sin escribir antes cartas de un humorismo macabro".

Los innumerables chistes gráficos de suicidas, que constituyen un género tan socorrido y explotado como el de los náufragos, corroboran nuestro aserto. Es de observar que en el capítulo de los dibujos humorísticos se da un rasgo común, tal vez una ley tácita del género, y es que son casi siempre incruentos, contentándose el dibujante con escenificar la preparación del acto, o la frustración del intento por cualquier imprevisto, como si lo que aparece lícito mostrar en escena estuviera en contra de sus convenciones. En las páginas *web* especializadas en el tema (véase cibersuicidio*), se encuentran también abundantes chistes junto a otros muchos datos informativos que los navegantes de la Red pueden encontrar.

Un escritor actual, autor de muy jocosas novelas, el finlandés Arto Paasilinna*, ha podido componer una entera sobre el tema, *Delicioso suicidio en grupo* (Anagrama, 2007), sin abandonar en un solo momento la clave cómica. Sin llegar a tomárselo a broma, recuérdese el entusiasmo casi infantil con que García Lorca* describe el espectáculo del suicidio colectivo* en la Nueva York del *crack* y cómo repite una y otra vez la palabra "suerte", refiriéndose a la que ha tenido de no perdérselo. De "suerte" califica también una racha de suicidios la protagonista de un relato de Francisco Ayala, "The Last Supper", al contar a su amiga que los desesperados escogen el matarratas que fabrica su marido. Algo tiene que estar cambiando en la actitud de la Iglesia respecto al suicidio (véase Condena*) cuando el dibujante José Luis Cortés publica en una revista religiosa un chiste gráfico en el que Dios Padre y un angelote ven llegar a un ahorcado, todavía con la soga al cuello. El angelito pregunta a su superior: "Pero, Abba, los suicidas ¿no iban al infierno?", a lo que responde Abba: "No, hijo, no. ¡*Vienen* del infierno!"

Sirvan como remache y colofón un grafito bogotano citado por el escritor colombiano Óscar Domínguez G.: "El suicidio puede ser peligroso para la salud"; y dos máximas debidas a dos maestros belgas del humor negro, una del "pánico" Roland Topor, quien afirma contundente: "Más vale un suicidio con éxito que un coito fracasado"; y la otra de alguien que se autodefine como "ni poeta ni surrealista ni belga", Louis Scutenaire, que se pregunta asombrado: "¿Suicidarse? ¡Si es lo que hacemos toda la vida!"

Hundimiento, El. Película alemana, tercera del realizador Oliver Hirschbiegel (*Der Untergang*, 2004), basada en el libro homónimo del periodista e historiador Joachim Fest, publicado en 2002, y en *Hasta el último momento*, las memorias de la secretaria particular de Adolf Hitler*, Traudel Junge. El actor Bruno Ganz encarna el papel protagonista de forma extraordinariamente convincente. Ambos libros y la película relatan con fidelidad histórica y gran lujo de detalles los últimos meses del canciller, recluido en compañía de su Estado Mayor, sus más íntimos colaboradores y su amante, Eva Braun, en el búnker subterráneo de la Cancillería de Berlín. Durante la primavera de 1945, y mientras se estrecha el cerco del Ejército

Rojo, se asiste a la progresiva degradación física y moral del dictador así como a la de su entorno. Mientras unos optan por huir y tratan de poner su vida a salvo, los más fieles, o más fanatizados, acompañan al *Führer* hasta el final, que es el suicidio para casi todos ellos. Hitler está dispuesto a castigar a Alemania*, a la que, en su locura, considera traidora. El desenlace cobra dimensiones de tragedia griega dentro del delirio de autodestrucción por el que se rige la conducta del país en su totalidad bajo la influencia de su jefe. En la mujer de Goebbels*, que da muerte uno por uno a sus seis hijos con cianuro, se repite el parricidio de Medea*; y no es éste el único caso, ya que otro general opta por volarse en compañía de toda su familia haciendo explotar dos granadas de mano bajo la mesa.

Muy próximos a los guerreros antiguos o a los samuráis del Japón* en su concepción del honor militar frente a la derrota o la muerte del jefe, muchos son los oficiales que, dentro o fuera del búnker, se sienten obligados, por su juramento de lealtad a Hitler, a darse muerte. Toda manifestación suicida cobra actualidad en estos hechos históricos, pactos suicidas* o parejas* unidas en la muerte, como la del canciller y su reciente esposa o la de Goebbels y la suya, mientras los borrachos en la antesala ponen una nota de farsa shakespeariana. Esta película es la primera en su país que trata abiertamente del personaje desde *Der letzte Akt* (1955), de G. W. Pabst.

HUTCHENCE, Michael (Sydney, 1960-1997). Para una vez que el fiscal estaba de acuerdo en atribuir su muerte por ahorcamiento* a un suicidio, llega su novia, Paula Yates, presentadora de televisión y ex esposa del cantante Bob Geldof, y declara al *Daily Telegraph* que se trataba de un "juego sexual" y que su novio y líder del grupo australiano INXS, "gran amante de las prácticas sadomasoquistas", se había colgado con su cinturón para intensificar el placer. En todo caso, la hijita de ambos, la niña de tres años Heavenly Hirami Tiger Lily, es la que, al entrar en la habitación de su papá en el hotel Carlton-Ritz de Sidney, descubre su cuerpo desnudo, suspendido e inánime. Una de sus últimas canciones se titulaba "Don't save me from myself" ("No me salves de mí mismo"). Por su parte, Paula Yates muere de sobredosis en el año 2000 en su casa de Londres.

I

Idealización. En el polo opuesto de la diabolización, la condena* jurídica (véase Justicia*), religiosa y moral por parte de las instituciones, y del tabú* social que provoca generalmente el suicidio, ciertos individuos o corrientes culturales lo han exaltado o rodeado de una aureola romántica, muy ajena a la parca o trágica realidad. He aquí a un crítico que, en su desbordante entusiasmo por el Imperio Austrohúngaro y la *belle époque*, llega a delirar del siguiente modo, incurriendo en las más flagrantes contradicciones, al referirse a "la Europa rica, compleja, irisada, sensitiva, votada [sic] por entero al servicio de ideales sin ponzoña y de pasiones que, aun cuando llevaban al suicidio o al crimen, resultaban una exaltación del ansia de vivir". El autor de tanto dislate es Carlos Soldevila en un "Estudio crítico" que precede al volumen de novelas de una edición de las *Obras Completas* de Stefan Zweig*. De parecida intoxicación literaria sufre el poeta modernista Amado Nervo, cuando, evocando el río de París y los muchos suicidas en él ahogados, dice: "Debo advertir a ustedes que el Sena es mujer; [...] si no fuera mujer, ¿habría tantos suicidas que se arrojasen al Sena?" Un personaje de Luis Landero, el loco del *marketing* Pacheco, de su novela *El mágico aprendiz* (Tusquets, 1999), ilustra perfectamente esta actitud: "Evocaba con voz trémula a aquellos grandes derrotados [...] que se habían saltado la tapa de los sesos en la misma escalinata del edificio de la Bolsa, pero no porque se hubiesen arruinado, que eso no tenía mérito, sino porque, al igual que los enamorados románticos, aquella era la única forma de culminar una pasión tan desaforada que ya no tenía cabida en el mundo".

Entre los gremios particularmente necrófilos y suicidólatras destaca el mundillo del rock*, que cultiva el malditismo, la marginalidad y la provocación y alza panteones virtuales en las páginas de Internet rindiendo culto en ellas a los héroes que "han dado su vida por el rock". Elocuente ejemplo de la necrofilia* sacrificial que reina entre los fans —aparte atuendos, declaraciones, letras de canciones, etc.— es el culto permanente que recibe la tumba de Jim Morrison* en el cementerio del Père Lachaise de París. Otra corporación proclive a parecido comporta-

miento es, desde los albores del Romanticismo*, la poética. No hay más que pasar revista a las largas listas de versos anunciadores de suicidio (véase Literatura*) para percatarse de lo generalizado de esta actitud entre sus cultivadores.

Ifis. Personaje mitológico locamente enamorado de la huraña y bella Anaxarte, Anaxárate o Anaxáreta, doncella de Chipre. Al no ser correspondido, se ahorca delante de su puerta —"de una aldaba de las puertas de ésta", precisa Covarrubias—. Aquí se puede ver, una vez más, lo que el suicidio tiene de venganza o de reproche. Los dioses griegos que, como en el caso de Narciso* u otros, suelen castigar la dureza y el desdén, encargan esta vez a Afrodita que dé una lección a la culpable; y la diosa, muy didáctica y para que quede bien claro por qué se la castiga, la convierte en estatua de mármol. Garcilaso* en su *Canción V* amenaza con su suerte a la desdeñosa "Flor de Gnido": "Hágate temerosa / el caso de Anajárete". En la tercera jornada de la comedia mitológica *La fiera, el rayo y la piedra,* de Calderón de la Barca (1690), el rey de Epiro, víctima de la esquivez de Anajarte, en vez de ahorcarse, busca, como Givry*, la muerte en el campo de batalla*.

Imitación. En la imitación de modelos se basa la conducta suicida de ciertos individuos, que obedecen, ni más ni menos que en otros tipos de conducta individual, a un fenómeno de moda o de norma social. Por tanto, este comportamiento entra de lleno en el tipo de suicidio descrito por Durkheim* como altruista, con el que se pueden asociar desde las muertes de los antiguos estoicos*, dóciles discípulos de sus maestros, hasta las rachas de inmolaciones por el fuego* entre bonzos budistas u otros oponentes políticos. Las epidemias ocurridas durante la época romántica a raíz de suicidios de personajes reales o literarios, tales como Chatterton* o Werther*, participan asimismo de esta modalidad. Efecto de un contagio parece ser la oleada de suicidios que desata en 1963 la muerte voluntaria de Sylvia Plath*.

En 1974, D. P. Phillips propone el término *efecto Werther* para designar la influencia de la sugestión sobre la conducta suicida. Hay también imitadores que lo hacen por asemejarse a modelos televisivos. "Por imitar al héroe de una película para adolescentes, *The Program,* que se acostaba sobre el asfalto de una autopista y permanecía inmóvil en medio de la circulación —comenta Ignacio Ramonet—, varios jóvenes americanos fueron atropellados en las carreteras de Estados Unidos en el otoño de 1993". Un caso flagrante de imitación suicida es el del actor cómico norteamericano Chris Farley*, quien, identificado con su ídolo el también rechoncho John Belushi*, se suicida como él consumiendo una sobredosis de cocaína*.

También se puede dar un fenómeno de mimetismo o emulación en la práctica de los atentados suicidas*. Sin necesidad de recibir una orden expresa de jefe alguno, cualquier individuo, célula o grupo adopta los métodos, fraseología y firma de una organización ya existente para cometer o intentar cometer nuevos atentados. El caso de Al Qaeda* es hoy día el mejor ejemplo de este proceder, que explica el carácter a veces aficionado e incluso chapucero de muchas de las "réplicas" de los verdaderos atentados profesionales. A es-

te fenómeno de moda alude explícitamente Francisco Ayala en su relato "The Last Supper" (1953), cuando hace decir a una de sus protagonistas: "Hasta tuvimos la chance de que, en un momento dado, se puso de moda suicidarse con nuestro producto."

Inanición. Este medio de darse muerte ha tentado a muchos, y no pocos han sido los que han logrado llegar al final de sus esfuerzos. No debe de ser tan difícil, si nos atenemos a lo dicho por el romano Apuleyo* cuando dice de uno de sus personajes: "Piensa en todos los procedimientos y en particular en uno muy suave y tranquilo, que no exige arma de ninguna clase y se parece mucho a un plácido sueño: la desgraciada quiere dejarse morir de hambre" (*El asno de oro*, VIII, 7, 4) La misma placidez subraya Montaigne* cuando, en el capítulo XIII del segundo libro de sus *Ensayos*, recuerda los casos de tres suicidas ayunadores de tiempos de los romanos, Pomponio Ático, Cleantes y Tulio Marcelino. Los tres coinciden en haber comenzado a ayunar buscando morir por estar muy enfermos, y por haberles servido el ayuno de remedio a la enfermedad. También todos ellos, una vez curados, prosiguen lo iniciado hasta dejarse morir, y en los tres, sobre todo en el último y más joven, el sensato prosista francés destaca la voluptuosidad que acompaña a esta muerte, que compara también "como un tránsito al sueño y al reposo". Así lo consiguen en la Antigüedad Eratóstenes*, Isócrates*, Licurgo* o la viuda de Septimio Severo, Julia Domna*; más tarde, el pintor florentino Andrea del Sarto*; y ya en época moderna, Klara Whoryzek* y Kurt Gödel*. Parece que entre los cátaros, herejía o iglesia cristiana disidente que prosperó en la Edad Media por el sur de Francia, practicantes como eran del ayuno, la castidad y otras maceraciones, se llegaba en caso extremo al suicidio místico por hambre, llamado *endura*.

Personajes literarios que se entregan a esta forma de suicidio por inanición son el Leriano de la *Cárcel de amor** de Diego de San Pedro, o los kafkianos Gregor Samsa, el protagonista de *La Metamorfosis*, y sobre todo el del cuento "Un artista del hambre" (1922). Este personaje, según la crítica, tiene muchos rasgos de su autor, quien no sólo se calificaba a sí mismo de "manojo de huesos", sino que además era vegetariano y extremadamente frugal. Ambos personajes terminan barridos y recogidos como una inmundicia por la escoba o la pala. A Kafka se le adelantó Peter Altenberg* cuando, en sus *Estampas de la vida humilde* (1909) incluye una titulada "La artista del hambre". Así de frugal es también el imperturbable escribiente Bartleby de Herman Melville* (1853), de quien su jefe pronto observa que "nunca iba a comer". Tampoco hace ninguna otra cosa, y cada vez menos, hasta que al final se extingue silenciosamente y de modo casi imperceptible.

Negarse a ingerir alimentos se utiliza a menudo como medio de presión en las denominadas "huelgas de hambre", en las que se puede llegar a la muerte voluntaria por inanición. No es corriente que se produzca un desenlace fatal, ya que las autoridades casi siempre acaban cediendo ante tan grave amenaza. Son casi una excepción, y sobre todo en una democracia occidental, las huelgas de hambre en las que se deja morir a los participantes: éste es el caso de las emprendidas en 1980-1981

por presos del IRA irlandés en cárceles inglesas. Siete distintas huelgas se saldan, ante la intransigencia de la primer ministro británica de la época, la conservadora Margaret Thatcher, con la muerte de 12 de estos huelguistas, encabezados por Bobby Sands. Con anterioridad, un miembro de la llamada banda Baader-Meinhof , Holger Mein, muere en 1974 en una cárcel alemana por las mismas causas. En estos casos se puede hablar de suicidio protesta*, al modo de las incineraciones de los bonzos.

Lo habitual es que cese la huelga al cabo de algún tiempo, por iniciativa de una de ambas partes. Entre los numerosísimos ejemplos, he aquí uno muy reciente: a raíz de los atentados suicidas de mayo de 2003 en Casablanca, Marruecos, gran número de islamistas de aquel país son encarcelados en diferentes presidios al término de juicios sumarísimos. Desde el 2 de mayo de 2005, 1.200 islamistas repartidos por distintas cárceles inician una huelga de hambre indefinida al grito de "libertad o muerte". Por suerte para ellos, aun sin conseguir la libertad pero al precio de alguna garantía, los huelguistas ponen fin a su acción semanas más tarde. En el mismo país, desde el 9 de agosto de 2005, 37 presos saharauis inician un ayuno de protesta contra sus condiciones de detención. Tras 45 días de huelga, 12 son hospitalizados y uno, cuya vida parecía en peligro, es puesto en libertad.

En la prisión que, en enero de 2002, abren los norteamericanos para combatientes afganos, paquistaníes o iraquíes en la base cubana de Guantánamo, se producen movimientos de este tipo alternativa e ininterrumpidamente, llegando a alcanzar los 52 huelguistas en julio de 2005 y 131 en agosto. La situación del grupo más irreductible, compuesto por unos 20 prisioneros, se vuelve tan alarmante que la Cruz Roja, que se opone a la práctica de la alimentación forzosa, tiene que intervenir en octubre de 2005. Las autoridades militares recurren a la alimentación forzosa mediante perfusión intravenosa o empleo de sondas por vía oral, y aun así se ven obligados a hospitalizar a siete de ellos, a los que mantienen atados a sus camas. El derecho internacional humanitario no trata explícitamente la cuestión de la alimentación forzosa de prisioneros en caso de huelga de hambre, como lo prueba la convención de Ginebra, totalmente muda al respecto. No obstante, el Comité Internacional de La Cruz Roja (CICR) deja muy clara su posición al comunicar a las autoridades penitenciarias estadounidenses que se opone formalmente a su uso, basándose "en la práctica y la ética médicas tal como quedan manifiestas en la declaración de la Asociación Médica Mundial (WMA) de Tokio de 1975". En 1991, esta misma asociación publica una recomendación aún más precisa: "Un prisionero que se niega a alimentarse y tiene suficiente capacidad para evaluar las consecuencias de su acto no debe ser alimentado artificialmente".

De curiosa huelga de hambre se puede calificar la extraña conducta y "deplorable caso" que narra en su estudio de 1838 el psiquiatra francés J. É. Esquirol, en el que un comerciante empobrecido yerra por el campo, cava su tumba al pie de un árbol y se tiende en ella a esperar la muerte. Desde el 15 de septiembre al 3 de octubre de 1812 permanece inmóvil y sin probar bocado hasta que un campesino lo descubre e intenta socorrerle sin resulta-

do. En su diario, a modo de mensaje póstumo*, deja escrito: "No soy un suicida, soy un muerto de hambre", y se declara víctima de la injusticia.

India. El suicidio está aquí mucho más vinculado en todas sus formas a creencias y prácticas religiosas que a cualquier otra motivación. Desde la más remota Antigüedad la ofrenda de sí aparece en mitos y leyendas como el supremo sacrificio* que se puede rendir a la divinidad, al mismo tiempo que a la comunidad.

Plinio, Cicerón y otros autores clásicos relatan o comentan admirados las formas más extremadas de penitencia de faquires y santones, entregados fervorosamente a los más crueles tormentos. En el relato de sus *Viajes*, Marco Polo cuenta haber asistido a tales escenas, como la de un penitente que, tras haberse clavado numerosos puñales por todo el cuerpo, se decapita cercenándose el cuello por la nuca. Siglo y medio más tarde, otro viajero veneciano por Extremo Oriente, Nicolo dei Conti, asiste a una escena idéntica. Y parecidos espectáculos asombran a misioneros jesuitas durante varios siglos. Según sus relaciones, las procesiones son ocasión de auténticas hecatombes. Los fieles de Krishna se arrojan bajo las ruedas de los carruajes para ser aplastados; hasta 200 o 300 por ceremonia, según el venerable historiador J. A. Buchon. A estos atropellos* sagrados se refiere ya Montaigne* en sus *Ensayos*, cuando habla de los que se dejan "moler los huesos" bajo las ruedas.

Entre los métodos escogidos por los suicidas rituales de la India destaca el fuego* pero también hay quien practica el salto al vacío*, como los muchos devotos que ascienden a la cima del peñasco Omkar-Mandhat, a cuyo pie se alza el templo de Bairava, y se precipitan desde su eminencia. El suicidio es el sacrificio por excelencia y, al igual que en Mesoamérica* entre los mayas, constituye el camino más seguro para acceder al paraíso, e incluso aquí equipararse con la divinidad. Adler* vería aquí la mejor confirmación de sus análisis sobre el delirio de grandeza que subyace en toda conducta penitencial. Estos aspirantes a dioses reproducen el sacrificio primordial del primer hombre de la cosmogonía védica, Purusa, que también hace ofrenda de su propio cuerpo.

Junto a esta entrega desinteresada de lo más valioso, otros sacrificios, aparentemente voluntarios, no lo son tanto, como ocurre con las vidas que se ofrecen a la cruel diosa Kali, representada con su collar de calaveras alrededor del cuello, o los ritos del sati* y otras quemas de viudas indefensas (véase Chittaurgarh*). "Al menos seis mujeres se suicidan en la India al día por extorsiones del marido o de la familia política", dice *El País* del 16 de marzo de 2008. La principal razón de este acoso* al que se somete a estas pobres víctimas es la dote, considerada insuficiente por la familia del marido. "Casi 10.000 denuncias [ante la Comisión para la Mujer de Nueva Delhi] están relacionadas con problemas de dote", añade el diario. Los efectos de esta coerción son tales que 2.035 mujeres se suicidan en 2005, y 2.276 en 2006, sin que, como en otros casos, las leyes ni la policía puedan poner coto a esta sangría.

Indios. Las condiciones de vida de los pocos supervivientes de las comunidades nativas en EE UU —unos dos millones— hacen que su tasa de mortalidad sea un

22% más alta que la del resto de la población estadounidense; la tasa de mortalidad infantil, un 60%; y que el alcoholismo * alcance la disparatada cifra de un 627% más que el promedio nacional. En este cuadro desolador, el suicidio resulta un 72% más alto que la media norteamericana.

Infancia. Los niños no escapan al suicidio y todo lo dicho sobre los adultos se puede aplicar a su caso. Los estados depresivos, los fracasos escolares, el acoso* escolar, las circunstancias externas, familiares o históricas, etc., intervienen sobre ellos empujándoles a tomar las mismas fatales decisiones. La inestabilidad económica y social, el estado de guerra, pero aún más *el haber sido testigos de violencias* inhumanas, torturas, violaciones, genocidios, o ser ellos mismos víctimas de atrocidades, constituyen, como para los adultos, causas importantes de muerte voluntaria. Un ejemplo reciente, entre otros muchos, es el de Albania, país que ha visto degradarse todas sus condiciones en muy poco tiempo. Según informes de 2005 procedentes del Instat, Instituto de Estadísticas albanés, "en los últimos años, los niños que han intentado suicidarse se cuentan por miles". Bien es cierto que entre los adultos de ese país los datos son igual de alarmantes.

En cuanto a los adolescentes, es sabido que, por ser una edad particularmen*te problemática, el índice de muertes* voluntarias es siempre mucho más elevado que en otras etapas de la vida. La tendencia general que se observa en muchos países desarrollados es al alza. Se calcula que, en Francia, 600 menores de 24 años se dan muerte cada año, lo que constituye la segunda causa de mortalidad después de los accidentes de tráfico. Asimismo, 50.000 menores de 24 años intentan poner fin a su vida, y puede que estas cifras se queden cortas ya que, según un estudio epidemiológico llevado a cabo en el departamento de Gironde en 2001, el 7% de los alumnos de enseñanza media afirma haberlo intentado por lo menos una vez. Del mismo estudio se desprende que las tentativas se realizan cada vez a edad más temprana: así, en 2000, un niño menor de 10 años puso fin a su vida en esta región de Burdeos.

Inglaterra. Véase Gran Bretaña.

Inhalación. El gas mortal que se respira puede ser de uso doméstico, como el butano o el gas natural empleados en cocinas, hornos o estufas —es el que utiliza el poeta surrealista francés René Crevel *, cuyo cádaver se halla con la cabeza dentro del horno—, o bien puede tratarse del monóxido de carbono * emitido por braseros de carbón u otras fuentes de combustión. Con el gas del motor de un coche en marcha ponen fin a sus vidas Anne Sexton *, John Kennedy Toole *, Kevin Carter * o Alexis Traianos *. Con el de una estufa, el futbolista austriaco Matthias Sindelar y su amante italiana. El uso del tubo de escape es actualmente el método más utilizado entre quienes firman por Internet pactos suicidas*, muy en particular *en Japón* *.

Inmolación. Término a menudo empleado como sinónimo de suicidio cuando se trata de suicidios protesta *. Así se habla de inmolación por el fuego * de los bonzos vietnamitas, del checo Jan Pallach, etc.,

donde se detecta cierta preferencia para su uso en los casos de autoincineración. Como muy bien explica José Antonio Díaz Rojo (2004), debe reservarse su utilización para los casos en que no se trata de suicidio sino de una acción orientada al bien de otro, aunque los campos sean a veces difíciles de deslindar. Estas acciones heroicas no tienen por objeto la propia muerte, aunque conllevan su riesgo, como en el caso de salvamento de víctimas de las llamas o las aguas, en las que a menudo perecen los salvadores. Lo que predomina en la inmolación es la idea de sacrificio* por otro u otros. El citado autor propone el ejemplo del sacerdote polaco Maximilian Kolbe, quien ofrece su vida ante el paredón para salvar a un judío de la matanza nazi. Incluso en este caso límite no es él quien se da muerte, al contrario de lo que le ocurre a un personaje, también heroico, de la película *Espía por mandato*, de George Seaton (1962), quien se ahoga a sí mismo con un pañuelo por no delatar con su tos a sus compañeros escondidos. En ambos casos, según el citado autor, se da el sacrificio generoso, pero mientras el segundo es un caso de suicidio, el primero es de inmolación.

INNERHOFER, Franz (Krimml, 1944-Graz, 2002). La novela autobiográfica de este novelista austriaco, publicada en 1974 con el irónico título de *Schöne Tage* (*Días hermosos*, Losada, 2003), relata los 11 años de sufrimientos y humillaciones que padece un adolescente como aprendiz de su propio padre. Después de escribir una segunda novela y otros libros, decepcionado por el silencio que le rodea tras el éxito inicial de la primera, se suicida. Puede considerársele como un último representante de la *Antiheimatliteratur*, la corriente de escritores austriacos que, desde Thomas Bernhard* a Elfriede Jelinek, manifiestan, a veces con violencia, su oposición a la cultura oficial austriaca, que tienen su paralelo en el cine en Michael Haneke*.

Inocente, El. Con esta película inspirada en una novela de D'Annunzio se despide del cine y de la vida un Luchino Visconti a las puertas de la muerte, que fallece al poco de terminarla en 1976. Tullio (Giancarlo Giannini) vive con su esposa (Laura Antonelli) como un amigo o un hermano, pero al enamorarse ésta de un escritor y quedar embarazada de él, le ciegan los celos y mata al recién nacido. Despreciado por su mujer y por su mejor amiga, se suicida. Narcisista y decadente, el personaje lo había anunciado: "El día que no sienta ningún placer, ninguna curiosidad por la vida, me mataré".

Islam. Para la religión del profeta Mahoma, el suicidio es el peor pecado. El hombre que se quita la vida por su propia mano —dice el Corán— vivirá eternamente en el infierno y será torturado eternamente con el mismo instrumento o medio que usó para suicidarse. Aquellos que exponen su vida sin necesidad incurren también en este pecado y en idéntico castigo. En consecuencia, los países musulmanes cuentan con muy pocos casos individuales de muerte voluntaria. Pero, al igual que en el cristianismo, pronto se introduce la distinción entre suicida y mártir*, estableciéndose una frontera entre uno, blanco de todas las críticas, y otro, merecedor de todos los honores.

Tras traducirse el término cristiano *mártir* al árabe en el siglo VII, se designa

con el nombre de *shahid* al combatiente del infiel caído en la batalla. El luchador por la fe o *muyahid* alcanza el supremo grado en la escala de la perfección mediante una forma de martirio mucho más activa que la pasividad de la víctima cristiana. Poco a poco el vocablo sirve en tierras del islam para nombrar, siempre en relación con la noción de guerra santa o *yihad** y según una interpretación literal, a los adeptos a las prácticas terroristas. Y así es como se autodenominan en la actualidad los practicantes del atentado suicida* u otros combatientes dispuestos al sacrificio*, como, por ejemplo, los miembros del grupo palestino de las Brigadas Mártires de Al Aqsa.

La guerra santa, canonizada por la religión, recibe la bendición de sus jerarcas y abre la puerta de acceso a la eterna gloria del paraíso. La sura 9 del Corán especifica en el versículo 111 la promesa hecha por Dios al creyente muerto en combate. Y la tradición profética de los hadith precisa aún más las recompensas con imágenes seductoras: "El mártir tiene a los ojos de Dios seis premios: todo se le perdona enseguida; ve inmediatamente el puesto que se le ha sido asignado en el Paraíso; está libre del castigo de la tumba y del gran terror; se le corona con la diadema de la veneración, cada rubí de la cual vale tanto como la Tierra con todo lo que ella contiene; se le desposa con 72 novias de hermosos ojos; y él intercede en favor de 72 de sus parientes". Cierto es que, junto a estas promesas —como recuerda Khaled Fuad Allam en su *Carta a un terrorista suicida* (de donde está tomada la cita anterior)—, el libro sagrado del islam condena de manera absoluta a cualquiera que vierta sangre inocente.

Refiriéndose a estos atentados, un palestino explica al periodista de *El País* Ramón Lobo: "Existen los suicidas porque la vida es tan miserable en los territorios que estar vivo es lo mismo que estar muerto". La motivación del suicidio en estos casos es doble, como puntualiza Jean Daniel: "En los atentados suicidas a la voluntad justiciera se añade la búsqueda de la salvación por el sacrificio". Edward W. Said, reconocido especialista en relaciones entre Oriente y Occidente, recuerda en 2001 la actual evolución de esta religión, sometida a las peores lecturas integristas: "En una destacada serie de tres artículos publicados entre enero y marzo de 1999 en *Amanecer*, el semanario más respetado de Pakistán, el difunto Eqbal Ahmad hacía para su público musulmán un análisis de lo que denominaba las raíces de la derecha religiosa y criticaba con gran dureza las mutilaciones del islam por parte de absolutistas y tiranos fanáticos cuya obsesión por regular la conducta personal fomenta 'un orden islámico reducido a un código penal, despojado de su humanismo, su estética, sus búsquedas intelectuales y su devoción espiritual': una actitud que 'entraña la reafirmación absoluta de un aspecto de la religión, en general descontextualizado, y un desprecio total del otro'. Como ejemplo oportuno de esa corrupción, Ahmad procedía a presentar, en primer lugar, el rico, complejo y múltiple significado de la palabra *yihad,* y luego seguía diciendo que, en la palabra reducida actualmente al sentido de guerra indiscriminada contra los enemigos, es imposible 'reconocer [...] la religión, la sociedad, la cultura, la historia o la política islámicas tal como la han vivido los musulmanes a lo largo de los siglos". Entre los fieles y je-

rarcas de la misma religión, la polémica sigue y seguirá abierta aún durante mucho tiempo. Las posiciones parecen totalmente irreconciliables entre quienes garantizan el paraíso y quienes condenan a los asesinos. No olvidemos que el islam no es, en ocasiones, más que el portavoz de reivindicaciones nacionales. En el caso de Palestina, Chechenia o Cachemira, por ejemplo, éstas se conjugan —como explica Farhad Khosrokhavar— en lenguaje islamista: "El islam llega a ser lo que Lacan llama un significante, una forma que puede llenarse con la materia que se quiera", añade este investigador parisino nacido en Teherán.

Entre los islamistas, es decir, quienes efectúan una interpretación integrista, literal, de su religión, se da el suicidio individual en el atentado suicida, la forma más radical de "morir matando", y se da también el suicidio colectivo* de tipo obsidional* para no caer en manos del enemigo, como ocurre en Leganés, en abril de 2004, entre los autores del atentado madrileño del 11 de marzo del mismo año. Antes de caer prisioneros, otros activistas de Al Qaeda optan igualmente por darse muerte. Así lo cuenta al periodista estadounidense Peter Bergen un oficial del ejército afgano que combatió con ellos en la batalla de Tora Bora, en 2001: "Fueron un adversario muy duro. Cuando los capturamos, se suicidaron con granadas. Yo mismo vi a tres de ellos hacerlo".

Otra paradoja que se da en tierras del islam es la de los suicidios forzados de muchachas por salvar el pretendido honor de la familia. En el Kurdistán turco, por ejemplo, los familiares de una joven que ha deshonrado a la familia con su conducta deshonesta inducen a la culpable a quitarse la vida. Según *El País* del 14 de julio de 2006, "cada pocas semanas, una mujer joven intenta quitarse la vida en el sureste de Anatolia, [región] con gran influencia del islam conservador".

ISÓCRATES (Atenas, 436-338 a. C.). Los discursos de este filósofo, pedagogo y orador griego, discípulo de Sócrates y Gorgias y contemporáneo de Platón, tienen por objetivo la unidad de Grecia. Con la misma meta apoya a Filipo de Macedonia, a quien dedica su famoso *Panegírico*. Funda una nueva escuela y con su *paideia* sienta las bases de lo que más tarde Cicerón traducirá por *humanitas*, es decir, las humanidades, la enseñanza literaria que pretende formar buenos ciudadanos amantes de su patria. Durante la desastrosa guerra del Peloponeso, y tras la derrota sufrida por los atenienses contra Filipo II de Macedonia en Queronea, se deja morir de inanición* a los 98 años.

IVINS, Bruce (Lebanon, 1962-Frederick, 2008). En 2001, tras el atentado de las Torres Gemelas, el pánico volvió a cundir en los Estados Unidos. Una serie de atentados con ántrax provocó la muerte de cinco personas. El responsable de aquellos maléficos envíos postales era este microbiólogo, que desde hacía 18 años trabajaba en el principal laboratorio del Ejército sobre investigación bioterrorista en Fort Detrick, Maryland. Detenido por la policía y acusado de crímenes que le hubieran costado la vida, recurre a una sobredosis de analgésicos.

IZUEL, Chusé (Zaragoza, 1968-Barcelona, 1992). Autor de unos cuantos rela-

tos y colaborador de varios suplementos culturales, el escritor aragonés se lanza por la ventana de su domicilio barcelonés en febrero de 1992. Su compañero de piso, amigo y paisano Félix Romeo le dedica años más tarde un libro para intentar responder a la pregunta: "¿Cómo no me di cuenta de que te ibas a suicidar?" El resultado es una biografía escueta del suicida, una apretada carta al amigo muerto: *Amarillo* (Plot, 2008). Sus cuentos se publican póstumanente bajo el título *Todo sigue tranquilo* (Libertarias, 1994).

J

Jackass. Término inglés que viene a significar "capullo" o "gilipollas" y que designa todo un fenómeno de sociedad: la exaltación por vía televisiva de la autolesión*. Lo que hasta ahora podía ser considerado como conducta anormal, o motivada como un último recurso por circunstancias de extrema gravedad, adquiere hoy carta de ciudadanía e incluso, al pasar por la alquímica pantalla, se transmuta en industria rentable y trampolín a la fama. Programas televisivos en EE UU, España y otros países de la órbita deleitan a sus espectadores con imágenes de jóvenes masoquistas y exhibicionistas en pleno ejercicio de estos dos placeres combinados. Como es normal en estos casos de éxito asegurado, ya hay una película con el mismo título que se apunta al negocio, dirigida por Jeff Tremaine y estrenada en 2003. Esta pornografía de consumo generalizado venía siendo preparada por los *reality shows*, como *Gran Hermano*, y otros programas similares que dispensan de vivir puesto que la imagen se encarga de ello. Como dice el escritor mexicano Pepe Rojo ("La fe de los idiotas", *Lateral*, enero 2004), "los mártires de *Jackass* lastiman su cuerpo para evitar que a nosotros nos duela".

Jacopo Ortis. Héroe de la novela epistolar *Últimas cartas de Jacopo Ortis* (*Ultime lettere di Jacopo Ortis*, 1802), del escritor italiano Ugo Foscolo (1778-1827), que para unos es el *Werther** italiano y para otros (como Stendhal) "una pesada imitación del *Werther*". Su nombre procede de la admiración que su autor profesa a Jean-Jacques (Jacopo) Rousseau y a la amistad con un estudiante suicida de Padua, de apellido Ortis. Las cuitas del protagonista no son sólo eco de las del héroe alemán sino también, y sobre todo, de las muy reales de la biografía de Foscolo, desgraciado como él en amores y patriotismo. Sobre uno y otro pesan tanto o más que los desdenes de tal o cual Teresa la humillación de Campoformio y la situación de una Italia traicionada y desunida. Añádase que, como señala Ramón Andrés, "un año antes de la publicación de las *lettere*, su hermano menor se suicidó clavándose un puñal en presencia de su madre". Como su modelo alemán, el personaje se dispara un tiro en la sien; y como

Goethe*, el poeta romántico italiano teme que el pesimismo del desenlace contagie a sus lectores, por lo que, en las páginas añadidas en las ediciones de 1816 y 1817, el personaje, arrepentido de sus veleidades juveniles y salvado a última hora del suicidio, lanza un vibrante mensaje de viril bravura a sus compatriotas.

JÁMBLICO (Calcis, ¿250-325?). Como en cualquier novela griega de aventuras, en el resumen que hace Focio en el siglo IX de las *Babiloníacas*, todo lo que queda de esa obra, surgen por doquier homicidios y suicidios. He aquí algunos ejemplos: "En este lugar se encuentra también la historia de la muchacha que se llamaba Trófima, del esclavo que era su amante y fue su asesino, del adorno de oro y de las monstruosas acciones del esclavo: que se dio muerte a sí mismo, que la hija del labrador quedó ensangrentada con la sangre del suicida..." (13). "Ródanes intenta darse muerte, pero Soreco trataba de impedírselo" (15). "Llega a este lugar el padre de Sinónide, y como sabía que el perro era de Ródanes, al ver el cadáver de la muchacha medio devorado, degüella al perro en honor de quien él creía que era Sinónide y se suicida él también ahorcándose con un nudo corredizo [...]. Se presentan en el lugar Soreco y Ródanes, y al ver el perro sacrificado en la tumba, al padre de Sinónide ahorcado, y la inscripción de la tumba, Ródanes se asestó un golpe [...]. Soreco se colgó de un nudo corredizo" (18).

Japón. El país donde el suicidio, público, a menudo colectivo y siempre relacionado con el código de honor, se ha practicado, sin duda, del modo más sistemático y durante más largo tiempo bajo su forma ritualizada del *haraquiri**. Citemos, entre los muchísimos ejemplos, la dramática historia de la emperatriz abuela Nii durante la batalla naval de Dan No Ura, en 1185, narrada en el libro VI del monumental *Heike Monogatari* o *Cantar de Heike*. Estando esta noble dama al cuidado del emperador niño Antoku, de siete años, al ver acercarse a los victoriosos miembros del clan Minamoto, toma al nieto en brazos y se arroja con él por la borda de su navío diciéndole: "En el fondo del océano está nuestra capital". La muerte del emperador es la señal para que todos los miembros del clan Heike se den muerte. El héroe de esta jornada, Minamoto Yosihune, no tarda a su vez en abrirse el vientre impelido por su hermano Yoritomo, lo que inicia la época Kamakura (1185-1338).

Durante este período, y hasta finales del siglo XIV, prosiguen los suicidios colectivos de hasta 500 víctimas, lo que acarrea la desaparición de todos los miembros vivos de una estirpe o un clan. Su prohibición en varios momentos de su historia, a partir del siglo XVII, no impide que se mantenga su práctica. Si el suicidio ritual del general Nogi * por la muerte del emperador en 1912 parece cerrar una tradición de fidelidad guerrera y constituir al mismo tiempo la última violación de las leyes, la muerte del escritor Yukio Mishima* en 1970 da nueva actualidad a esta práctica aparentemente caída en desuso.

La historia japonesa está jalonada por suicidios, así como las leyendas populares cuyos héroes trágicos inspiran la literatura, el arte y el cine. Entre los episodios más célebres, la muerte de los 47 *ronins* en el

siglo XVIII ha dejado huellas en el teatro, la novela y el cine. También los pilotos suicidas o *kamikazes**, que se sacrifican durante la II Guerra Mundial con sus aparatos cargados de bombas, entroncan con esta tradición japonesa de fidelidad ciega al mando. Acerca de la actitud de los japoneses durante el conflicto y de su disposición a sacrificar su vida, Shotaro Kodama, superviviente de Hiroshima y catredrático jubilado, comenta a *El País* en agosto de 2005: "Nos enseñaron a morir por el emperador. Era una educación parecida a la que reciben los terroristas suicidas islamistas de hoy día".

Junto al haraquiri o *seppuku*, otra tradición ritual practicada es la del suicidio por amor, llamada *shinju*, que literalmente significa "mostrar el corazón", y que se denomina también a veces con el término más impropio de *joshi*. Generalmente son dos amantes los que, tras prepararse meticulosamente para el desenlace elegido, se dan muerte juntos como prueba de amor; pero también se puede dar el caso entre amigos como prueba de la más acendrada amistad. En época reciente, el novelista Osamu Dazai* lo ha intentado en varias ocasiones con diversos resultados, antes de darse muerte individualmente.

Fuera de su espectacular vertiente ritual, el suicidio constituye una plaga en el Japón actual. En 2003 se registró la tasa de suicidios más alta de su historia. Según datos de la Policía Nacional, más de 34.000 japoneses se quitaron la vida, un 7% más que en 2002. Con 24,1 suicidios anuales por 100.000 habitantes en 2004, el país ostenta el récord entre los países del mundo industrializado. En 2005, pese a las medidas preventivas tomadas por las autoridades, el número de suicidios se eleva todavía a 32.522. Como en el año 2000 se arrojaron a la vía férrea en Tokio 212 desesperados, la East Japan Railways decide tomar medidas para paliar sus efectos sobre el tráfico de sus trenes y consulta a expertos psiquiatras. Siguiendo su consejo, la compañía ferroviaria instala grandes espejos en los andenes con el fin de que, al reflejar la imagen del candidato, le disuadan de llevar a cabo su intento. Como estas medidas no resultan muy eficaces, la compañía exige daños y perjuicios a las familias de las víctimas por los retrasos ocasionados, llegando una de ellas a pagar la suma de diez millones de yenes (unos 100.000 euros). Cada suicidio perturba el tráfico durante una media de 50 minutos.

Este país sufre también con particular virulencia los efectos de los suicidios colectivos*, a menudo relacionados con creencias o preceptos de ciertas sectas* apocalípticas como la de la Verdad Suprema. La última moda en la materia, aunque Japón no tenga la exclusiva en su empleo, es el pacto suicida* acordado por Internet, o cibersuicidio*. Japón está a la cabeza mundial por el número de usuarios, con el 40% de la población conectada a la Red, lo cual facilita el incremento de este tipo de contactos mortales. Hasta época reciente, el método* más extendido era el ahorcamiento, pero desde 2003 lo supera la inhalación* de gas en grupo, el método preferido por los firmantes de pactos, que pasan de 2.024 en 2002 a 3.538.

JARDIEL PONCELA, Enrique (Madrid, 1901-1952). El gran humorista madrileño merece figurar aquí sólo por esta excelente *greguería*: "Suicidarse es subirse en marcha a un coche fúnebre".

JEAN PAUL, seudónimo de Johann Paul Friedrich Richter (Wunsiedel, 1763- Bayreuth, 1825). Como narrador dotado de gran fantasía y no poco humor, sentimental e irónico y con un acendrado espíritu de libertad, echa mano de los más variados ingredientes para componer la que se considera su mejor novela, *Titán* (1803), un auténtico batiburrillo de aventuras sin orden ni concierto. Su protagonista, Roquairol, el titán, es un espíritu fáustico lleno de contradicciones, noble y malvado, amoral y generoso. Tras seducir con nocturnidad a la amada de su mejor amigo, Albano, se da muerte teatralmente de un pistoletazo durante una gran fiesta que ha organizado con ese fin. Llevando el exhibicionismo narcisista* al último extremo, el personaje escribe una obra de teatro en la que el protagonista, cuyo papel representa, se mata en escena.

JENOFONTE (Atenas, ¿430-354?). En el libro I de la *Anábasis*, crónica que este jefe militar e historiador escribe para relatar su memorable expedición por Asia Menor, cuenta cómo, tras la muerte de Ciro, su más leal servidor, Artapates, saltó de su caballo y, desenvainando el sable, "se quitó la vida degollándose". En el libro IV se describe el ataque de los griegos contra el pueblo de los taocos, que ocupan una altura casi inexpugnable. Cuando los atacantes logran penetrar en la plaza, los vencidos optan por el suicidio colectivo*: "Entonces se produjo un espectáculo terrible: las mujeres, arrojando primero a sus hijos, se lanzaban ellas mismas después al precipicio y los hombres hacían lo mismo [...]. Allí muy pocos hombres fueron capturados". Este relato constituye uno de los primeros testimonios del fenómeno obsidional*, que tantas veces se manifiesta luego a lo largo de la historia.

JESUCRISTO (1-33). Una forma de suicidio es la de quienes, como el fundador del cristianismo, Givry* o el Che Guevara* se entregan para que otros los maten sin remisión ni escapatoria. Podemos considerar esta conducta tan similar al suicidio que su ejecución viene precedida por numerosísimos anuncios que no dejan duda alguna sobre el desenlace, e incluso de palabras de despedida.

Jostein Gaarder pasa revista para su discípula Sofía a los numerosos puntos en que coinciden Sócrates* y Jesús (*El mundo de Sofía*, 1991). Desde la época del emperador Adriano (76-138), muchos son los que, por todo el Imperio romano, identifican al bello y desgraciado Antínoo* con el profeta judío, uno y otro muertos voluntariamente, inmolados en sacrificio*. En el siglo III, el padre de la Iglesia Orígenes de Alejandría declara lisa y llanamente: "Si no tenemos miedo de las palabras y admitimos los hechos, quizá podamos decir [...] que Cristo se dio muerte a sí mismo".

Los propios cristianos ven el sacrificio de su fundador tan próximo al suicidio que el texto medieval *Gesta Romanorum*, colección latina de anécdotas romanas reunidas en el siglo XIII por el abad benedictino Bertheur del monasterio de Saint Éloi de París para provecho de sus monjes, interpreta a lo divino el mito del suicida enamorado Píramo*. Tomando el tema de las *Metamorfosis* de Ovidio*, lo utiliza en sus páginas como símbolo del redentor que acepta su propia muerte. El león (o leona) de la fábula se convierte de paso en la encarnación del demonio. Igual

juicio le merece Lucrecia*, cuyo sacrificio es también comparable, según el abad, al de Cristo.

John Donne*, poeta y teólogo inglés del Renacimiento, considera asimismo el sacrificio en la cruz como un suicidio. En el siglo XX, Roger Caillois, en su novela *Ponce Pilate* (1961), hace que Judas Iscariote* se dirija al gobernador romano Pilato* instándole a condenar a muerte a su maestro, puesto que sin su sacrificio la redención de la humanidad fracasaría: "El mundo se salvará por la muerte voluntaria del hijo de Dios", le explica, a lo que añade: "La voluntad de Jesús es que le mandes crucificar".

Por esta razón, otro autor francés contemporáneo, Pierre-Emmanuel Dauzat, no duda en titular un ensayo *El suicidio de Jesucristo* (*Le suicide du Christ*, 1998), y en él la figura de Judas aparece aureolada con todos los honores como artífice de la redención, "concebida como muerte voluntaria disfrazada de asesinato". Con gran inteligencia y erudición, el autor pasa revista a todas las lecturas sucesivas de la muerte de Jesús, desde Plotino y san Agustín hasta Heidegger, Nietzsche, Dostoievski* o Blanchot, y observa cómo en el seno de la Iglesia la noción de suicidio ha ido dejando paso a la de muerte voluntaria para acabar imponiéndose la de asesinato y deicidio. En la novela *El Evangelio según Pilato* (*L'Évangile selon Pilate*, 2000), del escritor francés Éric-Emmanuel Schmitt*, Judas se sacrifica por su maestro y lo hace a petición de éste, que a toda costa quiere morir y cumplir su misión. El ensayo de Jack Miles *El suicidio de Dios Hijo* (*The Suicide of God the Son*, 2001) insiste, como su título indica, en la dimensión suicida del sacrificio de Cristo.

JIMÉNEZ, José María, *El Chaba* (El Barraco, 1971-Madrid, 2003). Este ciclista y gran escalador alcanza repetidos triunfos con el equipo español del Banesto. Después de retirarse del ciclismo y haber tenido no pocos problemas de dopaje, de adicción a la droga y de depresión, lo que le lleva a frecuentar en varias ocasiones clínicas especializadas, quien fue un personaje extrovertido y poco disciplinado muere de sobredosis en la habitación de un hotel madrileño. Su muerte, como la de Pantani* y tantas otras figuras deportivas, se ve envuelta en el tabú* más opaco.

JOFFE, Adolf (Simferopol 1883-Moscú, 1927). Colaborador de Lenin y amigo personal de Trotski, pasa 27 años de su vida al servicio del Partido Comunista y de la revolución rusa, desempeñando especialmente las funciones de embajador de su país en Berlín, Roma, Tokio y China. Militante activo de la oposición de izquierda contra la dictadura de Stalin, es víctima de la persecución desencadenada por éste contra todos los elementos considerados como "desviacionistas trotskistas". Gravemente enfermo, se le niega el tratamiento necesario, por lo que, en protesta* contra este trato y, más aún, como deja escrito, contra el giro a la derecha de la política soviética, se dispara un tiro de revólver en la sien. Junto a su cadáver se encuentra una carta dirigida a su "muy querido León Davidovich" (Trotski) en la que explica su gesto. "Nadie mejor que un político, más aún que un buen actor, debe saber cuándo abandonar la escena", escribe en su mensaje póstumo*, modelo de actitud estoica y profesión de fe revolucionaria.

JONES, Bryan. No existen muchas noticias sobre la vida y obra de este novelista inglés y prototipo de autor fracasado, según su principal cronista, pero esto es lo que va contando por ahí en sus conferencias el también novelista y compatriota suyo Jonathan Coe: "Una noche, en su casa de Islington, en Londres, se emborracha, llena de agua caliente la bañera, se mete dentro y se abre las venas de la muñeca con una navaja de afeitar..."

JONSSON, Tor (Lom, 1916-1951). Cantor de la naturaleza pero también de la dura condición del trabajador, este poeta noruego nace y vive en la apartada localidad de Lom, donde nació Knut Hamsun y Dreyer rodó algunas de sus películas. Desde su primer poemario, *Maduración de lo oscuro* (*Mogning i mørkret*, 1942), aparece la tonalidad que predominará en toda su poesía: el gris. Publica otros dos libros de poemas, una obra de teatro y numerosos artículos de protesta y testimonio. Cuando se ahorca, deja como testamento poético un libro que se publica póstumamente, *Un diario para mi corazón.*

JOPLIN, Janis (Port Arthur, 1943-Los Ángeles, 1970). Otra de las muchas víctimas de sobredosis de heroína*, particular epidemia que hace estragos entre las estrellas de rock*. Después de triunfar en Monterrey en 1967 y en Woodstock en 1969, al año siguiente se inyecta una dosis mortal en la habitación de un hotel.

Jo, ¡qué noche! Película norteamericana de Martin Scorsese (*After hours*, 1986), una pesadilla situada en el barrio neoyorquino del Soho para el pobre protagonista interpretado por Griffin Dunne. Entre las muchas calamidades que en una sola noche se abaten sobre este modesto empleado de banca que yerra a la intemperie, está el encuentro con la chica que ha conocido en un *fast-food*, interpretada por Rosanna Arquette, inerte junto a un tubo vacío de barbitúricos.

JOSPIN, Mireille (Meudon, 1910-La Celle-Saint-Cloud, 2002). Madre del que fue primer ministro socialista francés hasta 2002 Lionel Jospin y de la escritora Noëlle Chatelet, quien ha dedicado su libro *La última lección* (*La dernière leçon*, 2004) a su suicidio. Miembro patrocinador de la asociación ADMD (Asociación por el Derecho a Morir con Dignidad), tenía 92 años y no estaba enferma ni disminuida cuando, pocos días después de anunciarlo a sus hijos, se da muerte en diciembre de 2002. Lo hace con el fin preciso de desaparecer con toda dignidad. Tanto su decisión como el libro escrito por su hija han contribuido a combatir el tabú* que, en Francia como en los demás países, reina en torno al tema (véase Justicia* y Guillon*).

JÓZSEF, Attila (Budapest, 1905-Balatonszárszó, 1937). Hijo de una lavandera y huérfano a los 14 años, criado en la miseria, el futuro poeta nacional húngaro emigra a Viena y a París, donde termina sus estudios en la Sorbona. Militante del Partido Comunista clandestino de su país, es autor de varios grandes poemas de inspiración proletaria y revolucionaria, en los que logra combinar socialismo y surrealismo. Sus libros *El mendigo de la belleza* (1922) o *El séptimo* (1932) apenas logran ningún reconocimiento en vida. A pesar de ello, su autor se ha convertido

hoy día en su país en la encarnación de la poesía, hasta el punto de que la fiesta nacional de la poesía se celebra en Hungría en la fecha de su nacimiento. Desilusionado, humillado e incapaz de encontrar un trabajo digno, se convierte poco a poco en un vagabundo; a los 32 años, víctima de problemas psíquicos y tras varios intentos de suicidio, se lanza al paso de un tren de mercancías. Arthur Koestler*, su compatriota, amigo y estricto contemporáneo, nacido en el mismo año y suicida como él, le dedica la siguiente necrología: "Este Attila József, del que el mundo aún no ha oído hablar y del que poco oirá seguramente en el futuro, este Attila József, que en el paralelo 47 se ha arrojado al paso del tren, era el mayor poeta lírico de Europa".

Juego. Véase Ludopatía*.

JUDAS ISCARIOTE. Según los Evangelios, este discípulo de Jesucristo* entrega a su maestro a los príncipes de los sacerdotes por 30 siclos de plata, el precio de un esclavo, y, presa más tarde de remordimientos, devuelve el estipendio y se ahorca: "Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró, fue y se ahorcó" (Mateo, 27,5). Frente a este laconismo, la versión de los Hechos de los Apóstoles (1,18) es más aparatosa y no atribuye la muerte al ahorcamiento*: "Precipitándose de cabeza, reventó y todas sus entrañas se derramaron". Con su traición, cumple con un requisito esencial para que se lleve a cabo el anunciado sacrificio*. Como zelota, su visión política del mesianismo tropieza con el obstáculo de un Cristo pacifista y nada proclive a sublevar a las masas contra el poder de los romanos.

Las primeras imágenes de Judas ahorcado, que son las primeras de un suicidio en la era cristiana, datan del siglo V. Su temprana proliferación tiende a distinguir la mala muerte del suicida frente a la buena del mártir*, y prolonga la infamia que acompaña desde la Antigüedad* al método de la horca. La tradición popular ha combinado los dos métodos empleados por el traidor, haciendo que en las representaciones folclóricas de la "quema de los judas" durante la Semana Santa, el pelele ahorcado reviente y desparrame sus entrañas. Esta tradición, viva aún en varias regiones de España, por ejemplo en Cuenca, se extendió por América cobrando particular vitalidad en México, donde, en lugares como el Estado de Morelos, los jóvenes que representan este papel vacían bolsas llenas de comestibles sobre la población congregada a sus pies. Un mural de Diego Rivera, en el "patio de las fiestas" del Palacio Nacional de la capital de México, representa esta fiesta pascual, que tiene mucho de exorcismo contra enemigos de clase y explotadores. Ésta es la razón por la que los peleles que revientan entre petardos y cohetes en el fresco de Rivera son un militar, un cura y un capitalista. No sabemos si hay otras tradiciones que conmemoren un suicidio con tanto júbilo, pero sí que ésta puede emparentarse con la lapidación del diablo que llevan a cabo en La Meca los peregrinos musulmanes. También éstos concentran en el lapidado a todos sus enemigos, por ejemplo, en 2005, a George W. Bush. Frente a esta visión tradicional que condena a Judas por traidor, ciertos autores, como Roger Caillois, ven en él el instrumento indispensable para que la redención de la humanidad por Cristo se lleve a cabo.

Judíos. La doctrina oficial religiosa judía considera, al igual que el cristianismo o el islam*, que el suicidio es un asesinato, una intromisión en los designios y los derechos del Creador; por lo tanto, un ataque blasfemo a toda la creación. Hanna Arendt* se refiere a "la creencia, originariamente judía, en la santidad de la vida en sí". Sin embargo, véase la Biblia* respecto a la actitud del antiguo pueblo de Israel con el suicidio.

Desde la Antigüedad, como en el caso emblemático del suicidio colectivo de Masada*, los israelitas dan pruebas de su determinación para no caer en manos del enemigo. Durante la Edad Media europea, y debido a las numerosísimas persecuciones de que son objeto, los miembros de las comunidades judías repartidas por las distintas naciones sucumben con frecuencia a oleadas o epidemias* de suicidios para huir de sus perseguidores. En York, Inglaterra, el 16 de marzo de 1190, un gran número se da muerte por no plegarse a una conversión forzosa al cristianismo. Lo mismo ocurre en Francia en 1095. Es particular el caso de las epidemias de peste que asolan el continente, de las que el antisemitismo ambiente hace responsables a los hebreos acusándoles de envenenar las fuentes y manantiales. Casos así se producen en Inglaterra, Francia y otros muchos países de Europa desde época temprana, recrudeciéndose la práctica con ocasión de la terrible Peste Negra en el siglo XIV.

A pesar de todo ello, el pueblo judío "exhibe las cifras de suicidio más bajas de todas las naciones civilizadas", según Hannah Arendt, lo que corroboran los datos registrados en la actualidad* por el Estado de Israel. Se podría atribuir este bajo índice a la doctrina expuesta por el fundador del sionismo político, Theodor Herzl*. Los suicidios en masa prosiguen, o se reanudan más bien, en época contemporánea a raíz de la persecución emprendida por los nazis. Según datos aportados en su estudio por L. I. Dublin, 811 ciudadanos judíos de Berlín se dan muerte en 1942, y 350 lo hacen en Amsterdam el mismo año cuando los alemanes invaden Holanda. La citada pensadora alemana resume en un artículo de la época: "Actualmente, los suicidios se dan no sólo entre gente víctima del pánico en Berlín y Viena, en Bucarest o en París, sino también en Nueva York y Los Ángeles, en Buenos Aires y Montevideo". Testimonios de primera mano sobre esta práctica generalizada nos proporciona en sus *Diarios* Victor Klemperer*, quien cuenta que no siempre los suicidios son voluntarios. La Gestapo pasa por las casas incitando a los judíos a darse muerte: "Ahorcaos, abrid la espita del gas"; "*«¿Por qué no os ahorcáis?»*; "Y le enseñaron cómo se hace un nudo corredizo". "Los suicidios son ya norma fija al día siguiente de un registro domiciliario", resume Klemperer. Eso es precisamente lo que buscan las autoridades: "Lo que pretenden es desmoralizarnos, inducir al suicidio al mayor número posible". Entre los muchos, anónimos o ilustres, que se dan muerte, está el doctor Haustein, cuyo retrato de 1928 por Christian Schad se conserva en el museo Thyssen-Bornemisza de Madrid. Antes de que este dermatólogo ilustre se envenenara con cianuro* para que no le detuviera la Gestapo, lo hizo su mujer. También dentro de los campos de concentración y exterminio se producen muertes voluntarias en grupo, cuando internados toma-

dos de la mano se abalanzan contra las alambradas electrificadas o se dejan ametrallar por los guardianes. Raul Hilberg, en una entrevista concedida a *Le Monde* en 1994, precisa que "durante los dos años de deportación, de 1941 a 1943, el índice de suicidios en la comunidad judía llegó a alcanzar la proporción de 1.500 por 100.000".

Estrictamente contemporáneos de estas oleadas de suicidios en zonas ocupadas por los nazis son los que se producen en la Unión Soviética de Stalin desde las primeras campañas antijudías de 1941 contra los promotores del Comité Antifascista Judío (EAK). Para protestar por la culpable indiferencia de los aliados ante el levantamiento del gueto de Varsovia en 1943, Szmul Zygielbojm, uno de los dos miembros judíos del Consejo Nacional del gobierno polaco en el exilio, se suicida en Londres.

"Si hay una tradición en la historia judía, es la del suicidio colectivo*", resume en 1967 el ensayista, lingüista e historiador judío francés Maxime Rodinson. También parece haber, según Gustavo D. Perednik*, una estrecha relación entre judaísmo y teorización del suicidio, lo que no es difícil de admitir a la vista de los principales estudiosos del tema, tanto en sociología como en psicología, como son Durkheim*, Mauss*, Halbwachs*, Freud* o Frankl*.

Actualmente, en el Estado de Israel, la tasa de suicidios es una de las más bajas del mundo, con 5,4 por 100.000. Junto a ello, el suicidio representa la primera causa de muerte en su ejército*, donde alcanza la cifra de 43 casos en 2003, lo que significa un incremento del 30% respecto al año anterior. El índice es sorprendente si se tiene en cuenta que es un país que está prácticamente en guerra desde su fundación y que, como muestran todos los estudios, el suicidio disminuye en tiempo de guerra.

Jueves negro. Nombre con el que se conoce la fecha del 24 de octubre de 1929, día en que se produce el *crash* o desplome de la Bolsa neoyorquina de Wall Street. Sin ser la mayor crisis de la historia bursátil, sí es, sin comparación, la que más pánico engendra inmediatamente en olas concéntricas sucesivas, y también la que provoca a la larga consecuencias más duraderas y de mayor alcance en lo económico, lo social y lo político. Tras un período de prosperidad, debido en gran parte a los beneficios que la Primera Guerra Mundial reporta a Estados Unidos, el exceso de producción industrial, así como una especulación desenfrenada provocan la caída de los valores en muy pocas horas. En el imaginario colectivo, este derrumbe queda para siempre asociado a las imágenes de financieros arruinados arrojándose desde las ventanas de los rascacielos. Entre los testigos de esta epidemia* de suicidios, se encuentra el "poeta en Nueva York", García Lorca*.

Si el más espectacular de los efectos es esta oleada de saltos al vacío* que se produce en el corazón de la *City*, con la subida del paro y la ruina subsiguientes, el índice de suicidios aumenta ostensiblemente en todo el país y más aún entre las clases populares. De hecho, esas imágenes apocalípticas de millonarios despanzurrados sobre el asfalto tienen no poco de fantasía, y a su creación contribuyen periodistas sensacionalistas de la época, en especial británicos, e incluso humoristas.

Uno de éstos, Will Rogers, relata con evidente exageración: "Cuando aquello ocurrió había que hacer cola para conseguir una ventana de hotel por donde arrojarse". Varios historiadores estadounidenses han restablecido los hechos en sus debidas proporciones. John K. Galbraith, en su estudio *El crash del 29* (*The Great Crash, 1929*, 1954) se basa en las estadísticas de la época para demostrar que hubo mayor número de suicidios en verano de aquel año que después de octubre. Por su parte, William K. Klingman, autor del libro *The Year of the Great Crash, 1929*, socava la leyenda de las aceras cubiertas de cadáveres al poner en cabeza de los métodos* más utilizados el suicidio por gas* y, en segundo lugar, el disparo en la cabeza. Según este historiador, muchos de los suicidios se produjeron más tarde, como el del gran especulador bursátil Jesse Livermore, que puso fin a su vida en 1940.

Justicia. Digamos, de entrada, que las leyes son hijas de la clase dominante que las dicta y que, en este terreno como en cualquier otro, son el reflejo de sus intereses y puntos de vista. El clasismo* inherente a la valoración de la muerte voluntaria es una constante histórica (véase Condena*).

En la Grecia antigua, el suicidio estaba prohibido, dado que el ciudadano se consideraba como una parte de la *polis*, y por ello se castigaba, incluso póstumamente, con la amputación de la mano que lo había intentado o consumado. En caso de muerte, se enterraba la mano en lugar apartado de donde yacía el cuerpo, que tampoco era objeto de las habituales ceremonias fúnebres. Desde época homérica, el suicidio priva de los honores debidos al héroe militar, y así el cuerpo de Áyax* no es incinerado ni conservado en una urna sino sólo enterrado. Si alguien quería atentar contra su vida, debía cursar una instancia ante los tribunales, los cuales, tras estudiar la solicitud, fallaban en uno u otro sentido. En caso de aceptación, era el juez quien precisaba mediante un decreto los medios que se debían utilizar, siendo el más frecuente la absorción de la cicuta*. Entre quienes obtienen esta licencia y emplean este medio se encuentran Sócrates* y Demóstenes*. En el diálogo platónico *Las leyes* queda claramente estipulada esta dependencia del ciudadano respecto del Estado, o más bien de la Ciudad, y en su libro 9°, capítulo XII, se precisa todo lo referente al suicidio, calificado de "castigo injusto [aplicado] a sí mismo por pereza o por una cobardía propia de la falta de hombría". Aristóteles trata el tema y manifiesta su más absoluta repulsa en su *Ética a Nicómaco*, libro 5º, 113, dedicado a la justicia.

En Roma, el primer código, las *Doce Tablas* (hacia 451 a. C.), no trata del asunto. No obstante, la prohibición debía de estar en vigor, ya que los pontífices negaban la sepultura al suicida. Tarquinio el Soberbio tuvo que combatir el suicidio, muy extendido en su época (véase Lucrecia*), pues, según parece, se procedía a una especie de ejecución pública del cadáver, que era empalado o crucificado para público ejemplo y purificación colectiva. El cuerpo quedaba abandonado e insepulto o era pasto de las fieras, y en todos los casos, según las creencias helenísticas, más adelante cristianas y en todo momento romanas, el espíritu vagaba sin hallar la paz o se veía degradado al nivel de las bestias. La legislación de la época imperial suaviza la mayor parte de estas

medidas, sobre todo tratándose de individuos de elevada extracción social o relevantes méritos, hasta el punto de sacralizar a ilustres suicidas como Bruto* o Séneca*. A la cicuta sucede en tal caso el desangramiento por corte de las venas. En cambio, las leyes no se modifican para las clases populares, donde el castigo se extiende a los testigos que no intervienen para impedir que se cometa el delito. El suicidio colectivo judío en Masada* parece obedecer en parte a un motivo de rebelión contra la legislación del ocupante. La civilización grecorromana prohíbe el suicidio para preservar la coherencia social y mantener el crecimiento demográfico, pero lo reserva como un privilegio para las clases superiores.

El cristianismo pone fin a estos privilegios prohibiéndolo taxativamente. Herederos de Aristóteles, san Pablo, primero, y luego san Agustín en su *Civitas Dei* y santo Tomás condenan al suicida por réprobo, le niegan cristiana sepultura y le abren las puertas del infierno (véase Condena*).

En la Edad Media occidental, el suicidio revestía una forma jurídica particular al ser considerado como un impedimento para la salvación del alma. Por tanto, lo cubría la infamia, que se extendía a todos los familiares de la víctima e incluso a la sociedad en su conjunto. Por ello, la sociedad velaba por que tal baldón no cayera sobre ella, esforzándose por impedir que los candidatos pusiesen por obra su designio. Esta coerción sobre los presuntos suicidas no sólo respondía a motivos de auxilio individual sino también a exigencias de orden público, y resultaba —como en el derecho islámico contemporáneo— particularmente eficaz, muy en especial entre las mujeres. Quien intentaba suicidarse y no lo conseguía se veía castigado a pena de cárcel, encadenado y recluido en estrechos calabozos. Los reincidentes eran sometidos al tormento disuasivo. Para evitar recaídas, no era raro que el suicida fallido pasara el resto de su vida en prisión, dado que lo importante era la protección de la colectividad a cualquier precio. Si la tortura acababa con la vida del pobre suicida, la sociedad no se sentía amenazada por la cólera divina, ya que, dada la culpabilidad de aquél, su muerte estaba legitimada como un acto de purificación colectiva.

En toda Europa, durante la Edad Moderna y hasta el siglo XIX, la justicia sigue condenando al suicida. Aún en el siglo XIX, en Inglaterra* se castigaba el intento con la horca. En la obra del sueco August Strindberg* *El Sueño*, estrenada en 1902, un abogado comenta: "Sólo la gente que se suicida está libre de multa. Pero a los que yerran el tiro, a ésos se les da una buena paliza en comisaría". También se siguen imponiendo castigos póstumos sobre las víctimas. Los ultrajes presentan ciertas variantes pero se coincide en la profanación del cadáver, que se suele arrastrar y enterrar en un cruce de caminos (véase Swinburne*). Junto a la inhumación en encrucijadas, práctica que se inicia en Inglaterra en el año 967, otras costumbres arraigadas, como la de clavar una estaca en el corazón o colocar una piedra muy pesada sobre la tumba, muestran la contaminación del suicidio por el tema vampírico. En Inglaterra se suprimen los castigos religiosos contra el cuerpo del suicida en 1823, y los seculares en 1870. La Ley de Inhumación que pone fin a los escarnios póstumos se aprueba en 1880, prohibiéndose éstos definitivamente por

nueva ley en 1882. La última ley británica que exime de toda culpa al suicida data de 1961. En la Francia del Antiguo Régimen, el suicidio, llamado aún *le meurtre de soi*, el asesinato de uno mismo, constituye un crimen de lesa majestad. Hasta bien entrado el siglo XX no se puede dar sepultura a los suicidas. La ley francesa de 1987 vuelve a introducir el suicidio dentro del Código Penal, dos años antes de que se celebre con gran pompa el bicentenario de una Revolución que lo había despenalizado. "Eterno retorno del espíritu del Antiguo Régimen", según el comentario de Claude Guillon*, quien recuerda que, junto al poder legislativo, el ejecutivo también se muestra en este país particularmente hostil. Prueba de ello, en 1997 el presidente Jacques Chirac retira por decreto la Legión de Honor a Alain Moreau, autor de un libro sobre el suicidio, al mismo tiempo que la mantiene para Maurice Papon, condenado por crímenes contra la humanidad. Tampoco se libran de la justicia los allegados en Francia, como lo muestra este despacho de prensa: "El jueves 27 de abril de 1999, el tribunal correccional de la ciudad de Vesoul impone un mes de cárcel a un hombre que, viendo ahorcarse a su compañera después de cuatro tentativas y otros tantos esfuerzos por impedírselo, ya no tenía fuerzas para volver a descolgarla".

En el actual Código Penal español, que data de 1995, sólo son sancionados la ayuda o la inducción al suicidio. Desde el punto de vista jurídico, se enfrentan tres interpretaciones de la ley que correponden a tres concepciones muy distintas. La primera, que reconoce el derecho a decidir sobre la vida o la muerte propias, se basa en el principio de que cualquier intromisión coactiva sobre este derecho básico sería inconstitucional, atentando contra el artículo 15 que reconoce el derecho a la vida. Una segunda considera que el suicidio no es un acto de libertad, y que tan dramática e inhumana decisión no puede emanar sino de un condicionamiento externo, y en este sentido se pronuncia el Tribunal Supremo español en una sentencia de 1982. La tercera, quizá la que más se inspira en la tradición aristotélico-tomista, antepone los intereses del Estado y de la colectividad a los del individuo y castiga a éste, o en su defecto a cualquier partícipe, por su deslealtad para con la sociedad. De la lectura de reconocidos penalistas actuales se desprende lo complejo y conflictivo que es este terreno, en el que interfieren la eutanasia*, la participación en el suicidio, la interrupción de un tratamiento médico, el homicidio a petición y la omisión de socorro al suicida, ámbitos todos ellos en plena evolución y sometidos a una fuerte presión de la opinión pública.

Los musulmanes, tan poco dados al suicidio, son quienes se llevan la palma de la condena, puesto que sus tribunales sentencian efectivamente a toda clase de penas a los desgraciados que, por fallar en su intento, no logran escapar a las garras de sus jueces. Entre las muchas noticias que llegan de tierras del islam*, escogemos ésta que las agencias transmiten en mayo de 1999 procedente del emirato árabe de Dubai: "Un tribunal acaba de condenar a seis meses de cárcel a dos obreros hindúes que se habían el uno abierto las venas y el otro apuñalado, conductas ambas prohibidas por la Sharya".

K

KAFKA, Franz (Praga, 1883-1924). Al exponer su precoz concepción de la literatura en una carta de 1904 a su amigo Oskar Pollak, reclama: "Lo que necesitamos son libros que nos duelan profundamente [...] como un suicidio". En 1912 escribe el cuento "La condena", en el que las frenéticas relaciones entre padre e hijo terminan con el suicidio del segundo, obligado a ahogarse en el río por la sentencia * paterna: "Yo te sentencio a morir ahogado". Sin dudarlo un instante, el hijo corre a cumplir su condena no sin antes decir: "Queridos padres, pese a todo, nunca os he dejado de amar". Son palabras que encuentran un eco doloroso en la *Carta al padre* que Franz dirige al suyo en 1919. Cuando, en 1913, envía una carta de ruptura a su prometida Felice Bauer, lo hace en estos términos: "De las cuatro personas que yo [...] siento propiamente como mis parientes de sangre, de Grillparzer, Kleist *, Dostoievski * y Flaubert *, sólo Dostoievski contrajo matrimonio, y quizá sólo Kleist encontrara la solución correcta al suicidarse". Gregor Samsa, el protagonista de *La Metamorfosis* (1915), al igual que el del cuento "Un artista del hambre" perecen por consunción al dejar de alimentarse. Del primero dice su hermana, dirigiéndose a sus padres: "Mirad qué delgado estaba. Verdad es que hacía ya tiempo que no probaba bocado". El segundo personaje, que "estaba fanáticamente enamorado del hambre", tiene, según la crítica, muchos rasgos de su autor, quien no sólo se calificaba a sí mismo de "manojo de huesos" sino que además era vegetariano y extremadamente frugal. Ambos personajes terminan barridos y recogidos como una inmundicia por la escoba o la pala. También el perro narrador del texto de 1922 "Investigaciones de un perro" se somete voluntariamente al ayuno, ya que, como dice, "el hambre es el principal instrumento de mis investigaciones", pero no llega a morir.

Kafka figura también aquí como uno de los practicantes, sólo en cierta medida, del suicidio literario por inmolación de los propios escritos. De su voluntad de que se quemaran todas sus obras, que su albacea Max Brod tuvo la buena idea de incumplir, se ríe, quién sabe si con razón, su padre, en la versión que de él da la escritora sudafricana Nadine Gordimer en su apó-

crifa *Carta de su padre*, en la que le hace decir: "Tú y tus instrucciones de que se quemara todo. ¡Ja!" Pero es cierto que las instrucciones no podían ser más claras: "Mi testamento será muy sencillo: te pido que lo quemes todo", declara a Max Brod en 1921. "Entre los textos póstumos de Franz Kafka —cuenta su amigo más tarde— no se encontró ningún testamento. *En su escritorio, entre otros muchos* papeles, había una hoja doblada, escrita con tinta y a mi nombre: 'Querido Max, mi última petición: Todo lo que se encuentre entre mis cosas [...] quiero que lo quemes sin leerlo". Pero Max Brod había llegado demasiado tarde, una parte de los manuscritos había sido ya destruida por su autor: "Por desgracia, Franz Kafka fue en parte su propio ejecutor testamentario. En su casa encontré diez grandes cuadernos en cuarto; sólo quedaban las cubiertas; el contenido había sido destruido. Además (según informaciones dignas de crédito), quemó unas cuantas libretas".

KAHLO, Frida (Coyoacán, 1907-México, 1954). Hija de un fotógrafo judío de origen húngaro y esposa del muralista Diego Rivera, con quien se casa dos veces; una en 1929 y otra, pocos meses después de haberse divorciado, en 1941. Desde los seis años, cuando enferma de poliomielitis, la pintora no tiene un respiro en sus desgracias. Da una idea de ello el número de intervenciones quirúrgicas que tiene que sufrir en su no muy larga vida: 30. Uno de los más graves destrozos que sufre su cuerpo es el accidente de 1925 en que, tras el choque del tranvía en que viajaba con otro vehículo, una barra la atraviesa de lado a lado a la altura de la pelvis. Condenada a pasar mucho tiempo en cama, pinta acostada y, gracias a una ingeniosa instalación hecha por su padre, cultiva sobre todo el autorretrato. Su última pintura, inacabada, y que prepara adrede para el momento de su suicidio, es un último autorretrato con el rostro de Stalin al lado, lo que sorprende cuando sabemos que su idolatrado líder dio la orden de asesinar a quien fue amigo de la pareja y amante de ella, León Trotski. Tras varias tentativas de suicidio, el 13 de junio de 1954 ingiere una dosis mortal de morfina*, ayudada sin duda por su marido.

KALCKREUTH, Wolf von (1887-Cannstadt, 1906). El 9 de octubre de 1906, con sólo 19 años, este aristócrata alemán, que ya ha escrito muchos versos y traducido a Baudelaire* y Verlaine, se dispara un tiro en la sien en su habitación de Cannstadt, junto a su cama. En el mensaje* de despedida que deja a sus padres confiesa no poder soportar este mundo y querer reunirse sin tardanza con sus mejores amigos, Platón, Dante* y Goethe*. El poeta Rainer María Rilke, que no llegó a conocerlo personalmente, le dedica un muy largo poema, "Réquiem para el poeta Wolf von Kalckreuth", en que, lamentando no haberle conocido y llorando su pérdida, le lanza el reproche de cometer un "error juvenil" y no saber aguardar a que le llegara "su propia muerte".

Kamikazes. Pilotos de avión japoneses que, durante la II Guerra Mundial, se lanzaban con sus aparatos cargados de bombas contra los objetivos enemigos. Sus acciones comienzan en 1944 y se mantienen, causando graves estragos en la flota norteamericana, hasta el último momento de la guerra del Pacífico. Se calcula que

más de 2.500 pilotos murieron así en Filipinas, Formosa u Okinawa. Otros *kamikazes* tripularon torpedos submarinos. Los alemanes, por su parte, aunque a mucha menor escala, también organizaron un cuerpo similar en abril de 1945. La Luftwaffe bautizó sus acciones con el nombre de "misión de sacrificio" o "misión total", y se calcula que se sacrificaron de este modo 35 pilotos con sus aparatos. Hoy se emplea el término para designar a los autores de atentados suicidas*.

KAMMERER, Paul (Viena, 1880-1926). Queriendo demostrar científica y experimentalmente la teoría del francés Jean-Marie Lamarck sobre la herencia de características adquiridas o lamarckismo, este biólogo austriaco trabaja durante muchos años sobre ejemplares de sapos parteros, obligándoles a aparearse debajo del agua, hasta que lo logra. Por fin se ha producido el milagro: los hijos heredan la protuberancia desarrollada por los padres. La comunidad científica se muestra de lo más escéptica pero la prensa internacional, con *The New York Times* a la cabeza, lanza las campanas al vuelo. Cuando en 1926 se descubre que todo ha sido un fraude, como lo revela un artículo de la revista *Nature*, el biólogo, que recorre el mundo pronunciando conferencias, se suicida.

KANAAN, Ghazi (Bhamra, 1942-Damasco, 2005). Los libaneses le llamaban "el virrey" por ejercer todos los poderes en Líbano, en nombre de Siria, entre 1982 y 2002. Desde octubre de 2004, el general sirio sólo es ministro del Interior de su país. Como jefe de Seguridad, fue el principal responsable de la feroz represión que se abatió sobre todos los oponentes a la presencia siria en Líbano. Acusado de estar implicado en el asesinato del ex primer ministro libanés Rafik Hariri, cometido el 14 de febrero de 2005, el 12 de octubre del mismo año se dispara un tiro en la sien a los 63 años de edad en su despacho de Damasco.

KANE, Sarah (Essex, 1971-Londres, 1999). Después de escribir cinco obras que sacuden la escena londinense en la década de 1990, se da muerte a los 28 años. La primera de sus obras, *Reventado* (*Blasted*), que escribe a comienzos de la década, al inicio de la guerra de Bosnia, se estrena en Londres en 1995 en medio de un fenomenal escándalo. La escena muestra a un hombre, Ian, que viola y amenaza con una pistola a su pareja, Cate. Sobre estas imágenes se encadena la violencia de la guerra. Todo ocurre en la misma habitación, al comienzo lujosa y luego en ruinas, en la que irrumpe un soldado que viola a Ian, le arranca los ojos a dentelladas y, para terminar, se mata. La última de sus obras, *4.48 Psychosis*, escrita muy poco antes de su muerte y estrenada póstumamente, gira toda ella en torno a la obsesión del suicidio. El título se refiere a la hora de la madrugada en que más suicidios se producen en Gran Bretaña*, hora en que los pacientes, pasados los efectos de los fármacos, recuperan su lucidez. Se trata de un duelo entre una paciente decidida a matarse y su psiquiatra, ansioso por salvarla. La protagonista, que indudablemente se confunde con la autora (al menos, retrospectivamente, para el público), termina pronunciando estas palabras: "No siento ningún deseo de morir, ningún suicida lo ha sentido nunca". La autora, por su parte, para que no haya duda

sobre sus intenciones, ingiere decenas de barbitúricos, se abre las venas y se ahorca.

KARCZEWSKA, Irma. 15 años tiene esta muchacha vienesa cuando el escritor y periodista Karl Kraus, que acaba de perder a su amante, la escandalosa actriz Annie Kalmar, víctima de una neumonía, se enamora de ella y le consigue el papel de Lulú en *La caja de Pandora* de Wedekind. Con ella tiene ocasión de poner en práctica sus teorías sobre la mujer y su exclusivo papel sexual en la sociedad, reduciéndola a la mera función de cortesana. Junto con el escritor bohemio Peter Altenberg* y el médico Fritz Wittels, Kraus mantiene en Viena un culto por la adolescente que nada tiene que envidiar al futuro Nabokov de *Lolita.* El doctor Wittels estudia el fenómeno y publica artículos sobre el caso singular de quien es, según él, niña en todo salvo en la precocidad para el vicio, tanto en el sexo como en el alcohol*. Tras pasar de mano en mano en orgías sin cuento, la hadita perversa (que inspira tal vez a Billy Wilder *Irma la dulce*) termina engordando y, olvidada de todos, suicidándose. Edward Timms edita en 1996 las memorias del doctor con el título *Freud and the Child Woman* (*Freud y la mujer niña,* Seix Barral, 1997).

Karénina, Ana. Véase Tolstói, Lev*.

KARIOTAKIS, Kostas (Trípoli, 1896-Agios Spyridon, 1928). Este poeta griego, funcionario ministerial, es destinado a la pequeña ciudad de provincias de Préveza, cuya atmósfera agobiante contribuye a acrecentar su desánimo. La decisión de poner fin a su vida parece obedecer, además, al descubrimiento de haberse contagiado de sífilis y al temor a que ésta le lleve, como a un amigo suyo, a la locura. El 20 de julio de 1928 se tira al mar con la intención de ahogarse pero, a pesar de intentarlo durante cerca de diez horas, no lo consigue y al final las olas lo devuelven a la playa. Tras dormir toda la noche, se levanta, se pone su mejor traje y se compra una pistola. Con ella en el bolsillo, se instala en la terraza del café El jardín celestial y allí, mientras se fuma un cigarro, redacta la nota que deja para que se encuentre sobre su cadáver: "Aconsejo a cuantos sepan nadar que no intenten jamás suicidarse tirándose al mar. Durante diez horas estuve peleando con las olas. Tragué una enormidad de agua y, sin saber cómo, siempre subía a la superficie. Seguramente alguna vez, cuando tenga oportunidad, escribiré las impresiones de un ahogado". Durante la tarde del 21 da un largo paseo por la playa, se sienta a la sombra de un eucalipto y se dispara un tiro en el corazón. Compartió amistad y melancolía, pero no amor, con la también poeta y suicida María Poliduri*.

Karta, Jan. Detective privado protagonista de la serie de cómics italianos firmados por el dibujante RodolfoTorti y el guionista Roberto Dal Prà. En el álbum titulado *Der Sturm* (1986), cuya acción discurre en Berlín en 1933, son muchos los suicidios que ocurren en sus páginas, como efectivamente se producían en la Alemania* de aquellos años. Lo más gracioso no es que el detective responda: "A veces...", a la pregunta que, empuñando una navaja barbera, le hace una rubia periodista: "¿Nunca ha intentado usted suicidarse?"; sino que, cuando la desconsolada madre de uno de los suicidas le pre-

gunta: "Pero, y usted, ¿por qué me hace tantas preguntas?", la contestación del detective parece querer hacer la competencia a este *Diccionario*: "Ya se lo he dicho, *Fräulein* [...], me gustaría escribir un libro sobre los jóvenes que se suicidan".

KAVAN, Anna, seudónimo de Helen Emily Woods (Cannes, 1901-Londres, 1968). Su padre se suicida cuando la novelista inglesa tiene sólo 13 años. Se casa muy joven, se separa al cabo de dos, comienza a escribir a los 20 años y consume mucha heroína*. Pronto adopta su nuevo nombre, tomado de un personaje de su novela *Let me Alone*, y con él firma la mayor parte de su producción. Junto a la muerte de su hijo y a varios matrimonios fracasados, hay en su vida varios intentos de suicidio, además de la adicción a la droga que la lleva a la muerte. En 1968 aparece su cadáver con una jeringuilla en la mano. Su obra, según Lawrence Durrell, enlaza con la de Virginia Woolf* y Djuna Barnes.

KAWABATA, Yasunari (Osaka, 1899-Zushi, 1972). Tras la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1968, el primero que recibe un escritor japonés, Occidente descubre en cierto modo la literatura japonesa contemporánea. Para muchos, su obra representa una literatura demasiado clásica, tradicional y convencional, lo que parece confirmar su discurso de recogida del premio en Estocolmo. Se ha llegado a insinuar que su conciencia de no merecerlo aceleró su decisión de poner fin a su vida, lo que hizo cuatro años después. Su muerte está relacionada, en todo caso, con sufrimientos de orden sentimental, que considera inconfesables e indignos de su edad. Un año antes de su muerte, comentando el suicidio de Yukio Mishima*, confía al poeta francés Jean Pérot que no siente la más mínima atracción por ese tipo de muerte voluntaria, queriendo expresar así, tal vez, la distancia que le separa de la ideología marcial de su joven compatriota. El también Premio Nobel de Literatura japonés Kenzaburo Oe resume diciendo que se trata de "un asunto personal"; y el crítico francés René de Ceccaty insinúa que, a su edad, debía de verse como uno de los personajes de su libro de relatos *La casa de las bellezas durmientes* (1961), condenados a contemplar, en total estado de frustración, a las bellas muchachas prohibidas. El 16 de abril de 1972 se deja morir abriendo la llave del gas en el apartamento que ha alquilado en Zushi Marine Mansion, frente a una playa frecuentada por surfistas, a 50 kilómetros al sur de Tokio y muy cerca de Kamakura, la antigua capital imperial donde reside habitualmente.

KEITH, Brian (Bayonne, 1921-Malibú, 1997). La fama de este actor cinematográfico estadounidense se debe sobre todo a las numerosas series televisivas en las que actúa, pero también interviene en más de 80 películas en la pantalla grande. Enfermo de cáncer y de enfisema pulmonar, se dispara un tiro y muere en su residencia de California.

KELLY, David (Rhondda, 1944-Oxfordshire, 2003). Este reputado microbiólogo y experto en armas biológicas se encuentra, de pronto y sin pretenderlo, en el centro de un enredo mediático y un violento enfrentamiento entre la BBC y el Gobierno británico. Es nombrado inspec-

tor de las distintas misiones enviadas a Irak por la ONU entre 1991 y 1999. Tras ser mencionado como fuente en una emisión en la que se acusaba a Tony Blair de exagerar la importancia de las armas de destrucción masiva del régimen de Sadam Husein, este honrado científico y tranquilo padre de familia comienza a sufrir tan fuertes presiones que se suicida a los 59 años.

KELLY, Petra (Günzburg, 1947-Bonn, 1992). Fundadora en 1979 del partido Los Verdes (*Die Grünen*) en Alemania. Tras estudiar en EE UU y Holanda regresa a su país, donde participa en los movimientos estudiantiles de las décadas de 1960 y 1970 contra la guerra del Vietnam, emprendiendo una infatigable lucha contra las armas nucleares, la instalación de misiles Pershing en Europa, el *apartheid* en Sudáfrica y otras causas pacifistas y ecologistas. Conoce y se enamora del general Gerd Bastian, quien abandona el jército alemán en protesta contra la OTAN y se convierte en activista verde. El 2 de octubre de 1992, sin que estén muy claros ni los motivos ni las circunstancias del suceso, una y otro ponen fin a sus vidas. Ambos cadáveres aparecen con un disparo en la cabeza formando en apariencia una pareja suicida*. Se supone que Bastian disparó primero sobre su compañera antes de darse muerte con la misma arma.

KEMP, Lindsay (South Shields, 1938). Cuando el joven cantante David Bowie ingresa en su compañía de mimo, teatro y danza, en la que permanece año y medio hasta fundar la suya propia, Feathers, el maestro se enamora locamente del alumno. Cuando lo descubre con una bailarina de su compañía, Hermione Farthingall, se abre las venas. Recuperado y sin duda reconciliado, dirige la escenografía de *Ziggy Stardust*, la gira de conciertos que Bowie realiza en 1972.

KENNEDY TOOLE, John (Nueva Orleáns, 1937-Biloxi, 1969). De regreso a su ciudad natal tras años juveniles de peregrinaje, escribe *A Confederacy of Dunces (La conjura de los necios*, Anagrama, 1985), novela que envía al editor Simon & Schuster, que la rechaza. Tal contratiempo le deja completamente abatido, se entrega al alcohol *, sufre fuertes depresiones y termina suicidándose a los 31 años. Lo hace dirigiéndose a un paraje solitario de los alrededores de Biloxi, en Luisiana, donde enchufa una manguera al tubo de escape de su coche para asfixiarse inhalando el monóxido de carbono*. *La conjura de los necios* se publica póstumamente en 1980, gana el premio Pulitzer y se convierte inmediatamente en un *best seller* mundial.

KIERKEGAARD, Søren (Copenhague, 1813-1855). Marcado a un tiempo por la figura de un padre puritano y por la ruptura del noviazgo con su prometida de 17 años, el filósofo danés inicia una reflexión que le permita resolver sus problemas y cambiar de existencia. Como existencialista cristiano, ve en la capacidad de desesperarse la superioridad del hombre sobre el resto de la naturaleza; y en su especial percepción de los motivos que llevan a la desesperación, la superioridad del cristiano sobre los demás hombres. La grandeza y la dicha de éste consisten en poder ser salvado de esta "enfermedad mortal", que es a la vez un pecado y la vía hacia la

salvación, puesto que el retorno a Dios debe emprenderse desde el fondo de la angustia. Pero él no tiene tanta suerte y, desesperado, se suicida en su ciudad natal en octubre de 1855, a los 42 años. José Avello, en *Jugadores de billar* (Alfaguara, 2001), propone la siguiente explicación: "Kierkegaard se habría suicidado por amor. No por no ser correspondido, sino por serlo, ahí se albergaba su grandeza. Se habría suicidado para proteger de sí misma a la mujer que amaba, porque amarle a él sólo podía ser fruto del error, o del engaño, un desequilibrio, una monstruosidad, y él no podía permitir semejante perversión precisamente en la mujer a quien amaba por encima de todo, incluso por encima de sí mismo. Y se mató para evitarlo. Ella era la belleza y la inocencia, él la deformidad, jamás podría retribuir ni compensar ese desequilibrio. Salvo que ella, al amarle, se convirtiera en un ser tan monstruoso como él. No podía permitirlo, por eso se suicidó. Kierkegaard era un hombre con joroba".

KIRCHNER, Ernst Ludwig (Aschaffenburg, 1880-Frauenkirch-Wildboden, 1938). Víctima de una grave depresión nerviosa durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, el pintor y grabador expresionista alemán es repatriado del frente en 1915 y se retira desde entonces a la soledad de las montañas de Davos. Su estado depresivo, al que contribuye esa misma soledad, se agrava por un comienzo de parálisis en las manos y acaba de deteriorarse cuando las autoridades nazis, que lo consideran un perfecto representante del "arte degenerado" de los vanguardistas, confiscan un elevado número de sus obras. Todo ello le lleva a quitarse la vida en 1938.

KIS, Danilo (Subotica, 1935-París, 1989). De padre judío húngaro y madre ortodoxa montenegrina, sus familiares fueron deportados a Auschwitz. De su libro *Una tumba para Boris Davidovich* (1976) dice Hermann Tertsch: "Es una obra, una idea que Kis gestó para que se utilizara en su contra. Era uno de sus muchos retos contra todo lo que atentaba contra su humanidad, la pura rebelión contra la mediocridad y la miseria moral". Obligado a exiliarse en 1979, frecuenta en París a otros expatriados, como su amigo el escritor croata Predrag Matvejevic*, y en París se suicida diez años más tarde. *En El reloj de arena* (1972), catecismo interminable en la línea de Joyce, Cela o Pérec, a la pregunta: "¿A qué conocidos comunes recordaron?", la respuesta pasa revista a los más variados métodos* de suicidio así como un florilegio de causas*: "Al señor Richard Engel, comerciante, que padecía claustrofobia y se tiró en 1938 bajo las ruedas de un tren... al señor Adrian Fechér, alias Fedya, que se había colgado dos años antes por causa de una jaqueca insoportable... al señor Béla Sternberg, inspector del ferrocarril, que en diciembre de 1941 se tiró bajo un tren de mercancías a la entrada de un túnel, explicando en su carta de despedida que se había decidido a dar este paso en vista del 'caos generalizado'... al señor Scheinberger, alias Sanyi, que en un ataque de locura se pegó un tiro en la boca con su escopeta de caza... al señor Aladár Sichermann, escribano, que se tiró a un pozo en el momento en que vinieron a buscarlo para llevarlo a su boda... al señor Zarko Blagotic, médico, que se tiró por la ventana de la cárcel preventiva... al señor Márton Böszörményi, que se pegó un tiro en la cabeza con un

revólver... al señor Adam Mándi, oficial, que se rajó el estómago con su sable, pretendiendo hacerse el haraquiri, cosa que no consiguió puesto que murió de infección... a la señorita Mariska Kenyeres, *prostituta, nacida en Pecs, que en 1922 se* envenenó con sosa cáustica, dos días después de casarse con un rico..." Y eso no es todo ya que, después de que el protagonista se vea desdoblado en el yo posterior a la muerte y sentir él también la tentación de ahorcarse, los suicidios siguen desgranándose al ritmo monótono de la arena en el reloj.

KLEIST, Heinrich von (Fráncfort del Oder, 1777-Wannsee, 1811). Convencido de haber fracasado en todo, y particularmente dolido por la mala acogida que Goethe* dispensa a su gran drama romántico *Pentesilea*, decide morir con sólo 34 años. Para G. A. Goldschmidt, "el divorcio entre su conciencia íntima y la realidad exterior es radical". Esta realidad exterior reviste las formas de burla por su tartamudeo, de desprecio por su obra, de prohibición por la censura del diario que ha fundado y dirige, el *Berliner Abendblätter*, cerrado seis meses antes de su muerte. Con anterioridad, ha cultivado ya la versión literaria del suicidio que consiste en arrojar al fuego* sus manuscritos. En 1803, en París, destruye las páginas de su *Robert Guiskard*. Su conducta en París debía de parecer tan suicida a sus allegados que, como cuenta Stefan Zweig* en su estudio *La lucha contra el demonio*, cuando "Pfuel no lo encuentra una noche en su casa, mientras vivía en París, sólo se le ocurre ir a buscar su cadáver entre los suicidas". Asimismo, ha intentado morir en el campo de batalla* enrolándose *sin éxito* en el ejército de Napoleón, aunque más adelante se convierte en el más virulento enemigo de los franceses. Antes de compartir la muerte con Henriette Vogel, propone un pacto suicida* a su prima Marie von Kleist, que lo rechaza; e igualmente a su amigo von Pfuel, cuyo "hermoso cuerpo" admira "verdaderamente con los sentimientos de una jovencita", quien tampoco acepta. Según su biógrafo Joachim Maass, su primer pacto suicida data de una época mucho más temprana, cuando firma en su infancia un pacto con un primo contemporáneo suyo.

El azar y la común pasión por la música le lleva a conocer a una mujer de su edad, casada, madre de una niña de diez años y enferma de un cáncer de útero incurable, de quien se enamora locamente al tiempo que ve en ella la mejor compañera de suicidio. Ella, que no se siente dispuesta a vivir una larga agonía y está también apasionadamente enamorada de él, acepta gustosa la propuesta. Su muerte al alimón reúne las condiciones de la perfecta pareja* suicida, aunque es él quien, antes de dispararse un tiro de pistola en la boca, dispara al corazón de su amada. El 21 de noviembre de 1811, después de haber escrito uno y otra una serie de cartas que testimonian su exaltación ante la proximidad de la muerte, se despiden de este mundo con una fiesta en la que no falta ningún detalle. Alquilan una habitación en una fonda a orillas del lago Wannsee, cerca de Potsdam, y con la ayuda de los posaderos organizan una cena al aire libre disponiendo los manteles sobre la yerba, bebiendo vino y danzando y brincando de alegría por el prado, como testifican más tarde los incrédulos fondistas. Sus cuerpos no se descubren hasta la tarde del

día siguiente: el de Henriette con los ojos abiertos, el de Heinrich con el cañón del arma aún dentro de la boca. Según su biógrafo Joël Schmidt, el poeta muere virgen. La heroína de su tragedia *Pentesilea* (1808), la furiosa reina de las amazonas, no llega a suicidarse porque su desesperación por haber destrozado a dentelladas el cuerpo de su amado a la par que aborrecido Aquiles, la mata antes de tener tiempo de intentarlo; pero al caer inánime sobre el cuerpo del amado forma, como Isolda sobre Tristán*, otra pareja trágica y fúnebre.

KLEMPERER, Victor (Landsberg an der Warthe, 1881-Dresde, 1960). Más que por su labor de filólogo romanista, es conocido del público por ser autor de valiosísimos diarios (*Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1945*, Galaxia Gutenberg, 2003). Estas frondosas páginas encierran a la vez un estudio sobre el nazismo y sus métodos y las reflexiones más interesantes sobre el comportamiento humano en circunstancias límite. El suicidio, que considera una prueba de valor ("¿De dónde saca la gente el valor para suicidarse? [...] Habría que reunir la dosis de valentía para suicidarse"), ocupa un lugar importante en ellas, dado el elevado índice de muertes voluntarias que se produjo entre los ciudadanos judíos* sometidos a la persecución más obsesiva y sistemática. La epidemia* comienza a cobrarse víctimas desde los primeros meses tras la toma de poder de Hitler*, ya que el primero que registra dentro de su círculo data del 25 de marzo de 1934, mediante veronal*; y desde entonces se suceden a ritmo creciente por toda clase de métodos*, individualmente, en pareja* o en familia. Y la epidemia no sólo afecta a los judíos pues, incluso antes de que estalle la guerra, hay dirigentes nazis que lo hacen pegándose un tiro, forzados a ello por acusaciones de malversación. Cuando el círculo se estrecha y todos los que pueden huyen, él se blinda con talante numantino: "Pero no me marcharé [...], nosotros nos atrincheraremos aquí y aquí moriremos". Mas llega un momento de tal ansiedad que también él piensa en quitarse la vida (en octubre de 1938) o desea que lleguen cuanto antes la guerra, los pogromos y con ellos la muerte. Las mismas ideas, con una descripción detallada de cómo ahorcarse en una celda, sin cinturón, corbata o tirantes, se hallan registradas en su relato del encarcelamiento de ocho días padecido en junio de 1941: "En un sitio así no sería difícil reunir la energía necesaria para la decisión final".

KLUGE, Günther von (Posen, 1882-Metz, 1944). Participa brillantemente en la Primera Guerra Mundial y en la Segunda dirige como mariscal de campo la ofensiva contra la Unión Soviética, que pone a las tropas hitlerianas a 40 kilómetros de Moscú. Vacilante en cuanto a oponerse o no a Hitler*, tras manifestar su oposición a proseguir la guerra, se envenena cerca de la ciudad francesa de Metz.

KOCSIS, Sándor (Budapest, 1929-Barcelona, 1979). Tiempos en que la delantera del F. C. Barcelona hablaba húngaro. Comienza su carrera en 1945 y llega a ser, con 11 tantos marcados, el máximo goleador del Campeonato Mundial de Fútbol celebrado en Suiza en 1954. Tras retirarse, trabaja como entrenador para clubs españoles de menor categoría, como el Hér-

cules o el Alicante. Se da muerte asediado por problemas económicos y la amputación de un pie.

KOESTLER, Arthur (Budapest, 1905-Londres, 1983). En 1931 se afilia al Partido Comunista alemán, con el que rompe en 1938 tras participar en la Guerra Civil española y residir algún tiempo en la URSS. De su experiencia española, donde está a punto de perder la vida, extrae materia para su libro *El testamento español* (1938), que obtiene un gran éxito; pero es su novela *El cero y el infinito* (1940) la que le proporciona una celebridad universal. El libro se inspira en su experiencia personal dentro del Partido y es el fruto de su profundo desencanto frente a los procesos de Moscú. Enfermo de leucemia, se suicida en compañía de su tercera mujer, Cynthia, y deja un mensaje póstumo en el que se lee: "Con la tímida esperanza de otra vida después de la muerte despersonalizada, fuera de los límites del espacio, el tiempo y la materia, fuera de los límites de nuestra comprensión".

KOSINSKY, Jerzy (Lodz, 1933-Nueva York, 1991). En 1957 emigra a Estados Unidos, donde sus recuerdos de infancia y juventud, pasadas en Polonia en condiciones infernales, pronto le valen fama de impostor. Paul Auster, que de joven fue su corrector de estilo, no es tan severo y se contenta con describirlo como un ser nervioso e inquietante, tremendamente inteligente, que jugaba a contar, siempre en la cuerda floja que separa verdad y mentira, insólitas anécdotas relacionadas con las ideas de disfraz y tomadura de pelo. En sus primeras novelas autobiográficas, *El pájaro pintado* (*The painted Bird*, 1965) y *Pasos* (*Steps*, 1968), Kosinsky describe su país natal bajo los efectos de una fiebre antisemita de la que él habría sido testigo, si no víctima. Norman G. Finkelstein en su estudio *La industria del Holocausto* (2000) da por sentado, en cambio, que todo lo allí descrito es pura invención y relata cómo la prensa estadounidense adujo pruebas de la falsedad de los pretendidos testimonios. Respecto a los episodios patológicos que el novelista imputa a la crueldad de los polacos, parecen ser fruto de su imaginación calenturienta y relacionarse con su adicción a los clubs sadomasoquistas. El descubrimiento de la impostura debe de haber intervenido en la decisión del escritor de poner fin a su vida.

KUROSAWA, Akira (Tokio, 1910-1998). El hermano mayor del cineasta japonés, Heigo, narrador de cine mudo, le descubre los grandes actores de aquella época. Abocado al paro tras la irrupción del cine sonoro, el joven bohemio de 28 años se quita la vida. También lo hacen durante la juventud del director, y recurriendo al haraquiri*, como lo recuerda Manuel Vidal Estévez en su libro *Akira Kurosawa* (Cátedra, 1992), varios maestros e intelectuales allegados a la familia. Según informó la prensa japonesa en su día, en 1971 el propio Kurosawa intentó darse muerte cortándose las venas de las muñecas y el cuello. La causa fue el fracaso comercial de su película *Dodes ka-den*, inspirada en los cuentos del novelista Shugoro Yamamoto, que se había suicidado en 1967.

L

LADD, Alan (Hot Springs, 1913-Palm Springs, 1964). Tras unos comienzos difíciles en los que ejerce toda clase de profesiones y destaca como deportista, llegando a campeón nacional de salto de trampolín, intenta abrirse camino en Hollywood. Lo logra al cabo de diez años en los que trabaja de extra o en papeles muy secundarios. A pesar de su pequeña estatura y su rostro entre angelical y feminoide, se impone como protagonista de numerosas películas policíacas, donde hace de duro pistolero y comparte protagonismo con la rubia fatal Veronica Lake. Después de una última película con Edward Dmytrick, *Los insaciables* (*The carpetbaggers*, 1964), se despide de este mundo con el clásico cóctel de alcohol y calmantes.

LAFARGUE, Paul (Santiago de Cuba, 1842- Draveil, 1911). Aunque militante de la Comuna y miembro fundador de la Primera Internacional, este yerno de Karl Marx es un ecléctico y un hedonista. De su temperamento más anarcoide que marxista da buena idea el título de su obra *El derecho a la pereza* (1880), que alcanza un éxito internacional sólo superado por el del *Manifiesto* de su suegro y Engels. Se suicida junto a su esposa Laura el 26 de noviembre de 1911. Ésta es la segunda hija de Marx* que se mata, tras Eleanor en 1898. De él y su esposa dice Louis Aragon: "Se lo habían prometido desde hacía muchos años. Habían compartido esta mutua garantía contra la decrepitud y la decadencia de la ancianidad. Se habían fijado la fecha del septuagésimo cumpleaños de Laura como término para sus vidas".

LAMARCHE-VADEL, Bernard (La Croixille, 1949-2000). Por su inagotable inquina contra la ley, la sociedad y su propio país, la obra de este escritor francés, en la que predominan los temas morbosos y macabros, se ha comparado con la de Thomas Bernhard. Su angustia creciente se alimenta, según propia confesión, de su nacimiento como fruto de una violación. Cuando no está ingresado en algún psiquiátrico, víctima de repetidas depresiones, vive encerrado entre obras de arte, como lo muestra su libro de 1979 *Cómo practicar el encierro* (*Comment jouer l'enfermement*), en el que expone fotogra-

fías de su propio encierro. En 1998 publica *El arte, el suicidio, la princesa y su agonía* (*L'art, le suicide, la princesse et son agonie*), pero su suicidio viene programado y está anunciado desde muchos años atrás. Por ejemplo, el narrador de *Su vida, su obra* (*Sa vie, son œuvre*, 1997) se suicida tras la muerte de su hija. El día 2 de mayo (alusión al cuadro de Goya, según Philippe Sollers), se dispara en la boca un tiro de escopeta.

Laodamía. Hija de Acasto y esposa de Protesilao, a quien ama apasionadamente. Cuando éste marcha a la guerra de Troya, hace labrar una estatua de su marido para consolarse de su ausencia. Protesilao muere ante la ciudad enemiga y la esposa amante suplica a los dioses que le concedan unas horas con él. Hermes se compadece, conmovido por tanto dolor pero también por el extraordinario heroísmo del esposo, y autoriza que el alma del difunto abandone el Hades y vaya a animar la estatua durante tres horas. Como no quiere volver a perderlo otra vez, Laodamía se apuñala y así las dos almas descienden juntas al infierno. La representación de su suicidio figura en la serie de pinturas reunidas no lejos de Nápoles que elogia Filóstrato *, junto a las de las muertes heroicas de Meneceo *, Evadne * y otras. En la décimotercera carta de las *Heroidas* de Ovidio *, Laodamía escribe a Protesilao.

LARRA, Mariano José de (Madrid, 1809-1837). En 1834 estrena sin gran éxito su drama en verso *Macías*. El desenlace de esta nueva versión, tras las de Lope o Bances Candamo, más acorde con la época romántica y el temperamento del autor, sufre un giro trágico y sangriento que culmina en pareja * difunta. El enamorado protagonista es asesinado en prisión y Elvira, su amante, recoge la espada asesina y se la clava. Desgraciado en su precoz matrimonio, desengañado por la acción política, pesimista incurable, el autor clama en sus últimos artículos: "¡Aquí yace la esperanza! ¡Siencio! ¡Silencio!" Sin embargo, no es la mala situación de su país lo que le lleva a la deseperación y la muerte, sino el desenlace de una melodramática y folletinesca historia de amor contrariado.

Pocas semanas antes de dispararse un pistoletazo ante el espejo, ejerciendo de crítico teatral, lo que también es este escritor costumbrista, comenta en *El Español* del 22 de enero de 1837 el estreno de *Los amantes de Teruel* de J. E. de Hartzenbusch, celebrado tres días antes. Cuando otros muchos críticos se mofan abiertamente de la inverosimilitud del trágico desenlace de la obra, él, Fígaro, amante desesperado, lo justifica y elogia: "Si oyese decir [el autor] que el final de su obra es *inverosímil, que el amor no mata a nadie*, puede responder que [...] el amor mata (aunque no mata a todo el mundo)". El 13 de febrero de ese mismo año, en su domicilio de Madrid, pone fin a su vida disparándose un tiro en la sien al enterarse de que su amante Dolores Armijo ha decidido romper definitivamente con él y volver con su marido. Su hija Adela, de seis años, descubre el cadáver al ir a darle las buenas noches. Por presiones del gobierno liberal, la Iglesia acepta que sea enterrado "en sagrado", a pesar de su condición de suicida, en el cementerio madrileño de Fuencarral. El arma está expuesta en el Museo Romántico de Madrid. En su

obra teatral *La detonación*, Antonio Buero Vallejo indaga en los momentos que precedieron al disparo.

Láudano. Preparación líquida a base de opio, nárcotico utilizado como analgésico o somnífero hasta el descubrimiento de los modernos barbitúricos. Crea fuerte adicción y resulta tóxico en fuertes dosis, por lo que es utilizado en asesinatos o suicidios. Ingiriendo este líquido se suicida la aristócrata venida a menos que protagoniza la serie de cuadros *Le mariage à la mode* del pintor inglés William Hogarth*. Edgar Allan Poe* intenta darse muerte con él pero no lo consigue. Antonin Artaud* lo utiliza primero como droga y más tarde como veneno con el que se quita la vida. Así también se da muerte, a los 33 años, la pálida y pelirroja esposa de Dante Gabriel Rossetti, la desgraciada Lizzie Siddal*, que había servido de modelo para la *Ofelia* de John Everett Millais.

LE BAS, Philippe-François-Joseph (Frévent, 1764-París, 1794). Otra víctima de la epidemia* de suicidios que se abate sobre la Francia revolucionaria cuando se desata la ola del Terror y la guillotina trabaja a destajo. Admirador del caudillo Robespierre*, comparte sus labores en la Asamblea con misiones militares, junto a Saint-Just, en el bajo Rin y en el frente norte. No abandona a su jefe ni en su desgracia y termina volándose la cabeza de un tiro de pistola en los salones del ayuntamiento de París.

LECONTE DE LISLE, Charles Marie René (Reunión, 1818-Voisins, 1894). Entre los Poemas bárbaros (*Poèmes barbares*, 1862) que reúne el adalid de los poetas parnasianos, el titulado "Le barde de Temrah" canta la muerte heroica de Murdoc'h, el último bardo irlandés. Ante el apóstol cristiano que se le acerca para convertirlo, el postrer vestigio del antiguo paganismo celta, cuya arpa calla, toma la espada que yace sobre sus rodillas y se la clava en el corazón. Desde el suelo, dice a su victorioso rival: "Amigo, di a tu Dios, que me reúno con los míos"). Páginas después, en "La mort de Sigurd", otra Brunilda*, distinta de la wagneriana aunque también burgundia, Brunhild, desbarata el velorio del héroe llorado por tres viudas, proclamando que ella fue la que más lo amó. Para corroborar lo dicho, se saca un facón de la manga y se lo clava diez veces en el abundoso pecho:

> Y en su generoso seno, clavándoselo diez veces,
> Atravesada sobre el franco, cae rígida, y expira.

El lector apreciará lo canónico del ritual, al caer sobre el cuerpo del amado formando una cruz con él, arquetipo perfecto, como ya es sabido, de la pareja* unida en la muerte. Este tema se repite, más o menos suicida, en otros poemas del libro como "Les Elfes", "Christine " o "Le jugement de Komor". En este último, el viejo y engañado Komor, tras decapitar a su infiel y joven esposa y arrojar su cadáver al océano, se lanza a las mismas aguas tras ella. Si aquí se da suicidio, no hay encuentro póstumo y eterno, ya que ella muere infiel y nada arrepentida.

LEDGER, Heath (Perth, 1979-Nueva York, 2008). Este actor, nominado al Oscar por su papel de *cowboy* homosexual en

la película *Brokeback Mountain*, de Ang Lee, pone fin a su carrera y su vida a los 28 años vaciando unos cuantos tubos de barbitúricos en su piso de Manhattan. Deja huérfanos a muchísimos admiradores y alguna película empezada a medio rodar, como la última de Terry Gilliam *The Imaginarium of Doctor Parnassus*. Tributaria del conocido tabú*, la familia del finado, cuyo cadáver desnudo aparece rodeado de tubos vacíos, se apresura a desmentir cualquier sospecha de suicidio y atribuye la muerte a "causa accidental".

LEIRIS, Michel (París, 1901-Saint-Hilaire, 1990). Por encima de todas sus actividades literarias es, ante todo, autobiógrafo. Iniciado en la literatura por Max Jacob y en el arte por André Masson, es surrealista* en su juventud y más tarde amigo y colaborador de Georges Bataille. En 1957, a la edad y en la misma fecha (14 de julio) en que el gran amigo de su padre Raymond Roussel* pone fin a su vida, el autor de *L'âge d'homme* (*Edad de hombre*, Laetoli, 2005) lleva a cabo un intento de suicidio con barbitúricos, del que sale con vida al cabo de dos días y medio de coma y con una cicatriz en la garganta por efecto de una traqueotomía. Todo ello y mucho más lo cuenta en su tomo autobiográfico *Fibrilles* (1966).

LEÓN, Fray Luis de (Belmonte, 1527-Madrigal de las Altas Torres, 1591). En su *Exposición del Libro de Job*, obra que el gran teólogo y poeta escribe en la década de 1570 y que quedó inconclusa, no editándose hasta el siglo XVIII, traduce y comenta este libro de la Biblia*. Muchos son los pasajes en que, dados los grandes padecimientos de su protagonista y haciéndose eco de sus más íntimos sentimientos, el fraile agustino invoca con nostalgia la muerte y justifica la desesperación. Así en el capítulo tercero, cuando dice: "Pues nascemos para morir y el paradero de la vida es la muerte, acortar de trabajos es allí llegar más temprano".

LÉRMONTOV, Mijaíl (Moscú, 1814-Piatigorsk, 1841). Heredero espiritual de su admirado Pushkin y, como él, poeta ciudadano en lucha contra el despotismo y la injusticia, muere asesinado por sus enemigos políticos en un simulacro de duelo. Su abuelo materno se suicida envenenándose en 1810. En su novela *El héroe de nuestro tiempo* (1840), su protagonista, Pechorin, amenaza con dejarse matar en el campo de batalla*: "He cometido una falta contra ti —dice a la muchacha que ha raptado— y debo castigarme. ¡Adiós! Me marcho. ¿A dónde? ¿Qué sé yo? No creo que tarde mucho en tropezar con una bala o un sablazo". En las últimas páginas afrontará con igual sangre fría un duelo amañado que parece premonición del sufrido por el autor, mientras otro personaje, el serbio Vulich, juega a la ruleta rusa.

LÉSKOV, Nikolái (Gorojovo, 1831-San Petersburgo, 1895). Su novela corta *Lady Macbeth de Mtsensk* (1866), que inspiró al compositor Dimitri Shostakóvich* su ópera homónima, relata la carrera criminal de una joven provinciana de fuerte carácter, capaz de estrangular a su marido, envenenar a su suegro y ahogar a un niño para poder vivir con su amante. Descubiertos sus crímenes y condenada junto a éste a la deportación, al verse traicionada por otra deportada camino de Siberia se

arroja a las aguas de un río helado arrastrando con ella a su rival.

LEVI, Primo (Turín, 1919-1987). Detenido en 1944 y deportado por judío* a los 25 años, se convierte en escritor urgido por la necesidad de dejar un testimonio de lo vivido. Apenas regresado a la libertad desde su encierro en Auschwitz, se pone a escribir "lo más llamativo, lo más grave, lo más importante" de su experiencia concentracionaria, que se convierte en su primer libro, *Si esto es un hombre* (*Se questo è un uomo*, 1947). El libro describe con la mayor objetividad y sencillez la vida en los campos de concentración sin un juicio de valor ni una palabra de condena: "Sólo así el testigo en un juicio cumple su función", aclara el autor.

Hablando de la tenacidad del hombre por guardar un átomo de esperanza aun en las circunstancias más infrahumanas, dice: "Es extraño, de alguna manera se tiene siempre la impresión de tener suerte, de que cualquier circunstancia, tal vez infinitesimal, nos sujeta junto al abismo de la desesperación y nos permite vivir". Paradójicamente, entre los motivos para no desesperar menciona la posibilidad de suicidarse: "Pues bien, aun entonces pensamos que, si queremos, en cualquier momento, siempre podemos llegarnos hasta la alambrada eléctrica y tocarla o arrojarnos bajo los trenes que maniobran, y entonces dejaría de llover". Ahí se ve que la muerte voluntaria es la última libertad que le queda al condenado, y que hay cosas mucho peores que la muerte. Por ejemplo, dejar de ser un hombre: "No estoy ya lo suficientemente vivo para poder suprimirme", añade páginas más adelante. Sobre la fragilidad del hombre advierte en *Los hundidos y los salvados* (*I sommersi e i salvati*, 1986): "Nadie puede saber cuánto tiempo ni a qué pruebas podrá resisitir su alma antes de doblegarse o romperse".

La suya, que resiste durante la cautividad, se doblega y se rompe en libertad bajo el peso del pasado. El 11 de abril de 1987, a los 68 años, se precipita por el hueco de la escalera de su casa de Turín. Para que no se considere su suicidio como un fracaso, Maurizio Catani señala con gran acierto: "El suicidio de Levi continúa imponiendo su vertiginosa interpelación. Pero, si bien su reflexión sobre la fragilidad del individuo, sobre las carencias y las ausencias, pueden llevarnos aparentemente a concluir que la opresión nazi acabó triunfando sobre Levi con el concurso del tiempo [...], el suicidio no anula el alcance de la reflexión del testigo".

LEY, Robert (Niederbreidenbach, 1890-Núremberg, 1945). Criminal de guerra nazi capturado en mayo de 1945 y juzgado por el tribunal aliado de Núremberg. Antes de que el proceso llegue a su fin, se suicida en su celda.

Liber sancti Jacobi. Libro que escribe, en honor del apóstol Santiago, en el siglo XII y en latín el clérigo francés del Poitou Aymeric Picaud. Por la devoción que el papa Calixto II tiene al santo, y por dar mayor prestigio a su guía de peregrinos, su autor lo atribuye al papa y de ahí que se conozca bajo el nombre de *Codex Calixtinus*. El capítulo 17 del Libro II relata "El milagro del suicida resucitado". Su título exacto, traducido del original latino, dice: "Del peregrino que por amor del apóstol se mató a instigación del diablo, y Santia-

go, con auxilio de la Santa Madre de Dios, lo volvió de la muerte a la vida". El protagonista del relato sale en peregrinación de un pueblo "cerca de la ciudad de Lyón". Durante su peregrinación, el diablo se le aparece una noche y, haciéndole creer que es el apóstol, le pide que se emascule, a lo que el peregrino se opone, argumentando explícitamente que eso sería un suicidio, lo que lleva aparejada la condena eterna. Que no sea "tonto", le dice el diablo: será mártir* e irá al cielo. Ante esta promesa, el pobre inocente "sacó un cuchillo y se amputó las partes viriles, y vuelta luego la mano, alzó el hierro y echándose contra su punta, se traspasó el vientre". Aún no ha terminado de desangrarse cuando Santiago interviene y lo resucita.

LICURGO (Esparta, ¿700-630?). Esparta le debe el código que obedece durante la época de su grandeza. Antes de retirarse de la escena pública, el legislador hizo jurar a los reyes, los gerontes y todos los espartanos que nada cambiarían en la Constitución hasta su regreso; para impedirlo definitivamente y obligarles a eterno cumplimiento, se deja morir voluntariamente de inanición*.

Límites del silencio, Los: Película norteamericana de Tom McLoughlin (*The Unsaid*, 2001), protagonizada por Andy García, cuya clave está en el suicidio de su hijo Kyle. Aunque la película discurra por cauces de *thriller* salpicado de asesinatos, el comportamiento del protagonista y de su esposa está marcado por este drama inicial.

LINDER, Max (Saint-Loubès, 1883- París, 1925). El prolífico actor cómico y guionista francés, estrella del cine mudo, cuyo nombre real es Gabriel Leuvielle y al que Chaplin considera su maestro, llena al menos dos décadas con sus innumerables cortometrajes para la casa Pathé. En 1925 se suicida en un hotel parisiense tras haber matado a su joven esposa de 19 años, con la que, según algunos, había firmado un pacto* suicida; según otros, tras una violenta discusión y un ataque de celos. Una tercera interpretación apunta a un ataque de neurastenia. Nada de ello es incompatible.

LINDSAY, Nicholas Vachel (Springfield, 1879-1931). Enamorado de la belleza y el carácter de los negros, el autor de *The Congo and other poems* (1914) recorre varios estados de Norteamérica predicando la religión de la belleza. El 5 de diciembre de 1931 se envenena ingiriendo un desinfectante doméstico.

LINGYU, Ruan (Shanghai, 1910-1935). Estrella del cine mudo realizado en la década de 1930 en Shanghai, la ciudad más occidentalizada y el Hollywood de Extremo Oriente. La actriz se convierte en símbolo de la mujer emancipada y moderna y es considerada como la Greta Garbo de su país, ganándose el apodo de *La Divina* tras el rodaje de la película homónima, de la que es protagonista y que dirige Wu Yong Gang. La modernidad que representa choca con las mentalidades más conservadoras de la población; por ello, a raíz de su segundo matrimonio, una campaña de difamación e insultos orquestada por la prensa popular la acorrala y deja sin defensa empujándola al suicidio. El 7 de marzo de 1935, a las 12 de la noche, la actriz, que sólo tiene 25 años, escribe: "Soy feliz, morir no me da miedo", y a conti-

nuación se da muerte ingiriendo un tazón de sopa en el que ha diluido una buena dosis de somníferos. En 1999, el cineasta de Hong Kong Stanley Kwan le rinde el más ferviente homenaje en su película *La actriz* (*Center Stage*, 1992), en la que Maggie Cheung encarna magistralmente a su remota colega.

LIRA, Miguel (Tlaxcala, 1905-1961). En 1961, habiendo sufrido toda su vida una angustia permanente que intenta combatir con el alcohol*, este escritor polifacético y prolífico se suicida abriéndose las venas. Unos versos suyos, más quejumbrosos que líricos, resumen su cotidiano penar: "Acarreo a diario / el pedazo de angustia [...]. Enmarcan mis días en agonía de asalariado / mi vida con alcohol decapitador".

LIRA, Rodrigo (Santiago de Chile, 1949-1981). Parece inapropiado calificarle de "poeta" ya que él siempre se definió sólo como "diestro manipulador de palabras". Quizá le cuadre más el término de "agitador poético" por las continuas acciones públicas y espectáculos que organizó, en las que recitaba, junto a sus versos, los de sus compatriotas Vicente Huidobro, Gonzalo Rojas o Enrique Lihn. Solitario, "angustiosamente soltero" y depresivo, escoge para matarse la hora y el día de su nacimiento: el 26 de diciembre a las 11 de la mañana, día de su 32 cumpleaños.

Literatura. Que la literatura vaya unida a la desgracia no sabemos si es condición ineludible, pero sí al menos arraigada convicción que viene de antiguo. En el siglo XVI, el humanista italiano Pierio Valeriano publica un tratado con el título indiscutible de *Sobre la infelicidad de los hombres de letras* (*De infelicitate litteratorum*), donde pasa revista a las muchas desgracias que aquejan a los literatos, entre ellas la más grave, el suicidio. Recordando el gran número de escritores suicidas que jalona la historia de la literatura universal, el también escritor Frédéric Beigbeder se pregunta si la literatura no será un deporte más peligroso que la Fórmula 1. En cuanto a la rama literaria de la poesía, aún parece más frágil que sus otras hermanas si, como botón de muestra, pasamos revista a los cerca de 70 poetas suicidas que reúne en gavilla Juanjo Jambrina sólo con los de los siglos XIX y XX. Claro es que muchos son los practicantes de este peligroso deporte que, como Danilo Kis*, opinan que "la literatura es, ante todo, la destrucción de uno mismo".

Llamada para el muerto. Película británica (*The Deadly Affair*, 1966) del director norteamericano Sidney Lumet, inspirada en la novela homónima de John Le Carré. Al inspector Dobbs (interpretado por James Mason) se le encomienda la misión de investigar el suicidio de un miembro del Foreign Office acusado de comunismo, lo que le lleva a descubrir una red de espías prosoviéticos dirigida por la viuda del alto funcionario muerto.

LLAMAZARES, Julio (Vegamián, 1955). Nacido en un pueblo hoy desaparecido, su obra poética y narrativa es el eco de un mundo rural condenado a desaparecer. Testigo de esa lenta agonía, el protagonista de *La lluvia amarilla* (1988), como un personaje de Rulfo, es el último superviviente de un pueblo abandonado por todos que prefiere hundirse con el barco.

Antes de morir picado por una víbora, el campesino asiste al suicidio de su mujer, que se cuelga de una viga, al desvarío de su razón y a la aparición de fantasmas, a la visión de su propia muerte y al descubrimiento de su cadáver "comido por el musgo". El ocaso irremediable de este modo de vida no despierta la vena elegíaca del autor, sino un tono de contención ensimismada que mueve a la compasión y el respeto.

LOISEAU, Bernard (Chamalières, 1951-Saulieu, 2003). Como su ilustre predecesor François Vatel*, pundonoroso cocinero del príncipe de Condé que se suicidó por razones gastronómicas y profesionales, este otro *chef* moderno acaba también con su vida por motivos relacionados con la cocina. El 24 de febrero de 2003, encerrado en su domicilio, se dispara un tiro de escopeta en la boca. Este patrón del restaurante La Côte d'Or de Saulieu, Borgoña, no soporta el doble y sucesivo ultraje de perder una de las tres estrellas que ostentaba en la guía *Michelín* desde 1991 ni de ser rebajado de 19/20 a 17/20 en la puntuación de *Gault & Millau*. Su muerte ilustra la presión que los críticos ejercen sobre estos artistas pero también, como en el caso de su amigo Paul Bocuse, las consecuencias que acarrea sobre la calidad de la cocina la transformación del cocinero en hombre de negocios. Su colega español Koldo Royo, que le dedica un homenaje póstumo, resume: "Sabemos que la tensión que sufren muchos cocineros no ayuda a tomarse las cosas con calma".

LONDON, Jack (San Francisco, 1876-Glen Allen, 1916). Hijo ilegítimo de un padre vagabundo que no tarda en abandonar a su mujer y su progenitura. Desde muy joven, el futuro escritor se convierte en un hombre de acción pero también en un gran bebedor, hasta el punto de escribir un libro, *John Barleycorn*, que él mismo califica de "memorias alcohólicas". Su hermana Eliza le dice un día: "Jack, eres el hombre más solo del mundo. Nunca has llegado a tener lo que ansía tu corazón". Como subraya su biógrafo Alex Kershaw (*Jack London. Vida de un soñador americano*), su vida es un perpetuo fracaso, o al menos ésa es la impresión que él tiene, amargado por una constante insatisfacción y un irremediable descontento. En más de una ocasión se plantea la solución del suicidio. En su cuento "La casa del orgullo", que da título a una colección publicada en 1909, la lección de filosofía de vida que da el doctor al puritano Percival Ford, se resume en estos términos: "Se nos paga para vivir, ¿sabes? Cuando los salarios son demasiado bajos dejamos el trabajo, lo cual es la causa de todo suicidio racional, créeme". A pesar del éxito algo tardío y una celebridad creciente, cumpliendo con lo prometido a su mujer Charmian ("Cuando me tenga que morir, le sonreiré a la muerte"), acaba con su vida en su rancho californiano mediante una sobredosis combinada de morfina* y atropina.

LONDONDERRY, Lord (Dublín, 1769-Loring Hall, 1822). Robert Stewart, marqués de Castlereagh, fue ministro de Asuntos Exteriores (1812-1822) en el gobierno británico de Harrowby y presidente de la Cámara de los Comunes, acérrimo adversario de Napoleón Bonaparte y una de la figuras más destacadas del Congre-

so de Viena. A punto de dirigirse al de Verona, el 22 de agosto de 1822 se corta la carótida con una navaja y muere al instante. Varias son, según los contemporáneos, las causas de su muerte: su impopularidad política, una creciente melancolía, y el temor al escándalo y a las previsibles consecuencias judiciales al descubrirse su homosexualidad*. Su muerte produce una gran conmoción. Chateaubriand*, embajador de Francia en Londres, se muestra escandalizado ante las reacciones de sus adversarios políticos durante el entierro. Lord Byron* lo califica de "Werther* de la política" en su *Don Juan*.

LÓPEZ MERINO, Francisco (La Plata, 1904-1928). Amigo de Borges, con quien colabora en alguna empresa y quien le dedica dos poemas muy sentidos, este poeta argentino autor de dos libros dedica a Poe* su poema "Ligeia". El 22 de mayo de 1928, encerrado en los aseos de un café de su ciudad natal, se dispara un tiro en la cabeza.

Lorelei. La leyenda de esta bella sirena, hada o maga del Rin que, desde lo alto de una roca en la que peina sus largos cabellos con un peine de oro, atrae a los navegantes para su perdición —y que se arroja a las aguas del río para librarse de esa maldición—, es invención relativamente reciente de Clemens Brentano, quien introduce la balada así titulada en su novela *Godwi* de 1801. Heine contribuye grandemente a su popularidad y a la constitución del mito al tratar el tema en el *Libro de los cantos* (1827).

LOWRY, Malcolm (Wallasey, 1909- Ripe, 1957). Este novelista británico es a la vez un modelo de temperamento autodestructor, de auténtico suicidia crónico*, y, paradójicamente, de enérgico luchador en defensa de sus manuscritos, siempre atacados por el fuego* o rechazados por los editores. Desde muy joven se entrega con el máximo ahínco al consumo de todo tipo de alcohol*, sobre cuyos efectos nos ha dejado algunos de los más elocuentes monumentos literarios: *Lunar Caustic* (1936) o *Bajo el volcán* (*Under the Volcano*, 1947). Sus relaciones matrimoniales, más aún que el uso de ciertas drogas, completan el arsenal de armas con las que atenta contra su propia integridad. La noche del 10 de enero de 1946, en Cuernavaca, México, durante el período de redacción de su larga carta-alegato en defensa de su novela *Bajo el volcán* (redacción iniciada el día 2 y abundantemente acompañada de libaciones), tras pelear con su mujer Margerie y completamente borracho de mezcal, toma el ukelele, empieza a canturrear y, casi sin darse cuenta, se pasa el filo de una navaja de afeitar por las venas de la muñeca izquierda. La tentativa no tiene mayores consecuencias y la redacción prosigue con la muñeca vendada.

LOYOLA, san Ignacio de (Azpeitia, 1491-Roma, 1556). Como a tantos penitentes, al santo fundador de la Compañía de Jesús, aquejado de escrúpulos pese a la confesión general hecha por escrito en Montserrat, le entraron también tentaciones de arrojarse al vacío. En su *Autobiografía*, texto recogido por el padre Luis Gonçalves da Camara entre 1553 y 1555, se lee: "Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero

grande que aquella su cámara tenía, y estaba junto del lugar donde hacía oración".

LUCA, Ghérasim (Bucarest, 1913-París, 1994). Al igual que otros escritores rumanos del siglo XX —Tzara, Cioran*, Ionesco, Eliade, Panait Istrati, etc.—, este poeta judío escoge el francés como lengua y Francia como lugar de residencia, mas no como patria, ya que siempre se consideró apátrida, "extraviado". De él dice Gilles Deleuze: "El mayor poeta francés es de origen rumano". El surrealismo que encuentra en París le va como un guante, y allí se hace amigo de los mejores pintores —Brauner, Arp, Ernst, Hérold, Lam, Matta—, todos los cuales ilustran sus textos. El 9 de febrero de 1994, a las 12 en punto de la noche, después de enviar un último mensaje* donde dice querer abandonar "un mundo en el que no hay lugar para los poetas", se arroja al Sena.

LUCANO, Marco Anneo (Córdoba, 39-Roma, 65). De su tío Séneca*, de quien es también discípulo y protegido, hereda el espíritu estoico*. Cuando Nerón* sube al poder el año 54 le llama, siguiendo las indicaciones de su maestro, para que se incorpore a su corte de poetas y artistas, en la que triunfa precozmente y donde obtiene toda clase de recompensas del emperador. Pero éste, celoso de su genio poético, lo acusa de participar, junto a su tío, en la conspiración de Pisón*; y como a Séneca, lo condena a cortarse las venas cuando sólo tiene 26 años. Al ejecutar su propia sentencia, el poeta recita, mientras se desangra en presencia de su esposa Pola Argentaria, los versos de un pasaje de la *Farsalia*, donde, con imágenes evocadoras de una muerte similar, describe el final de un soldado herido.

LUCENTINI, Franco (Roma, 1922-Turín, 2002). Desde que, en 1952, conoce en París al turinés Carlo Fruttero, nacido en 1926, forma con él un tándem inseparable de escritores que publican con la nueva firma doble, Fruttero & Lucentini, 17 novelas además de un sinnúmero de artículos periodísticos. La primera de sus novelas "a cuatro manos", *La donna della domenica*, data de 1972. En 2002 se quita la vida arrojándose por el hueco de las escaleras de su casa de Turín, lo que deja sin voz a su compañero, hasta que en 2006 logra romper este silencio con una primera novela en solitario, *Donne informate sui fatti*.

LUCHENI, Luigi (París, 1873-Ginebra, 1910). El asesino de Sisí es un anarquista italiano, obrero emigrado a Suiza, donde trabaja en la construcción en Lausana. El 10 de septiembre de 1898 se traslada a la vecina Ginebra y allí aguarda, en el muelle del lago Lemán, a que la emperatriz Elisabeth de Austria salga del hotel Beau-Rivage y se dirija al embarcadero. Antes de que suba a bordo, le hunde un estilete en el pecho y la mata. Durante el juicio confiesa no sentir particular animadversión ni por la persona ni por el país, sino querer derribar un símbolo de la opresión. Casi se disculpa ante el juez cuando éste le dice que la víctima había llevado una vida muy desdichada: "Yo creía que había matado a una persona que vivía en una felicidad insolente". Como en Suiza no hay pena de muerte, se le condena a cadena perpetua, y en la cárcel donde purga su pena se ahorca con un cinturón.

Lucia di Lammermoor. Ópera de Gaetano Donizetti (1797-1848) con libreto de Salvatore Cammarano, inspirada en la novela *La novia de Lammermoor* (*The Bride of Lammermoor*) de Walter Scott, y estrenada en Nápoles en 1835. Lucia ama a Edgardo, pero su familia quiere casarla con Henry, lo que también éste desea por razones financieras. Para lograr sus propósitos, Henry falsifica una carta de Edgardo, de la que se desprende su infidelidad. Al enterarse de ello, Lucia accede al casamiento pero pierde la razón, apuñala a su marido y muere. Cuando Edgardo oye que su amada ha muerto, se apuñala a su vez. El suicidio del protagonista masculino es la única infidelidad a su modelo novelesco, ya que en la obra del novelista escocés el desesperado amante perece hundiéndose con su caballo cuando galopa por arenas movedizas.

Lucrecia. Tito Livio cuenta el desgraciado fin de este personaje semilegendario de la primitiva historia de Roma. Su muerte está asociada a la leyenda de la abolición de la monarquía y la instauración de la república, y se ha convertido en modelo de virtud femenina y en recurrente tema artístico y literario.

Durante el asedio a la ciudad de Árdea por las tropas romanas, en el transcurso de una discusión habida entre los jefes sitiadores, Tarquinio Colatino insistió en que su mujer, Lucrecia, era la más virtuosa entre todas, lo que encendió el deseo de Sexto Tarquinio, hijo del rey Tarquinio el Soberbio. Hospedado aquél un día en casa de Colatino, y atropellando el fuero sagrado de la hospitalidad, penetró en la alcoba de la matrona, a la que amenazó de muerte si no accedía a sus deseos, lo que no consiguió conmover a la virtuosa anfitriona. Furioso el príncipe ante su resistencia, prometió que colocaría junto a su cadáver el de "un esclavo degollado y desnudo, para que se dijera que había sido muerta en degradante adulterio". Esta nueva amenaza consiguió doblegar a Lucrecia. Tras ser deshonrada, convocó inmediatamente a su padre y su marido, que acudieron acompañados del sobrino del rey, Lucio Junio Bruto. Tras contarles lo sucedido y exigir venganza bajo juramento, tomó un cuchillo y se lo clavó en el corazón. Antes pronunció las siguientes palabras: "Vosotros veréis cuál es su merecido; por mi parte, aunque me absuelvo de culpa, no me eximo de castigo; en adelante ninguna mujer deshonrada tomará a Lucrecia como ejemplo para seguir con vida". Su cadáver fue llevado al Foro para mostrarlo al pueblo, Bruto pronunció un discurso, el rey y su familia fueron expulsados de Roma y la monarquía fue abolida para siempre.

¿Quién osa profanar tan excelso modelo de virtud? Sólo un cristiano como san Agustín, quien, en su radical condena* del suicidio, la calumnia acusándola de adulterio o, al menos, de consentimiento; con lo que su muerte, motivada por la culpa, se acerca más como castigo a la de Judas* que a la de una mártir* cristiana. En cambio, la *Gesta Romanorum*, que tiende a cristianizar toda la Antigüedad clásica (véase Píramo y Tisbe*), la compara en su sacrificio a Jesucristo*. Entre los profanadores de su memoria se encuentra nada menos que Lope de Vega, que la deja bien mal parada en uno de los sonetos de sus *Rimas de Burguillos* (1634):

No estaba pobre la feroz Lucrecia,

que, a darle don Tarquino dos mil reales,
ella fuera más blanda y menos necia.

Según afirma el profesor Felipe Pedraza, "de este soneto había escrito el propio Lope una versión, que circula en manuscritos desde 1600 aproximadamente, en que se observa un lenguaje más bronco (hubo que adecentarlo para le edición): 'ella fuera más puta y menos necia".

Esta segunda violación a la que la someten con más o menos humor los autores cristianos debe de estar relacionada con la fascinación que ejerce el tema entre tantísimos artistas plásticos del Renacimiento y el Barroco y que obedece, sin duda, a un evidente placer sádico por parte de los pintores. La penetración de un hierro en las bellas carnes desnudas de la dama tiene evidente significación simbólica. Sobre el carácter erótico del tema, véase la refinadísima versión de Shakespeare* en su poema "La violación de Lucrecia" (1594). Como muy bien dice Ron M. Brown, "se evidencia la fascinación de los artistas masculinos por las muertes de hermosas mujeres". Rojas Zorrilla y Moreto tratan al personaje en el teatro español del Siglo de Oro. La fascinación sádico-erótica perdura aún en el siglo XVIII, como testimonian los versos de Nicolás Fernández de Moratín en 1763: "Pues desnudando su pecho de alabastro, / clavó en él con gran furor la aguda punta". Sobre su carácter heroico y ejemplar, es interesante observar que, entre los luteranos, sirvió de estandarte de rebelión contra la tiranía, y que incluso su gesta se equipara a la de la heroína bíblica Judit, como muy bien muestra un díptico de Lucas Cranach que las representa una junto a otra.

LUCRECIO, Tito (¿98-55?). San Jerónimo, padre de la Iglesia, despacha en cuatro líneas no demasiado elogiosas a este admirado filósofo y poeta epicúreo: "Presa de la locura por un filtro de amor, después de haber escrito algunos libros en sus intervalos de lucidez, libros que corrigió Cicerón, se mató por su propia mano a la edad de 43 años". En realidad, su libro *La naturaleza* (*De rerum natura*), obra maestra de la poesía científica, va encaminado a guiar al hombre hacia su felicidad, mostrándole cómo triunfar de tristezas y congojas, y es una decidida afirmación de la vida y un ferviente canto al universo en su materialidad sensual. No se entiende muy bien cómo, dispensando tan alegres enseñanzas, se mató.

Ludopatía. De modo justificado o no, el juego siempre ha estado asociado a la imagen del jugador arruinado que abandona la sala del casino y corre a arrojarse al agua o dispararse un tiro. La literatura, el cine y hasta los chistes gráficos, con sus ludópatas desnudos porque han perdido hasta la camisa, han contribuido a mantener este estereotipo. En contra de esta imagen convencional, Ricardo Piglia* cuenta en su libro *Formas breves* (Anagrama, 2000) que Chéjov*, en uno de sus cuadernos de notas, registra la siguiente y paradójica anécdota: "Un hombre, en Montecarlo, va al casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida".

Según datos de una encuesta realizada en México, el 20% de los jugadores patológicos ha intentado suicidarse por lo menos una vez. La incidencia del juego en la conducta suicida no viene motivada sólo por razones económicas, aunque sí en gran medida, sino también por otras mu-

chas consecuencias de la ludopatía sobre la vida personal, familiar y social.

LUGONES, Leopoldo (Villa de María, 1879-San Fernando, 1938). Antes de poner fin a su vida, este poeta modernista tardío lleva a cabo el suicidio ritual de tantos escritores: quema sus libros. Escoge un lugar mágico para matarse, el paraje llamado El tropezón en el Tigre, en el delta del Paraná, y allí el 18 de febrero de 1938, a los 64 años de edad, se toma una fuerte dosis de cianuro* diluida en un gran vaso de whisky. El lugar es atractivo para suicidas, ya que, cuatro años más tarde, Roberto Arlt* deja escrito en su testamento que sus cenizas se esparzan sobre ese mismo río y desde ese mismo punto. Con su muerte Lugones inaugura una dinastía de suicidas. Su hijo Polo, policía torturador durante la dictadura de Videla, pone fin a su vida harto de los crímenes cometidos. Su bisnieto Alejandro, cuya madre, Susana *Pirí* Lugones, montonera e hija del torturador, es asesinada durante la misma dictadura en 1978, acude a la cita con su bisabuelo y se quita la vida en el mismo lugar y en la fecha conmemorativa de su muerte. Toda esta saga la cuenta el escritor argentino Jorge Lanata en el capítulo "Los Lugones. Historia de la lluvia de fuego" de su libro *Argentinos* (2002).

LUIS II de Baviera (Nymphenburg, 1845-Berg, 1886). En 1863 sucede en el trono al rey Maximiliano II. Con graves antecedentes de locura en la familia, pronto manifiesta toda clase de trastornos. Misántropo, megalómano, soñador y absolutamente incapaz de interesarse por otra cosa que el arte, dedica todo su tiempo, energía y dinero a financiar las ambiciosas empresas de su ídolo Richard Wagner y construir castillos de cuentos de hadas en los que vive encerrado, rodeado de bellos jovencitos. Destronado por un consejo de familia y refugiado en su castillo de Berg, se ahoga en el lago de Starnberg el 13 de junio de 1886.

LUNAR, Lorenzo (Santa Clara, 1958). Negros son, muy negros, los relatos de este escritor cubano, ganador en 2005 del premio de la Semana Negra de Gijón con su novela *El lodo y la muerte*. Si aquí está presente el suicidio, en la anterior, *Polvo en el viento*, la autodestrucción es la obsesión y la práctica cotidiana de todo un grupo de marginados, una "cooperativa de sexo, droga y alcohol". Todos los personajes lo intentan cuando "juegan a la muerte": "Jugar a la muerte es algo muy serio. Jugar a la muerte consiste en morirse". Los medios utilizados constituyen uno de los catálogos más completos de métodos* suicidas: abrirse las venas, dejar de comer, inocularse el sida, arrojarse al paso de un tren o desde lo alto de unas rocas, o también provocar a otros para que los maten.

Lupin, Arsène. Uno de los rasgos característicos de este personaje galante, deportivo y altruista, protagonista de la innumerable serie de trepidantes aventuras escritas por el novelista francés Maurice Leblanc (1864-1941), quien lo caracterizó como *gentleman-cambrioleur* (algo así como "ladrón de guante blanco"), es lo incruento de sus fechorías. Siempre se niega a derramar sangre y, aún más, a cometer el menor crimen. Así, cuando en 1911, Allain y Souvestre lanzan, también en Francia, a Fantomas, otro personaje po-

pular en competencia con el simpático y distinguido carterista, el recién venido será, por contraste con su competidor, sanguinario y cruel, capaz de torturar y asesinar. A pesar de ello, como lo recuerda en un estudio Nadia Dhoukar, Lupin es el responsable del suicidio de Daubrecq en *Le bouchon de cristal*, lo que el público está dispuesto a perdonarle por la maldad de este personaje. No así, en cambio, en el caso de Pierre Leduc, víctima inocente de la novela *813*, cuyo suicidio parece la consecuencia de la crueldad mental de su jefe, el propio Lupin, y que ocurre cuando el desgraciado descubre el cadáver de su amada. En este caso, el mismo Lupin se siente culpable hasta el punto de protagonizar una especie de suicidio, cuando en la segunda parte de *813* (publicada en primer lugar por separado bajo el título de *Los tres crímenes de Arsenio Lupin*), se arroja al vacío desde lo alto de un acantilado, sin fatales consecuencias ni para él ni para sus lectores. También resulta culpable de otro suicidio, el de Nicolas Dugrival en *Las confidencias de Arsenio Lupin*, pero aquí el héroe no da muestras de arrepentimiento alguno e incluso se burla de la víctima, la cual, al darse cuenta de que le han robado toda su fortuna en el hipódromo, se dispara un tiro en la sien.

Fuera de estas salvedades a su "intachable" conducta, no es raro que los auténticos culpables de estas aventuras pongan fin a sus días al ser descubiertas sus iniquidades. Por ejemplo, en *La demoiselle aux yeux verts*, el malvado Brégeac se dispara un tiro en la boca en el despacho de su mansión parisina: "En el aposento, Brégeac, derrumbado en un sofá, con el revólver en la mano, agonizaba... Una bocanada de sangre brotó de su boca. Una última convulsión, y quedó inmóvil". En *Arsène Lupin, gentleman-cambrioleur*, es uno de los hermanos Varin, ladrones, chantajistas y asesinos, quien se dispara un tiro en la sien tras comprobar que su escondite secreto ha sido descubierto por el infalible carterista. En *Les dents du tigre*, tras el aparente suicidio del protagonista de *813*, todos lo creen muerto, por haberse ahorcado o por haberse arrojado al vacío. Durante su estancia secreta en África lleva a cabo las acciones más temerarias y suicidas, como lanzarse al galope sin armas contra el enemigo. Muchos son los suicidios que se producen en esta novela, y no sólo como merecido castigo para los culpables. La inocente Madame Fauville, que ya lo había anunciado al ser acusada injustamente del doble crimen de su esposo e hijo, intenta quitarse la vida por todos los medios: ahorcándose en su celda con las sábanas, abriéndose las venas de la muñeca con un trozo de vidrio, dándose cabezazos contra los muros del calabozo, recurriendo a la huelga de hambre cuando le imponen la camisa de fuerza y envenenándose definitivamente cuando los médicos la obligan a alimentarse. Al enterarse de esta muerte, se ahorca su enamorado, G. Sauverand. Así se cumple la venganza póstuma del "diabólico" ingeniero Fauville, también suicida, que envenena a su hijo y se envenena para que se acuse del doble crimen a los adúlteros amantes.

Aún hay otro genio del mal por encima de este malvado, el manipulador de todos los hilos, Vernocq, quien antes de envenenarse, al ser derrotado por Lupin, confiesa: "Todos mis crímenes son suicidios". Los cambios frecuentes de caracterización y hasta de personalidad que és-

te se impone para cometer sus fechorías le llevan a sentirse privado de una parte de sí mismo. "Actualmente —dice el héroe en 1908— experimento lo que debía de sentir el hombre que perdió su sombra".

M

Macaria. Hija de Hércules* o Heracles. En la tragedia de Eurípides *Los heráclidas* se sacrifica voluntariamente en el altar de Core, hija de Démeter, para dar la victoria a los atenienses y a su caudillo Demofonte. Como en otros muchos casos del teatro clásico, éste recibe del oráculo la orden de matar "no un toro ni una ternera, sino una doncella que sea de buen linaje", y ella, como en otros muchos casos, opta valerosamente por el sacrificio*. Puesto que Demofonte se resiste a matarla, el viejo Yolao ofrece su vida; pero como ya sabemos y lo saben mejor los griegos, los dioses quieren sangre joven. "Yo misma [...] estoy dispuesta a morir y a presentarme para mi degollación", afirma Macaria, y con su muerte libera a los atenienses del enemigo y salva a la patria.

McCULLERS, Carson (Columbus, 1917-Nueva York, 1967). La eterna adolescente, autora de *El corazón es un cazador solitario*, podría figurar en estas páginas por su elevado consumo de alcohol*. Pero no es sólo una suicida crónica, sino que siempre está en un tris de darse muerte, amenazando con hacerlo o intentándolo, como en marzo de 1948, cuando se abre las venas sin conseguir matarse. Su biógrafa francesa Josyanne Savigneau cuenta cómo, a raíz de esta tentativa, es ingresada en una clínica psiquiátrica de Manhattan. Su marido, Reeves McCullers, escritor fracasado, drogadicto y alcohólico, con el que se ha casado dos veces y con el que mantiene una relación conflictiva, mezcla de rivalidad literaria y fraternidad alcohólica, se despide de ella en 1953 mezclando barbitúricos con grandes dosis de *bourbon*. La psiquiatra y gran amiga de la escritora Mary Mercer afirma, sin embargo, que "Carson era exactamente todo lo contrario de una suicida".

MACHADO, Antonio (Sevilla, 1875-Collioure, 1939). Tanto fue el dolor ante la muerte de su querida esposa Leonor, ocurrida en 1912 cuando ella era aún muy joven, que, como confiesa en carta de ese mismo año a Juan Ramón Jiménez, el poeta piensa en suicidarse: "Yo trabajo lo que puedo, repuesto por voluntad desesperada de una honda crisis que me llevaba al aniquilamiento [...]. Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro".

Madame Bovary. Véase Bovary, Emma*.

Madame Butterfly. Ópera en tres actos de Giacomo Puccini (1858-1924) con libreto de Luigi Illica y Giuseppe Giacosa, estrenada en la Scala de Milán el 17 de febrero de 1904. La acción discurre en Nagasaki a comienzos del siglo XX. El oficial de marina estadounidense Pinkerton contrae matrimonio, como pasatiempo, con la joven y delicada *geisha* Cio Cio San, llamada Madame Butterfly, pero ella cree sinceramente en el amor de su marido. Tras su partida, lo aguarda durante años y cuando vuelve con su esposa norteamericana Kate, a la que además se ve obligada a entregar a su propio hijo, toma el puñal con el que su padre, condenado por el emperador, se había suicidado y se da muerte. Es la segunda ópera del mismo compositor, después de *Tosca**, que concluye con el suicidio de su protagonista. En la película *Madame Butterfly* (1996), de Frédéric Mitterrand, la soprano china Ying Huang encarna a Cio Cio San.

MAGRITTE, René (Lessines, 1898- Bruselas, 1967). La madre del pintor surrealista, Régine Bertinchamps, se arroja desde un puente a las aguas del río Sambre cuando su hijo tiene sólo 13 años. El cadáver aparece desnudo y con la cabeza envuelta en un camisón. Como eco de esta visión traumática, en la pintura del hijo aparecen numerosas cabezas envueltas en paños, en particular en el cuadro *La historia central* (*L'histoire centrale*), de título suficientemente explícito para explicar las obsesiones del artista.

MALAVAL, Robert (Niza, 1937-París, 1980). Tan pronto dandi como *hippy* o punk, este pintor polifacético aparece *siempre cambiante* ("Me gusta el cambio, es mi línea. La única línea que puedo seguir es la línea en zig zag"), siempre también provocador, rebelde e insatisfecho. En 1980, tras poner orden en sus papeles en su taller de Créteil, cerca de París, y escribir una carta de despedida, se acuesta en el suelo bajo dos lámparas encendidas y se dispara un tiro en la cabeza. La exposición retrospectiva de su obra que organizan al alimón el Palais de Tokyo de París y la Bienal de Arte Contemporáneo de Lyón en el otoño de 2005 lleva por título "Robert Malaval, *kamikaze*".

MALRAUX, André (París, 1901-Créteil, 1976). El abuelo y el padre del escritor se suicidan; por ello el tema de la muerte voluntaria siempre le ha dado mucho que pensar, como declara en una entrevista con Frédéric Gover en 1959.

MANET, Édouard (París, 1832-1883). Como buen pintor realista que siempre escandalizó con sus cuadros al espectador burgués bienpensante, al final de su vida, en torno a 1880, pinta sin ningún recato a un suicida. El cuadro se titula *Le suicidé* y se conserva en la colección E. G. Bührle de Zurich. En violento escorzo frontal, un joven elegante yace sobre la cama con la blanca camisa ensangrentada y el revólver aún en la mano. El lienzo, a la par que impactante, resulta enigmático, pero una clave para su entendimiento puede encontrarse en el artículo titulado "Un suicidio", que el gran amigo del pintor Émile Zola* escribe para el diario *L'Événement* del 19 de abril de 1866. El cuadro reproduce muchos de los detalles de la escena descrita por el novelista en su artícu-

lo tras visitar el taller de un artista acomodado que se ha volado la cabeza de un pistoletazo. Además de no pocos elementos del decorado que coinciden con lo descrito por el novelista, el pintor no ha olvidado el detalle de la *mano* que aún sostiene el arma.

MANFREDI, Doria (1886-1909). El hallazgo en 2007, cerca de Pisa, de una maleta con cartas, fotografías y una película de 1915 arroja nueva luz sobre la vida de Giacomo Puccini y exculpa retroactivamente a esta joven, que, acusada en su época de ser la amante del compositor, se suicida a los 23 años para salvar el honor de la familia. Todas las biografías del músico mencionan su relación adúltera con una empleada doméstica, a la que descubre, presuntamente, la esposa obligándola casi a ingerir "seis píldoras de un preparado corrosivo". "Su agonía duró cinco días con sus cinco noches y cuando murió la autopsia reveló que Doria era virgen, y, por tanto, inocente", explica Paolo Benvenuti a *El País*. Los documentos hallados demuestran que la "culpable" era una prima de la suicida, Giulia Manfredi.

MANN, Klaus (Múnich, 1906-Cannes, 1949). El crítico alemán Marcel Reich-Ranicki alega tres razones para explicar su suicidio: "Era homosexual, *morfinómano* e hijo de Thomas Mann". Es cierto que el primogénito de Thomas Mann, y escritor como él, nunca mantuvo muy buenas relaciones con su padre. El día en que el Premio Nobel de Literatura se entera del suicidio de su hijo, su diario íntimo no comienza por esta noticia sino que aparece después de otras muchas consideraciones. Testigo de los horrores de su patria, Klaus huye primero a Francia, luego a Estados Unidos y recorre el mundo, casi siempre en compañía de su hermana inseparable Erika. Es corresponsal de guerra en España y en 1942 se alista en el ejército norteamericano para combatir a los nazis. El 29 de mayo de 1949, a los 42 años, el viajero incansable, mundano y cosmopolita, pero también combatiente antifascista, se mete entre pecho y espalda una dosis mortal de barbitúricos en un hotel de Cannes. Pocas semanas antes acaba de terminar la redacción en inglés de su ensayo *La crisis del espíritu europeo*, que concluye con la derrota del espíritu ante las fuerzas del materialismo y la barbarie. Si con anterioridad, ante las oleadas de suicidios que azotan Alemania* durante la ascensión del nazismo y la guerra, se plantea en su diario íntimo la legitimidad de seguir con vida ("resulta casi indecente", escribe en 1940), su póstumo ensayo contiene una auténtica invitación al suicidio. No sólo le parece la única solución digna para quienes, como él, han atravesado tantas catástrofes, sino que tal vez su gesto pueda servir para frenar la caída: "Centenares, miles de intelectuales deberían hacer los que han hecho Virginia Woolf*, Ernst Toller*, Stefan Zweig*, Jan Masaryk*. Una oleada de suicidios [...] sacaría a los pueblos de su letargia y les permitiría comprender la gravedad de la crisis", escribe un tanto ingenuamente. Del suicidio como arma política.

MANN, Thomas (Lübeck, 1875-Zúrich, 1955). Analista, testigo, juez y parte en el proceso de una Europa enferma y decadente que corre hacia su pérdida, y de una burguesía a la que pertenece y que se debate en sus contradicciones. ¿No es una

forma de suicidio la que escoge en Venecia el escritor Aschenbach, cuando se deja arrastrar a la muerte en vez de huir de la ciudad contaminada? La belleza del adolescente Tadzio, la visión de los dioses griegos, ¿no merecen el sacrificio de la vida a una metafórica epidemia que, en el fondo, no sólo hace estragos a orillas de la laguna? (*Muerte en Venecia*, 1912).

MANNI, Ettore (Roma, 1927-1979). El 27 de julio de 1979, durante el rodaje de la película de Federico Fellini *La ciudad de las mujeres* (*La città delle donne*, 1980), en la que el actor interpreta el papel del doctor Xavier Katzone, modelo de virilidad, como su nombre indica, para Marcello Mastroianni, se suicida disparándose con un arma de fuego.

MANUEL, Richard (Stratford, 1943-Winter Park, 1986). El pianista, vocalista y compositor, en ocasiones batería o armonizador del legendario grupo musical norteamericano The Band, uno de los grandes grupos de rock de las décadas de 1960 y 1970, se ahorca en su camerino al finalizar un concierto en Florida.

MÁRAI, Sándor (Kassa, 1900-San Diego, 1989). Escritor húngaro cuyo nombre real es Sándor Grosschmied, nacido en la actual Eslovaquia, editor y periodista, es un burgués consciente y orgulloso de serlo, todo menos un poeta maldito o un mártir. Abandona Hungría en 1948 como protesta por la ocupación soviética y parte para Estados Unidos, cuya nacionalidad adopta. Buena parte de su vida azarosa se halla entre las páginas de su libro de memorias *Confesiones de un burgués* (Salamandra, 2004). El sentimiento de desarraigo está siempre presente en su obra y, junto a su afición al alcohol* y su adicción a la droga dura de la escritura, le acompaña siempre en sus muchos viajes. En 1989, poco antes de la caída del muro de Berlín, este vienés de entre guerras a quien se ha comparado con Thomas Mann*, Schnitzler* o Zweig*, condenado por los médicos a vivir en un hospital, se dispara un tiro en la cabeza en su casa de California. Uno de sus más precoces personajes suicidas es, en *El último encuentro*, el "conde del Tirol que se mató allí a los 12 años porque estaba enamorado de una prima hermana". Una escena de cacería en esta misma novela sitúa a un ciervo que aguarda inmóvil la bala del cazador, mientras éste a su vez aguarda, consciente, la de un compañero, los tres dispuestos casi en línea recta, y casi en la misma trayectoria de unas balas que tardan en ser disparadas.

MARCELINO, Tulio (s. I. d. C.). Sabemos de su existencia y de su plácida muerte voluntaria por lo que nos cuenta Séneca* en sus *Epístolas morales a Lucilio* (77, 5-6, 9) como ejemplo de buena conducta. Aconsejado por "eminentes" maestros estoicos* al saberse aquejado de una grave enfermedad, decide poner fin a su vida. "No tuvo necesidad ni de espada, ni de efusión de sangre —explica el filósofo—: guardó ayuno durante tres días y en su dormitorio mandó colocar un dosel. A continuación se introdujo en él la bañera, en la que permaneció largo tiempo; por efecto del agua caliente vertida en ella sin interrupción fue debilitándose poco a poco, no sin cierto placer, según decía, como el que suele producir un ligero desfallecimiento".

Marianela. Protagonista de la novela homónima (1878) del escritor español Benito Pérez Galdós (1843-1920). Huerfanita desmedrada y pobre, *la Nela* es el lazarillo de Pablo, un ciego joven y rico, con quien cultiva una amistad cada vez más amorosa. El día en que el muchacho recupera la vista, que coincide con la visita de su guapísima prima Florentina, la chiquilla desaparece, avergonzada y temerosa de que Pablo descubra su hasta entonces oculta fealdad. Intenta suicidarse, pero es salvada a tiempo al borde mismo del abismo al que ya se arrojó en tiempos su madre. Sobrevive pero no sana y, presa de una alta fiebre, después de unir las manos de los primos, muere de pena.

MARIO, Sexto (m. en Roma, 35). Las inconmensurables riquezas de este banquero romano nacido en Hispania despiertan pronto la codicia del emperador Tiberio. Para evitar que éste le confisque sus bienes —lo que hace de todas formas después de su muerte—, trata de huir de Roma en compañía de su hija. Sabedor de sus intenciones, el emperador lo detiene y le acusa de incesto con ella. Para librarse de tales acusaciones, pero también para librar a la joven de la lujuria del voraz Tiberio, se despeña junto con ella de la roca Tarpeya.

Mártires, Los. El vizconde François-René de Chateaubriand*, al componer esta novela histórica (*Les Martyrs*, 1809), se propone probar que el cristianismo ofrece sobre el paganismo más posibilidades literarias en cuanto al empleo de lo maravilloso, al desarrollo de los caracteres y al juego de las pasiones; en definitiva, que, como lo había afirmado ya en su obra *El genio del cristianismo* (*Le génie du cristianisme*, 1802), es más épico y romántico. Su protagonista, Eudoro, oficial cristiano del ejército romano bajo Diocleciano*, cuenta su vida antes de perecer como mártir cristiano en la arena del anfiteatro en compañía de su esposa, la griega Cinodocea. Nombrado gobernador de Armórica, en las Galias, enamora a la druida Veleda, pero ésta es descubierta por sus correligionarios y se da muerte cortándose la garganta con una hoz de oro. Condenado Eudoro por cristiano a morir devorado por las fieras, su esposa, libre aunque cristiana, salta voluntariamente a la palestra para acabar en las fauces de un tigre y así compartir la suerte y la gloria de su esposo.

Mártires de Chicago. Con este nombre se conoce en la historia del movimiento obrero a las víctimas de la represión de la huelga del primero de mayo de 1886, jornada que da origen a la fiesta internacional del trabajo. Esta huelga hace posible la instauración de la jornada de ocho horas en EE UU. Al término de un juicio sumarísimo, cinco de los cabecillas de este movimiento reivindicativo son condenados sin pruebas al ahorcamiento. Uno de ellos, Louis Lingg, logra suicidarse en su celda un día antes de la ejecución tragándose un fulminante de mercurio. George Engel, también inmigrante alemán, como su compañero, trata de hacerlo igualmente con una botella de láudano* que consigue pasarle su mujer. Advertidos los médicos a tiempo, le salvan la vida para, al día siguiente, ser ahorcado en compañía de sus otros tres camaradas.

Martirio. No debía de ser tanta la diferencia entre la entereza de quienes sufrían

martirio por su fe y la que mostraban los "paganos" educados en las doctrinas estoicas*, ya que, al fin y al cabo, todos eran contemporáneos y se nutrían en las mismas fuentes. Así, Séneca*, antes de llevar a la práctica sus principios abriéndose las venas, tiene ocasión de admirar el heroísmo de las víctimas cristianas de la represión neroniana durante la persecución lanzada a raíz del incendio de Roma (64), y no se recata en comentarlo con el propio emperador en términos muy elogiosos, sin que sepamos muy bien cómo le sentó a éste el comentario. El contraste resulta mucho mayor entre el pensamiento y la moral de griegos y judíos por una parte, y los de los romanos, sean éstos cristianos o paganos, por otra. El término mismo de *mártir*, tomado del griego con el sentido de *testigo*, es una invención cristiana de entre los años 50 y 150 y fue usado más o menos hasta la época de Constantino. A partir del reinado de este emperador, se seguirá empleando en hagiografías, liturgias y santorales, pero dejará de ser una consigna de propaganda mediante la acción, un arma utilizada para el proselitismo.

El historiador norteamericano Glenn Warren Bowersock, profesor de la Universidad de Harvard, en su estudio *Roma y el martirio* (2002) analiza esta conducta en términos de muerte voluntaria, equiparándola al suicidio. Este mismo parentesco entre paganismo y martirio cristiano subraya Unamuno al hablar de Antígona*: "Esta santa del paganismo helénico, la hija de Edipo, que sufrió martirio por amor a su hermano Polinices, y por confesar su fe". Obsérvense los términos escogidos por el pensador vasco: "santa", "martirio" y "confesar su fe". De hecho, y en contradicción flagrante con la doctrina oficial de la Iglesia, son muchos los casos de cristianos que, habiéndose dado muerte, son canonizados y considerados mártires. De esta llamativa paradoja sabe aprovecharse Flaubert* en su *Tentación de San Antonio* para poner en boca de una vieja tentadora la lista de suicidas bíblicos y cristianos.

Por lo demás, los métodos empleados para subir a los altares son tan variados y profanos como los utilizados por los réprobos. Como la defenestración: la muy joven Pelagia*, futura santa, detenida durante la persecución de Diocleciano*, al barruntar la suerte que le espera de violaciones y tormentos, sube al piso más alto de su casa y se tira por la ventana. Lo cuenta lleno de admiración y respeto san Juan Crisóstomo y más tarde la cita Montaigne*, extrañado ya de lo que a nosotros nos extraña. También menciona éste, y por las mismas razones, a santa Sofronia, que se dio cristiana muerte en Tarento en el año 309. En Roma, en 119, san Teódulo, sacerdote, no pudiendo resistir la llamada del fuego*, víctima precoz de lo que Bachelard denomina *complejo de Empédocles**, se arroja a las llamas donde ya se consume su obispo Alejandro.

Varios son los santos mártires que azuzan a las fieras en el circo o que expresan en alta voz su impaciencia por morir, y entre ellos se cuentan san Germánico y san Ignacio de Antioquía. Del siglo II data el frenesí suicida de éste último, que a gritos reclama toda suerte de suplicios, implorando "ser molido por los dientes de las fieras" para convertirse en "harina y pan puro de Jesucristo*". Santa Perpetua, en el año 203, impaciente por la torpeza del verdugo, que no acierta a clavarle la espada en el corazón, le arrebata el arma y se

la clava en la garganta. Este otro caso ejemplar lo cuenta san Agustín, acérrimo enemigo del suicidio, sin poner ningún reparo. En el año 306, tres miembros de una misma familia, santa Domnina* y sus dos hijas, se arrojan al agua y se ahogan. El que también haya parejas* amorosas que logran su unión en el martirio, como la de los santos Cipriano y Justina, protagonistas de *El mágico prodigioso* de Calderón, parece borrar aún más la frontera entre martirio y suicidio.

Por estos mismos primeros tiempos del cristianismo nacen sectas o herejías, como el montanismo, que basan la salvación en la búsqueda del martirio (véase Autocastración*). San Gregorio de Tours cuenta lo que no es un acto de suicidio sino un parricidio digno de Medea*, el que Santa Clotilde, viuda del rey franco Clodoveo, comete contra sus nietos en nombre de un principio. A la pregunta que le formulan sus hijos Childeberto y Clotario relativa a los hijos de Clodomiro, "¿Muertos o esquilados?", la reina contesta: "Muertos", y la cruel sentencia se cumple sobre los inocentes. También santa Rita de Casia comete un parricido similar sin que ello le impida subir a los altares. Y santa Irene, emperatriz bizantina del siglo VIII ordena, sin llegar al parricidio, que arranquen los ojos a su hijo Constantino VI. Pero no perdamos el hilo. En 1783, san Benito José Labre, mendigo errante, cae desmayado en la calle y se deja morir de inanición*, resistiéndose cuando intentan hospitalizarlo o alimentarlo a la fuerza.

Traducido el vocablo al árabe en el siglo VII, designa con el nombre de *shahid* al combatiente del infiel. Poco a poco, en tierras del islam* servirá para nombrar, siempre en relación con la noción de guerra santa o *yihad*, a los adeptos a las prácticas terroristas. Así, este uso se ha generalizado hoy día entre los terroristas *kamikazes**, "hombres bomba" o autores de atentados suicidas*, hasta el punto de bautizar con su nombre a un grupo palestino como el de las Brigadas Mártires de Al Aqsa. Las guerras santas, como hemos dicho, santificadas por una u otra religión, reciben la bendición de sus jerarcas y atraen a los candidatos a la palma o la corona. El campo de batalla* se convierte así, con su elevada probablidad de muerte, en la vía más directa para acceder al paraíso, lo que todas las religiones prometen a estos suicidas combatientes.

"Seréis exterminados luchando al servicio de Dios, pero recibiréis la alta corona", dice un ángel a los cristianos que guerrean en *Le Jeu de Saint Nicolas*, auto francés de finales del siglo XII. Y Petronio, el buen consejero del conde Lucanor, recomienda en el siglo XIV a su señor: "Ca si en la guerra de los moros morides, estando en verdadera penitençia, sodes mártir y muy bienaventurado". Américo Castro, que denomina a estos candidatos al martirio "ascetas-guerrilleros" o "guerrilleros de la fe", y que dedica muchas páginas al tema, insiste en su origen islámico al hablar de "la adopción por los cristianos de la idea y de la emoción de la guerra santa como puerta de acceso a la eterna gloria del paraíso". Como prueba de la similitud entre las actitudes musulmana y cristiana, el mismo Américo Castro cita a los líderes de ambos bandos en la *Chanson de Roland*. Si el rey moro quiere el martirio de su gente ("Marsile veit de sa gent le martirie", 1.467), el arzobispo Turpín no promete otra cosa cuando arenga a los suyos:

"Se vos murez, esterez seinz martires" ("Si morís, seréis santos mártires", 1.487).

El psicoanalista norteamericano Karl Menninger*, en su propuesta de tipología* trata del "suicidio crónico*", en el que incluye, junto a alcohólicos y drogadictos, a ascetas y mártires. Para Bowersock, con san Agustín y la doctrina oficial de la Iglesia medieval (véase Condena*), Occidente vuelve, tras el paréntesis suicida romano-cristiano, a una ética greco-hebrea (véase Sacrificio*).

MARTISKAINEN, Taisto (1943-1982). La obra de este escultor finlandés se halla expuesta, casi en su totalidad, dentro de su país adornando parques y lugares públicos. Junto a moles abstractas o expresionistas de grandes dimensiones, el artista es capaz de hacer flotar en el aire o el agua gráciles cuerpos femeninos. En la región de la Baja Carelia, y al pie de los vertiginosos saltos de Imatra, flota envuelta en espuma el cuerpo en bronce de una ahogada con el cabello suelto, *La doncella de Imatra*. Quiere ser un homenaje a los numerosísimos suicidas que, desde lo alto del puente que domina los rápidos, se han arrojado a aquellos remolinos. Según el novelista finlandés Arto Paasilinna*, el lugar fue en el siglo XIX el trampolín para suicidas más famoso de Europa, y allí se ahogaron "centenares de aristócratas petersburgueses". El propio escultor pone fin a su vida ahogándose en un lago en el centro de Finlandia.

MARX, Eleanor (Londres, 1855-1898). Hija menor de Karl Marx y su secretaria particular desde los 16 años. A la muerte de su padre en 1883, es ella quien, ferviente militante de la causa, toma a su cargo la gestión de su legado y trabaja para que se traduzcan sus obras o se publiquen las inéditas, manteniendo viva la llama socialista. En 1898, a los 43 años, tras enterarse de que su compañero sentimental, el periodista socialista británico Edward Aveling le es infiel, se suicida. En 1911 se suicidará su hermana Laura en compañía de su esposo Paul Lafargue*.

Masada. Fortaleza construida por Herodes el Grande, rey de Judea (37-4 a. C.), último bastión de la resistencia judía contra los romanos hasta su destrucción por éstos en el año 73. Sus defensores optan por suicidarse colectivamente antes que rendirse al enemigo. Desde finales de la década de 1950, y después de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por Y. Yadin en 1958, sus ruinas se han convertido en un símbolo de la resistencia judía y en un altar de la patria, al que acuden todos los años los nuevos oficiales tanquistas a prestar juramento de que nunca más habrá otro Masada para Israel. Constituye un perfecto ejemplo, junto a los de Cartago*, Numancia* y otros, de lo que se llama suicidio obsidional*.

Masada. Serie televisiva norteamericana de Boris Sagal (1981) inspirada en la novela homónima de E. K. Gann, con Peter O'Toole en el papel de Flavio Silva. La versión cinematográfica adaptada de esta serie se estrenó en la misma fecha con el título de *Los antagonistas* (*The Antagonists*).

MASARYK, Jan (Praga, 1886-1948). Hijo del fundador y primer presidente de la República checoslovaca Tomás Masaryk, educado en Estados Unidos, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores de su

país. Lucha en vano por defender el régimen democrático contra sus compatriotas comunistas y contra los soviéticos, que logran imponerse tras el golpe de Estado de febrero de 1948. En marzo de ese mismo año, aparece su cadáver al pie de una ventana abierta de su apartamento privado en el palacio Czernín de Praga, sede entonces de su ministerio. A la vista de las circunstancias, la policía atribuye la muerte a un suicidio, pero muchos son los correligionarios y también occidentales que sospechan del nuevo poder. Hasta hoy no se ha dilucidado el enigma.

Matachín. Nombre predestinado por un dios burlón a este poblado panameño donde, en el siglo XIX, se produce una matanza, mejor dicho un suicidio colectivo*, de emigrantes chinos. Según cuenta el médico e historiador local, Dr. Alonso Roy, en tiempos de la construción de la vía férrea en su país, la compañía, que había contratado ya y hecho venir a trabajadores colombianos, irlandeses y de otros países, decide completar la nómina con operarios chinos. En 1854 llegan, procedentes de Cantón, varios centenares a los que el clima, las enfermedades tropicales, la dureza del trabajo y la hostilidad de sus compañeros irlandeses sumen pronto en la más profunda depresión colectiva. Creyendo las autoridades que puede ser efecto de la abstinencia de opio*, se les suministra la droga sin que por ello mejoren los resultados. El ingeniero jefe George M. Totten cuenta cómo una mañana descubre el macabro espectáculo: "Más de 100 chinos colgaban de los árboles [...]. Algunos se habían colgado con pedazos de soga y gruesos bejucos. La mayoría, sin embargo, usó su propio cabello, dando vueltas a sus largas trenzas y amarrando su extremo a la rama de un árbol". Los demás, hasta 415, usan un abanico de métodos* posibles: abriéndose las venas, sentándose en la playa hasta que los cubra la marea, echándose a un río con piedras atadas al cuello y hasta recurriendo al suicidio asistido*, pues algunos pagan a trabajadores malayos para que los degüellen con su machete. Los sobrevivientes son enviados a Jamaica. Existe un estudio de la época: Picard Ami y Meléndez, *El suicidio de los chinos durante la construcción del ferrocarril de Panamá.*

Matrimonio de María Braun, El. Primera parte (1978) de la tetralogía que Rainer Werner Fassbinder* dedica a la Alemania del siglo XX a través de protagonistas femeninas. María Braun, interpretada por Hanna Schygulla, sale adelante de todas las dificultades que se le presentan en los años de la posguerra. Cuando al final de un largo y sinuoso itinerario, puntuado por toda clase de compromisos e incluso un crimen, vuelve a encontrarse con su marido, pone fin a todos sus sueños y esperanzas abriendo la llave del gas y encendiendo un cigarrillo. Suicidio doble o muerte más bien de la pareja* reconstituida, este final sorprendente y sobrecogedor hunde al espectador en un mar de dudas.

MATVEJEVIC, Predrag (Mostar, 1932). En el espectáculo que compone este escritor croata con el título de *Ricardo III en las guerras yugoslavas*, hace desfilar una galería de personajes siniestros de la ex-Yugoslavia entre los que se encuentran numerosos suicidas. Este espectáculo se estrenó en Kosmópolis, en el Forum de Bar-

celona, en agosto de 2004. En él y en su libro anterior en el que se inspira, *Los señores de la guerra*, aparecen, entre otros, los tres suicidios de la familia de Milosevic*; el del padre del presidente croata Franjo Tudjman, que antes de suicidarse mató a su esposa; y el de la hija de Ratko Mladic, brazo derecho del también serbobosnio Radovan Karadzic, que lo hizo ahogándose en el río porque no aguantaba ya los crímenes de su padre.

MAUPASSANT, Guy de (Tourville-sur-Arques, 1850-París, 1893). Desde 1878 el novelista francés comienza a sentir los primeros síntomas de lo que es una gravísima demencia de origen sifilítico, que se combina con su consumo de alcohol* y hachís*. Su hermano más joven ingresa en el hospital psiquiátrico de Charenton, donde muere en 1889. Desde 1891, incapaz ya de escribir o leer, comunica a su médico sus deseos de dispararse un tiro en la sien. Tras varias tentativas de degollarse con una navaja en 1892, es internado en la célebre clínica de Montmartre del doctor Esprit Blanche, que alberga y albergará entre sus pacientes a otros muchos artistas y escritores, y allí muere al año siguiente aquejado de una parálisis general.

En su relato *La modelo* (*Le modèle*, 1883), la joven Jacqueline, que vive con su amante pintor, se arroja fríamente por la ventana ante los ojos incrédulos de aquél el día que la deja de querer. Suicidio fallido, pero al menos el pintor, arrepentido, se casa con ella, aunque quede para toda la vida paralítica de las dos piernas. De esta novelita hace una brillante adaptación cinematográfica Max Ophüls en el tercer episodio de su película *El placer* (*Le plaisir*, 1951), con Simone Simon en el papel de la modelo y Daniel Gélin en el del artista. En el cuento "Carta encontrada a un ahogado" (1884), un enamorado se suicida arrojándose al Sena simplemente por un detalle intrascendente, una sonrisa inoportuna de su amada. En la novela *El Horla* (*Le Horla*, 1887), el protagonista, un loco que en una primera versión escribe una carta a su psiquiatra y en la definitiva un diario íntimo, perseguido por un personaje invisible, una especie de doble al que llama Horla, intenta por todos los medios deshacerse de él, prendiendo fuego a su casa o intentando suicidarse. Del suicidio dice su autor: "Es la fuerza de quienes ya no tienen ninguna, la esperanza de los que ya no creen, es el sublime valor de los vencidos".

MAURRAS, Charles (Martigues, 1868-Tours, 1952). En su juventud, este escritor nacionalista francés, violento antisemita y ardiente monárquico, escribe un libro de cuentos "filosóficos", *El camino al cielo* (*Le Chemin du Paradis*, 1894), dominados todos ellos por los temas de la muerte y la desesperación. El hombre prometeico aspira a la perfección pero, cuando está a punto de alcanzarla, muere en su propio intento. En uno de ellos, "El milagro de las musas" ("Le miracle des Muses"), el escultor Fidias se suicida porque los dioses lo han castigado por su impiedad privándole de su capacidad de dar vida al mármol. "Eucher de l'Île" relata la historia del humilde pescador que, víctima del desasosiego, tras gozar de la belleza y el amor, se arroja a las aguas de una laguna. Octave, el joven protagonista de "La buena muerte" ("La Bonne Mort"), se ahorca con el cordón que sujeta el dosel del altar tras pecar contra la carne. En

declaraciones muy posteriores, hechas en 1930, el autor confiesa que las tendencias suicidas de aquellos personajes correspondían a sus sentimientos de la época, concluyendo con un "Yo amaba a la muerte".

MAUSS, Marcel (Épinal, 1872-París, 1950). Sobrino, colaborador y heredero de Émile Durkheim*, a quien ayuda en su estudio sobre el suicidio y de quien le distinguen no pocos aspectos. Más ecléctico, menos determinista, más interesado en la psicología y la historia y menos dado a establecer leyes generales que su tío, dota a la realidad social de una nueva dimensión, la simbólica. Es figura tutelar de la antropología estructuralista desde que Claude Lévi-Strauss prologa sus *Obras*; se considera que esas palabras preliminares constituyen el acta fundacional de la nueva escuela. En su estudio, en colaboración con Henri Hubert, *Ensayo sobre la naturaleza y la función del sacrificio* (*Essai sur la nature et la fonction du sacrifice*, 1899), analiza el fenómeno del sacrificio* a través de las épocas y las civilizaciones y en él dedica capítulos al "sacrificio del dios" y al "suicidio divino". Tras observar a los maoríes de Nueva Zelanda, introduce el concepto de "sugestión colectiva de la idea de muerte" al registrar entre ellos suicidios que son efecto de la magia o de la noción de "pecado".

MAXIMIANO, Marco Aurelio (Sirmio, 250-Marsella, 310). Emperador romano que comparte el poder con su colega Diocleciano*, a quien debe su ascenso desde sus muy modestos orígenes por méritos militares. Hábil general, pacificador de vastos territorios y perseguidor de cristianos, se retira cuando lo hace Diocleciano, en 305, pero, ávido de poder, vuelve a gobernar con su hijo Majencio para luego conspirar primero contra éste y luego contra Constantino. Abandonado por sus tropas ante tanto cambio, se da muerte en la antigua Massilia.

MAYAKOVSKI, Vladímir (Bagdadi, 1893-Moscú, 1930). Miembro del partido bolchevique desde los 14 años, del que se separa después de la revolución sin renunciar a sus ideales, es considerado como el mayor y más representativo de los poetas soviéticos. El 14 de abril de 1930, a los 37 años, este huracán poético desaparece al dispararse un tiro de pistola en el pecho. A su muerte se le rinden homenajes de poeta nacional dignos del máximo dirigente, aunque al mismo tiempo sólo se edita una parte de su obra poética o teatral, no siempre del agrado de las autoridades. Su suicidio tiene mucho que ver, sin duda, con las críticas oficiales a su último espectáculo, *Los baños*, representado un mes antes de su muerte, en el que fustiga sin piedad los vicios del pasado, sin olvidar la burocracia, el mercado negro o la corrupción. A esas críticas alude en las últimas líneas, casi una postdata, de su mensaje de despedida fechado dos días antes. Pero también alude vagamente en él, entre declaraciones de amor a su esposa y a su familia, a un drama sentimental: "La barca amorosa varó en lo vulgar".

Meandro. Este legendario rey griego, al verse en muy apretada situación durante una batalla, hace el voto a Hera de que, de vuelta a casa, sacrificará a la primera persona que vea. Esta persona es su hijo, a quien mata; desesperado por su crimen,

se arroja a un río donde muere ahogado. Este río, muy sinuoso, que fluye por Turquía y desemboca en el mar Egeo, lleva ahora su nombre.

Medea. Aunque relacionada con leyendas más antiguas, el personaje de esta maga, vengativa hasta el punto de matar a sus propios hijos por despecho amoroso para castigar así al infiel Jasón, no sale a escena hasta el año 431 a. C., de la mano de Eurípides. La protagonista no se suicida ni en la sobrecogedora tragedia de éste ni en la similar de Séneca*, sino que, al modo de Elías en su carro de fuego, y en un triunfo a nuestro parecer muy poco merecido, asciende a los cielos en un vehículo alado, o bien, en la versión latina, tirado por dragones. De la tragedia que con este mismo título escribe Ovidio* en su juventud nada podemos decir porque se perdió casi en su totalidad. Sí, en cambio, de la versión que ofrece en *Las metamorfosis*, donde también huye volando.

En *Médée*, la tragedia de juventud de Pierre Corneille *, de 1635, obra en la que también huye llevada por dragones alados, quien se mata es Jasón, el héroe del vellocino de oro e infiel amante, y lo hace clavándose una espada. Su dolor no es por haber perdido a sus hijos, como Creonte, sino por la muerte de su amada Creúsa. También este dolido amante forma pareja* escénica mortal con su ya difunta amada: "Creúsa lo ordena: / No le niegues la sangre que reclama. [...] / Vuelve mejor contra ti mismo el brazo / y castígate, Jasón, si no castigas". En el acto IV de la ópera de Marc-Antoine Charpentier *Médée*, estrenada en Versalles en 1693 con un libreto de Thomas Corneille, hermano de Pierre, quien se suicida es Creonte, el marido privado de progenitura por el parricidio de su esposa. Más torpe, en la *Medea in Corinto* de Giovanni Simone Mayr, ópera estrenada en 1813, Jasón lo intenta pero no lo consigue.

Por fin, la malvada se suicida en 1842 en la ópera *Medea* de Giovanni Pacini, estrenada ese año. Darius Milhaud estrena en 1939 una *Médée*, ópera con libreto de su mujer Madeleine Milhaud, en la que, como en otras óperas anteriores, la protagonista adopta la solución del suicidio. Lo hace repitiendo las mismas palabras que dirigía la Medea de Corneille a su esposo, aunque aquélla no se matara: "Aprende a conocer a tu mujer". Este personaje ha inspirado por su crueldad inhumana a pintores románticos como Delacroix, y aún más, como mujer fatal, a la que tan aficionados eran, a prerrafaelitas y simbolistas ingleses como J. W. Waterhouse o F. Sandys.

En el montaje teatral chileno titulado *Diarrea*, estrenado en 2002 por la compañía La desgracia sobre un texto de José Palma, la protagonista, Medea, una mujer tan desgraciada como el nombre de la compañía, vive en un ambiente sórdido, rodeada de personajes marginales, con una hija mongólica y un marido borracho, y la muy desgraciada ni siquiera logra suicidarse.

Médicos. Los estudios epidemiológicos revelan que el número de médicos que se suicida es tan elevado como difícil de evaluar con precisión, debido a la discreción del medio, al secreto médico y al corporativismo reinante. Entre las razones que explican que la tasa de suicidio sea entre estos profesionales bastante superior a la de la media de la población, y esto en ca-

si todos los países, está el fácil acceso a los fármacos y sus conocimientos sobre su uso. Junto a este motivo de orden práctico, los médicos, y aún más los estudiantes de medicina, los internos y los jóvenes profesionales presentan un índice muy elevado de depresiones o "estrés psico-socio-académico", derivados de su contacto permanente con la enfermedad y la muerte.

Basándonos en la síntesis elaborada por el profesor peruano Enrique Galli Silva, que cita numerosos estudios de los más variados países, se puede afirmar que la depresión clínica está generalizada entre los estudiantes de medicina. La cifra de casos alcanza entre el 27% y el 30% entre los internos hospitalarios, lo que lleva a muchos de ellos al suicidio o al menos a intentarlo. La tasa de suicidios entre médicos se elevaría así hasta el 28 por 100.000 según unos y hasta el 40 por 100.000 según otros, lo que es gravísimo teniendo en cuenta que la media general de la población gira en torno al 12,3 por 100.000. Según estudios norteamericanos llevados a cabo por Everson y Fraumeni, en 1975 la primera causa de fallecimiento entre estudiantes y jóvenes médicos era el suicidio, lo que confirma en fecha muy posterior otra encuesta hecha en el mismo país por Samkoff, según la cual más de un 26% de las muertes de jóvenes doctores eran voluntarias.

MEIENBERG, Niklaus (St. Gallen, 1940-Zúrich, 1993). Después de trabajar en Estados Unidos y Canadá en las más variadas profesiones, regresa a su Suiza natal, donde comienza una tardía pero fecunda carrera de periodista y escritor en lengua alemana. La virulencia de su crítica marxista de la sociedad choca y hace que lo expulsen de varios periódicos. Es víctima de la más eficaz campaña de calumnias e insultos orquestada por la prensa de su país por haber intentado explicar en vano a sus conciudadanos la colusión entre industriales suizos y el nazismo. Entre sus obras destacan *Reportajes desde Suiza* (*Reportagen aus der Schweiz*, 1974) y *El fusilamiento del traidor a la patria Ernst S.* (*Die Erschiessung des Landesverräters Ernst S.*, 1977), llevada al cine en su país por el cineasta Richard Dindo. Antes de poner fin a su vida exige no ser enterrado en suelo helvético. Su amigo, el también escritor alemán Lothar Baier*, se refiere a él y a su suicidio, el 22 de septiembre de 1993, en la carta de despedida que dirige a todos sus amigos antes de darse asimismo muerte.

Mejor juventud, La. Película demasiado buena para la televisión (*La meglio gioventù*, 2003). Cuando la RAI italiana ve terminada la serie de cuatro episodios encargada al director Marco Tullio Giordana (Milán, 1950), se echa atrás. A la televisión de Berlusconi se le atraganta la calidad. Menos mal que el festival de Cannes la rescata recompensándola con el máximo trofeo de la sección *Un certain regard.* Durante seis horas desfila la historia de una familia cuyos destinos, a veces contrapuestos, se entreveran con la historia reciente de Italia. El personaje más trágico, el del bello Matteo —hermoso y triste como Aquiles, como lo recuerda su hermano—, es un policía que destruye cuanto cae entre sus manos. A las 12 en punto de una Nochevieja, mientras todo el país celebra el nuevo año con champán y cohetes, se quita cuidadosamente los zapatos, riega las plantas del balcón y salta al vacío.

Su fantasma melancólico se aparece más adelante para propiciar los amores de su novia viuda con su hermano.

Melancolía. Los trastornos afectivos y las depresiones están reconocidos y descritos ya en el antiguo Egipto*, así como en la Biblia* y la Antigüedad* grecolatina, con ejemplos como el rey Saúl o personajes de la *Ilíada*. Etimológicamente, según sus orígenes griegos, la palabra significa exactamente "bilis negra", y de ahí "humor sombrío" o "mal humor", que hace referencia a la concepción antigua del organismo humano compuesto de humores o secreciones glandulares. Según la medicina antigua y en particular según su fundador, Hipócrates*, la salud y el bienestar estriban en el equilibrio entre los humores o *crasis* y la enfermedad en el desequilibrio o *crisis*. El gran médico griego nos ha dejado, entre los muchos aforismos que componen su obra *Las epidemias*, uno particularmente claro y sencillo que señala el paso del estado pasajero al grado de enfermedad: "Si el miedo y la tristeza persisten mucho tiempo, hay melancolía" (VI, 23). La relación entre melancolía y manía procede igualmente de la medicina griega clásica.

La palabra, bajo su forma primitiva de *malenconía*, se emplea con este sentido en español desde el siglo XIII. El término es en extremo polisémico y puede indicar desde casos extremos de manifestaciones patológicas hasta una visión desencantada de la vida o un estado de ánimo pasajero. Por esto, las definiciones que los diccionarios dan de ella son muy vagas, variadas y complejas. Julio Casares propone dos: "tristeza vaga y persistente", y "especie de manía en que predominan los sentimientos tristes". La *Enciclopedia* dieciochesca* de Diderot y d'Alembert dedica al tema tres entradas y la más médica resume así: "Una enfermedad que Hipócrates creyó producida por la bilis negra, cuyo carácter genérico y distintivo lo constituye un delirio particular que gira de modo determinante en torno a uno o dos objetos, que no se acompaña de fiebre ni furor, en lo que difiere de la manía y del frenesí". Es interesante notar que otra de las entradas, muy dentro del espíritu racionalista e ilustrado que impregna la obra, vincula esta enfermedad a la ascesis religiosa, lo que anuncia, en cierto modo, la moderna definición de suicidio crónico*.

En el siglo XIX, la estudian en relación con el suicidio los alienistas franceses Jean-Pierre Falret en *De l'hypocondrie et du suicide* (1822) y Jean-Étienne Esquirol en su artículo "Suicide" del *Dictionnaire de Médecine* en 60 volúmenes. La medicina actual sigue utilizando el término y la define como afección psíquica que se caracteriza por depresión profunda, dolor moral, sentido de autoculpabilidad y autodesprecio, acompañada de inhibición psicomotriz, lentitud del pensamiento y malestar corporal de tipo hipocondríaco, a lo que se añade que el cuadro puede llevar al paciente al suicidio.

Que se puede morir de melancolía es cosa que sabía Sancho Panza cuando implora a su dueño: "¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía" (II, LXXIV). La enfermedad, que conoce una primera moda en el Renacimiento, acentúa sus sín-

tomas en el Barroco. De esta época data el primer estudio del tema, escrito por Andrés Velásquez y publicado en Sevilla en 1585, *Libro de la melancolía*. Sigue a éste el *Tratado de la melancolía* (1586), del clérigo británico Timothy Bright. En su *Anatomía de la melancolía* (*The Anatomy of Melancholy*, 1621), el autor inglés Robert Burton*, que acabó ahorcándose, es uno de los primeros en relacionar el suicidio con este estado de ánimo. Cerca de dos siglos más tarde, el Romanticismo* idealiza esta enfermedad y la dota, junto a la tuberculosis, de un carácter sublime. El suicidio, que se convierte en una plaga por aquellas décadas, es la coronación de este estado reservado a la sensibilidad de los privilegiados frente a la mediocridad de la masa. Ron M. Brown destaca la frecuencia del uso de este término en los abundantes relatos periodísticos que dan cuenta de suicidios en la prensa británica del siglo XIX.

Si la depresión es la heredera de la melancolía, podemos decir que ésta triunfa hoy en todo el mundo y tiene su porvenir asegurado. La depresión se ha generalizado en todas las sociedades postindustriales y la OMS calcula que para el año 2020 será la segunda enfermedad más debilitante del planeta.

Melibea. Protagonista femenina de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, libro también llamado *La Celestina*, obra de Fernando de Rojas publicada en 1499. La hermosa joven se suicida arrojándose desde lo alto de la misma tapia por la que ha trepado su amante Calixto para gozar de ella, y al ver que éste se ha descalabrado al intentar descender por una escalera de mano. El acto XX concluye con la lamentación de Melibea y su suicidio, expresado por estas palabras dirigidas a su padre Pleberio: "Pon tú en cobro este cuerpo que allá baja". Sin formar pareja suicida* con su descalabrado amante víctima de un tropezón, su romántica muerte se inscribe en el panteón de trágicos amantes unidos en la muerte.

MELVILLE, Herman (Nueva York, 1819-1891). El hijo mayor del escritor norteamericano, Malcolm, se suicida en 1867. El personaje de su relato *Bartleby, el escribiente* (*Bartleby, the Scrivener*, 1853), se deja morir de inanición por una absoluta y enigmática inapetencia de la vida. "Bartleby representa —según su editora española, Julia Lavid— el héroe alienado, más allá de la desesperación y del sufrimiento, el escepticismo acerca de la capacidad del ser humano de comprensión y de amor, la culminación del elemento pesimista y nihilista". Su irremediable apatía ha despertado el interés de los más renombrados filósofos de la modernidad. Gilles Deleuze* o Giorgio Agamben ven en él una especie de Mesías, un nuevo Jesucristo*.

Memorias de Antonia. Película (*Antonia*, 1995) de la realizadora holandesa Marleen Gorris (Roermond, 1948), militante de la causa lesbiana, que obtuvo el óscar a la mejor película extranjera en el año 1995. Un filósofo, el único personaje masculino bueno de toda la historia, en que las mujeres tienen un comportamiento absolutamente fascista respecto a ellos, se ve abocado al suicidio. Parece ser la única salida para los excluidos de un planeta regido por el ideal del *apartheid* sexual.

MENNINGER, Karl (Topeka, 1893-1990). Psiquiatra norteamericano de origen alemán, autor del clásico e innovador estudio sobre el suicidio *El hombre contra sí mismo* (*Man Against Himself*, 1938). En él introduce la distinción entre las motivaciones del sujeto, según predomine en éste la intención de matarse, ser matado o morir. Clasifica los fenómenos suicidas en crónicos, entre los que incluye el ascetismo, el martirio*, la toxicomanía, la invalidez y las psicosis; focales, como la automutilación*, la simulación de enfermedades, la impotencia o la frigidez; y orgánicos, los que tienen incidencias en el cuerpo y provocan enfermedades orgánicas. Otras obras suyas son *The Human Mind* (1930) y *The Vital Balance* (1963).

Meneceo II. Nieto del que fue con el mismo nombre uno de los primeros reyes de Tebas. Hijo menor de Creonte y de Yocasta*, puede considerarse igualmente como suicida si se le aplica lo que podríamos llamar "síndrome de Givry*", es decir, la conducta de quienes buscan la muerte en el campo de batalla* poco menos que a cuerpo limpio. Después de la partida de Edipo estallan las rivalidades y los "siete contra Tebas" (recuérdese la tragedia de Esquilo) amenazan la ciudad. Para salvarla, Creonte interroga al adivino Tiresias, quien ordena el sacrificio del joven príncipe. Su padre no se resigna a la pérdida de su último hijo y le aconseja marcharse. Meneceo, consciente de su responsabilidad, acepta el sacrificio y parte al combate, donde, dada su juventud e inexperiencia, no tarda en morir a manos del enemigo. En la tragedia de Eurípides *Fenicias* el suicidio es más explícito aún y es perpetrado por propia mano. A las propuestas y subterfugios de su padre contesta el joven decidido: "¡No, por Zeus! [...] sino que me voy, y sacrificándome sobre la cresta de la muralla, derramaré mi sangre [...] y liberaré al país". Así hace, se clava la espada y salva a Tebas del peligro. La representación de su muerte figura en la serie de pinturas napolitanas, hoy perdidas, que elogia Filóstrato* de Lemnos (*Las imágenes*, I, 4), junto a las de las muertes también heroicas de Evadne*, Laodamía* o Pantea*.

Mensaje póstumo. Una de cada seis personas que se suicidan deja una nota escrita. Las misivas hacen referencia a menudo a relaciones personales o a acontecimientos que deben suceder tras haber muerto su autor. Las cartas escritas por personas de edad avanzada expresan con frecuencia preocupaciones por los que dejan atrás, mientras que las notas escritas por jóvenes son más egoístas y pueden ser de ira, reproche o reivindicación. Una nota dejada por alguien que intenta suicidarse pero no lo consigue indica que el intento fue premeditado; el riesgo de que lo vuelva a intentar es, por tanto, elevado. En la época actual se puede hablar de "cibermensajes", ya que las *webs*, los foros y los *chats* suplantan a menudo, y en especial entre los más jóvenes, a las antiguas hojas de papel emborronado (véase Acoso* y Cibersuicidio*).

La idea misma de dejar un mensaje tiene mucho de paradójico, como lo es todo lo relacionado con el suicidio (véase Freud*), pero también tiene mucho que ver con la aspiración muy humana al reconocimiento por la posteridad. Como el héroe o el mártir sacrifican su vida con la esperanza de una recompensa terrena o ul-

traterrena, también el suicida espera triunfar del olvido. Con su testamento, además de con su acto, cree poder espolear la memoria de los supervivientes y aferrarse en cierto modo a la vida, sobrevivirse en el recuerdo o la mala conciencia de los vivos.

Muchos son los suicidas célebres que se despiden de esta forma tanto en la ficción como en la realidad. La hermosa carta en la que el señor de Givry* expone su "respetuosa desesperación" a la dama de sus desdenes es un precoz ejemplo del siglo XVI. En el XVII, el falso pastor Grisóstomo del *Quijote* deja una "canción desesperada" compuesta en larguísimas estancias para acusar de su muerte a la cruel Marcela. Werther* abre el capítulo romántico con una larguísima y pormenorizada carta. Le sigue la poeta romántica Günderode*, quien, como otros muchos, agradece al público antes de hacer mutis. El poeta soviético Vladímir Mayakovski*, el escritor japonés Riunosuke Akutagawa* y el argentino Roberto Arlt* redactan su propio epitafio. Mário de Sà-Carneiro* lo hace en carta a su amigo Fernando Pessoa*; el italiano Emilio Salgari*, en carta a sus hijos. Algunos se contentan con dejar escrita una palabra (René Crevel*, escribe *asco*, palabra que también deja Cesare Pavese* en su diario; Alberto Greco*, *fin*), o con subrayar una línea en la página de un libro (Nicolás Arnero* en el diario de Pavese). Unos dicen que se han divertido mucho, como Romain Gary*; otros, al contrario, que se aburren, como George Sanders*, pero casi todos intentan ser brillantes y concisos en estos testamentos de urgencia. Los políticos, más serios que los artistas, dejan largos discursos llenos de doctrina, como Adolf A. Joffe*. Explican que no soportan su enfermedad Adrienne Monnier* o Pavese. Un muchacho francés de 19 años, Nicolas, escribe a su madre antes de arrojarse al paso del tren en marzo de 2004: "Me he ido a ver si el cielo existe. Si está bien, te llamo". Ciro Milani, joven italiano que "no soporta la vida", inaugura en 2005 un modernísimo método de mensajería póstuma, despidiéndose de sus numerosísimos interlocutores a través de su *chat* y enviándoles nuevos mensajes de ultratumba que tenía previamente programados.

En un estudio de 1961, Edwin S. Schneidman procede a un análisis lógico de estas notas, lo que le lleva a establecer una nueva tipología* según sus estilos revelen un pensamiento lógico, catalógico o paleológico.

Mesoamérica. En la época precolombina, el suicidio era una práctica tolerada en toda el área de Centroamérica, particularmente entre los mayas. Se usaba entre muchos pueblos como sacrificio* ritual a los dioses, a veces mediante el fuego*, a veces junto a otros sacrificios humanos, extracción de corazones y actos de canibalismo. Lo ejecutaban, por ejemplo, pueblos de origen nahoa, que también regaban con sangre de niños los granos de maíz para que la cosecha fuera abundante. En los entierros de personalidades importantes, el suicidio colectivo*, practicado como en algunas regiones de Asia, contribuía a la solemnidad del acto. La sangre humana corre sin cesar en toda ceremonia maya, ya que el momento culmen del culto es el *p'a chi* ("abrir la boca"), durante el cual se frota la boca de la imagen del dios con la sangre de las víctimas. Los aztecas, mucho más que los mayas, viven

obsesionados por la sangre, indispensable para renovar el primordial sacrificio del Sol que les garantiza la supervivencia.

En el polo opuesto de la visión occidental del suicidio, y en particular de la actitud adoptada por el cristianismo, los suicidas del ámbito maya del Yucatán, y en especial los ahorcados, no sólo accedían directamente al paraíso, sin detenerse en ninguna etapa intermedia, sino que gozaban del privilegio soberano de tener a su disposición a una diosa protectora. Se trata de Ixtab, patrona de los suicidas, a quienes se les aparece cerca de los árboles frondosos, principalmente de las ceibas, árbol sagrado y pilar del cielo de cuyas ramas se supone que penden estos privilegiados, a los que la diosa guía y conduce hasta su destino inmortal. Como toda divinidad maya y mesoamericana, sus atributos y funciones son duales, y desde el punto de vista de los occidentales son contradictorios e incompatibles. Es diosa de la vida y de la muerte, de la preñez y de la destrucción, y se la representa ahorcada con una liana que cuelga del cielo, desde donde vela por sus devotos, aquellos que tienen prisa por acceder al conocimiento. Colgada por el cuello de su lazo y acuclillada, con los ojos abiertos y el pecho desnudo y prominente, las manos tendidas en ademán mágico: así aparece en una miniatura del códice de Dresde.

Los métodos* más practicados por los mesoamericanos de la época precolombina son el ahorcamiento*, la inanición*, el envenenamiento* y el ahogamiento*. Otros nuevos se añaden con la llegada de los españoles y la conquista de aquellos territorios. El suicidio se extiende como remedio extremo contra la esclavitud* o las duras condiciones de la encomienda. Todos los medios son buenos, y algunos suicidios colectivos son de lo más espectaculares, como cuando los cholultecas ascienden hasta la cima de la pirámide de Quetzalcóatl y desde allí se arrojan en masa al vacío. Refiriéndose a la isla Española, el cronista Francisco López de Gómara cuenta lo siguiente: "Unos se mataban con zumo de yuca, y otros con malas yerbas; otros se ahorcaban de los árboles. Las mujeres hacían también ellas como los maridos, que se colgaban a par dellos, y lanzaban las criaturas [abortaban] con arte y bebida por no parir a luz hijos que sirviesen a extranjeros".

La actitud de los aztecas, civilización mágica y profundamente religiosa, ante la llegada de los conquistadores españoles, ha sido calificada a menudo de "suicida" por historiadores y ensayistas. Sabido es que todos los presagios anunciaban la vuelta del mítico Quetzalcóatl, rey barbado y bienhechor huido hacia oriente, y que la aparición por esos mismos rumbos de hombres blancos, barbudos y encaramados en sus terroríficas monturas, paralizó en parte la defensa de los guerreros y sumió en la angustia a su soberano. Insiste en ello muy especialmente J. M. G. Le Clézio en su estudio *El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido* (*Le rêve mexicain ou la pensée interrompue*, 1988; trad. cast., FCE, 1992): "Esta obsesión de la muerte entre las naciones de Mesoamérica había alcanzado un grado extremo, y es sin duda por lo que fueron tan fácilmente conducidas a su fin". Le Clézio recuerda oportunamente cómo Moctezuma se dejó morir de las heridas producidas por sus propios vasallos. El cronista soldado Bernal Díaz del Castillo lo cuenta en el capítulo CXXXVI de su *Verdadera Historia*

de los sucesos de la conquista de la Nueva España. A una nueva propuesta de Cortés, responde el soberano: "Que yo no deseo vivir ni oílle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído". Expuesto en una azotea ante la cólera de sus propios súbditos, es herido de "tres pedradas e un flechazo", y aunque los españoles se esfuerzan por alimentarle y curarle, "no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto". Cuauhtémoc, que frente a la pasividad del anterior se pone a la cabeza de la más decidida resistencia, prefiere la muerte a la derrota y contesta con palabras numantinas a las propuestas de paz de Cortés. Cuando por fin cae preso, llevado ante su vencedor, le pide que le dé muerte: "Toma luego ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él" (*Ibid.*, CLVI).

El citado Francisco López de Gómara menciona en su *Historia general de las Indias* una práctica muy similar al *sati** de la India cuando refiere, hablando de los indígenas de la isla de Santo Domingo, que "entierran con los hombres, especial con señores, algunas de sus más queridas mujeres o las más hermosas, ca es gran honra y favor; otras se quieren enterrar con ellos por amor".

Métodos. Un informe de la Organización Mundial de la Salud (OMS) registra más de 1.000 métodos o técnicas diferentes destinadas a quitarse la vida. Entre quienes los aplican, los hay que combinan más de uno para mayor seguridad. Tenemos buenos ejemplos de esta mortífera multiplicación desde la mitología grecolatina. Así la despechada reina de Cartago Dido*, quien, en la versión virgiliana, se atraviesa el pecho con una espada y se arroja a las llamas de una hoguera. También la poeta alemana Caroline von Günderode* combina el apuñalamiento y el arrojarse al agua. El poeta español Gabriel Ferrater* se envenena y asfixia. El griego Periclis-Yannópulos* se lanza al mar y se dispara con un revólver. Adolf Hitler* y varios de sus compañeros de búnker se envenenan y disparan un tiro de pistola. Lo mismo hace el poeta búlgaro Peiu Yavórov*. El pintor Mark Rothko* se envenena y abre las venas, lo que también hace poco más tarde y en el mismo barrio neoyorquino la fotógrafa Diane Arbus*. Más raro es el caso de quienes recurren a tres medios a la vez, y constituyen un récord los casos de Racías, personaje de la Biblia*, el revolucionario francés Nicolas de Chamfort* o la dramaturga británica Sarah Kane*. Uno de los más previsores en disponer de toda clase de medios fue el emperador romano Heliogábalo*, a quien tanta precaución no le sirvió de nada, pues fue vilmente asesinado. En la actualidad, según estudios estadísticos, cerca del 20% de los suicidas aplican dos métodos o más, o una combinación de fármacos diversos, lo que aumenta el riesgo de muerte. También hay suicidas que, sin aplicar varios procedimientos, extreman las precauciones para no fracasar en el intento, y entre éstos se pueden contar quienes se disparan mirándose al espejo, como Mariano José de Larra*, Rodolfo de Habsburgo* o José María Arguedas*; o los que, como el emperador Adriano, según cuenta Suetonio, o José Asunción Silva*, encargan a sus médicos que les tracen con precisión en el pecho el lugar del corazón para asestar allí el golpe fatal.

De entre los variadísimos medios a los que recurre el hombre para acabar con su

vida, tanto naturales como artificiales, nos contentaremos con citar aquí por orden alfabético aquéllos de los que nos ocupamos con algún detalle: el ahogamiento*, el ahorcamiento*, el uso de armas blancas* y armas de fuego*, la asfixia*, el atropello* por vehículos rodados, la marcha al campo de batalla*, el desangramiento* por corte de las venas, el envenenamiento*, la incineración por el fuego*, la inanición*, la inhalación* de gases tóxicos, el salto* al vacío, que puede ser defenestración desde un edificio o al aire libre. Séneca*, enumera elocuentemente (y en traducción de Quevedo*) muchos de ellos como otras tantas vías abiertas hacia la libertad, y concluye su enumeración por el método usado por él, el desangramiento, que resume así: "¿Preguntas, pues, cuál sea el camino para la libertad? Cualquier vena en el cuerpo".

El método se completa con las circunstancias que lo rodean, llegándose muchas veces a la puesta en escena, ritual fúnebre o ceremonial* más o menos narcisista. La elección del método obedece, claro está, a motivos de facilidad, proximidad o disponibilidad, pero también, según una mentalidad altruista, a la aceptación cultural por el entorno social. De ahí que el uso de los métodos dependa de países y épocas, de costumbres, códigos o religiones. Si para cualquiera resulta evidente que el haraquiri* es japonés y el abrirse las venas romano, quizá no lo sea tanto que, en cierta época, las jóvenes noruegas se arrojaban a las aguas de un lago, o que las cubanas o cingalesas se inmolaban por el fuego. La costumbre de las viudas hindúes de arrojarse a la pira funeraria de sus esposos difuntos, el *sati**, aunque es culturalmente propia de un país, quizá no sea, en cambio, suicidio. Podría suponerse que, en la actualidad* y dada la información de que se dispone sobre métodos incruentos y el fácil acceso que se tiene a ellos, se hubiera abandonado el uso de técnicas violentas en beneficio de otras más suaves y confortables. Dicho en otras palabras: que los suicidas recurrieran masivamente al uso de tranquilizantes y dejaran para siempre de ahorcarse o tirarse por la ventana, pero no es así. En Francia, por ejemplo, pese a la publicación de obras que describen las técnicas de intoxicación mediante medicamentos (véase Guillon *), el uso de éstos no ha aumentado y sigue manteniéndose en un 13,54 % de los suicidios registrados, mientras que los métodos violentos siguen siendo los preferidos del público.

Un aspecto curioso de esta variedad de métodos es su escaso grado de fiabilidad, ya que, cualquiera que sea el que se aplique, siempre hay y ha habido una gran distancia entre los intentos y los resultados. Buen ejemplo de ello es el caso de un "combatiente del pueblo" iraní (*muyahidin jalq*) que, en el momento de verse rodeado por la policía, intenta matarse por tres medios distintos sin conseguirlo por ninguno de ellos: con un revólver que se le encasquilla, con una cápsula de cianuro* caducada y con una granada que sólo le deja malherido (*El País*, 7 de agosto de 2005).

La variedad de métodos es algo que siempre ha inspirado a los caricaturistas de todos los tiempos. Si en 1814 los franceses se burlan de sus vecinos de Gran Bretaña*, publicando un grabado que representa a éstos ahorcándose, lanzándose al agua desde un puente, disparándose con un revólver en la boca o envenenándose,

una viñeta política del caricaturista Plantu, publicada en primera página de *Le Monde* en 1999, muestra a los eurodiputados clavándose un sable en el vientre, disparándose con una pistola en la sien, colgándose del techo o arrojándose al agua de una palangana con un pedrusco atado al cuello.

MIAN MIAN (Shanghai, 1970). Seudónimo ("algodón" en chino) de la escritora china contemporánea Shen Wang, autora escandalosa y controvertida en su país, con grandes éxitos de ventas en todo el mundo. A los 15 años pierde a su mejor compañera de clase cuando ésta se abre las venas. Su vida cambia por completo, abandona los estudios y huye de casa lanzándose al consumo del alcohol*, las drogas y toda clase de excesos. Tras varias curas de desintoxicación se dedica a organizar conciertos de rock y otros espectáculos, siendo una pionera femenina en esta actividad, que comparte con la escritura. Su primer libro es inmediatamente prohibido por las autoridades chinas, y todos los que le siguen tendrán problemas con la censura. En la novela *Tang* (2001), en gran medida autobiográfica, la protagonista, la adolescente Xiao Hong, traumatizada por el suicidio de su mejor amiga, se hunde y busca socorro en las drogas y el sexo.

MICHELSTAEDTER, Carlo (Gorizia, 1887-1910). La vida de este precoz y brillante filósofo, poeta y escritor, dotado asimismo para la pintura y las matemáticas, está jalonada por muertes y abandonos. El suicidio en 1907 de una joven viuda rusa, de la que se enamora, lo sume en la depresión. Solitario, frustrado académica y profesionalmente, incomprendido por sus padres, el día 17 de octubre de 1910, después de una discusión con su madre y cuando por fin ha acabado su tesis, se dispara un tiro de revólver. Así pone en práctica una idea que ya había acariciado en múltiples ocasiones. El ensayista italiano Claudio Magris es un gran admirador suyo y lo evoca a menudo en sus escritos. Por su juventud y precoz suicidio, se le asocia con frecuencia al también filósofo judío Otto Weininger*, muerto como él a los 23 años.

MICHAUX, Henri (Namur, 1899-París, 1984). El padre del poeta, aquejado de neurastenia, se arroja por la ventana de su casa un día de marzo de 1930, lo que provoca la locura y rápida muerte de su esposa.

Midas. Aunque también fue rey de Frigia, no hay que confundir a este personaje histórico con aquel otro mitológico, bastante tonto, que convertía en oro todo lo que tocaba y al que Apolo coronó con orejas de burro. El Midas histórico vivió en época micénica, en el siglo VIII a. C., y tuvo su capital en Gordión, a orillas del río Sangarios. Aun estando su ciudad fortificada, de modo que ponía en admiración a los griegos, fue tomada y saqueada por hordas venidas de las estepas del norte. El rey no soportó esta derrota, que debió de tener lugar en torno al 700 a. C., y se suicidó. Con él desaparece para siempre el reino de Frigia.

Million dollar baby. Película norteamericana dirigida e interpretada por el veterano Clint Eastwood (2004), recompensada en 2005 por cuatro óscars. El entre-

nador retirado de boxeo Frankie (papel interpretado por Eastwood) acepta a regañadientes formar a Maggie (Hilary Swank), boxeadora incipiente a sus 31 años descubierta por su mejor amigo (Morgan Freeman). Entre entrenador y campeona se establece poco a poco una relación paternofilial con la complicidad de ese común amigo, Scarp. Como consecuencia de un golpe recibido en el cuadrilátero, la joven queda tetrapléjica y pide que se le ayude a morir. Accediendo a sus ruegos, el propio Frankie le inyecta por vía endovenosa cantidades masivas de adrenalina, lo que le provoca una parada cardiorespiratoria. Esta muerte puede calificarse de eutanasia* más que de suicidio asistido*, y difiere de la de Ramón Sampedro* en la realidad o en la película de Alejandro Amenábar, ya que éste sorbe él mismo el veneno.

MILOSEVIC, Slobodan (Pozarevac, 1941-La Haya, 2006). Prueba a la vez del carácter hereditario del suicidio y del mucho mal que pueden hacer los temperamentos autodestructores antes de poner fin a su vida. Presidente de Serbia en 1989 y de Yugoslavia en 1997, es detenido en 2001 y juzgado por genocidio en el tribunal internacional de La Haya. Su padre Svetozar, teólogo ortodoxo, presa de la locura, se dispara un tiro en la sien en 1962. Su madre Stanislava, maestra de escuela y militante comunista, se ahorca en 1974. Según el escritor croata Predrag Matvejevic*, hubo un tercer suicidio en la familia. Debido a estos antecedentes, los manifestantes que reclaman su dimisión el año 2000 corean por las calles de Belgrado: "Slobodan: salva a Serbia, ¡suicídate!" Lo mismo, aunque por otras razones, le grita su hija Marija cuando la policía de su país asalta su casa de Belgrado: "¡No te entregues, suicídate!" El 11 de marzo de 2006 es encontrado su cuerpo sin vida en la celda del centro penitenciario de las Naciones Unidas en La Haya. Cinco días antes se había quitado la vida en otra de las celdas de la misma cárcel Milan Babic, antiguo presidente de la región secesionista serbia de Krajina.

MIRA, Víctor (Zaragoza, 1949-Múnich, 2003). Este pintor y escultor de formación autodidacta, declarado mejor artista español del momento en la Feria de Arco de 2000, añade a su producción artística la publicación de una serie de escritos como *El bienestar de los demonios*. En 1990 envía a un crítico español desde Alemania, donde reside, una carta abierta titulada "Más allá del dolor y de la muerte", considerada posteriormente como su testamento artístico y vital. Después de que un incendio ocasionado en su taller destruyera gran parte de su obra, se arroja al paso de un tranvía a los 53 años.

MIRANDE, Jon (París, 1925-1972). "Morir matando / no puede ser suicidio", dice en uno de sus poemas este escritor vasco-francés, que sólo en 1970 ve publicada su mejor novela, *Haur besoetakoa*. Aquejado de graves problemas psíquicos desde tiempo atrás, el día de los inocentes de 1972 ingiere en París una sobredosis de barbitúricos.

MISTRAL, Jorge (Aldaya, 1920-México, 1972). Este actor, cuyo nombre real es Modesto Llosa, debuta en 1944 con *La llamada del mar*, de José Gaspar, y desde ese momento se convierte en uno de los

galanes más vistosos del cine español, compartiendo protagonismo con las grandes estrellas del momento. En 1949 se traslada a América, donde inicia una segunda carrera en México, Cuba, Bolivia y Chile, trabajando a las órdenes de Emilio Fernández (*El mar y tú*, 1951) y Luis Buñuel (*Abismos de pasión*, 1953). Fracasa como realizador e inicia un declive físico y profesional que le lleva a la depresión y el suicidio.

MISHIMA, Yukio (Tokio, 1925-1970). Seudónimo del escritor japonés Hiraoba Kimitake. Figura solitaria y enigmática de la literatura japonesa, en perpetua rebeldía contra la sociedad de su país, a la que, como defensor de las tradiciones guerreras, considera, opulenta y autosatisfecha, en total decadencia. En su época de estudiante en la universidad imperial de Tokio revela su carácter provocador e inconformista practicando la apología de la violencia, el culto a la belleza masculina y la reivindicación de una homosexualidad viril. Esto le lleva a fundar un grupo ultranacionalista y paramilitar, la Sociedad del Escudo, y a rodearse de jóvenes seguidores fanatizados. Además de una marcada obsesión por las muertes espectaculares y ejemplares, en su obra son constantes las fantasías masoquistas y la temática gay, el erotismo, el dolor, la muerte y la preocupación por el cuerpo, su belleza y su degeneración. El 25 de noviembre de 1970, tras secuestrar a un general y arengar a las tropas en un simulacro de golpe de Estado en el cuartel general de las fuerzas armadas de Tokio, se inflige públicamente, junto a otros miembros de su congregación, el haraquiri* o *seppuku* siguiendo la tradición de los samuráis. Después de abrirse el vientre con el sable, es decapitado por un cadete de su orden. Su muerte anacrónica y grandilocuente, que provoca una auténtica conmoción en el Japón capitalista y moderno de la exposición universal de Osaka, pone fin a un período de gran riqueza literaria y oculta en parte la auténtica valía del escritor. Su viuda, al igual que otros miembros de su familia, se esfuerzan cuanto pueden por velar la homosexualidad del escritor. A la muerte de aquélla en 1995, salen a la luz manuscritos y otros documentos, cuidadosamente ocultados, que revelan nuevos aspectos del autor o confirman sus tendencias. Por ejemplo, la película en que Mishima mima con antelación toda la ceremonia de su suicidio. Es también muy esclarecedora sobre varios aspectos de su personalidad su correspondencia con otra gran figura, el escritor suicida japonés Yasunari Kawabata*.

MITRÍDATES VI (Sínope, 132-Panticapeo, 63 a. C.). Principal enemigo de Roma en la época, este rey del Ponto, gran conquistador, conocido también como Eupátor o el Grande, reúne toda Asia Menor hasta Mesopotamia y Grecia entera, que lo aclama como libertador. Sus intereses chocan con los de la República, contra la que estalla la primera guerra mitridática en 88, de la que sale victorioso. La segunda, iniciada en 82, le es menos favorable tras las victorias del romano Sila. Derrotado pero no vencido, el anciano rey resiste hasta el último momento. Al final intenta envenenarse y como no lo consigue, porque su cuerpo está inmunizado, se hace degollar por uno de sus guardias. Muchos son los escritores romanos que, como Cicerón, Plutarco o Apiano, im-

presionados por esta gran figura oriental, han contado sus hazañas y descrito su carácter. En época moderna, Jean Racine* se apodera del personaje para convertirlo en protagonista de una de sus más célebres tragedias, *Mithridate* (1673). A sus otros rasgos se añaden aquí sus amores seniles y la rivalidad amorosa con uno de sus hijos. Valeroso soldado hasta el último momento, se clava la espada para no caer en manos del enemigo, perdona a su hijo y renuncia a su amada. Los músicos también se han interesado por él : Alessandro Scarlatti compone un *Mitridate Eupatore* (1707) y Mozart, con sólo 14 años, un *Mitridate, re di Ponto* (1770).

MOLINA FOIX, Vicente (Elche, 1949). En su novela *El vampiro de la calle Méjico* (Anagrama, 2002), Esteban es un joven homosexual enamorado del protagonista narrador, de quien éste cuenta: "Apareció muerto frente a *mí* dos días después, aunque estoy seguro de que lo hizo como regalo, el único ya posible, y no para vengarse". El joven se ahorca colgándose en la última planta del edificio Torre de Madrid de la Plaza de España, y allí colgado lo descubre desde la ventana de su habitación Juan Borrás, el *vampiro* seductor que se cobra tantas víctimas.

MONESTIER, Martin (Marsella, 1942). Prolífico y estrambótico polígrafo francés, etnólogo de lo horrible y lo insólito, coleccionista de los objetos más extravagantes y autor de obras enciclopédicas tan peregrinas como las dedicadas a los escupitajos, las moscas, los pelos, los caníbales o los excrementos. Durante tres años seguidos duerme dentro de un ataúd, como un vampiro transilvano, en su domicilio parisino del Barrio Latino, auténtico rasgo surrealista*. En tres ocasiones juega con suerte a la ruleta rusa, según su propia confesión. Es autor, entre otros libros, de *Suicidio. Historia, técnicas y curiosidades de la muerte voluntaria* (*Suicide. Histoire, techniques et bizarreries de la mort volontaire*, 1995).

MONNIER, Adrienne (París, 1892-1955). La librería que abre en 1915 en el nº 7 de la calle Odéon de París, en pleno Barrio Latino, *La Maison des amis des livres*, se convierte desde el año siguiente en el lugar de cita de las grandes figuras de la vanguardia literaria francesa. Abren la marcha los incipientes surrealistas*, desde el insaciable y ecléctico lector Louis Aragon, el primero de ellos, hasta André Breton algo más tarde, y les siguen otros muchos: Pierre Reverdy, Max Jacob, Blaise Cendrars, Paul Léautaud, Paul Valéry, André Gide... A finales del año 1916 entra por primera vez en la tienda Sylvia Beach, que también será librera célebre en París, dueña de Shakespeare and Company y primera editora de Joyce en el exilio, y se inicia una asociación y una amistad fecundas. En 1955 se suicida, no pudiendo soportar la enfermedad auditiva que padece ni "los ruidos que [la] martirizan", como deja escrito en su mensaje* póstumo.

Monóxido de carbono. Gas invisible e inodoro que se produce por combustión de toda clase de materiales —leña, carbón, gasolina, etc.— y que entraña grave peligro de asfixia en espacios cerrados y mal ventilados. Usado en asesinatos, como el de Émile Zola*, la inhalación* voluntaria de este gas a partir de braseros, estufas,

tubos de escape de vehículos, etc., es un medio utilizado para darse muerte. Así lo hacen, por ejemplo, el futbolista austriaco Matthias Sindelar en compañía de su amante, que aguardan sus efectos encima de la cama (véase Fútbol*), o Anne Sexton* y el poeta griego Alexis Traianos* dentro de sus respectivos garajes, o John Kennedy Toole* y Kevin Carter* mediante una manguera conectada al tubo de escape. Sienten predilección por este medio de suicidio muchos de los actuales firmantes de pactos suicidas* en Japón*.

MONROE, Marilyn (Los Ángeles, 1926-Brentwood, 1962). Con la muerte misteriosa de esta estrella ocurre lo contrario de lo habitual, que consiste en negar la evidencia del suicidio y disimularlo, por obedecer al tabú* social frente a la muerte voluntaria, bajo los ropajes más inverosímiles. En este caso, todos se apresuran a cerrar el caso para ocultar otras posibles causas y atribuir la muerte a ingestión voluntaria de barbitúricos. Su muerte se produce en la noche del sábado 5 de agosto, cuando la actriz se encuentra sola en su habitación y sin otra presencia en la casa que su dama de compañía. Entre quienes se esfuerzan por invalidar la tesis del suicidio, Don Wolfe trata de demostrar, en su *Investigación sobre un asesinato*, que la autora de su muerte mediante inyección letal es la CIA en presencia del propio Robert Kennedy, quien dirige la operación. Los motivos del crimen: las relaciones sentimentales del presidente John F. Kennedy con la actriz y la búsqueda de los comprometedores papeles íntimos de ésta. Otro biógrafo, Donald H. Spoto, autor de *Marilyn Monroe, la biografía* (Anagrama, 1993), apunta más bien a un error médico, al suministrársele un potente somnífero cuando ella había ingerido ya una fuerte dosis de Nembutal. A pesar del estado depresivo de la estrella y de su frecuente uso de somníferos, y aunque ninguna explicación resulte del todo satisfactoria, la tesis del suicidio no parece la más convincente.

MONSIVÁIS, Carlos (México, 1938). El periodismo es el mejor antídoto contra el suicidio: esto afirma, a sus 65 años, el intelectual más popular y polifacético de México, el más bromista y ubicuo de sus escritores, en declaraciones hechas en 2003 a un periódico. Para explicar su vocación de periodista cuenta que una voz del cielo le dijo: "Suicídate". Pero antes de atender el consejo celestial se dijo: "Bueno, a lo mejor eso también lo hago mal". Temeroso de convertirse en "un pésimo suicida", optó por el periodismo, que por ahora no lo hace tan mal.

MONTAIGNE, Michel de (Saint-Michel-de-Montaigne, 1533-1592). El capítulo III del Libro II de los *Ensayos* (*Essais*) está dedicado a reflexionar sobre la vida y la muerte, y en él el autor se muestra buen discípulo de los estoicos*, a quienes cita en abundancia. Alaba a cuantos en la Antigüedad*, espartanos, filósofos cínicos o estoicos, eligen este "remedio contra todos los males" y critica la posición de Platón. No omite citar los numerosos casos de la Biblia* y destaca el curioso caso de las heroicas mujeres Pelagia y Sofronia, canonizadas por la Iglesia a pesar de ser ambas autoras de su propia muerte. Se congratula de que la naturaleza nos haya hecho don del más rico presente al darnos "una entrada a la vida y cien mil salidas" y procla-

ma que "la más bella muerte es la más voluntaria". Con una fórmula lapidaria resume su concepción del tema: "La vida depende de la voluntad ajena; la muerte, de la propia". En el capítulo XIII del mismo libro, al meditar de nuevo sobre la muerte propia y la ajena, vuelve sobre el tema citando otros muchos casos antiguos y deteniéndose en particular en la duración de la muerte. Aunque él, con Plinio, considera que la más breve es la máxima dicha, recuerda a los suicidas a los que les da tiempo a arrepentirse o a aquellos otros que prolongan la muerte como un placer.

MONTESINOS, José Luis (Tarragona, 1978). Un escritor fracasado descubre una profesión lucrativa: redactar para clientes suicidas los mensajes póstumos* que quieren dejar a sus amigos o familiares y que no son capaces de escribir. Con la historia agridulce de este escribano público testamentario, un joven cineasta español, que la cuenta en su cortometraje *Final* (2003), acapara decenas de premios.

MONTHERLANT, Henry de (París, 1896-1972). En febrero de 1969 declara a la revista *Les nouvelles littéraires*: "A menudo he estado tentado de escribir un librito únicamente con fines prácticos, barato, de gran difusión, con un título que podría haber sido: *Vite et Bien ou L'Art de ne pas se rater, en cinq leçons* (*Pronto y bien o el arte de matarse con éxito en cinco lecciones*). Un libro que fuera útil para la gente, un libro que todo amigo del suicidio debiera tener siempre a mano. Lo que me detuvo fue la convicción de que el libro sería prohibido". No se equivocaba, cuando se ve lo ocurrido poco más tarde, también en Francia, al autor de un libro parecido, Claude Guillon*. En otra ocasión, Montherlant escribe: "Poco importa que constituya o no la derrota del suicida, si éste con su suicidio ha probado dos cosas: su valentía y su capacidad de control. En ese caso, el suicidio representa la plenitud de la vida, como la llama lo es de la antorcha". Siempre quiso que su muerte fuera libre, "un acto sólo de su propia voluntad". Por eso, al ir quedándose casi totalmente ciego y tener que vivir desde 1968 recluido como un anacoreta en su domicilio parisino del *quai* Voltaire, se da muerte. Escoge para la ceremonia la fecha del 21 de septiembre, equinoccio de otoño. Pierre Sipriot, que ha publicado en *Montherlant, écrivain de toujours* la lista de textos en que el autor justifica el suicidio, concluye: "Son innumerables".

MORATÍN, Leandro Fernández de (Madrid, 1760-París, 1828). Desterrado de Madrid en 1812, acusado de afrancesamiento y colaboración con el enemigo napoleónico, privado de todos sus bienes y "desesperado, a punto estuvo de dejarse morir de inanición". Esto es lo que nos cuenta del poeta y dramaturgo neoclásico el crítico F. Ruiz Morcuende. A él se debe, como afirma Joan Corominas en su *Diccionario etimológico*, la introducción del término *suicidio* en castellano, neologismo de origen inglés que él usó por primera vez a comienzos del siglo XIX (véase Suicidio*).

Morfina. Alcaloide obtenido por primera vez en 1806 por el químico alemán F. W. A. Sertümer a partir del opio* o adormidera, planta de la que también se extrae el cloroformo. Su descubridor redujo el opio a una solución en ácido mecónico

que neutralizó con amoniaco y bautizó el resultado con el nombre de *principium somniferum* por sus efectos narcóticos. Más adelante, por referencia a Morfeo, dios grecolatino del sueño, le cambia el nombre por el actual. Según otros autores, es el francés Armand Séquin quien aísla primero, en 1804, este ingrediente principal del opio. Potente analgésico inyectable, crea rápidamente adicción y grave toxicomanía. Su uso se propaga entre las clases acomodadas de toda Europa convirtiéndose en una auténtica moda, sobre todo en Francia entre 1870 y 1900. A pesar del peligro mortal que entraña la sobredosis, o quizá por ello, llegan a abrirse clubs mundanos de morfinómanos. La heroína* es un potente derivado de la morfina y se obtiene mediante su acetilación. Walter Benjamin*, Jack London* y Frida Kahlo* usan la morfina en fuertes dosis como medio para envenenarse.

MORNY, Mathilde de (París, 1862-1944). Sólo la *Belle Époque* francesa produce personajes tan excéntricos y provocadores como esta aristócrata, amiga íntima de la escritora Colette y protagonista de los escándalos más sonados. Aunque la época y la sociedad en las que se desenvuelve cultivan toda clase de desórdenes, no se le perdona, junto a su atuendo masculino, sus puros y su descoco, su insistencia en que la servidumbre la llame "señor marqués" y sus amigas "tío Max". Solitaria y arruinada tras una vida de placeres, a finales de mayo de 1944 intenta hacerse el haraquiri* en su piso parisino, pero no logra darse muerte porque acuden a tiempo de salvarla. Un mes después vuelve a intentarlo, mete la cabeza en un horno de gas* y consigue asfixiarse.

MORO, Tomás (Londres, 1478-1535). Autor de *Utopía* (*De optimo republicæ statu deque nova insula Utopia*, 1516), obra latina en prosa y en parte dialogada. En ella el humanista inglés (cuyo nombre original es Thomas More) traza el diseño de un Estado ideal para poner remedio a tantos males como, según él, aquejan a la sociedad de su tiempo. Inspirándose en la República platónica, toda conducta está reglamentada y controlada en esta sociedad comunista insular, que suprime la propiedad privada y obliga a trabajar a todos sus ciudadanos. Esta visión ideal podrá parecerles a unos el paraíso y a otros un campo de concentración; y así, en nombre del bien común, se acepta la esclavitud, y el suicidio se convierte prácticamente en una obligación. Cualquier persona que, por su edad, enfermedad o invalidez, constituya un fardo para la colectividad, tendrá que someterse a este imperativo. El propio autor, según no pocos comentaristas, entre los que se halla Madame de Staël en sus *Réflexions sur le suicide* (1813), obedece a esta regla haciendo cuanto está en su mano por ser ejecutado. Santo y mártir* para la Iglesia católica, otros lo consideran discípulo de Sócrates*, y aquí podría hallar cobijo entre los muertos por arma ajena que pueblan el campo de batalla*.

MORRAL, Mateo (Sabadell, 1880-Torrejón de Ardoz, 1906). Su carácter introvertido, la austeridad espartana de sus costumbres, su sobriedad, todo en él recuerda el carácter de los terroristas islamistas actuales. Aunque de familia acomodada y con buenos estudios de ingeniería en Alemania, y conocimientos de inglés, francés y alemán, milita pronto en

el anarquismo. Es autor del intento de regicidio fracasado contra Alfonso XIII, el 31 de mayo de 1906, a la salida de la boda del joven rey con María Eugenia de Battenberg, que provoca en la calle Mayor de Madrid la muerte de 23 personas y heridas a otras 100, dejando indemnes a los desposados. Desde el balcón en que está apostado, Morral lanza una bomba de tipo Orsini envuelta en un ramo de flores, similar a la del atentado del Liceo de Barcelona, obra de su correligionario Santiago Salvador *. Logra huir de Madrid y, errante por sus alrededores, es interceptado por un guarda jurado; lo mata y, a continuación se dispara con la misma pistola un tiro en el pecho y muere. La víspera, como atestiguan varios escritores de la época, se le ve frecuentar varias tertulias literarias modernistas.

Por todo ello, en una época en que modernistas, jóvenes noventayochistas y aun futuros vanguardistas coquetean con el anarquismo, la teosofía y otras vaguedades, su "gesta" deja huella en sus obras, por ejemplo en Valle-Inclán *, Baroja *, Ramón Gómez de la Serna * y Ramón Pérez de Ayala. "Para el paso de Mateo Morral por la vida madrileña y el eco del atentado entre los escritores, véase Pío Baroja, *Memorias*, III", aconseja Zamora Vicente.

MORRISON, Jim (Melbourne, 1943-París, 1971). Principal componente y letrista del grupo musical The Doors, que se da a conocer en 1967 con el álbum *Light my Fire*. Hijo de un militar de alta graduación y estudiante empollón en su primera juventud, gran lector de Rimbaud, Artaud *, Nietzsche y William Blake, de quien toma el nombre para su grupo, se convierte con su música y sus excesos en una figura mítica, que su muerte prematura plasma en icono del siglo XX, en el panteón de los James Dean o Marilyn Monroe *. Gran consumidor de alcohol *, heroína * y LSD, destruye instrumentos en escena y provoca toda clase de escándalos durante sus conciertos. Tras varios procesos por consumo de drogas, renuncia a la música, se retira al barrio del Marais de París y allí se dedica a escribir poesía, publicando tres libros de poemas. Su cuerpo inanimado aparece en la bañera de su piso, víctima de una sobredosis. Su tumba en el cementerio del Père Lachaise es una de las más concurridas, floridas y visitadas e incluso lugar de cita para orgías de reconocida necrofilia *. Félix de Azúa * pretende que la lectura de Rimbaud es lo que le lleva al suicidio: "No sabía que esa traducción iba a costarle la vida. Se mató en la misma calle donde, años atrás, vivía Baudelaire *" (quien, dicho sea de paso, murió de enfermedad y no por suicidio).

MORSELLI, Enrico (Génova, 1852-1929). En 1879 este psiquiatra italiano publica *Il suicidio*, un estudio de "estadística moral comparada" en el que, adelantándose a Durkheim *, aborda el tema del suicidio con criterios positivistas muy parecidos a los de éste. Así, por ejemplo, estima que la fuerza disuasiva de la religión resulta ya inadecuada, y que el problema del suicidio sólo logrará resolverse "cuando cada uno lleve dentro de la conciencia el sentido del propio deber de sacrificar el egoísmo personal al bienestar colectivo de la humanidad". En 1891, con un artículo sobre lo que bautiza como "dismorfofobia", se adelanta a todo el mundo en el

estudio de ese trastorno que conduce al rechazo de su propio físico y que hoy día arrastra a tanta gente hacia la cirugía estética. No parece del todo infundado incluir esta fobia entre los fenómenos de automutilación*.

MORSELLI, Guido (Bolonia, 1912-Varese, 1973). Su muy original novela *La desaparición del género humano* (*Dissipatio H. G.*, publicada póstumamente en 1977, y en español por Laetoli en 2009 con el título *Dissipatio humani generis*) le podría haber servido para exorcizar toda veleidad suicida; sin embargo, tras varios intentos, reincide y consigue quitarse la vida. El narrador protagonista de la novela en primera y única persona es el exhombre, el superviviente, el heredero de una humanidad que, sin dejar rastro, sin explicación, causa aparente o motivo plausible, ha de-saparecido, se ha evaporado, dejándolo en el más abismal de los vacíos, en la soledad elevada a la enésima potencia. Este hombre huraño ha querido suicidarse durante la noche del 1 al 2 de junio arrojándose a las aguas de un lago subterráneo. Es un candidato al suicidio reflexivo y consciente, conocedor de la obra de Durkheim*, cumplidor al pie de la letra de muchos de los ritos y preparativos que rodean el acto. La fecha misma escogida y la edad* ("nací un 2 de junio a mediodía y quería evitar cumplir los 40 años") responden a una decisión madurada. Pero en el último momento "actuó el sentido órganico": sus 85 kilos se negaron "a cambiar de materia". Dos anteriores experiencias, dos "conmutaciones de pena", como él las llama, lo preparan para el regreso. Sin embargo, la sorpresa no puede ser mayor. La realidad que le aguarda es como el negativo de su suicidio fallido: en vez de ser él, son los otros quienes se han ido. El resultado es casi el mismo para ¿el resucitado, el escogido, el excluido? La víctima, en todo caso, de su propio juego: "poner entre paréntesis la existencia de (sus) semejantes". Poco más sabremos acerca de este triunfo del freudiano "instinto de muerte" si no es el miedo cerval que se apodera del único testigo. En su radical soledad ya no podrá volver a intentarlo, porque —concluye con gran sabiduría— "el suicidio reclama un destinatario".

Muerte al amor. Película francesa musical y reflexiva de Alain Resnais (*L'amour à mort*, 1984), con Sabine Azema y Pierre Arditi en los papeles protagonistas de una bióloga y un arqueólogo, amantes absolutos. Al tratarse de una historia de amor radical, todo termina, como anuncia el título, en la muerte voluntaria y la unión de la pareja* en el más allá. Él muere una primera vez y vuelve a la vida, fascinado por la muerte. Cuando este Lázaro resucitado muere una segunda vez, su amada corre a juntarse con él.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (Úbeda, 1956). Entre los muchos recuerdos de adolescencia que desgrana el personaje narrador de su última novela, *El viento de la luna* (Seix Barral, 2006), todo el capítulo 13 evoca el ahorcamiento* de un vecino, el ciego Domingo González, "escondido en la doble oscuridad de su ceguera y de su casa". Este antiguo falangista, que tiene numerosas muertes sobre la conciencia, vive con el terror de una posible venganza, de la que trata de huir con su suicidio. Los rumores del coro campesino ("¡Que se ha muerto el ciego! ¡Que dicen

que se ha ahorcado!") son los que reconstituyen a pinceladas la muerte del verdugo, "la soga del cubo con el que sacaba el agua del pozo", "las gafas negras pisoteadas en el suelo en medio de un charco de orines", y los que despiertan el miedo en los niños.

MUSSET, Alfred de (París, 1810-1857). Víctima, a pesar de todos sus éxitos literarios y mundanos, de una precoz y pertinaz melancolía* que influye rápidamente en su físico y su carácter y le hace exclamar: "He perdido mi fuerza y mi vida..." El alcoholismo* y el libertinaje, que reivindica y practica como vías de conocimiento, son algunas de las consecuencias de su depresión congénita. Su capacidad de autodestrucción y su masoquismo se revelan perfectamente en su fracasada relación con George Sand.

La noche veneciana (*La nuit vénitienne*, 1830) es un drama en un acto y en prosa en el que el suicidio no pasa de amenaza, la que Razetta lanza a su amada Laurette para que, abandonando o aun matando al príncipe su prometido, se fugue con él. Un joven tarambana y dilapidador, absolutamente nihilista, protagoniza el poema "Rolla" (1833). Después de una última noche de orgía se suicida tal como lo había prometido, cuando ya no le queda un céntimo que gastar. El vacío y la nostalgia de un ideal, de los que responsabiliza nada menos que a Voltaire, hacen del personaje un modelo romántico y la perfecta ilustración de las teorías de Chateaubriand*. En la comedia en tres actos en prosa *No hay burlas con el amor* (*On ne badine pas avec l'amour*, 1834), una de las mejores de su autor, la aldeana Rosette, a la que el joven caballero Perdican hace la corte para excitar los celos de su prima Camille, se suicida al escuchar una conversación amorosa entre ambos y descubrir el engaño del que ha sido objeto. *Andréa del Sarto* (1851) es un drama que se inspira en la vida de este gran artista italiano del Renacimiento, contemporáneo de Miguel Ángel y Rafael. Engañado por su joven esposa con su mejor discípulo, Andrea del Sarto* desafía a éste en duelo, lo mata y luego se envenena.

N

Narcisismo. Desde Freud* está admitido que, así como el impulso libidinoso y la sexualidad están ligados a la muerte autoinfligida, también el narcisismo es factor importante en la conducta suicida. A él se refiere muy precozmente el fundador del psicoanálisis, en una carta de 1883 escrita tras la muerte de su amigo Nathan Weiss*. En su artículo de 1914 "Introducción al narcisismo", supera su anterior visión, que lo consideraba algo patológico o puramente perverso, para elevarlo a la categoría de "dato estructural del sujeto", necesario para la construcción de la personalidad. Karl Menninger* es uno de los autores que más ha insistido en la importancia de este factor, combinándolo con el sadomasoquismo en *El hombre contra sí mismo* (1972). Según él, el deseo sádico de infligir daño a otro se vuelve contra uno mismo, convirtiéndose en deseo masoquista de recibir ese mismo daño. El narcisismo recibe su necesario reflejo en pactos suicidas*, suicidios colectivos* y respuestas obtenidas en casos de cibersuicidio*. El narcisismo colectivo inherente a todo nacionalismo, la complacencia en la propia idiosincrasia, real o idealizada, puede contemplar también soluciones suicidas de tipo terrorista.

Narciso. La leyenda de este hermoso joven que, indiferente al amor que despierta en las muchachas, está sólo enamorado de su propia imagen y termina ahogándose en el agua, procede de las *Metamorfosis* de Ovidio*. En este relato, la ninfa Eco, la que más sufre por sus desdenes, es castigada por Hera (Juno) a perder el uso de la palabra y a repetir la última que otros pronuncien. A su vez, Narciso es castigado por tanta crueldad a enamorarse de sí mismo, lo que, al hallarse al borde del agua, en la cual ve su reflejo, lo condena a muerte. Si hay suicidio en este fin es por la desesperación de no poder acceder al objeto del deseo. Es riquísima la iconografía que ha representado este tema y este personaje desde la Antigüedad, y entre tantas obras hay que destacar el *Narciso* de Caravaggio del Palazzo Barberini de Roma e, inspirados seguramente en éste, el cuadro y el poema que con el título "Metamorfosis de Narciso" le dedica Salvador Dalí con referencias explícitas a Ovidio. Federico García Lorca*, gran amigo del

pintor, dedica al tema nada menos que tres poemas en su libro *Canciones* (1927).

Necrofilia. Es tal la atracción que ejercen los bellos cadáveres, no sólo femeninos, que además de encender morbosos deseos eróticos en sus contempladores, les arrastran asimismo hacia la muerte. La promesa de una futura unión ultraterrena es un móvil poderoso para quitarse la vida, como vemos en tantos casos de parejas suicidas* o de muertes voluntarias que suceden a una primera muerte. La bala, el puñal y el veneno son la llave que abre las puertas del más allá, cuyo umbral ya ha cruzado el ser amado alejándose.

Pero antes de dar el paso hacia esas nupcias incorpóreas, la muerte ofrece un anticipo con el cuerpo presente, al que adorna con toda la gama de sus particulares encantos: piel marmórea, diáfana, tonos azulados o céreos, serenidad, misterio, silencio y hasta cierta impunidad por falta de testigos. La fascinación que produce esta carne, con toda la ambigüedad de sentimientos y sensaciones que provoca —del horror y la repugnancia a la curiosidad y el deseo— se ve aún espoleada por otros motivos sociales que tienen sus blancos fuera de la cámara mortuoria. La profanación de un tabú, la provocación y el afán de escándalo ante una opinión mojigata y el malditismo satanista convocan una tercera presencia como testigo de un acto demasiado secreto.

Esta ambigüedad, que Walter Pater califica de *fascination of corruption*, se manifiesta ya desde el primer Romanticismo* en un Shelley petrificado ante la Medusa, y antes aún en Goethe* con un Fausto igualmente víctima de idéntico maleficio. Resumiendo un tema riquísimo en variaciones y resultados, escribe Mario Praz: "Parece como si, por la boca de Fausto, hablara todo el Romanticismo. Esta cabeza de mujer [...], esta Medusa horrible y fascinante será a lo largo de todo el siglo [XIX] objeto de un amor tenebroso por parte de los románticos y los decadentistas", efecto del "descubrimiento del horror como fuente de placer". Por esta senda se internan, entusiastas tras su abanderado, Baudelaire*, Gautier, Barbey d'Aurevilly*, Rimbaud, el viejo Victor Hugo, Flaubert*, d'Annunzio, Rilke, Gottfried Benn, Heym*, Valle-Inclán* y Horacio Quiroga*, por no hablar, en época más reciente, de Tim Burton y su *Novia cadáver*. Mucho antes de que a esta última le salga un gusano por la cuenca vacía, Théophile Gautier besa en uno de sus poemas a un congénere que repta por los labios de una difunta. Tras ser objeto de culto en los versos de Baudelaire, "carroñas" más o menos atractivas sufren transformaciones paródicas en Rimbaud y Brecht* y viven su máximo momento de esplendor en la "morgue" de Gottfried Benn.

En cuanto a la necrofilia real practicada fuera de la literatura, señalemos que se la califica, jurídica y médicamente, de "sádica" cuando al acto sexual precede el asesinato de la víctima; que los sujetos necrófilos sufren en términos médicos de una patología de identificación de la imagen de la pareja sexual, acompañada a menudo de otros trastornos del comportamiento; que los embalsamadores de cadáveres llevan la fama de su práctica, sin que se sepa a ciencia cierta quién carda la lana; y que, para terminar, la necrofilia como tal no constituye un delito en la legislación española actual.

NERÓN (37-68). De su tío Calígula hereda las depravadas costumbres, y de Claudio, su padre adoptivo, el trono, gracias al empeño de su madre Agripina*. Entre los muchos crímenes que comete, obliga a suicidarse a sus mejores amigos y maestros, como Séneca*, Lucano* o Petronio*. Su sangriento reinado está salpicado de los suicidios, más o menos obligados, de sus enemigos. Las distintas conjuras, reales o inventadas, son ocasión de librarse de ellos, y así ocurre con la de Pisón, que provoca tantas muertes voluntarias de hombres y mujeres. Durante su reinado se produce el suicidio colectivo de los israelitas en Masada*. Al ser proclamado enemigo público por el Senado y ver que estallan rebeliones por todo el Imperio, temiendo por su vida huye de Roma a una villa de los alrededores. Allí, en compañía de su liberto Espafrodito, tras muchas vacilaciones y después de pronunciar repetidas veces la famosa frase *Qualis artifex pereo!* ("¡Qué artista muere conmigo!"), termina cortándose el cuello el 9 de junio del año 68. Algunos insinúan que, por falta de valor, es su acompañante quien, a petición suya, tiene que degollarlo. Entre éstos se halla Suetonio, en quien se inspira Pedro Mexía cuando dice en su *Silva*: "Él mismo se mató (y, aun para esto, le faltaron las fuerças y huvo menester ayuda)".

NERVAL, Gérard de (París, 1808-1855). Queda marcado desde la infancia por la temprana muerte de su madre en el frente napoleónico de Silesia. Inmerso en la vida de la bohemia parisina, el poeta se arruina por una mujer que lo abandona, la actriz Jenny Colon, y tiene que vivir de su pluma sin apenas conseguirlo. En 1841 sufre su primer ataque de locura, al que siguen ocho meses de hospitalización en la célebre clínica montmartriana del doctor Blanche, el médico alienista que cuida a tantos artistas y escritores, entre otros a Maupassant*. Desde entonces comienza para él lo que denomina "el trasvase del sueño a la vida real", el contagio permanente de la realidad por un mundo quimérico y oscuro. *Quimeras* es precisamente el título con que reúne sus sonetos, de un hermetismo anunciador del surrealismo*. Tras varios nuevos ataques de locura, durante la noche del 25 al 26 de enero de 1855, con 18 grados bajo cero en las calles de París, se ahorca colgándose de una reja del callejón de *La vieille lanterne*, donde descubren su cadáver con el sombrero aún en la cabeza. En el mensaje* que dirige no se sabe muy bien a quién, deja escrito: "No me esperes esta noche, que la noche va a ser negra y blanca" (véase Gustave Doré*).

NICOLÁS I de Rusia (Gátchina, 1796-San Petersburgo, 1855). Hermano del zar Alejandro I* y sucesor suyo en el trono a partir de 1825. De él dice Isabel Vicente, traductora y estudiosa de Lérmontov*, que "murió el 18 de noviembre de 1855 y, según ciertos contemporáneos, no fue muerte natural sino suicidio debido a los reveses que estaba sufriendo". Un historiador alemán, Martin Winkler, atribuye su muerte a un catarro al que, con un comportamiento suicida y tras el desastre de la guerra de Crimea, no pone ningún remedio, "entregándose a la muerte sin hacer nada para vencer la enfermedad".

NITSCH, Hermann (Viena, 1938). Durante las décadas de 1960 y 1970, este

pintor, escultor y compositor austríaco ofrece, junto con Günter Brus y otros miembros de Das Orgien-Mysterien-Theater, representaciones rituales que simulan automutilación* y a veces también *performances** sanguinolentas, no siempre simuladas, que parodian cuadros clásicos. Su movimiento, el *accionismo*, trata de apartar el arte de su cauce comercial, como otras muchas corrientes subversivas de aquellos años, y provocar en el público reacciones de curiosidad, rechazo o voyeurismo, consideradas saludables por cuanto lo sacan de su habitual apatía. Una de sus más célebres instalaciones combina la figura de un crucificado abierto en canal y chorreante de sangre con una res sacrificada que se hace eco del cuadro de Rembrandt.

NOGI, Maresuke (1849-1912). Tras participar en las principales guerras que Japón sostiene en su época contra China* y contra Rusia, y desempeñar un destacado papel en esta última con la toma de Lushun, este general y héroe nacional provoca una gran conmoción en la sociedad japonesa. A la muerte de su señor, el emperador Meiji, reanuda una vieja tradición guerrera totalmente prohibida y se inflige ritualmente el haraquiri*.

Numancia. Ciudad fortificada celtíbera situada en la actual provincia de Soria, que opone una larga resistencia a los romanos. Sitiada durante un largo período por el general romano Publio Cornelio Escipión, éste se apodera de ella en 133 a. C. Los numantinos, tras quemar todos sus bienes y pasar a cuchillo a sus mujeres e hijos, se dan muerte, de modo que, al entrar los romanos en la ciudad, sólo encuentran un campo de ruinas sembrado de cadáveres. Desde entonces, Numancia, asociada a menudo a Sagunto*, se convierte en símbolo de resistencia al invasor y bautiza con su nombre unidades militares o barcos de guerra españoles.

Numancia, El cerco de. Tragedia en cuatro actos y en verso de Miguel de Cervantes, compuesta entre 1581 y 1583, que se inspira en los hechos históricos de la toma y destrucción de la ciudad por los romanos. El verdadero protagonista de la obra es el coro, junto al que destacan las figuras alegóricas de España, la Guerra o el Hambre. Al suicidio colectivo de los numantinos Cervantes añade uno individual, el del niño Viriato, único superviviente de nombre predestinado que, por no caer en manos del vencedor, se arroja desde lo alto de una torre. Entre las numerosas imitaciones a que da lugar, destacan las dos comedias de Francisco de Rojas Zorrilla *Numancia cercada* y *Numancia destruida*.

NÚÑEZ ALONSO, Alejandro (Gijón, 1905-Quebec, 1982). En su novela *La gota de mercurio* (1954), el suicidio, aunque no consumado, es el motor de la acción y el tema principal de las reflexiones del narrador y sus personajes. Su protagonista decide un día, a las 12 en punto del mediodía, que sólo le quedan 12 horas por vivir. Entre las muchas cosas que hace este artista desequilibrado que relata en primera persona, compra una pistola y un ataúd, conversa con lúcidos suicidas fallidos y, a la postre, se ve frustrado en su intento porque su criado, Esteban, le sustrae las balas. Humor y vanguardismo se entremezclan con disquisiciones sobre Dios y las motivaciones del suicida.

O

OATES, Lawrence (Putney, 1880-Antártida, 1912). En lo que puede considerarse como un heroico suicidio, un martirio* o, quizá con más propiedad, la perfecta ilustración de lo que significa la palabra inmolación*, este capitán británico, miembro de la desgraciada expedición de Scott al Polo Sur, abandona a sus compañeros cuando considera que su propia vida no es más que un peso para ellos. Tras pronunciar la frase: "Voy a salir y puede que tarde un rato", desaparece para siempre en la nieve, en calcetines y a 40 grados bajo cero. Muere el día de su 32° cumpleaños, y tanto su gesto como su frase de despedida han quedado consignados en el diario de bitácora del jefe de la expedición.

OBREGÓN, Carlos (Bogotá, 1929-París, 1963). Este inquieto poeta colombiano, gran viajero por África y Europa y residente durante algún tiempo entre Madrid e Ibiza, es amigo de Robert Graves, Octavio Paz, Camilo José Cela y Gonzalo Torrente Ballester. El 1 de enero de 1963 pone fin a su vida mediante una sobredosis de barbitúricos.

Ofelia. Enamorada de Hamlet, príncipe de Dinamarca y protagonista de la tragedia shakespeariana que lleva su nombre. Pierde la razón por el dolor que le causa la muerte de su padre Polonio, ensartado tras la cortina por una estocada de su amado, por una vez nada dubitativo. Encaramada a un árbol al que ha trepado para trenzar coronas de flores, tropieza y cae en las aguas de un río y allí se abandona blandamente a la corriente, muriendo ahogada y envuelta en sedas y flores. Pasa casi imperceptiblemente de sus juegos a la muerte, como se lamenta la reina Gertrudis ("de su melodioso canto a su turbia muerte"). Ésta constituye un elocuente ejemplo del diferente tratamiento dado a la noticia según la condición de los comentaristas. Frente a los eufemismos característicos del tabú* con que la narra la reina ("Laertes, tu hermana acaba de ahogarse"), los sepultureros del acto V se enzarzan en una disputa teológica y jurídica con clara carga políticosocial: Ofelia se ha suicidado ("se ahogó voluntariamente"), pero la Iglesia la admite en sagrado por influencia de los poderosos. La comicidad que tiñe sus palabras no empaña un tono

de protesta social contra el clasismo* reinante: "Es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada".

El personaje de Ofelia ha inspirado a numerosos poetas simbolistas o parnasianos franceses: Arthur Rimbaud, Théodore de Banville, Théophile Gautier o Jules Laforgue. En pintura, los prerrafaelitas ingleses, con Sir John Everett Millais de abanderado, son los primeros en enamorarse de la ahogada. El célebre cuadro de Millais sirvió de manifiesto para *The Preraphaelite Brotherhood*, la cofradía de jóvenes pintores británicos. El papel no le trajo suerte a la modelo que posó para este cuadro sumergida en una bañera, la joven londinense Lizzie Siddal*, amante de Dante Gabriel Rossetti. No sólo se agarra un grave resfriado sino que acaba suicidándose a los 33 años con una sobredosis de láudano*. En Francia, pintores como Eugène Delacroix u Odilon Redon sucumben a su encanto, como lo hacen también los músicos Johannes Brahms o Richard Strauss. En el cine la han encarnado Gertrude Elliott, en la versión británica de 1913 dirigida por E. Hay Plumb y, sobre todo, Jean Simmons en la también británica de Laurence Olivier, director, guionista y protagonista de la película. De *Ofelia cristiana* se podría calificar a la también ahogada y flotante *Joven mártir* (1855), del artista francés Paul Delaroche, tan próxima por su tema, tratamiento y fecha de composición al cuadro de Millais, que constituye otro esclarecedor ejemplo del parentesco entre suicidio y martirio cristiano*. A Ofelia y su príncipe inconstante los despacha el marqués de Bradomín, en *Luces de Bohemia* de Valle-Inclán *, con este desplante: "En la edad del pavo todas las niñas son Ofelias. Era muy pava aquella criatura, querido Rubén. ¡Y el príncipe, como todos los príncipes, un babieca!"

OGINSKI, *Michal Kleofas* (Varsovia, 1765-Florencia, 1833). A este patriota y político polaco, mecenas y compositor, se debe la creación de la polonesa, danza que populariza Chopin al piano por toda Europa. Cuenta Theodor Fontane* en su novela *El Stechlin* que, "según un antiguo rumor, el estreno de esta obra [una de sus más célebres polonesas] estuvo protagonizado por el suicidio del autor y conde polaco. El disparo sonó a la vez que los últimos acordes. Se suicidó por amor, claro está".

ONETTI, Juan Carlos (Montevideo, 1909-Madrid, 1994). Las *Obras completas* del narrador uruguayo merecerían por derecho propio un lugar de honor en estas páginas, tan envenenadas como están por el desaliento. Ya en su primer libro, *El pozo* (1939), su protagonista, Linacero, cree haber alcanzado "un escepticismo casi absoluto". Larsen, el protagonista de todo el ciclo de Santa María, y otros muchos de sus congéneres encarnan el fracaso y la desesperanza en grado sumo, que el alcohol*, una prostituta o cualquier otro sucedáneo ayudan apenas a compensar para mantenerlos a flote. Todos ellos se enfrentan lúcidamente al vacío de una vida sin sentido, al absurdo existencial. "Santa María es una trampa de desesperación, una geografía de obstáculos para la verdadera comunicación y la existencia", resume la crítica Jean Franco.

En el cuento "El infierno tan temido" (1957), una esposa infiel acosa a su ex-marido enviándole fotografías suyas con poses pornográficas; y cuando envía una a su hija, que aún está en el colegio, el padre se traga una caja entera de somníferos. "La cara de la desgracia" es un cuento publicado en 1960 en que un hombre, presa de remordimientos, trata de explicarse por qué su hermano se ha pegado un tiro. Lo que le espera, tras un chispazo de felicidad que dura una noche, es aún peor que el suicidio. En el cuento "Tan triste como ella" (1963), un hombre destruye deliberadamente el jardín de su casa y lo cubre con una capa de cemento para que su mujer se desespere y se aplique el cañón de un pequeño Smith and Wesson contra el paladar. Los que no se matan, harían mejor quitándose la vida, como se lo desean sus conciudadanos a la vasca Moncha en "La novia robada" (1968). El cuento "Montaigne*" (1986) parece anunciar en su título una lección de sabio estoicismo * aprendida en el autor de los *Ensayos*; de hecho, relata un suicidio celebrado como un cumpleaños pero que reserva la sórdida sorpresa de un robo. La novela que cierra el ciclo de Santa María, la última escrita por él, *Dejemos hablar al viento* (1979), cuenta las desventuras de un comisario alcohólico, a ratos pintor, y amante de una lesbiana que seduce a su hijo. Éste la asesina y luego se mata.

Opio. Sustancia extraída de la adormidera, planta de la familia de la cándida amapola. Droga que, masticada o fumada, tiene efectos eufóricos y antidepresivos, somníferos y analgésicos. Es utilizado desde 6000 a. C. en Sumeria y desde entonces está presente como remedio contra la melancolía* en todas las farmacopeas: egipcia, china, griega, árabe, europea medieval, etc. Entre los griegos clásicos es el *nepenthe* que prepara, en la *Odisea* homérica, la bella Helena mezclándolo con vino para darlo a probar a Telémaco y Menelao; y tanto Hipócrates como Galeno lo prescriben en sus recetas. El siglo XIX conoce un nuevo auge de su uso, sobre todo en forma de láudano*, teniendo entre sus principales apologetas a Thomas De Quincey en Inglaterra y a Charles Baudelaire* en Francia. Crea dependencia y en grandes dosis tiene efectos tóxicos, por lo que se usa como método* de suicidio.

ORDÓÑEZ, Carmen (Sevilla, 1955-Madrid, 2004). Huésped permanente de las páginas de la prensa del corazón y más aún de sus portadas, que inunda con sus lágrimas, es, en palabras de Antonio Burgos, la "eterna novia de Reverte" que "tenía mucho de Dolorosa de pueblo". Es nieta, hija, sobrina, esposa y madre de toreros, con figuras de la categoría de Dominguín, Antonio Ordóñez o Paquirri. Deprimida y adicta a los somníferos desde la muerte de su padre, aparece muerta en la bañera de su casa madrileña, probablemente por efecto de una sobredosis de barbitúricos.

OTERO, Agustina (Ponte de Valga, 1868-Niza, 1965). Hija de un comerciante griego, toma los apellidos maternos y con ellos inicia una carrera internacional de "cantante y bailarina española", más conocida como La Bella Otero. Tras debutar en Lisboa y Barcelona en 1889, se traslada a París donde empieza a actuar en el Folies-Bergères. Triunfa en Francia y a continuación en el mundo entero, adqui-

riendo pronto su apodo de *La Belle Otéro* pero también los de "Sirena del suicidio" o "Esfinge del suicidio", por los muchos que provoca con su fatal belleza entre sus desgraciados admiradores. De los siete principales que contabilizan sus biógrafos, el primero es el de su *manager* neoyorquino, Ernest Jurgens.

OTÓN (Ferentino, 32-Bedriaco, 69). Favorito de Nerón* casado con Popea, por lo que el emperador lo envía a Hispania para arrebatársela. Efímero emperador romano que comparte el mando con otros tres, Galba, Vitelio y Vespasiano, cuando, a la muerte de Nerón*, se disputan el poder durante el "año de los cuatro emperadores" (68-69). Este número se reduce a tres cuando Galba, reconocido por el Senado, es asesinado en enero del 69 por instigación de Otón. La guardia pretoriana nombra a éste pero no es reconocido por las legiones del Rin, por lo que estalla la guerra civil. El ejército del Rin, bajo las órdenes de Vitelio, marcha sobre Italia y, enfrentándose en el valle del Po con los partidarios de Otón y la guardia pretoriana, los derrota en la batalla de Bedriaco, junto a Cremona (abril del 69). El emperador derrotado, tras ofrecer un banquete de despedida a sus amigos y sin que éstos sospechen nada de su decisión, se suicida por la noche clavándose un puñal en el corazón. Sólo tiene 37 años y no ha reinado más que tres meses y un día.

OVIDIO, Publio (Sulmona, 43 a. C.-Tomis, 18 d. C.). Tras ser el favorito de la sociedad romana de comienzos del Imperio y el poeta de mayor éxito con obras como *Las metamorfosis* o *Arte de amar*, cae en desgracia y es desterrado fuera de Roma por motivos oscuros. A pesar de las dolorosas súplicas dirigidas al emperador Augusto en sus *Tristia* (*Las tristes*), muere a orillas del Ponto Euxino o Mar Negro sin haberse reintegrado a su ciudad natal.

En su obra de juventud *Heroidas* compone en verso una serie de cartas que finge escritas por héroes y sobre todo heroínas de la mitología. La mayoría son ilustres suicidas que escriben a sus amantes antes de cometer el acto irreparable. En la epístola cuarta, Fedra* se dirige a Hipólito para declararle su amor culpable. En la quinta, la ninfa Enone*, primera esposa de Paris, raptor de Helena de Troya, le escribe para reprocharle su infidelidad. En la séptima, Dido* se esfuerza por recobrar el amor de Eneas. La novena es un mensaje que Deyanira* envía a Hércules*, también infiel, pero como antes de terminarla recibe nuevas de su desastrado fin, promete darse muerte y se despide en ella de sus allegados. Cánace* escribe a Macareo en la undécima, antes de ejecutar la sentencia paterna. Medea*, de quien aquí no se dice que vaya a darse muerte, escribe a Jasón la duodécima carta para amenazarle con su horrible venganza. Laodamía* conjura a Protesilao en la décimotercera para que sea prudente y haga caso del oráculo que le amenaza de muerte. En la decimoséptima, Leandro* explica a Hero* que no ha podido ir a verla nadando, como suele, debido al mal tiempo, y anuncia que, como siga así, irá a pesar de todo, lo que le cuesta la vida. En la décimoctava, Hero* le responde. En la última, Safo* anuncia a Faón que va a arrojarse al mar por su amor.

En su gran poema *Las metamorfosis* contamos con dos insignes historias de suicidio de larguísima descendencia: Pí-

ramo y Tisbe*, los amantes unidos en la muerte por la misma espada, y Narciso*, ensimismado en su contemplación autista hasta su propia destrucción.

P

PAALEN, Wolfgang (Viena, 1905-México, 1959). Otro de los muchos surrealistas* que ponen fin a su vida. Este pintor austríaco, que se traslada primero a París y luego a México, lo hace en un lugar desierto de los alrededores de la capital, durante una noche de tormenta, disparándose un tiro de revólver en el pecho.

PAASILINNA, Arto (Kittilä, 1942). En *El bosque de los zorros* (Anagrama, 2005), una de las novelas más conocidas de este humorista finlandés, antiguo leñador y guardabosques, el alcohólico comandante Remes, que acaba de asesinar a su único amigo, intenta arrepentido devolverle la vida: "Se juró a sí mismo [...] que si éste moría, en cuanto lo enterrase se mataría. En su opinión, lo más aconsejable era volver a creer en Dios y luego pegarse un tiro, o ahorcarse, ya que no tenía una pistola a mano". En su octava entrega, *Delicioso suicidio en grupo* (Anagrama, 2007), el encuentro en una granja abandonada de dos candidatos al suicidio, un coronel con la soga al cuello y el director de una empresa en quiebra con un revólver cargado en la mano, da pie a una estrecha y fecunda colaboración entre ambos, que comienza por fundar una asociación nacional de desesperados con vistas a realizar un suicidio colectivo*. Con ella se lanzan a la más descabellada expedición a través de toda Europa, desde el cabo Norte en Noruega hasta el cabo de san Vicente en el extremo sur de Portugal, en busca del lugar más idóneo para despeñarse con todo un autobús cargado de viajeros. La expedición produce los más eufóricos efectos: la progresiva desaparición de los estados depresivos entre los miembros del club y el triunfo de la amistad, el amor y el gusto por la vida. A la definitiva curación de todos los asociados contribuye en grado sumo la ingente cantidad de alcohol* trasegado por los expedicionarios a lo largo de su recorrido, lo que varios de los personajes califican de "terapia de grupo". Esta afición al alcohol, al igual que la tendencia al suicidio, parecen ser rasgos característicos nacionales que el autor satiriza con insistencia y humor. Según él, sus compatriotas "no son peores que los demás, pero lo suficientemente malos como para seguir escribiendo sobre ellos hasta el fin de mi vida".

PABLO de Tarso (Tarso, c. 10-Roma, c. 65). Apóstol de Jesucristo*, judío y ciudadano romano. Más cristiano en su conducta que romano o judío, se opone al suicidio y, como cuentan los Hechos de los Apóstoles (16,28), impide que su guardián, al pensar que los presos se escapan como consecuencia de un terremoto, se dé muerte: "No te hagas ningún mal —le grita, cuando aquél ha sacado ya su espada—, que todos estamos aquí".

Pacto suicida. En el pasado significaba el compromiso, firmado habitualmente por dos personas, casi siempre miembros de una pareja, para poner fin a su vida al mismo tiempo y que ninguno sobreviviese y quedase solo sin su compañero sentimental, cónyuge o amigo (véase Parejas suicidas*). Actualmente esta denominación responde a una modalidad de suicidio colectivo* cuya característica particular reside en que la decisión se toma casi siempre entre desconocidos a través de un contacto por Internet. *Webs*, foros o *chats* permiten acordar y planear todos los detalles del suicidio. Como es de suponer, es una práctica reciente, que data de finales de la década de 1990 y se puede relacionar con el frecuente uso para los mismos efectos de los *blogs*, sobre todo entre jóvenes y adolescentes.

Un ejemplo, entre otros muchos, de pacto suicida entre adolescentes es el que sellan dos amiguitas de 14 años en Francia, el 23 de septiembre de 2001, las cuales, tras convocar a sus amigos al pie de su domicilio en Ivry-sur-Seine, en los alrededores de París, se arrojan juntas al vacío desde su decimoséptimo piso. Otro caso es el que se cobra nueve víctimas el 5 de febrero de 2005 en Japón*, en las afueras de Tokio, en que los cuerpos sin vida aparecen dentro de coches metódicamente sellados con cinta aislante para que el monóxido de carbono* emitido por braseros haga mejor su efecto. En este país, donde la tasa de suicidios es muy elevada, y el uso de Internet también, esta modalidad alcanza cifras particularmente elevadas (véase Cibersuicidio*). El 24 de enero de 2008, Natasha Randall, una chica de 17 años, aparece ahorcada en su habitación de Blaengarn, en el sur de Gales. Es la última de una serie de siete suicidas entre 17 y 27 años, casi todos ahorcados salvo uno, que se halla desaparecido, y la primera mujer que se une al grupo. Todos eran amigos y frecuentaban la misma *web* en la que se hablaba mucho de suicidio, lo cual hace pensar en un pacto.

PALANTE, Georges (Blangy-les-Arras, 1862-Hillion, 1925). Alejado de las instituciones universitarias y apartado de la vida social, este pensador francés del individualismo, gran lector de Nietzsche, termina su carrera como oscuro profesor de instituto en Saint-Brieuc, una pequeña ciudad de provincias. Víctima de una terrible enfermedad evolutiva, la acromegalia, que lo transforma poco a poco en un auténtico monstruo, decide poner fin a su vida. Su figura ha inspirado a numerosos escritores amigos suyos: es el protagonista de *La sangre negra* (*Le Sang noir*, 1935), de Louis Guilloux *, y está igualmente inmortalizado en la de otro amigo, Jean Grenier, quien le dedica la novela *Las huelgas* (*Les Grèves*, 1955). Además de estas evocaciones novelescas, Guilloux también ha publicado unos *Recuerdos de Georges Palante* (*Souvenirs sur Georges Palante*, 1931) donde dice: "Se situaba entre los

débiles y los lentos condenados a todas las derrotas, y la misma derrota la deseaba en secreto. Para él, era como la consagración de lo mejor y lo más grande que había en él". El filósofo Michel Onfray estudia su pensamiento en el libro *Georges Palante. Pour un nietzschéisme de gauche* (2002): "¿Cuál es la materia sobre la que filosofa Palante? Sus impotencias, sus debilidades, sus fragilidades. ¿Qué es lo que piensa? Sus dolores, sus heridas, sus penas, sus llagas".

PANERO, Juan Luis (Madrid, 1942). Nacido en una familia de poetas acomodada, conservadora y un tanto maldita, es el hijo mayor del poeta del franquismo Leopoldo Panero y, como sus hermanos Leopoldo María* y Michi (José Moisés), escritor, rebelde y desencantado. Obsesionado con la muerte, que está presente en el título de varios de sus libros —*Los trucos de la muerte* (1975), *Juegos para aplazar la muerte* (1984)—, así como por el suicidio, dedica muchos de sus textos a poetas suicidas: Pavese*, Trakl*, Drieu la Rochelle*, Costafreda* y otros. Tras anunciar el fin de su obra, se desdice y publica un último poemario, aún no póstumo, que escribe en su retiro de la provincia de Gerona, *Enigmas y despedidas* (1998). Toda la familia ofrece rasgos autodestructivos notables, ya que el hermano menor, aunque muerto de cáncer en 2004, gran consumidor de alcohol*, está a punto de morir de cirrosis en 1986.

PANERO, Leopoldo María (Madrid, 1948). Segundo hijo del poeta Leopoldo Panero y hermano del también poeta Juan Luis Panero* y del escritor y guionista Michi (José Moisés), entra en la poesía de la mano de Jaime Gil de Biedma* y de Pere Gimferrer. Con éste comparte antología en la selección *Nueve novísimos* (1970) de José María Castellet, donde aparece como el más radical y desesperado de los antologados. Auténtico poeta maldito de vida desastrada, de niño es autista, lo que no le impide a los cinco años dictar a su madre poemas que la horrorizan. Se lanza al consumo de drogas y de alcohol*, y antes de los 21 ya ha hecho dos tentativas de suicidio. Lo que no le impide recordar que eran "los años felices de los novísimos". "Lo malo vino con un intento de suicidio. Estaba en una pensión de Barcelona —recuerda en 2001— y entró la señora de la casa, me vio con las pastillas y me dijo: '¿Pero es que va usted a hacer lo mismo que Marilyn Monroe*?' Me fui a la calle y en la puerta me encontré en coma". Esquizofrénico, transmuta su locura en poesía y vive, a petición suya, ingresado en hospitales psiquiátricos de los que despotrica y dice que son "el puto infierno", donde lo envenenan "a la luz del día".

PANTANI, Marco (Cesena, 1970-Rímini, 2004). Como gran escalador, *El Pirata* llega a ser una eminente figura del Giro y el Tour, en los que alcanza su máximo renombre en 1998, cuando triunfa a la vez en ambas competiciones. Su declive se inicia desde que en 1999, durante la vuelta a Italia, da positivo en los análisis contra el dopaje y es excluido de la competición. Depresivo, sometido a exámenes médicos, amenazado con un proceso en su propio país por fraude deportivo, ingresa en varias ocasiones en clínicas psiquiátricas y se da muerte en febrero de 2004 en la habitación de un hotel. Para ello ingiere un combinado de toda clase de fármacos y de cocaína*. El fiscal de Rí-

mini, utilizando el argumento de autoridad al servicio del más inviolable tabú*, declara a la vista de la "decena de cajas de ansiolíticos de cuatro marcas distintas" y otros productos esparcidos junto al cadáver: "Nadie ha hablado de suicidio y yo lo excluyo".

Pantea. Mártir* de la fidelidad conyugal que, en la *Ciropedia* del historiador griego Jenofonte* (hacia 358 a. C.), prefiere darse muerte antes que cometer adulterio. La representación de su suicidio forma parte, junto a las de las muertes heroicas de Meneceo*, Laodamía* y otras, de una serie de pinturas con el mismo tema que, expuestas cerca de Nápoles, merecen los elogios del sofista Filóstrato* de Lemnos en su libro *Las imágenes*.

PARDINAS SERRATO, Manuel (El Grado, 1886-Madrid, 1912). Conocido como peligroso anarquista por la policía española e internacional, es expulsado de Argentina y la policía francesa le pierde la pista en París. De regreso a España, trabaja como pintor revocador en las obras del Hotel Palace de Madrid. El 12 de noviembre de 1912 aguarda el paso del presidente del Gobierno José Canalejas, quien, dando un paseo, se encamina desde su domicilio a la sede de la presidencia. Al detenerse frente al escaparate de una librería de la Puerta del Sol, a las 11:25 de la mañana, Pardinas se le acerca y le dispara dos tiros de revólver en la cabeza. A continuación se aparta de un salto y, tras alejarse un trecho para huir de la policía, se dispara un tiro en la sien derecha.

Parejas suicidas. En la tradición literaria de la Antigüedad* muere generalmente uno, o más bien se mata, y su pareja, desesperada, corre a unirse con el primero apuñalándose o envenenándose y utilizando a menudo el mismo instrumento, lo que aún estrecha más el lazo amoroso que une a los amantes en la muerte. No habría, claro está, estos fúnebres desposorios si no existiera un motivo literario sólidamente establecido en la novela griega y en la poesía bucólica, el de la pareja de enamorados, que alcanza su cima con *Dafnis y Cloe* de Longo. La perfección plástica del acto mortal requiere que los cuerpos queden abrazados, trenzados uno sobre otro, para proclamar así con su póstuma unión la que se les ha negado en vida. Es un reproche, una declaración de victoria, una venganza sobre los vivos, cuyo mejor arquetipo lo constituyen en la Antigüedad Píramo y Tisbe*, y en época moderna Romeo y Julieta*.

Los primeros, procedentes de las páginas de *Las metamorfosis* de Ovidio*, se atraviesan con la misma espada, sus cuerpos exánimes quedan superpuestos y sus sangres reunidas enrojecen para siempre el fruto de la zarzamora. Los amantes de Verona, inmortalizados por Shakespeare*, cumplen también estas mismas condiciones y, al igual que los de Ovidio, sirven de postrera lección a sus padres. Mucho antes, Sófocles había unido al joven Hemón con Antígona*, haciéndole clavarse la espada para caer sobre el cuerpo de la ahorcada: "Yacen así, un cadáver sobre otro, después de haber obtenido sus ritos nupciales en la casa de Hades". También Antonio* y Cleopatra* forman fúnebre pareja, más en el teatro que en la realidad. En la tragedia de Shakespeare que lleva sus nombres, el romano muere en brazos de su amada y luego lo hace ella sobre él. Los

jóvenes que describe Filóstrato* en su catálogo de la exposición de Nápoles sellan su desgraciado amor saltando abrazados sobre las aguas desde lo alto de una costa escarpada. También hay parejas amorosas cristianas que logran su unión en el martirio, como la de los santos Cipriano y Justina, protagonistas de *El mágico prodigioso* de Calderón.

Una cohorte de fúnebres amantes, en la cuarta jornada del *Decamerón* de Boccaccio*, ilustra "los amores que tuvieron desgraciado fin". En la tragedia de juventud de Pierre Corneille* *Medea*, Jasón se clava la espada para reunirse con su amada Creúsa, que acaba de darse muerte. Fedra*, en la versión del mismo autor, está en un tris de formar pareja con el ya difunto Hipólito, pero aún tiene que recitar no pocos alejandrinos antes de poder envenenarse al final de la obra. Góngora, en su zumbona *Fábula de Píramo y Tisbe*, pone colofón a las desventuras de los amantes con un epitafio alambicado que subraya la fusión ultraterrena de los suicidas:

> Y en letras de oro: "Aquí yacen
> individualmente juntos,
> a pesar del Amor, dos,
> a pesar del número, uno".

No en todas las parejas fúnebres se produce doble suicidio. En muchas de ellas, la muerte del primero, accidental o violenta, es la causa del suicidio del segundo. Hero y Leandro* constituyen el paradigma de este esquema, pues ella se suicida sólo cuando descubre el cadáver de su amante ahogado. Lo mismo hace Brunilda* al arrojarose a la pira de su asesinado esposo Sigfrido. En cuanto a los amantes de *La Celestina* de Rojas, Melibea* salta desde su azotea para reunirse en la tumba con Calixto pero éste no se ha dado muerte, sólo ha sufrido un traspié. También forman pareja fúnebre de enamorados, sin que ambos se suiciden, los protagonistas de *El siervo libre de amor** de Rodríguez del Padrón. El príncipe Ardanlier se apresura a espetarse en el mismo hierro que atraviesa el cuerpo de su enamorada, asesinada por el rey. En la versión de *Andrómaca** de Racine*, Hermíone, al enterarse de que Orestes ha acabado con su amado Pirro, corre a matarse sobre su cadáver. Próximo a este modelo se halla el de la pareja legendaria de Tristán e Isolda*, salvo que en su caso no son necesarias las armas.

Con el Romanticismo*, y desde el *Hernani* de Víctor Hugo*, el famoso drama que desencadena la batalla campal entre clásicos y románticos, las nupcias póstumas florecen en la literatura. El protagonista de la obra se empareja en la muerte con doña Sol consumiendo el mismo veneno, y sus cuerpos quedan canónicamente superpuestos sobre las tablas. El causante de tanta muerte, Ruy Gómez, se une a los amantes y añade un cadáver más a la escena, mientras en la sala crece la bronca. La heroína de la tragedia de Kleist* *Pentesilea* (1808), la feroz reina de las amazonas, cae muerta sobre el cuerpo de su amado Aquiles, que ella misma ha destrozado a dentelladas. El caso de *Los amantes de Teruel*, en sus múltiples versiones de Rey de Artieda, Montalbán, Tirso de Molina, etc., hasta llegar a la más popular de J. E. de Hartzenbusch, estrenada en 1837, no cumple el principal requisito para entrar en este apartado. Aun componiendo un idéntico cuadro de si-

métrica perfección y reconciliando con su muerte a los enemigos, su muerte, como la citada de Tristán e Isolda, no es exactamente efecto del suicidio. Mueren de amor, y lo que para toda la crítica resulta inverosímil, al futuro suicida enamorado Larra* le parece de lo más natural. Éste, por su parte, ya había trenzado otra fúnebre pareja con los amantes Elvira y Macías, tanto en su drama *Macías* como en su novela *El doncel de don Enrique el Doliente*, ambos de la misma fecha (1834). En el poema de Patricio de la Escosura "El bulto vestido del negro capuz", que aparece firmado en "Pamplona, 18 de marzo de 1835", la actitud suicida de la amante doña Blanca, ansiosa por dar un postrer beso al reo, hace que el verdugo corte dos cabezas en vez de una: "Terror invencible sintió el sayón fiero / cuando ambas cabezas cortadas miró". Una modalidad original es la usada por la pareja protagonista de la novela *Ethan Frome* (1911), de Edith Wharton*, que deja deslizarse el trineo en que viaja hasta el fondo de un precipicio.

En la realidad, es práctica bastante frecuente en algunos países, como Japón*, donde se le da el nombre de *shinju* o *joshi*. En Occidente, los primeros ejemplos conocidos son los de las nobles matronas romanas que, como Pompeya Paulina*, esposa de Séneca*, quieren acompañar a sus esposos en el suplicio. Vuelve a adquirir carta de nobleza durante el Romanticismo* con el poeta alemán Heinrich von Kleist* y su amada, Henriette Vogel. En un decorado idílico, a orillas de un lago, los cadáveres de esta pareja componen un cuadro perfecto de amor sublimado en la muerte. Otro suicidio doble, el del archiduque de Austria Rodolfo* de Habsburgo con su amante Maria Vetsera, sigue idéntico ritual romántico, disparando él primero sobre ella y dándose muerte después para que los cuerpos aparezcan cruzados uno sobre otro encima de la cama. El poeta alemán Fritz Heinle* se suicida en compañía de su prometida Rika Seligson. El yerno de Marx, Paul Lafargue*, lo hace con su esposa Laura en cumplimiento de un pacto* de fidelidad mortal firmado muchos años atrás. Arthur Koestler* cumple el suyo con su esposa Cyntia. Así lo hacen también, ligados por el mismo juramento, Stefan Zweig* y su esposa, cuyos cadáveres aparecen juntos encima de la cama. Otros pactos y otras muertes unen en París, en Nueva York y en Viena a Max Linder* con su mujer, a Harry Crosby* con su amante Josephine Bigelow o al futbolista Matthias Sindelar con su amante Camilla Castagnola (véase Fútbol*).

En época más reciente, y también en Alemania*, donde se producen tantos casos, se dan muerte conjunta los militantes ecologistas Petra Kelly* y el ex-general Gerd Bastian. Él dispara sobre ella y se dispara a continuación. Hay parejas que, aun deseándolo, no logran morir simultáneamente. Lo intentan a la vez Witkiewicz* y su esposa, pero sólo el primero lo consigue. No todas las parejas suicidas son heterosexuales, como lo muestran los colegiales ingleses Michael Llewelyn-Davies (el modelo de *Peter Pan* de James Barrie*) y su amiguito, que se arrojan a las aguas del río que bordea su colegio; o la cantante y ex-monja Sœur Sourire* con su amiga; o el precursor del surrealismo Jacques Vaché*, que muere junto a un muchacho anónimo. Otra variante es la incestuosa, que se manifiesta entre los personajes del

Mahoma de Voltaire*. Pareja de amantes felices, y por tanto excepcional, la componen dos personajes de Cela*. No tan felices, los amantes que aguardan abrazados los efectos del gas* en una obra de Virgilio Piñera*. Los hay que tardan algún tiempo en reunirse con la amada pero, al hacerlo, como el general francés Boulanger*, se reprochan el retraso: "¿Cómo he podido vivir dos meses y medio sin ti?", manda grabar en la tumba que cobija a ambos.

En todas partes abundan las leyendas de trágico desenlace. Andalucía tiene la suya con dos enamorados —ella mora y él cristiano— que se lanzan al vacío desde lo alto de la Peña de los Enamorados de Antequera, donde tanto el topónimo como una estatua perpetúan la memoria de la pareja. El largometraje de animación *El corazón de la montaña*, realizado en estudios granadinos bajo la dirección de Rafael Ruiz en 2008, relata esta trágica leyenda fronteriza. En esta versión moderna, los protagonistas se llaman Azahar y Jaime.

Junto a este tipo de amoroso pacto suicida, otras parejas mueren unidas por motivos algo distintos. Arria, la mujer de Peto*, muere primero para dar ejemplo al indeciso de su marido. Galos, gálatas, numantinos y otros héroes de la Antigüedad del tipo que Durkheim* define como obsidionales* (del latín *obsidio*, "asedio"), los que no quieren caer en manos del enemigo, se dan muerte sobre sus esposas, a las que previamente han quitado la vida. No se sabe muy bien si hay que incluir a éstos entre las parejas amorosas o entre quienes, como Sardanápalo, degüellan a sus concubinas para que no las viole el enemigo, o entre los que practican la táctica de tierra quemada para combatir al invasor. La muerte de estas mujeres en estos casos, como precisa Ron M. Brown, "no resulta voluntaria, aunque se puede suponer que sí es consentida".

PARENT, Gail (Nueva York, 1940). Guionista cinematográfica de renombre ganadora de un Emmy, publica en 1972 una novela largo tiempo olvidada y hoy resucitada tras su reedición en 2004, *Sheila Levine murió y vive en Nueva York*, (*Sheila Levine is Dead and Living in New York*; trad. cast., Pomaire, 1973), un monumento de humor judío y autoironía. Convecida de que no logrará casarse, única meta en su vida, la protagonista decide suicidarse y, antes de hacerlo, escribe una larga carta de justificación (la novela) en que pasa revista a todos sus fracasos. El último es su intento fallido de quitarse la vida, tras lo que, impertérrita, vuelve a iniciar su caza del hombre.

Parodia. La parodia del suicidio tiene lugar en obras teatrales que remedan burlonamente géneros literarios —melodrama, drama romántico, tragedia— en que la muerte voluntaria reviste gran importancia. El suicidio cobra en este caso un carácter cómico caricaturesco, o no pasa de amago, pero siempre viene adobado con parrafadas o versos grandilocuentes que las salidas de tono se encargan de zancadillear sistemáticamente. Antes de que la astracanada *La venganza de Don Mendo**, de Pedro Muñoz Seca, se resuelva en su escena final con una hecatombe de suicidios que no deja títere con cabeza, una zarzuela del siglo XIX gira entera en torno a la muerte voluntaria. Se trata de *El suicidio de Rosa**, de Agustín Azcona, obra estre-

nada en 1847. En cierto modo, se puede incluir también en este género paródico, aunque con un humor más negro y al servicio de otras intenciones, el doble suicidio de las mujeres en *Luces de bohemia* de Valle-Inclán*. Con la Guerra Civil amainará esta fiebre paródica que hace estragos durante todo el siglo XIX y el primer tercio del XX.

PARRA, Violeta (San Carlos Ñuble, 1917-Santiago de Chile, 1967). Por el contenido social y reivindicativo de muchas de sus piezas, esta cantante y compositora chilena es una de las iniciadoras de la canción protesta en el mundo hispánico. Tras un año y medio de gira triunfal por Europa, regresa a Chile, donde conoce a un músico suizo, Gilbert Favré, 18 años más joven que ella, de quien se enamora locamente y con quien vive cinco años. Durante este período de felicidad inaugura su famosa carpa artística popular del parque de La Quintrala, en el barrio de la Reina de Santiago. En 1965 el suizo la deja para irse a Bolivia a tocar la quena y, al poco tiempo, la cantante realiza una primera tentativa de suicidio cortándose las venas. Apenas dada de alta en el hospital, y aún con los puños vendados, compone su canción *Gracias a la vida*. Pero el 5 de febrero de 1967, con 49 años, deprimida y sola, se encierra en su carpa y se dispara un tiro en la sien. Rodrigo Lira* lo resume en un cuasi trabalenguas: "Arma corta en una carpa". A su entierro acuden más de 10.000 conciudadanos.

Parténope. Joven y bellísima sirena, hija de Neptuno, que seducida por la hermosura de la bahía de Nápoles, elige por morada ese paraje, entre Posilipo y el Vesubio. Al comienzo, según cuenta la leyenda, no era de las sirenas funestas que atraen a los marinos para matarlos sino que cada primavera emergía de las aguas para alegrar con sus cantos de amor a los moradores de aquellas riberas. Enamorada locamente de Ulises, no consigue atraerlo con su hasta entonces irresistible canto al paso de su nave frente a las islas de Nerano. El héroe de la *Odisea*, famoso por su astucia, se defiende atándose al mástil de su embarcación. Desesperada la sirena, se arroja a las aguas y muere. Puede parecer extraño que una sirena se ahogue, pero no hay que olvidar que las de aquella época no tenían aletas ni escamas ni cola de pescado, sino más bien alas y patas de ave. Su cadáver, arrastrado por la corriente, encalla en el arrecife de Megaride, luego de San Leonardo, donde hoy se halla el Castel dell'Ovo. Sobre su sepulcro se edifica la ciudad griega de Parténope o Neápolis, la futura Nápoles. Su estatua de mármol adorna hoy día la fuente central de la napolitana plaza de Sannazaro, poeta renacentista napolitano que canta sus amores desgraciados. Su trágico destino inspira a otros muchos poetas del Renacimiento italiano, al igual que a músicos barrocos como Leonardo Vinci, Haendel o Rameau.

PASCAL, Christine (Lyón, 1955-Garches, 1996). Descubierta muy joven para el cine por el también lionés Bertrand Tavernier, comienza a los 23 años una segunda carrera como directora sin abandonar la de intérprete. En una entrevista concedida en 1984 afirma: "Quiero ser siempre dueña de mi destino". Más adelante añade: "Me gustaría morir suicidándome en el momento escogido". Fiel a sus

declaraciones, con 42 años se arroja por la ventana de su domicilio.

PASCIN, Jules, seudónimo de Julius Mordejai Pinkas (Vidin, 1885-París, 1930). Forma parte de la muy cosmopolita Escuela de París, de la que son buenos ejemplos sus mejores amigos pintores, el japonés Fujita, el lituano Soutine o el polaco Kisling. Figura de la bohemia y habitante, como dice el poeta André Salmon, de tres montes, "el de Venus, Montparnasse y Montmartre", cultiva un desnudo femenino melancólico a la vez que impúdico. El 2 de junio de 1930, en la cumbre de su gloria y el día mismo de la inauguración de una exposición suya en la galería Georges Petit, este eterno errante y perpetuo insatisfecho se ahorca.

PAVESE, Cesare (Santo Stefano Belbo, 1908-Turín, 1950). A partir de 1935 comienza a redactar su diario íntimo, en cuyas páginas la idea de suicidio, que califica del "acto más importante de la vida", aparece constantemente como una obsesión hasta convertirse casi en una forma de vida, en su más fiel compañero de cada momento. De 1936 data la anotación: "Y sé que estoy para siempre condenado a pensar en el suicidio ante cualquier contrariedad o dolor". La causa de tal desesperación es la impotencia sexual, que le hace lanzar gritos de dolor y le parece la causa más justa para darse muerte. Por ella se siente condenado a la soledad: "Pasaba la velada ante el espejo para hacerme compañía". Pocos días antes del final, escribe sus últimas palabras: "Los suicidas son homicidas tímidos [...]. Todo esto me da asco. No más palabras. Un acto. No escribiré más". El 27 de agosto de 1950, en el hotel Roma de Turín, pone fin a una larga espera de más de 14 años y se envenena con el contenido de 16 sobres de somníferos.

En agosto de 2005, el diario *La Repubblica* de Roma hace público el contenido del mensaje* de despedida del poeta. Tras un exordio: "Perdono a todos y a todos pido perdón ¿De acuerdo? No seáis chismosos conmigo", añade tres frases a modo de máximas o de epitafio: "El hombre mortal, Leucò, sólo tiene de inmortal el recuerdo que se lleva y el recuerdo que deja", "He trabajado, he dado poesía al ser humano, he compartido las penas de muchos", "Me he buscado a mí mismo". Todo ello está escrito al dorso de una tarjeta de préstamo de la Biblioteca Nacional de Turín de aquel mismo año.

PEINADO, Francisco (Málaga, 1941). En la última entrega de este pintor expresionista y autobiográfico, 60 obras que bajo el título *King Kong y sus muñecas* expone en Málaga en el verano de 2006, el cuadro titulado con humor negro *Todo bien* representa a un suicida que, sentado en una silla y mirando al espectador con un solo ojo, apunta a la sien con un revólver mientras alza el pulgar de la mano derecha en señal de corrroborar lo expresado en el título.

PELAGIA, santa. La muy joven Pelagia, detenida durante la persecución de Diocleciano* (245-313), al barruntar la suerte que le espera de violaciones, ultrajes y tormentos, se sube al piso más alto de su casa y desde allí se tira por una ventana. Lo cuenta lleno de admiración y respeto san Juan Crisóstomo y más tarde cita su caso Montaigne*, extrañado de que la

Iglesia celebre como mártir (véase martirio*) a tan flagrante suicida. Como santa suicida, podría ser patrona de cuantos perseguidos, interrogados y torturados en comisarías y cuarteles optan por tirarse por la ventana en vez de ceder a la presión del interrogador.

PEREGRINO. Personaje semifabuloso, pero con probables bases históricas, al que se refieren varios autores clásicos y en especial el griego Luciano de Samosata (125-185), que lo convierte en protagonista de su carta a Cronios titulada *Sobre la muerte de Peregrino*. Tras una vida disoluta y aventurera, éste anuncia que se va a quemar vivo en los juegos de Olimpia, lo que hace ante un público numerosísimo. En el siglo XVII, el reverendo anglicano W. Tukes lo cita en uno de sus sermones como ejemplo de muerte voluntaria reprobable frente a la legítima y muy digna de los mártires* cristianos: "Como Peregrino, que se consumió en las llamas de una hoguera creyendo que viviría eternamente en la memoria de los hombres". Su suicidio parece emparentarse más con el afán de notoriedad de Eróstrato que con la atracción ejercida por el fuego sobre Empédocles*.

PEREDNIK, Gustavo (Buenos Aires, 1956). Escritor argentino muy interesado en el tema del suicidio, al que dedica la novela filosófica *Ajitofel* (1988) y otros estudios como "Filosofía y suicidio", largo artículo publicado en la revista *El Catoblepas* en homenaje a Cioran* y Deleuze*. En sus obras insiste en la dimensión judía, si no del suicidio en sí, de muchas de las obras que le están consagradas, empezando por los clásicos de la sociología y la psicoterapia Émile Durkheim* y Viktor Frankl*.

PÉREZ CREUS, Juan (La Carolina, 1909-Madrid, 1999). En palabras del profesor Ricardo Senabre, es "sin duda el mejor epigramista español del siglo XX". Fundador, junto a Álvaro de Laiglesia, Herreros o Mingote, de la Academia de Humor. De él dice Antonio Astorga: "Juan Pérez Creus, conspicuo heredero de don Francisco de Quevedo y Villegas*, tuvo la desdicha de arrojarse al vacío en abril de 1999. Su muerte fue una última mueca burlesca". También Jaime Campmany lo califica de "singular secuaz de Quevedo". Sólo está editada una pequeña parte de su obra, de la que destacan los 22 sonetos erótico-burlescos que escribe, según propia confesión, "para aclarar de una puñetera vez quién o quiénes son las más grandes putas, los más obstinados maricas y los más procelosos cabrones de estos reinos".

Performance. De *performances* trágicas podrían calificarse muchos de los ceremoniales* con que los suicidas gustan de arropar sus últimos momentos, plasmando en una imagen definitiva y provocadora una acción instantánea y, en definitiva, efímera desde el punto de vista plástico. Junto a estas instalaciones macabras que los artistas de su propia muerte dejan en testamento a sus allegados, sea como enigma que descifrar, sea como acusación o bien como petición de un recuerdo imperecedero, el arte propone otras acciones más incruentas. En la boga general del *happening* que invade el arte occidental en las décadas de 1960 y 1970, son muchos los artistas de distintas disciplinas —plástica, música, teatro, danza— que dan a sus

acciones un carácter provocativo y sanguinolento. Convertir el propio cuerpo en soporte o instrumento artístico es el objetivo de una corrriente llamada *body art*, en la que *performers* más o menos masoquistas como Bruce Naumann, Dennis Oppenheim o Vito Acconci se exponen siendo arrastrados por el suelo, mordiéndose o sometiéndose a toda clase de torturas. En Austria, artistas como Hermann Nitsch* y Günter Brus, miembros del accionismo vienés (*Wiener Aktionsgruppe*) con su Orgien-Mysterien-Theater, o sus sucesores, entre los que se cuentan Otto Muehl y Rudolf Schwarzkogler, centran sus intervenciones en el cuerpo humano, simulando actos de automutilación* o de sacrificio ritual con abundante uso de sangre de animales.

Quizás el más radical de todos ellos y el menos simulador sea Günter Brus (Ardning, 1938), quien no recurre al sacrificio de animales sino que se abre las carnes en público, hurga en sus heridas, cubre su cuerpo desnudo con su propia sangre y sus excrementos y se revuelca por el suelo. Su compañera, Anni Brus, colabora en estos espectáculos de autodegradación sadomasoquista. El público está invitado a participar en estas orgías sangrientas de carácter más o menos simbólico o catártico, como en las propuestas de la brasileña Lygia Clark tituladas *Cordones antropófagos*.

Un curioso punto de contacto se da entre estos exhibicionistas de su cuerpo lacerado con los penitentes de distintas religiones que, desde los estilitas antiguos hasta los flagelantes de nuestras procesiones, pasando por los faquires hindúes, mortifican su carne en espectáculo público y estremecedor. Parecidas son las propuestas de la serbia Marina Abramovic (Belgrado, 1946), como *Rythm, 0*, realizada en Nápoles en 1974, durante la que el público podía azotarla, pintarla o encañonarla con una pistola cargada. O las de Gina Pane en *Autoportrait* (París, 1973), en la que la artista se practicaba incisiones en la piel con una hoja de afeitar. El artista chino contemporáneo Zhang Huan se somete a una lluvia de panes con la que le lapida un grupo de personas desnudas. En 1995 se encierra durante 24 horas dentro de una caja y está a punto de morir. En su acción titulada *65 kg* permanece colgado del techo mientras le extraen un cuarto de litro de sangre. En *Original Sound* deja que cientos de lombrices penetren en su cuerpo por todos sus orificios. La novela de Éric-Emmanuel Schmitt* *Cuando yo era una obra de arte* (*Lorsque j'étais une œuvre d'art*, 2002) lleva esta práctica artística, en una parábola demoledora, hasta extremos dignos del doctor Frankenstein.

PERIANDRO (s. VII-VI a. C.). Nombre de uno de los famosos siete sabios de Grecia. Como son dos los Periandros contemporáneos entre sí, y ambos tiranos, nadie sabe a ciencia cierta cuál era el más sabio. Unos optan, como Platón, por el de Ambracia, cruel y sanguinario; otros, como Diógenes Laercio, por el de Corinto, prudente y buen gobernante de la ciudad de Éfeso. Marco Aurelio, en carta a su amigo Pulión, que cita o traduce libremente Fray Antonio de Guevara en su *Reloj de príncipes*, parece confundir a uno y otro, pues atribuye las maldades del de Ambracia al de Éfeso. De uno de ellos se afirma a veces que se dio muerte voluntaria, pero la *Enciclopedia Espasa* dice que "se murió de pena" tras el asesinato de su hijo.

PESSOA, Fernando (Lisboa, 1888-1935). El "desasosegado" poeta no se suicida, pero sí uno de sus numerosos heterónimos, Alvaro Coelho de Athayde, vigésimo barón de Teive, autor de un único manuscrito, *La educación del estoico*, cuyo subtítulo, suficientemente abrumador, es *De la imposibilidad de hacer un arte superior*. El barón escribe en su prólogo: "Siento próximo, porque yo mismo próximo lo quiero, el fin de mi vida [...]. Matarme, voy a matarme". Este *alter ego* del poeta, el más trágico de todos ellos y el más pesimista, nada estoico* a pesar del título de su obra, acaba cumpliendo su propósito y quién sabe si evitando que el poeta real lo haga. Éste, prácticamente suicidado a base de cazalla local, en sus últimos tiempos apenas comía, y bebía en solitario hasta que un cólico hepático lo dejó en coma y se lo llevó en el hospital de San Luis de los Franceses de Lisboa. Su último "abrevadero" —como dice Manuel Vicent— fue "el café Martinho da Arcada, bajo los soportales de la plaza del Comercio. Allí bebía ya en soledad".

PÉTION DE VILLENEUVE, Jérôme (Chartres, 1756-Saint-Magne-de-Castillon, 1794). En este revolucionario recae la responsabilidad y el honor de volver al redil a los reyes tránsfugas, con quienes viaja en la misma carroza desde Varennes a París, y es uno de los que votan en favor de la ejecución de Luis XVI. Con Buzot* y Robespierre*, ocupa la cima del partido republicano en los Estados generales. Es presidente de la Asamblea Nacional en 1790 y alcalde de París en 1791. Tras haber sido furibundo jacobino se pasa al bando girondino, por lo que es víctima de la proscripción de que es objeto todo su partido. Se refugia con Buzot en el oeste de Francia y, al verse amenazados con caer en manos de sus enemigos, se dan muerte uno y otro en un campo de trigo, donde se hallan sus cadáveres juntos y medio devorados por los lobos.

PETO, Cecina. En tiempos del emperador romano Claudio se hizo célebre por la valentía de su esposa y por la frase pronunciada por ésta para incitarle al suicidio: "Peto, no duele" (*Paete, non dolet*). Habiendo participado en el año 42 en una sublevación contra el emperador encabezada por Escribonio, se ve condenado a darse muerte. Al ver su mujer Arria que a su marido le falta valor, dispuesta a darle ejemplo, toma un puñal, se lo clava en el pecho, lo saca e, impávida, lo tiende al pusilánime diciéndole la famosa frase. Tan bien aleccionado, Peto se clava el puñal a su vez y muere. La acción y la frase no sólo han pasado a la posteridad sino que han inspirado a numerosos artistas. Marcial en uno de sus *Epigramas* (I, 13) juega con *duele* y *no duele*: "pero ésta [herida] que tu me haces, sí que me duele" (*hoc mihi, Paete, dolet*). Muchos son los escultores clásicos, neoclásicos o académicos que han compuesto con esta pareja dramáticos grupos escultóricos, como se pueden ver en el Louvre o el parque de Versalles. Incluso se ha atribuido erróneamente a esta pareja suicida* estatuas que no la representan, como es el caso del "Gálata suicidándose sobre el cuerpo de su mujer" del Palacio Altemps de Roma.

PETRONIO, Cayo (Roma, 20-66). Refinado epicúreo y excelente escritor, autor del *Satiricón*, es considerado en el entorno del emperador Nerón* como el árbi-

tro de la elegancia y el cortesano más distinguido, en quien recaen funciones de maestro de ceremonias. El historiador Tácito, por quien conocemos estos detalles, relata en sus *Anales* su desgracia y muerte. Sabiéndose condenado, injustamente acusado de haber participado en la conspiración de Pisón, se hace abrir inmediatamente las venas para, a continuación, volvérselas a ligar. De este modo, su ejecución o agonía dura muchas horas, a lo largo de las cuales, con la misma elegancia y presencia de ánimo que siempre le caracterizaron, conversa con sus amigos, recita versos, escucha música, come, duerme y reúne a sus esclavos para despedirse de ellos, recompensando a los mejores y reconviniendo a los díscolos. En último término escribe una carta a su verdugo, no para implorar perdón o piedad para sus herederos sino para denunciar sus conductas más depravadas.

PICHEGRU, Jean-Charles (Arbois, 1761-París, 1804). Dirigente jacobino durante la Revolución francesa y brillante militar, encabeza el ejército del Rin y luego el del Norte, con el que se apodera de Holanda en 1795. Traiciona la causa revolucionaria y conspira para provocar un golpe de Estado monárquico. Detenido y deportado a Guayana, se evade y se refugia en Londres, donde vuelve a conspirar. Cuando es de nuevo detenido en Francia, se ahorca en su celda.

PIGLIA, Ricardo (Adrogué, 1940). En su novela-reportaje *Plata quemada* (1997), que relata hechos sucedidos en Argentina y Uruguay en 1965, ofrece buenos ejemplos del uso defensivo de la autolesión* y también una apoteosis sangrienta del suicidio obsidional en su modalidad de morir matando. Los tres delincuentes asediados en Montevideo "estaban decididos a todo. Más bien a morir pero matando". La batalla campal que los enfrenta a policías uruguayos y argentinos dura cerca de un día y se salda con la muerte de numerosos asaltantes y la de dos de los sitiados. El tercero, malherido, es víctima de un linchamiento que ni aun así consigue rematarlo. En medio del tiroteo, las llamas y los gases lacrimógenos, el último sobreviviente compone un emotivo cuadro de *Mater Dolorosa*: "Lo mantuvo en sus brazos como quien sostiene a un Cristo". Con anterioridad a estos hechos, este mismo asesino de "prontuario frondoso" (rico expediente) había "suicidado" a una prostituta de origen ruso que "le pedía que la matara".

PILATO, Poncio (¿10-40?). Siendo gobernador romano de Judea en tiempos del emperador Tiberio, del año 26 al 36, pasa a la historia por lavarse las manos y condenar a Jesucristo* a morir crucificado. Desterrado por Calígula a la actual Vienne por haber reprimido muy duramente una sublevación de los judíos, se da muerte en el año 40. A causa de la pregunta que dirige a Jesucristo en los Evangelios: "¿Y qué es la verdad?" (Juan, 18,38) es un personaje que ha interesado a muchos autores. Ernest Renan lo considera en su *Vida de Jesús* (1863) como el más humano y sincero de los que aparecen en los Evangelios. Protagonista de la novela de Roger Caillois *Ponce Pilate* (1961), trastorna el curso de la historia al indultar a su preso y no crucificarlo. También protagoniza la novela policíaca y epistolar de Éric-Emmanuel Schmitt* *El Evangelio según Pilato* (*L'Évangile selon Pilate*, 2000).

Pierrot el loco. Esta película francesa de Jean-Luc Godard (*Pierrot le fou*, 1965), auténtico manifiesto de la *nouvelle vague*, contiene uno de los suicidios más espectaculares del cine. El protagonista, interpretado por Jean-Paul Belmondo, conoce a Marianne, encarnada por Anna Karina*, pasa la noche con ella, huyen de París y se refugian a la orilla del mar. Pero Marianne se aburre, y para matar el aburrimiento se acuesta con el jefe de una banda de gángsters. Al enterarse Pierrot, la mata y luego se pinta la cara de azul, se corona la cabeza con una guirnalda de explosivos, enciende la mecha y explota frente al mar.

PIÑERA, Virgilio (Cárdenas, 1912-La Habana, 1979). Es perseguido por las autoridades cubanas por su homosexualidad y su poco entusiasmo hacia el régimen castrista, como otros muchos escritores y artistas. Su primer estreno teatral, *Electra Garrigó* (1948), es la parodia iconoclasta y vanguardista de la venerable tragedia griega. Trasladada al ambiente popular de un barrio negro, con un coro que canta *Guantanamera*, la obra provoca en La Habana de la época una "auténtica batalla de *Hernani*". Esta hija de Agamenón Garrigó y de Clitemnestra Plá, que blasfema de "los no-dioses" y no cree en nada, termina anonadada por la soledad. Su última obra teatral, *El no*, presenta a una pareja* de novios que, habiendo decidido no casarse y amenazados por la conspiración de la familia y las autoridades morales, se ven obligados a poner fin a ese acoso* por el único medio que les queda: encerrarse en la cocina y, sentaditos en el suelo y abrazados, aguardar los efectos del gas*.

Píramo y Tisbe. Es la historia de un malentendido fatal que termina en doble suicidio ejemplar, modelo de venideras parejas* mortales. Es también la deplorable historia de un amor puro contrariado por los padres, como lo serán más tarde las de otros muchos amantes desgraciados. Ovidio* es, al parecer, quien por primera vez relata sus amores y su desastrado fin en *Las metamorfosis* (IV, 55 y ss). Tisbe acude la primera a la cita que le ha dado su amante al pie de una blanca zarzamora pero, asustada por la presencia de una leona, corre a refugiarse perdiendo su velo. Cuando llega Píramo, sólo ve el velo ensangrentado por las fauces del animal. Deduciendo que una fiera ha matado a su amada, se traspasa con su espada. Tisbe regresa y, al verlo muerto, empuña el arma aún tibia y se la clava a su vez. Los dioses compasivos tiñen para siempre las moras con la sangre de los amantes, y los padres arrepentidos unen sus cenizas en una misma urna. En alguna representación medieval de este drama, como la del siglo XII que figura en el museo municipal de Cambrai, Francia, los amantes aparecen boca abajo ensartados en el mismo hierro, lo que hace de ellos una de las representaciones más solidarias de la pareja suicida El texto medieval del siglo XIII *Gesta Romanorum* da un vuelco a lo divino a este mito e interpreta a Píramo como símbolo de un Jesucristo* que acepta su propia muerte, mientras que el león (o leona) se convierte en la encarnación del demonio. Shakespeare* se inspira en ellos para su *Romeo y Julieta*. Luis de Góngora, que trata el tema en su romance *Fábula de Píramo y Tisbe* con tanto refinamiento como rechifla, condensa el prodigio final en estos cuatro versos:

Al blanco moral de cuanto
humor se bebió purpúreo,
sabrosos granates fueron
o testimonio o tributo.

Tirso de Molina incluye también una "fábula" en décimas y romancillos en su *Deleytar aprovechando* (1635). En el comienzo de su segunda parte hay ya un conato de suicidio por parte de Píramo. Al final, el desesperado amante se hunde la espada hasta el pomo:

Salió el acero homicida
a las espaldas, cayó
sobre el pomo...

También en este caso, como en la escultura medieval, la punta de la espada los une a ambos, que quedan abrazados para siempre al juntarse por los pechos. Tirso vuelve a tratar el tema de los dos amantes intercalando un entremés sobre su triste fin en *Los balcones de Madrid* (¿1635?).

PISÓN, Cayo Calpurnio (m. en 65). Fomenta y encabeza la conjuración contra el emperador Nerón* que lleva su nombre (62-65), en la que participan buena parte de la aristocracia senatorial y la élite política e intelectual del momento. Sobre ella se abate la represión al ser descubierta, arrastrando a figuras del relieve de Séneca * o Lucano*. La mayoría de sus participantes se ven condenados a darse muerte, pero algunos incurren en penas menores de exilio. El propio Pisón se suicida abriéndose las venas, y como él lo hace Plaucio. El cónsul Vestino, al igual que Séneca, recurre a la asfixia por vapor. Julio Vétere lo hace en familia, ya que le acompañan en el suplicio su esposa Vestia y su hija Polita. Publio Ostorio Escápula se asesta una puñalada en la garganta tras cortarse las muñecas. Epícaris, una liberta ejemplar por su entereza sometida a la tortura, logra darse muerte para no delatar a ninguno de sus cómplices.

PISSARRO, Camille (Saint-Thomas, 1830-París, 1903). Como muchos artistas de su época, por ejemplo su amigo el pintor Paul Signac, este artista impresionista francés hace suyos los ideales anarquistas. Éstos se expresan más en sus dibujos que en sus lienzos, ya que estos últimos son todos, o casi todos, paisajes o bodegones. Un cuaderno de 28 dibujos a plumilla titulado *Bajezas sociales* ilustra perfectamente, bajo la influencia de Zola* y de Daumier*, su indignación ante la injusticia social. En uno de los dibujos, colgado de un farol que ilumina en parte un estrecho callejón, no hay una víctima de la miseria sino "un millonario" al que el artista, sin compasión, aún incrimina tras su muerte, añadiendo de su pluma al pie del farol: "Es algo demasiado pesado, turba la armonía... rompe el equilibrio..."

PIZARNIK, Alejandra (Avellaneda, 1936-Buenos Aires, 1972). Aunque casi toda su familia europea perece víctima de la persecución nazi, la poeta se siente perfectamente integrada en la sociedad argentina, sin que sus orígenes judíos signifiquen gran cosa para ella. Dependiente económicamente de su familia, que le paga la edición de sus libros, su psicoanálisis o sus viajes, desarrolla pronto un personaje que César Aira define como "acomplejada por su fealdad, su escasa estatura, su tartamudez, su gordura, su acné, su in-

adaptación, su asma", pero igualmente convencida muy pronto de llegar a ser una gran poeta, lo que logra. A pesar de su éxito literario y social, convertida en centro alrededor del cual gravitan muchos grandes escritores, es víctima de la frustración amorosa, de una creciente angustia y, por último, de la locura, que le lleva a ser internada en un psiquiátrico. Aprovechando una salida durante un fin de semana, el 25 de septiembre de 1972 ingiere una gran cantidad de tabletas de seconal, con lo que se da muerte. En *Los muertos y la lluvia* deja escrito: "La vida es un lapso del aprendizaje musical del silencio". Como en Cesare Pavese*, la idea de suicidio, omnipresente en sus confesiones y diarios, se convierte en una obsesión: "El suicidio pronto, prontísimo".

PLATH, Sylvia (Jamaica Plain, 1932-Londres, 1963). Una serie de depresiones, varias tentativas de suicidio —la primera a los 20 años—, estancias en centros psiquiátricos y una angustia persistente jalonan la rápida carrera literaria de esta escritora norteamericana, novelista y poeta, pronto coronada por el éxito. Su tesis de graduación versa sobre el tema del doble en Dostoyevski*, y es precisamente la impresión de desdoblamiento de la personalidad uno de los más graves síntomas que padece. En 1956 se casa con el poeta inglés Ted Hugues, al que conoce en Cambridge y con el que tiene dos hijos, de quien se separa en 1962. En Londres, el 11 de febrero de 1963, cuando acaba de publicar su novela *La campana de cristal* (*The Bell Jar*), abre la llave del gas* y mete la cabeza en el horno tras dejar a sus dos hijitos de dos y tres años dormidos. Desde las páginas más tempranas, sus diarios revelan claves de su conducta: "Morir es un arte y yo lo hago excepcionalmente bien", escribe. A este matarse lentamente lo llama, mezclando terror y placer, "el gran *strip-tease*".

En su libro de relatos *Johnny Panic y la Biblia de los sueños* (*Johnny Panic and the Bible of Dreams*, 1977; Alianza, 1995), tres de ellos terminan con un suicidio e incluso alguno con varios. Su amiga Anne Sexton nunca le perdonará que se haya suicidado antes que ella. Ted Hugues, por su parte, cuya segunda mujer, Assia Wevill, también se suicida después de matar a su propia hija, le rinde el más fervoroso homenaje en su libro de poemas *Birthday Letters*, publicado poco antes de su muerte. Al gran amigo de la escritora, Al Alvarez, su muerte le inspira su mejor libro, *El dios salvaje*. De ella dice en sus páginas: "La autoridad de su poesía reposaba en una intensa insistencia en seguir el hilo de la inspiración hasta la cueva del Minotauro".

Una biografía reciente de Assia Wevill (Yehuda Coven, Elait Negev, *A Lover of Unreason*, 2006) parece achacar el suicidio de ambas mujeres a la despótica relación que el poeta mantuvo siempre con ellas.

PLATÓNOV, Andréi (Vorónezh, 1899-Moscú, 1951). Aunque entusiasta partidario de la Revolución soviética y voluntario del Ejército Rojo a los 20 años, su obra literaria es pronto objeto de duras críticas oficiales para terminar completamente silenciada y sólo exhumada, muchas décadas después de su muerte, en el período de la *glasnost*. En todos sus cuentos y novelas escribe sobre la pobreza, "una pobreza cuya desolación estaba llena de

esperanzas frustradas", como escribe John Berger. Entre las pobres almas a las que no les queda otra cosa que "su capacidad de sentir y de sufrir", el protagonista de su principal novela, *Chevengur* (Cátedra, 1998), Shasha Dvánov, queda huérfano muy joven tras el suicidio de su padre. Se consagra entonces a la construcción del socialismo, evidente sustituto del padre ausente, pero todos sus sueños se ven aplastados en la batalla en que desaparece su pueblo, muere su compañero Kopiokin y sólo sobreviven él y el caballo de su amigo, Fuerza Proletaria. Montado en este Rocinante, el triste caballero parte en busca del lago en que se ahogó su padre y se adentra en sus aguas para morir como él. En *La excavación* (Alfaguara, 1990), novela toda ella al borde del suicidio, todos los personajes viven sumidos en la desgana y el desánimo, aunque (o tal vez porque) están sometidos a la prédica incesante del entusiasmo y la felicidad. Se dejan morir hasta los caballos, mientras los campesinos duermen ya en sus ataúdes en espera de la muerte. El ingeniero Prushevski, que vive "una vida agonizante e indiferente", se dice: "Es mejor que muera", y está tan decidido a poner fin a su vida que envía por correo un mensaje* de despedida a su hermana, de la que, por otra parte, no sabe si ha muerto. "Dejaría de respirar", piensa, pero aunque son muchos los que mueren o se dejan morir, a él parece que se le olvida hacerlo.

POE, Edgar Allan (Boston, 1809-Baltimore, 1849). Psíquicamente inestable desde su niñez y gran bebedor en la edad adulta, en sus últimos años parece sufrir, entre otros desarreglos mentales, delirios de persecución. Sobre su alcoholismo, es decir, su suicidio crónico*, Baudelaire*, alma hermana y su traductor al francés, precisa: "No bebía como un sibarita sino como un salvaje, con una actividad y una economía de tiempo absolutamente norteamericanas, como si llevara a cabo una acción homicida y tuviera dentro algo que matar". Un año antes de su muerte, viudo y rechazado por las mujeres a las que pretende, intenta suicidarse con una gran dosis de láudano*, y sólo consigue enfermar gravemente. El 3 de octubre de 1849, un tipógrafo del diario local encuentra su cuerpo inanimado en la calle. Cuatro días más tarde muere en el hospital sin recobrar el sentido. Las versiones difieren acerca de las causas de su muerte. Si para unos es innegable efecto del *delirium tremens*, otros apuntan a una droga que debió de suministrársele para que votara por un candidato determinado en las elecciones legislativas. Otros más proponen el resultado de una congestión cerebral que ya le había acometido en varias ocasiones, y hay quien, como Rafael Llopis, la explica por "una paliza que recibió en un callejón trasero e irremediablemente sin salida".

Algo lleva dentro que tiene que matar —su doble, su conciencia— el desenfrenado protagonista de "William Wilson". Algo que mata al final del cuento y que, creyendo dar muerte a su perseguidor, le cuesta la vida en un romántico juego especular que anuncia al *Perlimplín* lorquiano. "¡Tú te has asesinado radicalmente a ti mismo!", le sentencia su sombra.

POIVRE d'ARVOR, Patrice (Reims, 1947). Este periodista y escritor francés, popular presentador del primer canal de televisión, dedica dos libros a la muerte de

su hija: *Cartas a la ausente* (*Lettres à l'absente*) y *Ella no era de aquí* (*Elle n'était pas d'ici*). En 1995, su hija Solenn, anoréxica, se suicida a los 19 años.

POLIDURI, María (Calamata, 1902-Atenas, 1930). Muy enamorada del también poeta y suicida Kostas Kariotakis*, que no le correspondió y se contentó con ser su amigo. Era en 1922, cuando ambos coincidieron como empleados en las mismas oficinas ministeriales. Enferma de tuberculosis y escasa de recursos económicos, se da muerte siendo aún muy joven.

Político, El. Película norteamericana de Robert Rossen (*All the King's men*, 1949), protagonizada por Broderick Crawford y John Ireland, muy crítica con la conducta de los políticos estadounidenses de la época. Éstos aparecen dispuestos a cometer las peores tropelías con tal de alcanzar y conservar el poder, e incluso se sienten tentados por el fascismo en caso de derrota electoral o de problemas con la justicia. El aparentemente íntegro juez Stanton, acorralado por el gobernador del Estado, que lo amenaza con chantajearlo revelando una falta cometida en su juventud si no le concede su voto, se dispara un tiro en el salón de su mansión señorial en un caso de suicidio por acoso*.

POMPEYA, Paulina (s. I. d. C.). Quiso seguir a su esposo Séneca* hasta la muerte, abriéndose las venas como él, pero Nerón* lo supo y ordenó que se lo impidieran, para lo que hubo que restañarle las heridas. Dice Pedro Mexía en su *Silva de varia lección* que "bivió la buena muger, quedando toda su vida descolorida y desangrada en señal de la lealtad y amor que tuvo con su marido" (II, 15).

PONCE DE LA FUENTE, Constantino (San Clemente, 1502-Sevilla, 1560). No son frecuentes los suicidios de miembros del clero católico, pero aquí tenemos a este canónigo magistral de la catedral de Sevilla, capellán de Carlos V y acompañante de su hijo, el príncipe Felipe II, durante su viaje por el norte de Europa. El Doctor Constantino es uno de los precursores, junto a Fray Luis de León* y otras víctimas de la Inquisición, de la traducción de la Biblia* al romance. Acusado ante el Santo Oficio de Sevilla por los miembros de la Compañía de Jesús, recién instalados en la ciudad, contra los que había proferido duras críticas, se le abre un proceso por herejía a resultas del cual termina confeso y convicto en 1558, y a continuación encarcelado. Tras dos años de cautiverio en el castillo de san Jorge, sede sevillana de la Inquisición, se suicida. Sus huesos fueron quemados en auto de fe en diciembre de 1560.

PORCIA (Roma, ¿70-43 a. C.?). De casta le viene su disposición heroica al suicidio, pues es hija de uno de los modelos del género, Catón de Útica*. Mujer de Marco Bruto*, sorprende a éste con un primer intento haciéndose un corte con una navaja barbera, que no es más que un ensayo para probar su propia entereza. Lo hace también para que su esposo esté prevenido sobre lo que le espera si fracasa en su empresa. Mucho antes de que su marido sea derrotado y se suicide, ella pone fin a su vida. Según algunas versiones, comete uno de los más crueles atentados contra sí misma que se pueda imaginar, ya que, co-

mo cuenta Boccaccio en su *De claris mulieribus* (1362), "se echó en la garganta carbones vivos y ardientes, que le quemaron toda la garganta y las entrañas, y así ella murió" (*De las mujeres ilustres en romance*, 1494). Del mismo modo lo relata Diego de San Pedro en su *Cárcel de amor**: "Acabó sus días comiendo brasas por hacer sacrificio de sí misma". También es el método que escoge Shakespeare* en su *Julio César* y así lo cuenta el propio Bruto a Casio: "Se extravió su razón y, en ausencia de sus criadas, tragó carbones encendidos". En la adaptación realizada por Joseph L. Mankiewicz en 1953, su papel lo encarna Deborah Kerr.

Portugal. Gregorio Martínez Sierra observa en sus crónicas viajeras que en este país no hay conflicto entre generaciones porque a todos, viejos y jóvenes, les une una misma propensión suicida: "Todos parecen enamorados, sin esperanza, de una misma quimera, y esta comunidad de desesperación borra, en cierto modo, el natural antagonismo entre la juventud y la vejez [...] como gentes que saben que van a despeñarse por culpa de la misma locura". Y añade con no poca exageración que "casi todas las grandes vidas de la pasada generación acabaron en el suicidio". Unamuno dice asimismo que Portugal es un país de suicidas. Tal vez lo digan uno y otro por algunos de sus más célebres escritores y artistas desesperados, como Camilo Castelo Branco*, Soares dos Reis*, Antero de Quental* o Mario de Sà-Carneiro*, a los que más tarde se une Florbela Espanca*, aunque ninguno de ellos haya puesto fin a su vida en Lisboa.

Antonio Tabucchi, el más portugués de los escritores italianos, tanto que declara que Portugal está inscrito en su patrimonio genético, lo corrobora en su relato "La última invitación", del libro *Los volátiles del beato Angélico,* Anagrama, 2000 (*I volatili del Beato Angelico*, 1987): en él afirma que "para el viajero solitario [...], Lisboa sigue ofreciendo una gran variedad de opciones para un noble suicidio". Destaca entre éstas las excelentes posibilidades que proporciona la ciudad para una de sus variedades, la del salto al vacío*. Esta evocación de la capital portuguesa se entrevera con una irónica apología del suicidio individual, del que destaca sus facetas de libertad, fantasía y creatividad, opuestas todas ellas al "suicidio total" o apocalipsis planetario de la especie mediante la contaminación o el uso del arma nuclear. Claro está que, tratándose de Portugal, Tabucchi menciona también una especialidad única de ese país, el "suicidio por *saudade*". En su novela *Réquiem,* escrita directamente en portugués y que se subtitula *Una alucinación* (Anagrama, 1996), la búsqueda de la suicida Isabel para preguntarle la razón de su acto orienta los pasos del protagonista a través de la capital lisboeta. El protagonista de *Suicidios ejemplares* (1993), de Enrique Vila-Matas*, inspirado sin duda en las frases de Tabucchi, confiesa: "Me asalta sin cesar la tentación del salto, aquí en Lisboa, en esta ciudad tan llena de hermosos lugares para arrojarse al vacío". Se podría añadir que, como afirma Manuel Rivas, "las páginas de sucesos en Portugal evitan el término suicidio. Con elegancia suelen titular : *Morreu porque ele quis* (Murió porque quiso)".

POZZI, Antonia (Milán, 1912-1938). Solitaria e introvertida, nunca publicó sus

versos en vida. Su única y gran historia de amor, la que inició con su profesor de latín y griego del Instituto, choca con la oposición de sus padres. Ante los avances de la guerra y desesperada por las leyes antijudías que le hacen perder sus mejores amigos, se refugia en su casa de campo y allí se da muerte ingiriendo una fuerte dosis de calmantes el 3 de diciembre de 1938.

PRADA, Juan Manuel de (Baracaldo, 1970). En su primera novela, *Las máscaras del héroe* (1996), recrea el ambiente de la bohemia artística y literaria madrileña de principios del siglo XX, cuyo callejero deambular gira en torno al famoso viaducto * de Segovia, llamado también puente de los suicidas. Este puente viene a ser la cuerda floja sobre la que bailan unos títeres esperpénticos, siempre al borde de la desesperación y la muerte.

PRADO, Benjamín (Madrid, 1961). Ha publicado una antología de textos titulada *Suicidas*, que reúne veintisiete relatos de Guy de Maupassant*, Horacio Quiroga*, Ambrose Bierce*, Cesare Pavese*, Virginia Woolf* y otros muchos autores. El antólogo apunta en su prólogo titulado "Qué matan los suicidas": "Pensar en morir no es lo mismo que ir a morir". "En este libro —añade— no sólo se reúne a unos cuantos autores suicidas, sino que en gran parte de los relatos el suicidio es un tema central o, como mínimo, una amenaza de fondo". Después de lamentar, "ojalá que los escritores que componen esta antología no se hubiesen matado", concluye: "Quizás sus muertes nos privaron de mejores parcelas literarias, aunque bien mirado, tal vez, su literatura se alimente, secretamente, del germen que los destruyó".

PRADO, Miguelanxo (A Coruña, 1958). En su álbum *Tangencias* (1995), recopilación de historietas publicadas por este autor y dibujante de cómics en las revistas *Cairo* y *Cimoc* entre 1987 y 1995, todas las historias giran en torno a las difíciles relaciones entre parejas y casi todas terminan mal. La titulada "El juego de la verdad" se cierra con imágenes del cadáver del protagonista masculino, que yace en una cama deshecha y cubierta de papeles desordenados, junto al cual se ve, en sucesivas viñetas que van ampliando la imagen hasta un primer plano, como en un *zoom*, un tubo de veronal* vacío.

Preferencia temporal. Por la escritora inglesa contemporánea Sarah Kane* sabemos cuál es el momento preferido por sus compatriotas para quitarse la vida: exactamente las 4,48 de la madrugada. Éste es el resultado obtenido a partir del estudio de las estadísticas de aquel país y corresponde, según parece, a la hora en la que los individuos depresivos, pasados los efectos de los calmantes, ansiolíticos o somníferos, recuperan su lucidez y se desesperan en su insomnio poblado de pesadillas despiertas. Tal resultado contradice de plano las tendencias que la humanidad ha manifestado a lo largo de la historia y significa un cambio radical. Según estadísticas de comienzos del siglo XIX, que parecen corresponder a usos bastante enraizados y añejos, los suicidas huyen del frío y de la oscuridad. La revista francesa *Les Cahiers Laënnec*, que ha dedicado varios números al tema del suicidio (el último, en marzo de 1993), pasa revista en su núme-

ro de abril de 1985 a tales usos y concluye con los siguientes datos, que son válidos para un período de más de siglo y medio: la gente se mata de preferencia el lunes, muy pocas veces durante lo que hoy llamamos el fin de semana, mucho más en verano que en invierno y casi nunca de noche. Mayo y junio, época primaveral llena de promesas de vida, son los meses elegidos en la mayoría de los casos, junto con el mes de agosto, especialmente entre los habitantes de las ciudades. El invierno no invita al suicidio, y la noche menos aún. Son los meses y las horas de más luz, más sol y más calor los que empujan al desesperado a abandonar este mundo, tal vez porque se siente no invitado a participar en la fiesta.

Presas. Obra teatral escrita por los autores españoles Ignacio del Moral y Verónica Fernández para 14 actrices y cinco actores del taller de 4° curso de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid (RESAD), estrenada en Madrid en mayo de 2005. La obra representa la vida de un grupo de mujeres internas en una cárcel franquista de la década de 1950. Entre ellas hay presas políticas y comunes, comunistas y anarquistas, atracadoras, prostitutas y asesinas, todas a cargo de un plantel de monjas carceleras, un médico y un director penitenciario, don Mauro. La obra termina con dos suicidios: el de Charito, la prostituta, a quien recibe en el otro mundo el fantasma de otra reclusa, y el del director del penal. El trío fantasmal prosigue la acción en otra dimensión, a la que se accede poniéndose una nariz colorada de payaso.

Prevención. Son numerosas las asociaciones que militan en la actualidad (véase Estadísticas*) en prevenir el suicidio. La principal de ellas es la denominada Befrienders International (BI), fundada en noviembre de 1974 a partir de los primigenios "samaritanos" que Chad Varah fundó en Londres en 1953. Esta asociación internacional está actualmente extendida por los cinco continentes y cuenta con miembros en más de 40 países. Junto a ésta, son también importantes la AISP (en español, Asociación Internacional de Prevención del Suicidio) y la AITS (Asociación Internacional de Tanatología y Suicidio).

Otra gran ONG es la Asociación Internacional del Teléfono de la Esperanza, cuyos voluntarios contestan a las llamadas (gratuitas y anónimas) de los desesperados a cualquier hora del día y de la noche. Esta asociación cuenta con médicos, psiquiatras y asesores jurídicos con los que los necesitados pueden concertar cita para resolver sus problemas. Extendida por Europa y América Latina, posee actualmente en España 20 sedes provinciales y abre continuamente nuevos centros en todos los países. En Francia, numerosas asociaciones se agrupan dentro de la Union Nationale de la Prévention du Suicide (UNPS), que todos los años organiza el día nacional de la prevención el 5 de febrero. Gracias a su acción, se han llevado a cabo grandes progresos, como la obligación de seguimiento médico de adolescentes que han realizado un intento de suicidio. Algunos de los psiquiatras y neurofisiólogos que militan en estas asociaciones se oponen radicalmente al recurso sistemático a la farmacopea, considerando que cuantos más antidepresivos se consumen (y Francia se lleva la palma en este apartado), más suicidios se producen.

La reciente disciplina científica de la suicidiología * tiene la prevención como uno de sus principales objetivos. La OMS recomienda a los países miembros que desarrollen estrategias preventivas, y entre los países que la han escuchado y ponen en práctica estos principios se encuentran Finlandia, Reino Unido, Japón, Suecia, Noruega, Cuba y Dinamarca.

La prevención se interesa por cualquier gesto, anuncio o amenaza suicida*, dado que el 20% de las personas que intentan suicidarse repite el intento en el plazo de un año, y cerca del 10% de los intentos de suicidio resultan mortales. Para las organizaciones preventivas, todas las personas que realizan gestos suicidas o que intentan suicidarse necesitan ser tratadas. No hay que olvidar que, si entre las causas* de suicidio se destaca como la más importante la depresión, la evolución del paciente puede resultar engañosa para un entorno inexperto, ya que cuando se inicia su mejoría como resultado de un tratamiento es cuando mayores riesgos presenta de cometer un acto fatal. Sólo cuando el depresivo dispone de suficiente energía y fuerza de voluntad puede atentar contra su propia vida.

La prevención primaria se orienta a disminuir los factores de riesgo: de forma indirecta, tratando de paliar el aislamiento social, luchando contra el alcoholismo * y las adicciones de todo tipo, mediante el apoyo a los enfermos terminales, favoreciendo los vínculos familiares, etc.; y de forma directa, gracias a las líneas telefónicas de ayuda, protegiendo contra los impulsos suicidas, etc. La prevención secundaria es la que se ocupa de la reanimación de las víctimas, salvamento de ahogados, etc. La terciaria es la que tiene por objeto el tratamiento de los supervivientes* mediante hospitalización, terapias cognitivas, seguimiento psicológico, medicación, etc.

PRINZE, Freddie (Nueva York, 1954-Los Ángeles, 1977). Al suprimirse la teleserie *Chico and The Man*, el programa en el que actúa el popular actor de comedias norteamericano de origen hispano, y tras divorciarse de su esposa, se dispara un tiro en la cabeza en Los Ángeles. Cuando muere sólo tiene 22 años, pero deja ya un hijo de diez meses, el hoy muy conocido y guapo actor de cine Freddie Prinze Jr.

PRÍO SOCARRÁS, Carlos (Bahía Honda, 1903-Miami, 1977). En la década de 1940 comienza la actividad política de este revolucionario cubano, que llega a ser presidente de la República entre 1948 y 1952. En esta fecha es derrocado por el golpe de Estado del dictador Fulgencio Batista. Desde su exilio de Miami apoya a Castro y al Movimiento 26 de julio, pero rompe con ellos a raíz de su orientanción hacia el comunismo. Desde entonces se convierte en la cabeza visible de la comunidad exiliada de Miami. En esta ciudad de Florida, desmintiendo a quienes pretenden que los cubanos sólo se suicidan en Cuba*, se da muerte en 1977.

PRUDENCIO (Calahorra, 348-¿410?). Para este poeta latino cristiano, autor de un largo poema alegórico, *La Psicomaquia*, fuente de inspiración de gran éxito para numerosos autores de la Edad Media, el suicidio sólo puede ser efecto de un arrebato. En uno de los debates que oponen vicios a virtudes, la Ira, en lucha contra la Paciencia, rompe furiosa su propia espa-

da y con uno de sus pedazos se da muerte. Perfecta alegoría de la desesperación y la impaciencia que tan a menudo se identifican con la idea del suicidio, o del suicidio anómico en todo caso, y que, en el polo opuesto del ideal estoico* de impasible serenidad, responde a la condena que hace de él el cristianismo.

Puentes. Desde la Antigüedad*, si damos crédito al testimonio de Horacio sobre los que franqueaban el Tíber en Roma, constituyen uno de los trampolines predilectos para los candidatos al suicidio. Famosos han llegado a ser desde tiempos remotos los de Londres y París, inmortalizados por poetas y artistas. El cine también ha contribuido a propagar esta siniestra fama, como lo muestran, entre tantas películas, *Vértigo* de Hitchcock* o la francesa *La chica del puente* (*La fille sur le pont*, 1998), de Patrice Leconte. En esta última, Gabor, lanzador de cuchillos interpretado por Daniel Auteuil, rescata a Adèle (Vanessa Paradis), que está a punto de saltar al Sena, para proponerle un porvenir apenas más seguro: ser blanco de sus puñales.

Tan merecida fama y trágico historial como los del Támesis o el Sena posee el Golden Gate de San Francisco. Kim Novak está muy lejos de ser la única en haber saltado a la bahía por encima de su barandilla. A las diez semanas de su inauguración, en 1937, se había producido ya el primer salto. Desde entonces, y hasta el 28 de octubre de 2005, 1.218 personas se han dado muerte de esta forma, de lo que resulta una media anual de 19 suicidios por inmersión. Tal es la cifra exacta, más otros tantos intentos frustrados, que registra con sus cámaras el cineasta Eric Steel, instalado en el puente con todo su equipo durante un año entero. Ante tal hecatombe ha habido siete intentos a lo largo de su historia por dotarlo de una barrera protectora como las que ya existen en la Torre Eiffel o el Empire State Building, pero todos han resultado infructuosos. En la actualidad, una nueva campaña política de una candidata reúne firmas en favor de la instalación de esa u otras medidas de seguridad. En espera de que se lleven a cabo, patrullas a pie y en bicicleta, cámaras y otros medios de prevención y vigilancia han frustrado 50 tentativas en 2004.

En España, como país de secano, la literatura ha explotado el filón macabro de un puente sin río, el viaducto de Madrid*, desde el que los suicidas se estrellaban pero no se ahogaban. Algo parecido, debido a lo exiguo del cauce, hacen los que utilizan el vertiginoso puente sobre el tajo de Ronda, en la provincia de Málaga. Inclinado sobre el abismo, un personaje de la novela de Martin Amis * *Niños muertos* relata a su compañera de viaje: "Todos los años viene aquí a matarse un montón de gente. Estuve hablando con el viejo que se encarga de despegarlos de las rocas con una manguera".

Punto límite: cero. Película norteamericana de Richard Sarafian (*Vanishing Point*, 1971) con guión nada menos que de Guillermo Cabrera Infante. Historia de un piloto suicida sin necesidad de explosivos. Un antiguo marine, piloto de carreras, pretende batir un récord de velocidad por las carreteras de Nevada y California. La policía trata de impedírselo por todos los medios, y cuando el conductor avista un nuevo control al que no puede escapar, se lanza contra él para morir entre las llamas de la explosión que provoca. De ella dice

su guionista: "Al comienzo era un *road movie*, una película de carretera. Ahora es una película de culto que pasan a cada rato en televisión".

Q

QUENTAL, Antero de (Ponta Delgada, 1842-1891). Uno de los hombres de letras portugueses más pesimistas y desesperados, capaz de acuñar frases como "Sólo los males son reales, sólo el dolor existe. Los placeres sólo nacen de la fantasía" o "El peor mal de entre todos es el de haber nacido". No es de extrañar que, tras tales declaraciones y muchísimos poemas en los que llama a la muerte, terminara disparándose dos tiros en la sien con un revólver comprado poco antes con ese objeto. Lo hace en su ciudad natal, Ponta Delgada, en las islas Azores, adonde regresa con el objetivo preciso de darse muerte en un banco público del Campo de san Francisco, junto a un cuartel. Antes de apretar el gatillo se toma el tiempo de despedirse de sus amigos del grupo Los vencidos de la vida, quienes le ofrecen una cena de adiós, y de decirles a los postres: "Se descansa... si en el hastío doloroso de nosotros mismos encontramos la fuerza para eliminarnos". El banco en el que agoniza y muere, rodeado de militares llegados del vecino cuartel, es hoy lugar de culto sobre el cual una placa recuerda el triste suceso.

QUÉTELET, Adolphe (Gante, 1786-Bruselas, 1872). Este sociólogo belga es el fundador de la estadística moderna, por aquellos tiempos aún en manos de investigadores privados no dependientes de instituciones. Con su *Ensayo sobre la estadística moral de Francia* (*Essai sur la statistisque morale de la France*, 1833), se convierte en el precursor de Durkheim*, sobre el que ejerce notable influencia. El término *moral* se emplea en esta época para designar los usos y comportamientos de la sociedad. Gracias a estudios estadísticos llevados a cabo desde 1830, establece una serie de "regularidades" o tendencias macrosociales —al matrimonio, a la procreación, al crimen, al suicidio—, que le llevan a anunciar las "propensiones" de una sociedad u otra a tal o cual conducta. Este determinismo positivista choca con la concepción de libre albedrío y escandaliza no poco a los defensores de una filosofía idealista de la libertad, de la responsabilidad individual y de la acción voluntaria. Su obra se inscribe en una corriente moderna de estudio del suicidio en Francia, en la que participan sociólogos y médicos alienistas como Jean-Pierre Falret,

Jean-Étienne Esquirol, André-Michel Guerry o Brierre de Boismont.

QUEVEDO, Francisco de (Madrid, 1580-Villanueva de los Infantes, 1645). En repetidas ocasiones manifiesta su devoción por la filosofía estoica*, de la que se reivindica legítimo heredero. Lo demuestra traduciendo las epístolas de Séneca* y también publicando, entre 1633 y 1634, su obra *Nombre, origen, intento, recomendación y decendencia de la dotrina estoica*. Quevedo representa un curioso caso de lo que ha dado en llamarse "estoicismo cristiano", o más bien "senequismo cristiano", expresión acuñada con no pocos visos de patrioterismo cultural por quienes ponen de relieve la "españolidad" del filósofo cordobés. Tratar de compaginar doctrinas tan opuestas obliga al escritor a hacer notables equilibrios. Para empezar, hace derivar el estoicismo del Libro de Job, y ello mediante complicadas demostraciones sobre el origen fenicio del chipriota Zenón*, fundador de la escuela. Sus más flagrantes contradicciones se producen precisamente en torno al tema del suicidio, que los estoicos, y muy en particular su muy querido cordobés, exaltan como camino hacia la libertad, y don Francisco, como paladín de la ortodoxia católica, no puede sino condenar con la mayor energía. Grande es el dolor que provoca en su ánimo ver descarriado a un amigo tan querido, y el dolor le hace perder toda lógica: "¿Cómo, ¡oh grande Séneca!, no conociste que es cobardía necia dejarse vencer del miedo de los trabajos; que es locura matarse por no morir?"

QUIGNARD, Pascal (Verneuil-sur-Avre, 1948). Según el testimonio del crítico Rafael Conte, el escritor merece figurar entre los pirómanos de su propia obra, ya que, en una emisión de 2002 de la cadena televisiva cultural francoalemana Arte, "se veía al escritor, solitario, en una casa situada frente a los campos devastados donde se levantaban los antiguos edificios del monasterio de Port-Royal [...]. Allí, en una gran chimenea ritual bastante nórdica, se veía a Pascal Quignard quemando sus propios libros y manuscritos meticulosamente".

QUILLIOT, Roger (Hermaville, 1925-Clermont-Ferrand, 1998). Militante del Partido Socialista francés, alcalde de Clermont-Ferrand, senador y ministro de la Vivienda bajo la presidencia de François Mitterrand. Su mujer Claire es profesora de francés y ensayista. El 17 de julio de 1998, tras 53 años de amor compartido y cuando él se siente muy enfermo, deciden poner fin a su vida en pareja*, lo que explican a sus familiares y amigos en una carta de despedida en la que hablan de la voluntad plenamente asumida de compartir la muerte como "un acto de libertad y de amor a la vida en su plenitud". El marido muere, pero ella, reanimada por los servicios de socorro, sobrevive tras un período de coma. Desde entonces se convierte en militante de la causa del derecho al suicidio, en lucha contra el encarnizamiento terapéutico. En los años que le quedan de vida escribe un ensayo sobre Primo Levi* (2004), en el que se pregunta: "¿Qué podía ser peor que Auschwitz en Turín durante la primavera de 1987?" En agosto de 2005 anuncia a sus familiares su intención de poner fin a su existencia, pero los gendarmes la interceptan el día 10 cuando se dirige hacia una laguna.

El día 12 logra burlar la vigilancia de sus celosos guardianes y con 79 años se ahoga en la laguna de Tyx, en la región montañosa de Auvernia.

QUIROGA, Horacio (Salto, 1878-Buenos Aires, 1937). El destino personal de este escritor uruguayo resulta mucho más trágico que la más espeluznante de sus historias de horror. En 1879, siendo muy niño, su padre se mata con una escopeta en un accidente de caza. Pocos años después lo hace voluntariamente su padrastro. "Apuntando con el caño de la escopeta a su cara y gatillando con los dedos de su único pie hábil, Ascencio Barcos se suicida en 1896", cuenta Jorge Lafforgue. El 5 de marzo de 1902, con 24 años, el propio Quiroga mata accidentalmente a su mejor amigo manejando una pistola. El citado biógrafo relata: "Quiroga examina el arma (que Federico Ferrando acaba de comprar para batirse en duelo); se le escapa un tiro". Una crónica de la época añade: "Oyóse un grito de dolor y Ferrando cayó sobre la cama, la bala le había penetrado en la boca, alojándose en el occipital sin salir". Quiroga es interrogado por la policía y entra en la cárcel, de donde no sale hasta cuatro días después.

De resultas de este accidente y desde ese momento, la muerte voluntaria o accidental se convierte para el escritor en una auténtica obsesión. El 6 de noviembre de 1915, su primera esposa, Ana María Cires, se suicida envenenándose con una fuerte dosis de sublimado, por lo visto insuficiente, ya que agoniza durante ocho días a lo largo de los cuales el esposo la vela día y noche. Casado por segunda vez, su mujer lo abandona en 1929 llevándose a su hija. En 1933, a raíz de un golpe de Estado dado por Gabriel Terra, su amigo y superior diplomático Baltasar Brum pone fin a su vida, lo que repercute en la pérdida del único empleo que por entonces tiene el escritor. En carta del 24 de abril de 1936 a su amigo Ezequiel Martínez Estrada, escribe un año antes de su muerte: "El asunto capital es la certeza, la seguridad incontrastable de que hay un talismán para el mucho vivir o el mucho sufrir o la constante desesperanza. Y él es el infinitamente dulce descanso del sueño a que llaman muerte". En la madrugada del 19 de febrero de 1937 pone fin a su vida ingiriendo una dosis de cianuro* en el hospital de Buenos Aires en el que está ingresado enfermo de cáncer. No termina ahí la saga ya que, años más tarde, sus dos hijos harán lo mismo utilizando el mismo medio: Eglé en 1938 y Darío en 1951.

Horacio Quiroga escribe un relato sobre la muerte de un futbolista de su país, "Suicidio en la cancha", y en su libro *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917) incluye un extraño cuento con el no menos extraño título de "Los buques suicidantes", más próximo a Poe* que a Melville*. En él se trata de esos inexplicables "buques abandonados [que] navegan obstinadamente a favor de las corrientes". Para tratar de explicar la existencia de tal fenómeno, un contertulio cuenta su experiencia de cuando le tocó asistir al espectáculo de toda una tripulación que salta por encima de la borda. Uno tras otro, todos menos él, se arrojan al mar "envueltos en el sonambulismo moroso que flotaba en el buque".

R

RACINE, Jean (La Ferté-Milon, 1639-París, 1699). En 1667 estrena una tragedia ceñida a cuatro personajes con el título de *Andromaque*, en la que Andrómaca* acepta casarse con Pirro con el fin de salvar a su hijo, prometiendo en secreto darse muerte apenas el niño esté a salvo. Hermíone, al enterarse de que Orestes ha matado a Pirro, es la que corre a darse muerte sobre su cadáver formando un modelo de pareja* fúnebre. Inspirándose en la figura de Mitrídates*, el rey del Ponto que tuvo en jaque a las legiones romanas, escribe *Mithridate* (1673). En ella presenta al rey ya viejo y aquejado de la peor enfermedad: está enamorado ciegamente de una joven griega a la que también quiere uno de su hijos. Valeroso guerrero siempre en lucha con Roma, se clava la espada al verse perdido y para no caer en manos del enemigo. Antes de morir se reconcilia con su hijo y rival y añade al trágico desenlace un epílogo feliz. La trágica protagonista de su *Fedra** (*Phèdre*, 1677) está a punto de clavarse la espada de Hipólito ya en el segundo acto, pero es sólo al final de la obra cuando se suicida envenenándose. Debería haberlo hecho con la espada, pero ha escogido "por un camino más lento descender entre los muertos". El veneno que "corre por sus ardientes venas lo ha introducido en Atenas Medea*". Antes de que esta trágica heroína expire al pie de su ultrajado esposo Teseo, le confiesa todas sus faltas y también le cuenta que su cómplice, *la détestable Œnone*, ha puesto asimismo fin a su vida arrojándose al agua.

RADIGUET, Raymond (Saint-Maur, 1903-París, 1923). Niño prodigio de las letras francesas, a los 16 años comienza a escribir su novela *El diablo en el cuerpo* (*Le diable au corps*). No sólo consigna en las páginas de su diario infantil sus impresiones ante el asalto al bastión en que se han refugiado los últimos miembros de la banda de Bonnot * sino que, en 1913, cuando sólo tiene diez, asiste en directo al suicidio de una criada de la vecindad que, tras pasar horas encaramada en el tejado de la casa de sus amos, se arroja al vacío desde el tejado y se aplasta contra el suelo. El joven novelista utilizará esta escena para el segundo capítulo de su obra, donde el drama se convierte en un presagio de la inminente Guerra Mundial.

RAIMUND, Ferdinand (Viena, 1790-1836). En *La corona maléfica* (1829), mitad tragicomedia, mitad cuento de hadas y la obra más representativa del *Volksstück*, género popular vienés que él crea, el poeta Ewald, su protagonista, recorre el mundo con una antorcha mágica que le ha regalado un hada, y que vuelve hermoso y digno todo lo que ilumina. Supone con razón Claudio Magris que "algunos años depués, Raimund había olvidado sin duda este regalo invento suyo cuando decidió dispararse un tiro de pistola".

RAMOS, Víctor. Encarcelado en la prisión alavesa de Nanclares de Oca, este poeta español fallece desangrado por autocastración*, el 10 de octubre de 1995.

RAMOS SUCRE, José Antonio (Cumaná, 1890-Ginebra, 1930). Su poesía choca con la incomprensión del público y la crítica de su tiempo, que la tildan de anacrónica por su clasicismo y por su total desinterés por las innovaciones vanguardistas. Enviado a Suiza como cónsul de su país, escribe desde allí cartas a su familia en las que habla de su "corazón maltrecho". En su residencia de Ginebra se bebe, el 13 de junio de 1930, el contenido de un frasco de barbitúricos y, para su desgracia, no muere sino después de cuatro días de agonía.

REBOSIO, Julio (Lima, 1886-Santiago de Chile, 1920). Aunque nacido en Perú, toda la actividad política de este obrero tipógrafo, militante y propagandista anarquista, se desarrolla en Chile. Fundó y dirigió el periódico *Verba roja*, que fue el azote de la burguesía y del Ejército chilenos. Perseguido como antimilitarista y desertor por las autoridades de este país, es encarcelado una y otra vez desde 1917, traído y llevado entre Santiago e Iquique y torturado en múltiples ocasiones. Liberado en febrero de 1920, convertido en un héroe de la clase obrera, pero, enfermo y deshecho por las penalidades sufridas, se suicida el 26 de abril de 1920.

RECABARREN, Luis Emilio (Valparaíso, 1876-Santiago de Chile, 1924). Fundador en Iquique, en 1912, del primigenio Partido Comunista de Chile con el nombre inicial de Partido Obrero Socialista Chileno. Es tipógrafo, como Julio Rebosio*, y como éste, fundador de un periódico revolucionario, *El despertar de los trabajadores*. Enfermo y depresivo, víctima de insoportables dolores de cabeza, aislado y dolido por los ataques que recibe desde dentro de su propio partido, el 19 de diciembre de 1924, a las 7 de la mañana, sentado ante el escritorio de su domicilio, empuña con ambas manos una pistola automática que se había traído de Alemania y con ella se dispara varios tiros en el pecho. Cuando acuden su hermana y varios compañeros, ya está muerto en el suelo. Una primera tentativa, en agosto del mismo año, se había visto frustrada por la oportuna intervención de su compañera Teresa Flores.

RECANATI, Michel (1948-1978). El 23 de mayo de 1978, diez años después del Mayo francés, durante el cual tanto él como su organización trotskista, la Ligue Communiste Révolutionnaire, desempeñan un papel importante, este dirigente estudiantil francés se suicida sin que nadie se entere en su entorno. Todos creen que ha desaparecido, que se ha retirado al cam-

po o que se ha ido a Colombia, y sólo en 1981 se descubre la realidad. Su gran amigo y compañero de fatigas revolucionarias, el director cinematográfico Romain Goupil, le dedica una película documental, *Mourir à 30 ans* (1981), uno de los más ricos testimonios sobre aquella época. "Michel muere... Yo lo había filmado todo. Todo lo había guardado y reunido... Tenía que hacer esta película para vencer su muerte", declara el cineasta.

REDDING, Noel (Folkestone, 1945-County Cork, 2003). Entre 1966 y 1969 forma parte, como bajista, del grupo de Jimi Hendrix* The Jimi Hendrix Experience, hasta que su titular inicia una carrera como guitarrista solista. A continuación funda su propio grupo, Noel Redding Band, que actúa durante la década de 1970. Más adelante se retira de la música y, después de lanzar las más virulentas acusaciones contra sus ex-compañeros por haberle estafado en las cuentas, se suicida en una localidad irlandesa.

REESE, Colin. El 16 de marzo de 2003, la militante pacifista nortemericana Rachel Corrie, que trataba de oponerse a la demolición de la casa de un farmacéutico palestino, es aplastada por una excavadora del Ejérciro israelí cuando sólo tenía 23 años. En el documental *Muerte de una idealista* (*Death of an Idealist*), su novio Colin Reese se lamenta: "Nada de lo que era Rachel, ninguna de las brillantes ideas que tuvo, ningún proyecto artístico que realizó importa; ha quedado reducida a su muerte". Reese se suicida en 2004.

Reinar después de morir. Comedia en tres jornadas y en verso del dramaturgo español del Siglo de Oro Luis Vélez de Guevara (1579-1644) inspirada en la trágica historia de doña Inés de Castro, esposa secreta del príncipe heredero de Portugal, asesinada por orden del rey don Alonso por razón de Estado. En la segunda jornada, antes de llegar a tan desastroso fin, doña Blanca, infanta de Navarra, reclama sus derechos al rey de Portugal amenazando con un suicidio de linaje mitológico:

> Alonso invicto,
> vuestra majestad no mande
> que un instante me detenga,
> o vive Dios, que a esos mares,
> Parténope* desdichada,
> me arroje para anegarme.

Poco más adelante, al final de esta misma jornada, es el príncipe don Pedro quien, desesperado a su vez por los intentos que hace su padre por separarlo de doña Inés, protesta de su fidelidad a ésta:

> Pero yo de mi garganta
> derribara la cabeza
> primero que me obligara
> a decir sí [...]

Es decir, al casamiento con la infanta de Navarra.

RESTIF DE LA BRETONNE, Nicolas Edme (Sacy, 1734-París, 1806). Su novela epistolar *El aldeano pervertido o los peligros de la ciudad* (*Le Paysan perverti, ou Les dangers de la ville*, 1775), que no es un menosprecio de corte y alabanza de aldea sino una de aquellas novela libertinas, a menudo obscenas, a las que tan aficionada era la sociedad francesa de la época, se

completa pocos años más tarde con *La aldeana pervertida* (*La Paysanne pervertie*, 1784), que encuentra igual éxito entre el público lector. Sus novelas, aunque inspiradas en Richardson*, son en su mayor parte autobiográficas y mucho menos lacrimógenas que las de su modelo inglés. Manon, avisada por carta de una amiga de la infidelidad de su marido Edmond, el protagonista y *alter ego* de Restif, se da muerte tragándose el contenido de una copa de veneno.

Reuben, Reuben. Película norteamericana (1983) del realizador Robert Ellis Miller con Tom Conti en el papel protagonista, que le valió ser nominado para un óscar. El pobre poeta escocés Gowan McGland, un tanto borrachín, no tiene suerte ni en amor ni en poesía. Ya sólo le queda colgarse de una viga y decir adiós a este mundo cruel. A última hora se arrepiente: la vida es bella y merece vivirse. Sí, pero su perro, involuntariamente, se lo impide y el poeta muere ahorcado.

REYES, Lucha (Guadalajara, 1906-México, 1941). Nacida en Jalisco en una familia muy pobre, a los13 años cantaba ya en público corridos revolucionarios. María de la Luz Flores Aceves, su verdadero nombre, pone su voz ronca y bravía, como luego Chavela Vargas, al servicio de canciones tan populares como *La tequilera*, *Juan Colorado* o *Jalisco, no te rajes*. Bisexual, bohemia y alcohólica, conoce una etapa de inmenso éxito en todo México y el sur de Estados Unidos, donde reside durante un tiempo, e inicia luego un ocaso que le lleva al suicidio. Cuando su marido la deja por otra mujer, se da muerte tragándose 22 cápsulas de veneno. El cineasta mexicano Arturo Ripstein le dedica una película en 1994, *La reina de la noche*.

RICHARDSON, Samuel (Mackworth, 1689-Parson's Green, 1761). Principal representante de la *novela sentimental*, combinación de realismo y moralismo con una gran dosis de melodrama lacrimoso, que obtiene un gran éxito por toda la Europa del siglo XVIII. Su obra maestra, la novela epistolar en siete tomos *Clarisa* (*Clarissa, or the History of a Young Lady*, 1748), cuenta los infortunios de la joven y virtuosa protagonista. En busca de protección, corre a refugiarse bajo el techo de Robert Lovelace, un libertino sin escrúpulos, lo cual es meterse en la boca del lobo. En la ruda batalla que opone el vicio a la virtud, y que terminará —triste es decirlo— por la derrota de ésta, dos veces se estrella la audacia del libertino contra la firmeza de Clarisa, dispuesta a suicidarse. En una primera escena, Lovelace logra penetrar en el aposento de la joven, haciéndola creer que se ha declarado un incendio en la casa. Ésta amenaza con clavarse unas tijeras en el pecho, pero el malvado se las arrebata y las arroja al fuego de la chimenea. Enfrentada al mismo peligro, recurre esta vez a un cortaplumas. Si al final la virtuosa sucumbe y es forzada por el malvado, sólo lo será bajo los efectos de un somnífero.

RIGAUT, Jacques (París, 1899-1929). Dandi provocador y gigoló rodeado siempre de bellísimas mujeres, hombre de mundo y frío desesperado, pasa su corta vida disparando proyectiles verbales y exhibiendo sus intenciones de darse muerte como una forma de arte escénico o una

performance. Dos virtudes requiere Félix de Azúa para el poeta de vanguardia, y ambas le van como un guante a este poeta dadaísta: "Una capacidad de autodestrucción acentuada, y otra no menos acentuada capacidad de autoestima que le permita exhibir con desparpajo su autodestrucción como quien muestra una gracia". Es el primero en contestar con un *sí* rotundo a la encuesta que lanza el número 2 de la revista *La Révolution Surréaliste* sobre el tema "¿Es una solución el suicidio?" Figura entre los miembros del primer núcleo surrealista, movimiento que tantos suicidas cuenta en sus filas, y con Jacques Vaché *, Arthur Cravan * y pocos más, puebla el muy exclusivo panteón de los precursores precozmente desaparecidos, a quienes rinden fervoroso culto André Breton y los fieles de su cenáculo. Consume todo tipo de drogas : "Durante dos meses no he sabido qué hora era gracias al opio, al ajenjo, a la cocaína y a la generosidad de una mujer". El 5 de noviembre de 1929 se dispara un tiro de pistola en el corazón, realizando al fin lo que tantas veces había anunciado. En contra de lo que se suele decir, su obra es mucho más rica de lo que publicó en vida, y la aparición de sus papeles póstumos revela a un escritor y no a un *diletante.* El suicidio es tema recurrente en sus escritos, muy en especial en "Agencia General del Suicidio", que se abre con el siguiente anuncio:

Gracias a modernos dispositivos, la A.G.S. se siente dichosa de poder anunciar a sus clientes que les proporciona una MUERTE SEGURA e INMEDIATA, lo que no dejará de seducir a cuantos se han alejado del suicidio por temor a fallar en el intento.

El poema "Lord Patchogue" contiene su mejor autorretrato:

Lord Patchogue
baila encima de las mesas
con un pabellón de gramófono por
sombrero
y su SUICIDIO en el ojal [...].
JACQUES RIGAUT
se aburre : no os quiero.
Podéis vivir y divertiros, me da igual.
Mañana, el final.
Apunten.
¡FUEGO!

Su amigo Drieu la Rochelle * lo convirtió en protagonista de varias de sus novelas: *Adiós a Gonzaga* (*Adieu à Gonzague*), *La maleta vacía* (*La valise vide*) y *El fuego fatuo* (*Le feu follet*). José Pierre lo incluye, junto a Jacques Vaché y Arthur Cravan, en su tríptico sacrificial *Trois suicidés de la société* (1974).

RÍOS, Waldo de los (Buenos Aires, 1934-Madrid, 1977). Seudónimo del músico Osvaldo Nicolás Ferrara. Desde que se le ocurrió, siendo aún joven, la idea genial de poner acompañamiento de batería al primer movimiento de la sinfonía 40 de Mozart, nunca dejó ya de ganar millones ni de endilgar a todo compositor clásico su ritmo enlatado. Víctima de una depresión, se suicida en Madrid a los 69 años.

ROBECK, Johan (1672-1736). Este pastor y filósofo sueco termina de redactar su tesis en defensa del suicidio y a continuación pone en práctica sus convicciones y se ahoga arrojándose al agua. Los pensadores europeos contemporáneos alaban su estoico proceder. David Hume * lo men-

ciona en su *Essays on Suicide and the Immortality of the Soul* (1783) y elogia su perfecta coherencia. También lo hace Rousseau* en *La nouvelle Héloïse*: "Robeck hizo la apología de la muerte voluntaria antes de dársela" (III, XXI). Voltaire* se hace eco favorable en su *Candide*. Sólo el alemán Johann Formey* vitupera su mal ejemplo.

ROBESPIERRE, Maximilien de (Arras, 1758-París, 1794). Queriendo establecer un régimen que pretende basarse en los ideales de Rousseau, en 1793 el líder jacobino instaura de hecho un poder dictatorial. Su gobierno desemboca en el Terror, durante el cual se ejerce la represión más implacable. El 27 de julio de 1794, tras ser declarado fuera de la ley por la Asamblea Nacional, es detenido junto con sus colaboradores en los salones del Ayuntamiento de París, donde se produce una inmediata oleada* de suicidios. Algunos se disparan con sus pistolas, como Philippe Le Bas*, y otros saltan por las ventanas, como François Hanriot o Augustin Robespierre, hermano de Maximilien. Éste, por su parte, se apresura a dispararse un pistoletazo, pero el pulso le falla y sólo logra destrozarse la mandíbula. "¡Rematadme!", grita a sus apresadores, pero no le van a dar ese gusto. Llevado en angarillas, tiene que soportar el juicio y la condena y que lo guillotinen en medio de la alegría popular.

ROBIN, Paul (Toulon, 1837-1912). Pedagogo anarquista francés, autor de un *Diccionario de pedagogía*. En 1901 publica un folleto titulado *Técnica del suicidio* (*Technique du suicide*) y en 1912 se aplica la receta.

Rock. Al igual que la literatura*, el rock es también una enfermedad mortal que produce una auténtica hecatombe entre quienes lo cultivan. Quien quiera hacerse una idea de las dimensiones de la epidemia* y del número de muertes precoces, entre accidentes de tráfico, sobredosis de alcohol y drogas, asesinatos, enfermedades y suicidios, consulte *www.garage-gibraltar.ch/perso/noire1.htm* y podrá desgranar un interminable rosario de jóvenes vidas tronchadas. Otra página *web* aún más específicamente dedicada al suicidio de rockeros es "Rock Music Suicide" (*http://www.martyangelo.com/rockmusic_suicide.htm*). En español, la página titulada "La lista mortal del rock 'n' roll" (*http://www.interbiblia.com/db/listamor.htm*), aunque no es muy completa, ofrece 27 casos de suicidio y 38 de sobredosis. Una larguísima lista de canciones de rock con este tema se encontrará en *http://en.wikipedia.org/wiki/Category:Songs_about_suicide.*

En estas páginas figuran no pocos rockeros suicidas, como John Belushi*, Kurt Cobain*, Ian Curtis*, Nick Drake*, Jim Ellison*, Jimi Hendrix*, Michael Hutchence*, Janis Joplin*, Richard Manuel*, Jim Morrison*, Elliott Smith*, Sid Vicious* o Wendy O. Williams*, pero también músicos de jazz como Chet Baker* o cantantes pop como Mike Brant*, Dalida*, Nino Ferrer*, Luigi Tenco* o Sœur Sourire*. Vayan aquí algunos botones de muestra de la incidencia de la muerte voluntaria en la grave mortandad que aqueja a la profesión: Johnny Ace en 1954, Miss Christine en 1972, Graham Bond y Bobby Bloom en 1974, Tim Buckley en 1975, Tommy Bolin en 1976, Keith Moon, batería de The Who, en 1978; John Bonham, de Led Zeppelin, y Darby

Crash, de Germs, en 1980; Mike Bloomfield en 1981, Roy Buchanam en 1988, Steve Clark en 1991, GG Allin en 1993, Nick Acland en 1996, William Tucker, de Ministry, en 1999; y el más reciente de todos, Ike Turner, muerto el 12 de diciembre de 2007 en California, a los 76 años, de una sobredosis de cocaína.

Para terminar, no olvidemos la existencia de un grupo de punk rock, fundado en 1975 en Nueva York, compuesto por Alan Vega y Martin Rev, que se llama... Suicide! Sobre este conjunto, que inicia una gira por Europa en el verano de 2005, se publica ese mismo año en Londres y Nueva York un libro-documento con fotografías y entrevistas: *Suicide no compromise*, cuyo autor es David Nobakht.

RODOLFO de Habsburgo (Viena, 1858-Mayerling, 1889). Desde su infancia, el archiduque y príncipe heredero del trono imperial austrohúngaro es víctima de crisis de depresión y llanto por haber sido arrebatado a su madre, la emperatriz Sissí (véase Luigi Lucheni*), y puesto entre manos de preceptores sádicos. Ya adulto, se entrega a la vez a una vida de placeres y de intrigas políticas encaminadas a dar, con el apoyo de nacionalistas húngaros, un golpe de Estado contra su padre. Casado con Estefanía de Bélgica, de quien tiene una hija, vive con su amante, la baronesa húngara María Vetsera, lo que acaba de enfurecer al emperador. Tras una entrevista borrascosa con éste, se retira con su amante al pabellón de caza que la familia imperial tiene en Mayerling, y en aquel castillo, el 30 de enero de 1889, a los 31 años, tras matar de un tiro a la joven baronesa, se bebe una copa de coñac y, frente al espejo, se dispara una bala en la sien. Ambos amantes, componentes de una romántica pareja suicida*, dejan escrito un mensaje* en el que expresan su intención de darse muerte.

RODRÍGUEZ, Wenceslao (Madrid 1970-Sevilla, 1997). Incumpliendo la profecía que había incluido entre sus versos: "A la luz de un flexo en el desván, / introdujo entre sus labios el cañón de una pistola / e imaginó el fragor de una sonrisa / ante los pies descalzos de la soledad", el poeta se cuelga de una viga en la pensión sevillana El Guaraní.

RODRÍGUEZ RAPÚN, Rafael (Madrid, 1912-Santander, 1937). Último y gran amor de Federico García Lorca*, a quien conoce en 1933, convirtiéndose desde entonces en su más estrecho colaborador. A él están dedicados los *Sonetos del amor oscuro*. Tras el fusilamiento de éste en agosto de 1936, se enrola como voluntario en el Ejército republicano y parte al frente del norte. El 18 de agosto de 1937, exactamente un año después de la muerte de Federico, muere bajo el fuego franquista. Es teniente de artillería y tiene 28 años. Según algunos biógrafos lorquianos —como Ian Gibson y Leslie Stainton—, la muerte del joven Rafael no es accidental y obedece a una clara voluntad de exponerse al peligro. Por tanto, entra dentro del capítulo de los suicidas indirectos —*asistidos* no parece la palabra adecuada— que, como el caballero de Givry* o tal vez también Garcilaso*, van al combate llamando a la muerte. La escritora María Teresa León, mujer de Rafael Alberti, citada por Gibson, deja escrito en sus *Memorias de la melancolía*:

"Nadie como este muchacho silencioso debió de sufrir por aquella muerte. Terminadas las noches, los días, las horas. Mejor morirse. Y Rapún se marchó a morir al frente del Norte. Estoy segura de que después de disparar su fusil rabiosamente se dejó matar".

ROJAS, Gonzalo (Lebú, 1917). Poeta chileno nacido en el seno de una familia minera del sur del país, pertenece al grupo surrealista Mandrágora (1938-1943). En su poemario *Oscuro* (1977), restallan versos tan violentos como éstos:

> Abro mis labios, deposito en la atmósfera un torrente de sol
> como un suicida que pone su semilla en el aire
> cuando hace estallar sus sesos en el resplandor del laberinto.

Su poema "Carta del suicida" comienza así:

> Juro que esta mujer me ha partido los sesos
> porque ella sale y entra como una bala loca
> y abre mis parietales y nunca cicatriza.

ROKHA, Pablo de (Licantén, 1894-Santiago de Chile, 1968). Poeta chileno, su nombre viene asociado siempre al de Vicente Huidobro, pero su influjo también se siente en Pablo Neruda y otros muchos escritores más jóvenes que él. De muy joven ingresa en el seminario y es expulsado por ateo. En su adultez, ingresa en el Partido Comunista y también es expulsado. Para Enrique Anderson Imbert, "es más un personaje poético que un poeta por sus constantes manifestaciones públicas, sus actitudes exorbitadas y el énfasis excesivo en el que envuelve la más mínima expresión". El propio poeta se califica de "terrible megalómano de metáforas". Excesivo en todo, heredero del romanticismo* y discípulo fiel de Nietzsche, pone su desmesura poética al servicio de la causa marxista y popular sin que éstas moderen sus ímpetus. El 10 de septiembre de 1968 se dispara un tiro, al parecer con la misma pistola con que Violeta Parra* se había suicidado un año antes.

Romanticismo. La melancolía*, el *spleen*, el *mal du siècle*, el deseo de evasión, el creciente divorcio entre las aspiraciones y la realidad social, la marginación del artista frente a un público burgués, el choque del idealismo con el materialismo, el descontento y la insatisfacción son enfermedades reales, o poses artísticas impuestas por la moda, que se extienden, según los países, desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta muy entrado el siglo XIX. Se trata de una época y un movimiento cultural que vienen puntuados por toda clase de suicidios, sean de ficción, reales, o también suicidios reales que se inspiran en la ficción. Es natural que así ocurra cuando la exaltación del yo y los sentimientos, el subjetivismo exacerbado, el individualismo y la reivindicación de la libertad moral llevan a una pérdida de la socialización y a una falta de control de la colectividad sobre el individuo que lo vuelven frágil, desvinculado y flotante, más atraído por las soluciones radicales e inmediatas que por una labor paciente en aras de un designio común. Para estos idealistas apresurados, la muerte se ofrece como liberación de una cárcel y como vía de acceso a

un mundo superior sin límites. De ahí que no sólo el suicidio sino, en términos más generales, la muerte ejerza una poderosa seducción sobre los vivos, proceda de la enfermedad, de un accidente o de la guerra. Para convencerse de ello no hay más que leer los testimonios de la década de 1840 que recoge Philippe Ariès (véase Bibliografía), donde predominan declaraciones como "Muero joven, siempre lo he deseado" o "Sentí que la muerte era la felicidad".

En los albores del movimiento, el poeta inglés Thomas Chatterton* se envenena en su buhardilla londinense (1770). Le sigue de cerca en Alemania* el disparo del joven Werther* (1774), suicidio de papel y letra impresa que contagia a sus lectores y desata una primera epidemia* por imitación*. Italia toma el relevo con Jacopo Ortis* (1802), a quien suceden nuevas oleadas en Francia tras la publicación del *René* (1805) de Chateaubriand* y del *Chatterton** (1835) de Vigny. El protagonista de *Rolla*, de Musset*, se mata en 1833 sin tener tantos seguidores. Pero en esta última fecha, en Alemania de nuevo, ya se ha apuñalado Caroline von Günderode* (1806), Kleist* se ha disparado un tiro en la boca llevándose consigo a su amada (1811), y Charlotte Steiglitz* se ha atravesado el corazón (1834). Con tres suicidios en escena (además de una batalla en el patio de butacas), se inaugura el romanticismo teatral en Francia con el *Hernani* (1830) de Victor Hugo*, que el mismo autor completa en 1838 con el de *Ruy Blas*. No tardan mucho en unírseles los españoles, y si Elvira se da muerte ante el cadáver del *Macías* (1834) de Larra*, Don Álvaro*, tras diezmar la escena, se precipita al abismo en 1835. El propio Mariano José de Larra se dispara un tiro muy real en 1837. En 1858, a orillas de un lago y en presencia de su hijo, pone fin a su vida el poeta italiano Cesare Betteloni*. Aunque no lleguen a suicidarse, los héroes del rebelde, solitario, insatisfecho y autodestructor Lord Byron*, contribuyen con sus actitudes y proclamas a que se propague la epidemia.

Ante los excesos del movimiento romántico en España, arremeten con el pincel o la pluma, en la prensa, en escena, en verso o en prosa, clasicistas militantes dispuestos a librar batalla, humoristas dichosos de explotar tal filón, o simplemente individuos dotados de sentido común, ese sentido tan poco poético. Si todos se burlan del aspecto y atuendo del joven contaminado ("Pálido, desgreñado, macilento / mejilla hundida y húmedos los ojos", lo describe José Joaquín de Mora en 1836); de sus poses y manías ("Su imaginación se exalta, sus facciones se alteran y su traje exterior sufre una gran variación", escribe *El Correo de las Damas* en 1834), muchos son los que incluyen la tendencia suicida en la panoplia del prosélito: "Aquel a quien sus vicios han aburrido, y llevado hasta el borde del precipicio, se sonríe al suicidarse con la persuasión de que muere *románticamente*", como explica a sus lectores *El Vapor* en 1836. Entre sus críticos más tenaces destacan Bretón de los Herreros o los costumbristas Mesonero Romanos y Estébanez Calderón. E. Allison Peers, especialista en el tema, registra una "multiplicación y éxito creciente de las sátiras contra el movimiento romántico" por esos mismos años. En pintura, los cuadros que en la década de 1830 pinta el madrileño Leonardo Alenza, *Suicidio romántico* o *Sátira del suicidio romántico*, son caricaturas grotescas en las que el pistole-

tazo bajo la mandíbula, la horca, el puñal y el salto al vacío —estos dos últimos combinados en la muerte de un solo individuo— acaban con la vida de ridículos peleles gesticulantes. Fuera de España, la caricatura y la sátira antirrománticas encontraron talentos tan agudos como los de Daumier*, Balzac* o Flaubert* (véase Parodia*).

Romeo y Julieta. Tragedia en cinco actos en verso y en prosa de William Shakespeare* (1564-1616), escrita en 1591. El callejón en que los dos jóvenes amantes, pertenecientes a familias enemigas, se hallan encerrados los lleva a la desesperación. Romeo intenta traspasarse con su puñal ya en la escena III del acto III, lo que le impide su confesor y confidente fray Lorenzo, gritando (en traducción de Menéndez y Pelayo): "Detén esa mano homicida. ¿Eres hombre?" Resignado está a morir cuando, en la escena V, al pie del balcón, obedece a su amada con peligro de la vida: "Ven, muerte, pues Julieta lo quiere". A Julieta es su propio padre quien parece incitarla al suicidio cuando le dice, airado por su negativa a casarse con Paris: "Si *consientes te casarás con mi amigo. Si no,* te ahorcarás..." También ella, como su amante, recurre al puñal cuando, en los inicios del acto IV, amenaza a fray Lorenzo: "Si vos no me consoláis, *yo con un puñal* sabré remediarme". Para evitar este extremo, el buen fraile urde la artimaña del narcótico que ha de engañar con fingida muerte a todos los presentes. Julieta no está tan segura de su efecto y guarda su arma al alcance de la mano: "Tú sabrás impedirlo. Aquí, aquí le tengo guardado. (Señalando el puñal)". Apenas se entera Romeo de lo que él cree la muerte de su amada, acude a un boticario a que le proporcione veneno: "Cuarenta ducados te daré por una dosis de veneno tan activo [...] como una bala de cañón". Cumpliendo con lo escrito en "el sangriento libro del destino", lo bebe y cae sobre el cuerpo inanimado de Julieta. Al despertar ésta de su sueño y ver a su amado envenenado, en un primer momento desea envenenarse a su vez besándole los labios, pero, como "necesario es abreviar", coge el puñal de Romeo y se lo clava en el corazón. Sobre sus cadáveres entrelazados se reconciliarán, tardíamente, Capuletos y Montescos.

ROMMEL, Erwin (Heidenheim, 1891-Herrlingen, 1944). Acusado falsamente de haber participado en una conspiración contra Hitler*, es empujado por éste al suicidio, lo que acepta el 18 de octubre de 1944 tragándose una cápsula de cianuro* que le proporciona el general Burgdorf. Las autoridades nazis difunden la versión oficial de muerte natural para mantener intacto su prestigio y le rinden las exequias dignas de su rango. Su suicidio, como tantos otros producidos en el ámbito castrense, es efecto de una sentencia* que ni siquiera se atreve a presentarse como tal. Consecuencia del tabú* social, este comportamiento oficial se esfuerza por proteger a la comunidad de la desmoralización y al juez de las iras del pueblo. El tribunal de Núremberg no le abre expediente por crímenes de guerra.

ROORDA, Henri (Lausana, 1870-1925). Matemático y autor de diversos ensayos de carácter pedagógico y filosófico, entre los que destaca *El pedagogo no quiere a los niños* (*Le Pédagogue n'aime pas les enfants*, 1917). Anarquista sibarita y dandi iróni-

co, realiza en sus libros una crítica radical de la sociedad, no exenta de propuestas constructivas. Comienza a escribir *El pesimismo alegre*, título que luego cambia por el de *Mi suicidio* (*Mon suicide*, trad. esp.,Trama, 2003), y al día siguiente de terminarlo se dispara un tiro en el corazón. El cambio de título obedece a que, según su autor, resultaba "más atractivo, pues el público tiene una afición muy pronunciada por el melodrama". Entre las muchas y divertidas explicaciones que abundan en su libro, escogemos ésta: "Sócrates * debía un pollo a los dioses. Como yo debo cientos de pollos, he decretado mi sentencia de muerte".

ROQUE, Jacqueline (París, 1926-Mougins, 1986). El nombre, que no el apellido, de la última esposa de Pablo Picasso resulta muy conocido a todos los aficionados a la pintura por los muy numerosos retratos que le hizo el artista malagueño. El 15 de octubre de 1986, 13 años después de la muerte de su esposo, se dispara un tiro en la cabeza. Había nacido en una familia muy modesta y a los dos años fue abandonada por su padre. Tras un primer matrimonio fracasado cuando tenía 20 años, se casa con el pintor el 2 de marzo de 1961 en presencia de dos testigos y una mujer de la limpieza. Para más información sobre este personaje muy controvertido, léase el libro de Pepita Dupont, periodista de *Paris Match*, *La verdad sobre Jacqueline Picasso*.

ROSALES, Guillermo (La Habana, 1946-Miami, 1993). Pertenece a la generación literaria de *El caimán barbudo*, revista que comienza su publicación en 1965, y desde 1979 se establece en Miami. En su novela autobiográfica *Boarding Home* (Salvat, 1987) narra la vida en Estados Unidos de un escritor cubano víctima del castrismo, incapaz de adaptarse a su nueva vida, que se ve poco a poco marginado por sus compatriotas y por los miembros de su propia familia: "Ellos esperaban un escritor famoso pero lo que llegó fui yo". El protagonista de la novela termina sus días en un asilo: "Se llamaba *Boarding Home* pero yo sabía que sería mi tumba". Así comienza el relato. Pero el autor no termina como su personaje, sino que se suicida en Miami dejando varios manuscritos inéditos.

ROSSO FIORENTINO (Florencia, 1494-París, 1540). Discípulo del también pintor suicida Andrea del Sarto *, Giovanni Battista di Jacopo, llamado *Rojo florentino*, viaja a Francia pues el rey Francisco I le llama para decorar, junto a Primaticcio y otros artistas manieristas italianos, el palacio de Fontainebleau. Gran amigo del pintor Francesco Pellegrini, quien acude a visitarle casi a diario, el día que le desaparece una suma de dinero acusa de robo al asiduo visitante, por lo que éste es encarcelado y torturado. Pero Francesco es declarado inocente y Rosso se envenena presa de remordimientos.

ROTHKO, Marc (Dvinsk, 1903-Nueva York, 1970). Tras la muerte de su madre y una primera separación matrimonial, el pintor sufre una grave depresión de la que logra restablecerse. Separado de su segunda esposa, Mell, se lanza al consumo de alcohol *, drogas y tranquilizantes. En 1970, prácticamente desahuciado por los médicos y sin lograr salir de sus estados depresivos, solo en su taller neoyorquino,

se toma una sobredosis de *barbitúricos* y se abre las venas. Varios críticos atribuyen a sus episodios psicóticos las series de pinturas particularmente tenebrosas que predominan en su última etapa, como los impresionantes *Negros sobre grises* de 1969. Félix de Azúa* resume: "Cuando estos feroces ataques al sosiego y estos accesos al terror salvaje comenzaron a decorar las salas de juntas de los más orondos accionistas de Wall Street, Mark Rothko se suicidó. Era el 25 de febrero de 1970, y también él era millonario".

ROUSSEAU, Jean-Jacques (Ginebra, 1712-Ermenonville, 1778). En su novela epistolar *Julia o la nueva Eloísa* (*Julie, ou la nouvelle Héloïse,* 1761), Saint-Preux, amante desesperado de Julie, escribe una carta a su amigo Milord Édouard Bornston para exponerle sus argumentos en favor del suicidio. Inspirándose en el ejemplo del filósofo Robeck*, pasa revista a todos los argumentos utilizados para combatirlo y los refuta uno por uno. Su declaración inicial parece irrebatible: "Buscar el propio bien y huir del mal, mientras no se ofenda a otro, es el derecho de la naturaleza". Lo cual completa con una segunda sentencia: "Cuando la vida es un mal para uno y no es un bien para nadie, está permitido librarse de ella". Refuta a quienes esgrimen que la vida es un don de Dios, recurriendo a ejemplos tan sencillos como el de amputarse una pierna gangrenada, que también era don de Dios. Se burla del *Fedón* de Platón y de las palabras que éste pone en boca de Sócrates* ya que, si fueran suyas, nunca habría bebido la cicuta*. Lo mismo se aplica a Catón*, quien lee precisamente ese diálogo platónico para darse ánimos antes de abrirse el vientre. Ni en la Biblia* ni en los Evangelios halla condena* explícita de tal acto y lo que hace san Agustín, según él, no es más que repetir lo dicho por Platón. Ensalza el valor de los romanos y, por encima de todo, la propia libertad. Hay ya mucho acento romántico en el discurso de este joven pero, más razonador y polemista que Werther*, parece más exaltado que deprimido. La respuesta de Milord centra su refutación en la comparación desdeñosa entre los heroicos ejemplos romanos y la levedad de los males que aquejan al protagonista. En ella se afirma —y tal vez la voz del autor se deje oír ahí tanto como en las quejas del amante— que "el suicidio es un robo que se le hace al género humano", idea muy acorde con los argumentos expuestos en la *Encyclopédie**.

ROUSSEL, Raymond (París, 1877-Palermo, 1933). Uno de los personajes más extravagantes de la literatura francesa, autor de una obra totalmente indescifrable. Todo ello desata, entre figuras de la máxima talla, entusiasmos, análisis e intentos sin fin por hallar la clave del enigma. Su primera crisis, a los 19 años, que él describe como "crisis de gloria y de luz", merece un estudio clínico de Pierre Janet en su libro *De la angustia al éxtasis.* Los surrealistas lo entronizan como una de sus figuras tutelares, dentro del exclusivo panteón en el que reciben culto Sade, Fourier y Lautréamont. Michel Foucault* le consagra todo un estudio. Michel Leiris*, un libro entero de artículos, escritos a lo largo de 50 años, *Roussel & Co.* Leonardo Sciascia, un ensayo sobre su muerte, *Actos relativos a la muerte de Raymond Roussel.* Se le califica de neurópata, débil de ca-

rácter, maníaco, obsesivo, depresivo, homosexual reprimido y vergonzante, alcohólico, drogado y niño mimado; pero también se dice de él que es músico y poeta, campeón de ajedrez, excelente tirador de pistola, buen imitador y lógico riguroso. Millonario excéntrico, vive siempre solitario, encerrado en su palacio y escoltado por tres cocineros, tres jardineros y tres chóferes que se ocupan de sus tres Rolls Royce, además de por su platónica dama de compañía y fiel amiga durante 24 años Charlotte Dufrêne. Se envenena con barbitúricos en la noche del 13 al 14 de julio de 1933 en la habitación 224 del Grand Hôtel des Palmes de Palermo.

ROUX, Jacques (1752-1794). Uno de los primeros sacerdotes franceses de la época de la Revolución que prestan juramento a la Constitución civil del clero. Preocupado por la suerte de los más humildes, se sitúa en la extrema izquierda y lanza el movimiento *Les Enragés* (Los furiosos), que encuentra notable eco a raíz de la crisis económica. Detenido en 1793, antes de ser juzgado se apuñala y muere.

ROWLANDSON, Thomas (Londres, 1756-1827). Seguidor de Hogarth*, en quien se inspira para sus series de grabados satírico-morales, dibuja y graba una entre 1814 y 1816 con el título *La danza de la muerte a la inglesa*. Entre las escenas de estas nuevas danzas macabras, aparece una titulada *El suicidio*, en la que, a la vista del cadáver de un joven que arrastran las olas, una joven se arroja al mar desde la orilla mientras la Muerte, repantigada, asiste triunfal y satisfecha al doble suicidio. La aguatinta coloreada reproduce el esquema de las célebres parejas* suicidas y recuerda no poco el mito de Hero y Leandro*.

S

SÀ-CARNEIRO Mário de (Lisboa, 1890-París, 1916). La vida de este poeta portugués, desde que pierde a su madre cuando tiene sólo dos años, experimenta el imán poderoso de la muerte. En 1912 se traslada a París, donde los problemas financieros, que se añaden a toda clase de dificultades, agravan su estado depresivo. El 31 de marzo de 1916 escribe una última carta a su único amigo, Fernando Pessoa*, en la que le dice: "Pero no hagamos ya más literatura [...]. Adiós. Si mañana no consigo la estricnina en dosis suficientes, me arrojaré al metro... No te enfades conmigo". La encontró, y el 26 de abril, en su habitación del hotel Nice de la rue Victor-Massé, se viste de smóking, ingiere la "dosis suficiente" y aguarda sentado a que llegue la muerte.

SABINA, Joaquín (Úbeda, 1949). En una entrevista concedida por el cantautor a la revista *Rolling Stone* en febrero de 2000, a la pregunta que le formula Carlos Boyero "¿Has pensado alguna vez en el suicidio? ¿Te ves con 80 años atendido en una residencia de ancianos?", contesta en estos términos: "Naturalmente que creo en el suicidio, pero en el plano de las teorías, e incluso me parece un sublime ejemplo de libertad. Pero visceralmente no soy un suicida; amo la vida. Únicamente no descartaría hacerlo si veo que alguien tiene que levantarme a cagar".

Sacrificio. Las fronteras entre sacrificio y suicidio no aparecen claramente definidas. Entre los pueblos primitivos, el suicidio —como observa Marcel Mauss*— tiene siempre un carácter sagrado, y por tanto altruista, determinado por las reglas de la colectividad. Tanto es así que no siempre es obra de uno mismo, y en ese sentido se trata casi más de un homicidio ritual que de un sacrificio plenamente consentido. Como lo prueban varios ejemplos de la tragedia clásica, basta con que el oráculo designe a la víctima propiciatoria para que hasta sus más próximos allegados se apresuren a ejecutar la orden. Ifigenia, sacrificada por su padre Agamenón, es el ejemplo más conocido, pero igual le ocurre a Políxena, hija de Hécuba, en la tragedia de Eurípides* del mismo nombre. El legendario rey ateniense Codro*, sabiendo que la victoria de su patria depende de su

muerte, acude al campo de batalla* disfrazado para ocultar su condición real en busca del enemigo. Éste es también el caso de Virginia*, doncella romana de nombre predestinado, al que su propio padre da muerte para hacerle conservar su virginidad y cuyo ejemplo a menudo se ha relacionado con el de la casta Lucrecia*. Los cristianos han visto en ella una prefiguración de sus vírgenes mártires, y así la pinta Botticelli en un tríptico hagiográfico.

Idéntico es el destino, muchos siglos más tarde, de otra virgen víctima del acoso* sexual, la *Emilia Galotti* (1772) del dramaturgo alemán Gotthold Ephraim Lessing, a quien su padre sacrifica también para preservar su pureza. Ella, sabiéndose una mujer débil ante la tentación, pero no ante la muerte, le anima a hacerlo diciéndole: "Tengo sangre, padre, una sangre juvenil [...]. No respondo de nada. No confíes en mí". En nombre de la amistad, pero también de la libertad contra el absolutismo, el Marqués de Posa, del poema dramático de Schiller* *Don Carlos* (1787), se acusa falsamente y se deja acribillar por los sicarios de Felipe II.

No obstante, a veces el designado accede también por propia voluntad y aun se da la muerte él mismo para salvar a la comunidad. Así lo hace el Meneceo* de las *Fenicias* de Eurípides por la libertad de Tebas, y lo hace igualmente la Macaria* de la tragedia del mismo autor *Los heráclidas* por la independencia de Atenas. Otro personaje de Eurípides, Alcestis, protagonista de la tragedia homónima y esposa de Admeto, rey de Tesalia, acepta morir para salvar la vida de su esposo, y Hércules* la rescata de la muerte en recompensa por tanta abnegación. Para salvar a Roma se precipita al abismo el héroe Marco Curcio*. Este suicidio altruista (en el doble sentido de la palabra) se relaciona con la sentencia*, en tanto la iniciativa es ajena, emanada de una decisión judicial o tiránica en unos casos y del oráculo de un adivino en otros, pero también preludia el martirio* cristiano y el supremo de su fundador Jesucristo*, por lo que tiene de acción redentora y de aspiración a la gloria, la inmortalidad y la eterna gratitud de los beneficiados.

A pesar de tanta similitud en motivación y comportamiento, muchos son los autores cristianos que, desde san Agustín en su *De Civitate Dei*, se esfuerzan por separar la cizaña del trigo y de distinguir en las muertes voluntarias las nefandas del suicidio de las virtuosas del martirio. Así lo hace, por ejemplo, el pastor anglicano W. Tukes en su *Discourse on Death* (1613), pero ya sabemos que otros, como el también teólogo inglés John Donne*, no establecen esa distinción.

SADE, marqués de (París, 1740-Charenton, 1814). Tras pasar 34 años de su vida en trece cárceles distintas bajo tres regímenes políticos diferentes, Donatien-Alphonse-François de Sade muere encerrado en el asilo de alienados de Charenton. Adelantándose a los surrealistas* y a Georges Bataille, Sade sitúa el erotismo en el centro de su visión del mundo y, como contemporáneo de la Revolución francesa, concibe su obra como "una declaración universal de los derechos del erotismo". Por una parte hay en el "divino marqués" una soprendente condena* del suicidio formulada en su *Filosofía en el tocador* (*La Philosophie dans le boudoir*, 1795), donde llega a considerarlo como el único delito que el Estado debería tener derecho a cas-

tigar. Por otra, paradójicamente, hay en su vida una enigmática tentativa de muerte voluntaria que, hasta la aparición de una parte de su correspondencia en 2005, ningún biógrafo había conseguido explicar. Gracias a los esfuerzos de Maurice Lever, editor de las cartas intercambiadas entre el escritor y su jovencísima cuñada Anne-Prospère de Launnay, canóniga benedictina de 17 años, sabemos ahora que la ruptura de la relación amorosa entre ambos fue la causa de su desesperación. El libro en que se publica este epistolario, *Je jure au marquis de Sade, mon amant, de n'être jamais qu'à lui...* (Fayard, 2005), revela que el marqués estuvo enamorado por una vez en su vida y que su aspiración a la pureza se vio frustrada por su propia infidelidad, lo que la enamorada no pudo soportar y precipitó la separación de los amantes.

En la novela epistolar *Aline y Valcour* (*Aline et Valcour*), que su autor compone en la prisión de la Bastilla entre 1785 y 1788, Aline, la tierna y virtuosa heroína, se suicida víctima de las asechanzas de su perverso padre y desesperada ante la muerte de su madre, envenenada por aquél.

SAFO de Lesbos (Mitilene, ¿625-586 a. C.?). La imagen que nos ha legado la tradición de esta poeta griega más o menos legendaria es la de una mujer siempre lasciva y deshonesta, nunca hermosa —lo que contradice el retrato que se le atribuye pintado en un muro de Pompeya— y, en contra de lo que generalmente se cree, no siempre homosexual en sus amores y amoríos. En la versión que de su suicidio da Ovidio* en la última carta de sus *Heroidas*, la que la poeta dirige a Faón, este bellísimo mozo siciliano es el motivo de su desesperación. Por él, en traducción del gran latinista criollo Diego de Mexía, "determinó de despeñarse en el mar desde un alto monte de Epiro".

Sagunto. Ciudad y fortaleza celtíbera aliada de Roma, situada en la actual provincia de Valencia, a la que ponen sitio las tropas cartaginesas de Aníbal*, las cuales la toman en 219 a. C. tras ocho meses de asedio y una heroica resistencia de sus defensores. El propio caudillo cartaginés es herido en el muslo durante la batalla. Este hecho originó la segunda guerra púnica. También aquí, como en Numancia*, numerosos saguntinos optan por morir matando, tras arrojar a una gran hoguera primero sus bienes y luego a cuantas personas no son aptas para la guerra. De este modo, los vencedores sólo encuentran al entrar en ella un campo de ruinas.

Saipán. Isla del archipiélago de las Marianas del Norte, en el Pacífico, descubierta por Magallanes y colonizada por los españoles hasta el siglo XVIII, hoy territorio de Estados Unidos. Durante la Segunda Guerra Mundial, es teatro de uno de los más mortíferos suicidios colectivos* de tipo obsidional* de la historia, que tiene lugar al término de la batalla de su nombre, entre el 15 de junio y el 9 de julio de 1944. Cuando las tropas norteamericanas se apoderan de esta importante línea de defensa japonesa, mediante una operación comparable al desembarco de Normandía, los civiles japoneses presentes en la isla, convencidos por la propaganda de su país de que no habrá cuartel con ellos, se arrojan al mar desde lo alto de los acantilados. Se calcula que 8.000 hombres, mujeres y niños mueren de es-

ta forma en unos pocos minutos. El lugar se llama desde entonces *Banzai Cliff* ("acantilado del *banzai**"). A estos civiles hay que añadir el elevadísimo número de combatientes que, en inferioridad de armamento y sin ninguna posibilidad de escapar, lanzan ataque suicida tras ataque suicida hasta sucumbir en el combate. En la madrugada del día 7, los 3.000 últimos se lanzan al asalto con bayonetas atadas a cañas de bambú, sin que, como era de esperar, quede un solo superviviente. De los 45.000 militares que defienden la isla, los atacantes sólo se hacen con 735 prisioneros. Entre los muertos se cuentan el general Saito, quien se hace el haraquiri* al término de un ceremonial* de despedida con su estado mayor, y el almirante Naguno, que se suicida solo en una cueva.

SALGARI, Emilio (Verona, 1862-Turín, 1911). El padre del pirata malayo Sandokan, el *Tigre de Malasia*, y de otros muchos libros de aventuras navega como marino en su juventud y vive realmente no pocos episodios novelescos. El escritor, que tanto éxito tuvo en una época, realiza una primera tentativa desesperada, al verse agobiado por la pobreza y por problemas familiares, clavándose sin éxito un cuchillo en el pecho. Un año más tarde, el 25 de abril de 1911, se dirige a un bosque a las afueras de Turín y, con un cuchillo de cocina (sin duda por falta de mejores medios) se abre el vientre en un haraquiri* chapucero. Su mujer, Aida, internada en un psiquiátrico desde 1910, acaba de morir y él se encuentra sin recursos para mantener a sus hijos. Antes de destriparse les escribe un último mensaje* que asocia la nostalgia del pasado al encargo de una macabra misión: "Voy a morir en el Val de San Martino, cerca del lugar donde íbamos a merendar cuando vivíamos en Via Gustalla. Se encontrará mi cadáver en uno de los bosquecillos que vosotros ya conocéis porque allí solíamos ir a recoger flores. Haced que me entierren por caridad, ya que estoy completamente arruinado".

SALOMON, Charlotte (Berlín, 1917-Auschwitz, 1943). La suya no es la historia de una suicida sino la de una artista judía asesinada por los nazis en el campo de exterminio de Auschwitz, cuando tenía 26 años y estaba embarazada. Es también la historia de alguien que, en medio de una auténtica epidemia de suicidios dentro de su familia, resiste a la tentación y vive mientras puede. Su tía se suicida, ahogándose, en 1913; su madre, la cantante Paula Lindberg, se suicida tirándose por la ventana en 1926; su abuela se suicida en 1939 ahorcándose en el cuarto de baño tras un primer intento fallido. Y su abuelo le aconseja que siga el ejemplo: "¡Venga, mátate de una vez, y a ver si acabamos así con todas estas tonterías!" Refugiada en Francia en 1939, donde se casa con un judío austríaco, cae junto a su marido en manos de la Gestapo y es deportada. Durante los dos últimos años de su vida, en su precario refugio francés, lleva a cabo una obra única, una saga pictórica entre la tapicería medieval y el cómic moderno que, en 1.325 guaches compuestos de imágenes y texto, cuenta su vida y la de su familia desde el suicidio de su tía. En 1940, tras algunas vacilaciones, decide vivir y comienza su obra, que titula *¿Vida o teatro?* (*Leben oder Theater?*) y que le sirve de explícita terapia de supervivencia.

Salto al vacío. Esta forma de suicidio, muy frecuente, puede ser o defenestración desde un edificio o salto al aire libre desde cualquier eminencia con objeto de estrellarse contra el suelo. Es tal la atracción que ejercen los lugares elevados sobre los candidatos a la muerte voluntaria que varios edificios y construcciones, como la Torre Eiffel de París o el Empire State Building de Nueva York han terminado instalando barreras para atajar la epidemia ante la frecuencia de casos ocurridos. Lo mismo sucede con puentes* y viaductos* que franquean abismos o salvan cursos de agua y que ofrecen al viandante la necesaria distancia y aun la doble garantía de éxito del ahogo y el estrellamiento.

Entre quienes practican este método*, la legendaria Hero*, amante de Leandro, se lanza desde lo alto de su torre vigía sita a la orilla del mar en que se acaba de ahogar su desnortado amor. Desde la roca Tarpeya lo hace Sexto Mario* con su hija. Y Melibea* desde lo alto del muro de su casa. A punto está de imitar en todo a Melibea la Julia calderoniana de *La devoción de la cruz*, al decir:

> Por aquí cayó, tras él
> me arrojaré,

cuando, descubriendo la escala que su amante Eusebio ha dejado arrimada al muro del convento tras violar su clausura, decide bajar por ella en vez de precipitarse desde lo alto. Si la intención es de ahogarse en el agua, hacia la que no pocos suicidas se arrojan también desde puentes, bordas de barco o acantilados, sus hechos se reúnen en la entrada de ahogamiento*. Defenestrada es la mártir santa Pelagia*, como lo es en el siglo XIX la escritora norteamericana Constance Fenimore Woolson*, y defenestrados son en el siglo XX los checos Jan Masaryk* y Bohumil Hrabal*. Un periodista de Radio Praga comenta con humor que "en la historia checa las ventanas siempre han desempeñado un importante papel", refiriéndose a dos defenestraciones históricas de los siglos XVI y XVII y a la muerte de estas dos figuras de la vida de la capital. Desde lo alto del tejado se arroja a la calle una criada que el niño Raymond Radiguet* ve caer e incorpora a las primeras páginas de su novela *El diablo en el cuerpo*. Defenestrada, e inmortalizada en su caída por los pinceles de su amiga Frida Kahlo*, es la actriz Dorothy Hale*. También se lanzan por una ventana Pierre Brossolette*, el filósofo francés Gilles Deleuze*, su amigo y escritor Jean-Noël Vuarnet*, la actriz cinematográfica Christine Pascal*, el actor chino Leslie Cheung*, la artista surrealista Unica Zürn, el trompetista de jazz Chet Baker*, el cantante pop Mike Brant*, el secretario del Partido Comunista español José Díaz*, el director teatral José Luis Alonso*, el poeta José Agustín Goytisolo*, el pintor abstracto francés Nicolas de Staël* y el boxeador vasco Urtáin*.

Una epidemia* de saltos al vacío se desata en Nueva York a raíz del derrumbe bursátil del llamado jueves negro* en 1929. También en Nueva York, tras los atentados suicidas contra el World Trade Center del 11 de septiembre de 2001, muchos son los ocupantes de las Torres Gemelas que, acorralados por las llamas y por huir de éstas, se lanzan por las ventanas. Testimonios escalofriantes de bomberos, agentes o socorristas describen así la escena: "Miré hacia arriba y lo que pen-

sé que eran escombros cayendo de la Torre Norte eran los cuerpos de personas", "eran personas cayendo, lanzándose al vacío una detrás de otra", "seguíamos oyendo los cuerpos estrellarse contra el suelo". Tal vez no se pueda alcanzar mayor grado de atenuación en el empleo de la lítote que el que logra Hannah Arendt* al aludir al empleo de este método por parte de sus compatriotas, judíos alemanes exiliados: "De forma inesperada hacen uso de un rascacielos".

El salto al vacío puede ser acometido también en grupo y producir suicidios colectivos*. Tenemos casos como el que cuenta Jenofonte* en la *Anábasis* o los que muchos indios de América o los esclavos negros de varios continentes llevan a cabo para librarse de su condición (véase Esclavitud* y Mesoamérica* y Saipán*).

SALVADOR, Santiago (Castelserás, 1865-Zaragoza, 1894). Este anarquista español pasa a la posteridad al lanzar, el 7 de noviembre de 1893, sobre el patio de butacas y desde lo alto del último piso del Teatro del Liceo de Barcelona, durante la representación de *Guillermo Tell*, dos bombas Orsini que produjeron 22 muertos y 35 heridos. En el momento de ser detenido intenta matarse con un pistolón de 15 mm. que lleva encima. Se dispara un tiro en el costado derecho, cerca de la cadera, que naturalmente no lo mata. A continuación intenta, pero tampoco lo consigue, beberse el contenido de un frasco de veneno. Los guardias que lo detienen , aún le impiden que eche mano del facón que lleva encima para cortarse el cuello. Este pintoresco e incoherente personaje, nacido en un pueblo de Teruel, tiene muy curiosos antecedentes familiares. Su padre, criminal, murió cuando la Guardia Civil le aplicó la ley de fugas. Un tío paterno, tras confesar cristianamente, se ahorcó de un olivo. Pero el caso de un tío abuelo paterno es el más original de todos. Este "sacerdote virtuoso", como lo califican las crónicas de la época, se empeñó en que no debía rebasar la edad de Jesucristo y, cuando alcanzó los 33 años, se encerró en su habitación y se pegó un tiro.

SAMPEDRO, Ramón (Porto do Son, 1943-Boiro, 1998). "Una cabeza viva dentro de un cuerpo muerto": así se define este marino gallego, embarcado desde los 19 años y tetrapléjico a raíz de un accidente ocurrido el 23 de agosto de 1968, cuando tenía 25. Después de "veintinueve años, cuatro meses y algunos días de vida en el infierno", y tras un largo y vano combate con la justicia española para tratar de conseguir el derecho a morir dignamente, el 12 de enero de 1998 sorbe con una pajita una dosis de cianuro* disuelto en agua y se da muerte con ayuda de su esposa Ramona Maneiro. En 1996 se publican sus *Cartas desde el infierno* y póstumamente sus poemas en gallego *Cuando yo caiga* (*Cando eu caja*). En su "carta a los jueces" del 13 de noviembre de 1996, así como en su "testamento" y en todos sus escritos y declaraciones, no cesa de "denunciar la injusticia y rebelarse contra la hipocresía de un Estado y de una religión" y de atacar "la tiranía" que se ejerce contra "la razón ética de la conciencia del hombre". Su caso, que conmueve a la opinión española durante los largos años que dura su agonía y su lucha, inspira al cineasta Alejandro Amenábar para realizar su película *Mar adentro* (2004), con Javier Bardem en el papel pro-

tagonista. Su viuda, Ramona Maneiro, publica en 2005 un libro, *Querido Ramón*, donde cuenta su experiencia a la cabecera del enfermo.

SAMUELS, Charles Thomas (1936-1974). De él cuenta el cineasta francés François Truffaut, en su prefacio a la edición definitiva de sus conversaciones con Hitchcock, *Hitchcock/Truffaut* (1983): "Sin embargo, cuando se publicó, un joven norteamericano, profesor de cine, me predijo: 'Este libro le causará mayor perjuicio a su reputación en Estados Unidos que su peor película'. Afortunadamente, Charles Thomas Samuels se equivocó y se suicidó uno o dos años más tarde, espero que por razones de más peso".

SANDERS, George (San Petersburgo, 1906-Casteldefells, 1972). Según confesión propia, fue siempre un hombre "intranquilo". Películas como *Rebeca* (*Rebecca*, 1940), de Alfred Hitchcock, o *Eva al desnudo* (*All about Eve*, 1950), de Joseph L. Mankiewicz, en las que desempeña papeles rara vez de primerísimo plano pero no por ello menos inolvidables, lo inmortalizan como malvado sutil y elegante. Dandi cínico de humor frío, a los 67 años prefiere matarse que morir de aburrimiento. Su cuerpo inánime es encontrado en la habitación de un gran hotel de la provincia de Barcelona. Junto a él, cinco tubos de Nembutal vacíos y un mensaje de despedida: "Querido mundo: me voy porque me aburro. Siento que ya he vivido bastante. Os dejo con vuestras preocupaciones en esta dulce cloaca. Buena suerte".

SANTAMARÍA, Haydee (La Habana, 1922-1980). Auténtico mito revolucionario en Cuba*, es una heroína de la primerísima hora de la revolución castrista. Participa en el asalto armado al cuartel de Moncada el 26 de julio de 1953, donde es hecha prisionera junto a su hermano Abel, Fidel Castro y los futuros dirigentes del movimiento. Cofundadora del Movimiento del 26 de julio, guerrillera en Sierra Maestra hasta el triunfo de los castristas, funda en 1959 la célebre Casa de las Américas, ambiciosa institución cultural abierta a los intelectuales del mundo entero que dirige hasta su muerte, y participa en la fundación del Partido Comunista cubano en 1965. En 1980, sin que se sepa muy bien por qué y como tantísimos otros dirigentes cubanos, pone fin a su vida disparándose un tiro en la boca en su despacho de la Casa.

SANTOS, Luis R. (Santiago de los Caballeros, 1965). Para la mayor parte de los protagonistas de los 18 cuentos que componen el libro *Tienes que matar el perro* (1998) de este escritor dominicano, la solución a todos sus problemas, grandes o pequeños, parece ser el suicidio. No todos consiguen llevar a cabo su intento, por lo que a algunos esta nueva frustración se añade a las muchas con las que se enfrentan en sus precarias vidas. En obras anteriores, como la novela *Memorias de un hombre solo* (1995), muchos son los personajes que viven "cometiendo suicidio día tras día".

SANTOS DISCÉPOLO, Enrique (Buenos Aires, 1901-1951). Gracias a los tangos que escribe y compone resulta el mejor testigo, solidario y colérico, de la llamada "década infame", época de recesión y crisis, corrupción y entrega económica

al imperialismo británico por la que atraviesa Argentina en la década de 1930. La situación económico-social del país se halla tan deteriorada que las estadísticas del año 1932 registran una tasa de suicidios, sólo para la ciudad de Buenos Aires, de dos personas al día. Es autor de títulos tan célebres y tan críticos como *Yira, yira* (1930) o *Cambalache* (1935). En el tango *Tres esperanzas* (1932) refleja la epidemia* de suicidios que aqueja a los pobres de su país con estos versos:

> No doy un paso más,
> alma otaria que hay en mí;
> me siento destrozao:
> ¡murámonos aquí!
> ....
> Cachá el bufoso... y chau
> Vamos a dormir.

(Para facilitar la comprensión: *otaria* es cándida; y *cachá el bufoso*, toma la pistola).

SANTOS-DUMONT, Alberto (Palmyra, 1873-São Paulo, 1932). Se le recuerda como pionero de la aviación, pero tal vez se haya olvidado su faceta de pacifista militante. Por serlo, y después de advertir inútilmente a la Sociedad de Naciones de Ginebra sobre los peligros de utilizar los aeroplanos con fines bélicos, se suicida en São Paulo en señal de protesta*. Su casa-museo de Petrópolis, llena de inventos pintorescos por todos los rincones, no sólo atrae a curiosos chicos y grandes sino también a militantes de la paz venidos a rendirle póstumo homenaje.

SAPIENZA, Goliarda (Catania, 1924-Gaeta, 1996). Hija de Maria Giudice, gran figura del socialismo italiano que conoció a Lenin y Trotski y fue amiga de Gramsci, Goliarda es actriz teatral y luego cinematográfica a las órdenes de Alessandro Blasetti o Luchino Visconti, pero también guionista y poeta. Militante política y miembro de la resistencia durante la guerra, escribe una novela, *El arte de la alegría* (*L'arte della gioia*), manifiesto de todas las liberaciones femeninas y feministas —sexual, social, intelectual— que sólo se publica póstumamente en 1998, 20 años después de ser redactada, porque ningún editor quiso aceptar un manuscrito tan escandaloso como ajeno a cualquier moda, corriente o tendencia. En 1962, tras la muerte de su madre, intenta suicidarse sin éxito, tras lo cual emprende un psicoanálisis que le lleva a enamorarse locamente de su psicoanalista. Al cabo de un año, enamorada con idéntica pasión del pintor Oreste Tornabuoni, vuelve a intentar quitarse la vida aún más seriamente y fracasa por segunda vez. Después de sufrir traumáticas sesiones de *electro shocks*, encuentra la salvación y remedio a todos sus males en la escritura.

SARTAIN, Dan (Birmingham, 1980). El segundo trabajo de este rockero de Alabama zafio y violento, que un periodista del diario *ABC* califica de "Tarantino del rock estadounidense", el disco *Join Dan Sartain*, publicado en 2006, "mantiene la obsesión de su autor por el veneno, el suicidio, el crimen y otras variedades de ocio alternativo". Corroborando lo dicho por este crítico, la portada del disco ofrece la imagen impactante de un joven encorbatado, el propio músico, que se dispara un tiro de Colt en la sien derecha mientras una explosión de sangre forma en torno a su cabeza una especie de roja aureola.

SARTRE, Jean-Paul (París, 1905-1980). En una de sus primeras novelas, *Jésus la chouette, professeur de province* (1922), el protagonista, un pobre profesor de instituto, es víctima de las burlas sangrientas de sus alumnos, que lo empujan al suicidio. Los jóvenes verdugos, en vez de arrepentirse o enmendarse, prolongan su pitorreo ante su tumba. En relación sin duda con los sentimientos que inspiran esta obra, el padre del existencialismo toma la decisión, junto con su amigo Paul Nizan, de no ser profesor nunca más. Su breve relato "Eróstrato", incluido en el libro *El muro* (*Le Mur*, 1939), presenta a un ridículo antihéroe que afirma sentirse "más fuerte" desde que se ha comprado un revólver, aunque no sabe muy bien qué hacer con él. Por llevar a cabo una acción que lo haga famoso, dispara unos cuantos tiros por la calle para cometer su "crimen gratuito" y, cuando se ve perseguido por la multitud, se refugia en un rincón y trata de matarse pero deja que lo detengan por falta de valor. Para el filósofo Sartre, la muerte es lo contrario de la libertad: la nada, lo que no nos pertenece en absoluto, lo radicalmente ajeno. Respecto al suicidio tiene una curiosa teoría, ya que afirma que sólo tendría sentido si el suicida sobreviviese a la muerte, lo cual es absurdo ya que no hay sentido fuera de la vida.

Sati. Autoinmolación por el fuego* a la que se someten, plegándose a una vieja tradición que se remonta al menos a cuatro siglos, las viudas de ciertas regiones de India. Éstas, jóvenes o viejas, deben arrojarse vivas a las llamas de la pira en que se consumen los cadáveres de sus difuntos esposos. Este suicidio altruista, que evidencia el más absoluto sometimiento al marido y exalta la fidelidad más allá de la muerte, sigue practicándose hoy día a pesar de las prohibiciones y medidas tomadas por la autoridades del país. Desde 1829, cuando las leyes coloniales británicas lo prohíben terminantemente, los familiares que lo practican incurren en delito y son castigados por la justicia. No obstante, su arraigo es tal que, como señala la prensa, en los casos en que la policía interviene, el público asistente impide por todos los medios el rescate de la víctima. "No está claro si la anciana se sacrificó voluntariamente o fue forzada a hacerlo", insinúa un agente del orden refiriéndose a uno de los casos más recientes. La costumbre, que nace en el siglo XVI, parece tener su origen en los suicidios colectivos* de tipo obsidional* a que recurrían las viudas de los clanes de guerreros para no caer prisioneras de los vencedores y convertirse en sus esclavas o ir a formar parte de su harén. Se distingue a veces del *jahuar*, que sería, según ciertos autores, la versión auténticamente voluntaria, opuesta por tanto al *sati*, considerado como forzado y obligatorio cuando no movido por intereses económicos.

Sea lo que fuere, la situación de las viudas en India es aún hoy día tan deplorable que las que no se someten a la obligación del suicidio son repudiadas por sus familias y vagan como espectros sin subsidio alguno deshonradas para siempre. Últimamente, la ciudad de Vrindavan, sede de la secta Hare Krishna, les ofrece un refugio, donde miles de ellas aguardan tranquilamente la muerte en la más absoluta miseria (véase Chittaurgarh* y la película *Agua**). August Strindberg* propone una explicación cuando le hace decir a uno de sus personajes: "Los hijos de la viu-

da que se casa suelen parecerse a los del difunto marido. Naturalmente, es bastante fastidioso. Por eso queman a las viudas en la India".

SCHELL, Maria (Viena, 1926-Graz, 2005). La fortuna, que sonríe a esta actriz desde los 16 años y que culmina con papeles como el de Grusenka en *Los hermanos Karamázov* (*The Brothers Karamazov*, 1958), de Richard Brooks, comienza a hacérsele esquiva en la década de 1970. Una serie de depresiones y varios fracasos matrimoniales la llevan a un intento de suicidio con barbitúricos, del que logra reponerse pero tras el cual vive aislada y recluida hasta su muerte.

SCHILLER, Friedrich (Marbach, 1759-Weimar, 1805). En nombre de la amistad, pero también de la libertad contra el absolutismo y la Inquisición, el Marqués de Posa se acusa falsamente ante el rey y se deja acribillar por los sicarios de Felipe II en su poema dramático *Don Carlos* (1787). Muere así como portavoz de la humanidad oprimida y mártir* de la causa revolucionaria. Es interesante observar que Goethe*, hablando precisamente de este personaje, descubre una "tendencia crística" (*Christustendenz*) que se manifiesta en su amigo. *La novia de Mesina* (*Die Braut von Messina*, 1803) es una tragedia griega basada en el motivo de los hermanos irreconciliables, en quienes el amor por una misma mujer agrava en este caso la enemistad. Queriendo aunar destino griego y sensibilidad moderna, el autor hace que un hermano dé muerte al otro y luego se suicide. En cuanto a *Juana de Arco* (*Die Jungfrau von Orléans*, 1801), a la que libra de la hoguera para hacer que muera en el campo de batalla*, su virgen guerrera enamorada se aleja de la ortodoxia para acercarse al destino trágico de Pentesilea (véase Kleist*). Frente al apuesto caballero inglés Lionel, baja la guardia como la terrible amazona frente a Aquiles.

SCHMITT, Éric-Emmanuel (Lyón, 1960). "Siempre he fracasado en todos mis suicidios": así comienza la instructiva y espeluznante historia del protagonista de su novela *Cuando era una obra de arte* (*Lorsque j'étais une œuvre d'art*, 2002). Esta última entrega del autor de *Pequeños crímenes conyugales* (*Petits crimes conjugaux*, 2003, trad. cast. en Anagrama), se abre con la imagen de un joven que, tras haber roto la cuerda con la que quería ahorcarse, no sentir ningún efecto con los barbitúricos ingeridos y rebotar blandamente sobre el toldo de un camión al que cae desde un quinto piso, se dispone ahora a arrojarse desde lo alto de un acantilado. Al borde del abismo, y en una nueva versión del tema mefistofélico, un artista diabólico va a tentarle con la vida. A cambio, no deberá entregarle el alma sino el cuerpo para convertirlo en una obra de arte viviente. Un simulacro de suicidio y la pérdida de la identidad son las primeras condiciones exigidas por el "bienhechor", que así puede entregarse a la creación de su obra más original, una exhibición o *performance** de *body art* llevadas a límites dignos del doctor Frankenstein.

Sobre el protagonista de su novela anterior, *La secta de los egoístas* (*La secte des égoïstes*, 1994, trad. cast. en Destino), nos enteramos desde las primeras páginas, mediante la lectura que el narrador emprende de un *Diccionario patriótico*, de que su vida fue breve e interrumpida voluntaria-

mente en 1736 por una fuerte dosis de opio*.

SCHNITZLER, Arthur (Viena, 1862-1931). Autor, entre otras muchas obras, de la novela *El teniente Gustl* (*Leutnant Gustl,* 1900), que además de otros méritos reúne el de ser el primer "monólogo interior" de la literatura alemana, procedimiento inventado por el francés Édouard Dujardin 12 años antes y que tantos frutos dará durante todo el siglo XX, particularmente en Joyce. El ejército imperial no aprecia estas novedades técnicas y somete a su autor a un consejo de guerra del que resulta degradado de su rango de oficial. La novela indaga en la conciencia de un hombre que se prepara para el suicidio mientras yerra sin rumbo por la noche vienesa del Prater. Su decisión procede de la afrenta irreparable que ha sufrido, dado que el ofensor es un panadero y el duelo con un plebeyo es imposible para un oficial. El codigo militar no prohíbe, en cambio, desayunar antes de morir, y cuando el teniente se dispone a hacerlo le llega la noticia de que el panadero ha muerto de apoplejía, por lo que recobra a un tiempo el honor y la vida: "El mundo me pertenece otra vez", clama el frustrado suicida lleno de júbilo. Años después, *La señorita Else* (*Fräulein Else,* 1924) se envenena por haber tenido que desnudarse ante un comerciante que exige esa condición para salvar a su padre de la ruina. El suicidio, como la locura, son temas capitales de una obra regida por el desengaño, la desesperación y la conciencia de la fatalidad.

SCHUMANN, Robert (Zwickau, 1810-Bonn, 1856). Muchas son las desgracias que aquejan al gran compositor romántico alemán: la muerte precoz de su padre y de todos sus hermanos, su propia debilidad congénita y la enfermedad mental que padece desde la adolescencia y que se revela como auténtica locura en torno a los 40 años, la lesión irreversible en los dedos anulares y la posterior parálisis de las manos, que arruinan sus legítimas ambiciones de convertirse en un virtuoso del piano y, por último, la larguísima batalla legal que libra contra su maestro y futuro suegro para poder casarse con la joven, bella y excelente pianista Clara Wiek, más adelante Clara Schumann. Cuando en 1850, para su gran satisfacción, es nombrado director de orquesta en Düsseldorf, sus trastornos psíquicos le obligan a dimitir. En 1854, cuando la enfermedad alcanza su paroxismo, se arroja a las aguas del Rin en medio del bullicio del carnaval pero dos pescadores se precipitan a salvarlo. Ingresado en una clínica psiquiátrica cerca de Bonn, muere tras dos años de tortura.

SEBALD, W. G. (Wertach, 1944-Norfolk, 2001). Desde el primer libro de relatos que publica este escritor alemán, el suicidio aparece como desenlace lógico para la vida de muchos de sus personajes, seres a medio camino entre la realidad y la ficción. *Los emigrados* (*Die Ausgewanderten,* 1992, trad. en Anagrama) cuenta la historia de cuatro exiliados, dos de los cuales se dan muerte: Henry Selwyn, víctima judía de la persecución nazi, agobiado en Manchester por la nostalgia de la patria perdida, y Paul Bereyter, el maestro homosexual* que el autor tuvo en su infancia bávara, muerto en 1983. En otras de sus obras el suicidio no es sino un ingre-

diente más de la atmósfera de desolación, melancolía y acabamiento de las cosas que reina en sus relatos. No es de extrañar para quien tan atento está al permanente acoso de la barbarie y que concluye su segundo libro, *Los anillos de Saturno* (*Die Ringe des Saturn*, 1995, trad. en Anagrama) con la frase "nuestra historia casi exclusivamente constituida por calamidades". Él es quien cuenta, por ejemplo, los casos que aquí se relatan de la secta Taiping, de Conrad* o de Swinburne*.

SEBERG, Jean (Marshalltown, 1938- París, 1979). Nacida en un pueblo perdido de Iowa donde su padre es farmacéutico, pasa su infancia aprendiendo de memoria los poemas de Emily Dickinson. Trasladada a París, donde los cineastas franceses la descubren por segunda vez, se convierte en la musa de la *nouvelle vague*. Frágil, solitaria, siempre a topetazos con las drogas, el alcohol* y unos cuantos amores más o menos desgraciados, casada tres veces (una de ellas, con Romain Gary*) y víctima de una campaña de difamación organizada por el FBI por su apoyo a la causa de los Panteras Negras, el 8 de septiembre de 1979 la policía de París encuentra su cadáver dentro de un Renault 5 blanco. Una carta dirigida a su hijo Diego anuncia su suicidio.

SEDGWICK, Edie (Santa Bárbara, 1943- 1971). Musa de Andy Warhol* en la década de 1960 y amante de Bob Dylan, con quien vive por algún tiempo en el Hotel Chelsea de Manhattan, a la que el cantante dedicó dos de sus canciones incluidas en el disco *Blonde or blonde*. Actriz cinematográfica y modelo, niña rica inestable y drogadicta, muere a los 28 años de una sobredosis de barbitúricos que todo el mundo interpreta como un suicidio. El director norteamericano George Hickenlooper rueda una película en torno a su personaje, *Factory Girl*, que se estrena el 27 de diciembre de 2006 con Sienna Miller en el papel protagonista. La película parece culpar al cantante de la adicción y la muerte de la joven, por lo que los abogados de aquél amenazan con un proceso.

Sectas. Desde la más remota antigüedad, y durante los primeros siglos del cristianismo, florecen sectas, religiones y herejías que propugnan y practican el suicidio sexual de la autocastración*. En la actualidad, son muchas las sectas apocalípticas que incitan al suicidio y lo practican en grupo (véase suicidio colectivo*), por huir de un inminente desastre o para acceder a un nivel superior de realidad o conocimiento, casi siempre con la vista puesta en seres extraterrestres. Citemos, entre ellas, la llamada Orden del templo solar, 74 de cuyos miembros aparecieron muertos en Francia, Suiza y Canadá entre 1994 y 1997. O la denominada Heaven's Gate, dirigida por M. H. Applewhite, que alcanza gran renombre el 24 de marzo de 1997 cuando, en un rancho de San Diego, California, 39 adeptos, con su gurú a la cabeza, se dan muerte mediante la ingestión de un cóctel de vodka y barbitúricos. Su intención, anunciada con gran antelación a través de Internet, era subir a bordo de una nave espacial y acceder de ese modo a un grado superior de conocimiento. El sucesor autonombrado en la jefatura, Chuck Humphrey, de Colorado, persiste en el mismo empeño y no cesa de lanzar llamadas a través de sus páginas *web*

para reclutar nuevos adeptos candidatos a la muerte. Los raelianos, que toman su nombre de su líder, Rael, pretendido hermano gemelo de Jesucristo* (por clonación llevada a cabo en otro planeta), publican en sus boletines artículos que incitan igualmente al suicidio colectivo. Así, el francés Claude Vorilhon, en un número de la revista *Apocalypse Internationale* (segundo trimestre de 1996), ensalza las virtudes de tal práctica en el artículo titulado "De la belleza del sacrificio". En él alude a Masada*, a los bonzos del Vietnam y a otros ejemplos de suicidios en masa. Todos estos turistas del más allá parecen impulsados únicamente por un deseo de mejorar su suerte, que no difiere demasiado de la prisa que manifiestan los mártires* de otras religiones por llegar a sus respectivos paraísos.

Las fronteras entre sectas y grupos terroristas clandestinos no son muy definidas en lo que respecta al poder omnímodo del gurú o jefe, del lavado de cerebro o de la disposición del individuo para el sacrificio*, y es cosa que se puede ver desde Dostoyevski* hasta los *muyahidin jalq* iraníes, por poner sólo algunos ejemplos.

SÉGALEN, Victor (Brest, 1878-Huelgoat, 1919). Singular personaje este polifacético bretón, médico de la marina, explorador, arqueólogo y sinólogo, además de poeta y novelista. Obsesionado por la dicotomía y el desdoblamiento del yo, lucha en sus poemas contra el vacío. Alguien ha dicho que "muere por haber perdido a su doble en China*". En sus últimas cartas se confiesa aquejado de una invencible fatiga para la que no halla causa física: "Observo simplemente que la vida se aleja de mí". A los 41 años, de vuelta a su Finisterre natal tras haber vivido en Tahití y China, se pierde por el bosque sagrado de Huelgoat con el libro de *Hamlet* en la mano. Sólo tres días después aparece su cadáver, sin que nunca se hayan sabido las causas de su muerte. Las primeras palabras de su novela *René Leys*, cuyo protagonista desaparece tan misteriosamente como su autor, pueden servir de epitafio: "No insisto, me retiro".

SELBY Jr., Hubert (Nueva York, 1928-Los Ángeles, 2004). La última novela que publica antes de morir de complicaciones pulmonares este escritor marginal y borrachín, *Waiting period* (2003), es, según su propio autor, "la historia de un tipo muy deprimido que decide volarse la tapa de los sesos, pero que, por un problema en su ordenador, tiene que esperar cinco días el revólver que ha encargado". Mientras tanto, al descubrir por Internet la receta de un bacilo extremadamente mortífero, una especie de ántrax, se convierte en un asesino a gran escala, un doctor Mabuse suicida.

Semíramis. La vida y milagros de la legendaria reina de Babilonia, cruel y disoluta, narrados en versiones contradictorias por griegos y latinos, Herodoto entre ellos, inspiran a numerosos autores de tragedias. En España figura en las páginas de la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (1540), uno de los libros más leídos en la Europa de su tiempo. De la mano de Cristóbal de Virués, y siguiendo de cerca el relato que hace de ella Diodoro Sículo en su *Biblioteca histórica*, esta reina asesina y asesinada sube al escenario en *La gran Semíramis*, publicada como todas sus obras en la tardía fecha de 1609. En su primera jorna-

da, el rey Nino se apodera de la protagonista contra su voluntad y empuja a su marido, Menón, al suicidio. Tras un larguísimo y lastimero monólogo en el que habla con la soga con que se va a ahorcar, el desventurado esposo clama:

> Vos, lazo, que instrumento
> sois para mi remedio,
> no os conjuréis con mi contraria suerte,
> sino cumplid mi intento.

Tras esta primera versión vuelven a tratarla Lope de Vega, en una obra hoy perdida, y Calderón de la Barca en *La hija del aire*. En esta obra, Semíramis, haciéndose la virtuosa, se opone a Nino y amenaza, al lucrecio modo, con darse muerte: "No lo intentes; / que primero que de mí / triunfe amor, me daré muerte". Y arrebata la daga a su agresor y la esgrime contra su pecho, pero al fin cede ante la promesa de matrimonio. En cuanto al pobre Menón, en vez de obligarle a suicidarse, Calderón se contenta con que Nino le saque los ojos. En Francia fueron muchos los autores que se atrevieron con tan tremendo personaje, aunque sin gran éxito. El primero de ellos fue Crébillon en 1717, al que siguieron Desfontaines, Gilbert, Le Franc de Pompignan y el mismo Voltaire, quien cosechó sólo críticas y parodias. En 1729 pasa a Italia con Metastasio y allí proliferan melodramas y óperas, entre los que destaca la versión de Rossini (1828).

SÉNECA, Lucio Anneo (Córdoba, 4 a. C.-Roma, 65 d. C.). En muchos de sus escritos, este autor hispanorromano deja clara su posición estoica frente a la vida y la muerte, haciendo en todo momento la apología* del suicidio, mostrando el vano empeño que consiste en vivir sin necesidad o sin placer, lo que resume en una fórmula de gran sencillez, que parece al mismo tiempo un trabalenguas: "Malo es vivir en la necesidad pero no hay ninguna necesidad de vivir en la necesidad" (*Malum est in necessitate vivere sed in necessitate vivere nulla necessitas est*). Como estoico, considera el suicidio como una puerta abierta a la libertad. En su diálogo *De ira*, y en traducción de Quevedo*, identifica uno y otra: "¿Ves aquel despeñadero? Por allí se baja a la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel pozo? Allí, en lo hondo, habita la libertad. ¿Ves aquel árbol corto, seco y infeliz? La libertad cuelga de él. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Huidas son de tu cautiverio [...]. ¿Preguntas, pues, cuál sea el camino para la libertad? Cualquier vena en el cuerpo". En sus tragedias, inspiradas en los griegos, Fedra*, más justiciera que desesperada, se apuñala; Yocasta* se acuchilla el vientre, Edipo se arranca los ojos y Hércules* se arroja a las llamas de una pira, pero antes lo hace su esposa Deyanira*, enloquecida por la pasión.

A raíz de su participación en la conjura de Pisón*, que se proponía asesinar a Nerón*, el filósofo tiene ocasión de poner en práctica sus convicciones ya que el emperador le conmina a suicidarse en abril del año 65. Tácito y Dión Casio relatan su dificultosa muerte. Tal vez debido a su avanzada edad, de nada le sirve abrirse las venas de las muñecas. En vista de lo cual, lo intenta de nuevo cortándose las de las piernas, lo que tampoco surte efecto. Recurre entonces, como los griegos, a la cicuta* y así, herido y envenenado, aguarda en vano la muerte. Al final vuelve a la bañera donde había esperado desangrarse

y se ahoga con los vapores. Su esposa, Pompeya Paulina *, fiel más allá de la muerte, intenta seguir su ejemplo y también se abre las venas, pero el emperador, avisado a tiempo, se lo impide. Desde la Antigüedad, esta muerte ejemplar o tenida por tal es objeto de devota representación iconográfica. Al principio el anciano figura de pie en su tina, y esta postura se mantiene hasta Rubens, pero desde el neoclasicismo se le recuesta en la bañera.

Sentencia. En ciertos casos el suicidio no procede de la propia voluntad sino de la condena por parte de un juez u otro poder, y es considerado entonces como una gracia que evita al reo la humillación inherente a la ejecución. En la mitología griega, Eolo condena de este modo a su hija Cánace*, por lo que le envía una daga. Participan de esta naturaleza suicidios de la Antigüedad* *clásica* como los de Sócrates*, Demóstenes*, Calístenes*, Séneca*, Petronio* o Lucano*, así como no pocos haraquiris* practicados en Japón*. En China*, el envío de un cordel de seda informa al condenado de la (relativa) indulgencia de los jueces. En el siglo XIX, reciben uno así los príncipes traidores al emperador, refugiado lejos de Pekín durante la invasión del ejército francobritánico, y a su heredero menor de edad y la emperatriz viuda, y no dudan un instante en aceptar este favor y ahorcarse. En Occidente, la cápsula de cianuro* o una pistola cargada han cumplido en los tiempos modernos este mismo cometido. Un breve relato del escritor soviético Isaak Bábel, "El desertor" (*Observaciones sobre la guerra*, 1920) ilustra esta situación. Para evitarle el deshonor al joven soldado desertor, el capitán Gémier le tiende un revólver: "Pégate un tiro, Bauji. Volveré dentro de cinco minutos. Para entonces todo tiene que haber terminado".

Los motivos no son siempre de orden político o militar; en el caso de Chaikovski*, por ejemplo, la decisión de un tribunal de honor obedece a razones de moralidad pública, al considerar la homosexualidad* como un delito y su revelación como un escándalo peor que la muerte. Es también el método más expeditivo y más discreto de ejecución, en el que no interviene en general ningún propósito de benevolencia por parte del poder sino tan sólo su garantía de eficacia e impunidad. Ejemplos de ello pueden ser el del mariscal Rommel* o el del general marroquí Mohamed Ufkir, primer jefe del aparato represivo de su país, al que el rey Hassán II obliga a suicidarse en 1972 tras participar en un frustrado golpe de Estado para derrocarle. De "suicidio de fidelidad" califica este último la versión oficial de su país. Sentenciadas también a suicidarse, pero por sus propios familiares, son las numerosas muchachas que, en tierras del islam*, deben quitarse la vida para lavar el "honor" de la familia, como es el caso actualmente, por ejemplo, en Turquía o Paquistán.

SERESS, Rezsö (Budapest, 1889-1968). A este pianista húngaro y compositor se debe la creación de la melodía más *suicidógena* de la historia, la canción titulada *Szomorú Vasárnap*, conocida en inglés por *Gloomy Sunday* y en español como *Triste domingo*. Sale de sus manos en 1933, y su amigo Lászbó Jávor le pone letra, igual de fúnebre y desalentadora. Desde entonces, no deja de hacer estragos entre sus oyen-

tes del mundo entero. Muchos son los suicidas que aluden a ella en sus mensajes* de adiós; muchos los discos que se han encontrado en gramófonos o tocadiscos encendidos junto a los cadáveres de otros desesperados. En 1941, la gran cantante afroamericana Billie Holiday la adapta al ritmo de jazz ¡con los mismos resultados! Tanto es así que las autoridades norteamericanas retiran esta nueva versión de las ondas por sus efectos altamente depresivos. Otros muchos cantantes han probado suerte con la canción maldita, con el "himno del suicidio" (como se la llamaba ya en 1935): Elvis Costello, Bjork, Sinead O'Connor, Sara Brightman, Sarah McLachlan... Un director alemán, Rolf Schübel, la ha llevado al cine en 1999. Y el autor de tanto desastre, ¿qué hace entre tanto?; ¿embolsarse los beneficios? No, el autor se tira por la ventana en 1968.

Siete mujeres. Testamento cinematográfico (*7 Women*, 1966) del realizador norteamericano John Ford (1895-1973), que cuenta la vida de una misión cristiana en la frontera china con Mongolia en la década de 1930. La pequeña comunidad religiosa se ve turbada por la llegada de la doctora D. R. Cartwright (Ann Bancroft), independiente y atea, que choca en seguida con la rigidez de la superiora. Si ésta le reprocha la libertad de sus costumbres, la médico le critica su autoritarismo e intransigencia. Con ocasión de una invasión mongola, acompañada de una epidemia de cólera, la nueva doctora muestra toda su eficiencia y generosidad. Al término del relato, la doctora Cartwright envenena al jefe mongol que las amenaza y, a continuación, se suicida envenenándose.

SEXTON, Anne (Newton, 1928-Weston, 1974). Esta poeta norteamericana, cuyo nombre real es Anne Gray Harvey, ingresa en un psiquiátrico a raíz de una primera tentativa de suicidio. Su médico la induce a proseguir su actividad poética. Sufre graves desórdenes mentales que desembocan en frecuentes hospitalizaciones. En 1957 conoce a la también poeta Sylvia Plath*, con quien vive una estrechísima amistad amorosa. Su primer libro de poemas, *To Bedham and Park Way Back* (1960), tiene como tema central un colapso mental sufrido por la autora. Pone fin a su vida el 4 de octubre de 1974 encerrándose en el garaje de su casa, en Weston, e inhalando el monóxido de carbono* producido por el tubo de escape de su coche. Como destaca Jesús Marchamalo, su muerte se rodea de un ceremonial* escénico. Se viste con el abrigo de su madre, con la que siempre ha tenido muy malas relaciones, se quita todas las joyas y anillos, se sirve una copa de vodka y pone música en la radio mientras espera el efecto del gas. Nunca le perdonó a Sylvia Plath que se suicidara antes que ella; la acusa de haberle robado la muerte. Poco antes de morir, escribe:

> y un poco de este anhídrido carbónico
> que bien dosificado te hace dormir
> tranquila para no despertar de nuevo
> al tedio de los días.

SHAKESPEARE, William (Stratford-upon-Avon, 1564-1616). Sea por fidelidad a los hechos históricos, como en *Julio César* (*Julius Caesar*, 1599) o en *Antonio y Cleopatra* (*Antony and Cleopatra*, 1607), para los que el poeta se documenta en Plutarco y otros historiadores, sea

por otras razones, el suicidio está muy presente en todas sus tragedias junto a toda clase de asesinatos y muertes violentas. En la primera de estas obras, tras la muerte voluntaria de Porcia*, esposa de Marco Bruto*, tanto éste como su aliado Casio*, derrotados uno y otro, se clavan estoicamente una espada. Un tercer soldado, Titinio, acompaña fielmente a Casio. En la segunda, Domicio Enobarbo, avergonzado por haber abandonado a su jefe, se da muerte, al tiempo que Marco Antonio*, esclavo de Cleopatra*, se hunde progresivamente en la molicie y acaba derrotado en Accio. Al llegarle a éste la falsa noticia de la muerte de su esposa, pide a su servidor que le mate, a lo que se niega volviendo el arma contra sí. Siguiendo entonces su ejemplo y, al modo de Saúl en la Biblia*, Antonio se abalanza sobre la punta de su espada: "Tu amo muere discípulo tuyo; de ti es de quien he aprendido a obrar así". Su cuerpo agonizante es llevado ante su esposa, en cuyos brazos muere, y ésta, dejándose morder por un áspid en el seno, y aplicándose un segundo en el brazo, corre a juntarse con él.

En *Hamlet*, escrita en 1600, su protagonista, "hermafrodita psíquico" —como lo denomina Alfred Adler*—, medita y vacila en torno al tema. En la escena V del acto I parece tentado por la idea de quitarse la vida si no temiera la ira del Todopoderoso "contra el homicida de sí mismo"; y es que, como dirá poco más tarde: "yo no estimo la vida en nada". En el célebre monólogo de *To be or not to be* sopesa las ventajas e inconvenientes entre vivir o quitarse la vida, añorando "cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal". Ofelia* se ahoga en las aguas del río mientras, al final del drama, Horacio, fiel amigo del príncipe de Dinamarca, intenta envenenarse y compartir la suerte de Hamlet, pero se lo impiden los criados arrebatándole la copa. Al querer hacerlo, exclama: "¿Vivir? No lo creáis. Yo tengo alma romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo".

Por lo que hace a *Romeo y Julieta**, esta pareja* constituye uno de los arquetipos del suicidio amoroso y una cima de su exaltación romántica. Todo se confabula contra el moro celoso de *Otelo* (1604), hasta un pañuelo, para hacerle creer que su esposa Desdémona le engaña. Después de estrangularla, y al enterarse de que era inocente, recobra su lucidez perdida y se da muerte estoicamente para expiar su crimen. Elisabeth Frenzel dice de los personajes aquejados de melancolía*: "Las penas de los melancólicos de Shakespeare fueron cuidadosamente razonadas por el autor, que compara la melancolía con una confusa carga que descompone el cuerpo y ofusca la mente. El melancólico de amor Romeo termina suicidándose, el duque Orsino, entregado a la soledad y a la música (*Twelfth-Night, Noche de reyes*), juega con el pensamiento de matarse, y el desterrado Orlando (*As You Like It, Como gustéis*) no está lejos de tal actitud".

SHOSTAKÓVICH, Dmitri (San Petersburgo, 1906-Moscú, 1975). Según el biógrafo de este compositor soviético, el musicólogo Bernd Feuchtner, en su estudio *Shostakóvich. El arte amordazado por la autoridad* (trad. esp. en Turner, 2004), agotado por sus años de lucha incesante con la censura estalinista, estuvo al final de su vida muy tentado por la idea del suicidio. "Eran los tiempos en que Shostakóvich —escribe— coqueteaba con la

muerte. Sus últimas obras hablan constantemente de esa idea, y hacerlo era ir contra el mayor tabú* del régimen soviético". Tal vez por violar este tabú en su ópera *Lady Macbeth en Siberia* (1932), inspirada en la novela de Nikolái Léskov*, en la que la protagonista se arroja a la corriente de un río, es por lo que Stalin sale muy disgustado de su representación en el Bolshoi, en 1936, y por lo que *Pravda* la condena categóricamente.

SIDDAL, Elizabeth (Londres, 1829-1862). La vida de esta enigmática belleza pálida y pelirroja, *Lizzie*, cambia de rumbo el día de 1850 en que Walter Deverell se fija en ella a través del escaparate de la sombrerería londinense en que trabaja y la convence para que sirva de modelo a sus amigos pintores. Desde ese momento se convierte en la musa del movimiento prerrafaelita inglés y en esposa de su principal representante, Dante Gabriel Rossetti. Ella es la *Ofelia** de John Everett Millais, cuadro para el que posa durante meses dentro de una bañera, lo que quebranta aún más su frágil salud y la convierte en adicta al láudano*. Celosa hasta el punto de arrojar al Támesis los retratos de otras mujeres hechos por su marido, la *Beata Beatrix* amenaza en repetidas ocasiones con suicidarse. A los 33 años lo hace mediante una sobredosis de su droga favorita. Rossetti, que arroja a su tumba los poemas escritos por la modelo, se arrepiente siete años después y la desentierra para recobrar los manuscritos.

SID VICIOUS (Londres, 1957-Nueva York, 1979). Su grupo musical punk Sex Pistols es uno de los más provocadores e incendiarios de la década de 1970. Acusado por la policía estadounidense del asesinato por apuñalamiento de su novia, Nancy Spungen, y estando detenido en Nueva York, trata de matarse consumiendo toda la metadona que lleva encima, pero no lo consigue. En espera de juicio y estando libre bajo fianza, muere de sobredosis de heroína en febrero de 1979. En la época, su muerte se atribuye a un accidente. 21 años más tarde, Julien Temple, realizador de dos películas sobre el grupo, afima en declaraciones a la revista *New Musical* acerca de su última película, *La mugre y la furia* (*The Filth and the Fury*, 2000), que una carta póstuma del músico no deja ninguna duda sobre sus intenciones suicidas. El mismo mensaje, encontrado en el bolsillo de un pantalón del artista, niega su participación en el asesinato de su novia.

SIDNEY, Philip (Penshurst, 1554-Zutphen, 1586). Representa en Inglaterra el modelo de perfecto caballero del Renacimiento, como Garcilaso* en España, autor de numerosos sonetos petrarquistas y de una novela pastoril en prosa, *Arcadia* (1580). Entre los meláncolicos caballeros pastores que pueblan sus páginas surge el debate entre partidarios y adversarios de la muerte voluntaria, y la conclusión a la que se llega es que debe ser permitida y parece razonable siempre y cuando sea el resultado de una madura reflexión y una decisión suficientemente motivada.

Siervo libre de amor, El. El autor de esta novela sentimental con ribetes de caballeresca, escrita en 1439 por Juan Rodríguez del Padrón, es un gallego, fraile franciscano, poeta y cortesano de Juan II de Castilla. En la segunda parte del enreve-

sado libro comienza la "Estoria de dos amadores", que cuenta los desventurados amores del príncipe Ardanlier y la gentil Liesa. Ésta, que aplicando el estricto código del amor provenzal retira su favor al amador por haber divulgado su secreto, es asesinada por el que podría haber sido su suegro, el rey Creos. Ardanlier, a la vista del cadáver, se suicida sobre él y compone un cuadro perfecto de pareja* fúnebre. Así lo cuenta el autor en su lengua latinizante, según la edición crítica de Enric Dolz i Ferrer: "En punto affirmada su voluntat postrimera, bolvió contra sí en derecho del coraçón la sotil y muy delgada espada, la punta que sallía de la otra parte del refriado cuerpo. E diziendo aquestas palabras en esquivo clamor: 'Reçibe de oy más, Liessa, el tu buen amigo Ardanlier a la deseada compañía', e lançóse por la media espada e dio con gran gemido el aquexado espíritu". Quedan así espetados los dos cuerpos en un mismo hierro, a la manera inaugurada por Píramo y Tisbe*, mientras las almas, que pocos años antes hubieran sido precipitadas al averno, suben ahora a un empíreo presidido por Venus: "Passados de la trabajosa vida a la perpetua gloria que poseen los leales amadores, aquellos que por bien amar son coronados del alto Cupido y tienen las primeras sillas a la diestra parte de su madre la deesa". ¿No es admirable esta apoteosis del suicida que se da en tierras cristianas, refrescadas ya por la brisa del Renacimiento? ¿No podía parece blasfemo y sacrílego que el suicida se sentara a la diestra, no del Padre sino de la Madre Venus? La equiparación que el poeta hace en su obra del amor sagrado y del amor profano, o del "sufrimiento y la pasión del amante con la pasión de Cristo" (José María Nieto Ibáñez), revelan la presencia de una nueva mentalidad, que se adelanta a Juan del Encina* y a Fernando de Rojas (véase Melibea*).

Siete suicidios de un gato, Los. Obra escénica estrenada en Madrid en la sala Triángulo en diciembre de 2004 con coreografía, música e interpretación del artista David Fernández, quien, tras pasar por la danza contemporánea, la música y el teatro, se lanza a la creación de este largo monólogo gestual autobiográfico, suerte de negación escénica desesperada.

Silencio. El novelista español Enrique Vila-Matas*, autor de *Suicidios ejemplares* (Anagrama, 1991), dedica todo un libro al tema de los escritores que renuncian a la palabra y que, en cierto modo, se suicidan literariamente. Su título es *Bartleby y compañía* (Anagrama, 2000) y en él pasa revista a "esos seres en los que habita una profunda negación del mundo", los representantes de "la literatura del no". Una entrada del *Diccionario de las artes* (1999) de Félix de Azúa* es la palabra *silencio.* A raíz de la publicación del *Bartleby* de Vila-Matas, y en julio de ese mismo año, Antonio Tabucchi y Anteos Jrisostomidis conversan sobre el tema en el puerto cretense de Jania, y añaden nuevos nombres a la lista, como el de Manolis Anagnostakis, "uno de los grandes de la literatura griega contemporánea". "Hace 20 años —cuenta Jrisostomidis—, a la edad de 55 y en la cumbre de su fama, decidió dejar de escribir". También citan "el caso de Seferis y de otros escritores griegos que durante los primeros años del régimen de los coroneles optaron por callar". Tabucchi puntualiza: "En ciertas ocasiones, el si-

lencio es más importante que el *logos*, como nos lo enseña la historia de Sócrates*. Pero este silencio debe ser una elección del propio intelectual, no puede serle impuesto por otros". En 2004, Jesús Marchamalo vuelve sobre el asunto en *Blanco y Negro Cultural*, suplemento literario de *ABC*, para proponer bibliografía y páginas *web* sobre el asunto. El silencio tiene de bueno que, por pertinaz que sea, no es irreversible; y así los hay que, tras largos años cultivándolo, rompen de nuevo a hablar o a escribir. Como Paul Valéry*, que escribe su *Joven Parca* después de pasarse 21 años sin tomar la pluma.

SILVA, José Asunción (Bogotá, 1865-1896). Vástago de una familia aristocrática venida a menos, es un niño mimado entre mujeres que pronto va a despertar a la desgracia. Un primo se suicida de un disparo en presencia de su mujer y sus hijos, su abuelo es asesinado por unos bandoleros y otro pariente muere en las barricadas durante una intentona revolucionaria. Aún más dolorosa, la pérdida de su adorada hermana Elvira, su confidente más íntima, lo sume en un total desamparo. A la muerte de su padre tiene que ponerse muy joven a la cabeza de negocios ruinosos. En 1895, en el viaje de regreso de Caracas, su barco, el *Amérique*, encalla y el poeta pierde en el naufragio muchos de sus papeles, entre los que se encuentran los poemas que iban a formar los *Cuentos negros*, los *Cuentos de razas* y los sonetos de *Las almas muertas*, además del manuscrito entero de una novela, *De sobremesa*. Cuando decide poner fin a su vida, lo hace, al igual que otros suicidas previsores, rodeando la muerte de un minucioso ceremonial*. El día 23 de mayo de 1896 por la mañana llama al médico de la familia y amigo suyo, y con un vago pretexto le hace trazar sobre una camiseta el lugar exacto del corazón. Por la noche se despide de los amigos que concurren a su tertulia, desea buenas noches a su madre y hermana, con las que vive en el caserón familiar, y se dirige a su habitación. Allí se cambia de ropa y se viste con sus mejores galas —camisa de seda, botas de charol—, sin olvidar la camiseta cómplice. Se tiende en la cama, empuña su revólver Smith and Wesson y se dispara un solo tiro en el corazón. Nadie en la casa oye la descarga ni se entera de lo ocurrido hasta la mañana siguiente.

El profesor Carlos Vidales rastrea en su obra las huellas de su homosexualidad reprimida y sus tendencias suicidas. Tanto su amistad con Oscar Wilde como que no se le conociera ninguna aventura femenina parecen avalar lo primero. En cuanto a lo segundo, varios son los versos aducidos, entre los que destacan los de su poema "Cápsulas", en que un enfermo de venéreas que se cura con cápsulas, "se curó para siempre con las cápsulas / de plomo de un fusil". El mismo revólver con que se mata, y que poseía desde antiguo, figura, con su doble nombre anglosajón, en un texto irónico sobre los espermatozoides, de los que se burla al pensar que el vencedor de la carrera puede llegar a ser un Werther* y empuñar el arma suicida. El escritor también colombiano Ricardo Cano Gaviria* dedica una biografía al poeta modernista: *José Asunción Silva, una clave de sombra*.

SILVESTRE, Manuel Fernández (El Caney, 1871-Annual, 1921). El nombre de este heroico militar, cubierto de heridas y

medallas, quedará para siempre asociado en la historia española a la noción de *desastre*. De vuelta de Cuba, tras el desastre de 1898, participa en la guerra de Marruecos con el grado de general y es el principal responsable del aún más sonado y espectacular desastre de Annual, matanza en la que perdieron la vida más de 10.000 españoles. Aunque nunca fue hallado su cadáver, la versión más extendida sobre su muerte es que se metió en su tienda y se voló la cabeza.

SIMON, Claude (Antananarivo, 1913-París, 2005). Un motivo recurrente en muchas de las novelas del Premio Nobel de Literatura de 1985 es un coronel a caballo que, sable en mano y con un gesto más suicida que heroico, carga contra un francotirador alemán que le está apuntando. En una de sus primeras obras, *La cuerda floja* (*La Corde raide*, 1947), hace su aparición como un recuerdo de la guerra que ha vivido el autor. En *La ruta de Flandes* (*La Route des Flandres*, 1960), ocupa un espacio mucho más central, convirtiéndose en un enigma para el protagonista, Georges, que no deja de interrogarse sobre su verdadera significación. He aquí la escena, descrita en las primeras páginas del libro: "Pude verle *así*, durante un momento, con el brazo alzado blandiendo aquel arma inútil e irrisoria en un gesto hereditario de estatua ecuestre que probablemente le habían transmitido generaciones de sableadores [...] para luego derrumbarse todo de una vez: hombre, caballo y sable..." La misma imagen reaparece en *Historia* (*Histoire*, 1967) y en otros muchos de sus libros, combinándose con el recuerdo infantil de unos soldados representados en una vidriera, hasta culminar en *El jardín botánico* (*Le Jardin des Plantes*, 1997). Aquí la acción suicida del coronel vista en la guerra despierta otros recuerdos de niñez, cuando el protagonista fundía sus soldaditos de plomo acercándolos a las llamas de la chimenea.

SINOS, Paula (Baracaldo, 1950-Portugalete, 1981). Antes de arrojarse al paso del ferrocarril, esta joven poeta vasca escribe como disculpa: "Siempre puedes pensar que fue el tren / el que se arrojó a ti".

SLATAPER, Scipio (Trieste, 1880-Monte Podgora, 1915). La brillante generación de jóvenes que trata de convertir Trieste en un activo centro cultural a comienzos del siglo XX tiene en muchos casos un desenlace trágico y precoz. Carlo Michelstaedter* se suicida en 1910 "abriendo el fuego de las fugas y las pérdidas", como dice Enrique Vila-Matas*. Pérdidas que incluyen las debidas a la Gran Guerra, en la que muere, entre otros talentos, Carlo, hermano mayor de Gianni Stuparich. Scipio Slataper, "el jefe reconocido de aquella extraordinaria y malograda partida de jóvenes", según Claudio Magris, autor de *Il mio Carso* (1912), se enrola voluntario en el ejército y se suicida durante la batalla para no caer en manos del enemigo.

SMITH, Elliott (Omaha, 1969- Los Ángeles, 2003). En la década de 1990, graba cinco álbumes como cantante y compositor, entre los que destacan *Either/Or* (1997) y *XO* (1998). Alcanza gran popularidad como autor de música de películas cuando *Miss Misery*, tema de *El indomable Will Hunting* (*Good Will Hunting*,

1997), de Gus Van Sant, le vale una nominación para un óscar. Se da muerte clavándose un cuchillo, herida de la que no muere inmediatamente sino a su llegada al hospital.

SOARES DOS REIS, António (Vila Nova de Gaia, 1848-1889). Formado en París y Roma, el escultor portugués cultiva un estilo más naturalista que académico, que entra en conflicto con los gustos de la burguesía provinciana de su época. Su forma de vida, por otra parte, escandaliza a la pacata sociedad de Oporto, donde reside. Por la incomprensión y aun las calumnias de que es objeto, termina considerándose "un desterrado en su propio país". Asfixiado por esta atmósfera, termina *por darse muerte*. En las paredes de su taller, deja escrito y firmado en grandes letras: "Soy cristiano, y aun así, en estas condiciones, la vida me resulta imposible. Pido perdón a quien ofendí injustamente, pero no pido perdón a quien me hizo mal".

SÓCRATES (Atenas, 470-399). Acusado por sus enemigos, los sofistas, es condenado por los jueces a morir por no creer en los dioses de su patria y por corromper a la juventud ateniense. Sin embargo, por lo que se le castiga realmente es más bien por su crítica de la vanidad de sus contemporáneos y por no humillarse ante las autoridades. Así lo muestra el propio Sócrates en su discurso, la *Apología*, que Platón escribe después de la muerte del maestro recordando sus palabras. Pero alguien tan entusiasta defensor de la muerte como él tal vez no necesitara el empujón de la sentencia* para beber la cicuta* que los jueces le prescriben. Toda su doctrina sobre la muerte y la inmortalidad del alma está expuesta en otro diálogo platónico, el *Fedón*, en el que el maestro, mientras aguarda el momento de su ejecución, conversa sobre estos temas con sus discípulos. Por lo que aquí dice —o le hace decir Platón y traduce Carlos García Gual—, al ser el hombre "posesión de los dioses", como lo es el esclavo de su señor, no tiene derecho a decidir su suerte y a adelantarse a los designios divinos. Parece más sensato aguardar a que se nos "envíe una ocasión forzosa, como ésta que ahora se nos presenta", en lo que se revela muy estoico* *avant la lettre*, ya que sólo concibe la muerte como un fruto en sazón.

En cuanto a la inmortalidad del alma, concluye el reo: "Estoy bien esperanzado de que hay algo para los muertos y que es, como se dice desde antiguo, mucho mejor para los buenos que para los malos". De hecho, aunque en puridad no lo sea, toda la tradición lo considera como suicida, dado que es por su atrevida apología y por sus provocaciones a los jueces como consigue que éstos le condenen. Sólo la muerte es vida: ésta es la lección que se esfuerza por inculcar a sus discípulos, pero, como la lección de otros predicadores de la inmortalidad del alma, la suya tampoco es muy bien comprendida o aceptada.

Si en las representaciones pictóricas del neoclasicismo, como en el célebre lienzo de David de 1787 *La muerte de Sócrates*, se ve al filósofo ya no resignado con sus suerte sino en actitud de tribuno dirigiéndose a las masas, es porque, como muy bien se observa en su entorno, sus discípulos y allegados, hombres de poca fe, no han entendido nada de su enseñanza. La pesadumbre y desolación de és-

tos, sus lágrimas y actitudes teatrales prueban muy a las claras que no creen en la inmortalidad del alma y que, materialistas espesos en cuya educación el maestro ha dilapidado tiempo y saliva, deploran sinceramente lo que ellos consideran su pérdida definitiva. Por ello, el condenado, impermeable al desánimo, dirige una postrera arenga con imperioso ademán para aliviar la postración de quienes le rodean. Su muerte, según la versión de Platón recogida por la tradición, es un modelo de serenidad y entereza no desprovistas de ironía. Lo que más admira a Montaigne* es que el filósofo, frente a tanto atolondrado que se arroja a la muerte apresuradamente, la tuviera frente a sus ojos durante 30 largos días en que la estuvo "rumiando, digiriendo", sin por ello alterarse ni conmoverse.

Sœur Sourire. Véase DECKERS, Jeanine.

SÓFOCLES (Atenas, 496- 406). Según la tradición, llegó a escribir unas 123 obras dramáticas, de las que nos han llegado únicamente siete tragedias completas y algunos fragmentos. *Áyax**, héroe homérico de la guerra de Troya, es el protagonista de la primera de las que se conservan. Deshonrado una primera vez al no obtener las armas del difunto Aquiles, y aún más una segunda cuando descubre haber dado muerte a un rebaño en vez de a sus enemigos, toma su espada y se atraviesa con ella. En la segunda, *Las Traquinias*, dos son los suicidas, Deyanira*, víctima de su fatal equivocación, y Hércules*, su esposo, martirizado por lo que debería haber sido un hechizo amoroso y se convierte en instrumento de suplicio hasta el punto de que el héroe no soporta el dolor y se arroja a las llamas. En *Antígona**, los suicidas son tres: la propia princesa rebelde, que se ahorca, su prometido Hemón, que se clava la espada, y la madre de éste, Eurídice, que lo hace con un cuchillo.

SOFONISBA (s. IV-III a. C.). Hija de Asdrúbal y sobrina de Aníbal*, es esposa del rey númida Sífax, aliado de los cartagineses. Prisionera de los romanos, se casa con Masinisa, aliado de éstos. Al no obtener de Escipión suficientes garantías, prefiere sacrificar su vida y aun el amor de su nuevo esposo que arriesgarse a perder tan sólo un átomo de libertad. Para evitar el deshonor de servir de trofeo o de rehén, se envenena ante el enviado de Roma, Lelio, sin que éste pueda impedirlo. Tito Livio nos cuenta su historia en el capítulo XXX de *Ab urbe condita* y es quien reproduce la célebre arenga con que la princesa se despide de la vida.

Su ejemplo de entereza y heroísmo varoniles admira a las generaciones venideras e inspira a multitud de autores. Petrarca rememora su gesta en su largo poema en hexámetros latinos *Africa* (1342), y asimismo lo hace Boccaccio en sus *Mujeres ilustres* (*De mulieribus claris*, 1497). En Francia su éxito se refleja en el número de tragedias estrenadas, entre las que destacan las de Jean de Mairet y, sobre todo, la de Corneille*, *Sophonisbe* (1663), muy fiel a los hechos históricos. A Mademoiselle de Scudéry le entra tal enfado por la conducta de Masinisa en la quinta de sus *Harangues héroïques* de 1642 ("y ese cobarde prefirió su interés y la amistad de los romanos..."), que tiene que cortar y pasar a otra cosa por no sofocarse. En Inglaterra inspira a John Marston, autor en

1606 de una tragedia llena de horror, *The Wonder of Women*, y a otros varios autores. Purcell compone una ópera sobre el tema. En el siglo XVIII surgen *Sofonisbas* por toda Europa: en Italia con Alfieri, en España con Comella, y en Alemania con Gluck, que compone una nueva ópera.

Solaris. Misteriosa película rusa de Andrei Tarkovski (1972), deudora en parte del gran talento del novelista polaco Stanislaw Lem. El cosmonauta Kris Kelvin desembarca en la estación espacial que estudia el planeta-océano Solaris, en la que uno de los tres científicos que allí trabajaban, su amigo G., se ha suicidado inyectándose una sustancia tóxica. A modo de mensaje póstumo*, el suicida ha dejado un vídeo en el que, dirigiéndose personalmente al recién llegado y reprochándole su tardanza en acudir a la estación, le previene de los peligros que le aguardan, que parecen ser los mismos que le han llevado a tomar su fatal decisión. ¿Es el miedo? Kelvin habla de "desesperación", pero también de "vergüenza". Pronto, la proximidad del planeta-cerebro comienza a producir en él los mismos efectos que sobre su amigo y empieza a ver las primeras apariciones: el fantasma o más bien el clon palpable de su mujer Khari, suicidada también por inyección letal diez años antes. El sufrimiento de esta aparición, sedienta de amor y carcomida por las dudas sobre su propia identidad, es tal que vuelve a suicidarse una y otra vez y a resucitar, hasta que es definitivamente aniquilada por los científicos de la estación.

Soñadores. Película del cineasta italiano Bernardo Bertolucci (*The Dreamers*, 2003), que cuenta la vida de un morboso trío amoroso de jovencitos cinéfilos y privilegiados durante los acontecimientos parisinos de mayo del 68. Cada vez más aislados del exterior, y ensimismados en sus juegos a la vez infantiles y perversos, acaban recluyéndose fetalmente en una tienda que montan en el salón y, último peldaño en la escala de regresión y aniquilamiento, aspiran el gas de la cocina como quien fuma el narguile. Sólo en el último instante, un adoquín lanzado desde la calle rompe el cristal de la ventana y hace que penetre, con el aire puro, la realidad exterior. El adoquín, emblema de la rebeldía callejera, cargado aquí de todos los simbolismos, impide la muerte de los jóvenes y su total alienación autista.

STAËL, Nicolas de (San Petersburgo, 1914-Antibes, 1955). Tras abandonar la Unión Soviética, lleva a cabo su formación pictórica en Bruselas, viaja por numerosos países de Europa y Norte de África y al fin se instala en Francia, donde trabaja a partir de 1938. El 16 de marzo de 1955, víctima de un gran agotamiento físico y una depresión nerviosa, se arroja desde lo alto de la terraza de su taller de Antibes, ciudad de la Costa Azul donde se había instalado un año antes.

STÉPHANE, Roger (París, 1919-1994). Desde su juventud como miembro de la Resistencia francesa, cuando participa en la liberación del ayuntamiento de París pistola en mano, hasta la temprana reivindicación pública de su homosexualidad, este escritor y periodista, productor, director y actor de televisión, es un personaje siempre comprometido en toda clase de luchas contra la injusticia, la censura o el conformismo. En diciembre de 1994 pone fin a su vida.

STIEGLITZ, Charlotte (Hamburgo, 1806-Berlín, 1834). Modelo de suicida romántica y abnegación conyugal. Por creer que su presencia podría volverse un estorbo para el desarrollo del genio artístico de su esposo, el poeta alemán Heinrich Stieglitz, y que con su muerte le ayudaría a progresar en su carrera proporcionándole tal vez nuevos temas y emociones, se clava un puñal en el pecho con sólo 38 años. No sabemos si el supremo sacrificio* de esta joven sensible, dotada para las artes, produjo los efectos deseados en el poeta viudo.

STIFTER, Adalbert (Oberplan, 1805-Linz, 1868). El tema principal de sus novelas de formación, en las que la naturaleza juega un papel importante, es la resistencia que saben oponer a las fuerzas destructivas de la ciudad moderna la dulzura, la infancia, la debilidad y el campo idílico con sus tradiciones seculares. Participa en política como liberal-conservador, escribe *El hombre sin posteridad* y elabora un proyecto para reformar la enseñanza. Paradójicamente, fracasa de manera estrepitosa en la educación que da a sus hijos. Enfermo, dolido por la falta de éxito y la hostilidad de su época, pone fin a su vida envenenándose. El éxito vendrá tras su muerte, con el fervoroso homenaje que le dispensan, entre otros, Nietzsche y Hofmannstahl.

STORNI, Alfonsina (Sala Capriasca, 1892-Mar del Plata, 1938). "A los doce años —escribe Luisa Ballesteros R.— ya había escrito un poema de tono suicida que preocupó seriamente a su madre, quien hizo lo imposible para quitarle esas ideas y darle ánimos de vivir. Pero siguió escribiendo los mismos versos desesperados". El principal drama de esta poeta argentina, que reflejan muchos de sus versos, estriba en su odio de feminista precoz y consciente contra el hombre dominador, por el que siente, sin embargo, una necesidad física de amar. Forma parte del grupo de escritores Anaconda, que presiden los uruguayos Enrique Amorim y Horacio Quiroga*. Cuando éste se suicida, queda profundamente impresionada. Enferma de cáncer, el 25 de octubre de 1938, después de escribir su último poema, el soneto titulado "Voy a dormir...", se interna lentamente en las aguas del Atlántico, en Mar del Plata, y desaparece para siempre. Sus últimos versos, que se publican junto a su necrología en *La Nación* de Buenos Aires, terminan con la desgarrada cotidianidad del tango:

> Ah, un encargo,
> si él llama nuevamente por teléfono,
> le dices que no insista, que he salido.

STRINDBERG, August (Estocolmo, 1849-1912). Sus dramas inquietantes y tenebrosos giran en torno a la "lucha de cerebros" y la "guerra de sexos", y deberían haber servido de antídoto eficaz contra la tentación del matrimonio, en la que el autor cae una y otra vez. Como la obra del también escandinavo Henrik Ibsen, revoluciona con sus diálogos crudos la escena europea; como más tarde en el cine de su compatriota Ingmar Bergman*, la vida en pareja es diseccionada con escalpelo. Son quizá los personajes femeninos los que más trastornan la distribución tradicional de papeles en la pareja, como esa *Señorita Julia* (*Fröken Julie*, 1888) que, durante una noche de san Juan, baila con su

criado, le provoca y acaba acostándose con él. Aunque tal vez lo ha hecho más por imponer su dominio que movida realmente por el deseo, los papeles cambian de inmediato y la joven aristócrata se encuentra a merced de su criado. Éste se ve ya robando al dueño de la casa y huyendo con su hija, y cuando llega el padre y frustra sus planes, es capaz, poniéndole una navaja barbera en la mano y diciéndole "¡Es horrible! ¡Pero no hay otra salida!", de convencer a la joven heredera de que se suicide. Ya el padre había intentado "pegarse un tiro [...] sin demasiado éxito". Por su parte, Julia hace de todo durante el drama: trata de persuadir al criado de morir juntos, le ruega que la mate, logra que mate a su pájaro favorito...

En el drama en un acto *Acreedores* (*Fordringsägare*, 1888), la figura femenina de Tekla se inspira, según confesión del autor, en el personaje real de la escritora Victoria Benedictsson, que acababa de suicidarse. En todo caso, con la muerte de un marido que escucha hasta las heces el diálogo entre su mujer y su ex-marido, tal vez este drama inaugure un nuevo método* de suicidio para celosos masoquistas.

STROZZI, Filippo (Florencia, 1428-1491). Su familia encarnó siempre la oposición republicana contra la tiranía de los Médicis, y él, el más rico comerciante florentino de su tiempo, prosigue la tradición familiar, siempre en guerra contra los abusos de sus rivales. Primero lucha contra Alejandro (Alessandro) y luego contra Cosme I (Cosimo). Encarcelado por éste tras participar en la sublevación en la que también están implicados varios cardenales romanos, es sometido repetidas veces a suplicio. La única confesión que puede arrancársele es la de ser mil veces más culpable que el asesino de Alejandro, pues mil veces hubiese querido asesinarlo. Temeroso de no resistir, y para no revelar los nombres de sus amigos bajo la tortura, se apodera de una espada, olvidada sin duda intencionalmente en su calabozo, y se arroja sobre ella. Atravesado de parte a parte, antes de morir aún tiene tiempo de escribir en los muros con su sangre este verso latino: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor* ("Que algún vengador surja de mis restos"). Es la imprecación que Virgilio pone en labios de Dido* moribunda en la *Eneida*, suicidada por despecho contra Eneas y anunciadora del futuro odio inextinguible de los cartagineses contra los romanos.

Suicide Club. Película japonesa de Sion Sono (*Jisatsu saakuru*, 2002), que arranca con las imágenes de 54 colegialas adolescentes, impecablemente uniformadas, que se dan la mano y se abalanzan todas juntas desde el andén al paso de un metro en la estación de Shinjuku. Este suicidio colectivo* no es sino el primero de una oleada que ensangrienta Japón* y que pone en marcha una serie de pesquisas policiales en torno a una canción de moda, misteriosas páginas *web* y otros enigmas. La película, terrorífica y sanguinolenta, con secuencias, temas o procedimientos que recuerdan a las de John Carpenter, pretende ser una crítica de la sociedad japonesa actual, en la que se producen tantos suicidios juveniles.

Suicidio, El. Obra teatral de la compañía argentina El Periférico de Objetos, bajo la dirección de Daniel Veronese y Ana Alvarado, estrenada en el Festival de Aviñón

en el verano de 2002, antes de alcanzar grandes éxitos en su país y en España. Todo el espectáculo describe Argentina como un inmenso matadero, lo que plasma en escena la presencia de una gran vaca lista para ser sacrificada. La metáfora de una Argentina abocada al suicidio colectivo, debido a su desastrosa situación político-económica por aquellos años, se cristaliza también en la figura de la joven protagonista, que acaba ingiriendo una dosis de veneno.

Suicidio de Rosa, El. Zarzuela en verso y en un acto de Agustín Azcona publicada en 1847. En la escena VIII de esta parodia del drama romántico en versión género chico, la protagonista amenaza a su amante con envenenarse: "Hombre vil, amante infiel, / sedutor inicuo, infame, / ya que me dejas, la muerte / ahora mismo voy a darme". Para hacerlo, reclama a gritos "un veneno" y saca "una cajita". Pretende incluso, y casi lo logra, que don Ángel se suicide con él. El amante responde con valentía: "Yo te sabré seguir / a otro mundo mejor. / Venga el veneno ya..." Para que no falte ningún requisito, el suicida en capilla escribe la consabida carta de despedida y justificación o mensaje póstumo*, que, por una vez, al ser obra de una pareja* tan unida, está escrita en primera persona del plural: "Hoy nos condenamos / a la muerte..." Gracias al veneno, que no es tan tóxico como parece, todo termina bien en la última escena con el casorio de los protagonistas.

Suicidio. Neologismo formado a partir del latín, aunque no empleado por los latinos. Los romanos designaban el hecho con la expresión *mors voluntaria* o, aun más frecuentemente, con la perífrasis *mortem sibi consciscere*. Antes que ellos, los griegos disponían también de una variada gama de términos y expresiones, más rica que la latina, en los que predominaba la idea de *morir* sobre la de *matar*.

Muchos pretenden que el primero en emplear este término fue el abate francés Desfontaines, jesuita del siglo XVIII, autor de un *Dictionnaire néologique à l'usage des beaux esprits du siècle*, traductor de Virgilio y de Jonathan Swift y gran enemigo de Voltaire, a quien no obstante debía la vida. Cierto es que lo emplea en 1752 en su *Suplemento* al diccionario de Trévoux pero, según el diccionario Le Robert, su primer uso en francés data de 1739. Tampoco esto es verdad ya que, con anterioridad, otro abate, Prévost, el autor de la novela *Manon Lescaut*, lo utiliza en 1734 en un artículo publicado en un periódico que él mismo fundó para dar a conocer Inglaterra* a los franceses, artículo que se titulaba "El pro y el contra" ("Le pour et le contre").

El hecho de que la palabra figure en un periódico tan anglófilo parece avalar que fueran los ingleses, como lo afirma Joan Corominas en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, quienes primero usaron este latinismo: "*Suicide* es neologismo documentado en Inglaterra desde 1651, donde esta plaga es muy común, como observa Moratín*, y de donde debieron de tomar el vocablo las demás naciones europeas". Pero con anterioridad a Moratín, según indica Ramón Andrés en un erudito estudio, Juan Pablo Forner lo emplea ya en 1792, y fray Fernando de Ceballos aún antes, en 1772. Hay que señalar que la invención del vocablo en Inglaterra se produce en un contexto doble-

mente represivo de su práctica, tanto por parte de la Corona como de la Iglesia protestante. La palabra es aceptada por la Real Academia Española y queda registrada en su diccionario de 1817, y es el observador de la "plaga", Leandro Fernández de Moratín, quien introduce no el miasma sino su denominación en el español de la época.

¿Qué término se empleaba con anterioridad a éste en las lenguas europeas? Como en el latín de los romanos, perífrasis como "darse muerte", "poner fin a su vida", etc. En la Inglaterra inmediatamente anterior a su puesta en circulación, uno de sus grandes defensores, John Donne*, utiliza en su *Biathanatos* (1608) el término *self-homicide*. Sobre su carácter de neologismo, el gran lexicólogo francés Émile Littré aún lo considera como tal en 1863 y le reprocha su malformación redundante, que le hace repetir el *se* en *suicidarse* (al pie de la letra, "matarse a sí"). Con anterioridad a la invención del vocablo *suicide* en la Inglaterra del siglo XVII, parece que, como afirma A. Murray, "suicida" ya figuraba en escritos monásticos del siglo XII. Según este estudioso, la palabra figura en un texto de 1138 de Gualterio de San Víctor, *Contra quator labyrinthos Franciæ*.

La definición actual que da la Organización Mundial de la Salud (OMS), organismo de Naciones Unidas, es la siguiente: "El acto de suicidarse es un atentado contra la propia persona, con un grado variable en cuanto a la intención de morir. El suicidio es el acto de suicidarse con fatal desenlace".

Suicidio asistido. Ayuda que un tercero proporciona a un enfermo terminal o incurable e imposibilitado de darse muerte por sí mismo para que deje de vivir cuando lo desee. Es calificado también indebidamente de *eutanasia asistida* (véase Eutanasia*). Frente a la intransigencia explícita que contiene el juramento médico de Hipócrates, poco a poco se han ido abriendo brechas de compasión en la historia de la medicina y el derecho. El filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626) es uno de los primeros en expresarse en este nuevo sentido: "Compete al médico proporcionar la salud y mitigar los sufrimientos y dolores, no sólo cuando ese mitigar se encamine a la curación del enfermo sino también cuando hubiere de servir para procurar una muerte tranquila y sosegada".

Múltiples asociaciones militan por la causa de su legalización, y a la cabeza de ellas está la denominada Exit (Asociación por el Derecho a Morir Dignamente, ADMD), que tiene como objetivo lograr "el derecho de todo ser humano a elegir la forma de vivir las últimas etapas de su vida y a una muerte digna y humana". La Federación mundial que reúne a todas estas asociaciones agrupa hoy día a más de un millón de afiliados repartidos en 34 países. Cuando se funda en 1980, la Federación mundial de asociaciones nacionales en favor del derecho a morir dignamente está formada por 27 grupos de 18 países, y se crea a raíz del caso de la joven estadounidense Karen Ann Quinlan (1975), por cuya desconexión legal luchan sus padres durante mucho tiempo. La Federación mundial se reúne cada dos años. El penúltimo congreso se celebró en Tokio del 30 de septiembre al 3 de octubre de 2004 y reunió a delegaciones de 38 países. El último congreso se celebró en Canadá en 2006.

En Japón, el suicidio asistido, así como la eutanasia, están prohibidos y castigados por la ley. En la actualidad, sólo en Suiza, Holanda (desde 2000), Bélgica y Luxemburgo (desde marzo de 2009) están autorizadas estas prácticas. En Estados Unidos, el Estado de Oregón es el único que permite el suicidio asistido, pero son muchos los que admiten la eutanasia pasiva o interrupción de cuidados terapéuticos. Es lo que hace en marzo de 2005, por ejemplo, el juez de Florida George Greer al admitir que se retire la alimentación a Terri Schiavo, mujer que llevaba 15 años en coma. En la actualidad, como afirma John Shwartz, de *The New York Times*, "la voluntad de asumir el control del último acto" hace que "con o sin leyes, muchos estadounidenses están asumiendo un papel activo en su propia muerte a través de acciones por su cuenta que desdibujan la definición de suicidio". Las encuestas indican que más de la mitad de los norteamericanos considera moralmente aceptable el suicidio asistido por un médico.

Países como Dinamarca, desde 1992, u ocho Estados de Australia autorizan en la práctica lo que no está permitido en la legislación. En Alemania*, ni el suicidio ni la ayuda indirecta están castigados por la ley. Estas luchas han dado frutos en países como Suiza, donde este derecho está reconocido por la ley desde el 11 de diciembre de 2001. El Código Penal suizo autoriza "la asistencia al suicidio", salvo en el caso de "intereses personales", por ejemplo cuando se trata de herederos. Además deben cumplirse varios requisitos, el primero de los cuales exige el pleno discernimiento por parte del paciente. Junto a esta condición, que excluye a candidatos en estado depresivo, deben cumplirse otras cuatro: solicitud seria y repetida en el tiempo; enfermedad física incurable; sufrimientos físicos o psíquicos insoportables; y desenlace fatal previsible. Esta "eutanasia activa" debe estar siempre en manos de médicos. Jérôme Sobel, por ejemplo, médico suizo de Lausana y presidente de la rama suizo-francesa de Exit, reconoce en 2004 haber ayudado al suicidio a 320 pacientes de su país. Los médicos "acompañantes" como él proporcionan al candidato al suicidio una píldora de diez gramos de un barbitúrico, el pentobarbital sódico.

La "eutanasia activa" también está hoy despenalizada en las legislaciones de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En los tres países la ley queda adoptada en abril de 2001 y entra en vigor, previa modificación de dos artículos del Código Penal relativos al homicidio, el 1 de abril de 2002. En el segundo, se adopta la ley en mayo de 2002 y comienza a aplicarse en septiembre del mismo año. No hay modificación de artículo alguno pero el resultado es el mismo, con la particularidad de que el solicitante debe formular su demanda por escrito. En ambos países rigen las mismas condiciones: todo médico que la practique debe enviar un informe a una comisión *ad hoc*, se admite la validez de las peticiones anticipadas y los menores deben contar con el acuerdo de sus padres.

La UE parece encaminarse poco a poco a este reconocimiento, que choca aún, desde luego, con muy fuertes resistencias de origen religioso o de otro tipo. El Reino Unido podría encabezar esta tendencia, ya que la Cámara de los Lores elabora a comienzos de 2005 un proyecto de ley para despenalizar esta práctica. El Par-

lamento británico, consciente de que muchos ciudadanos de su país van a morir a Zúrich, donde la asociación Dignitas admite a pacientes extranjeros, pretende con esta nueva ley acabar con ese "turismo de la muerte". Los jueces parecen adelantarse a las leyes, como lo muestra el caso del policía jubilado británico Brian Blackburn, quien, cumpliendo un "pacto suicida" —según lo califica la prensa—, en octubre de 2004 corta las venas de las muñecas de su esposa, Margaret, aquejada de cáncer, y es puesto en libertad en enero de 2005. La justicia británica se muestra cada vez más permisiva con los casos de eutanasia asistida, entre los que figuran los de pacientes terminales que viajan a países más tolerantes como Suiza u Holanda. En Francia, donde sigue siendo ilegal, se han producido varias iniciativas lanzadas por militantes de asociaciones como ADMD. El 12 de enero de 1999, el diario *France Soir* publica en primera página un manifiesto bautizado "de desobediencia civil" firmado por 132 personalidades, en el que se dice: "Declaramos haber ayudado a morir a una persona o estar dispuestos a hacerlo".

Vincent Humbert, tetrapléjico de 21 años, escribe al presidente Jacques Chirac el 16 de diciembre de 2002 para reclamar su "derecho a morir". Al no obtener respuesta, el médico jefe del servicio de reanimación del hospital donde se encuentra ingresado, de acuerdo con la madre del enfermo, que ya había intentado sin éxito administrarle barbitúricos anteriormente, provoca su muerte el 26 de diciembre de 2003. Esta muerte conmociona a la opinión pública francesa y, de rebote, posterga el debate previsto sobre el tema por el Consejo de Europa en Estrasburgo por esas mismas fechas. Esta institución, que agrupa a 45 países, se disponía a pedir a sus miembros que despenalizaran la eutanasia a partir del informe favorable elaborado por el suizo Dirk Marty, informe aprobado el 5 de septiembre de ese mismo año por la Comisión de Asuntos Sociales de dicho Consejo. Varios países se oponen vehementemente no ya a la adopción de un texto sino incluso a su admisión a debate; entre ellos, la Francia de Chirac y del primer ministro Raffarin rechaza toda posibilidad de revisar las leyes para autorizar la eutanasia.

En España, el caso de Ramón Sampedro*, tetrapléjico desde el 23 de agosto de 1968, que sólo consigue darse muerte mediante ingestión de cianuro* y con la ayuda de su esposa Ramona Maneiro el 12 de enero de 1998, relanza la polémica. Los casos más recientes acaecidos en este país son los del vallisoletano Jorge León, cuyo cadáver aparece en su casa en mayo de 2006 sin que se haya sabido quién ayudó a morir a este pentapléjico; el de Madeleine Z., enferma de esclerosis, que se suicida en Alicante el 12 de enero de 2007 con la ayuda de una amiga y en presencia de dos voluntarios de la asociación Derecho a una Muerte Digna; y el de la granadina Inmaculada Echevarría, aquejada de distrofia muscular progresiva, a quien se desconecta el respirador que la mantiene en vida en marzo de 2007 en un hospital público.

Dentro de la UE, Italia es uno de los países más rígidamente opuestos a modificar la legislación vigente y a abrir siquiera un debate parlamentario sobre el tema. La presencia del Vaticano en territorio nacional no parece ajena a esta intransigencia, que hace decir a un ex-ministro en

septiembre de 2006 que "el debate de la eutanasia es ajeno a la cultura italiana". Piergiorgio Welby, enfermo de distrofia muscular, tras librar una tenaz batalla en favor de la eutanasia, logra que un médico desconecte su respirador artificial en diciembre de 2006. Su muerte sirve también de revulsivo de conciencias, pero la Iglesia no le perdona y le niega el derecho a funerales religiosos, aunque —por paradójico que parezca— no los niega ya a los suicidas.

Este suicidio dejaría de ser "asistido" si se autorizara y se extendiera a continuación el uso de la llamada "píldora de la última voluntad", que una comisión de expertos designada por el Parlamento holandés propone desde noviembre de 2005 para que el paciente pueda obrar legalmente, con total autonomía y sin dependencia alguna del cuerpo médico.

Suicidio colectivo. Hay autores que reservan esta denominación para los casos en que hay acuerdo previo entre los participantes; pero para Georges Heuyer este requisito no es indispensable, dado que muchos de los miembros del grupo son pasivos y se suicidan inducidos por otros. Hay que distinguir a los verdaderos suicidios en masa de las epidemias* de suicidios, dado que los primeros obedecen menos a una decisión personal y entran en la clasificación de suicidios altruistas hecha por Durkheim*, mientras que los segundos son más egoístas o anómicos. Las fronteras no son siempre fáciles de establecer. A menudo, aunque no en todos los casos, el suicidio colectivo es un suicidio obsidional*.

Jenofonte* relata en la *Anábasis* uno de los primeros suicidios documentados de este tipo, el del pueblo de los taocos, a los que él ve precipitarse al abismo para no caer prisioneros de los griegos. No se puede hablar estrictamente de suicidios colectivos en la Antigüedad*, pero sí eran frecuentes entre los romanos las muertes voluntarias a raíz de una derrota militar, como ocurre, por ejemplo, tras la sufrida en Filipos por los republicanos de Casio* y Bruto* frente a las tropas cesaristas de Octavio y Antonio*, o la de éste frente a Octavio. Otro ejemplo que puede citarse es el de Varo* y todos sus oficiales frente a Arminio, en Germania.

En Japón* se practican de forma sistemática por los samuráis desde la Edad Media, y por toda clase de combatientes durante la Segunda Guerra Mundial, como en el caso de la isla de Saipán*. En China*, miles de ciudadanos de Nankín (hoy Nanjing) se dan muerte en 1644 al caer la ciudad en manos del ejército manchú. En el siglo XIX, la rebelión Taiping (la Paz Celeste) contra el Emperador se salda con una de las matanzas voluntarias más espectaculares de todos los tiempos. Este movimiento, que asocia confucianismo y cristianismo, a la vez religioso, económico y social, se extiende velozmente por todo el sur del imperio, engrosando las filas de los rebeldes con legiones de miserables a los que su líder, el autoproclamado rey del cielo y hermano menor de Jesucristo, Hong Xiuquan (1813-1864), promete el paraíso en la Tierra. Las victorias de este inmenso ejército de iluminados se ven coronadas en 1853 por la conquista de la ciudad de Nankín, declarada desde entonces capital celeste del movimiento. Cuando, al cabo de siete años de sitio, las tropas imperiales, apoyadas por el ejército expedicionario británico, toman

la ciudad rebelde en julio de 1864, el rey del cielo pone fin a su vida y, siguiendo su ejemplo, varios centenares de miles de adeptos lo hacen mediante el acero, el fuego, la soga o lanzándose desde lo alto de las murallas. Este caso combina el comportamiento numantino con el de las modernas sectas* apocalípticas lideradas por sujetos con delirios mesiánicos. Casi en la misma fecha, otros chinos, pero a muchísimos kilómetros de su patria, aquejados de una depresión colectiva, se suicidan en la ciudad panameña de Matachín*. *La muerte heroica de los 400 ciudadanos de Pforzheim*, obra del dramaturgo alemán George Büchner*, se inspira en la gesta numantina de quienes, sitiados por un ejército inglés, optan por darse muerte antes que caer en manos del enemigo.

En la segunda mitad del siglo XX, al menos desde 1978, estas acciones se han convertido en un fenómeno recurrente en todo el mundo. En esta fecha, 914 seguidores de la asociación el Templo del Pueblo, secta fundada por el pastor protestante estadounidense James Warren Jones en la década de 1960, se suicidan en la localidad de Jonestown (Guyana) ingiriendo cianuro*. En 1991, 30 miembros de otra secta fallecen en México cuando el reverendo Ramón Morales les obliga a inhalar gases tóxicos. En 1993, David Koresh y 87 de sus seguidores o "davidianos", entre ellos 18 niños, mueren en el incendio de Monte Carmelo, la granja-fortaleza de Waco, Texas, sitiada por el FBI durante 51 días. En 1994, en una granja y tres chalets suizos, aparecen los cadáveres abrasados de 48 miembros del Templo Solar, entre los que se encuentran los de sus fundadores y principales líderes, Jo Di Mambro y Luc Jouret, a los que se unen en Quebec, Canadá, otros diez cuerpos, incluido el de un bebé. Al año siguiente, 16 nuevos miembros de esta misma secta se inmolan en las afueras de Grenoble, Francia. 39 miembros de otra secta se dan muerte en marzo de 1997 en San Diego, California. En el año 2000, en Kanungú, Uganda, cerca de 1.000 personas pertenecientes a la secta Los diez mandamientos de Dios, surgida en 1978, se inmolan en una pira colectiva, lo que constituye hasta hoy el suicidio ritual más numeroso de los tiempos modernos.

Estrechamente relacionados con este tipo de comportamientos, otras sectas apocalípticas proceden a asesinatos colectivos o atentados terroristas, como es el caso del grupo Verdad Suprema en Japón, que intenta desencadenar en 1995 el apocalipsis profetizado por su líder detonando bombas de gas sarín en el metro de Tokio, lo que se salda con 12 muertos y más de 6.000 personas intoxicadas. Es interesante observar que tanto la Orden del Templo Solar como la secta japonesa Verdad Suprema y el Templo del Pueblo en Guyana participan en actos sistemáticos de eliminación de disidentes antes de cometer suicidios masivos o ataques terroristas. La citada secta japonesa llevaba ya asesinadas 78 personas, entre miembros, disidentes, famíliares y adversarios.

Suicidio crónico. Término acuñado por Karl A. Menninger* para definir la conducta que conlleva la autodestrucción a largo plazo del sujeto y que puede presentar diversos grados de destrucción física, psicológica o social. Menninger incluye en esta categoría a los alcohólicos*, los drogadictos y los que padecen invalidez neurótica, pero también la aplica a los

practicantes del ascetismo y el martirio*. Aun sin denominarlas de este modo, Alfred Adler*, en su libro *El carácter neurótico* (1912), había analizado ya todas estas conductas de forma muy sutil, asociándolas a delirios de grandeza y de superioridad sobre los demás. En cuanto al ascetismo, un buen ejemplo de asceta laico cuya prolongada maceración le lleva no a la muerte por consunción, sino al suicidio por ahogamiento, es el del escritor granadino Ángel Ganivet*. De él dice la profesora M. C. Díaz de Alda: "A partir de 1894 se hace vegetariano, come muy poco, sólo bebe leche, prescinde de la calefacción y la electricidad, toma duchas frías, se aísla de un entorno normal de convivencia y afectos, y domina su sexualidad desviándola al ámbito de lo literario. Este deterioro físico contribuyó a agudizar la crisis física y espiritual que preside sus últimos años".

Es igualmente conducta suicida* de este género la de quienes no toman precauciones —preservativo, cinturón de seguridad, respeto del código de circulación, etc.— o practican deportes en exceso peligrosos con una confianza ciega en la suerte y una visión temporal reducida exclusivamente al presente. Entre los muchos "deportes" disparatados que el hombre se inventa para jugar con la muerte, destaca lo que la prensa denomina "surferos suicidas" refiriéndose a la práctica del *train-surfing* en África del Sur. Este juego, que cuenta con numerosas víctimas mortales y muchos más heridos y mutilados, consiste en viajar, drogados y borrachos, colgados de un tren a toda velocidad, tratando de sortear los cables de alta tensión, los postes, los túneles o cualquier otro obstáculo que se presente.

El burlador Don Juan ilustra perfectamente esta actitud con su "¡cuán largo me lo fiáis!", que el mito literario sanciona con una muerte precoz.

Suicidio ecológico. Término con el que algunos autores, por ejemplo Carlos Fuentes en un artículo de enero de 2005, designan los sucesivos atentados que el hombre perpetra contra la Naturaleza: "Si llegamos al suicidio ecológico —pronostica el escritor mexicano—, la culpa será nuestra, no de la Naturaleza". En *Los volátiles del beato Angélico,* Anagrama, 2000 (*I volatili del Beato Angelico*, 1987), Antonio Tabucchi se refiere con el término de "suicidio total" al apocalipsis planetario de la especie mediante la contaminación o el uso del arma nuclear. A este uso se refiere igualmente Hannah Arendt*, y en sus reflexiones advierte que esta amenaza anula incluso la libertad del suicidio ya que, según ella, "aunque haya circunstancias en que la vida individual no merezca vivirse, no se puede aplicar lo mismo a la humanidad". De "suicidio cósmico" calificaba Alfred Einstein el uso de la bomba atómica. Y hoy día es otro científico, el químico Paul Crutzen, Premio Nobel por su contribución a la identificación de las causas del agujero de la capa de ozono, quien, a finales de 2006, clama con iguales términos: "Si no reaccionamos, nos suicidaremos".

Entre otras muchas películas que anticipan este desastre, citemos *La hora final* (*On the Beach*, 1957), de Stanley Kramer, o *El tiempo del lobo* (*Le temps du loup*, 2003), de Michael Haneke*.

Suicidio obsidional. Practicado, desde Sagunto*, Numancia*, Estepa* o Masa-

da* hasta el Berlín de Hitler* y sus compañeros de búnker, por cuantos prefieren darse muerte a caer en manos del enemigo. Uno de los primeros casos de que tenemos noticia es el narrado por Jenofonte* en la *Anábasis*. Este término se origina en el vocablo latino *obsidio* (asedio, sitio), que utiliza en este sentido por primera vez Émile Durkheim* en su clásico estudio. Este tipo de suicidio es a menudo colectivo*. Cabe distinguir entre la actitud heroica de quienes venden caras sus vidas y deciden morir matando, y quienes, presos en su ratonera, no hallan otra salida y eligen el suicidio antes que la ejecución. Constituyen casos de este tipo las consignas dadas por organizaciones clandestinas, terroristas o no, del tipo: "Que no os cojan vivos". Un caso así relata un *muyahidin* iraní que, en el momento de verse rodeado por la policía, intenta matarse por tres medios distintos sin conseguirlo: con un revólver que se le encasquilla, una cápsula de cianuro caducada y una granada que sólo lo deja malherido (*El País*, 7 de agosto de 2005).

No suicidarse en casos así puede estar muy mal visto por las autoridades competentes y llegar a ser síntoma de colaboración con el enemigo. Según el historiador británico Antony Beevor, durante la Segunda Guerra Mundial "cualquier ciudadano soviético trasladado a Alemania (bien en calidad de prisionero de guerra, bien como forzado) había dado su consentimiento tácito al no suicidarse". Tal era asimismo el comportamiento que la cúpula nazi esperaba de todos sus subordinados, cuando no de todo ciudadano alemán, ante el avance enemigo. Si bien la mayoría de los suicidios de este tipo se produjeron en Alemania* en 1945 durante los últimos meses de la guerra, al término de la batalla de Stalingrado, en febrero de 1943, un numeroso grupo de oficiales superiores prefirió poner fin a su vida antes que rendirse. Así lo cuenta el escritor alemán Theodor Plievier en su documentadísima novela-reportaje *Stalingrado* (1945; hay trad. cast., Destino, 1949).

De "suicidio gallardo" califica Carlos Toro el combate sin esperanza de los guerrilleros antifranquistas durante los primeros años de posguerra. Muchos se suicidaron efectivamente antes de caer en manos de la Guardia Civil, como cuenta Francisco Moreno Gómez en su estudio *La resistencia armada contra Franco* (Crítica, 2001). La portada de este libro se ilustra precisamente con la estremecedora imagen de dos de estos guerrilleros que acaban de darse muerte por disparo.

Suicidio protesta. Se dan el suicidio y la amenaza de suicidio. Con el primero, cuyo protagonista no verá los resultados, se pretende asestar un aldabonazo que despierte las conciencias y cambie el rumbo de las conductas. Con la segunda se espera ejercer una presión sobre los poderes públicos, tanto o más que sobre la opinión, para lograr un objetivo del que el protagonista se podrá beneficiar.

En la historia política moderna, este heroico proceder lo inaugura, sin duda, la sufragista británica Emily Davison* al arrojarse en 1913 bajo las patas de los caballos. Una modalidad particular de protesta es la iniciada por los bonzos budistas en Vietnam mediante la autoincineración* o suicidio por el fuego*. Estas espectaculares acciones, que crean no pocos imitadores en otros ámbitos y otros paí-

ses, se inician en una plaza de Saigón el 11 de junio de 1963, cuando un monje de 66 años se rocía de gasolina y se prende fuego rodeado por varios compañeros y en presencia de numeroso público. Su gesto pretende denunciar la política represiva que, con el apoyo de Estados Unidos, lleva a cabo el dictador católico Diem contra el budismo. Iniciada la guerra, en 1968 estallan nuevas protestas mediante el empleo de la huelga de hambre y la incineración, orientadas ahora contra la agresión estadounidense. Por ello, las nuevas acciones tienen lugar frente a la embajada de este país en Saigón. Exactamente por las mismas fechas, y en protesta contra la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia para poner fin a la "primavera de Praga", el estudiante Ian Pallach se quema vivo en el centro de la capital en agosto de 1968. Suicidios protesta por el fuego son también los que llevan a cabo los miembros del movimiento espiritual Falungong en China*, sobre todo en 2001. Mediante este mismo método, denominado *a lo bonzo*, pone fin a su vida en 2001, ante el palacio de La Moneda de Santiago, un desempleado chileno de 51 años, padre de tres hijos y miembro del Partido Comunista, que protesta así por su precaria situación. Entre los casos más recientes se halla el del activista coreano de la causa antiglobalización Lee Kyung Hae, quien se incinera en Cancún, México, durante la reunión celebrada allí por la OMC en septiembre de 2003. En protesta contra la evacuación de la franja de Gaza por el Estado de Israel en agosto de 2005, una mujer israelí intenta quitarse la vida mediante el fuego.

Las huelgas de hambre, medio de presión o protesta muy extendido, no suelen terminar con la muerte por inanición* de los huelguistas. No porque a éstos les falte determinación, sino porque es raro que las autoridades lo permitan o no acaben cediendo. Las huelgas de hambre que acometen en prisión las sufragistas británicas de principio del siglo XX son rápidamente atajadas al ser forzadas a alimentarse con sondas. Las emprendidas en 1980-1981 por presos del IRA irlandés en cárceles inglesas constituyen un caso excepcional en una democracia occidental. La acción, que se extiende a varios centros penitenciarios y llega a sumar siete huelgas diferentes, tiene por meta la obtención del estatuto de preso político para dichos presos. La intransigencia de la *primer ministro* de la época, la conservadora Margaret Thatcher, hace que, uno tras otro, 12 de estos huelguistas se dejen morir. El IRA le pasará factura en 1984 con el sangriento atentado de Brighton, dirigido contra ella. En la prisión norteamericana de Guantánamo, junto al uso de otros métodos y los suicidios reales, también hay presos que recurren a la huelga de hambre.

Para Karl Jaspers, como para el filósofo español Gustavo Bueno, todo suicidio es "protesta [...] contra algo o contra alguien".

Suicidiología. Reciente disciplina científica que tiene por objeto el estudio de los diversos aspectos relacionados con el suicidio, su prevención y el tratamiento de los supervivientes. Debe mucho a su pionero, Émile Durkheim*, así como a Sigmund Freud* y sus sucesores. Conoce un gran auge en la década de 1960 en relación sobre todo con la prevención, con autores como E. S. Shneidman. A esta disciplina se debe la interpretación de los ac-

tos de autoagresión como llamadas de auxilio lanzadas por el paciente a su entorno (Shneidman y Farberow, *The Cry for Help*). Shneidman, haciendo gala de un envidiable optimismo, sugiere en sus obras que, si se practicase la eutanasia* voluntaria, el suicidio desaparecería.

SULLAVAN, Margaret (Norfolk, 1911-New Haven, 1960). La cara angelical de esta actriz cinematográfica estadounidense y su dulcísima voz ("exquisita y lejana como una voz que cantara debajo de la nieve", según Louise Brooks) seducen a Frank Borzage, primer director que la hace triunfar en la pantalla. Se casa cuatro veces, entre otros con Henry Fonda y el director William Wyler, y pocas con suerte. Abandona el cine por el teatro en 1943. Al no soportar la sordera creciente de que es víctima y que le impide trabajar, se suicida por ingestión de una sobredosis de barbitúricos.

Superviviente. Término empleado en suicidiología* no sólo para designar al protagonista de un suicidio frustrado o una tentativa sino también a los allegados de un suicida. En éstos se observan síntomas de culpabilidad, estigmatización, arrepentimiento tardío, etc., que no se dan en el duelo de los familiares de otras víctimas, por lo que necesitan un tratamiento específico. En el caso de suicidas jóvenes, la culpabilidad dictada por el entorno viene acrecentada por el hecho de que estas muertes se producen casi siempre en el domicilio familiar. El tabú* social, que considera el suicidio como una enfermedad vergonzosa, se ejerce sobre los padres y otros familiares de la víctima en forma de condena más o menos velada o de aprensión irracional ante el contagio, condenándolos al ostracismo como se hacía en tiempos con las familias de los reos de muerte y como se sigue haciendo hoy con las de los enfermos de sida. El tratamiento, así como la prevención*, deben extenderse hasta el entorno escolar o profesional del suicida. Por descontado, cuando éste es el sobreviviente, el tratamiento es aún más necesario.

También se puede hablar de síndrome del superviviente en el caso de aquellas personas que, como Tadeusz Borowski* o Primo Levi*, arrastran el peso de la culpabilidad por haber sobrevivido al infierno de los campos de exterminio, pudiendo ello influir en la decisión del suicidio. El mismo síndrome de culpabilidad del superviviente se da con muchísima frecuencia entre los ex-combatientes de todas las guerras, asociado al recuerdo de compañeros caídos a los que no pudieron ayudar o al de ocasiones de intervención fallidas. El estrés post-traumático (PTSD) es también causante de un gran número de suicidios (véase Ejército*).

Su propia víctima. Película norteamericana (*Dead Ringer*, 1964) dirigida por el actor y realizador de origen austríaco Paul Henreid, continuación inconfesa de la de Robert Aldrich *¿Qué fue de Baby Jane?* (*What Ever Happened to Baby Jane?*, 1962). En ella, la gran actriz Bette Davis interpreta a la vez el doble papel de dos hermanas: la malvada y la bondadosa. La primera asesina a la segunda para quedarse con su fortuna y hace creer con éxito a todo el mundo que se trata de un suicidio.

Surrealismo. Resulta increíble que haya habido un crítico como Philippe Audoin

dispuesto a declarar: "Si tuviera que hacer un retrato robot del surrealista, diría con toda banalidad que se trata antes que nada de un hombre que no desespera de la vida". El propio fundador, André Breton, no puede ser más explícito al respecto: "El más bello regalo de la vida es la libertad que nos permite abandonarla a nuestra hora". He aquí una lista de algunos de sus miembros más conspicuos por orden cronológico en abandonarla: Jacques Vaché*, Arthur Cravan*, Jacques Rigaut*, René Crevel*, Arshile Gorky*, Óscar Domínguez*, Jean-Pierre Duprey*, Wolfgang Paalen* y Unica Zürn*. Dos de ellos, Rigaut y Crevel, contestan afirmativamente a la encuesta lanzada en 1925 por la revista *Littérature* entre sus colaboradores y amigos, titulada "¿Es una solución el suicidio?" Podrían añadirse a esta lista los nombres de Pierre Drieu la Rochelle*, quien colaboró con sus miembros en varias aventuras aun sin formar parte oficialmente del grupo; el pintor cubano Roberto Diago*, también emparentado con el movimiento; y Michel Leiris*, autor de un intento fallido de suicidio.

SWINBURNE, Algernon Charles (Londres, 1837-Putney, 1909). "Cuéntame más, tía Ashburnham, por favor, cuéntame más", reclama de niño a su anciana tía, que le acaba de contar cómo, al regresar de su primer baile de sociedad con su madre, el coche que las transportaba bajo la nieve se detuvo ante un grupo de siluetas de las que luego supo que estaban enterrando en un cruce de caminos a un suicida. ¿Por qué en un cruce de caminos? (Véase Justicia*). En 1862, mientras se hallaba en casa de su admirado Dante Gabriel Rossetti, asiste al suicidio de la esposa de éste, la bella Lizzie Siddal*.

SZONDI, Péter (Budapest, 1929-Berlín, 1971). Estudioso de la obra de su gran amigo el poeta Paul Celan* (*Estudios sobre Celan*, Trotta, 2005). Su familia, de origen judío húngaro (su padre Léopold era un célebre psiquiatra en Budapest) es deportada, pero él escapa milagrosamente a la muerte en los campos y se refugia en Suiza. Según el común amigo Gershom Scholem, es la sombra de Walter Benjamin*. Al igual que éste, se suicida. "El suicidio de Szondi —comenta George Steiner en *Errata*—, posiblemente inspirado en el de Paul Celan, o realizado a imitación del de éste, fue para Scholem un nuevo revés casi paródico".

T

Tabú. ¿Cómo no va a ser tabú el suicidio cuando la muerte misma ya lo es en nuestra modernidad occidental? Una estudiosa del tema se pregunta: "¿Cómo escribir sobre la muerte, tema tabú por excelencia? Y aún peor, ¿cómo escribir sobre la muerte voluntaria?" (Aude Mullier, *Le droit face à la mort volontaire*, 2002). Ron M. Brown puntualiza: "Después de la II Guerra Mundial, la muerte se impuso al sexo como principal tabú social". El sociólogo inglés Geoffrey Gorer hablaba ya en 1955 de la "pornografía de la muerte". De ahí que los allegados de los suicidas se lancen a campañas de desinformación o escamoteo de los hechos y que difundan de inmediato versiones "oficiales" que tratan de disfrazar la muerte voluntaria so capa de accidente o asesinato.

Abundan los ejemplos. Si la militancia de izquierdas y su prensa bien pensante, con los órganos de los partidos a la cabeza, declaraba unánime que el presidente chileno Salvador Allende* había caído bajo las balas asesinas de los asaltantes, la viuda de Hemingway* trataba de convencer a todo el mundo de que su esposo había sido víctima de un accidente de caza ocurrido en una cabaña solitaria. Asimismo, la familia de José Agustín Goytisolo* atribuye su muerte a un desgraciado traspiés mientras reparaba una persiana. Recórranse las notas biográficas de muchos de los personajes que figuran en este *Diccionario* y se tropezará, en la mayor parte de los casos, con púdicas expresiones, a veces contradictorias, que evitan llamar a las cosas por su nombre. El pudor echa mano de toda clase de eufemismos, como "tragedia", "trágica muerte", "brutal desaparición", "triste desenlace", "muerte prematura", "paro cardiaco", "precoz desaparición", o se contenta con mencionar la fecha del fallecimiento sin precisar sus causas. A veces deriva en cierto humor involuntario, como cuando se califica de "accidente" al hecho de ingerir todo el contenido de un frasco de barbitúricos, como en el caso del actor Heath Ledger*. Así, hay quien, por dar de comer a las palomas, viejo y enfermo, se sube al alféizar de una ventana abierta, como Bohumil Hrabal*, o quien, sin fumar siquiera, prende fuego con un encendedor a las sábanas de su cama y permanece en ella inmóvil, como Ingeborg Bachmann*, etc.

Un texto antológico en su género es el que dedica el hijo de Álvarez Murena* a demostrar que su padre, que se emborracha hasta morir, no se puede considerar un suicida, artículo en el que se puede leer: "Aun así, creo que existe un deber de justicia para con quienes no pueden hablar por sí mismos (en este caso, los muertos). De ninguna manera considero el suicidio una característica infamante del recuerdo de una persona; al contrario, creo que este hecho debe suscitar compasión por quien lo comete y comprensión por quien en un determinado momento decide que no puede seguir viviendo. Por estos motivos, apelo a la paciencia del lector y aprovecho para esclarecer lo más objetivamente posible algunas circunstancias de la vida de mi padre" (*La Nación*, 29 de diciembre de 2002).

He aquí otros ejemplos ilustrativos, entre los innumerables que se podrían aducir. La poeta colombiana María Mercedes Carranza* muere en su domicilio, donde su hija Melibea encuentra el cadáver rodeado de frascos de píldoras vacíos. Al día siguiente, la prensa local informa: "Aunque están por establecerse las causas de su muerte, todo parece indicar que la destacada poeta sufrió un paro cardiaco mientras descansaba en su casa". Dalida* se suicida en París, y la misma prensa que en sus titulares habla de "muerte misteriosa", "inexplicable", etc., cuenta en detalle (pero en letra pequeña) que se había tomado "un cóctel de barbitúricos". De "paro cardiaco en el hospital" califica unánime la prensa, deportiva o no, la muerte por sobredosis en un hotel madrileño del ciclista español José María *Chaba* Jiménez*. Igualmente lo hace meses más tarde con la de su colega italiano Marco Pantani*. En este caso es el propio fiscal de Rímini quien, a la vista de la "decena de cajas de ansiolíticos de cuatro marcas distintas", además de antidepresivos, sedativos y restos de cocaína que se encuentran en la habitación del hotel, decreta con actitud digna de Bernarda Alba: "Nadie ha hablado de suicidio y yo lo excluyo". La reacción horrorizada de quien encarga un retrato de Dorothy Hale* y se encuentra con la descripción detallada que Frida Kahlo* hace de su suicidio, participa igualmente de esta conducta. El musicólogo Bernd Feuchtner, autor de un estudio sobre Dmitri Shostakóvich*, *El arte amordazado por la autoridad* (2004), escribe que darse muerte "era ir contra el mayor tabú del régimen soviético". La condena al suicidio dictada por por las autoridades, desde Nerón* hasta Hassán II, como ejecución de una sentencia injusta, responde también a un deseo de ocultación, pero en este caso no se trata de disimular el escándalo del suicidio sino el del acto tiránico que lo impone.

Si en todos estos casos el tabú social es lo que impulsa a los allegados a ocultar los hechos, en otros casos, en los que éstos son demasiado patentes e innegables, son los allegados mismos quienes padecen una forma de ostracismo social. La madre de una joven francesa que, tras repetidas tentativas, se arroja por la ventana de la casa de sus padres el 15 de enero de 2001, interrogada por el diario *Le Monde* en octubre de 2005, se refiere explícitamente a este tabú que hace que la gente los rehúya a ella y su marido, o que critiquen la conducta de su hija en vez de compadecerlos. Nunca se podrá comparar la muerte por suicidio de su hija con quien muere de enfermedad, ni puede ser igual el dolor de

unos padres y otros: "Siempre habrá enfermedades nobles y enfermedades vergonzosas", concluye con gran acierto esta madre (véase Superviviente*).

TEASDALE, Sara (Saint Louis, 1884-Nueva York, 1932). Obtiene el Premio Pulitzer de poesía de 1918 con su libro *Love Songs*. En uno de sus poemas escribe: "Una tras otra, como las hojas del árbol / toda mi fe me ha abandonado". El 29 de enero de 1932 ingiere una sobredosis de barbitúricos.

TEMÍSTOCLES (Atenas, ¿527?-Magnesia del Meandro, ¿460?). Artífice de la grandeza militar de los griegos, y aún más de su potencia naval, coronada por la definitiva victoria de Salamina contra los persas, es víctima de las intrigas de sus adversarios y de los partidarios de Esparta. Desterrado de su patria, tiene que refugiarse en la tierra de sus antiguos enemigos, los persas de Artajerjes I, entre quienes vive en calidad de sátrapa. A pesar de llevar tan buena vida, se da muerte envenenándose.

Tempestad sobre Washington. Película norteamericana (*Advise and Consent*, 1961) de Otto Preminger. El senador Anderson (Don Murray), que se opone con la mayor energía a que el presidente designe a Robert Leffingwell (Henry Fonda) secretario de Estado debido a su pasado filocomunista, es víctima por su parte de un chantaje que amenaza con desvelar sus escarceos homosexuales* de juventud. Acorralado de este modo por sus adversarios políticos, se encierra en su habitación del Senado y se degüella con una navaja de afeitar.

TENCO, Luigi (Cassine, 1938-San Remo, 1967). Nacido en el seno de una familia burguesa, como muchos amigos y compañeros de generación —Gino Paoli, Fabrizio de André, Bruno Lauzi—, y con buenos estudios, graba su primer disco en solitario en 1961, *Quando*. Pronto se dedica, dandi provocador, a escandalizar a la Italia puritana. Cuando en 1966 conoce a la cantante francesa de origen italo-egipcio Dalida*, la prensa internacional del corazón dedica al romance sus mejores páginas. En enero del año siguiente, durante el festival de la canción de San Remo, al que se presenta con el título *Ciao, amore, ciao*, anuncia la intención de casarse con la cantante en abril; pero, terriblemente decepcionado del poco éxito obtenido con su canción, se encierra en su habitación del Hotel Savoy y se dispara un tiro en la cabeza.

TESTA, Pietro (Lucca, 1611-Roma, 1650). Además de pintor y grabador, *Il Lucchesino* es autor de un *Tratado de la pintura*. Es conocido por el tratamiento monumental de temas trágicos de la Antigüedad, entre los que destacan sus grabados sobre las muertes de Catón* y de Dido*. Él mismo termina su vida arrojándose a las aguas del Tíber. Su sobrino Giovanni Cesare Testa, grabador como su tío, ilustra los mismos venerables suicidios pero, en cambio, no se da muerte.

TEULÉ, Jean (Saint-Lô, 1953). La última entrega narrativa de este dibujante de cómics, cineasta y realizador de televisión francés lleva por título *La tienda de los suicidios* (*Le magasin des suicides*, 2007), traducido en España por Bruguera. En esta tienda especializada en medios para qui-

tarse la vida, los esposos Tuvache (algo así como "Matavaca"), Mishima y Lucrèce, hacen que reine la atmósfera más deprimente, a lo que contribuyen los hijos mayores, Vincent (como Van Gogh) y Marilyn (como Monroe), cada uno con sus habilidades. Pero el benjamín, Alan (como Turing), logra con su buen humor alegrar el ambiente, echar por tierra tan buena organización y acabar poco a poco con el negocio.

Thelma y Louise. Película norteamericana (*Thelma & Louise*, 1991) de Ridley Scott, con Susan Sarandon y Geena Davis en los papeles protagonistas, que obtuvo aquel año el óscar al mejor guión. Para evadirse de la monotonía de su vida diaria y de la opresión machista a la que están sometidas, dos amigas deciden irse tres días de excursión a bordo de un Thunderbird descapotable del 66. Lo que comienza como un luminoso y risueño *road movie* se tuerce a raíz de un encuentro con un violador, al que Louise tiene que disparar para salvar a su amiga. Cercadas por la policía, optan por no entregarse y se arrojan apoteósicamente con su coche al fondo del Gran Cañón.

THOMPSON, Hunter S. (Kentucky, 1937-Colorado, 2005). Apóstol de la contracultura, crea un nuevo género, mezcla de periodismo y de ficción, que él mismo bautiza con el nombre de *gonzojournalism*. Muchos de sus artículos aparecen en la revista *Rolling Stone*. Alcohólico* y gran aficionado al LSD, es expulsado del ejército, pasa algún tiempo en la cárcel y se instala durante largos años en Puerto Rico. En 1966 publica *Los ángeles del infierno* (*Hell's Angels*), que se inspira en sus relaciones con las famosas bandas de motoristas. Su novela *Miedo y asco en Las Vegas* (*Las Vegas Parano*, 1989), igualmente autobiográfica, se convierte rápidamente en un libro de culto, del que Terry Gilliam se apodera para rodar una película con el mismo título (1998) y con Johnny Depp en el papel protagonista. Toda su vida es un *happening* permanente. De él dice Tom Wolfe que es "el mayor autor cómico anglosajón del siglo XX". Encerrado en su casa fortificada de Woody Creek, el 20 de febrero de 2005 se vuela la cabeza a los 67 años con una de las muchísimas armas de fuego que colecciona. Exactamente, se dispara una bala en la boca mientras atiende una llamada telefónica de su joven esposa Anita. A ella va dirigido el mensaje póstumo que deja escrito y que lleva por título "La temporada de fútbol ha acabado". "Relájate, no te va a doler", se dice a sí mismo para concluir.

THOMSON, Anna (Nueva York, 1957). Desde *Sue, perdida en Manhattan* (*Sue*, 1997) se convierte en la protagonista de las películas de Amos Kollek. En ellas encarna a una mujer marginal y libre, fantasma errante entre la soledad y los desencuentros. Huérfana de padres y adoptada por una rica familia francesa pronto arruinada por el juego, intenta suicidarse a los nueve años tirándose por la ventana del piso neoyorquino donde aún vive hoy día. Por suerte o por desgracia, cae en una terraza y es recogida por los vecinos, pero desde entonces, según confiesa en una entrevista de 1999, aún la miran por ello con muy malos ojos.

Tipología. Émile Durkheim* es el primero en establecer, según la menor o ma-

yor integración social, la ya clásica distinción entre suicidio egoísta, altruista, anómico y fatalista. Tras él, otros lo han hecho introduciendo distintos o parecidos criterios. Karl A. Menninger* establece tres tipos, según que el motivo predominante sea el deseo de matar, el de ser matado o el de morir. Este autor es también quien acuña el término de suicidio crónico* aplicado a los que se matan a muerte lenta. Jean Baechler propone cuatro tipos, teniendo en cuenta la lógica del suicida, al que denomina, según los casos, escapista, agresivo, oblativo o lúdico. Mintz enumera al menos siete categorías basándose en la motivación: la hostilidad contra el objeto previamente "introyectado", la agresión contra sí mismo, la gratificación narcisista o masoquista, la reducción de la culpabilidad, la destrucción de sentimientos intolerables, la esperanza de renacimiento, la promesa de reunión, escapar al dolor, como reacción contra el miedo a la muerte, etc. Edwin S. Shneideman los clasifica según las necesidades insatisfechas que predominan, pero también procede, en un estudio de 1961, a un análisis lógico de las notas o mensajes póstumos* que dejan los suicidas, lo que le lleva a establecer una nueva tipología basada en el estilo en que están redactados y que revelan, según los casos, un pensamiento lógico, catalógico o paleológico. Pérez Barrero se atiene al grado de responsabilidad con la propia vida: total, parcial o nulo. Y aún existen muchas más clasificaciones: de Wold, Henderson y otros.

TOLLER, Ernst (Samotschin, 1893-Nueva York, 1939). Tras participar como voluntario en la Guerra del 14 y conocer los horrores del frente francés de Verdún, se convierte al pacifismo y desempeña una función importante en el gobierno revolucionario nacido de la revolución espartaquista de Baviera. Ello le vale cinco largos años de cárcel en una fortaleza. Su obra teatral *¡Yupi, vivimos!* (*Hoppla, wir leben*, 1927) se ha considerado premonitoriamente autobiográfica. Su protagonista, Thomas, después de años de cárcel, manicomio, militancia y decepciones políticas, termina ahorcándose. Como tantos otros intelectuales judíos* alemanes, Toller huye de su país y se exilia en Estados Unidos, donde no deja de militar contra el fascismo. Al igual que muchos compatriotas refugiados, no soporta la derrota de la República española frente a Franco ni los progresos del nazismo en Alemania*. Se cuelga del techo en la mísera habitación que ocupa en un hotelucho de Nueva York.

TOLSTÓI, Lev (Yásnaya Poliana, 1828-Astápovo, 1910). A raíz de la profunda crisis espiritual por la que atraviesa a mediados de la década de 1870, que le lleva a escribir *Mi confesión*, este conde anarquista, patriarca evangélico y despótico marido se siente insatisfecho e inquieto y "empieza a sopesar la idea del suicidio", como escribe su traductor Víctor Gallego Ballestero. "Con todas mis fuerzas aspiraba a desembarazarme de la vida", confiesa el novelista: "La idea del suicidio se me ocurrió de modo tan natural como antes las ideas de mejorar el modo de vivir... Y he aquí que yo, hombre dichoso, me ocultaba la cuerda para no ahorcarme y no iba de caza para no verme obligado a pegarme un tiro".

Ana Karénina, protagonista de la novela homónima publicada entre 1875 y 1877, es una joven aristócrata casada por

conveniencia con un alto funcionario imperial pero enamorada del brillante y superficial conde Vronski. Por seguir a éste, abandona a marido e hijo. Víctima de los remordimientos y de una creciente sensación de fracaso en su vida, termina arrojándose al paso del ferrocarril. Con esta muerte la heroína parece querer redimirse de su caída y alcanzar cierto grado de purificación espiritual. Queriéndolo o no, su muerte opera también como una venganza póstuma, ya que Vronski, deshecho, intenta suicidarse a su vez (según cuenta su madre), y cada vez que piensa en ella, cada vez que evoca su cadáver destrozado, se siente acusado: "Se diría que estaba pronunciando las tremendas palabras que dijera a Vronski en el curso de su última discusión: '¡Te arrepentirás de esto!" El hecho de que la condesa, madre de Vronski, se pregunte y pregunte a sus interlocutores "¿Qué quiso probar con su muerte?", muestra la significación enigmática que, en opinión de los supervivientes*, tiene siempre todo suicidio, y que parece ser uno de los efectos retardados que buscan muchos suicidas.

En su relato *El diablo* (1889), un esposo y padre de familia aparentemente feliz, al verse acosado por la tentación de la carne en forma de alegre campesina, se encierra en la habitación de su casa y se dispara un tiro en la sien. En *Divino y humano*, relato escrito entre 1903 y 1905, el revolucionario Mezhenetski, que ha sabido soportar largos años de presidio zarista, no aguanta, en cambio, la confrontación con la nueva generación de socialistas y, al verse despreciado por quienes esperaba que le admirarían como a un héroe y un precursor, se ahorca en el corredor de la cárcel. Como ejemplo de automutilación* ascética, en el relato titulado *El padre Sergio* (1911) su autor relata el caso de un santo personaje, príncipe transmutado en anacoreta, que prefiere cortarse de un hachazo un dedo de la mano antes de sucumbir a la tentación de la carne.

TOOLE, John Kennedy (Nueva Orleans, 1937-Biloxi, 1969). El autor de *La conjura de los necios* (*A Confederacy of Dunces*, 1980, Anagrama), novela que comienza a escribir a partir de 1960 y que se publica póstumamente, se suicida cuando sólo tiene 31 años al no conseguir editarla y creyéndose un autor irremisiblemente fracasado. Su madre se empeña en conseguir lo que no ha logrado su hijo y ve coronado su esfuerzo en la década de 1980.

TORMES, Severino (Salamanca, 1939-Valladolid, 1980). El 15 de noviembre de 1980, este poeta estrella su coche contra un árbol camino de Tordesillas, provincia de Valladolid. En su diario deja escrito: "15 de noviembre: Tengo la sensación de haber vivido absolutamente en vano. ¿De qué me han servido los libros, la música, el amor, la poesía? Una amarga carcajada contra un árbol y otra eterna en el infierno".

TORRE, Alfonso de la (Burgos, c. 1460). Este judío converso compone hacia 1440 *Visión deleitable de la filosofía y artes liberales*, publicada en Burgos hacia 1485. En este tratado un tanto novelesco, destaca la idea agustiniana de que cuanto hace el hombre lo hace por ponerse en paz consigo mismo. Acorde con este principio, el autor admite el suicidio: "Ve [el suicida] que no puede salir de tristeza, et por tanto le parece que es mejor pasar aquella tristeza en un día que en tantos".

TORRES BODET, Jaime (México, 1902-1974). Pertenece al grupo de vanguardia Los Contemporáneos, que ya cuenta con otro poeta suicida, Jorge Cuesta*. De regreso a su patria tras una larga carrera diplomática (es director general de la UNESCO entre 1948 y 1952), el 13 de mayo de 1974, después de sufrir largo tiempo una penosa enfermedad, se da muerte en México con un disparo de pistola.

Tosca. Ópera en tres actos de Giacomo Puccini (1858-1924), con libreto de Luigi Illica y Guiseppe Giacosa basado en un drama de Victorien Sardou, estrenada en el teatro Costanzi de Roma el 14 de enero de 1900. La acción se desarrolla en Roma en 1800. La cantante Floria Tosca es la amante del pintor Mario Cavaradossi, que es detenido por el jefe de la policía pontificia, Scarpia. Éste espera descubrir así al prisionero evadido de la prisión de Sant'Angelo, al que protege el pintor, y lograr los favores de la bella cantante. Para ello tortura al pintor en presencia de su amada; y aunque ésta cede, luego se venga de él apuñalándolo. En el último acto, en la terraza de la cárcel, Cavaradossi es fusilado a la vista de su amante en contra del pacto sellado entre Scarpia y Tosca, por lo que ésta, desesperada, se arroja desde lo alto de las murallas. En la película francesa de Benoît Jacquot *Tosca* (2001), Angela Gheorghiu, soprano rumana, encarna a la protagonista.

TRAIANOS, Alexis (1944-Capandriti, 1980). El 7 de mayo de 1980 el poeta griego conecta una manguera al tubo de escape de su automóvil y muere por asfixia al inhalar el monóxido de carbono*. Había escrito: "Todos los muertos soy yo. / Todos".

TRAKL, Georg (Salzburgo, 1887-Cracovia, 1914). La vida de este poeta austriaco, nacido en el seno de una familia muy respetable, aparece como el revés de una existencia burguesa. Desde muy joven abandona los estudios y se entrega al alcohol* y el consumo de toda clase de drogas —opio*, cocaína* y cloroformo principalmente—, frecuenta los burdeles, practica el incesto con su hermana Margarete (Gretl) —quien se suicidará a su vez, tres años después de su hermano— y da muestras de inestabilidad psíquica y emocional. De nada sirven las ayudas que recibe de sus amigos, entre las que destaca la muy generosa de Ludwig Wittgenstein*, quien reparte con él la herencia que ha recibido. Junto al miedo a perder la razón, el horror que le inspira la guerra le lleva a una primera tentativa de suicidio, que hará efectiva en un segundo intento en el hospital psiquiátrico militar de Grdek, donde se halla ingresado. El 3 de noviembre de 1914, con 27 años, se inyecta una dosis mortal de cocaína. Varios poemas de su libro *Sebastián en sueños* (*Sebastian im Traum*, 1915, traducción en Trotta) anuncian su decisión final.

Tren de los suicidas, El. Existen dos películas con este título: la primera, una muda española, de 1918, dirigida por Juan Pallejá, de la que se sabe bien poca cosa. La segunda, francesa es el primer largometraje de Edmond T. Gréville (*Le train des suicidés*, 1931). Un grupo de ricos desesperados, víctimas de un timo, suben a un tren de lujo en el que se les ha prometido una muerte segura e indolora. Al ca-

bo de algún tiempo, unos se arrepienten mientras otros empiezan a poner en práctica sus designios. Un detective que ha logrado colarse entre los viajeros logra desenmascarar al timador y detener el tren antes de que se produzca la hecatombe.

TRENCK, Franz von der (Reggio Calabria, 1711-Brünn, 1749). Tras ser expulsado del ejército imperial austriaco por dar muerte a un intendente de su padre, este barón y aventurero de vida novelesca se enrola en el ejército ruso, en el que sirve hasta que abofetea a un coronel y es condenado a muerte en juicio sumarísimo. Tras conmutársele la pena capital por la de cadena perpetua, que purga en la fortaleza de Spielberg, se suicida.

Trento. El famoso concilio (1545-1563) que promueve la Contrarrefoma católica, por iniciativa del papa Paulo III y empeño del emperador Carlos V, acarrea extremas consecuencias para los escritores españoles. Como recuerda Bruce W. Wardropper, éstas "tuvieron un carácter muy concreto", traduciéndose, por ejemplo, en "la prohibición de presentar suicidios en obras literarias". Prueba del cambio ocurrido son las diferencias que hallamos entre Juan del Encina* y Fernando de Rojas (véase Melibea*) por una parte, y Cervantes* por otra, quien, frente al desparpajo e impunidad con que los primeros presentan y aun ensalzan la muerte voluntaria de sus personajes enamorados, tiene que recurrir a eufemismos y contentarse con hablar en el *Quijote* de la "desesperación" de Grisóstomo.

TRESCKOW, Henning von (Magdeburgo, 1901-Ostrow, 1944). General de brigada alemán perteneciente a una vieja familia aristocrática prusiana. El 13 de marzo de 1943 coloca una granada en el avión de Hitler, sin conseguir que explote. El 21 de julio de 1944 se suicida asimismo con una granada.

Tristán e Isolda. Aunque no se trate de un doble suicidio, esta antigua leyenda céltica, que nos ha llegado a través de numerosas versiones en distintas lenguas, merece mencionarse aquí debido a la fatalidad de un amor que sólo se resuelve en la muerte, cuya causa es la desesperación. Durante la travesía entre Irlanda y Cornualles, adonde Tristán lleva a Isolda para casarla con el rey Marco, ambos jóvenes beben por error el filtro de amor destinado a unir para siempre al rey y a su prometida. Ahora son ellos quienes están unidos hasta la muerte. A pesar de celebrarse las bodas, los amantes logran engañar al esposo con una sustituta y seguir manteniendo encuentros, siempre castos. El propio rey se ve obligado a reconocer la honestidad de esta relación al verlos dormir el uno junto a la otra; conmovido por tan puros sentimientos, deposita su espada entre ellos y respeta su sueño. Ante tanta generosidad, Isolda vuelve al hogar conyugal y Tristán se exilia en Bretaña, donde casa con Isolda la de las blancas manos. Celosa ésta de la primera, miente a su marido cuando, herido de muerte, aguarda la llegada salvadora de aquélla. Creyendo que el barco llega vacío, Tristán muere de desesperación y, al desembarcar Isolda y ver su cadáver, sucumbe también al dolor.

Esta leyenda recuerda la de Píramo y Tisbe* y las de otras célebres parejas* de amantes unidos en la muerte, como Romeo y Julieta* o los amantes de Teruel. En

la versión operística de Richard Wagner (1865), destaca la tensión que atenaza a Isolda entre la atracción que siente por Tristán y la repulsa por el asesino de su prometido, nudo gordiano al que tan aficionada es la literatura universal, como lo muestra la Jimena huérfana del conde Lozano ante el joven Cid asesino de su padre. Debe hacerse notar que, en esta versión romántica, el efecto de la pasión es mayor que el del filtro.

Trovador, El. En este "drama caballeresco" del más acendrado romanticismo*, obra del muy joven Antonio García Gutiérrez (1812-1884), estrenado en Madrid en junio de 1836, la rivalidad amorosa opone al trovador epónimo, Manrique, y a su hermano, el conde de Luna. Ambos están enamorados de la misma mujer, doña Leonor, pero ésta sólo lo está del trovador, que la rapta del convento donde vive refugiada. Al caer el trovador prisionero de su hermano, la enamorada corre a implorar la gracia del conde, al que promete entregársele, pero cuando lo hace ya ha apurado una copa de veneno. Como explica Larra* en su entusiasta reseña de ese mismo año, "la infeliz Leonor, encerrando en su seno el tósigo, sabe que tal artificio a nada obliga a quien no tiene más vida que la necesaria para salvar a su amado". En la segunda parte de la jornada quinta, el veneno termina por hacer su efecto sobre la "infeliz", sin que su heroico acto haya servido para liberar al prisionero, que es decapitado. De este tremendo drama nace la ópera *Il Trovatore*, que Verdi estrena en Roma en 1853.

TSVETÁYEVA, Marina (Moscú, 1892-Yelábuga, 1941). Después de asistir a la muerte de su hija menor por inanición, la poeta abandona su patria en 1922 y se refugia primero en Berlín, luego en Praga y por último en París. Nostálgica de su país, regresa en 1939 a Moscú, donde se entera de que, víctimas del terror estalinista, su marido ha sido asesinado de un tiro en la nuca, su hija ha sido detenida y deportada a un campo de concentración y su hermana está internada en un campo de trabajo. Antes de morir, y gracias a la intervención de Borís Pasternak, amigo de ambas, tiene ocasión de conocer a su gran contemporánea, la poeta Anna Ajmátova, a la que lee y admira desde 1915. Abocada al suicidio por la extrema miseria, el 31 de agosto de 1941 se ahorca en la localidad de Yelábuga, donde ha sido confinada.

TUCHOLSKY, Kurt (Berlín, 1890-Hindås, 1935). Escritor y periodista alemán, portavoz de la izquierda radical y humanista, pacifista, amigo del pintor y caricaturista George Grosz y del escritor expresionista, también suicida, Walter Hasenclever*, es una de las figuras más destacadas del período de la República de Weimar. Corresponsal en París de 1924 a 1929, se instala a continuación y definitivamente en Suecia, adonde huye de la Alemania nazi, considerándose como "un alemán que ha dejado de serlo". Reducido al silencio al desaparecer la prensa democrática de su país, vive recluido en la localidad sueca de Hindås, donde, exiliado, aislado, enfermo, despojado de su nacionalidad por el régimen nazi, que ha quemado todos sus libros, se suicida.

Turandot. Ópera en tres actos de Giacomo Puccini (1858-1924), con libreto

de Giuseppe Adami y Renato Simoni sobre una tragicomedia de Carlo Gozzi. Su autor muere dejándola inacabada; terminada por Alfano y Tommasini, se estrena en la Scala de Milán en 1924. La acción se desarrolla en un imperio asiático legendario donde la cruel y bella princesa Turandot juega a la esfinge* decapitando a cuantos pretendientes no logran responder a sus adivinanzas. Sólo Calaf, nuevo Edipo*, resuelve el triple enigma. Liu, esclava enamorada de este afortunado pretendiente, se da muerte al perderlo.

TURBAU, Imma (Gerona, 1974). En su primera y por ahora única novela, *El juego del ahorcado* (Mondadori, 2005), la protagonista-narradora Sandra rememora y trata de comprender el suicidio de su primer novio, David, cuando ambos eran aún muy jóvenes y vivían en una ciudad provinciana que se parece bastante a la Gerona en que la autora ha nacido.

TURING, Alan (Londres, 1912-Wilmslow, 1954). Una de las grandes figuras de la informática del siglo XX, padre de los ordenadores modernos en su vertiente teórica. Su homosexualidad manifiesta, que no le había estorbado en sus años de estudiante dentro de la muy liberal Universidad de Cambridge, ni tampoco durante la guerra, cuando prestó tan buenos servicios a la nación, le acarrea posteriormente serios problemas con las autoridades, que temen la intervención de atractivos espías soviéticos. Uno de sus compañeros en el trabajo de criptoanálisis llega a decir: “Por suerte, las autoridades ignoraban que Turing era homosexual; si no, hubiésemos perdido la guerra”. Condenado por la justicia a la castración química, el 7 de junio de 1954, inspirándose en el cuento de Blancanieves, envenena una manzana con cianuro* y la muerde. La leyenda pretende que la manzana mordisqueada multicolor de Apple rinde un póstumo homenaje a este mártir pionero.

U

ULLÁN, José-Miguel (Villarino, 1944). En su poemario *Mortaja* (1970) son varias las menciones que el poeta hace al suicidio, con un empeño por apropiarse de la propia muerte: "La muerte si elegida es nuestra". Varias son también las referencias al ahorcamiento*, que ya había hecho su aparición en *Amor peninsular* (1965), como el rotundo colofón de su largo poema "Un perfume en Kornplatz": "Hacer un nudo corredizo y ya". Añádase la alusión al suicidio de Kleist* y de su compañera Henriette Vogel, así como las noticias de sucesos que, en forma de *collage*, incluyen toda clase de suicidios, por disparo de pistola, ahorcamiento, clavándose unas tijeras o arrojándose al tren.

UNAMUNO, Miguel de (Bilbao, 1864-Salamanca, 1936). En carta de octubre de 1900 a su amigo Jiménez Ilundáin, en la que le expone su proyecto de escribir una novela "entre trágica y grotesca" que será *Amor y pedagogía* (1902), resume muy bien su futuro argumento: "Trátase de un hombre que se casa deductivamente para poder tener un hijo y educarlo para genio, por amor a la pedagogía. Pone en práctica su sistema. Ensombrece la vida del hijo y acaba éste por pegarse un tiro". Lo único que cambia es el método, ya que Apolodoro, el abortado genio, fracasado como escritor y como novio, se ahorca.

Gracias a las "notas-diario" que M. J. Valdés halla entre los papeles del pensador vasco, podemos rastrear la aparición del tema del suicidio en otra de sus obras novelescas, *Niebla* (1914). En una de ellas, que parece diseñar un plan de continuación para su futura *nivola*, escribe: "El padre de Eugenia [la novia del protagonista, Augusto] se suicidó después de un desfalco". Como la novia huye con su amante el mismo día de la boda, Augusto se envenena. "Así había de terminar esta mi novela", añade el autor, pero no es como termina, ya que, aunque el capítulo 31 se inicia con la frase "Aquella tempestad del alma de Augusto terminó, como en terrible calma, en decisión de suicidarse", de hecho se le ocurre "consultarlo conmigo, con el autor de este relato", y éste, Miguel de Unamuno, al que el personaje va a visitar a Salamanca, se lo impide. No lo hace en nombre de principios morales, sino por razones puramente literarias: Augusto no

puede suicidarse porque no existe, porque no es, como claramente se lo explica el autor, "más que un producto de mi fantasía". Sin embargo, su muerte, al regresar a su casa tras una copiosísima cena, se puede interpretar como un suicidio. Así lo interpreta su servidor Domingo: "Lo de mi señorito ha sido un suicidio y nada más que un suicidio. ¡Se salió con la suya!" Curiosamente, son las mismas palabras con las que se despide por escrito el personaje de su autor: "Se salió usted con la suya. He muerto". Resulta interesante observar que, si el personaje se decide a visitar a su autor, es porque éste ha escrito "un ensayo en que, aunque de pasada, hablaba del suicidio".

URQUIJO, Enrique (Madrid, 1960-1991). Una de las figuras clave de la música pop de la década de 1980 y de la *movida* madrileña. Guitarrista, cantante, letrista y compositor, durante más de 20 años canta en paralelo con dos grupos famosos, Los Secretos y Los Problemas. De carácter depresivo, según propia confesión ("tengo un carácter depresivo y lo he utilizado bastante"), y muy dado al uso de la heroína*, una noche termina muriendo de sobredosis en un portal del barrio madrileño de Malasaña.

URTÁIN, José Manuel (Cestona, 1943-Madrid, 1992). Conocido por los apodos de Morrosko y Tigre de Cestona, comienza triunfando como *aizkolari* y levantador de piedras. Pasa luego al boxeo, en el que llega a ser campeón de Europa de pesos pesados en 1970. Pierde el título frente al británico Henry Cooper en 1975 y desde entonces se inicia su declive. Abandona el boxeo, participa en espectáculos de lucha libre, abre un restaurante y, con graves problemas económicos, se arroja por la ventana de su domicilio madrileño, desde un décimo piso de la calle Fernán Caballero.

V

VACHÉ, Jacques (París, 1896-Nantes, 1919). Gran amigo de André Breton, con el que traba amistad en un hospital militar en 1916. Entronizado por éste como uno de los protomártires del surrrealismo* y convertido en su "polo norte", su "sombra de sol", tanto honor se debe más a su conducta, a su humorismo frío y a la distancia que mantiene respecto a todo, que a su obra, que se reduce a unas cuantas cartas. Dandi desdeñoso y suicida indiferente —como otra de estas figuras pioneras, Jacques Rigaut*—, el 6 de enero de 1919 ingiere una sobredosis de opio* (40 gramos, según Breton) en el Hotel de France de Nantes. Junto a su cadáver aparece el de un muchacho. De su muerte escribe el abanderado del grupo en *Los pasos perdidos* (*Les pas perdus*, 1924): "Se suicidó en Nantes poco después del armisticio. Su muerte tuvo algo admirable, y es que podía pasar por accidental". Sospecha incluso que, al obligarle a fumar a su compañero de habitación, le gastase una última "trapisonda macabra".

VAIL, Pegeen (Ouchy, 1926-París, 1967). Hija de la famosa coleccionista de arte moderno Peggy Guggenheim, dibujante y figura de la bohemia parisina, se casa una primera vez en Nueva York, en 1945, con el pintor francés Jean Hélion, de quien se divorcia en 1954. Lo hace una segunda vez con el pintor, escritor y fotógrafo norteamericano Ralph Rumney, uno de los fundadores, con Guy Debord*, de la Internacional situacionista en París. En 1967 se da muerte. Algunos de sus dibujos coloristas se exponen en el Museo Guggenheim de Venecia.

VALDÉS, Alfonso de (Cuenca, 1490-Viena, 1532). Entre las "ánimas" que vienen a interrumpir el sabroso diálogo que mantienen sobre la política de Carlos V el dios Mercurio y Caronte, el barquero de los infiernos, se halla la de una apesadumbrada doncella, a quien sus padres metieron monja y encerraron en un convento hasta que, desesperada, acabó suicidándose. El tiempo que vivió en su encierro se lo pasó clamando venganza contra sus verdugos: "Todas mis vegilias y oraciones son pedir venganza de vosotros", clama en vida la reclusa: "En estos y en otros semejantes llantos, estuve siempre

hasta que yo misma fui causa de mi muerte". Tan desastrado fin es ocasión para que el autor del *Diálogo de Mercurio y Carón* (¿1541-1545?) ponga en boca de los mitológicos y anacrónicos contertulios sabias reflexiones sobre las vocaciones forzadas y vehementes críticas contra los "homecidas que matan y entierran sus propias hijas". En contra de la mala conducta de un tirano, cuya "ánima" rinde cuentas al barquero, éste aduce el heroico ejemplo "de príncipes gentiles que se mataron a sí mesmos por evitar la guerra". Y como Mercurio, al comienzo del segundo libro, no encuentra a su compañero de tertulia por ninguna parte, se pone a llamarlo a gritos, con el temor de que también él haya puesto fin a su vida arrojándose a las aguas de la laguna Estigia: "Sin dubda se ha echado en la laguna de desesperado".

VALERA, Juan (Cabra, 1824-Madrid, 1905). Menos famoso por mujeriego que por escritor, su principal biógrafo, Manuel Lombardero, titula, sin embargo, el libro que dedica a su vida: *Otro don Juan. Vida y pensamiento de Juan Valera* (2004). Rafael Conte lo califica de "liberal, mujeriego perpetuo, mal casado, putero, cubierto de mujeres..." Estando de embajador de España en Washington, adonde llega en 1884 con 60 años, vive una trágica historia sentimental. Una joven norteamericana, Catherine Lee Bayard, hija nada menos que del secretario de Estado, enamorada locamente de él, se presenta en la antesala de su despacho al enterarse de su traslado a Bruselas y allí mismo se suicida. Lo cuenta el propio Valera en carta del 18 de enero de 1886 a su hermana Sofía: "La pobre Miss Catalina Bayard ha muerto de repente [...], tenía las ideas más espantosas de pesimismo: amaba, deseaba la muerte; era su preocupación: su idea constante". Ocho días después, al volver sobre el tema en otra carta, se puede observar un buen ejemplo del tabú* del suicidio y de la hipocresía social que lo rodea: "No hables de estas cosas con nadie. Los periódicos han estado prudentes afirmando que murió de muerte natural". Esta experiencia le sirvió de inspiración para su ulterior novela *Juanita la Larga* (1896), que narra los amores de una jovencita con un hombre ya maduro.

VALÉRY, Paul (Sète, 1871-París, 1945). Muy joven renuncia a la brillante carrera literaria que se abre ante él y hace voto de silencio*. Conversando con André Gide*, le oye decir a éste: "Si no me dejaran escribir, me mataría", a lo que contesta de inmediato: "Si me obligaran a escribir, me mataría". Sólo en 1917, 21 años después de la publicación de *Monsieur Teste*, rompe su promesa y lo hace escribiendo uno de sus mejores poemas, *La joven Parca* (*La Jeune Parque*). Es el monólogo interior de una joven mortal que, más allá de los interrogantes sobre la violación que ha sufrido o soñado, representa el drama de la conciencia humana en lucha consigo misma: "De la pintura —como aclara su autor— de los cambios que experimenta una conciencia durante una noche". Esta noche acaba absorbiendo de nuevo esa conciencia, a lo que la protagonista accede con voluptuosa pasividad suicida: "Me entrego por entero a la dicha del descenso".

VALLE-INCLÁN, Ramón del (Villanueva de Arosa, 1866-Santiago de Compostela, 1936). El atentado y consecutivo suicidio del anarquista catalán Mateo Mo-

rral* dejan profunda huella en el escritor, que le dedica un poema titulado "Rosa de llamas". Su primera versión aparece en el número dos de la revista aliadófila y teosófica *Los Aliados*, de junio de 1918. En 1920 y 1930 aparecen nuevas versiones, pero también la sombra del dinamitero en el calabozo al que arrojan a Max Estrella. Cuando el héroe de este primer esperpento, *Luces de bohemia* (1924), se dirige al preso que comparte su celda llamándole Saulo, éste replica: "Mi nombre es Mateo". Alonso Zamora Vicente apostilla: "En el recuerdo de este Mateo se entrelaza el de Mateo Morral", y a su atentado aluden algo después el vate y su compañero de cautiverio, al que el carcelero apostrofa: "Tú, catalán, ¡dispónte!" La muerte del bohemio Max, en palabras de su esposa, Madama Collet, es un auténtico suicidio (crónico*, añadiremos nosotros): "¡Max, pobre amigo, tú solo te mataste! [...] ¡Y toda la vida has trabajado para matarte!" Las que sí se suicidan, a la postre, son la viuda y la huérfana, abandonadas por el difunto sin un real.

En la *Sonata de pimavera* (1904), los últimos esfuerzos del protagonista, el Marqués de Bradomín, por seducir a la aristócratica y virginal María del Rosario Gaetani, a punto de entrar en religión, se ven interrumpidos y frustrados para siempre por un drama: la hermana menor de ésta se precipita desde lo alto de un balcón. En la *Sonata de invierno* (1905), Bradomín, ya viejo y manco, enamora a una novicia que resulta ser su propia hija: la novicia se suicida.

VALLOTTON, Félix (Lausana, 1865-París, 1925). En sus grabados más que en sus pinturas, este miembro del grupo de los *nabis* muestra sus simpatías por la causa anarquista y el odio que profesa a la burguesía. En 1894, una xilografía titulada *El suicidio* muestra el tema, recurrente en la época, del ahogado al pie de un puente de la gran ciudad. La cabeza que flota a la luz de un rayo de luna tiene algo de la cabeza del Bautista expuesta en la bandeja, o aún más, de la de Orfeo que recorre, también decapitada, las aguas del río Hebro, pero se supone que es la de un desesperado víctima de la sociedad.

VAN GOGH, Vincent (Groot-Zundert, 1853-Auvers-sur-Oise, 1890). Antes de suicidarse con un arma de fuego* practica la automutilación*, rebanándose una oreja tras una violenta disputa con Paul Gauguin. Pintor de las personas y las cosas humildes, sediento de comunicación y de entrega al prójimo, choca con la incomprensión, la hostilidad y el fracaso. El 27 de julio de 1890 sale al campo en los alrededores de Auvers-sur-Oise, pueblecito donde lo cuida el Dr Gachet, se instala a la sombra de un árbol y se dispara un tiro en el pecho. Según el testimonio de Adeline Ravoux, hija del dueño de la pensión donde se aloja, regresa a su habitación por su propio pie, se acuesta en la cama y al fin confiesa al hospedero: "Me he disparado un tiro... Esperemos que no haya fallado". Y al Dr Gachet, que confía poder salvarlo, contesta tozudo: "Entonces se volverá a intentar". No muere hasta dos días más tarde. Sólo tiene 37 años y es un total desconocido que no ha vendido más que un solo lienzo en su vida.

Antonin Artaud*, el poeta maldito y también suicida, escribe en su libro *Van Gogh o el suicidado por la sociedad* (*Van Gogh, le suicidé de la société*, 1947): "Un

ejército entero de gentes maléficas le empujó a darse muerte".

VARGAS, Getúlio (Saõ Borja, 1883- Río de Janeiro, 1954). Fundador del *Estado Novo* brasileño, reformista modernizador y nacionalista fascistoide, gobierna primero como dictador desde 1930 y luego como presidente elegido a partir de 1937. Es derrocado por el ejército en 1945 y reelegido en 1950, pero, víctima de una violenta campaña de denigración, se dispara un tiro al corazón en su despacho del palacio presidencial.

VARGAS LLOSA, Mario (Arequipa, 1936). El tema del suicidio está presente en su obra teatral *El loco de los balcones* (1993). Aldo Brunelli, su protagonista, es un profesor italiano afincado en Perú que dedica toda su vida a salvar de la destrucción y coleccionar viejos balcones coloniales. Cuando las declaraciones de su hija le abren los ojos sobre la inanidad de su empresa, hace una pira con los 78 balcones que ha logrado reunir y luego se suicida, o lo intenta sin conseguirlo, ya que el carácter tragicómico de la pieza impide que el telón caiga sobre un cadáver. El suicidio aparece de nuevo en escena en otra de sus obras teatrales, *Ojos bonitos, cuadros feos* (1996). El atractivo marino Rubén, que culpa al crítico homosexual Zanelli del suicidio de su novia, por la crítica demoledora con que acogió la primera exposición de la joven artista, trata de vengarse de él.

En su última novela, *Travesuras de la niña mala* (2006), Salomón Toledano, el Trujimán, el mejor amigo del protagonista, se quita la vida "tomando un frasco de barbitúricos" al enterarse de que su amante japonesa no le quiere. Y por idénticas razones está a punto de hacerlo el personaje narrador, Ricardo, ya encaramado sobre la barandilla del puente Mirabeau de París y al que un *clochard* salva la vida sujetándolo por las piernas y dirigiéndole estas pocas pero contundentes palabras: "*Fais pas le con, imbécile!*"

Varney el vampiro. Sir Francis, el protagonista de esta truculenta novela por entregas (*Varney the Vampire or the Feast of Blood*, 1847), atribuida unas veces a James Malcolm Rymer y otras a Thomas Presskett Prest, termina sus amargos días, como un nuevo Empédocles*, arrojándose al cráter del Etna. Así pone fin a la maldición vampírica que pesaba sobre él por haber asesinado a su propio hijo.

VARO, Publio Quintilio (Cremona, ¿47- a. C.?-Teutoburgo, 9 d. C.). Al frente de tres legiones, este general romano sufre la más humillante derrota a manos de los germanos capitaneados por Arminio. Esta batalla decisiva frena el expansionismo romano por el norte y vuelve a fijar las fronteras del imperio en el Rin. Las tropas romanas, sorprendidas por un ejército aguerrido, son aniquiladas. Varo, tribuno y legado imperial en Germania, y muchos de sus oficiales se suicidan. Los vencedores le cortan la cabeza para presentarla a su jefe, y tras pasearla por Germania se la envían a Augusto. Lo mismo hacen más tarde los romanos con el dacio Decébalo*.

VATEL, François (París, 1631-Chantilly, 1671). Mártir del honor culinario y víctima indudable de lo que aún no se llamaba *estrés*, el cocinero mayor o, aun más

exactamente, maestresala o intendente de las cocinas del príncipe de Condé, al creer no poder agradar al rey Luis XIV, huésped de su señor en el castillo de Chantilly, se encierra en su cuarto y se abalanza tres veces seguidas contra su espada, que ha fijado por la empuñadura en la puerta, hasta que consigue morir. Lo cuenta con todo detalle y no poca tristeza la gran maestra del arte epistolar, Madame de Sévigné, en carta a su hija Madame de Grignan. Si hubiera esperado algún tiempo se habría evitado tan trágica muerte, pero de madrugada, después de doce noches sin dormir, cuando espera recibir de todos los puertos pescado en abundancia para el banquete de mediodía y ve que no llegan más que dos cestas, considera que su honor está mancillado para siempre y corre a darse muerte. No es ni más ni menos que el haraquiri * del cocinero, un suicidio altruista por honor, como el de los militares que no han sabido defender una plaza. En 2000, el cineasta Roland Joffé lleva su historia a la pantalla con Gérard Depardieu en el papel del pundonoroso protagonista.

Venganza de Don Mendo, La. Astracán o *juguete cómico* en verso de Pedro Muñoz Seca (1881-1936) estrenado el 20 de diciembre de 1918 en Madrid, que su autor subtitula "caricatura de tragedia". Desde la primera jornada se cierne una amenaza de suicidio, y de suicidio en pareja*. Clama Don Mendo: "Y si te parece mal, / aquí mesmo, este puñal, / (Saca un puñal enorme) nos dará muerte a los dos". Pocos versos más tarde es Magdalena la que replica: "¡O aceptas ese collar / que mi mano te donó, / o tú no me has de matar, / pues he de matarme yo!" En el diálogo que mantienen Moncada y el cautivo Mendo en la mazmorra del castillo, el primero exalta el suicidio en estos términos: "Porque es tan grande la insidia / la perfidia y la falsidia / del mundo, que casi envidio / al que apelando al suicidio / toma un arma y se suicidia". La ronda fúnebre final arranca con el suicidio del desgraciado don Pero, que apostrofa a los presentes: "¡Mirad cómo muere un Toro / por vos mismo apuntillado! (Se clava la daga y cae...)". Consumada la venganza del protagonista en la escena final, y convertido el escenario en un panteón donde no queda títere con cabeza, don Mendo concluye: "¡Ved cómo muere un león / cansado de hacer el oso!' (Se clava el puñal y cae...)". Y aún remata la faena con una definitiva declaración retruécano-suicida y casi póstuma: "Sabed que menda... es don Mendo, / y don Mendo... mató a menda".

Venganza honrosa, La. Comedia de capa y espada del valenciano Gaspar de Aguilar (1561-1623) estrenada en 1615, en la que se da un intento de suicidio entre otros muchos lances de violento dramatismo, a impulsos de la infidelidad y la apología del honor.

VERLAINE, Paul (Metz, 1844-París, 1896). En Bruselas en 1873, al no soportar que su amante, el joven poeta Arthur Rimbaud, lo abandone, dispara contra él hiriéndolo en la muñeca, delito por el que es condenado a dos años de prisión en las cárceles belgas. Esa pistola que hiere despechada al amigo se la había comprado para suicidarse. O para cometer el más bajo chantaje: con ella había amenazado con volarse la cabeza si su esposa Mathilde Maute, a la que ha humillado y maltrata-

do, no volvía al hogar. El ajenjo será luego su más eficaz, aunque lento, suicidio.

VERNE, Julio (Nantes, 1828-Amiens, 1905). Su novela *Un drama en Livonia* (*Un drame en Livonie,* 1893, nueva versión en 1904) relata la historia de un error judicial que tiene lugar en un país báltico. El profesor Dimitri Nicolef, acusado del crimen del cajero de los hermanos Johausen, ricos banqueros de origen alemán, al que todas las circunstancias acusan, termina por suicidarse al no poder probar su inocencia. Escrito durante la época del *affaire* Dreyfus, aunque publicado en 1904, el libro parece ser un alegato contra la injusticia oficial ejercida contra los humildes indefensos.

Veronal. Sustancia derivada del ácido barbitúrico, nombre corriente de la sal sódica del ácido 5,5-dietilbarbitúrico, utilizado como sonmífero o sedante. Aplicado en fuertes dosis es de efecto mortal y puede utilizarse tanto para el asesinato como para el suicidio. Es el medio que escogen algunos para quitarse la vida, como, por ejemplo, la poeta portuguesa Florbela Espanca*, el escritor austriaco Stefan Zweig* y su esposa Charlotte, la poeta chilena Teresa Wilms Montt* o el novelista japonés Riunosuke Akutagawa*. Un medio que otros utilizaron sin conseguirlo, como Virginia Woolf* en su tercer, y no definitivo, intento.

De modo más incruento, han escogido el veronal para las letras y los títulos de sus canciones el cantante de rock francés Jean Guidoni en su *Vérone veronal* o el grupo italiano Karnea en su *Veronal* del disco *Giù da Me* de 2004, en el que repiten: "Viviendo con dosis de Veronal / ¿cuál es la alternativa?" En este último empleo puede observarse que su uso no siempre es mortal. Algunos personajes de novelas recurren a este medio, como la protagonista de *La amortajada* de María Luisa Bombal*, o el padre de Emma Zunz*. En la novela *El crimen de Roger Ackroyd,* Agatha Christie hace que Mrs. Ferrars, la viuda sospechosa de haber asesinado con arsénico a su marido, se mate con veronal.

Viaducto. Puente conocido como Viaducto de Segovia por cruzar por encima de la madrileña calle de ese nombre, que enlaza con la carretera de Extremadura. Prolonga la calle de Bailén y une la zona del Palacio Real con el barrio de las Vistillas. En 1872 se construye una primera versión con estructura metálica y pronto adquiere su fama bien merecida de "puente de los suicidas". Como cuenta Michael Altmann, estudioso de la Universidad de Berna, "ya en aquel tiempo tuvo que ser protegido con una alambrada para evitar los múltilples intentos de suicidio, que en más de una ocasión también afectaron fatalmente a algún desprevenido viandante que casualmente pasaba por debajo". Entre 1934 y 1942 se procede a su renovación, utilizando esta vez hormigón, y ésta es la versión que actualmente se conoce. En 1978 se restaura, después de haber estado a punto de ser demolido; y siempre con la intención de evitar al ciudadano la tentación del suicidio, se protegen sus pretiles con mamparas de vidrio.

Rafael Cansinos Assens, poeta sevillano y gran figura de las vanguardias de comienzos del siglo XX, anima una tertulia en el café Platerías de la plaza Mayor, como Ramón preside la suya en la cripta del Pombo. Desde allí pasa a menudo, en

compañía de sus contertulios, bohemios dignos de Valle Inclán* los unos, jovenzuelos debutantes los otros, por este paso elevado. De uno de esos paseos parece que data la *iluminación* con que el sevillano bautiza su movimiento poético con la voz de "¡Ultra!" Así lo cuenta Juan Manuel de Prada* en su novela *Las máscaras del héroe*: "Arrimado su corpachón al pretil [...], Cansinos lanza su relincho ultraísta":

> "Ultra", éste será mi arte.
> Cantar este deslumbramiento
> que me torna atónito y ávido,
> me encadena y me lanza,
> desde el alto del viaducto, con los
>   miembros
> abiertos en pétalos maravillosos.

Aunque no se suicida, sí explota a fondo las posibilidades que le ofrece tan mortífero puente. Entre los innumerables "ismos" que brotan con efímera profusión por esos años, Cansinos llega incluso a acuñar uno, no tan conocido como el ultraísmo, que lleva precisamente el nombre de *viaductismo*. La visión en perspectiva acelerada que se supone tiene el suicida en su breve vuelo debería inspirar a sus seguidores. Si el gurú del movimiento no lo pone en práctica, sí lo hace, en cambio, su novia, que demuestra ser más ultraísta que el papa. Beatriz Ovando, hermana de Isaac Ovando Villar, también poeta y director de la revista ultraísta sevillana *Grecia*, se traslada de Sevilla a Madrid con la intención de sacar a Cansinos de su celibato y llevárselo ante el altar. Después de muchos intentos infructuosos y ante su absoluta negativa, se lanza al vacío desde lo alto del famoso puente. Entre la fauna pintoresca que, según cuenta Prada en su libro, merodea por la zona, el bohemio riojano Armando Buscarini explota la truculenta fama del lugar. A los transeúntes que pasan por el puente amenaza con suicidarse si no le dan unas monedas, y entre las compasivas víctimas de sus sablazos se cuentan los dramaturgos hermanos Quintero y Eduardo Marquina.

Prueba de lo arraigado de esta costumbre de utilizar el puente como estribo para saltar al otro mundo es que en tiempos de Galdós era ya tema socorrido en las tertulias de los cafés. Don Benito se refiere en *Fortunata y Jacinta* a "todo lo que se trató en una de ellas", y enumera: "La insurrección de Cuba, el alza de la carne, lo que se debe hacer para escoger un bonito número en la lotería, la frecuencia con que se tiraba gente por el viaducto de la calle de Segovia..."

VILA-MATAS, Enrique (Barcelona, 1948). *Suicidios ejemplares* (1991) es el título del libro en que pasa revista a una larga serie de suicidios imaginarios y estrambóticos. Zigzagueando entre ficción y autobiografía, le permite tratar del tema sin sucumbir a la tentación de la propia muerte. En sus páginas hay suicidios de ida y vuelta, países de suicidas, suicidios por *saudade*, etc. Con posterioridad a esta incursión por el territorio del suicidio, una nueva entrega, *Bartleby y compañía* (2000) explora el dominio de "esos seres en los que habita una profunda negación del mundo": los practicantes de esa forma parcial de suicidio que consiste, para los escritores, en dejar de escribir, o lo que es más radical, en no escribir nunca. Estos ágrafos parciales o totales constituyen lo que denomina "la literatura del No", los "escritores tocados por el Mal, por la pul-

sión negativa". Aunque su autor afirme que "en este libro no va a haber mucho espacio para *bartlebys* suicidas", pretextando que "en la muerte por propia mano faltan los matices", el libro incluye, de hecho, noticias numerosas y muy interesantes sobre auténticos suicidas. De los aquejados de mutismo literario tratamos en la entrada silencio* de este *Diccionario*, y con este mismo título encabeza la suya Félix de Azúa * en su *Diccionario de las artes* (1999). A raíz de la publicación del *Bartleby* de Vila-Matas, Antonio Tabucchi y Anteos Jrisostomidis conversan sobre el tema en julio del mismo año en el puerto cretense de Jania y añaden nuevos nombres a la lista.

VILLENEUVE, Pierre Charles Silvestre de (Valensole, 1763-Rennes, 1806). Napoleón lo pone al mando de la flota francesa del Mediterráneo, aliada de los españoles y en guerra con los ingleses. Refugiado con sus navíos en el puerto de Cádiz, sitiado por los barcos de Nelson, recibe la orden de dirigirse a Cartagena, donde debe recibir refuerzos españoles. El 19 de octubre de 1805, fiándose en la superioridad numérica de la escuadra combinada francoespañola (33 navíos contra 27), decide intentar una salida que desemboca en el desastre de Trafalgar, fatal tanto para franceses como para españoles e inicio de una larga época de hegemonía naval inglesa. Desde su buque enseña, el *Bucentaure*, asiste impotente a la pérdida de 22 buques y 5.000 hombres. Antes de arriar bandera, se le ve recorrer la cubierta gritando: "Entre tanta carnicería como me rodea, ¿no hay una bala que me esté destinada?" Es llevado preso a Inglaterra y puesto en libertad bajo palabra. De regreso a Francia, desesperado por los innumerables fracasos militares que jalonan su vida, se asesta seis puñaladas en el pecho y muere en una posada.

VÍNDEX, Cayo Julio (s. I). Este galo nacido en la provincia de Aquitania llega a ser general romano y gobernador de la provincia lionesa o *Gallia Lugdunensis*. En el año 68 se subleva contra las depravadas costumbres de Nerón* y su reforma fiscal. Esta rebelión, a la que pronto se unen las provincias occidentales del imperio, con Sulpicio Galba a la cabeza en Hispania, encuentra la oposición de las provincias orientales. El gobernador de la Germania superior, Rufo, fiel a Nerón como el resto del imperio, lanza sus legiones contra él y lo vence en Vesantio, actual Besançon, en el año 69. Ante el desastre, el joven rebelde, como resulta casi reglamentario en su tiempo, se atraviesa con su espada.

Vírgenes de Mileto. Deseosas de llegar al cielo cuanto antes, estas jóvenes deciden poner fin a sus vidas en Mileto, ciudad jonia de Asia Menor. Sólo se logra disuadirlas cuando las autoridades las amenazan con exponer desnudos sus cadáveres. Este pudor póstumo, próximo al honor más allá de la muerte de una Lucrecia*, impide un suicidio colectivo de tipo religioso. Lo cuenta el gramático y compilador romano del siglo II Aulio Gelio, autor de *Noches áticas*, o así lo entiende al menos Flaubert* leyendo a este último, ya que a ellas se refiere en su *Tentación de San Antonio* asociándolas o poco menos a los mártires cristianos. Esta versión no corresponde a la realidad histórica, ya que, según parece, sí se da un caso de suicidio colectivo*, atajado

pero no evitado por las medidas públicas adoptadas, y la causa es más bien un delirio *sexual* o *posesión satiriásica en masa.*

Vírgenes suicidas, Las. Primera película de la directora norteamericana Sofia Coppola (*The Virgin Suicides,* 1999), hija del también director Francis Ford Coppola, inspirada en la novela de Jeffrey Eugenides y protagonizada por Kirsten Dunst. Cuatro amigos inician una investigación para tratar de comprender las razones del suicidio de las cinco hermanas Lisbon, a las que conocieron cuando eran adolescentes, las cuales, educadas de manera muy estricta por una madre puritana, ejercían una auténtica fascinación sobre ellos.

VIRGINIA. A esta virgen y mártir* pagana da muerte su propio padre hundiéndole un cuchillo de matarife en el pecho. De este modo, según cuenta Tito Livio, escapa al acoso* sexual al que le tiene sometida el tiránico decenviro Apio Claudio. Al igual que en el caso de Lucrecia*, cuyo suicidio tiene consecuencias políticas tan trascendentales como el fin de la monarquía, el sacrificio* de esta doncella provoca también en el año 449 a. C. un auténtico golpe de Estado, la caída del tirano y su suicidio. No es de extrañar que las dos castas mujeres, la soltera y la casada, se vean a menudo asociadas en homenajes que les rinde la posteridad, e incluso emparejadas a las mártires cristianas.

Viridiana. Con esta película, a la que se acusa de sacrílega, Luis Buñuel consigue provocar en 1961 un éscandalo mayúsculo en la España franquista y el Vaticano. De hecho, aunque representa oficialmente a España en el festival de Cannes, el film deja de existir en su propio país hasta 1977. En ella, don Jaime (Fernando Rey), tío de la novicia Viridiana (Silvia Pinal), aprovechando la visita que ésta le hace antes de pronunciar sus votos, la viste con el traje de bodas de su difunta esposa, la adormece con un narcótico y la tiende en la cama, pero no se decide a violarla. Cuando la sobrina se dispone a partir para su convento, el tío se ahorca.

¡Viva la muerte! Grito de guerra que el fundador de la Legión Extranjera española, el general tuerto, cojo y manco José Millán Astray (1879-1954) lanza por primera vez el 15 de agosto de 1936 al concluir un discurso en Sevilla. Después de esta brillante improvisación, lo adopta como lema del Tercio y lo impone a los miembros de su institución castrense. Los himnos y referencias al "novio de la muerte", al igual que toda la morbosa mitología de que se nutren los legionarios, hace de ellos uno de los grupos más explícitamente reivindicativos del derecho y el honor al suicidio crónico*. Conocida es la valiente reacción del rector Unamuno, en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, ante el "necrófilo e insensato grito" lanzado por el general el 12 de octubre de 1936. El escritor y cineasta Fernando Arrabal lo toma como título para una de sus novelas y para su película de 1971, nutridas ambas por sus recuerdos de infancia durante la Guerra Civil. El dibujante suicida francés Chaval* lo toma igualmente como título para uno de sus libros de humor negro.

VOGEL, Henriette. Véase Heinrich von Kleist*.

VOLTAIRE (1694-1778). En el capítulo 12 de su entretenidísima y filosófica novela *Cándido* (*Candide*, 1759), en el que el personaje de "la vieja" prosigue el relato picaresco de sus infortunios comenzado en el capítulo anterior, ésta declara para concluir: "Cien veces he querido matarme, pero aún amaba la vida". Haciendo recuento de sus andanzas, resume los suicidios que le ha tocado ver y que, frente al gran número de personas que detestan la vida, se reducen a muy pocos: "Doce en total: tres negros, cuatro ingleses, cuatro ginebrinos y un profesor alemán llamado Robeck*". En un rapto de elocuencia filosófica, "la vieja" se lanza a pronunciar un discurso sobre la humana incongruencia de no querer morir: "Esta ridícula debilidad es sin duda una de nuestras más funestas inclinaciones; pues ¿hay acaso algo más necio que querer cargar de continuo con un fardo que se desea tirar al suelo?"

Menos entretenida es su tragedia en cinco actos *El fanatismo o Mahoma el profeta* (*Le Fanatisme, ou Mahomet le Prophète*, 1741). En su último acto, Palmira, esclava de Mahoma, se apodera del puñal de su hermano, que acaba de morir envenenado por el celoso profeta, y se lo clava en el pecho. En esta muerte se combinan los motivos de la pareja suicida*, aquí en su variante incestuosa, y la fuga ante el acoso* sexual.

VUARNET, Jean-Noël (Chambéry, 1915-París,1966). Los estudios de este profesor y ensayista giran en torno al tema de la mística femenina cristiana, con un interés particular por el fenómeno del éxtasis y su expresión artística y literaria, a los que dedica varios libros. Pierre Klossowski destaca en él su disposición de afinidad con el objeto de estudio, su cuasi identificación con las protagonistas de sus historias. El 27 de marzo de 1966, a la edad de 51 años, se arroja por la ventana de su casa en París, al igual que su amigo Gilles Deleuze*.

W

WALLACE, David Foster (Ithaca, 1962-Claremont, 2008). En sus novelas, relatos y ensayos, este joven suicida de 46 años, ahorcado en su domicilio de Claremont, California, ciudad en la que ejercía como profesor universitario, aparece como el mejor cronista del malestar de la sociedad norteamericana de su época. Toda su obra, sátira de nuestro tiempo y estudio de la soledad del individuo, refleja ese disgusto: "Entre la gente de mi edad hay una sensación de malestar y tristeza", resume. En su entorno, la noticia de su muerte no sorprende a nadie, ya que en repetidas ocasiones había anunciado su decisión. Tan persistente era su pulsión suicida, que él mismo solicitó que lo internaran en una unidad de vigilancia hospitalaria; lo que, dicho sea de paso, resulta de lo más contradictorio.

WARHOL, Andy (Pittsburgh, 1931-Nueva York, 1987). Estrella del *pop art* y quizá el más riguroso representante de esta corriente artística. Dentro de la serie de serigrafías sobre lienzo que dedica, en la década de 1960, a lo que llama "la faz oculta del *American Way of Life*", junto a imágenes que representan accidentes, muertes violentas, sillas eléctricas, etc., pinta un suicidio (*Hombre púrpura saltando*, 1965). En él se ve, con la apariencia de una instantánea fotográfica, la silueta de un hombre que, encogido de piernas, desciende por el aire a lo largo de una gran masa oscura que parece ser la fachada de un edificio de muchos pisos. En contraste con la poetización que de otro suicidio desde un rascacielos hace la mexicana Frida Kahlo* en su retrato de Dorothy Hale*, esta imagen bruta y sin comentarios impacta por su crudeza. En 1971 Warhol vuelve al tema con otra serie, *Suicidio (1963)*, acrílico y serigrafía sobre lienzo, en el que se repite la imagen de un hombre que, tras arrojarse desde lo alto de un edificio, aterriza sobre el techo de un automóvil, que se pliega bajo el efecto del choque.

WARTON, Thomas (Basingstoke, 1728-1790). Autor, junto a la primera historia de la literatura inglesa, de una "Oda al suicidio" (*Ode on Suicide*) compuesta en 1771, un año después de la muerte de Chatterton*. Dedicada a este joven poe-

ta suicida, y más conocida como *Warton's Ode*, contribuye a su popularidad y a la simpatía que el tema y el personaje despiertan en Inglaterra. Como experto en poesía, es de los pocos contemporáneos que no se dejan engañar por la mixtificación del apócrifo Rowley inventado por Chatterton.

WEDEKIND, Frank (Hanóver, 1864-Múnich, 1918). "Ardoroso revolucionario, romántico soñador y pesimista irónico, a la vez educador ético y animador de grotescas marionetas": así es como lo define Fritz Martini en su *Historia de la literatura alemana*. Su primera obra, *El despertar de la primavera* (*Frühlings Erwachen*, 1891), mezcla de naturalismo y simbolismo, expone la tragedia de varios adolescentes enfrentados a su naciente sexualidad. De los dos amigos y compañeros de colegio, Maurice se suicida y el otro, Melchior, lo intenta. Wend, la amiga de Melchior, muere a consecuencia de un aborto clandestino. Cuando Melchior se dirige al cementerio para poner fin a su vida a la luz de la luna, el espectro de su amigo se le aparece y le disuade.

WEININGER, Otto (Viena, 1880-1903). Como judío antisemita, es lógico que se suicide, lo que hace en la casa-museo de Beethoven en Viena disparándose un tiro en el corazón. El libro de este filósofo y psicólogo *Sexo y carácter* (*Geschlecht und Charakter*, 1903) es una de las más virulentas diatribas antisemitas y misóginas de la época y se convierte rápidamente en un gran éxito editorial. Bram Dijkstra analiza muy bien su conducta: "Lleva la lógica hasta sus últimas consecuencias y se suicida pocos meses después de la publicación de su libro, lo que representa, sin duda, un primer acto de sacrificio* con la esperanza de desencadenar el proceso que lleve a la solución final del *ginecidio*". De la mujer llega a decir que "no tiene existencia" y, aunque pueda parecer contradictorio, que "como tal, debe desaparecer".

Si los judíos son, a su parecer, tan perversos y nocivos es porque son "una raza saturada de feminidad". Su influencia acerca de la inferioridad de la mujer, y de la necesidad para los judíos de liberarse de su judeidad, se ejerce sobre personalidades tan diversas como Ludwig Wittgenstein* o Erich von Stroheim, y quizá también sobre un judío antisemita como Peter Altenberg*. Puede que asimismo sobre nazis, como el dirigente Reinhard Heydrich, sobre los que pesan sospechas de antepasados judíos. Luisa Castro relaciona el personaje andrógino, y por lo tanto perfecto, del *Orlando* de Virginia Woolf* con estas disparatadas teorías.

WEISS, Ernst (Brno, 1882-París, 1940). Siendo estudiante de medicina en Praga traba amistad con Franz Kafka*. Tras ejercer de médico militar durante la Primera Guerra Mundial, abandona su profesión para dedicarse exclusivamente a la literatura. En Berlín le toca asistir al incendio del Reichstag y ser testigo de la toma del poder por los nazis, lo que describe en su novela de política-ficción *Testigo ocular* (*Der Augenzeuge*, 1939). En 1933 huye de Alemania* a París, pero hasta allí llegan sus perseguidores. Pocas horas después de la caída de la capital, pone fin a su vida.

WEISS, Nathan (Viena, 1851-1883). El suicidio de este médico judío austríaco,

siendo aún muy joven, impresiona sobremanera al aún más joven amigo y colega Sigmund Freud*. En una carta escrita por éste el 16 de septiembre de 1883 a su amiga Martha Bernays trata de explicarlo: "Ha muerto a causa de la suma de sus cualidades, a causa de su narcisismo* patológico, al que se añade un ansia por las cosas más elevadas de la vida". Apuntando en otra dirección, añade en la misma carta: "Si encontráis un cadáver y desconocéis la mano que le dio muerte, buscad entre los parientes más cercanos, que allí encontraréis al asesino".

Werther. Joven protagonista de la novela epistolar *Las cuitas del joven Werther* (*Die Leiden des jungen Werthers,* 1774) que escribe un también muy joven Wolfgang Goethe*. Desesperado porque su amada Charlotte (Carlota), pese a la pasión secreta que siente por él, se casa con su prometido Albert (Alberto), se aleja de ella y se suicida disparándose un tiro en la sien derecha; o más exactamente —según las palabras de su autor— "encima del ojo derecho". Para ello utiliza las pistolas que su criado ha ido a pedir a su rival. Al enterarse de que ha sido su propia amada quien ha hecho entrega de las armas al mensajero, las besa "mil veces" antes de usarlas contra sí. Pero antes cumple con el rito de escribir su mensaje* de despedida, que en este caso ocupa unas cuantas páginas. Así comienza, en traducción de J. M. Valverde: "Está decidido, Carlota, que voy a morir, y te lo escribo sin conmoción romántica, en la mañana del día en que te veré por última vez. Cuando tú leas esto, querida mía, ya la fría tumba cubrirá los restos yertos de este intranquilo, de este desgraciado..." Su disparo no es muy certero, ya que agoniza durante doce horas.

La oleada de suicidios que desata entre la juventud contemporánea este lacrimoso desenlace, que hace que la novela sea prohibida durante años en países como Dinamarca o Noruega, obliga a su autor a escribir en 1775 un poema en el que un Werther resucitado lanza este consejo a sus lectores: "¡Sé un hombre y no sigas mi ejemplo!" En 1974, D. P. Phillips propone el término *efecto Werther* para designar la influencia de la sugestión sobre la conducta suicida.

WHARTON, Edith (Nueva York, 1862-Saint-Brice-sous-Forêt, 1937). Con *La casa de la alegría* (*The House of Mirth*, 1905), de título irónico, la novelista norteamericana conoce su primer éxito. Lily Bart, su protagonista, habituada al lujo en su juventud pero arruinada tras la muerte de su padre, y condenada al ostracismo por una sociedad timorata e hipócrita, ingiere una noche una fuerte dosis de somníferos de la que no despierta. Los protagonistas de su novela *Ethan Frome* (1911), castos y pobres enamorados sin porvenir alguno, tras declararse su mutuo amor y llegar a tan triste conclusión, dejan deslizarse el trineo en el que viajan, tiernamente abrazados, hasta precipitarse al fondo de un barranco. Para su desgracia, sobreviven a esta caída. Su destino de pareja* suicida es aún más trágico que la muerte, ya que, 20 años después del intento, el narrador los halla, inválidos ambos, sometidos al poder despótico de una implacable enfermera, la esposa legítima de la que Ethan intentaba huir.

WHORYZEK, Klara (Karlovy Vary, 1863-Berlín, 1915). Autora de un solo li-

bro, *La lámpara íntima*, que ella misma publica en su propia editorial, la Whoryzek Verlag de Berlín, fundada en 1892, y que sólo dio a la imprenta esta única obra. Fue amiga de Edvard Munch, Knut Hamsun y August Strindberg*, a quienes frecuenta en la capital alemana. Se deja morir de inanición en protesta contra la guerra. Eso es al menos lo que cuenta Enrique Vila-Matas*, pero no sabemos si se lo habrá inventado.

WICKHAM, Anna (Londres, 1884-1947). Hay quienes pretenden que esta poeta inglesa, feminista, viajera y bohemia, madre de cuatro hijos y amiga de Dylan Thomas, se da muerte el día en que sube el precio del tabaco. Sí es seguro, en todo caso, que durante el crudo invierno londinense de 1947 cumple la amenaza que había proferido doce años antes en uno de sus escritos y se ahorca en su domicilio.

WILLIAMS, Wendy O. (Nueva York, 1949-1998). La vida de esta cantante punk constituye la más perfecta ilustración de suicidio crónico*. Su conducta suicida y su pasión por toda clase de riesgos culmina en un bosque, a los 48 años, con un balazo disparado en la cabeza. Para entonces hace algún tiempo que ha abandonado la música y todo el mundo se ha olvidado de ella, hasta el punto de que su muerte pasa casi desapercibida por completo. Antes ha sido pasto de los gacetilleros cuando es detenida una y otra vez por obscenidad al aparecer en escena "vestida" con espuma de jabón de afeitar, cuando actúa como estrella de un film porno, pelea a puñetazos con la policía y vuela coches con explosivos durante sus espectáculos. Su mayor proeza es la realizada durante el rodaje del *videoclip It's my life* (1984), en el que, al volante de un coche cargado de explosivos, y lanzada a toda velocidad por un desierto en dirección a un acantilado, se agarra a una escalerilla que le lanza una avioneta y logra trepar por ella en el último momento, antes de que el automóvil se precipite al abismo y haga explosión. En el mismo *videoclip*, igualmente realizado sin dobles ni medida de seguridad alguna, estrella un autobús escolar contra un muro de televisores que hacen explosión.

WILMS MONTT, Teresa (Viña del Mar, 1893-París, 1921). La personalidad de esta poeta y sus ansias de independencia hacen que choque con las convenciones de su medio social. La unánime oposición de sus allegados culmina en la convocatoria de un tribunal familiar que decreta la separación de su marido y sus dos hijas y el enclaustramiento de la culpable en un convento. Esto ocurre en el siglo XX, en 1915. En marzo de 1916, la reclusa lleva a cabo su primer intento de suicidio. Ayudada por su compatriota el poeta Vicente Huidobro, logra escapar en junio de 1916 con rumbo a Buenos Aires. Desde allí viaja por el mundo, frecuenta los medios literarios de numerosos países, vive meses de pasión y marihuana con Valle-Inclán y publica con gran éxito varios libros de poemas. En muchos predomina el tono elegíaco, que se acentúa tras el suicidio de un joven admirador bonaerense de 19 años, Horacio Ramos Mejía, de cuya muerte se siente en cierto modo responsable. Enferma de dolor en París tras la separación de sus dos hijas, se encierra en su habitación de la *avenue* Montaigne para dejarse morir. Apenas come, fuma sin parar y se ati-

borra de medicamentos, hasta que, en diciembre de 1921, ingiere una fuerte dosis de veronal* y pone fin a su vida. En las últimas páginas de su diario escribe: "Me siento mal físicamente. Nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido. Morir, después de haber sentido todo y no ser nada..."

WITKIEWICZ, Stanislaw Ignacy (Varsovia, 1885-Jeziory, 1939). Durante la Primera Guerra Mundial combate como oficial ruso en el ejército y, tras estallar la Revolución, pasa a ser comisario político. Entre las novelas que escribe destaca *Insaciabilidad* (*Nienasycenie*, 1930), obra de anticipación profética que predice la locura de la sociedad occidental lanzada a su propia destrucción. Cuando ve que los nazis cumplen todos sus pronósticos y comienzan a invadir su patria, el 18 de septiembre de 1939, decide poner fin a su vida. Acompañado por su mujer, dispuesta también a darse muerte, se retiran a un bosque en las afueras del pueblo de Jeziory y allí emprenden la laboriosa tarea. Es un caso de pareja suicida* frustrada por la técnica. El escritor comienza por abrirse las venas, se cercena luego los tendones y, al no obtener mejor resultado, termina cortándose la yugular. Su mujer, a pesar de intentarlo una y otra vez por todos los medios, no lo logra y queda con vida.

WITTGENSTEIN, Ludwig (Viena, 1889-Cambridge, 1951). Filósofo del lenguaje, define la filosofía como una "lucha por librar a nuestro entendimiento del hechizo de los recursos del lenguaje". En 1920 renuncia a su considerable fortuna, ayuda financieramente al poeta Georg Trakl* y se pone a trabajar como simple maestro de escuela en un pueblecito austriaco. Es discípulo de Bertrand Russell, a quien lleva a la desesperación con la crítica demoledora que hace de su método y sus teorías. Tras la publicación de su *Tractatus logico-philosophicus* en 1921, entra a trabajar como jardinero en un monasterio. Entre 1926 y 1928 se dedica únicamente a la construcción de la casa de una de sus hermanas, que dota de la misma austera belleza que la prosa de su *Tractatus*. Tres hermanos suyos, de los siete que tiene, ponen fin a sus días. Él mismo está al borde del suicidio tres veces, y tres veces se salva, según dice George Steiner, por el adagio del tercer cuarteto de Brahms.

Lo que no puede el suicidio lo logra a la postre el cáncer. Parece que contribuye también a su muerte, como apunta Félix de Azúa*, su último trabajo inacabado sobre el color: "El color es un abismo en el que se han precipitado cerebros muy notables como el de Wittgenstein, cuyo último trabajo, las *Observaciones sobre los colores*, posiblemente aceleró su muerte. Cuando el día 29 de abril de 1951 se apagó su luminoso espíritu, estaba aún tomando apuntes sobre el color".

WOLSEY, Thomas (Ipswich, ¿1471?-Leicester, 1530). Si, como se recordaba hablando de Constantino Ponce de la Fuente*, los suicidios no son muy frecuentes entre miembros del clero católico, éste es el caso de un hombre que se suicidó por no lograr ser papa. Obispo de York, cardenal, ministro y valido del rey Enrique

VIII de Inglaterra*, su desmedida ambición fue la causa de su desgracia. Según los autores españoles contemporáneos, el odio que concibió contra Carlos V y que impulsó a que Enrique VIII le declarase la guerra debía de tener su origen en que "nunca pudo acabar con el emperador que lo hiciese papa por fuerza". Así lo explica el secretario del emperador, Alfonso de Valdés, en su *Diálogo de Mercurio y Carón*. Desposeído por su propio rey de todos sus cargos y desterrado de su diócesis, se mata al ser detenido. Calderón de la Barca, que lo convierte en personaje de su drama *La cisma de Inglaterra* (¿1627?) con el castizo nombre de cardenal Volseo, hace que se suicide precipitándose desde lo alto de unas peñas, no sin antes pronunciar esta postrera moraleja:

> Llegue de mi vida el fin,
> porque sirva de escarmiento
> al ambicioso...

WOOLF, Virginia (Londres, 1882-Lewes, 1941). En 1903 anota en su diario: "No hay Shakespeare, no hay Beethoven; categórica y definitivamente, no hay Dios; somos las palabras, somos la música, somos la cosa misma". Desde sus vacaciones infantiles en Cornualles, el mar ocupa un lugar privilegiado en su imaginación y sus obras. Y aunque no es en el mar, sí es en el agua donde acaba su vida. En carta a su amiga Ethel Smith escribe: "¿Cuáles son los argumentos en contra del suicidio? De pronto llega, como un rayo, el sentimiento de la absoluta inutilidad de mi vida". Primer intento en su infancia, cuando a la muerte de su madre, en 1895, se arroja sin éxito por una ventana. Segundo intento fallido a la muerte del padre, en 1904. Tercer intento, a base de veronal*, en 1913, tras una nueva crisis de depresión y a pesar de la presencia sedante de su esposo, Leonard Woolf, con el que está casada desde 1912. Tampoco sus amores con Vita Sackville-West, iniciados en 1925, son remedio suficiente para su desgana de vivir.

Firma con su marido un pacto suicida* que no tienen ocasión de cumplir porque ella se le adelanta. En 1939 deciden que se darán muerte si los alemanes invaden Inglaterra. Aunque aún no se ha producido la invasión, ella no soporta los bombardeos, el racionamiento, las amenazas que se ciernen en el horizonte y, cada día más deprimida, el 28 de marzo de 1941, a los 59 años, se aleja de su casa de campo, se lastra los bolsillos de la gabardina con piedras y se adentra en las aguas del río Ouse, donde se ahoga.

En una de sus más célebres novelas, *La señora Dalloway* (*Mrs. Dalloway*, 1925), el suicidio, que ha hecho ya una precoz aparición como amenaza o chantaje por parte de Septimus frente a Rezia, irrumpe, para fastidio de la protagonista, en la fiesta que tantos desvelos le está costando: "¡Ah!, pensó Clarissa, en mitad de mi fiesta aparece la muerte". Con este motivo pasan por la mente de la anfitriona observaciones sobre la muerte voluntaria que parecen proceder de la propia experiencia de la autora: "El suicida se había tirado por la ventana. El suelo se precipitaba hacia lo alto; púas oxidadas lo golpeaban y lo herían. Quedaba inmóvil después de un ruido sordo que se le multiplicaba en el cerebro, seguido de la asfixia de la negrura". La secuencia sobre el suicidio que se abre dentro de su monólogo interior se cierra con reacciones de afinidad: "Por alguna razón se sentía muy parecida al joven que

se había suicidado. Le alegraba que lo hubiera hecho; que hubiese rechazado la vida mientras ellos seguían viviendo".

WOOLSON, Constance (Claremont, 1840-Venecia, 1894). Según Lyndall Gordon, biógrafo de Henry James, el frío, distante y solterísimo escritor, para quien el matrimonio sólo puede arruinar el arte, se aprovecha de la amistad de dos mujeres, su prima Minny Temple y esta escritora norteamericana, para extraer de sus personalidades numerosos personajes femeninos para sus novelas, sin jamás admitir en cambio su talento literario. Algo de su hostilidad hacia las mujeres literatas se trasluce en los retratos que de él traza la escritora en sus novelas *La calle del Jacinto* y *Miss Grief*. En 1887 se siente traicionada por el escritor, al publicar éste en *Harper's*, la misma revista en que ella publica, un ensayo sobre la escritura de su amiga en el que, con tono condescendiente, minimiza sus méritos. En 1894, después de haberlo planeado concienzudamente, escrito varios mensajes * de despedida a sus amigos y dictado instrucciones para sus funerales, se arroja por la ventana de su habitación veneciana.

Dos novelas de 2004 evocan a Henry James y su conducta: *The Master*, del irlandés Colm Tóibín (Edhasa), y *La línea de la belleza* (*The Line of Beauty*), del inglés Alan Hollinghurst (Anagrama). El primero de ellos explica la decisión de Woolson como "la caída en la trampa de un inmenso malentendido en relación con el exilio sedentario y solitario de Henry James".

Y

YANNÓPOULOS, Periclis (Patras, 1869-Atenas, 1910). Comienza estudiando medicina en Atenas, pero al cabo de un año abandona los estudios y se marcha a París y Londres para dedicarse a la poesía. Tras su retorno a Grecia, preocupado por la difícil situación que atraviesa el país, decepcionado por la ineficacia de los políticos e impotente por despertar la conciencia de sus conciudadanos, a los que lanza un *Llamamiento al público griego*, firma sus últimos escritos con la palabra "Muerte".

Con su muerte voluntaria logra componer una de las más bellas y espectaculares imágenes suicidas, ingresando, junto a Brunilda* y Marco Curcio*, en el reservado panteón de los jinetes de su propio apocalipsis. El 10 de abril de 1910, en los alrededores de Eleusis, lanza su caballo al galope mar adentro y, cuando ya no puede avanzar más, se dispara un tiro de revólver.

La joven poeta dominicana Martha Rivera le dedica un poema titulado "Por los caminos de Periclis Yannópoulos", en el que se lee: "Yo el cadáver azul / amanecido el pecho en el insomnio del faro [...]. Yo el cadáver azul soy río / y he descubierto al fin / que el mar siempre es ajeno".

YAVÓROV, Peiu (Tschirpan, 1878-Sofía, 1914). El 16 de octubre de 1914, en Sofía, este poeta búlgaro, no contento con haberse envenenado, se dispara un tiro en la sien. Existe una antología de sus versos en español, que con el título de *Viento de medianoche* compone, prologa y traduce José Eduardo Zúñiga (Ayuso, 1983).

Yihad. Palabra árabe de género masculino, que en español y en otras lenguas se emplea en femenino por su asimilación a lo que se cree su sinónimo, *guerra* o *guerra santa*. Término utilizado en el Corán, donde significa "esfuerzo, superación, lucha personal". Es a la vez vocablo de sentido más amplio que el reductor de *guerra*, y más íntimo, puesto que atañe a la conciencia de cada creyente. Según los exégetas del Corán, representa la entrega total a la divinidad, el afán por obrar bien, por acomodar la propia conducta a la voluntad de Alá, y los esfuerzos consentidos por extender su religión. Se distinguen dos grados: el principal, que lo constituye la

ascesis cotidiana; y otro, secundario, que corresponde a la participación en la guerra. Ésta, de todos modos, para ser legítima, debe ser defensiva, y en ningún caso admite la muerte de inocentes.

Las interpretaciones fundamentalistas de los textos sagrados desvirtúan totalmente estas doctrinas y, al reivindicar los orígenes coránicos de las acciones ofensivas y los atentados terroristas*, contribuyen a la confusión reinante en Occidente y a los profundos malentendidos de la visión que éste tiene de Oriente y del islam*. Nadie mejor que Edward W. Said, en su magno estudio *Orientalismo* (1978), ha analizado el alcance de este fenómeno cultural e ideológico. Como ejemplo oportuno de la corrupción que sufre actualmente el islam desde el interior, Eqbal Ahmad expone (citado por Said) "el rico, complejo y múltiple significado de la palabra *yihad*, y acto seguido añade que, en la palabra reducida actualmente al sentido de guerra indiscriminada contra los enemigos, es imposible 'reconocer [...] la religión, la sociedad, la cultura, la historia o la política islámicas tal como la han vivido los musulmanes a lo largo de los siglos".

Otros autores, como Antonio Elorza, pretenden todo lo contrario y afirman que "bien puede deducirse [de la lectura del Corán] que existe un conjunto de referencias —en nuestro caso, sobre la *yihad*, con la exigencia para el creyente de sacrificar su vida en la lucha contra los enemigos del islam— que no existen en otras religiones, y que son las que confieren toda su fuerza a programas de destrucción como el del *wahhabí* Bin Laden". En otro artículo, este mismo autor hace hincapié en lo integrista de la lectura: "Desde una interpretación radical, los fundamentos doctrinales son indudables". Fernando Savater participa de este punto de vista, pero disiente —lo que nos parece esencial— en lo original y distintivo de la religión musulmana, cuando se refiere a "todos esos arabistas que, con divertidas contorsiones, intentan disimular el tono inequívocamente belicoso del Corán. El islam es una religión compasiva con sus fieles e implacable con los infieles, cosa que no la hace históricamente distinta del judaísmo y del cristianismo". Véase en las entradas martirio* o campo de batalla* algunas referencias a la actitud similar de otras religiones. Sobre si los actuales atentados terroristas, asimilables a una forma de guerra contra el infiel, garantizan o no la salvación eterna, las opiniones de los religiosos difieren. Los líderes musulmanes de Gran Bretaña, por ejemplo, claman al unísono tras los atentados de julio de 2005: "Los que han hecho esto no son mártires, son asesinos. Esto no les va a llevar al paraíso".

Yocasta. Hermana de Creonte y esposa de Layo, rey de Tebas, a quien aquél sucede en el trono. En cumplimiento del presagio de Delfos, Layo es asesinado por su propio hijo, Edipo, el cual, ignorante de los hechos, se casa con su madre, con quien vive feliz largos años y de la que tiene cuatro hijos: Antígona*, Ismene, Eteocles y Polinices. El día en que todo se descubre, la reina maldita se ahorca mientras su hijo, incestuoso y parricida, se arranca los ojos. En la tragedia de Sófocles* *Edipo rey*, el mensajero, que en el teatro griego es siempre el encargado de anunciar las desgracias, relata: "Contemplamos a la mujer colgada, suspendida del cuello por

retorcidos lazos". Otros proponen que, en lugar de estrangularse con un cordel de seda, Yocasta se dé muerte con un arma blanca*. En las *Fenicias* de Eurípides pone fin a su vida con la espada de uno de sus hijos. En la versión de Séneca*, en su tragedia *Edipo*, lo hace con un puñal que se clava en el vientre: "¿Clavaré el arma en mi pecho o me la hundiré en el cuello desnudo? No sabes elegir el golpe. Aquí, diestra, ataca aquí, en este vientre que ha sido capaz de albergar al marido y a los hijos". Boccaccio, en *De claris mulieribus* (1362), la mata también a cuchillo: "La vieja dizen ella misma con un cuchillo haverse procurado la muerte" (*De las mujeres ilustres en romance*, Zaragoza, 1494).

Tras Esquilo, Sófocles*, Eurípides y Séneca*, se prolonga su agonía en Corneille*, Voltaire*, Martínez de la Rosa, Hugo von Hofmannsthal André Gide*. En *Jocaste* (1879), relato del novelista francés Anatole France (1844 -1924), la protagonista femenina, Hélène, presa de remordimientos por haber envenenado a su marido, se inspira en el remoto ejemplo de la reina de Tebas para ahorcarse a su vez en un establecimiento termal. Silvana Mangano encarna al personaje en la película *Edipo re* (1967), de Pier Paolo Pasolini.

YOUNG, Edward (Upham, 1683- Welwyn, 1765). A él se debe, como autor de las célebres *Noches* (*The Complaint, or Night-Thoughts on Life, Death and Immortality*, 1742-1745), que la poesía prerromántica de toda Europa se cubra de ruinas, tumbas y lágrimas. La idea de que Inglaterra* es el terreno natural donde florece el suicidio está tan enraizada en él, como en muchos de sus contemporáneos europeos, que en uno de sus poemas apostrofa a su patria en estos términos:

Oh, Gran Bretaña, ¡infame por causa del suicidio!
Isla de costumbres tan remotas
de la Razón que en el resto del mundo la rodea...

Z

ZENÓN de Citio (Citio, 333-Atenas, 264). Seguidor de Sócrates* y discípulo de los cínicos, funda en Atenas, donde se establece hacia el año 311, la escuela filosófica del estoicismo*, una de las doctrinas de influencia más duradera en la posteridad. También es una de las que más vocaciones de suicidio ha despertado entre sus seguidores. Figura venerada en Atenas, célebre por su vida virtuosa y su frugalidad, el maestro del derecho natural, la moral individual y la libertad se da muerte al considerar terminada su labor, y de este modo abre la vía que siguen tantos discípulos contemporáneos o venideros.

ZOLA, Émile (París, 1840-1902). Su artículo de 1866 "Un suicidio" inspira años más tarde a su amigo el pintor Édouard Manet* para realizar un cuadro con idénticos título y tema. En su novela *La culpa del padre Mouret* (*La faute de l'abbé Mouret*, 1875) idea un método de gran dulzura para que su protagonista, Albine, muera como una Ofelia* de alcoba. La amante del párroco, rechazada y vencida por la vocación sacerdotal de éste, amontona en su habitación las flores más aromáticas y por la noche, durante el sueño, muere asfixiada por sus efluvios. Dentro de su gran ciclo narrativo de *Los Rougon-Macquart*, "historia de una familia bajo el Segundo Imperio", su novela *La obra* (*L'Œuvre*, 1886) tiene por protagonista a un pintor, Claude Lantier, obsesionado con el propósito de realizar una obra maestra. Este objetivo artístico, cuyo tema debe ser "la Mujer" y para el que cuenta con la colaboración de una abnegada amiga, su modelo y amante, se convierte en una pesadilla hasta el punto que, sin lograr concluir su obra, acaba ahorcándose frente al lienzo.

ZÜRN, Unica (Berlín, 1916-París, 1970). Compañera de Hans Bellmer desde 1953, y como él pintora surrealista*, posa como modelo para muchas de las fotografías perversas en las que su cuerpo se retuerce preso en un ovillo de ataduras. Sometida a frecuentes ataques de locura, ingresa varias veces en hospitales psiquiátricos, experiencias que describe con rara lucidez en sus escritos. Enamorada durante muchos años del poeta Henri Michaux*, acusa su influencia gráfica en sus dibujos. De

éstos dice José Pierre que tienen "la seguridad de las composiciones mediúmnicas". El 19 de octubre de 1970 se precipita desde la ventana del piso parisino que comparte con Bellmer ante los ojos de su compañero, paralítico e impotente para impedírselo. Su suicidio parece ser una venganza contra el verdugo artístico que la tuvo sometida a sus caprichos.

ZWEIG, Stefan (Viena, 1881-Petrópolis, 1942). Pacifista y humanista idealista, siente muy dolorosamente las guerras que ensangrientan Europa, la caída del imperio austrohúngaro y la ascensión del nazismo, que, como judío*, padece personalmente. En 1933 los nazis le queman todos sus libros; en 1934 le allanan su domicilio. Parte entonces al exilio y adquiere la nacionalidad británica. Al estallar la guerra, se traslada con su segunda esposa a Estados Unidos, donde piensa establecer su residencia, pero el 15 de agosto de 1941 se embarca rumbo a Brasil. La pareja se instala en Petrópolis, a 60 kilómetros al norte de Río de Janeiro, donde el escritor espera encontrar la tranquilidad de espíritu, que no conseguirá. El 22 de febrero de 1942, a los 60 años, se da muerte en compañía de su esposa Elizabeth Charlotte Altmann, *Lotte*, mediante una fuerte dosis de veronal*, dejando un emotivo mensaje de despedida a sus amigos: "Espero que viváis para ver el amanecer tras esta larga noche; yo, demasiado impaciente, tomo solo la delantera". Los cadáveres de la pareja* aparecen vestidos y abrazados encima de la cama, como lo muestran las fotografías publicadas por la prensa brasileña de la época. En su autobiografía escribe: "Ahora no pertenezco a ningún país; soy por tanto un extranjero, o como mucho un huésped. La verdadera patria que mi corazón había elegido, Europa, se ha perdido para mí desde que, por segunda vez, con furia suicida, se desgarra en una guerra fraterna". Su amigo Thomas Mann* considera su muerte como "una deserción del deber".

En la novela *La piedad peligrosa* (*Ungeduld des Herzens*, 1939), el joven teniente Hofmiller, después de haber mentido a sus compañeros, se siente obligado por el código del honor militar a poner fin a su vida. El coronel Boubencic, enérgico y paternal, se lo impide diciendo: "Con unos jóvenes tan fogosos como vosotros, no se sabe nunca..., estáis en todo momento dispuestos a todo, hasta a recurrir al revólver... Con el tiempo te volverás más razonable". Sí lo hace, en cambio, Edith, la prometida ciega, víctima del engaño del teniente y de su ulterior mentira: "Desde lo alto de la terraza, como no hacía mucho me lo había advertido y como yo lo había visto en mis pesadillas —recuerda el teniente—, había realizado la cosa espantosa: se había arrojado al vacío". Y lo hace el mismo día del atentado de Sarajevo, fecha que anuncia el fin de un mundo y el comienzo de una horrible carnicería durante la cual el coronel, menos "razonable" que su joven subordinado, también se quita la vida.

Bibliografía

Achille-Delmas, François, *Psychologie pathologique du suicide*, Alcan, París, 1932

Adler, Alfred, *El carácter neurótico*, Paidós, Barcelona, 1984

Alvarez, Al, *El dios salvaje: un estudio del suicidio*, Emecé, Buenos Aires, 2003

Ameisen, Jean-Claude, *La sculpture du vivant. Le suicide cellulaire ou la mort créatrice*, Seuil, París, 2002

Améry, Jean, *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria*, Pre-Textos, Valencia, 1998

Anderson, Olive, *Suicide in Victorian and Edwardian England*, Oxford University Press, Oxford, 1987

Andrés, Ramón, *Historia del suicidio en Occidente*, Península, Barcelona, 2003

Ariès, Philippe, *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*, El Acantilado, Barcelona, 2000

Aulestia, Kepa, *Historia general del terrorismo*, Aguilar, Madrid, 2005

Baechler, Jean, *Les Suicides*, Calmann Lévy, París, 1975

Bartra, Roger, *El siglo de oro de la melancolía*, Universidad Iberoamericana, México, 1998

Baudelot, Christian, y Roger Establet, *Durkheim et le suicide*, PUF, París, 1966

— *Suicide. L'envers de notre monde*, Seuil, París, 2006

Baume, P., Ch. Cantor y A. Rolfe, "Cybersuicide: the role of interactive suicide notes on the Internet", *Crisis*, 18, 1997, 2

Bayet, Albert, *Le suicide et la morale*, Alcan, París, 1922

Beccaria, Cesare, *De los delitos y de las penas*, Alianza, Madrid, 1998

Beck, Aaron T., *Con el amor no basta*, Paidós, Barcelona, 1998

— *Terapia cognitiva de los trastornos de personalidad*, Paidós, Barcelona, 2005

— Harvey L. P. Resnik y Dan J. Lettieri, eds., *The Prediction of Suicide*, Charles Press, Bowie, 1974

Beevor, Antony, *Berlín. La caída: 1945*, Crítica, Barcelona, 2005

Benegas, José María, *Diccionario del terrorismo*, Espasa-Calpe, Madrid, 2004

Biardeau, Madeleine y Charles Malamoud, *Le sacrifice dans l'Inde ancienne*, PUF, París, 1976

Blanchot, Maurice, "La littérature et le droit à la mort", en *La part du feu*, Gallimard, París, 1949
Blavier, André, *Les Fous littéraires*, Veyrier, París, 1982
Bonnefoy, Yves, ed., *Dictionnaire des mythologies et des religions des sociétés traditionnelles et du monde antique*, Flammarion, París, 1981
Borlandi, Massimo y Mohamed Cherkaoui, *Le suicide un siècle après Durkheim*, PUF, París, 2000
Bowersock, Glenn Warren, *Martyrdom at Rome*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995
Brau, Jean-Louis, *Historia de las drogas*, Bruguera, Barcelona, 1973
Braud, Michel, *La tentation du suicide dans les écrits autobiographiques, 1930-1970*, PUF, París, 1992
Brierre de Boismont, Alexandre, *Du suicide et de la folie suicide*, Bailliere, París, 1856
Brody, Baruch A., ed., *Suicide and Euthanasia: Historical and Contemporary Themes*, Springer, Dordrecht, Boston y Londres, 1989
Brown, Ron M., *El arte del suicidio*, Síntesis, Madrid, 2002
Buchon, J. A., dir., *Histoire universelle des religions*, Administration de Librairie, París, 1845
Castro, Américo, *La realidad histórica de España*, Porrúa, México, 1954
Cavan, Ruth S., *Suicide*, University of Chicago Press, Chicago, 1928
Chaffiol-Debillemont, Fernand, *Suicides et misères romantiques*, Robert Cayla, París, 1957
Chesnais, Jean-Claude, *Les Morts violentes en France depuis 1826*, PUF, París, 1976
— *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*, Robert Laffont, París, 1981
Choquet, Marie, *et al*, *Les élèves à l'infirmerie scolaire. Identification et orientation des jeunes à haut risque suicidaire*, Inserm, París, 2001.
Corfiati, L. *et al.*, *Il desiderio di non esserci*, Levante, Bari, 1994.
Dabadie, F., *Les suicides illustres*, Sertorius, París, 1859
Dauzat, Pierre-Emmanuel, *Le suicide du Christ*, PUF, París, 1998
Deshaies, Gabriel, *Psychologie du suicide*, París, PUF, 1947
Dijkstra, Bram, *Ídolos de la perversidad*, Debate, Madrid, 1993
Dublin, Luis I., *Suicide. A Sociological Study*, The Ronald Press, Nueva York, 1963
Durkheim, Émile, *El suicidio*, Akal, Madrid, 1992
Eliade, Mircea, y Ioan P. Couliano, *Diccionario de las religiones*, Paidós, Barcelona, 1992
Esquirol, Jean-Étienne, *Des maladies mentales*, I, Baillière, París, 1838
— "Suicide ", en *Dictionnaire de Médecine*, Librairie de la Faculté de Médecine, París, 1832-1846, tomo 29
Estruch, Joan, y Salvador Cardús, *Los suicidios*, Herder, Barcelona, 1982
Evans, Glen, *et al*, *The Encyclopedia of Suicide*, Facts on File, Nueva York, 1988, 2003[2]
Falret, Jean-Pierre, *De l'hypocondrie et du suicide*, Croullebois, París, 1822

Farberow, Norman L. y E. S. Shneidman, eds., *Necesito ayuda: un estudio sobre el suicidio y su prevención*, Prensa Médica Mexicana, México, 1969
— *Suicide in different cultures*, University Park Press, Baltimore, 1975
Frenzel, Elisabeth, *Diccionario de motivos de la literatura universal*, Gredos, Madrid, 1980
Foucault, Michel, "Derecho a la muerte y poder sobre la vida", en *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, Madrid, 1984
Gallero, José Luis, *Antología de poetas suicidas (1770-1985)*, Árdora, Madrid, 1989
Gambetta, Diego, *Making Sense of Suicide Missions*, Oxford University Press, Oxford, 2005
Gates, Barbara T., *Victorian Suicide: Mad Crimes and Sad Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1988
Géré, François, *Les Volontaires de la mort. L'arme du suicide*, Bayard, París, 2003
Gisbert Calabuig, Juan Antonio, y Enrique Villanueva Cañadas, *Medicina Legal y Toxicología*, Masson, Barcelona, 2004
Gorer, Geoffrey, "The Pornography of Death", en *Death, Grief and Mourning*, Doubleday, Nueva York, 1963
Grisé, Yolande, *Le suicide dans la Rome antique*, Les Belles Lettres, París, 1982
Guiance, Ariel : "El espacio del suicidio en la España medieval (El milagro del suicida resucitado en el *Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus*)", *Temas Medievales*, 1, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Buenos Aires, 1991
Guillon, Claude, e Yves Le Bonniec, *Suicidio. Manual de uso. Historia, técnicas, actualidad*, La Tempestad, Barcelona, 1991
Guirlinguer, Lucien, *Le suicide et la mort libre*, Pleins feux, Nantes, 2000
Halbwachs, Maurice, *Les causes du suicide*, PUF, París, 2003.
Henry, Andrew, y Short, James F., *Suicide and Homicide: Some Economic, Sociological and Psychological Aspects of Aggression*, The Free Press, Nueva York, 1954
Heuyer, Georges, *Psychoses collectives et suicides collectifs*, PUF, París, 1973
Hume, David, *Sobre el suicidio y otros ensayos*, Alianza, Madrid, 1988
Humphry, Derek, y Ann Wickett, *El derecho a morir: comprender la eutanasia*, Tusquets, Barcelona, 1989
Kardiner, Abram, *The Traumatic Neuroses of War*, National Research Council, Washington, 1941
Kaufman, James C., "I bask in Dreams of Suicide: Mental Illness, Poetry and Women", *Review of General Psychology*, 6, 2002, 3
— "The Cost of the Muse: Poets die Young", *Death Studies*, 27, 2003, 9
Khosrokhavar, Farhad, *Los nuevos mártires de Alá*, Martínez Roca, Barcelona, 2003
Kristeva, Julia, *Sol negro. Depresión y melancolía*, Monte Ávila, Caracas, 1999
Lacroix, Alexandre, *Se noyer dans l'alcool?*, PUF, París, 2001
Landsberg, Paul-Louis, *Essai sur l'expérience de la mort, et Le problème moral du suicide*, Seuil, París, 2000
Lukes, Steven, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, Siglo XXI, Madrid, 1984
MacDonald, Michael, y Terence R. Murphy, *Sleepless Souls: Suicide in Early Modern England*, Oxford University Press, Nueva York, 1994

Madrigal, D., M. Labrada e I. Sánchez, *El suicidio social general*, Trabajo de Curso de Historia y Crítica, Santiago de Cuba, 1995
Marcelli, Daniel, *Tracas d'ados, soucis de parents*, Albin Michel, París, 2002
— *Adolescence et psychopathologie*, Masson, París, 2004
Menninger, Karl, *El hombre contra sí mismo*, Península, Barcelona, 1972
Miles, Jack, *Christ: A Crisis in the Life of God*, Vintage Books, Nueva York, 2002
Minois, Georges, *Histoire du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, Fayard, París 1995
Monestier, Martin, *Suicide. Histoire, techniques et bizarreries de la mort volontaire, des origines à nos jours*, Cherche-Midi, París, 1995
Morand, Paul, "À propos du centenaire du romantisme. Le suicide en littérature (1830-1930)", *Revue de Paris*, 1, 1932, 6
Morselli, Enrico, *Il suicidio, Saggio di statistica morale comparata*, Dumolard, Milán, 1879
Mouret, Jean-Noël, *Le vin des écrivains*, Mercure de France, París, 2001
Mullier, Aude, *Le droit face à la mort volontaire*, Université de Lille 2, Lille, 2002
Murray, Alexander, *Suicide in the Middle Ages*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1998
Pape, Robert A., *Dying to Win. The Strategic Logic of Suicide Terrorism*, Random House, Nueva York, 2005
Paulin, Bernard, *Du couteau à la plume. Littérature anglaise et suicide à la Renaissance (1580-1625)*, L'Hermès, Lyón, 1977
Parker, J. N., ed., *Suicide: a Medical Dictionary, Bibliography and Annotated Research Guide to Internet References*, ICON Health Publications, San Diego, 2003
Perednik, Gustavo D., "Filosofía y suicidio", *El Catoblepas*, 40, junio de 2005
Pérez Barrero, Sergio Andrés, *El suicidio: comportamiento y prevención*, Oriente, Santiago de Cuba, 1996
— *Lo que usted debiera saber sobre el suicidio*, Imagen Gráfica, México, 1999
— *La adolescencia y el comportamiento suicida*, Ediciones Bayamo, Bayamo, 2003
Pis Betancourt, O., *El suicidio por fuego: su frecuencia en Cuba*, tesis doctoral, La Habana, 1951
Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Acantilado, Barcelona, 1999
Reinares, Fernando, y Antonio Elorza, eds., *El nuevo terrorismo islamista*, Temas de Hoy, Madrid, 2004
Richard, Stéphane, *Conduites suicidaires et agressions sexuelles. La relation entre viol, inceste et suicide ou tentative de suicide*, CHU, Angers, 2004
Rojas, Enrique, *Estudios sobre el suicidio*, Salvat, Barcelona, 1978
Romi, *Suicides passionnés, historiques, bizarres, littéraires*, Serg, París, 1964
Roux, J. P., *La sangre. Mitos, símbolos y realidades*, Península, Barcelona, 1990
Roxin, Claus, *et al.*, *Eutanasia y suicidio. Cuestiones dogmáticas y de política criminal*, Comares, Granada, 2001
Said, Edward W., *Orientalismo*, Libertarias, Madrid, 1990
Sarró, B. y C. de la Cruz, *Los suicidios*, Martínez Roca, Barcelona, 1993

Shneidman, Edwin S, eds., *Essays on Self-destruction*, Nueva York, 1967
Simón Lorda, Pablo y Barrió, Inés M.: "¿Quién decidirá por mí?", Triacastela, 2004
Somoza Signoret, Andrea, "El concepto de *jihad* en la tradición de la guerra justa", *Estudios de Asia y África*, 120, El Colegio de México, México, 2003
Starobinski, Jean, *Historia del tratamiento de la melancolía: desde los orígenes hasta 1900*, Geigy, Basilea, 1962
Stengel, Erwin, *Psicología del suicidio y los intentos suicidas*, Hormé, Buenos Aires, 1965
Suicidario del suicida: http://suicidario.bitacoras.com
"Suicide", *Dictionnaire de la révolte. XXème siècle*, Larousse, París, 1999
Tozzini, Carlos A., *El suicidio*, Depalma, Buenos Aires, 1969
Van Hooff, A. J. L., *From Autothanasia to Suicide: Self-Killing in Classical Antiquity*, Routledge, Londres y Nueva York, 1990
Verdier, Éric, y Jean-Marie Firdion, *Homosexualités et suicide*, H&O, París, 2003
Volant, Éric, *Dictionnaire des suicides*, Liber, Montreal, 2001
Wacquant, Loïc, *Las cárceles de la miseria*, Alianza, Madrid, 2000
Weinberger-Thomas, Catherine, *Cendres d'immortalité: la crémation des veuves en Inde*, Seuil, París, 1996
Winslow, Forbes, *The Anatomy of Suicide*, Henry Renshaw, Londres, 1840

Índice de nombres

Índice de entradas

Índice

Este *Diccionario del suicidio* podría titularse asimismo *Los mil y un suicidios* pues puede leerse asimismo como una colección de relatos. En este laberinto suicida, el protagonista de una novela nos remite al autor y éste a una ópera, una película, un país o un personaje mitológico. El diccionario es también una «antología del suicidio» y una enciclopedia *de autor*, envuelta en un humor sutil, negro, dado el tema de la obra, pero ligero, flemático. Por encima del sin fin de tragedias que aparecen y desaparecen a lo largo de él hay no sólo un amor despegado a la vida sino también a la libertad: a la muerte digna y voluntaria cuando las circunstancias se tuercen y vivir se nos hace insoportable. Como escribe Jean-Jacques Rousseau, «cuando la vida es un mal para uno y no es un bien para nadie, está permitido librarse de ella».

Carlos Janín

Diccionario del suicidio

«Lanzarse a escribir un diccionario —escribe el autor en la introducción— parece una ambición desmedida y le hace a uno sentirse como un contertulio de la radio, esa condición que permite opinar de todo aunque no se sea especialista en nada. Y para mayor dificultad, sobre un tema como el suicidio, para lo que habría que ser forense, psicólogo, jurista, filósofo o bombero: ninguna de tales profesiones puede aducir el autor en su favor. Valga como primera disculpa que no pretendo que sea exhaustivo; más aún si, como dijo Victor Klemperer, 'nadie le pide a un diccionario que sea exhaustivo'. Lo mismo decía Littré, que tanto sabía del asunto: 'Un diccionario nunca está terminado'. Una ventaja de escribir un libro como éste es que, al contrario de lo que ocurre con las antologías, no habrá quejas de ningún ausente».

EDITORIAL LAETOLI